
3 1761 04944590 1

HISTORIA CRÍTICA DE LA LITERATURA URUGUAYA

Desde 1900 hasta 1916

CARLOS ROXLO

HISTORIA CRÍTICA

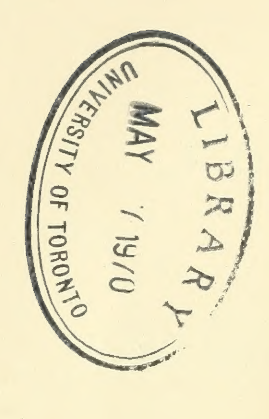
DE LA

LITERATURA URUGUAYA

LA EDAD ECLÉCTICA

TOMO VII Y ÚLTIMO

MONTEVIDEO
Librería Nacional, A. Barreiro y Ramos
Barreiro y Cía., Sucesores
Calle 25 de Mayo esq. Juan Carlos Gómez
1916



TALLERES A. BARREIRO Y RAMOS: *Barreiro y Cía., Sucesores*
Calle Bartolomé Mitre, N.º 1467. — Montevideo.

CAPÍTULO I

Julio Herrera y Reissig

SUMARIO:

I. — Género y subgénero. — Origen del movimiento simbolista. — Contra los parnasianos. — Contra el naturalismo. — Reacción favorable á la nueva escuela. — Dos elogios de Brunetière. — Lo que dijeron Gourmont, Barré y Adams. — Observaciones. — Modos de exteriorización de la escuela simbolista.

II. — El pesimismo leopardiano. — Lo que leo en De Sanctis. — Prueba que nos ofrece la literatura de lo novísimo. — Los hombres de genio. — Genios reales y simulados. — En qué consiste lo decadente. — Verlaine y Samain. — Calología y métrica. — Mallarmé. — Ghil y Kahn. — Juan Moréas.

III. — Julio Herrera y Reissig. — Datos. — Su musa es francesa. — Su prosa. — La torre de los Panoramas. — Su influjo. — Poder de la muerte. — Párrafos de Sergí. — Volúmenes de Herrera. — Un romance. — Finales de soneto. — Marini y Góngora. — El proceso psicológico de los excepcionales. — Una décima. — El aeroplano de la imaginación. — Lo que es la Poesía.

IV. — Renato Doumic. — El soneto en Francia. — Cómo lo manejaba Herrera y Reissig. — Poder imaginativo de Herrera y Reissig. — Lo que hallo en Oscar Wilde. — Lo que enseña Binet. — Lo que dice Rette. — *Los Extasis de la Montaña.* — Conclusión sintética.

V. — Pablo Fort. — Enrique Guilbaux. — Los versículos de Fort y los de Roberto de las Carreras. — Guilbaux y la última modalidad de Frugoni. — De las Carreras. — Preámbulo. — Su antigua prosa. — Su romántica iniciación. — Su salomónico orientalismo. — Líneas cortadas armoniosamente. — El colérico se torna melancólico. — La Venus Terrena y la Venus Urania. — De las Carreras se afilia al culto de la Venus Divina, sin renunciar al culto de la Venus Humana. — El versículo. — Transcripción de versículos. — Lo que ignora Fortunio.

I

Los decadentes no son más que un subgénero. El género es la escuela simbolista.

La escuela nace de una legítima reacción provocada por dos exageraciones. La escuela se equivoca cuando mixtura infantiles creencias y excepticismos sexagenarios en el odre de su egoista y vana subjetividad, tratando de imponerse á la candidez de la multitud con lo largo de sus melenas y con lo amplio de sus sombreros.

El movimiento simbolista francés, río de donde dimana ó se desprende el arroyo del movimiento simbolista de mi país, se inició ó comenzó en 1885.

Sus primeras revistas carecen de lectores. Cuando la crítica se ocupa de sus propósitos y de sus adeptos, hácelo en tono de sátira ó burla. No hay unidad aún en su calotecnia. Es una reacción contra el naturalismo. Es una asonada contra la frigidez de los parnasianos. Es una protesta, absoluta en unos y relativa en otros, contra la esclavitud de la rima y del ritmo. Es un golpe de vuelo hacia el Ideal.

El Parnaso, en aquella época de tanteos, se había convertido en el triunfo de los mediocres. El poeta se asemejaba á un simple obrero de la retórica. Sus obras tenían, gracias á lo expresivo de las imágenes y á lo metálico de las voces, el brillo y el relumbre de los joyeles bien cincelados. Su belleza fué plástica, como la plástica hermosura del mármol; pero aquella belleza, sin sangre y sin nervios, nos congelaba con

su frialdad. El verso era impecable; pero vacío de pensamiento y pobre de emoción. Nos encontrábamos en presencia del verbalismo de los Gautier; pero no iluminado por la filosofía de Leconte de Lisle. Nos encontrábamos en presencia de la virtuosidad rítmica de los Banville; pero no fecundada por la filosofía de Sully Prudhomme.

Si el Parnaso empezaba á pesar, pesaba mucho más el Naturalismo.

La juventud revolucionaria, la de 1885, sostuvo que la imaginación había sido desalojada de la literatura por la escuela naturalista. Que la anotación del detalle anecdótico, y los hechos macabros que publica la prensa, eran los asuntos predilectos del arte para Zola y los discípulos de Zola. — Que el Naturalismo había confundido y amalgamado lo verdadero con lo vulgar. — Que el Naturalismo no vió en los hombres más que un nauseabundo compuesto de intestinos, llegando á sostener que la vida humana se reducía á los accidentes de la morbosidad y á los fenómenos de la digestión. — Que el Naturalismo era un inventario del mundo, hospital y letrina, en sus fealdades y putrefacciones. — Que el Naturalismo, con lo áspero de su sabor excéptico, con sus héroes idiotas ó avariósicos, con la baja ralea de su pornografía y lo mal entendido de su democracia, ejercía el más deprimente de los influjos sobre los cerebros impresionables y debilitados. — Y que, por último, el Naturalismo se complacía con el empleo de un lenguaje soez, consecuencia lógica de su excesiva amoralidad y de su excesiva democratización, justificando así el célebre manifiesto con que cinco de sus satélites se distanciaron del pontífice de Medun.

En otra parte de esta misma obra expuse mi opinión

sobre la escuela vilipendiada por los simbolistas. Entendí, y entiendo, que el estudio del ambiente, de los personajes y de las conciencias es una virtud del naturalismo. Aquí me ocupo de lo afirmado por sus contendores, sin pesar ni medir los motivos en que se apoyan. Cito un hecho, que servirá á los pósteros de punto de partida para el estudio de una nueva edad literaria. Ese es todo mi objeto. Ese es mi único fin. Lo que me propongo es que se comprenda que los simbolistas se rebelaron valientemente contra dos errores: el sentimiento de la impotencia creatriz, que delataba la fría virtuosidad de los parnasianos, y el perfume á clínica del naturalismo que, al encadenar el arte á la ciencia, separó el arte del ideal. Eso, y no otra cosa, dijeron los rebeldes de 1885.

La reacción ya se hacía sentir, dentro de la misma pintura francesa, con el idealismo trascendental de Henry Martin y Odilon Redón, de Fantín Latour y Puvis de Chavannes. También la literatura de todos los países del mundo europeo ayudaba y favorecía á la reacción, impregnándose jubilosamente el cerebro galo en las místicas realidades sajonas de la Jorge Elliot, y en el liberal humanitarismo ruso de Fedor Dostoyeuski. Pueden servir á modo y manera de electroscopio, pueden servir para determinar la especie de electricidad de que se hallaba cargado el ambiente céltico, el ahinco y la prontitud con que las turbas, las clases más humildes de aquel pueblo luminosísimo, se dejaron alucinar por las doctrinas casi olvidadas de Allan - Kardec.

No insistiré sobre esto. Me falta espacio. Supongo, también, que mis lectores conocen ya la corriente espiritualista que preparó, para un arte nuevo, á la Francia de 1885. Supongo que no ignoran el apoyo

prestado por la música wagneriana, mística y orquestal, claro reflejo del sintetismo ideológico teutón, á la estética defendida y preconizada por los adoradores de Mallarmé. Estos se organizaron, como una falange, al son de los clarines del rubio caballero que suspiró de amores á los pies de Elsa. ¡Todos querían, en la barca del cisne, cruzar el río que refleja las torres del Santo Graal!

Pasó lo de costumbre. El ridículo, que los azotaba sin influir en sus energías, atrajo la atención sobre los sediciosos. Aquel grupo de muy valientes desconocidos, llenos de fe en su fuerza y llenos de esperanza en su porvenir, mereció dos elogios inesperados de Brunetiére. Brunetiére, sin escusar distingos ni censuras, reconoció que los del motín tronzaban algunas cadenas martirizantes para las rémiges condóreas del verso. Esto en cuanto á la forma, y reconoció, en cuanto á la substancia, que los simbolistas trataban de infundir, en las arterias de la literatura, el jugo espiritual que les había robado el Naturalismo. Este último elogio, más que la justificación de la escuela novísima, era un hachazo á la agonizante escuela de Zola.

La métrica nueva, robustecida por aquél interesado estímulo y su mucho luchar, alargó sus raíces, tuvo más pregoneros, y logró hacerse oir desde las columnas de los diarios de gran circulación, diciendo así sus defensores y apologistas:

Remy de Gourmont: — "Uno de los elementos del Arte es lo Nuevo. Ese elemento es tan esencial que casi constituye por entero el Arte. Tan esencial es que el Arte, sin el elemento de la novedad, se parece á un vertebrado sin vértebras."

Andrés Barré: — "Una causa mística se esconde

detrás de los seres y los objetos de la naturaleza". — "Cada individuo es algo más que el signo tangible de un poder misterioso, pues es la resultante sensible de las fuerzas ocultas que gobiernan el mundo". — "En otros términos, lo visible es la forma material de lo invisible, el índice plantado sobre el misterio, como la piedra de una tumba sobre la nada". — "El arte debe adivinar, mejor que pintar, lo que oculta su realidad, penetrando en los elementos que lo producen, para sugerir la intensidad ó multiplicidad de los mismos". — "En presencia de un nudo de luz, cuyos hilos suben á lo Infinito, hay que seguir el camino indicado por cada uno de ellos. — Así llegaremos al principio supremo, á Dios."

Andrés Barré, ansioso de aclararnos lo que antecede, agrega: — "Imaginad que entráis en una cámara obscura donde se os dijo que encontraríais un espejo situado frente á frente del objetivo de un aparato de proyección. Tocáis, con vuestras dedos, el espejo y el aparato. Os habéis asegurado que el uno y el otro existen, y, sin embargo, no los conocéis en toda su realidad, desde que las tinieblas que os envuelven no os permiten distinguirlos. — Encendéis el hogar del proyector. — Sus rayos van á herir el espejo. — Lo apercibís en todos sus detalles; pero el espejo mismo, reflejando los rayos recibidos, los reenvía sobre el aparato, el cual sale de la sombra para entrar en la penumbra, pues el rayo reflejado no es tan potente como el rayo directo, y no podría inundar de claridad á la fuente de luz. El aparato es ahora más conocido. Sin poder determinar su forma con precisión, notaréis fácilmente sus contornos. El aparato os reveló al espejo, como el espejo descubrió al aparato. Así hacen lo real y lo ideal. Se aclaran recí-

procamente con distinta intensidad. La realidad se amplifica con las energías que develan su principio, y el principio, en cambio, atenúa su misterio. Al unir la causa al efecto, al encontrar ó presentir sus relaciones, el poeta agranda la realidad del sér ó del objeto. Sugiere la forma visible y la causa invisible. La razón no basta para esa obra. La razón no sube hasta el misterio. El hombre, para alcarzarla, se sirve de sus facultades de evocación, del don profético, del ensueño, del hondo sentir, y en una palabra, del delirio poético, por medio del cual el alma no conoce, pero sí presiente, á lo Incognoscible."

Paul Adam completó la fórmula simbolista diciendo á los que la acusaban de oscuridad: — "¿Es preciso ser de los iniciados para apoderarse de las bellezas de este lenguaje nuevo? — Distingamos. Ó bien el asunto escogido comporta especulaciones metafísicas, evocaciones supremas que no pueden traducir dignamente las prosas habituales, simples útiles del lenguaje, formas usadas y alargadas por el abuso, en las que el pensamiento flota sin consistencia y sin precisión. Entonces se impone el empleo de un estilo hierático, de términos simbólicos y no comunes capaces de ceñir limpiamente á la idea, manteniéndola por cierto espacio ligada al pensamiento de modo que éste aparezca ó se deje ver no de una manera superficial, sino con sus orígenes, elegancias, derivaciones, finalidades, y, en una palabra, con todo aquello que el pensamiento puede contener ó sugerir. — O bien el asunto de la obra es una simple representación del mundo, de la vida imaginativa, y entonces el estilo usual se le adapta y conviene maravillosamente, en cuyo caso el empleo del simbolismo será defectuoso. Nosotros reivindicamos el derecho, en consecuencia, de escribir

bajo dos formas y en armonía con la naturaleza de los asuntos. La mayor parte de nuestras obras serán accesibles á los letrados. Las otras, las preferidas, las del gran Arte, serán escritas para los *dilettantis* comprensivos á quienes la originalidad de lo emblemático no aterrorice, y que, á fin de multiplicar sus sensaciones, — alegría suprema ó goce supremo, — se preocuparán de sondar y percibir todas las riquezas del símbolo". — Eso dijeron los partidarios de la revolución literaria de 1885.

Se me ocurren algunas observaciones. — La primera se refiere á lo dicho por Remy de Gourmont. — La novedad sólo es novedad en el ingenio que la descubre. — Lo que es novedad en Verlaine ó en Moréas, se convierte en imitación usada por los discípulos de Moréas ó de Verlaine.

Se trata, pues, de sustituir á una imitación con otra imitación. — Los neosimbolistas reemplazarán á los neoclásicos y á los neorrománticos. — Y no es que yo me queje de las imitaciones. — La generación espontánea no existe ni en el cosmos de las ideas ni en el universo de los organismos. — Virgilio imita á Homero y Dante á Virgilio. — De lo que me quejo es de que todos se adjudiquen la novedad que otros descubrieron y practicaron, llamando imitadores á los imitadores del clasicismo y la escuela romántica, como si los nuevos no imitaran también á los abanderados y capitanes del simbolismo. Si imitan los que siguen á Espronceda y á Becquer, imitan igualmente aquéllos que copian el modo de hacer de Ruben Darío y Leopoldo Lugones, de Teodoro Hannon y Laurent Tailhade.

La segunda de mis claras observaciones es tan infantil como la primera. Se refiere á lo expuesto por

Andrés Barré. Entiendo que tampoco es una novedad la metafísica que éste nos propone como base y cúpula de nuestra estética. La encontraréis, sin mayor esfuerzo, en los más conocidos diálogos de Platón. El alma, para éste, es un efluvio de la divinidad. El alma, para los simbolistas, es como un nudo de hilos de luz que se enredan en la sombra de lo Incognoscible. Todas las almas, si atendéis á su calidad de efluvios divinos, deben corresponderse y asemejarse por su unidad de origen, por sus recuerdos de la vida celeste, por lo homogéneo de su substancia y por la equivalencia de su fin sin fin. Así, según creo, lo entendía Platón.

Los hilos de luz, que bajan de lo alto para esparcirse en las almas del simbolismo idealizador, es natural y lógico que conviertan al alma de cada ser en uno de los puntos de contacto de las correspondencias universales que se anudan ó atan en la sombra sin sombra de lo desconocido. Así, por lo menos, discurre Andrés Barré. — Recordad, y notaréis mejor la similitud, que lo incognoscible, el principio supremo, la sombra sin sombra, la causa de las causas, es Dios lo mismo y exactamente para la metafísica predicada por Barre que para la metafísica de Platón.

No es más trascendental ni más ingeniosa mi observación tercera. Se refiere á las distinciones establecidas por Pablo Adam. — Antes de que existiera la escuela novísima, ya todos sabíamos que cada asunto tiene su elocución propia, ó si queréis su propia terminología. Lo que ignorábamos es que el arte de la literatura, que no es sino el arte de la palabra, necesitara ser profundamente obscuro para ser grande é imperecedero. Si el naturalismo se equivocó apoderándose de lo que pertenece por derecho propio á

la medicina, los simbolistas deben equivocarse cuando se apoderan de lo que es puramente metafísico, de lo que pertenece por derecho propio á la filosofía. — Lo obscuro no es lo bello, según afirman todas las calotecnias. — No por estar al alcance de mi inteligencia, sin que necesite torturar mi magín para comprenderles, dejaré de encontrar que son grandes como cumbres andinas Shakespeare y Hugo.

No insistiré sobre esto. No vale la pena. ¿Qué es lo que vive y vivirá del Dante? Lo menos caótico. Lo más humano. El dolor de Ugolino. El beso que Paolo, en plena boca, le da á Francesca. ¿Qué es lo que vive y vivirá en Goethe? Lo menos caótico. Lo más humano. El remozamiento del doctor de Maguncia. La novela amorosa de Fausto y Margarita.

Paso á mi cuarta y última observación. Los simbolistas dicen representar una protesta purificadora contra las objeciones del naturalismo. Es muy posible; pero creo advertir que, en estos bebedores del hatchis de lo ideal, la sensibilidad es muy poco platónica. Después de deleitarse con la *Mephistophela* de Cátulo Mendés, dieron en el jardín de los suplicios, con agonías largas y dolorosas, de Octavio Mirabeau, no sin pasar por los jardines artificiales de Baudelaire, repletos de agonías tan largas y dolorosas como la agonía de Guy de Maupassant. Recordad lo que la máquina fotográfica de Souza Reilly nos dijo de Julio Herrera y Reissig. Recordad, por último, la muerte prematura, folletinesca, trágica y sin pudores de Delmira Agustini. Así estos poetas, embriagándola con ajenjo, han despoetizado á Scheherazada.

Uno en la sustancia de su calología, que ya conocéis, el simbolismo se dividió en los modos ó formas de exteriorizarla. Fué decadente en los discípulos de

Verlaine; fué armónico y fué libreversista con los adoradores de Mallarmé; fué, finalmente, helénico ó neoclásico en el grupo retórico de Moréas.

II

Yo no quiero fingir. Deseo ser justo, profundamente justo. He de darles á todos, sin sordideces, su parte de laurel. A cada afán, le entregaré su premio ó su porción de fama; pero sin claudicar, arrodillándome ante la moda pasagerísima de lo exótico, de mis grandes amores á la belleza sencillamente pura de la Venus Urania.

Los mismos fenómenos que Sergi encontró al fin de su estudio del pesimismo leopardino, hallólos mi sentir al estudiar la mayor parte de los cultores de lo novísimo. Estos son excéntricos, porque " no son aptos para sufrir el fardo ó la cruz de los sentimientos sociales y de las ideas gregóricas ". — Estos son excéntricos, porque " padecen, á pesar suyo, de ambliopía mental, siendo obscura su representación de la realidad como naturaleza física y como nucleo humano ". — Éstos son excéntricos, porque " viven á solas con sus fantasmas y sus ideas, como inconscientes del formidable desierto que les circunda y que se llama el mundo ". — Éstos son excéntricos, porque " nada ven que les interese fuera de la órbita que recorre su musa, y por el hondo desprecio con que consideran á la vida aparentemente prosaica de lo real ". —A los simbolistas, salvo excepciones de que hablaré más tarde, pueden aplicarse con justicia estas palabras que gloso ó que transcribo de un libro de De Sanctis, libro de que Sergi se ocupa con amplitud en el prólogo de su *Leopardi á la luz de la ciencia.*

Y téngase presente que, al hablar así, me sustraigo á toda predilección dogmática. Podría agregaros, sin caer en calumnia, que es anormal, pero muy anormal, la poética de que me ocupo; que no es una poética educadora y sana, porque á nada conducen las artificiosidades trabajadísimas de su vocabulario; y que, si los psicólogos la consideran como una clara perturbación del sentido estético, la ciencia de la psiquiatria suele considerarla como el signo y como el producto de un numen erotómano, falsamente místico, muy enamorado de su propio yo y lleno de desdén hacia la humanidad. El arte de los satánicos, ese arte neurótico y paradojal, es para los médicos que se ocupan de la influencia de la literatura en las enfermedades mentales, un arte que tiene los tres estigmas de lo desjuiciado degenerativo, la falta de moral y la carencia de voluntad y el exceso de fantasía de que trata en sus obras de científica vulgarización el doctor Cortés.

Abundan las pruebas, los casos clínicos, las dolorosas ratificaciones. Poe, que muere agarrotado por los espectros de su embriaguez; Matías Behety, que tiene el mismo final que Poe; Teodoro Hannon, con su insaciable voracidad de países extraños, de perfumes desconocidos y de mujeres raras; lo litúrgico, dentro de lo anárquico, de Laurent Tailhade; la locura de Sawa y Guy de Maupassant; lo portentoso, por lo vocinglero, de lo transvertido en Oscar Wilde y Pablo Verlaine; Manolo Paso, con lo triple de su estigma alcohólico; el delicado amor con que se ocupa de los mendigos y de los proxenetas Emilio Carrere; la nube de opio de que se rodean los sugestionados por las confesiones de Tomás de Quincey; la bohemia incurable, bohemia á lo Bartrina, de Florencio Sánchez;

y el enorme fondo de perversión, de perversión sensualísima y misteriosa de las iluminadas á lo Rachilde, hacen que lo nuevo pueda ser estudiado lógicamente por los frenopatólogos como Cortés y por los psicofísicos como Bianchi.

Es claro que hay alguna exageración en la verdad de lo que antecede. El arte es siempre arte, aunque el arte no sea tan robusto y social como debiera ser y como nosotros desearíamos. El equilibrio nervioso de sus cultores es lógicamente menos estable que el equilibrio nervioso de la multitud, siendo en aquéllos más fácil la ruptura de ese equilibrio por el mayor poder de sus emociones y el desgaste mayor de su substancia gris, sean los númenes tan semi-locos como el númen rebelde de León Bloy, ó sean los númenes tan naturales como el númen delicadísimo de Gabriel Galán.

Ese desequilibrio, que es momentáneo y que es de accidente en el mayor número, — puesto que sólo se manifiesta en la agudez más alta de la inspiración, — en nada se opone y en nada contraría á la absoluta integridad mental de los hombres de letras, debiendo distinguirse, por otra parte, á los verdaderos desequilibrados de los que simulan ó aparentan desequilibrio. Las vesanias constituyen la obsesión de los alienistas. Lombroso, con su teoría de la psicosis epileptoides del genio, convenció a no pocos de que la explicación y el origen del genio están en la degeneración. Silvio Tonnini, siguiendo y desarrollando la idea lombrosiana, nos dijo que el genio es el fruto del desequilibrio distributivo de las diversas actitudes del sistema nervioso. Bianchi y Tamburini ven en el genio una condición de carácter hereditario, neuropático y degenerativo. Sergi, en fin,—comentando las opiniones

de los que anteceden, — dedujo que la individualidad del genio no siempre está conforme con las condiciones del medio exterior y que á menudo se halla en antagonismo con esas condiciones. Dedujo también que los hombres de genio son frecuentísimamente unilaterales y limitados en su horizonte, no teniendo sino una sola dirección visiva para todos sus actos y todas sus ideas. Y dedujo, por último, que la falta de carácter, la originalidad excesiva, la preocupación de la personalidad propia, las contradicciones en que suele caer el estro creador y la inconsciencia con que produce lo que produce, son las características generales del genio. Las teorías de Lombroso y Sergi han sido tan perniciosas para algunos espíritus como los elogios epistolares de Rubén Darío y Miguel de Unamuno.

De ahí que, basándose en aquellas teorías y en estos elogios, los falsos genios, los que aspiran á pasar por genios ante la multitud, traten de adquirir, y adquieran á la larga por auto - cultivo, la amodalidad y la abulia y el desborde de imaginación que atribuyen al genio los partidarios de la escuela de Turín. Digamos, entonces, que no es tan común ni tan espontánea como cree y afirma el doctor Cortés, la morbosidad literaria de los Behety y de las Rachilde, de las Agustini y de los Verlaine. No todos los absortos tienen el cerebro del físico Ampère. No todos los que pueden modelar á su gusto la imagen de un objeto, son rivales de Gœthe. No todas las histéricas habitan aquél castillo interior, donde se refugiaba con sus místicos éxtasis, el corazón apasionadísimo de Santa Teresa.

Ya os indiqué que lo decadente era un subgénero del género simbolista. ¿En qué consiste lo decadente? — Lahr nos dice que la imaginación es la facultad de

representarse objetos ausentes ó cosas posibles. La naturaleza de la imagen, como la de todo proceso sensorial, es psicológica. La imagen, fisiológicamente considerada, es el residuo, la huella, la reproducción debilitada de las sensaciones. La imagen, psicológicamente considerada, es la representación sensible y concreta de cosas materiales; pero de cosas percibidas con anterioridad y ausentes en el momento de imaginarlas. El verlainismo, la subescuela en que militan los decadentes, considera á las imágenes, que manipula ó crea, de un modo fisiológico. Esa subescuela es impresionista, teniendo una visión penetrante y profunda á través de las cosas sensibles. Esa impresionabilidad, tan viva como rápida, debe producir necesariamente, — como todas las estéticas impresionabilidades de que se ocupó el sergiano saber, — la alucinación, el delirio, la inquietud y la inestabilidad en la existencia celebralísima del que la sufre casi sin reposo. Agregaremos aún que el modo fisiológico, pero esterilizado, con que los decadentes consideran á la sensación, hace que la sensibilidad de la subescuela, — sensibilidad de moléculas muy movibles y poco adherentes, — tenga la virtud de volatilizarse como el amoníaco y el ácido acético. Así la subescuela, la decadentista, no trata de representarnos sensibles y concretas, las cosas materiales que percibió, sino que trata de traducir intelectual y retóricamente, la imagen residuo, la imagen huella, las imágenes que representan difuminados á los elementos primordialísimos de la sensación. Escuchad á Verlaine:

Des visions de fin de nuit
Qu'éclaire seulement une aube qui luit.

La poesía no debe ser más que el espejo, no muy diáfano, de la sensación. Algo crepuscular, indeciso, incoloro, fugitivo, velado, casi inconsciente. La buenaventura

Éparse au vent crispé du matin
Qui va fleurant la menthe et le thym.

Samain dice lo mismo; pero muy delicada y deliciosamente.

Je reve de vers doux et d'intimes ramages,
De vers á grôler l'ame ainsi que des plumages...
De vers blonds oú le sens fluide se délie
Comme sur l'eau la chevelure d'Ophélie,
De vers silencieux et sans rythme et sans trame
Oú la rime sans bruit glisse comme une rame...
Des vers de soir d'automne ensorcelant les heures
Au rite femenin des syllabes mineures,
Des vers de soir d'amour énervés de verveine
Oú l'âme sente exquise une caresse á peine...
Je reve de vers doux mourant comme des roses.

Julio Herrera y Reissig, visto en el conjunto de sus nunca vulgares composiciones, pertenece al cenáculo decadentista. Sus ídolos más familiares entiendo que son Verlaine y Samain.

Continuemos, antes de rotular nuestros jardines métricos, con el estudio de las iglesias de lo simbolista. Necesito ganar espacio y suprimir consideraciones.

Los poetas, según el evangelio de Mallarmé, deben preferir la emoción intelectiva, desentendiéndose de la sentimental. La sensación ó el sentimiento, base de la retórica de los primitivos, son los componentes inferiores del arte. El elemento calológico superior reside en la idea. Sobre ésta reposa la poesía que los

elegidos están llamados á cultivar. El numen consiste, más que en traducir á los otros lo que experimentamos, en darles á los otros motivos de idea ó de ensueño. La substancia material, ante nuestros ojos, no existe de por sí. Carece de ser lo que no es percibido. La verdadera existencia pertenece á las cosas espirituales, alma y divinidad. La divinidad, que es el principio de toda idea, es el principio de toda ilusión. Estas realidades superiores é invisibles de lo absoluto, tejen, en torno de lo creado, una red infinita, tan misteriosa como variada, cuyos hilos se entrecruzan en el espíritu del poeta. El universo no tiene valor objetivo. El universo es una ilusión, y la ilusión es la única verdad. La obra del poeta es fijar las verdades. Tiene el deber de reproducirlas como las percibe. Para esto el lenguaje pone á su servicio todos los tropos, y muy especialmente la analogía. La analogía es el brujo fecundador para Mallarmé.

Tomemos esta frase, hallada de pronto:

La pénultiéme est morte.

El son *nul* es la cuerda tendida de un instrumento de música. Bien manejada, engendrará tres tiempos. Todo depende de la manera cómo la pronunciéis.

1.° La significación de la frase es muy imprecisa. ¿Qué quiere decir *la pénultiéme est morte?* No importa. Si pronunciamos estas palabras colocando un silencio detrás de *nul,* estas palabras sugieren la idea de un choque de alas contra las cuerdas de un instrumento. Primera analogía: un sonido de voz humana relacionado con un sonido de voz musical.

2.° Pronunciemos la misma frase con una diferente tonalidad. No coloquéis el silencio detrás de *nul,* sino detrás de *tiéme.* El poeta, víctima del trabajo lin-

guístico, ha dado con la segunda de las analogías. ¿En qué consiste? En la relación entre la ruptura de la cuerda vibrante y un sentimiento fúnebre de llanto ó plegaria.

3.º Pronunciad la misma frase con un nuevo tono: sin ningún silencio. Sucederá, á la impresión de duelo, la impresión de los pésames acostumbrados. La mano del poeta hace un gesto de caricia consoladora, y las vocales vuelven á oirse en su primera tonalidad. En ese mismo instante el poeta se halla, instintivamente, ante la puerta de la botica de un anticuario. Allí, en el olvido de las muertas cosas, se confunden los pájaros disecados y los violines viejos. Ya véis todo lo que puede sacarse de la frase imprecisa que angustió á Mallarmé.

¿Cómo se asocian, en la escritura, las analogías? Reténganse y fíjense las primeras imágenes obtenidas. Luego, sirviéndose de los recursos gramaticales y del lenguaje trópico, únanse pequeñas imágenes adventicias á las iniciadoras. Después disciplínense y selecciónense todas las metáforas en torno de la idea principal. El poema estará concluído. Acaso no siempre será inteligible. La culpa no es vuestra. La multitud no sabe ascender hasta la verdad. Solo Moisés llegó, pisando zarzales, hasta la cumbre del Sinaí.

Con Mallarmé reciben el último golpe los parnasianos. — Oid. — " El verso existe allí donde existe el ritmo verbal. Los ritmos del verso están en la prosa. En la prosa se encuentran versos admirables. En realidad la prosa no existe. Lo que existe es el alfabeto. Lo que existen son versos más ó menos difusos. Siempre que en el estilo se nota un esfuerzo, en el estilo impera la versificación. El verso sólo se distingue de la prosa por sus disposiciones tipográficas. Los blan-

cos, los márgenes, las puntuaciones, equivalen á signos musicales: á bemoles, corcheas, semicorcheas, suspiros y pausas". Esto es, en extracto, lo más esencial de la caloctenia de Mallarmé, en cuya teoría de lo analógico encontraréis la causa de algunas de las décimas de nuestro Julio Herrera y Reissig.

Tampoco encuentro novedad extrema en lo que antecede, pues podría deciros que nuestra prosa tiene á los octasílabos por base rítmica, y podría agregaros que el numen lírico siempre empleó la sucesión de los similes trópicos. La analogía de los modernos no es más que un cambio de la alegoría de los antiguos. El hoy se sirve de los sonidos como el ayer se sirvió de las formas. Utilizamos las notas musicales como se utilizaban las líneas estéticas. El sonido nos sugestiona, como la curva sugestionó. Así la analogía poética pudiera representarse, como la alegoría se representó en el bronce y el mármol, por una mujer bella á la que cubre un velo de transparente gasa. Ya Menéndez Pelayo nos dijo que las aparentes inverosimilitudes de los poetas de la antigüedad, las explicó la princiana retórica por la alegoría ó serie de metáforas que, teniendo un sentido real y otro figurado, expresan una cosa que no es aquéllo que significan. Por la analogía, según los novísimos, se asciende hasta el pleroma, como por lo alegórico, según los antiguos, llegábase á la agudez mayor de la inteligencia. Lo que me parece poco común es el método de zurcir semejanzas, entre lo más confuso y lo más remoto, preconizado por Mallarmé; y lo que también antójaseme novedad relativa es la forma ó modo de metrizar preconizado por sus discípulos Renato Ghil y Gustavo Kahn.

La idea, según Ghil, no es sino el resultado de un

movimiento de la emoción. Ese movimiento es propiamente el ritmo. La idea se manifiesta por una serie de vibraciones. El ritmo tiene por objeto único resucitar esa serie de vibraciones en el espíritu del lector. Sólo las vocales están dotadas de valores variables y vibratorios de duración y altura. Las vocales constituyen una gama sinfónica que va desde los armónicos más bajos á los más agudos. El poeta debe buscar las voces y las frases que multipliquen las vocales instrumentales reproductoras del ritmo correspondiente al movimiento de la emoción. Esas vocales trinan como una flauta ó imprecan como un órgano. Cuando penséis, componed un trozo de música, — el movimiento de lo emotivo, — debiendo, al escribir, componer otro trozo de música que vierta al exterior aquel movimiento. Como es natural, dados los rumbos que se abrían al numen, á la subescuela de los armónicos siguió la subescuela de los libreversistas. Su portaestandarte fué Gustavo Kahn. Éste nos dijo: — "El poeta no halla ni expone sus ideas. Su función consiste en descubrir imágenes, comparaciones, metáforas, antítesis, hipérboles y parábolas tan nuevas y tan justas como sea posible. El verso es á manera de un organismo. El verso posee una unidad orgánica, una sílaba métrica. La asociación de estas células constituye el verso. El verso debe tener las sílabas necesarias para reproducir los movimientos variables del pensar. El verso será largo: emoción intensa. El verso será breve: rapidez emotiva. El verso es, actualmente, esclavo de la rima. Hay que romper sus grillos. El verso, es actualmente, un servidor grosero de los pies silábicos de numen fijo. Hay que abrirle la cárcel en que agoniza. El verso y la estrofa deben ser poliformes en lo porvenir. La rima, si quiere, será aso-

nancia. El bordón, si quiere, no tendrá rimas. El verso, si quiere, constará de una voz. Así, tan sólo así, las musas volarán, como vuelan los pájaros que abandonan la jaula."

Extracto, no copio, las calotecnias de lo simbolista. En todas hallaréis un fondo de verdad, porque todas nos dicen lo que ya sabíamos. Su error no es éste. Su error está en las exageraciones á que las lleva su afán de novedades. Su error está en que siempre concluyen en lo presuntuoso y en lo rebuscado. Leed lo hecho por Renato Ghil y Gustavo Kahn.

Con Juan Moréas retrocede lo nuevo. Su numen, simbolista primero y medioeval después, se enamora más tarde de la belleza pura del arte clásico. — "Abandono las aras del verso libre. Me he apercibido de que sus libertades son ilusorias. Reconozco, también, que sus efectos son de índole material. La versificación antigua es más noble y segura, permitiéndonos variar hasta lo infinito el ritmo del sentir. El poeta debe concretarse á pintarnos sus sentimientos y sensaciones, sin traducirnos más afinidades, concordancias ó analogías que las que brotan naturalmente de su espíritu iluminado. Hasta debe escoger, entre sus múltiples impresiones personales, aquéllas que le acerquen á todos los hombres. Así el poeta, al exprimir lo propio, retrata los estados anímicos de la humanidad, porque el poeta no debe ser sino el eco inspirado de la sociedad en que vive y actúa. Hay que renunciar á los perfumes arcaicos, á las innovaciones verbales, á los epitetos que condena el uso. El encanto de nuestro estilo reside en su expresión y en su claridad. Lo claro y expresivo será siempre joven. La poesía está destinada

A couvrir de beauté la misére du monde."

Moréas no es un tonto. Hay rectificaciones glorificadoras. Es bueno repetir la armoniosa canción de las flautas antiguas. Lo simbolista tuvo su época. Aquel tiempo pasó. Los que se empeñan en galvanizarle, deben decirse melancólicamente estos dos versos de Baudelaire:

Je suis un vieux boudoir plein des roses fanées,
Oú git tout un fouillis de rimes suranées.

III

Julio Herrera y Reissig nació en Montevideo. Nació en 1873. Su apellido era ilustre en el Uruguay.

No fué un niño maravilloso. Supo esperar, jugando como todos los niños, la hora oportuna para florecer. Y formóse solo. Estudió sin maestros. Se graduó á sí mismo de doctor en letras. Nada le debía á la Universidad.

Su espíritu, muy poco apegado al terruño, emigró á París. Más que de lo sereno de nuestras auroras, que tienen la rosácea y pulida blancura del coral japonés, supo de los nacientes lluviosos de Montmartre. Sus Edipos y Cloris no nacieron en Grecia. Sus Melampos y Alisias son oriundos de Francia. Sus zagales, — zagales de una naturaleza aprendida en libros, — me parecen ser, más que del tiempo de los teócritos, del tiempo en que jugaban á los pastores María Antonieta y el duque de Rohan.

Deliró por los ruidos del bulevard, como el héroe de la más ingeniosa y más afamada comedia de Gondinet.

Así su laúd no recogió los trenos cantados por el río de color de león, color con que Lugones honra y

singulariza al Río de la Plata. No supo ver que, á pesar de nuestros errores y por virtud de nuestros errores, somos una de las más varoniles y más progresistas naciones de América. Eso no supo verlo, ó no quiso verlo, Julio Herrera y Reissig.

Así vivió misántropo, rebelde al medio, á solas con el mundo de sus quimeras, recluído en la torre de marfil de los Panoramas. — Adornó su lira y adornó su pluma, su verso y su prosa, con tulipanes de exótico negror. Fué cruel con su aldea. Pasó sin admirar el matiz eucarístico de nuestras margaritas. Era un confinado en el presidio de mieses doradas y ondulantes de nuestro Edén. Puso en su escudo, en todo su escudo, lises de Borbón y lises de Valois.

¿Os acordáis del escarabajo que tenía un diamante en la frente? ¿Os acordáis del cisne, perdido entre gansos, á quien consagró un cuento la encantadora pluma de Anderseen? Eso fué, para muchos de sus admiradores, Julio Herrera y Reissig.

Su prosa es valiosísima, á pesar de que abusa del tecnicismo, la sátira y lo trópico; pero está maleada por el tedio de lo nativo y por el desdén de lo regional. Su verso es de una insuperable tersura artística; pero no hay en sus versos nada del pago donde aún galopan, á la luz de la luna, los épicos corceles de Lavalleja.

En aquella torre de los Panoramas, mirador semi-árabe alzado en una de las viviendas de la calle del Yi, se asilaban el luminoso sonámbulo y sus amigos para escapar de las planitudes de nuestra existencia de lugareños, adorando á la musa suicida y turbadora de los ojos verdes, á la musa que pasa poniendo himnos extraños en las ramazones de los jardines artificiales de Baudelaire.

Su ardiente ambición fué no parecerse en nada á

la vulgaridad, no confundirse con la multitud, ser el yo nietscheano, el yo casi divino, el yo en la gloria de su actividad espontánea y libérrima, el yo á cuyas independientísimas voliciones se debe la existencia de los universos según sostiene y proclama Fichte. Ser el superhombre, la cúpula estrellada del mundo - hombre; pero no en la acción, no en las lides groseras de lo colectivo, sino en el ensueño, en el país irreal de las quimeras, en la soledad donde se perfuma la flor maravillosa de lo más refinado, donde ofician los númenes enfermos y perturbadores de Shelley, de Swinburne y de Mallarmé.

Este programa, excelente en París, era de difícil realización en Montevideo. Eso explica, si recordáis lo dicho por Taine, las animosidades y las penurias con que tropezó Julio Herrera y Reissig. El medio impulsa ó comprime al artista, el medio es el aire que redobla ó que disminuye el vigor de su vuelo, y el medio es la tierra que propicia ó impide su floración, según nos ha enseñado científicamente Hipólito Taine.

El egoísmo, por sacro que sea, se ahoga en nuestro ambiente. No simpatizamos con los que se aislan, aunque su aislamiento sea una fulgurosa ascención. Queremos al hombre, aunque el hombre se aparte del nivel común, hermano de los hombres en sus luchas por el progreso material ó efectivo de la patria y de la ciudad. El orgullo de los que se desprenden de la caravana, mirando con desdén el prosaísmo de nuestros goces y de nuestras penas, nos parece un ultraje y una deserción. Lo artificioso; lo que alardea de aristocrático; lo que quiere treparse sobre nuestros hombros de obreros ennegrecidos por el hollín de las fraguas del hoy, — fraguas de que saldrán los tirantes de

hierro de lo que viene, — se nos antoja un insulto insufrible á la verdad y á la democracia. Es por eso que, siendo el más brillante y el más original de nuestros rimadores de última data, fué el menos popular y el más discutido de todos ellos Julio Herrera y Reissig.

Deseo que se entienda y que no se calumnie mi pensamiento. No pocas almas jóvenes, seducidas por el aristotélico mimetismo de lo anómalo, siguieron por la senda que les marcaba aquel iluminado. La mayoría, no. La mayoría se mantuvo fiel á la belleza clara, robusta, sin excentricidades, en que siempre adoraron nuestra viril estirpe y nuestro idioma sonorísimo. El néctar, contenido en su vaso, les pareció á los más miel de química ó farmacéutica elaboración, permaneciendo fieles á la miel sin mixturas, á la miel refrescadora y tonificante del natural fraseo y el natural sentir. Vino la muerte, y con la muerte vino la gloria. Quedó flotando, sobre el sepulcro, la musa en lágrimas de aquel exquisito artista. Y todos vieron que la musa llevaba sobre la frente la diadema simbólica, la diadema de délfico é irradiador laurel. Sergi nos dice que ese es el eterno proceso psicológico en la religión de los muertos y de cada muerto. Escuchad á Sergi: — "Salvo rarísimas excepciones, apenas abandona un hombre la vida y pasa al reino de los muertos, comienza el proceso de la abstracción". "Este fenómeno, tan particular para cada hombre que muere, se universaliza y se intensifica cuando se trata de un hombre superior". — "La muerte, por un proceso psicológico inconsciente y vulgar, elimina los caracteres malos, y exalta los buenos, haciendo abstracta é ideal la figura de un hombre de genio". — Así la muerte es la más brillante de las amazonas, porque es la que conquista el reino de la inmortalidad y el

santuario de la apoteósis. Ese proceso, que se observa en Verlaine, se observa de igual modo en nuestro Julio Herrera y Reissig.

Éste no halló cabida en nuestra prensa. Tampoco la buscaba. La disciplina, el trabajo reglamentado, el esfuerzo sin brillo y el sayal de lo anónimo, le supieron á azotes. Su desbordante individualidad, hecha para el mandato, se asfixiaba en la crónica. Creía ganar abundantemente, reeditando un soneto, su mezquina meznada. Vivía en su torre, á pesar del bullicio de las imprentas que atravesó, aquel enamorado de los bohemios de Enrique Murger.

En el trato social, pues nada sé del íntimo, parecióme afable, muy dulce en el decir, lleno de timideces casi aniñadas. Huyó de la política, que lo es todo en mi tierra. En cambio, y como justa compensación, tuvo un alto concepto de su valer, y dialogó con el silfo de la belleza en la quietud nocturna de la torre monjil de los Panoramas. Allí Iris, el más pulquérrimo servidor de Júpiter, hizo ondular su banda septicroma ante los ojos de aquella musa refinadísima. Allí Flora, la de los tulipanes holandeses y los lotos egipcios, untó con el perfume del capullo de los misterios la amante boca de aquella musa que desdeñaba á la multitud. Allí Euterpe, la que dicen que dicen que inventó la flauta, la que dirige la orquesta de los céfiros é improvisa en el órgano de los oleajes, puso en el arpa de aquella musa algunas de las notas con que gimen sus penas los ruiseñores musicalísimos de la Thesalia.

Las obras poéticas de Herrera y Reissig, — que publicó Bertani, — forman cinco volúmenes que suman un total de ochocientas páginas. Esos volúmenes llevan por títulos: *Los peregrinos de piedra, El teatro de los humildes, Las lunas de oro, Las pascuas del tiempo,* y *La vida y otros poemas.*

Esos libros tienen por sinfonía un saludo aconsonantado que dirige la musa á Sully Prudhomme. Es un romance original y hermoso, en el que traza todas las curvas de su ritmo inmenso cuanto obedece á Júpiter y cuanto adora en Pan.

Julio Herrera y Reissig sobresale en el cultivo de los sonetos, que tal vez constituyen lo más copioso y artístico de su obra. Los suele terminar de un modo admirable.

1.— Todo pasó sin que pasase nada.
2.— Salimos de la noche hacia la noche.
3.— Bajó en silencio mi primer suspiro.
4.— Ofició la veleta del tejado
El áspero responso de tu olvido.
5.— El sauce, como un viejo sacerdote,
Gravemente inclinado nos unía.
6.— Jamás viví como en aquella muerte,
Nunca te amé como en aquel minuto.
7.— Manchó la soñadora transparencia
De la tarde infinita, el tren lejano
Aullando de dolor hacia la ausencia.
8.— Y cuando el sueño te aquietó en el blando
Tul irreal de los deliquios suyos,
Uniéronse mis labios á los tuyos
Y como un niño me alejé llorando.

(a)—El alba mira en éxtasis las estrellas del cielo.
(b) —Dedos, como una sombra, se alzan hacia los astros.
(c)—El estruendo del río emociona la tarde.
(d)—En tintinambulantes carros madrugadores.
(e)—Es que Job ha escuchado el latido del mundo.
(f)—Oficia la apostólica dignidad de los bueyes.
(g)—Y así las horas pasan, en su inocente riña,
Como una suave pluma por unos bellos labios.

(h)—Y el asno vagabundo que ha entrado en la vereda
Huye, soltando coces, de los perros vecinos.
(i)—En su cabeza anidan cuervos y golondrinas,
Le arrancan el cabello de musgo algunas cabras
Y misericordiosas le cubren las glicinas.
(j)—No faltan más que el agua bendita y el hisopo,
Para mujir las cándidas consejas del pesebre
Y cacarear en ronda las fábulas de Esopo.

Es lástima que las cuartetas ó cuartetos iniciadores no correspondan siempre á la hermosura musical é ideológica de los versos finales. Es claro, también, que á mi me maravillan, pero no me seducen, las nuevas filigranas de nuestro poeta. No niego, y hasta afirmo, que lo decadente no está en abierta pugna con lo genial. Góngora, á pesar de sus graves extravíos poéticos y de su loco afán de singularizarse, tuvo el instinto de la armonía y la virtud de la imaginación. Lo mismo que con Góngora acontece con Julio Herrera y Reissig.

Los ingenios, que viven en español y sueñan en francés; los ingenios, que se embriagan con el humo de aquellas orientales gomas que se consumen en los vasos de cristal finísimo que ya hallaréis en las viejas octavas del épico Valdivia; los ingenios, á quienes se aparecen, en virtud de los opios suicidas del narguilé, la mano de bronce y el diente de jabalí de las Euríales y de las Medusas; esos ingenios, que se bañan en el río sin riberas de lo irreal y de lo estrambótico, podrán asombrarme, pero no convencerme, aunque tengan una lira más armoniosa que la lira de Alción, el amado de Febo y el esposo de Niobe.

Yo entiendo que la poesía debe ser cosa natural y espontánea. Me agrada el verso que traduce con clari-

dades mi recto pensar y mi recto sentir. Veo en lo simbolista una resurrección del marinismo y del gongorismo, puesto que tiene de aquellos líricos modos la hinchazón, el amaneramiento y las hipérboles enigmáticas. Así como Marini y Carrillo introdujeron en el italiano y en el español voces y giros de la lengua latina, así también Rubén Darío y sus imitadores mixturan voces y giros de la lengua francesa á la sonorísima y policroma lengua castellana. Recuerdo que por la paternidad de una " sonrisa de color topacio ", — ó algo muy parecido, — sostuvieron una pública, enconada y no breve polémica Julio Herrera y Reissig y Roberto de las Carreras. Hubiérase dicho, — al observar el calor de la liza, — que se trataba de algo trascendental, y que no existían modos de hacer muy semejantes á ese modo de hacer en nuestro hermoso y opulento idioma. Éste también supo de preciosísimos en la edad de Quevedo y de Calderón, siendo extraño que Reissig y de las Carreras no conociesen el célebre verso que dedicó á una boca el decadente numen de Villamediana:

Relámpago de risas carmesíes.

Es, para mí, muy fácil de explicar el proceso psicológico que lleva á los autores al decadentismo. Éste tiene su origen en la misma causal que infantó lo gongorismo y lo mariniano. El miedo á la rutina, la justa ambición de notoriedad, las dificultades de sobresalir dentro de los moldes en que ya muchos sobresalieron y el afán nobilísimo de señalarle nuevas rutas al numen, nos inspiran las primeras y ruidosas extravagancias. Fijada la atención sobre nosotros, natural es que luchemos por mantenerla y acrecentarla, exage-

rando lo que ya era afectación obscura ó artificio infantil, hasta que el hábito naturalice, como forma de moderna calología, los exotismos de fraseo y de imaginares de la forma nueva ó resucitada. Leed, para convenceros de lo que afirmo, la vida de Góngora.

Hay décimas que parecen delirios de loco en Herrera y Reissig. Veo en *La torre de las esfinges:*

> " Carnívora paradoja,
> Funambulesca Danaida,
> Esfinge de mi Tebaida
> Maldita de paradoja...
> Tu miseria es de una roja
> Fascinación de impostura,
> Y arde el cubil de tu impura
> Y artera risa de clínica
> Como un incesto en la cínica
> Máscara de la locura! "

Confesemos que esta manera de lucir el ingenio es una triste manera de malgastarlo. A nada conducen, porque nada de duradero crean, las excentricidades con caracteres de histeria ó de vesania. La poesía no se ha hecho para ejecutar esos *looping the loop* en el aeroplano de la imaginación. La poesía se hizo para cantar nuestros gozos y nuestras penas, para cantar al bien y al porvenir, para cantar las glorias que fueron y las glorias á que aspiramos. La poesía, si no quiere que la barran los purificadores vientos del progreso, debe convertirse en útil de cultura para los espíritus y en útil de cultura para las sociedades. Un poeta no es un acróbata que se desarticula sobre el bambú japonés de la fantasía. Un poeta es un alma apasionadísima de las flores que crecen en los jardines

de lo venidero: de todas las clemencias próximas á dar luz y todas las verdades próximas á dar fruto.

Entiéndanlo y no lo olviden nuestros rimadores. El verso debe marchar hacia el mañana, como va nuestro globo á tumbos por el espacio en dirección á la vega de la Lira. Porque Apolo es el sol, porque Apolo hiende con un cincel las hojas cáusticas del ranúnculo, porque Apolo les da pétalos carmesíes á las peonías, porque Apolo broncea los flexibles trigos, porque Apolo se place cuando otoñan los campos, porque Apolo es fecundo y Apolo es benéfiso, Erato se acurruca sobre el pecho de Apolo cuando las melancólicas estrellas de la tarde titilan reflejadas en el mar de Chipre. ¡Benditas sean las celestiales bodas de la Luz y el Ritmo! ¡Que se busquen y abracen, cuando obscurece y á través de la noche, Apolo y Erato!

Julio Herrera y Reissig, ¿era poeta ó no era poeta? Lo fué y de valía. El primero en su grupo, el mejor de su grupo, el rey de su grupo. Abrevóse en el terso manantial de lo clásico, en la gárgola musicalísima del arte helénico, y rindió culto á los mitos ó embustes de la edad pagana, apasionándole los milagros del cinturón de Venus, la hidromiel celestial de la copa de Hebe y lo róseo del pico del cisne de Leda. Supo también no poco de lo romántico, de lo medioeval, de las baronías con casco de hierro, de las grutas con gnomos de canosas barbas, de los bosques con silfos aposentados en los azules cálices de la flor espinera, de corrientes de agua con ondinas desnudas y tentadoras, de catedrales góticas con monjiles conciertos de enervante dulzura, de los lobos que conversaban con Francisco de Asis, del valor temerario de la bella Armida y de la multitud que pisoteó el sangriento cadáver del rey Sigerico. Y supo, también, mucho de

las pausas, acentos, matices, sadismos y extrañezas de lo decadente, pues adoró en Verlaine y tradujo á Samain. Por todo eso, y porque le engendraron con el instinto de la canción, os aseguro que fué poeta Julio Herrera y Reissig.

Mi amigo fué gorjeo, libertad, murmullo de frescura de agua, traducción de muy honda vida espiritual, abanderado celebradísimo de una fantaseadora juventud literaria. Quien dice juventud dice ambiciones de novedad. Fuéronse, pues, gozosos los adolescentes hacia *Los Extasis de la Montaña,* transplante de lo vasco al medio charrúa en flota de sonetos alejandrinos; y los cromos exóticos de *Las Clepsidras,* con sus huríes y sus yagatanes y sus cocodrilos y sus pendientes de ópalos y su olor á sándalo y sus devotas cánticas de muecín, gustaron por su apariencia de novedad á la juventud; y los mozos, soñando con la policromía de la luz de los ojos que forman las centelleantes cuentas con que los brujos cartagineses hilaron *El collar de Salambó,* entráronse en *Los Parques Abandonados* en busca de sutiles voluptuosidades y de quereres refinadísimos, porque los que luchaban por redimir á la gloria con las flechas del tropo, sin saber que la gloria no se rinde jamás, creyeron encontrar en aquellos follajes otra " dilatación perla de la sonrisa ", que es una metáfora para descubrir los dientes blancos y los dientes menudos de una mujer con abandonos de Margarita y candores de Ofelia.

Buscóse una nueva calología para aquel nuevo modo de metrizar. Se encontró en Oscar Wilde. Éste había afirmado en sus *Intentions:* — " La rima, en las manos de un verdadero artista, no es solamente un medio material de belleza métrica, sino también un medio espiritual de belleza y pasión, pues ella despierta des-

conocidos estados de alma, encumbra las ideas, y abre, con su dulzura y encantamiento, las puertas de oro á que en vano llamó la misma imaginación". — Página 107. — "Las palabras no sólo tienen una música tan dulce como la de la vida y el laúd; y colores tan ricos y brillantes como los colores que idolatramos en las telas venecianas y en los lienzos españoles; y una plástica tan verídica como la que puede manifestarse en el bronce y el mármol, sino que tienen, y ellas son las únicas que los tienen, el pensamiento, la pasión, la espiritualidad". — Página 125. — "El exceso de la intención intelectual en el artista puede perjudicar á la belleza; la perjudica en muchísimos casos". — Página 151. — "Poseed el culto de la forma, y os serán revelados los secretos del Arte". — Página 212. — "Hállase la estética más alta que la ética. Pertenece á una esfera más intelectual. El más alto grado que podemos pretender consiste en discernir la beldad de las cosas. Hasta el sentido del color es más importante, en el desenvolvimiento del individuo, que el sentido del bien y del mal. La estética es á la ética, en la esfera de la civilización consciente, lo que, en la esfera del mundo externo, el sexo es á la selección natural. La ética, como la selección natural, hace posible la existencia. La estética, como la selección sexual, hace adorable y maravillosa la vida, llenándola de novedades, progresos, variedad y cambio".—Página 225.—Ese dogma fué, gracias á los méritos del abanderado, el dogma de la juventud que prefería el ensueño al estudio, la soledad platónica al combate viril. Alzáronse castillos para vivir el culto de la belleza, trabajando la forma minuciosamente, sin preocuparse de la intención intelectual, que daña á la hermosura, y sin preocuparse tampoco de la ética, desde que es preferible

cultivar el sentido de los colores que el sentido, no estético, de lo justo y lo injusto. Creyó la juventud que, para subir hasta las torres de la inmortalidad, érale lo bastante una melodía como la melodía columpiadora de la *Berceuse Blanca* ó un eco como el eco de la balada eglógica *Las Campanas Solariegas*.

Lo malo fué que un día se supo que en Europa se protestaba contra el decálogo de Oscar Wilde, y lo peor fué que los que protestaban eran los simbolistas de 1903. Así, en aquel año, Adolfo Rette decíanos, en su volumen *Le Symbolisme,* que pasaron de moda "el ensueño estéril, las torres de marfil, el gusto de lo artificial". Página 7. — Nos decía también que los modernistas se hallaban de regreso del país de las nieblas, de los paraísos artificiales, de la hermosura sin más objeto que la hermosura, agregando categóricamente: — "Ellos ya no se satisfacen con traducir sus propias alegrías y sus propios dolores; ni tampoco conténtanse con la descripción, sin un fin de moral utilitaria, de las costumbres de nuestra época. Ellos quieren, sobre todo, evangelizar, munir de rimas á las ideas humanitarias, y crear, para los humildes, como una asistencia por la poesía. Ellos pretenden, mezclando los rumores de la multitud á la cadencia de sus versos, asumir la función de poetas civilizadores, aquella función á la que consagraron no poco de su genio exhuberante Lamartine y Hugo". — Página 9. — El salto era enorme. La palinodia rayaba en apostasía. Hay brincos que desnucan. ¿Qué es lo que nos quedaba del arte aristocrático, del arte desdeñoso de la muchedumbre, del arte sin más fines que la belleza, del arte sin más celos que el de la forma, del arte consagrado tan sólo á los selectos, del arte calológico y casi en pugna recia con lo intelectual,

del arte únicamente artístico de Oscar Wilde? Una cuestión de métrica: el verso libre. Era preciso volver atrás; desposarse de nuevo con la naturaleza; revivir "el cómo se despertó, en lo más esencial de nuestro ser, el deseo de interpretar, con la música de la estrofa, las maravillas que no se cansan de prodigarnos la tierra, el océano, y el cielo nublado, con oros de sol ó rico en estrellas". — Página 255. — El poeta, saliendo de su yo egoísta, entra en el universo. Un golpe de luz sobre una muralla, un nido en un arbusto, ó un soplo de viento á través del follaje, cautivan su atención. Aquellas cosas, que le son familiares, encántanle como si su mirada no las hubiera visto jamás. Las considera. Sus pupilas se impregnan, y, cuando vuelve á seguir su camino por entre la fronda, la imagen agrandada de lo que vió, deslumbrándole con sus nimbos de luz, le llena el cerebro. Entonces se establece, de un modo maquinal, una relación íntima entre la imagen enamoradora y el estado del espíritu del poeta, porque la imagen refleja el gozo ó el dolor de su espíritu. ¿No es así, soñador de quimeras? Ya sé que es así. — "Muy pronto, una confusa armonía se eleva en tu interior, te obseda, y á ese ritmo, sin que tú te apercibas, amoldas tu paso. El ritmo se precisa, acuden las palabras tumultuosamente, y las palabras luchan por entrar en el ritmo. Después, procurando asociarse á la imagen primera, aparecen y se entrelazan, á modo de fusas, cien imágenes accesorias, salidas de la sombra de tu Inconsciente. Tu pensamiento, entonces, entra en acción. Escoges las palabras que traducen tu estado emocional con más fuerza expansiva. No aceptas sino las imágenes que tienen, entre sí, más apariencia de parentesco. Y, poco á poco, todo se ordena. Tu experiencia te brinda las asonancias ó

consonantes que te convienen más. Basta que broten uno, dos, tres, seis versos. El génesis del poema se ha terminado. Puedes guardar ese trazo, el primero, en un oscuro rincón de tu memoria. Allí lo encontrarás, cuando te acomode, para perfeccionarlo, desenvolverlo, agregarle una gama de sentimientos, ó para convertirle en símbolo que llegue á significar ya una idea, ya un modo del universo ". — Página 255. — Esto es claro, convincente, indudable. Esto es el proceso de la inspiración. Esto no pertenece á ninguna escuela. Esto pertenece á todos los tiempos, á todos los países, á todos los parnasos, á las escuelas todas. Esto no es estético, sino psicológico. Oigamos á Binet, en *La Pshychologie du Raisonnement:* — " El elemento fundamental del espíritu es la imagen: el raciocinio no es sino una organización de imágenes, determinada por la propiedad de las imágenes mismas. Basta que las imágenes se presenten para que se organicen, y para que el raciocinio surja con la fatalidad automática de un reflejo ". — Página 10. — " El punto de partida del acto de percibir es una impresión de nuestros sentidos: este elemento inicial es á modo de núcleo á cuyo alrededor se disponen concéntricamente camas de imágenes ". — Página 73. — " El razonamiento no es sino el resultado de las imágenes que se suceden: la primera evocando á la segunda por semejanza, y la segunda sugiriendo la tercera por contigüidad ". — Página 156. — Cada impresión, pues, origina imágenes. Es un fenómeno universal, que no siempre produce efectos calológicos. Rette nos lo confirma en el libro citado. — " Se trata del análisis de un fenómeno que no presenta, en sí, nada de extraordinario. Todos los hombres, sea cual fuere su estructura psíquica, sufren en un momento determi-

nado la impresión ensoñante que os he descrito. Sólo que la impresión, en la mayoría de los vivientes, se anula ó borra con rapidez, en tanto que, en el poeta, la impresión persiste, crece en violencia y se transforma en alucinaciones". — Como ha habido poetas en todas las patrias y en todos los tiempos, es indudable que el fenómeno lo sintieron lo mismo los clásicos que los decadentes. — "El poeta inclinado á apropiarse todos los ritmos de la naturaleza, para nutrir su imaginación ansiosa de armonía, descuida, desdeña, ó cumple de través las funciones sociales que no se relacionan con el natural rumbeo de su espíritu. Mil sufrimientos nacerán de ahí, que hacen del rimador como una especie de escalpelado vivo; pero que afinan, en cambio y en recompensa, su sensibilidad. ¡Cuántas y qué inegables son sus alegrías! Su hambre de hermosura, jamás satisfecha, le arrastra sin cesar á nuevas conquistas, porque permanece toda su existencia, delante del mundo, como Adán en el día primero del Edén". — Página 258. — El sentimiento de la hermosura, acicate del numen, no es propiedad exclusiva de los decadentes. Puede asegurarse que lo experimentaron Homero, Virgilio, Dante, Calderón, Milton, Schiller, Derjanine y Hugo.

¿Qué queda, entonces, desaparecido el arte aristocrático, el arte selecto, el arte recluso, el arte sin más fin que el fin calológico? Una cuestión de métrica, una cuestión de gusto en la factura, una cuestión que es transitoria y accidental, como todo lo artístico que no está vinculado á la esencia del arte. Rette, por último, nos dice que el poeta llega á la plenitud de sus facultades cuando domina al ritmo de un modo despótico y el ritmo le domina de un modo tiránico. Es verdad. Es cierto. No lo discuto. Es en este período

que el poeta elige ó perfecciona su modo de hacer. — "Desde entonces el verso libre, y esta es la más preciosa de sus virtudes, le permite establecer, sin grillete alguno, una relación exacta entre su personalidad y sus medios de expresión. La belleza multiforme del universo encuentra un límpido espejo en sus poemas". — Página 261. — El verso libre no me interesa, porque no es el verso que utilizaba Julio Herrera y Reissig. Lo que me interesaba era sólo la escuela, el decadentismo con orientaciones á lo simbólico, el decadentismo aristocrático y sin éticos fines, el decadentismo con torres de marfil y con ventanales hacia el mundo interior del artista, el decadentismo que ya acabó según la autoridad notoria y respetada de Adolfo Rette.

IV

¿Quiere el lector que volvamos á los sonetos?

Los sonetos de la escuela novísima son, casi todos, de corte francés. El soneto, — que es una forma métrica más que un género lírico, — no admite en castellano que se le cincele en alejandrinos. Un soneto en alejandrinos no es un soneto, según los cánones de la española literatura. El soneto es un poema de forma fija, y es necesario recurrir á la poética de la Francia si quieren aceptarse como sonetos muchos de los sonetos maravillosos de Herrera y Reissig.

Según leo en un erudito estudio de Renato Doumic, el soneto recién aparece en Francia tres siglos después de naturalizarse en el suelo italiano. La gloria de su aparición pertenece á Marotte, Saint-Gelais y Du Bellay. Éste preconizó su empleo y supo cultivarle con maestría. Resistido al principio, — por enten-

derse que todas las composiciones de forma fija, aprisionando á la fantasía, limitaban la libertad propia del poeta, — el soneto se impuso y se difundió victoriosamente, por lo vigoroso de su carácter y porque une la simetría á la variedad.

"Hay en el soneto, dice Renato Doumic, un elemento que le es particular: su verso ó bordón último. Éste no es la idea en la cual se reasume el fin que el artífice se propone. Por el contrario; siempre que los trece versos primeros se hacen para escribir el verso catorce, el soneto pierde su valor plástico. El soneto triunfó porque estaba impregnado en la platónica sensibilidad de Dante y de Petrarca."

Yo pienso de otro modo. He visto hacer sonetos incomparables, empezando por el último verso, á Manuel del Palacio. Empezando por el verso final hizò también muchos de sus sonetos la musa de Diego Fernández Spiro.

El soneto, que asciende con Du Bellay, declina con Desportes. Desde 1660 hasta 1800 no se encuentra ni rastros del soneto en las rimas de Francia. El siglo XVIII no ama la poesía. El soneto resucitará, con Leconte de Lisle, en el romántico siglo XIX. El soneto que, según Doumic, es la encarnación práctica de la doctrina del arte por el arte, sólo florece con prodigalidad en las épocas líricas, como la época en que se desarrolla el numen de Heredia y como la época en que se alzan altares á Baudelaire.

Las dificultades del soneto español disminuyen muchísimo cuando se emplea el alejandrino del soneto francés. El poeta gana, con la última forma, cuarenta y dos sílabas en el total de la composición. Esto equivale á cuatro endecasílabos más de los que consiente la métrica castellana.

Ya dije y repito que Julio Herrera y Reissig maneja el soneto admirablemente y agrego que la imaginación de Herrera y Reissig me parece un castillo encantado. Aquella imaginación es el reino de las hadas. Allí juegan los gnomos de barbas canosas con el cubilete de una muy grande y hueca esmeralda, teniendo por dados diamantes y amatistas; allí las willíes se columpian lánguidamente en la copa de un sauce, de cuyas ramas pende la jaula de oro del pájaro que canta; allí dos silfos discuten de amores entre los pétalos de una rosa, que se muere de celos por un ruiseñor apasionadísimo de una estrella; allí una perí fabrica, con mil hilos de araña, el traje que la Cenicienta se vestirá el día de sus bodas con el príncipe Deseado; allí un genio, el genio que obedece á la lámpara maravillosa, enjaeza el caballo de ojos de carbunclo en que Aladino saldrá al encuentro del palanquín de la heredera imperial de la China; allí se desangran las ingenuas mujeres de Barba Azul; y allí mira la Montespan con un desdeñoso mohín á la La Valliére. Allí resuena el martillo de Thor; allí preludia la lira de Safo; allí silba la culebra del Paraíso; allí humea y titila la lámpara de Psiquis; allí hierven los untos venenosos de Urganda; allí se cimbrea la danza de Salomé; allí reluce el velo de Salambó; allí se esponjan el cisne de Leda y el cisne de Lohengrín; allí modula la elegía de los adioses, posados sobre el arma con que se mató Verther, el ruiseñor de Heine; allí dá vueltas el torno de Margarita; y allí las sensuales palomas de Venus, acechadas por el gato de Baudelaire, escuchan pensativas los filosóficos y nocturnos graznidos del cuervo de Poe. Arde un mundo, el mundo feérico de lo soñado, en el horno enceguecedor donde acuñó sus rimas Julio Herrera y Reissig.

No diré que todos los bordones estén libres de mácula en aquél buzo de la nacárea perla de las exquisiteces. Recordad al verso nacido en el Lacio:

Aliquando bonus dormitat Homerus

Si tengo por nimio el reproche anterior, no tengo por nimia, y sí por profunda, la observación siguiente. El numen del poeta, poderosísimo en lo fantástico, no tiene vibradora y comunicativa la sensibilidad. Excepción hecha de algunos arranques de amatorio latir, latir literario é individualísimo, ninguna de las páginas de los cinco volúmenes me humedeció los ojos. No brotan, ciertamente, de aquellos libros ni el llanto de piedad ni la íntima ternura con que tropezaréis leyendo *El embargo* ó *La flor del espino* de Gabriel Galan.

Es que lo refinado suele ser egoísta. Es que estos cazadores de la novedad desechan, por vulgares, las lágrimas que vierte lo colectivo. Es que los desesperos de la multitud no tienen la belleza de los desesperos de Dido y de Manón. Es que las musas, para estos laúdes, residen en Menfis, en Bagdad y tienen su palacio de invierno en Pegú. Ascáfalo, convertido en mochuelo, por orden de Céres; las manzanas de oro con que Hipomenes venció á Atalanta; la gruta donde esconden sus perlas de Basora los bandoleros de Alí-Babá; la espada embrujadísima del rey Arturo; el birrete que hace invisible á Sigfrido; los amores de Angélica y Medoro, causa de la furiosa locura de Orlando; el arpa de Tannhauser; la quinta de Tenorio; los peridotos aceitunados que brillan en el regio turbante de Aisa; Abul Abbas, llenando con el eco de sus desórdenes las calles de Damasco; los abanicos

donde hay pastores pintados por Watteau, y los cisnes del lago que recorrió la góndola de Luis de Baviera, eso sí que exalta la fantasía de nuestro Julio Herrera y Reissig.

Sólo una vez saldrá del mundo de las hechicerías. Cuando los muertos hablen por su boca. Cuando la herencia atávica, llevándole á los bosques de manzanos en flor donde nació su estirpe, le sugiera los éxtasis de la montaña. Entonces será comprensible y humano, aunque no pase de los dinteles de lo emotivo; entonces volarán las golondrinas, como saetas que dispersó la noche derrotada, cuando los buhos dejen de hablar con la luna; entonces la diligencia rezará la canción de sus cascabeles á la luz indecisa del amanecer; entonces una gangosa balada de marimba estallará en los charcos; entonces las vacas maternales ganarán los senderos, en donde ríen los toques de naranja del pincel del crepúsculo; entonces, en las cañas, suspirará sus quejas el viento flautista; entonces la estación de las mieses rubias cubrirá de zarcillos embalsamados á los cerezos; entonces el matojo se vestirá de flores sonrosadas, y la juncia se vestirá de espigas escamosas; entonces el grillo rascará en el silencio de las pendientes con perfume á rosales; entonces las tijeras mordisquearán, en busca de carbunclos y de esmeraldas, por los verdosos pámpanos; entonces, mientras los unos apilan el trigo, los de más allá, forjando gavillas, comerán tortas bajo los oros del veraniego sol; entonces mientras el tren atraviesa un túnel, el lloro de una gaita temblará en la tarde; entonces los corderos, de un blanco eucarístico, volverán custodiados por los perros lanudos; entonces el pastor verá á la pastora, como en un espejo, en el fondo de su alma; entonces el ama, que huele á despensa y á gallinero, dejará que

el vicario le pruebe, chanceándose, las devotas casullas; entonces, bajo la varilla del brujo de la noche, aparecerán fuegos sobre todas las cumbres; entonces la esquilla de la torre, que encanece la helada, ahuyentará al diablo que soltó á la ventisca para que haga temblar la puerta del aprisco; entonces el tiempo resbalará por el espíritu de las lugareñas, como resbalan las cuentas del rosario por sus dedos ágiles; y entonces por último, al final de la cena, los rapazuelos, junto al rescoldo, oirán á la madre referir el cuento, bien conocido, de la Caperucita. Es claro, y no me quejo, que aquellos pastores se denominan Edipo y Menandro, como aquellas zagalas suelen llamarse Neith y Casiopea. ¿Por qué me quejaría? Tal vez por esta causa los bordones de que hablo, pareciéndome copas cinceladas por Wechta, me hacen pensar en la encantadora sencillez de Teócrito y en la elegancia estilística de Virgilio.

Los Éxtasis de la Montaña, magüer sus adarmes de artificiosos, son como surtidores de deleite estético. Las series de sonetos, de que están formados, parecen un enjambre de abejas zumbadoras, — *swarm of humming bees*, dirían los retóricos como Coleridge. — Es sí, cuando nos pinta los ancestrales declives con manzanos, que el poeta paréceme dulcemente bucólico. Es cuando el alma de sus abuelos suspira saudades en sus labios criollos, que el poeta le puede decir á su numen lo que Corydón le decía á Alexis casi al empezar, — versos doce y trece, — la segunda de las *Églogas* de Virgilio:

At mecum raucis, tua dum vestigia lustro,
Sole sub ardenti resonant arbusta cicadis.

Entonces el poeta canta como flauta ó pífano mon-

tañés, en tanto busca y sigue las huellas de su musa, igual que las cigarras, entre los madroños, bajo los ardientes rayos del sol. Entonces el poeta canta persuasivo como el pastor enamorado de las flores rústicas y los frutos silvestres, en quien el mantuano encarnó las ternuras, de bondad dudosa, que sentía por uno de los más jóvenes y más bellos esclavos de Polión.

Si quisiera sacar útiles enseñanzas de lo que antecede, os diría que nuestra literatura señala los marcos del influjo del medio sobre el creador. Nuestra literatura, en sus comienzos y hasta la plenitud de la época romántica, se sirve especialmente del diario y la estrofa. Quiere plasmar, — en este medio de caudillaje, — un medio en que el caudillo de pluma con divisa destrone á los caudillos de lanza con banderola. Se sirve del arte, como de un ariete, contra sus adversarios, — sin ver, en las características y en las perturbaciones del medio social, elementos útiles para producir desinteresadas, pulcras y duraderas obras de arte. La literatura de aquella edad no es una literatura estética, sino una literatura política y que desconoce los generosos fines del arte, constituyendo más el fruto de un credo de cívicas inquietudes que el fruto de un credo de calológicas convicciones. Esa literatura, la de aquella edad de togas que riman discursos y alegatos; esa literatura, la de aquella edad del caudillaje lancero ó plumífero, ignora que el caudillo de los campos y el de la prensa, no engendrarán jamás gobiernos regulares y libros hermosos, porque el diario, — que no es escuela de escribir con primores ni en prosa ni en verso, — tampoco es ni puede ser escuela de hombres de Estado, como nos dice Alberdi en la página 131 de sus célebres *Cartas Quillotanas*.

El período de transición fórmanlo las producciones naturalistas, á las que sigue una literatura que adorará en la forma y que delirará por las novedades; pero esa literatura, cayendo en una extravagancia más condenable que lo antiestético de los románticos, desconoce que el numen es el producto de su pueblo y su época, que la misión del numen es vivir en su medio y vivir en su siglo, que el numen tiene zonas y tiene edades como el mamífero y como el vegetal. Homero es jónico y Shakespeare es britano, como es italiana *La Divina Comedia* y como es español el *Don Quijote.* Si el arte no debe olvidar sus fines, ¿acaso puede desconocer que el medio le oxigena y lo vivifica? A la literatura de los exotismos, siempre pasajeros, perteneció el autor de *Las lunas de oro.*

Julio Herrera y Reissig era rubio, de ojos azules, de espigada estatura y no muy corpulento. Engrosó, congestionándose su fisonomía y amortiguándose su mirada, algunos meses antes de morir. Había suavidades de raso en su nerviosidad, lo mismo que en el tono de su fraseo. Pertenecía al número de los que todo se lo perdonan á la belleza. Fué un trovero exquisito. Fué un muy paciente tejedor de bordados. Fué un artista de filigranas, un artista estupendo y paradojal. A pesar de su excentricidad y sus incongruencias, al indicarle nuevos senderos al numen nativo, afinó nuestra música y enriqueció nuestro vocabulario. Es una de las cumbres más altas de la platense lírica. Es el pico volcánico que se hiergue sobre todos los cráteres de su generación. Tuvo la brillantez del colorido de Vanderberghe. Vivió á lo solitario, con sus ensueños arrobadores, como Pablo Adam y Camilo Mauclair.

V

Cuarenta eran, según Delavigne, las escuelas poéticas reinantes en París al comenzar el año 1915. La mayor parte de ellas, ramificaciones del árbol simbolista, vivían en clausura, como hermandades sin otro culto que el platónico culto de la belleza. Notábase en el grupo de los enclaustrados el desdén por la plebe, aquel desprecio por la multitud que, hace ya muchas décadas, señaló como una virtud del poeta y del sabio el célebre Orazis. Aquella aristocracia sin pergaminos, recluída en sus torres de ébano ó de marfil, oficiaba sus orgíaicas bodas con la inspiración en los jardines artificiales de Baudelaire.

Imaginaciones calenturientas y nervios enfermos, no pocos de aquellos refinados númenes justificaban la doctrina de ciertos psicólogos, que consideran los ensoñares del simbolismo de nuestros días como una morbosa perturbación de la sensibilidad estética ó literaria. Digamos ya que el decadentismo, como el marinismo del siglo diez y siete, no es más que un gusto poético conceptuoso, tan extravagante en el imaginar como en el decir, y que prefiere, — dentro de la socrática filosofía, — los terribles corcovos del caballo negro á las mansedumbres acariciadoras del caballo blanco. Releed, si no recordáis el simil, lo que de las pasiones nos dijo Platón.

Entre las más cercanas de las abundantísimas ramificaciones de lo novísimo, hay dos que necesito tomar en cuenta. La capitaneada por Pablo Fort y la que tiene por abanderado á Enrique Gilbeaux. El primero ha reducido al verso á meros versículos, como los versículos salomónicos y evangelistas; pero cuya subs-

tancia sigue siendo, como antes fué, la pasión del amor, del arte y de la naturaleza. Roberto de las Carreras, en la evolución actual de su numen, es un discípulo de Pablo Fort. La Venus Terrena y la Venus Urania, que adora con el más cálido de los cultos la musa de Fort, son adoradas del mismo modo, con el más cálido de los cultos, por la musa de Roberto de las Carreras.

Enrique Gilbeaux, el creador verdadero de la escuela del dinamismo,, — siguiendo los pasos de Emilio Verhaeren, — no entiende que el arte deba vivir alejado del mundo de lo real, sino que, audaz y revolucionario, vuelve sus ojos y dirige sus himnos á los trabajadores de los puertos, de las minas, de las fábricas y de los campos, poniendo en lo sinfónico de su metrizar, algo del ruido de la locomotora, del automóvil y de las calderas rugientes de la industria.

Emilio Frugoni, en muchos de sus salmos polisonoros de socialista, se me antoja un discípulo hercúleo y triunfante de Emilio Verhaeren y Enrique Guilbeaux. Frugoni, como el último, se distingue por lo viril de su valor moral, perjudicando á la tendencia porque batalla, la factura que emplea en sus composiciones estimadísimas, que no pueden tener el influjo que tiene sobre las multitudes el ritmo y el verbo de la llamada canción popular. El artista supera y disminuye al evangelizante en Emilio Frugoni.

Se engañaría el que imaginara que Roberto de las Carreras parodia á Pablo Fort. Fort, muchas veces, es objetivo. De las Carreras no es objetivo nunca. Fort es más humano y menos difuso, habiendo en sus versículos mayor dósis de médula. De las Carreras, en el último de sus avatares, es más uniforme, más monótono, más excéntrico, más verbifluente, más soñador y más individual.

El que Roberto de las Carreras y Pablo Fort hayan adoptado el versículo, coincidiendo en predilecciones, no significa que empleen el versículo del mismo modo Pablo Fort y Roberto de las Carreras. Prometeo ha sido tratado por Shelley, por Quinet y por Andrade. Estos poetas, siendo grandes los tres, eran tres distintos poetas, lo que ha dado lugar á tres grandes y distintos Prometeos. Si así ocurre tratándose del fondo, ¿qué decir de la forma? Un soneto del Dante en nada se parece á un soneto de Heredia.

Roberto de las Carreras nació en 1873.

Todas las hadas asistieron á su bautizo; todas sin excepción, menos el hada de la Cordura.

Fué un niño prodigioso, un gorrión parisién en jaula de plata. A los catorce años jugó á zurcir dísticos y sextillas. A los quince se empeñó en el juego, mucho más arriesgado, de azorar con los desplantes de sus audacias á los burgueses.

Recitó, manejando el florete, los versos de Musset. Era excéptico y descreído. Agredió, por vetusta, contra la métrica castellana. Habló monologando como Rolla, y besó el piececito desnudo de Manón.

Quiso, sin conocerle y adivinándole, superar en la trova y vencer en la esgrima á Cirano de Bergerac.

Aquel enorme imaginativo viajó por Europa y llegó hasta Turquía.

Siguió, al volver, su trayectoria de astro perverso, siendo uno de los primeros que comulgaron en los altares redivivos de Góngora.

Un prejuicio social ensombreció su infancia. Aquel prejuicio transformó en negras las rémiges caudales de su musa. Un amor contrariado le clavó sus espinas. Con aquellas espinas punzó á los otros la musa vengadora de Roberto de las Carreras.

La prosa de éste ha desmerecido. Lo mejor de ella, si no me engaño, pertenece á la primera mocedad de su autor. El futuro la encontrará en unas impresiones ó notas de viaje, — llenas de matiz, de luz, de ingenio y de imprudente audacia, — que engalanaron el folletín de *El Día.*

Roberto de las Carreras, en sus orígenes, fué romántico, ultra romántico, romantiquísimo. Lo malo es que aquel romántico y lindo adolescente no creía en nada, riéndose de los dioses, y de la mujer, y de la sociedad. Le dió de zarpazos á nuestra técnica, versificando caprichosamente á la manera gala desde 1894. Su amarga ironía, mueca de sufrimiento más que carcajada cordial y salubrificante, pronto cansó á Roberto de las Carreras. Se apartó de Musset é idolatró en Lelián, en el pobre Lelián, en el avatar último de Villón. A la escuela novísima, por su estilo y su estética, pertenece la prosa de sus *Parisianas.* En 1905 se inició en el versículo grato á Pablo Fort. En versículos ó semiversículos, están labrados sus últimos poemas: *En onda azul, El cáliz* y *La Venus Celeste.*

Escuchad:

—"Toca mi corazón: es una lira.

—Mi nombre está escrito en las arenas del desierto y el simoun no lo puede borrar.

—Por mí tiene una voz el Silencio.

—Con las rosas de mis manos hablan los silfos.

—Yo estaré en los rosales cuando cantes, y cuando llores junto al ciprés.

—He soñado junto al Ganges: fuí nenúfar. He corrido en las selvas sagradas: era ninfa."

Según mi humilde modo de pensar, se está verifi-

cando una transformación en Roberto de las Carreras. El hipocondríaco se torna melancólico.

La tristeza, el pesar, la sensibilidad exagerada, el espíritu perezoso, el humor agrio, la sospecha constante de la perfidia, el perpetuo descontento de sí mismo y de los hombres y de las cosas, todos aquellos caracteres que encontraréis en su primera y segunda modalidad, todos aquellos caracteres de que nos hablan en sus graves estudios Bourdet y Queyrat, se han convertido en un sentimiento más noble, menos egoísta, mucho más lírico, con alternativas de arrebato y desfallecimiento, con un imperioso deseo de aislarse y de recogerse para vivir la vida del espíritu, una vida de imágenes efímeras y ensueños ardientes, aquella vida de los melancólicos de que nos habla la ciencia morbológica de Malapert y Moreau de Tours.

Lo hipocondríaco y lo melancólico pueden manifestarse en las inteligencias más desarrolladas y más sutiles. Fueron hipocondríacos Swift y Rousseau, de igual manera que fueron melancólicos Young y Chatterton. No es una ofensa, pues, lo que afirmo aquí, desde que, al hacerlo, trato de explicar el cambio sufrido por la musa pagana de Roberto de las Carreras.

La imaginación de éste abunda en ardentías incendiadoras. Esa imaginación es una sensual. Esa imaginación es hermana de Safo, la musa de Mitilene; pero de una Safo que se consuela cantándoles á los jónicos vientos lo que le dijo el rey de Judea á la reina de Saba.

No importa que la plebe no escuche sus himnos apasionados. Los himnos salomónicos no se escriben para la multitud. Se escriben para las soberanas de dientes de marfil y dedos de rosa. Los himnos orientales deben ser coreados por el crujir de la tirense

púrpura y teñidos de azul por el humear de los perfumes núbicos. Cuando no hay una reina, con los brazos cubiertos de anillos de oro, á quien dirigirlos puesto de rodillas sobre una triple alfombra persiana, está la ilusión, la mujer sin cuerpo que vaga por las nubes, la uránica virgen que enciende la estrella de la mañana y el astro de la tarde.

Triste larme d'argent du manteau de la nuit.

El verso es de Musset, el ídolo primero de Roberto de las Carreras.

Como, siendo una, son más de una las cristianas Vírgenes, fueron, siendo una, más de una y más de dos las paganas Venus.

Venus fué la diosa del amor carnal, la nacida en nacáreo coche marino. Venus fué la diosa á quien regocija el arrullo voluptuoso de las torcazas. Venus fué la deidad que preside la orgía de fresas y el banquete de miel en las bodas accidentales, con derecho al divorcio más absoluto, de las ninfas y de los sátiros.

Pero existe otra Venus. Ésta es espiritual, ésta es ultraterrena, ésta no es corpórea, ésta quiere que se la adore con amor socrático, ésta no sabe de otro deleite que el deleite platónico, ésta no tiene por símbolo una paloma, ésta tiene por confidente y por guardián un buho, ésta no gusta de los rústicos sones del caramillo y se place tan sólo escuchando la música de las esferas que embelesó á Pitágoras.

Y Roberto de las Carreras, con el más refinado y el más colorido de los lenguajes, canta á las dos; pero, como conoce la fragilidad de las rosas y de las espumas, más que á la Venus Délfica dirige sus saludos de amorosísimo á la Venus Urania, á la que se pasea.

sobre el carro de Niobe, por entre los anillos de ópalo de Saturno.

Encuentra, en su culto, voces y giros incandescentes y originales, besando con la letanía de sus requiebros las sandalias pulcrísimas de la diosa que salpicó lo azul con el polvo de oro de la Vía Láctea. Y así vive, poblando de visiones y de músicas su soledad, en tierras del Brasil, la musa aristocrática y melancólica de Roberto de las Carreras.

Es muy posible, es más que probable, que la espiritualidad pagana de Roberto de las Carreras, como el misticismo católico de Verlaine, no sean sino una desviación causada por la derrota de su culto de lo sensual. Es muy posible y más que probable que, así como Verlaine veía los ojos de Rimbaud haciéndole guiños entre los oros de los altares de las Purísimas, de las Carreras mire desnudeces corpóreas entre los oros que levantan los bordes de la túnica de la diosa de Grecia. De todos modos, y para no perdernos en tan psicológicas profundidades, aceptemos sin mayor inventario lo que nos ofrece el numen de nuestro compatriota, numen caldeo por lo astronómico, ateniense por su música á cimbros de laurel, y muy abencerraje por el rojo orientalismo de sus metáforas. Declaro, en fin, que me supieron á miel sobre hojuelas muchos de los versículos que incendió ese numen para aromatizar el aceite de los lampadarios que humean y oscilan ante la hermosura grave y magestuosa de la Venus Urania.

Justo es decir que el versículo me enamora. La literatura judaica, — la que yo conozco, — está escrita en versículos. En versículos hablan Isaac y Rebeca, Jacob y Lía, Asuero y Esther. Dialogan en versículos Achab y Jezabel, Salomón y Balkis, Saúl y la trágica pitonisa de Endor. Escrita está en versículos la égloga

amable de Booz y Ruth, como escrita en versículos está la patética noche de bodas de Judith y Holofernes. Contadas en versículos están las visiones de Zacarías. El arpa de David en versículos reza las preces de Sión. Samuel en versículos traduce el sueño que angustia á Nabuco y la inscripción que angustia á Baltasar.

De las Carreras tuerce, ensortija, diluye y disfraza el versículo; pero en versículos, á pesar de esto, se hallan compuestas todas las ciento cincuenta páginas de *La Venus Celeste*. Hay verso donde hay ritmo, decía Mallarmé.

El poeta, el de los versículos, el que habla soñando, os cantará de Verona, de Romeo y Julieta, de Boabdil y de Lindaraja, de la sandalia diminuta de Esther y del mitológico cisne de Leda. Claro está que poco de lo que dice me parece de acuerdo con el culto limpísimo de Venus Apostrófica. Claro está que las imágenes de que se sirve no han de complacer á la divinidad que aparta á los corazones de la impureza, como aprendí en Pausanías. Eso es lo malo, porque ese numen, aunque sin quererlo, requiebra más y requiebra mejor á Afrodita que á Urania. A las dos les habla del cisne lujurioso, la sandalia israelita, y de aquella virgen de quince años que, en su primer encuentro con un galán que viste de peregrino, devuelve el beso que resuena aún en todos los balcones de Verona. Se ruboriza, oyendo estas cosas, Venus Urania.

Roberto de las Carreras ama los libros caros, los libros impresos principescamente. Las ediciones de sus poemas son esmeradísimas. La hermosura de las camelias resalta más si el búcaro es hermoso. Dígalo *El cáliz*. Dígalo el *Himno á la Cavallieri*.

Fortunio, el de Musset, ignora lo que piensan los

que van por la calle. ¿Qué esconde el antifaz de la fisonomía? Misterio profundo. El melancólico tiene un hijo é idolatra en su hijo. Por eso, entre lo que hallo de recomendable en el ciclo batllista, se encuentra el consulado donde hospedó á Roberto de las Carreras.

VI

Guzmán Papini y Zas se inició en 1895.

Carecía de títulos universitarios.

El que sube sin ellos, sube porque vale.

Militó en la primera de las revoluciones que el partido colorado le hizo al señor Cuestas.

Ha sido y es empleado público, como José Selgas, como François Coppée, como nuestro Antonino Lamberti.

Tiene un doble laurel. Le premiaron, en un certamen, su *Canto á Cagancha*. Obtuvo otro premio, también en un certamen, por su *Canto á la Sireneta*.

Su musa llevaba, cuando nació, un clavel en la boca, — un clavel andaluz, un clavel reventón, un clavel encarnado, un clavel de Triana.

Su ritmo, al empezar, sonaba á concierto de crótalos y bandurrias. Era como el aire corriendo entre las ramas de un jardín de Sevilla.

Su ingenio era el ingenio policromísimo de Manuel Reina.

Su ingenio era como un zorzal que, llevado á España, se hubiese adiestrado con un ruiseñor que, todas las noches, escuchase recitar sus estrofas á Salvador Rueda.

Era inspiradísimo, de una fantasía deslumbradora, de una sensualidad ardiente, de un opulento vocabu-

lario. Cuando se hundía en el río de las metáforas, salía del baño con algún trópico á lo Víctor Hugo.

Era una canastilla de pétalos de rosa, en cada uno de los cuales danzaba el oro de un rayo de sol, su libro en *La Reja*.

No tuvo igual en lo fácil, en lo espontáneo, en lo lumínico y en lo sonoro. Era, por la gracia de los movimientos y por la pompa de las hipérboles, el orgullo y la envidia de los poetas que amanecieron en 1895.

El cardenal, poeta y músico como Spintharo, le inspiró este romance:

“ Tú condensas en un trino
La armonía de una diana,
Y te inspiras en el rojo
De la camelia incendiada,
En la emblemática forma
Que ostenta la pasionaria,
En el clorótico lirio,
En el baile de esmeraldas,
En el wals de los verdores
De las frondas agitadas,
Y en el arroyo espumante
Que las campiñas esmalta
¡Como un tortuoso camino
Lleno de copos de escarcha!
En las siestas ardorosas
En que una inmensa avalancha
De sol, de oro y de fuego,
Todo lo inunda y lo aplasta;
Cuando se arrugan las yerbas
Y chirrean las cigarras
Con crugimientos de pasto
Retorcido por las llamas,

Modulas garrulidades
Que brotan de tu garganta
Frescas, puras, cristalinas,
¡Cual si fueran chorros de agua!

Este romance, que bien quisiera transcribir íntegro, es uno de los trozos más acertados de la patria lírica. Enamora su fluidez musical y castiza, trayendo á mi memoria romances que leí en Moreto y Guevara, Lope y Calderón.

Papini y Zas se dejó, como todos los de su época, seducir por lo nuevo. El pareado alejandrino, el que no martillea cadenciosamente, el de la música wagneriana, le cautivó. Tentó, también, lo libreversista. Ha resultado, indudablemente, más original. Hay más ideas, pero ideas confusas, en sus estrofas. Queriendo ser profundo, se muestra incoherente. Confina en palabreo, no pocas veces, lo que fué elocuencia. Su pompa es la misma pompa de antes; pero hay, en su pompa, más arte rebuscado que sinceridad lírica.

Leed, por ejemplo, lo que le dice al *Niño Jesús*. Hay algunas imágenes hermosas en aquel cántico, que debéis conocer; pero no existe, en la oración aquélla, la hermosura interior, la que recorre toda la obra como el jugo sanguíneo recorre el cuerpo humano. El credo de poeta, con ritornelo y apoyaturas, no sabe á misticismo, porque es epidérmico; porque es verbal; porque no brota del corazón; porque no se parece á las llamas que, para expandirse, enrojecen y funden la puerta del horno. Merece que se le evoque con mayor sencillez, con menos gongorismo, con unción más verídica, con una ingenuidad digna de su grandeza, el buen nazareno, el vagabundo de las parábolas, el único igualitario que supo unir el ejemplo á la pré-

dica, el que untó con el bálsamo de la misericordia á todos los leprosos que encontró en su camino. — También hallo falsos, como frutos de un artificio que no es poesía, los sonetos *La fe en la aldea* y *Los Bueyes*. Los bueyes que yo he visto, los de mis llanos, los de mi país, no son sacerdotales como bueyes egipcios. Los de mi tierruca son menos augustos, porque no tienen por esposa á la tierra y porque no son abuelos de las espigas. El poeta lo confesó en su mismo soneto: no pueden serlo, porque están castrados. ¿Espiritualmente? Sostengo que no; el buey no trabaja porque le agrada y sí por que le obligan. El buey, en el lenguaje de lo simbólico, no es sino melancólica y resignada docilidad. ¿A qué alambicar el idilio y la égloga? Los dos, por su índole, deben ser naturales. Y nótese que no trato de los sentires, sino del modo de manifestarlos. A mí también me agradan la curva de la hoz y el surco del arado. Yo también tengo el culto del buey y de la espiga; pero la rubia espiga y el tardo buey ya no son para mí lo que eran en la edad en que florecieron la griega Céres y el menfístico Apis.

No deseo insistir. Criticar es muy fácil. Siempre hay motivo para zoiladas. Lo que me duele es que el ingenio se desconozca. Lo que me duele es que el numen naufrague, violentando la ingénita afición de sus aptitudes. Lo que me duele es ver que la paloma de lo lírico tuerce su rumbo, se extravía en la noche, y muere aprisionada en las enredaderas de la excentricidad. Lo que me duele es que malgaste el tesoro de luz de su pincel dianístero la musa apasionada de Papini y Zas.

Éste está bien, hasta usando la métrica contemporánea, cuando se ocupa de lo que se aviene con la na-

turaleza de su ingenio de abencerraje. Leedle en *Los claveles reventones,* siendo justo que os cité, para concluir, el poema lírico que se titula *El labrador sagrado.*

Trátase de un hidalgo que abandona gozoso la casa solariega. La casa se derrumba tranquila y melancólica. La hiedra sube por sus viejos muros. No enfloran ya los rosales de su jardín. El pavo real no abre, bajo los secos troncos de sus higueras y al sol incandescente del medio día.

"Su cola por cien ojos azules constelada."

El caballero, ganoso de aventuras, penetra en un castillo de torreones agudos. El dueño del castillo es fuerte y heroico, igual que los leopardos que custodian el lema de su blasón. El castellano, más rico que un burgrave, tiene una hija más rubia que Roxana. Esta hija sueña con un novio lejano, un príncipe oriental, un príncipe de aquellos que protegió Merlín, un príncipe de aquellos de que se ocupan las leyendas británicas de Walter Map.

El caballero errante quisiera ofrecer, á la virgen rubia, la lira y la espada que heredó de Cirano; pero la virgen rubia no le puede amar, porque espera, para rendirse, que llame á la puerta de su castillo la mano enguantelada de Lanzarote.

El caballero errante llegó á una ciudad clara. La ciudad tenía mucho de Sevilla y mucho de Stambul.

Mercedes, la moza de una taberna de la ciudad, encandila los ojos del caballero, cuando le sirve los oros quemadores del vino jerezano. La moza era hermosísima. El paladín andante pidió y obtuvo un beso. Era un beso vicioso, un beso de odalisca y de bayadera.

Aquel lúbrico beso le enloqueció. Y el caballero le dijo á la moza la letanía de los amores:

"Cuando tu cabellera, con silencioso encanto,
Deja caer sus pliegues, como un nocturno manto
A tus hombros de alburas eróticas y bellas,
Mi mano en esa sombra tiene anillos de estrellas."

Y la moza, que era letrada, le respondió lo que Julieta le responde á Romeo:

"En mi boca los besos tienen amaneceres
Que dicen: ¡no te vayas! ¡espera, si me quieres!
¡Espera que en mis ojos se haga la luz del día!
¡Aunque mi beso cante, no me huyas todavía!

El poeta, después, retorna á su solar. Vuelve hastiado y vencido. El amor sin mancilla, el de la castellana de ojos azules, le desdeñó. El de la carne, el de la moza de ojazos negros, le ha traicionado.

El caballero vuelve, con el triste tesoro del desengaño, á la casa paterna. El sol se apagaba. Las estrellas nacían, como lirios argenteos, sobre las lomas.

Y ¡cómo vuelve!

"El caballo á sus crines de moro y español
Ya no las daba al viento como rayos de sol;
Ya no tenía un bello temblor de oro en las ancas
Ni su espuma, en las rejas, nevaba rosas blancas.
No era el pedestal ágil de un lírico adalid,
Ni relinchaba el himno con que evocaba al Cid.
Ya no escarceaba el cuello con la vibrante gracia
De un arco de combate; la inquieta aristocracia
De su sangre muzárabe, como en su albor lozano.
No izaba su penacho frontal, á lo Cyrano."

No importa. No lloréis. Ha sembrado el beso, la ilusión, la sangre, la rima alada, lo que no muere, lo más augusto, la miel de lo divino. Cabalgó en Clavileño. Reencarnó á don Quijote. ¡Creyó en Dulcinea!

Papini ha escrito dos obras escénicas. La acción, en el teatro, vale más que el lirismo. Por eso se aplaudieron, pero no duraron, *Las madres* y *La muerte de Don Juan*.

Papini es un trovero maravilloso. Lo será más cuando guie al alado corcel de su lenguaje. Hay algo de vacío en el borbollón continuo é hirviente de su idioma trópico. Su musa hizo escuela y tuvo imitadores; pero se hiergue altiva sobre todos ellos como se hiergue, sobre la canturia de los pantanos, el himno del zorzal posado sobre el oro de la corola de la lisimaquia. Su obra, en resumen, es un franjeado y es un translúcido bloque agatífero. Su obra reune las tintas venecianas de Giorgione al refulgente brillo de la estrella Élkeid. Su obra es como un collar de singulares ópalos; pero un collar mucho más opulento que el opulento collar de perlas del indostánico rajah de Baroda.

CAPÍTULO II

En el reino de la prosa

SUMARIO:

I. — Pleito de límites. — Folletos políticos. — Bartolito Mitre. — El Plata. — Cuna y ascendencia. — Ambiente en que creció. — Su carácter. — Un juicio de Enrique de Vedia. — Nuevos perfiles. — *Páginas serias y humorísticas.* — Su ética. — El género fantástico. — Lo que dijeron sobre su sepulcro los señores Gache y Ramírez. — Síntesis.

II. — Eugenio Garzón. — Pinceladas. — *Juan Orth.* — Julio Piquet. — Datos. — La última novela de Reyles. — Julián Quintana. — Constancio C. Vigil. — Datos. — Labor y variaciones. — Hugo D. Barbagelata. — *Páginas sud-americanas.* — Opinión sobre el primero de sus estudios. — Horacio Quiroga. — El poeta y el cuentista. — Rodolfo Romero. — El dibujante Juan Hohmann.

III. — José María de Souza Reilly. — Pinceladas morales. — Sus crónicas. — *El alma de los perros.* — Falsa misantropía. — Una aspereza que es misericordia. — El perro *Caín.* — El buey *Tigre.* — Síntesis. — Francisco Tomás Estruch. — Como dibujante y como poeta. — Variedad de tonos. — Una noche de antaño. — Carlos María Morales. — Conclusión.

I

En Montevideo, desde 1846 hasta 1848, se publicaron algunos estudios y documentaciones sobre el interminable pleito de límites entre las coronas de Portugal y España. Esos estudios fueron redactados por las clásicas plumas de Francisco Requena, Vicente Aguilar y Antonio de Ulloa.

Mucho igualmente dieron que hablar y dieron que escribir nuestras dolorosísimas reyertas de partido. Raya en enorme la cantidad de opúsculos editados sobre esta materia. El rencor político, durante años enteros, danzó con zancos, azules ó rojos, los bailables dantescos del ayer en todos los talleres de las imprentas patrias, como los graladores danzaban con zancos, bien recubiertos de teñidas pieles y en el mes de las clásicas glorificaciones del instinto inmortal, los fáunicos bailables de la antigua Roma.

Desde Pacheco y Obes defendiendo, en 1848, los actos de los próceres de *La Defensa de Montevideo,* hasta don José Manuel de la Sierra ocupándose, en 1866, de *La revolución de 1857;* y desde don Antonio H. Conte historiando con loa, en 1898, *El gobierno de Flores,* hasta los señores Pons y Errausquin enalteciendo, en 1887, el gallardo heroísmo de *La defensa de Paysandú,* cada partido ordenó á sus ingenios que escalasen los muros de lo porvenir, sin ver que á las divisas les está reservada, más ó menos tarde, la suerte de Gratión.

Ocupémonos, pues, de cosas aparentemente menos profundas y menos prácticas; pero más duraderas, en realidad, que los opúsculos y panfletos que tienen por numen á la pasión política.

¿Por quién empiezo? ¿A quién le toca rondar esta noche? ¿Quién está de guardia? Bartolito Mitre.

El Plata, con sus olas, vincula y no separa. Sus turbios caudales son á manera de corriente sanguínea y fluído nervioso encargados de poner en íntima comunión dos corazones y dos cerebros. Dolor de aquí repercute allá, como gozo de allá nos regocija aquí. No hay lucha de razas, ni choque de creencias, ni pleito de intereses irreconciliables entre estos dos pedazos

encantadores de un mismo mundo inmenso y de una misma luminosa techumbre. Igual incandescencia y parecido tono hay en nuestras costumbres de sentir y de hablar, puesto que fuimos una misma familia bajo el coloniaje y hemos seguido siendo como dos notas de una lira bicorde, á pesar del orgullo que nos dió lo autónomo tras recias sacudidas de desangre mutuo y mutua excelsitud. Se mezcló nuestra hiel sobre muchos campos de triunfo y de muerte en la epopeya continental á que asistió Pagola, y unióse nuestra fibra para reñir batallas como aquella batalla inolvidable de Ituzaingó, mixturándose, en fin, lo gris de nuestra médula bajo la tiranía que hizo que aquí naciese Bartolito Mitre.

Su cuna fué la tacita de plata de Montevideo, y fueron sus nodrizas las horas de bronce de la Defensa. Nacido de un oficial de artillería, dado á hacer versos, y de una hermosa dama, " hija de un patricio y hermana de mártires ", Bartolito siempre se ufanó de uruguayo y mantúvose siempre en comercio de amores con la Nueva Troya.

Bartolito Mitre es la encarnación, es como la prueba documentada, del desposorio que crearon la estirpe y la historia entre las dos orillas del inmenso río. Mitre es sinónimo de lo argentino, como sinónimo de lo oriental paréceme ser Vedia, siendo muy justo que, partiendo de aquí, se esponjase allá, quien de allá y de aquí era por el connubio de los dos nobiliarios blasones platenses que representaba. Así su ingenio fué más que un ingenio, y así su corazón fué más que un corazón. Tuvo, como era lógico, la bondad excesiva, una bondad siempre abierta al asalto de los abusos, y tuvo muchas luces en el cerebro, como piedra preciosa sin una sola cara que no destelle al sol.

El artillero se volvió á su patria al alborear Caseros, y con el artillero se fué Bartolito.

Él mismo nos contó en una autobiografía llena de chispeos, lo que hizo en Buenos Aires.

Bartolito Mitre se nutrió en una atmósfera que favorecía las floraciones intelectuales. Siendo muy niño, en la ciudad montevideana, debió escuchar el nombre de Juan Cruz Varela, épico y dramático, de pindárica musa cuando canta las glorias de Maipú y de numen sofóclico cuando evoca la imagen de la doliente Dido. También sobre su cuna, en la misma ciudad, debió sonar el nombre de Echeverría, simbólico en sus poemas, goyesco cuando traza cuadros nativos y hacedor del futuro cuando escudriña las verdades que hierven en las entrañas de la fecunda revolución de Mayo. Es también posible que, en la misma ciudad y sobre su cuna, pasasen vibrando como saetas los vigorosos alejandrinos de José Mármol, el que escribió las páginas evocadoras é interesantísimas de la célebre *Amalia*.

Más tarde, en las gloriosas ebulliciones del hogar paterno, mucho debió alcanzársele de aquel don Juan María Gutiérrez, rimador correctísimo y prosista preclaro, espíritu proteico que supo de crítica, de jurisprudencia, de educación, de ciencias filológicas y matemáticas, como mucho igualmente debió alcanzársele de Juan Bautista Alberdi, cuyo estilo propio, cuya maravillosa fecundidad, cuyas nobles ideas, cuya ardiente visión de lo porvenir y cuya muy variada sabiduría, debieron hacerle olvidar la violencia con que Alberdi juzgó los errores de Mitre.

Más tarde aún, en el ambiente que le creaba el gran diario que dirigió, estuvo en contacto constante é íntimo con toda la literatura romántica argentina. El

filantrópico lirismo de Ricardo Gutiérrez, la imaginativa esplendidez de Andrade, la encantadora ingeniosidad de Miguel Cané, la musa casi griega de Carlos Guido Spano, las dolorosas asonancias de Gervasio Méndez, los estudios críticos de Calixto Oyuela, las crónicas teatrales de Santiago Estrada, el admirable numen nativo de Rafael Obligado, los discursos de Magnasco y las novelas de Podestá, todo eso y mucho más fué leído, vuelto á leer, comentado y vuelto ã comentar muy amorosa y muy largamente por Bartolito.

Cátedra y tribuna del buen decir fué siempre el viejo y pulcro diario mitrista. Cuida y adereza con solicitud sus editoriales, sus correspondencias, sus sueltos más nimios. Criado en esa escuela del hacer con arte, en aquella casa que era como una prolongación del paterno espíritu y del hogar paterno, tuvo forzosamente que saber de diarios y de literatura el natural ingenio de Bartolito Mitre.

Así, traductor público y metido en negocios hacia 1895, no por eso dejó de ser periodista, ni abandonó por eso sus habituales tratos con *La Nación*.

Como periodista fué insuperable. Irónico, fino, culto, caballeresco, enamorado de la belleza, escribió sus artículos y escribió sus sueltos en prosa literaria. Con su estilo flexible, con sus áticas sales , con la elegancia ingénita de su vocabulario, con su desprecio por lo brutal, modernizó las pesadas columnas de la prensa criolla. Le quitó de las manos el mandoble que usaba para agredir, y le puso en las manos un ligero florete. ¿Quién ha olvidado la *pesca de noticias* de Bartolito Mitre? Colaboraban en aquella sección, que se hizo famosa, Eustaquio Pellicer, Julio L. Jaimes y Casimiro Prieto; pero fué Bartolito quien la dió vida,

quien la azuló, quien supo dirigirla y acicalarla de tal manera que la sección, enseñadora y entretenidísima, se volvió el desayuno de todos los espíritus de Buenos Aires.

Algo bohemio, despreocupado, fácil á la sonrisa, nunca irascible, ecuánime siempre, con todos servicial, irradiaban bondad sus ojos azules y con bondad tejióse su corpulencia. Pudo permitirse muchas ambiciones, aprovechando la magnitud de la paterna gloria; pero, fiel á lo noble de su linaje, tuvo la probidad de no hacerse argentino, para eterna lección de los codiciosos de medrar á la sombra del ajeno poder y del ajeno influjo. Cuantos le circundaron, y hasta la multitud que le idolatraba, concluyeron por olvidar de quien descendía, dándole el nombre plebeyo y cariñoso de Bartolito.

Cuando los periodistas argentinos, en Setiembre de 1890, le designaron para pronunciar el discurso de recepción á los representantes de la prensa uruguaya, dijo aquel artista y aquel gentilhombre:

" Si el honor que me trae á este sitio no me hubiera venido por bondadoso acto de mis apreciados colegas, yo les hubiera suplicado que me lo dispensasen, presentando á falta de otro título para merecerle, mi fe de bautismo uruguaya, labrada dentro de los muros de la invicta Montevideo. "

Es muy difícil, en unas breves líneas, explicar la complejidad y la distinción que caracterizaron al hermoso talento de Bartolito Mitre. Decía, al iniciar una de sus conferencias sobre el arte dificilísimo de leer, la elocuente palabra de mi docto amigo Enrique de Vedia:

" En la sesión anterior rendí mi homenaje á la memoria augusta de José Manuel Estrada, — á quien

conceptúo el más grande maestro que ha tenido y tiene la juventud de mi país, — y en ésta voy á rendir también mi homenaje desde esta cátedra, — que es exclusivamente mía, como el auditorio que me escucha, — á la memoria del único lector maestro en el arte que he conocido; á la memoria de uno de los hombres más ingénitamente buenos que he tratado; — inteligencia prodigiosa, porque realizaba prodigios de gracia, de ingenio y de fenomenal adaptación á toda circunstancia de arte ó de ciencia; — espíritu profundamente emocional, porque tenía una ternura infinita para lo bueno y un caudal enorme de sincera indignación para lo malo; — imaginación fecundísima que ponía un inmenso panorama en una línea ó diluía una gota de carmín en el mar consiguiendo teñirlo de rosado en toda su extensión; — escritor originalísimo, porque á nadie se parece en su estilo de frases cortadas, de cláusulas periódicas y de sucesivas oraciones intercalares que colocaba en sus pensamientos á la manera de guirnaldas de palabras destinadas á darles realce, como las de aquellas flores puestas al busto escultórico para dar relieve al blanco mármol en que está esculpido; — periodista admirable y sin par en la gacetilla chispeante, en el suelto sustancioso, en el comentario satírico, en el medular editorial de fondo y en la intensa acción directriz con que fundía en una sola entidad armónica á todos sus subordinados desde el redactor en jefe hasta el cronista social, como el lingote del linotipo funde á varios en una sólida línea expresiva y recta; — hombre superior en tal medida, — hasta en sus errores y sus fallas que las tuvo como cualquiera, más ó menos, ó menos ó más, — que se complacía en agrandar lo pequeño para hacerlo visible y rebajar un poco lo trascendental para lo mismo,

— que todo eso y mucho más fué Bartolito Mitre y Vedia."

Véanse, pues, si serán sinceros los elogios de mi modesta pluma á tan alto escritor. Bien puedo prodigárselos en la pequeñez de mis vanidades, desde que otros se los prodigaron á manos llenas desde la cumbre de la notoriedad. En prodigio paréceme que rayó el ingenio de aquel desordenado, que tuvo lo inestimable, lo romancesco y lo batallador de la edad de su cuna; de aquel gran sensitivo, cuya imaginación de califa de cuento maravilloso purificaba y compadecía á todos los harapos que vagabundean explotando las caridades de la inmensa metrópoli; de aquel lector eximio, que iluminaba las líneas más obscuras con el pincel del tono ó les daba contornos diferenciales á las ideas con la cinceladora sobriedad de un gesto; de aquel periodista que modernizó desde el editorial de adormidores párrafos hasta la crónica en que reluce la daga de dos filos en las vueltas de un baile; de aquel extraordinario fundidor de estatuas, que descubría con alborozo y pregonaba con entusiasmo la prosa de Miró, los versos de Röeber y la llegada pontificial de Ruben Darío, bastándole una noche para poblar con ecos de clarines glorificadores la soledad en que magnificaba el numen ciudadano de Almafuerte; de aquel director de periódicos y diarios que fué el centro y el alma de lo que dirigía sin asperezas, irradiando su espíritu sobre los espíritus de José Varas, Emilio Mitre, Julio Piquet y Alejandro Roca; de aquel modesto nunca envidioso que, por haber dudado de su ingeniosidad avasalladora, conquistó dos famas bien merecidas, la de su nombre y la de de su seudónimo, siendo en una pieza Bartolito Mitre y Claudio Caballero.

Es siempre correcto, ingenioso y original lo que traza su pluma de finos trazos, ya nos relate cómo su espíritu se identificó con esos extraordinarios organismos de las máquinas grandes y pequeñas del taller tipográfico; ya nos refiera cómo, pensando dirigirse al suelo mendocino, dió en tierra sanjuanina por la galante solicitud "de un general que no era general y que sin embargo era general"; ya nos hable de su ascensión hacia la volcánica cumbre del Vesubio, "Stanley uruguayo puesto al servicio de la Argentina", ó escriba, desde Génova, lo que pasó al recibir Sarmiento su doctorado de Michigán; ya muestre, en fin, sus condiciones poco comunes de traductor vertiendo al castellano la americana leyenda de Rip van Winkle, que de eso y de otras cosas trata en sus *Páginas serias y humorísticas.*

No imaginéis, por lo que dije de su bondad, que careció de ética periodística Bartolito. Si fué benevolente con las debilidades de los humildes, fué delator y juez de las usurpaciones de los soberbios. No lapidó con fango, ni se mostró compadre, ni voceó grosero, ni horadó las paredes de la vida privada como algunos ilustres que yo conozco; pero sí supo, irónico unas veces y colérico otras, defender sin desmayos la libertad política y la riqueza pública. No le impusieron los que disponen del poder corruptor en estos países presidenciales, ni preguntó lo que le restaban á las nobles ideas que defendía, ni dudó del futuro reinado del derecho sobre la tierra, creada para el bien por el índico Sudra; y así valientemente, en una ciudad donde eran y son muchos los españoles, no estuvo con España y estuvo con Cuba, la última vez que Cuba se alzó contra España. Hasta fundó, con sus propios recursos, una revista para defender la

independencia del jardín donde crece la flor del cafetal, donde las cañas dicen versos de Plácido y donde el viento llora, del guanábano al mangle, los nombres de Céspedes y Martí. ¡Gozó con el triunfo del estandarte de la estrella sola, á cuya luz se abrazan en lo infinito el americano numen de Heredia y el americano valor de Maceo!

Pero no es el político, sino el estilista, el que me interesa. Políticos hay muchos, siendo contados los estilistas. Permitid, entonces, que os hable á vuelo de pluma de sus *Cosas de locos.*

En aquellos tres cuentos, que he releído con delectación, se mixturan sin repelerse, la realidad y la fantasía. Estamos en el mundo de lo posible y de lo probable, lo que no obsta para que nos hallemos en el mundo del asombro y del pánico. Las demencias, que nos sorprenden y nos asustan en aquel libro de pocas páginas, son demencias científicas, demencias de asilo, demencias parecidas á las demencias que se suelen hallar en las celdas y en los jardines de los manicomios. Acordaos del cuento de Celia y Fastini.

No es malo que sepáis que el género fantástico, — género nacido en el norte de Europa y al empezar el siglo XIX con Ernesto Hoffmann y Juan Pablo Richter, — requiere un gran poder imaginativo, no escasas condiciones de observación y un estilo apropiado á lo especialísimo de su índole. Ese género, — que muy pronto cultivaron é hicieron suyo los anglo-sajones, — puede plasmarse con facilidad suma de distintos modos, como lo demuestran patentemente las obras de Wilkie Collins, de Edgardo Poe y de Conan Doyle. Las virtudes de observación, fantasía y estilo, — de que antes hablé, — hállanse todas ellas abundantemente en los tres hermosísimos cuentos de *Cosas de*

locos. Es claro que esta obra, aún siendo novelesca é imaginativa, no puede catalogarse de un modo definido en ninguno de los grupos á que pertenecen *La señal de los cuatro* de Conan Doyle, *La pista del crimen* de Wilkie Collins, *El mayorazgo* de Ernesto Teodoro Hoffmann ó *El proceso groelandés* y *La logia invisible* de Juan Pablo Richter. La imaginación, con ser ardientísima, no anula el sentimiento de lo real en nuestro compatriota, prestándose poco á ciertas pinturas de los países que humedece la niebla, el lenguaje diáfano y la ideación lógica de Bartolito.

Anatole France ha dicho que la novela es para los países occidentales lo mismo que el opio para los pueblos del mundo oriental. Bartolito Mitre, amarrado por su labor diaria á la realidad, gozaba perdiéndose en las consoladoras regiones del Ensueño.

Bartolito murió en el año de 1900, el 20 de Abril. Alberto Gache nos contó, sobre su sepulcro, lo que hizo de valiente y misericordioso durante el cólera que asoló á Buenos Aires.

El doctor Gouchon nos dijo, al despedirle, cómo luchó con la pluma y las armas contra la autoridad sin autoridad. Las revoluciones no son un delito cuando encarnan la última razón del derecho. Bartolito no era sistemáticamente revolucionario, como no eran sistemáticamente revolucionarios del Valle y Alem; pero, por imposición de la libertad y del patriotismo, fué revolucionario, como Alem y del Valle, contra los gobiernos usurpadores y prepotentes el 26 de Julio de 1890.

Gonzalo Ramírez, — orador, diplomático, internacionalista y austero hombre público, — dijo igualmente sobre su tumba:

"Tenemos los uruguayos una gran deuda de grati-

tud para con el hombre de pensamiento cuyos restos mortales venimos á depositar en el seno de la madre naturaleza. — Vinculado á una de las familias más ilustres de la ciudad porteña, aunque ama ardientemente á la patria de sus mayores y la sirve como si se encontrase en su propia casa, vive siempre con la vista fija en la tierra de su nacimiento, y prefiere el modesto título de simple ciudadano del pequeño Uruguay, á todos los halagos que brinda á los hombres de pensamiento el vasto escenario en que se agita la vida cívica de la patria argentina. — Una ley argentina le expide carta de ciudadanía, y aunque la aprecia en alto grado porque presiente y augura alborozado los grandes destinos del pueblo de Mayo, no acepta la gloriosa investidura y asiste sin emulación á los triunfos deslumbrantes de los Cané y los Lucio López." — Así uno por la bondad y múltiple por la inteligencia; estudiando sus temas y puliendo sus frases amorosamente; glorioso con causa y vilipendiado con injusticia; galano, castizo y original; polemista, crítico, poeta y escritor de costumbres; — con muchas piedades para todas las humanas ridiculeces, é irguiéndose con bravura caballeresca ante todas las humanas usurpaciones, eso fué en lo pretérito y será en lo futuro Bartolito Mitre.

II

Eugenio Garzón.

Ascendencia histórica. Apellido ilustre. Periodista eximio. Ligero, melodioso y agudo. Al estilo francés. Dirigió, en su segunda época y con muchos primores, *El Heraldo*.

Es manirroto, elegante, valiente, caballeresco, decidor amenísimo y fué legislador en nuestro país, del mismo modo que hubiera sido mosquetero en las horas de Richelieu ó abate en los festines de la Regencia.

Fué novelesco y mozo, batiéndose como soldado y como panfletista, cuando eran romancescos y jóvenes Agustín de Vedia y Julio Herrera y Obes.

Un perfecto clubman. Un gran señor que tolera la democracia. Un romántico sensualista que disculpa á Des Grieux y que besa los dedos de Manón. Un espíritu, en fin, salido de la fragua donde se fundieron los espíritus de Alcibiades y de Petronio.

Su estatura es mediana, su cabello grisea abundantemente, su andar es gallardo, sus gestos son ducales, se apropia el último figurín, nunca sale sin flores en el ojal, tiene un gran optimismo, cincela sus frases, ha leído mucho, y nació su ironía en un panal de abejas del Ática.

Sobrevive á su tiempo. Pertenece á la edad no resucitable en que Law especula, Mazarino sonríe con sonrisa italiana y Buckingham se prende con un joyel las plumas del sombrero.

Eugenio Garzón, desde hace algunos años, se hospeda en París. Escribe en *El Figaro*. Quiere que Europa no ignore, calumniándola, á Sud América. Quiere que Sud América sea conocida, en su alto valor de realidad y en su valor altísimo de esperanza, por los pueblos de Europa.

Hablan de su vigor y de su agudeza, como panfletista, las ochenta páginas de que se compone *La flecha charrúa*.

Eugenio Garzón, que adora en Lutecia y en Montevideo, ha enriquecido las letras nativas con las doscientas veintitrés páginas de su *Juan Orth*.

Juan Orth, que por amores se trocó en plebeyo, nació entre armiños y bajo el escudo del trono de Austria.

El relato novelesco del carácter, la suerte y las aventuras del archiduque desaparecido, permite á la pluma de nuestro compatriota hacer gala y derroche de la finura de su psicología, de la bella amplitud de sus descripciones, y de la luminosa claridad de su estilo. Así *Juan Orth,* el libro que nos hace viajar con sincero deleite desde las viejas ciudades del país austriaco hasta las jóvenes llanuras americanas, ha merecido elogios justicieros y autorizados de Max Nordau, Carlos Reyles y Ruben Darío.

Julio Piquet.

Montevideano. Nacido en 1863.

Periodista que sabe cuanto puede saberse en cosas de imprenta.

Tiene dos estilos: amanerado el uno y natural el otro.

Es algo indolente. Le molesta la luz de la mañana. Su numen se distingue por lo noctílugo y lo noctivago. No es muy profundo; pero con lo que ha escrito su arte primoroso podrían formarse algunos volúmenes.

Estuvo en *La Nación* con Bartolito Mitre.

Estuvo en *El Censor* bajo las órdenes de Sarmiento. Dirigió y redactó, sin mucha fortuna, *El Siglo* en mi adorada y azul Montevideo.

Faltábanle dos cosas para esta última empresa: la pasión partidista, que incendia los párrafos, y la ciencia económica, base y sustento de la política contemporánea.

La tolerancia es una virtud; pero es una virtud mirada con desdén por los orientales. El arte es muy

hermoso; pero el arte, que ignora leyes y estadísticas, naufraga de seguro en las enciclopédicas redacciones de mi país.

Como sólo nos divertimos en aborrecernos, los libros vuelan á modo de proyectiles, como en *La derrota de los pedantes.* Hoy Oribe y Rivera ya no usan lanza; se aturden y apabullan á golpes de citas de Carlos Marx.

Ingenuo, espontáneo, servicial, afable, cuidadoso de su decir y reacio al insulto que nada prueba, fracasó en *El Siglo,* como hubiese fracasado en *El Día* y en *La Democracia.*

Julio Piquet no era para el ambiente en que nos movemos, como el tiburón en el oleaje y el tigre en el monte, los blancos y los rojos de mi fértil región, la de los trebolares de cinco hojas y la de los cucuyos de doble luz. Turbóse, se azoró, perdió la paciencia, faltóle la constancia y al fin regresó, sacudiendo las alas endoloridas por la atmósfera recia de nuestras disputas, á su cómodo nido de Buenos Aires.

No nos comprendió. No supo seguirnos. Nuestra excelsitud es originada por nuestra flaqueza. Necesitamos dorar nuestros enconos con un incorruptible matiz de cultura. Acostumbrados á la tempestad, que más ó menos tarde á todos nos confina en el aislamiento ó en el ostracismo, amamos la quietud dulce y consoladora de las bibliotecas. Nacemos para cruzados que concluyen en monjes, en monjes melancólicos que interpretan á Platón y á San Agustín.

Se fué persuadido de que éramos incapaces de compostura. Así me lo dijo la última vez que cenamos juntos. Tomó el periodismo como empresa industrial. Ignoraba que nuestros diarios suelen ser tribunas y salas de esgrima. Era literato aquel gustador de

poemas y de romances, un literato de suave y difícil ingeniosidad; pero no un polemista para nuestro ambiente de pendón y caldera. Pudo componer un tratado del arte de escribir, como el tratado que perpetúa el nombre y el recuerdo del teutón Adelnug. No era político, político criollo, político del orden de las trepadoras, político aficionado á cazar insectos con el pico y las uñas como el jacamar, el amigo en derrota que se fué á Buenos Aires.

Conversador eximio, sueltista delicioso y letrado de ingenio poco común, en las imprentas vale más por lo que sugiere que por lo que produce. Fáltale, sin duda, la pirotécnica universalidad á que no pocos deben la nombradía; pero tiene chispazos, observaciones, delicadezas, malicias y nostalgias que para sí quisieran los capitanes de nuestro periodismo, que conoce muy mal y que cultiva poco la virtud ateniense de la gracia fina. Leed, si lo dudáis, el folleto suyo que se titula *Tiros al aire.*

Julio Piquet, á fines de 1914, se radicó en París. Desde allí manda, de tarde en tarde, correspondencias á *La Nación.*

Carlos Reyles acaba de imprimir *El Terruño.* Dedicaréle al libro dos cortas plumadas, por carecer de espacio que consagrar á labor tan valiosa. Mucho lo siento, pues más merecería quien tan bien se sirve de nuestro léxico y quien tan bien conoce las costumbres nuestras, quien tanto ingenio gasta y quien tan hondamente razona, para orgullo y timbre, regocijo y depuración de las patrias letras.

Empieza el libro con una carta, que es cervantina, y que la recomiendo, como miel sobre hojuelas, á mis lectores. Tiene injundia y donaire, brío y cortesía, intención y galas, por ser, el que la escribe, hidalgo

con birrete, donde luce un joyel, y con capita corta de paño fino, llamada ferreruelo, cuyos pliegues ostentan la cruz de Santiago.

El romance es de aquí. Sus héroes y horizontes son de mi tierra, son de esta tierra charrúa y goda, son de esta tierra de cardenales y de espinillos, son de esta tierra donde las estrellitas parecen jazmines de buen olor y donde los jazmines parecen luceritos de argentado irradiar. Entro por la novela, como por valle propio, espigando en sus trigos. Empezaré por Tocles.

Gústame Tocles, que usa quevedos y habla con énfasis, cuerpecito flexible con cabeza grandota, dómine sabihondo y no doctorado, rimador y tribuno á quien tratan con ceño las musas de la lírica y la elocuencia. Gústame Tocles, que se dá á la política sin ansias de medro y hurga en lo filosófico por ansias de creer, buscando la gloriola de los reformadores del espíritu colectivo y del espíritu individual, aunque esa gloriola, por que se despepita, le signifique días de hambre y noches de insomnio, estómago vacío y pezuñas descalzas. Gústame Tocles, " incapaz para los negocios ", sin práctica en los lances corrientes del mundo, " sin ciencia de su yo ", ganoso de apurar los jugos del saber, y que se dá al diablo, concienzudamente, cuando la realidad, malhiriendo su orgullo, derrota á las quimeras aposentadas en su magín. Gústame Tocles, " sincero al extraviarse por catonianos pujos, por espiritualismos de colegial ", por hinchadas retóricas ó abstrusas metafísicas y que al final se convence de que " su alma es como una vejiga llena de viento ", y se entrega al deleite de lo pastoril, al gozo primitivo de apacentar terneros, á la rústica dicha de ver cómo florecen las ramas de los árboles, y á la conso-

lación de oir que la vejiga, llena de viento, canta como zampoña bajo los ombúes y entre las majadas.

Una revolución, un espasmo homérico del terruño, una nueva y estéril heroicidad, concluye con aquellos transportes de égloga, trocándose otra vez la zampoña pánica en vejiga retórica. El iluso se dice que nació para apóstol, que es ennoblecedor "morir por una estrella", que el campo no devuelve la salud moral á los poseídos por la bruja de los ensueños, y que son preferibles las quimeras suyas, embustes coronados por aspas de luz, á las realidades de lo rural, que también son embustes, pero embustes con cerriles descortesías y olores á estiércol. Puesto que es necesario predicar mentiras, vivir de mentiras, optemos por aquellas que tienen alas. Ya no será estanciero, ni diputado; él mismo desconoce su evangelio futuro; él mismo ignora lo que pensará cuando pase, sin familia ni albergue, entre las multitudes. Está bien resuelto á tentar la aventura y á cumplir su deber, alzando su conciencia, como un estandarte, sobre el culto egoísta del becerro de oro y el sandio vocerío de las mentiras regocijadoras. Dejará sus bienes y dejará su hogar, en pos de su sueño de excelsitud; dejará su aldea, lanzón en ristre, como Don Quijote!

Tocles nos interesa al autor y á mí. Por eso, sin duda, el autor le dice, aunque con más castizo vocabulario, lo que yo le diría, cómo váis á oir, si conociese á Tocles:

—Será usted cuerdo despreocupándose de ciertas cosas. Déjese de molinos, batanes y yangueses. Su insoluble antimonia espiritual hállase retratada por la contradicción entre su nombre heroico y sus dos apellidos peninsulares. Si Temístocles es un nombre ateniense, un nombre de alcurnia, á plebeyos me suenan.

cuando se desposan sin partícula nobiliaria, sus apellidos Pérez y González. Hablemos, si usted gusta, sanchezcamente. Auscúltese usted. Ponga su oído interno sobre su corazón desesperanzado. No se mueva, y escuche. La ambición y el orgullo entran, según mis cálculos, en el número de las denominadas Ideas-Fuerzas. Éstas son los resortes, al mismo tiempo apetitivos y representativos, de la mecánica espiritual. El apetito, el más potente de todos los resortes psicológicos, explica las ilusiones de la ambición y de la vanidad. Paréceme que aquello que codiciamos, para que se despierte nuestro apetito, debe forzosamente sernos apetecible, y como lo que un día codició usted, no le resulta apetecible ahora, hállase descompuesto el antes aceitoso y elástico resorte de su voluntad. El fondo del reflejo mecánico es el apetito, el apetito conduce á ejecutar, y usted ya no apetece lo que apetecía. — " Es verdad que todo lo hacemos por mecánica, *omnia mecanice fiunt;* pero todo se hace también por apetición, cuando menos en los seres sensibles ". — Usted, que sabe de filosóficos tiquis miquis, no puede ignorar esto que nos dice Alfredo Feuillée en el prólogo de *L'Evolutionnisme des Idées-Forces.* — Página XXII. — No trate, entonces, de enderezar entuertos. Deje usted creer, ya que usted no cree. Respete los engaños con que los otros forman su dicha. No se deleite devorando mentiras regocijantes, como devoró niños, por mala gula, la ogresa perversión de Croquemitaine. Déjelo á Rocinante pacer en quietud, puesto que usted ya sabe que no huele á nardo, sino á cebolla, la desencantadísima Dulcinea.

Haría usted bien no yendo contra lo que piensa, ama y admira, pues no es pecado, sino virtud, mantenerse leal á sus principios y á sus creencias, cuando se tie-

nen creencias y principios. Le repugna á usted la comedieta de la política, le da náuseas la mentira universal, le sublevan las tiranías sociales. Prefiere usted el calvario de las aspiraciones supremas al camino de los goces embusteros. Sabe usted que persigue una ilusión falaz, pero sabe que nació condenado á buscarla. No quiere usted ser monje, porque no es creyente; ni socialista, porque no es charlatán; y no se mata usted, porque no es cobarde. — Páginas 342 y 343. — ¿Me permite usted, Tocles, algunos reparos? — En primer lugar, ¿por qué llama cobardes á los que se matan? Los cobardes somos los que no nos matamos, ante las pesadumbres que sabemos sin cura, por miedo al dolor físico y por miedo al enigma de la eternidad. ¡Con qué fruición nos libertaríamos, si eso no nos parara, del bochornoso mal de vivir! En segundo lugar, si usted conoce que es falacioso lo que persigue, si usted conoce que lo que apetece no es más que un embuste, usted no es justo ni razonable oponiéndose á la mentira que hace felices á los demás. Me explicaría que usted se encabritara ante lo embustero por una quijotesca y sublime locura, que á usted se le ocurriese verdad palmaria; pero no me explico que se encabrite, con retóricas terquedades, para oponer una mentira, que le desespera, á las dulses mentiras con que los otros forjan su sosegada felicidad. Únase usted á la recua de los regocijados, de los afanosos de seguir mintiéndose, porque si usted ya sabe que todo es embuste, que todo es patraña, lo cuerdo es elegir la ficción más amable y tonificadora. No hable usted de principios y de creencias, no haga usted trampas en el juego de la ilusión, renuncie á su mentira por dolorosa, y resígnese á ser un desengañado, pero un desengañado que se deleita viendo á las

candideces fabricarse la dicha, el sueño de la dicha, tomando los embustes por realidades. ¡Así, amigo mío! ¡Así, hermano mío! ¡Caiga usted de rodillas! ¡Lance sus amarguras en un sollozo! ¡Llore usted el pecado de nacer sin alas, aún cuando merecíalas por aspirar ardientemente al vuelo, sobre el regazo piadoso y comprensivo de Mamagela!

Tocles, cual conducido por pluma principesca, resígnase á oficiar de estanciero y legislador. Tocles es algo más que caricatura. Tocles es, para mí, excelente retrato de pincel velazquino. Cuántos, si se estudiasen, se mirarían, como en un espejo, en la bien pergeñada pintura de Tocles. Y no me es posible, por la razón que expuse, hablaros de Amaví, que completa á Tocles, como tampoco puedo, por más que lo procuro, reservarle unas líneas á Primitivo, que ya nos bosquejó, aunque no con los mismos acierto y sobriedad, la peñola encantada de Carlos Reyles.

Hay frescor deleitoso, donaire fino, primorosas galas y muy experiente filosofía en el libro que extracto. Hay también en sus hojas, — regalo del lenguaje, — virilidad gallarda, satíricos flechazos, amargores reales, ternuras firmes, unción patriótica, y un misericordioso sentimiento que envuelve, como el blanco cendal de la luna á los nidos, á todas las almas que cruzan por ellas, porque el autor no ignora que todas las almas, en nuestra edad, tienen un rinconcito consagrado á los duendes del agotamiento y la melancolía. ¡Están tan cansadas! ¡Las pobres se saben tan envejecidas! ¡El vermes de la herencia las enflaqueció en el laboratorio del claustro materno, y vienen á la vida, las dolorosas, como un niño que lleva pus en la sangre que le injertaron! Simpatizo con Tocles, comprendo á Amaví, lloro sobre las ruinas de la qui-

mera de Primitivo, y me apunta la risa, que creí olvidada, con la aventura donde un lanzazo le valió un par de coces á Papagoyo.

Doña Ángela, — Mamagela, — es lo mejor del cuadro. A causa de leer lo que rezan los místicos del siglo de oro, herencia de su madre, — que heredó los volúmenes de un cura de pueblo, — sabe pergeñar frases y sabe discurrir dogmáticamente, dando á las cartas, salidas de su pluma, el sabor castellano del decir colonial. Maestra en fabricar bizcochuelo y rosquetes, con que regala á los que la cercan en los días de días; sabedora de dichos jacarandosos y de cuentos con miga, que hacen que enflore, cuando se huelga, el rojo y sano clavel del reir; no flaca de carnes, que tiemblan al andar, magüer se aprieten y magüer se ayuden por el contacto, como los piñoncitos en sus leñosas grutas; pródiga en consejos, más que en jornales, con los clientes y servidores de su dominio rústico, donde bala el cordero y se espina el cardo; de moral quintañona, pero ya convencida de que la carne es flaca, y de que hay que apiadarse, sin caer en pecado, con sus tristes flacuras; sabiendo que los hombres nacen para el trabajo, que engorda el pecunio, y las mujeres nacen para parir hijos, criándolos robustos, retozones y honestos; viendo todos los días salir el sol, el poncho del pobre y el médico del rico, porque sólo verdea lo que madruga como las borrajas; muy previsora en el celo de su fortuna, que sabe acrecentar, y en el orden interior de su casa, que sabe regir; no creyendo, pues no son de creer, en las retóricas presupuestívoras y tumultuarias de leguleyos, politicastros y generalotes; afirmando, en el único y célebre discurso que echó en su vida, — "que la campaña es la vaca lechera de la nación y que el pro-

greso de la nación es fruto del progreso de la campaña, porque los rodeos y las majadas son las únicas cosas serias del país", — con más picardías que un monaguillo y más letra menuda que un escribano, Mamagela mitiga las aflicciones, cura los desalientos, viste las desnudeces y sacia las hambres. Mamagela es práctica, nada fantasiosa, de voluntad firme, de recto sentido, amiga de guardar, y apegada á los suyos más que á los ajenos; pero, como benéfica maga del monte de árboles nativos, agrestes y espinosos, que limitan el reino de que es soberana, acoge con piedad á todos los pesares que lloran hieles en su regazo de comprensiva, porque no tiene duras las entretelas del corazón. Es el campo dichoso, que almacena sus jugos para ofrecernos óptimas espigas, la sensatez iluminada de Mamagela.

Reyles posee el arte difícil de la narración, que es el arte por excelencia de los que escriben, según leí en un libro hecho con trozos de los primores de Eduardo Wilde.

Una ráfaga épica cruza el romance. La lucha de lo blanco con lo purpúreo, casi centenaria, es la serpiente de nuestro edén. Esa lucha, sin razón y sin fin, convierte á nuestra historia en drama sofocleo, cuyos títeres y episodios maneja y dispone la fatalidad. Nadie barrunta en el cómo y el cuándo terminará el conflicto de las golillas, pero lo cierto es que el batallar periódico desdora al que gobierna y al que obedece, desangrando al país con el desasosiego y la emigración de los campesinos. La raza dejó aquí su fiebre aventurera, que á mandobles dispuso del lar azteco y las minas peruanas conquistó á dagazos. Pantaleón, coronel y caudillo, encarna noblemente el pretérito heroico, con su confuso afán de justicias y

libertades, con sus entreveros de boleadora y de lazo y de chuza. El instinto ascentral bulle en sus arterias, la quietud le entristece, le galvanizan las salves del clarín, y los montes le atraen como al cimarrón, fiero y errabundo, de colmillo aguzado y ojos encendidos. Es sobrio y callado; de estatura erguida, como los yaribáes; duro, hasta entre brasas, como la madera del ñandubay y el palo del membrillo. Es sobrio y callado. Sus melancolías, durante la paz, suenan como trenos en los bordones, y así va esparciendo en los somatenes, manotadas de arrojos entre los yuyales, cuyo gusto le sirve de brújula y baqueano á la lumbre de las estrellas. Muere en su ley, solo contra muchos, en un soberbio cuadro de empuje y de grandeza, que debiera enmarcarse con barras de bronce y difundirse en verso por la musa de Ercilla.

El Terruño tiene, cuando principia, tonos determinantes de poema pastoril. Es Teócrito, pero Teócrito, con algunos adarmes de Aristófanes, el que mueve la pluma que describe las labores de cocina y de establo que preside la charla de Mamagela. Después el tono se vigoriza, sube hasta lo épico, suena como trompa guerrera y pasa por el fondo del romance, sabiamente tramado y castellanísimamente escrito, la sombra de la musa que cantó las hazañas de Aquiles.

Reyles, que gusta de la verdad, encuentra, sin buscarlos, los rasgos esenciales de cada pasión en el accidente de las pasiones individualizadas. Ha logrado, hacia el fin de su libro, enternecer y evangelizar. Como yo soy del pago, como á mí no me importan ni un quinto de centésimo las demás tierrucas, ignoro si el romance saltará las olas y les dirá á los otros lo que aquí sentimos. Lo que sé, y lo juro, es que el romance me enamoró; que respiré fragan-

cias de potrero al leerle; que el tono parecióme escrito á maravilla; que sonreí en sus puntos de regocijado; que entristecime cuando se ensombrecía la sabrosa fábula; que hallé altivos no pocos de sus pensamientos; que alimenté mi espíritu con lo patriótico de su médula y que bendije, — por engendrar varones que así le honran tejiendo églogas, no siempre alegres, y verdeando molles, siempre con nidos, — á mi terruño. ¡Dios guarde al Uruguay!

Hablemos brevemente de Julián Quintana.

Nació en el departamento de Soriano, á fines de 1873. Fueron sus padres, — los creadores del cerebro claro y la honradez sincera y el corazón de oro que le distinguen, — don Guillermo Quintana y la señora Corina Roselló.

Quiso ser abogado y frecuentó las aulas, sobresaliendo en ellas por agudo y asiduo; pero, al estallar la revolución de 1897, interrumpió sus brillantes estudios de derecho para unirse al ejército de Saravia. Fué nombrado después de algunas refriegas, por su serenidad y su gallardía, ayudante del varonil y del austerísimo Diego Lamas.

Volvió á sus estudios al volver la paz, graduándose de doctor en jurisprudencia hacia 1900, rematando su vida universitaria con una hermosa tesis, en la que sostuvo que debía especializarse, reformando y organizando los modos de elección de su personal, la carrera diplomática en nuestro país. Muchas de las ideas de aquélla tesis fueron, más tarde, puestas en práctica por los poderes públicos.

Ofició como secretario, desde 1898, de la comisión reformadora del Código Rural, y formó parte, en 1899, de la nacionalista redacción de *La Patria*. El movimiento armado de 1903 le contó en sus filas, del mismo

modo que la revolución de 1904. Recibió dos balazos, por no ser flojo, en la batalla de Tupambaé, y colaboró, con Luis Alberto de Herrera, en la exposición de principios lanzada por los jefes revolucionarios en Aceguá.

Quintana y Herrera diríase que tienen un sólo cerebro y un sólo corazón. Yo no recuerdo amistad más profunda ni más acendrada. Piensan y sienten, como por instinto ó telepatía, del mismo modo. Son la resurrección de la fraternidad, clásica y admirable, de Pílades y Orestes.

Quintana es un carácter, un rumbo, una conciencia. Ni se le embauca, ni se le compra, ni se le atemoriza. Decide reflexivo, ejecuta impasible, le asquea la doblez y no conoce el miedo.

El departamento de Durazno, en 1905, le invistió con su representación parlamentaria, distinguiéndose por su cordura y sus iniciativas en la asamblea legisladora. Renunció noblemente á su reelección, ya proclamado para el nuevo período parlamentario, en virtud de las disidencias á que dieron lugar las cláusulas que impuso á los candidatos el directorio que presidía don Martín Aguirre.

Es colaborador, activo y consecuente, de *La Democracia*.

Su nombre ha figurado en no pocas revistas literarias, y su elocuencia se dejó sentir, ganando espíritus para la verdad, en todas las tribunas de su credo político. El más extenso de sus trabajos de propagandista es el que se titula *La patria y el ejército*. Esa conferencia se publicó, formando un folleto de sesenta nutridas páginas y á pedido del Comité Universitario Nacionalista, en 1913. Es también muy hermoso y muy elocuente, su discurso *La bandera*, pronunciado,

el 18 de Julio de 1915, desde los balcones del Cabildo de Montevideo.

Ha publicado anécdotas tan espirituales como *El inmortal,* y cuentos tan sabrosos como *La galopiadora.* Hay donaire y miga, mucho donaire y miga en la primera, aun que la encuentro ligeramente falta de perfección verbal. Hay sustancia é ingenio en la primera, en el relato de cómo conoció y conversó, por una casualidad creída dichosa y que no resultóle merengue azucarado, con Edmundo Rostand. Revela el segundo, como revelan otros de que no hablaré, envidiables aptitudes de narrador. La descripción es sobria, verdaderos los personajes, el interés sostenido hasta el fin y la parla campera reproducida con suma exactitud. Gertrudis me parece un hallazgo feliz, lo mismo que Tiburcio. El viejo, con su noble cabeza, sus verdosas pupilas y sus grandes barbas, es un retrato fiel del gaucho que se va, del gaucho de otros días, del gaucho de buen juicio y de buen consejo, del gaucho que aprendió que no hay " que hablar al ñudo ", leyendo y releyendo " el libro de los campos ". — Gertrudis, hosca, de frente estrecha, de finos labios, de recios dientes y piel aceitunada, dura y sin jugos, " como carne de charque ", gústame como trazo, firme y certero, de un mundo que ya entró en los dominios de la leyenda. Su actitud cuando la interrogan, su estallido cuando la descubren, y hasta la disculpa con que termina su confesión, antójanseme muy bellas pinceladas de mano de maestro. — Si le dí la mixtura, " no jué pa matarla; jué pa que la cría, que va á echar al mundo, le salga lobizona ". — Así debió hablarse y debió sentirse en el mundo de instintos, de pasiones monteses, de infantiles y burdos sortilegios, donde pasó el lance campesino y naturalista de *La golpiadora.*

Constancio C. Vigil.

Nació en 1876. Su cuna se meció bajo el sol de Rocha. Su padre, que llevaba su mismo nombre, fué periodista y jurisconsulto, viviendo en la santa pasión de la justicia y muriendo con luminosa serenidad.

Desciende, por la línea materna, del coronel Olid, uno de aquellos guerrilleros heroicos que sembraron de hazañas, en la edad del músculo, los valles y las cumbres del Uruguay.

Constancio C. Vigil, desde hace cuatro lustros, ejerce el periodismo. Tiene la virtud de la tenacidad y la virtud de la independencia.

A los diez y seis años se inició como diarista en las montevideanas columnas de *El Derecho.*

En la misma ciudad fundó *La Alborada* y dirigió *La Prensa.*

Es un inventivo. Ama las reformas. Le asfixia la quietud. Suele cambiar de ideas. Lo que adoraba ayer, hoy le parece un yerro. Es inútil decir que no se modifica por interés. Todas sus metamórfosis, buenas ó malas, son el producto de una convicción. Cree, al transformarse, que se coloca mucho más cerca de la Verdad.

Es inteligente, sincero y altivo.

En el año de 1903 fué revolucionario. No pensó, más tarde, como su partido. Se alejó sin tristezas. Desde entonces habita en Buenos Aires.

Es indudable que le falta para pastor político de multitudes, el mérito doloroso y humilde de la solidaridad, — mérito que, para mí, se transforma en deber, cuando la agrupación á que pertenecemos es perseguida y acorralada con la más rencorosa de las intransigencias. Se explican, en el triunfo, los cambios de frente. En el desastre, no. Hay que apretar los co-

dos y estrechar las filas durante la derrota, aunque ya no pensemos como el montón. Justo es decir que cuando le ofrecieron un puesto público, por no conocerle, los que se creían beneficiados por su mudanza, el escritor austero rechazó el puesto público sin vacilaciones. Sacrificó una parte de lo que había amado por entender que se lo exigía la razón serena. Venderse, no. Esas amputaciones invalorables únicamente las realizan, los espíritus generosos como el de Vigil, para afirmar mejor su fe en el culto galo de la diosa Onuava. No es la codicia la que los mueve. ¡Es que han imaginado que se hundían más en la luz del bien, como Platón, recorriendo los bordes del Sunio, soñó que se perdía en los rayos azules de la Venus Celeste!

Vigil, ya en el destierro y desprendido de la política, escribió en *La Nación,* fundó *Pulgarcito* y se hizo cargo de la dirección del *Mundo Argentino,* consagrándose por entero á las cuestiones sociales y económicas, que trata con galanuras de literato y sapiencias de docto. Su actividad no conoce límites. Dirige, al mismo tiempo y con la misma solicitud, otras dos revistas: *El Hogar* y *Santos Vega.*

Es educador, valiente, erudito, ingenioso, fecundo y muy tesonero. Ha publicado, en 1914, dos folletos que se titulan *Memorias del doctor Brain* y *Temas de la miseria.*

Su inteligencia clara, su estilo propio, su amor á los humildes, la misión que cumple, y aquello á que aspira ese infatigable paladín del impuesto único, resplandece con luz clarísima en su *Plegaria del sembrador.*

El estilo de Vigil, por lo general, es algo seco y un poco dogmático, tal vez por la costumbre de ejercitarse en máximas y sentencias á lo La Bruyère ó

á lo Vauvenargues; pero, á pesar de eso, tiene en ocasiones, la gracia kinestésica, las actitudes móviles que la crítica halla en los niños y en las mujeres pintadas por el policromo pincel de Vannucci.

En resumen: es un carácter, una inteligencia y una bondad Constancio C. Vigil.

Hablemos de *Páginas Sudamericanas.*

Ese libro, impreso en 1909 y en Barcelona, se debe al señor Hugo D. Barbagelata.

Su estilo no es dedálico ni plateresco, sino muy natural y rico en sencilleces. El autor escribe lo que siente con agradable y pulcra naturalidad. El numen, que da vida á esa colección de ensayos de historia y de literatura, en nada se parece á los númenes modernistas. Habla como piensa. No pinta, forja, esculpe y alarga las curvas como aquellos artífices del siglo diez y seis que seguían los pasos de Jacometti.

El primero y el mejor de los estudios se titula *El centenario de la Reconquista.* Tiene por objeto demostrar que fué mucha y preponderante la acción de nuestro país en aquellos sucesos. El autor nos dice, y nos dice bien, que nuestro pago " fué el iniciador y el nervio de la brillante empresa ". Fuimos nosotros los primeros que defendimos los dioses y los altares de la colonia, como fuimos nosotros los que más luchamos para impedir que la vieja Inglaterra se apropiase de los atlánticos joyeles de España.

Pláceme este estudio por la mucha claridad de su estilo, el patriótico amor de que está lleno y la abundancia de documentos que le sirven de prueba, sin que se me oculte que adolece de falta de filosófica condimentación, como bien observó y francamente dijo, desde tierras de Méjico, Luis Melián Lafinur.

Lo que es indudable, si prescindimos de este re-

paro, es que el autor de la obra conoce á maravilla los hechos que refiere. Erudito en libros y copioso en detalles, libros y detalles sobre el asunto, reproduce el espíritu y las hazañas de aquellas horas, obligándonos á recordar las indecisiones de Ruiz Huidobro, las osadías de José Gestal, las generosidades de Francisca Huet, y el ardiente denuedo de los voluntarios que se batieron á las órdenes de Liniers.

Repito que el autor relata y no pinta. Habla de lo pretérito entresacando lo más jugoso que encuentra en las historias y en los documentos de que se sirve. No tiene visiones. No hace surgir, sobre el fondo de la noche de lo que fué, personajes de cinematógrafo. Faltan la anécdota que entretiene, la polipersonalidad que se apodera de la fisonomía y el alma de cada actor, el dibujo y el colorido que transforman los episodios en cuadros á lo Fortuny ó á lo Messonnier.

La ciudad que se fué, la casa que se fué, la vida que se fué... ¡con qué poesía tan penetrante hablan, en el crepúsculo, á los que conocen que pronto se irán como se fueron aquellas paredes, aquellas personas y aquellas costumbres!

Pensad lo que sería, en el último tercio de la centuria décima octava, la ciudad colonial de Montevideo. Con su estuario en espumas y sus buques de vela; con el erizamiento de sus murallas; con sus pamperos cálidos como soplos árabes; con sus cabildantes y sus eclesiásticos; con sus viviendas de amplísimo portal y de rejas salientes; con sus huertos al fondo, que el jazmín embalsama y el tero custodia; con sus muebles macizos de caoba pesada y tallados bargueños en que se incrusta el nácar irisador; con su castellana hospitalidad; con la española hidalguía de su lenguaje y la fidelísima solicitud de sus esclavos negros; con aque-

llas sus cadañales fiestas de mucho espadín, y muchos repiques y muchas procesiones, en que se orean las venerandas cruces de las parroquias; con el galante cervantismo de sus varones, muy hechos á servir en fuentes de plata el cacao antillano y el bollo de ascendencia peninsular; con el rasgueo nocturno de las bandurrias, en que vibra el acorde moruno y voluptuoso de la serenata con preñez de requiebros enceladores; con sus mujeres resignadas y amantes, dulces y rezadoras, fuertes y sin malicia, con las sayas y medias de seda ebúrnea como el marfil, que lucían el manto de las comedias de capa y espada en las iglesias de silencio profundo y nichos con imágenes, en cuyas coronas relumbran débilmente los oscilantes ósculos de la votiva lámpara; con el vivir metódico de los señoriles, aunque fuesen más ricos que el tiránico Eáces; con todas las fierezas y todos los candores de origen godo ebulliendo en su sangre conquistadora, era Montevideo la más leal y la más gentil de las ciudades americanas que infantó Castilla.

El idioma, las costumbres, la fe y la historia se oponían á la invasión, lo que no impide que lo pasajero de la permanencia de las armas británicas en estas regiones influyese beneficiosamente sobre sus ideas, porque al emanciparlas de los gravámenes que impedían el desarrollo de sus industrias y de la intolerancia que velaba con ceño al pie de sus altares, las prepararon para el movimiento libertador de 1810.

Lo inesperado de la sorpresa dió la victoria á aquel reducidísimo número de extranjeros, por la imprevisión y la negligencia de Sobremonte. La reacción inicióse muy pronto, encabezándola don Santiago Liniers. Púsose éste de acuerdo, bien aconsejado, con Ruiz Huidobro. Don Manuel Vilardebó realizó un emprés-

tito, bajo su fianza, para los gastos que originase la belicosa empresa, suscribiendo el empréstito, entre otros muchos, los señores Dracié, García, Maciel y Méndez. Pusiéronse al frente de los voluntarios, llenos de bríos y de esperanzas, Joaquín Chopitea, Balbín Vallejo, Mordeal y Chaín. Formóse una escuadrilla bajo el comando del capitán Gutiérrez de la Concha. La expedición, el día 3 de Agosto, zarpó de la Colonia. El día 10 se inició el combate. Encarnizóse el 11. El 12, en fin, alumbró el triunfo de los nativos y la confirmación del dominio de España.

Todos estos hechos, novedosamente documentados, los hallaréis en el estudio con que os entretengo. En cuanto al carácter de aquella época y á la filosofía de aquellos sucesos poco nos dice, y es de lamentarlo sinceramente, el libro del señor Hugo Barbagelata.

La mejor de las obras, la más nutrida y la más extensa de las producciones de este intelectual, es la que lleva el título de *Artigas y la Revolución Americana*.

Citemos también los laúdes cantados, — en cuidada prosa y desde París, — por Delfino Urquía al vencedor insigne de Maipú y Chacabuco.

Horacio Quiroga, que empezó dándose á conocer bajo el pseudónimo de Aquilino Delagoa, es uno de los discípulos más entusiastas de Rubén Darío y Herrera y Reissig.

Quiroga es salteño, errabundo, extraño, voluptuoso y sin muchas raíces en nuestras capillas.

Trata á las rimas como juguetes. Las acopla en desorden. Repite idénticas consonancias, de exprofeso y á su capricho, en una misma composición. Le gusta ser obscuro. Posee el sentimiento de la belleza, como los perdigueros poseen el instinto del husmear. Lo

excéntrico le place, y abusa hasta el abuso de su amor á lo excéntrico.

El cuentista, en Quiroga, vale más que el poeta. Casi todos sus cuentos se han publicado en las revistas de Buenos Aires. Tiene dos libros que se titulan *Los arrecifes de coral* y *El cuento del otro.*

Buenos Aires, con la que está en íntimo contacto este salteño de ojos verdosos y ligeramente encorvado de espaldas, ha ejercido una influencia beneficiosa sobre su numen. No pudiendo quitarle su modernismo, aminoró su fortísima dosis de extravagancia. Su producción se hizo menos abracadabrante y churrigueresca. El cuento, que las revistas reciben afablemente, dióle claridades simpáticas, porque el cuento no nos permite mirar á todos los seres y todas las cosas con ojos de febrífugo. El cuento dedicado á los hombres, que es como la antimonia del cuento dedicado á la infancia feliz, incuba y agranda el sentido de lo real, cuando no se posee la enorme reserva alucinatoria que nos aturde en Hoffmann y nos asusta en Poe.

El café sin azúcar de los árabes y el opio nauseabundo de los chinos, que es de londonesa fabricación, perdieron su magia, gracias al cuento, al pícaro cuento, al cuento nativo, al cuento que espantó á la hidra con rémiges sobre cuyo dorso hace gimnásticos ejercicios el cuerpo sin carne de la Quimera. Y los cuentos que publica nuestro compatriota, en las revistas bonaerenses, me agradan por lo áspero de su ideación, por lo sólido de su arquitectura, por el fraseo propio con que los condimenta, por la novedad con que remozan lo que describen, y porque en ellos suele vagar la angustia de la muerte, aquella patética é inenarrable angustia que puso en las almas zahareñas y primitivas de sus campesinos la musa de Gorki.

Leed, si lo dudáis y para convenceros, *Jaguaí, Los Mensú, La muerte de Isolda, El alambre de púa, El cementerio de los niños, La gallina degollada* y *El mármol inútil.*

Quiroga es uno de nuestros mejores artífices de cuentos. Caldearon su alma los lamparazos del sol misionero, amarrándola fortísimamente á la naturaleza. La vida es para él un combate siniestro, placiéndole los seres sencillos, los de energía en bruto, los hombres como lobos. Son grandes, son libres y son admirables la serpiente, el jaguar, el halcón, los absolutos reyes del bosque. Quiroga me parece filósofo imperialista, como Rudijard Kipling, el nacido en Bombay, el que viajó por Birmania y por China, el que escuchó los órficos poemas de Mowgli, el melancólico autor de *Ameera* y el selvático intérprete de *La jungle.*

Rodolfo Romero. — Nació en el año de 1880. Es hijo de las Piedras. Reside en Buenos Aires. — Hace más de tres lustros que es periodista. Se inició en *La Prensa.* Ha sido secretario de redacción en *Caras y Caretas.* Hoy es secretario de redacción del popular *Fray Mocho.* — Cuentista como Viana y como Quiroga.

Ha cultivado todos los géneros y no desconoce ningún estilo. Leed, para convenceros de que no os engaño, *La rubia de las medias violetas, La herencia del tío, El imperio del músculo, El negocio del día, El soborno de San Pedro, La progenie de Adán* y *El destino de Juan Lanas.*

Sabe de costumbres. Cada uno de sus héroes habla con arreglo á su condición. Pinta bien las pasiones. Tiene el ingenio fácil y agudo.

Muchos de los cuentos de Viana y de Quiroga, así como también muchas de las composiciones de Fru-

goni y Falco, han sido ilustradas, para las revistas en que aparecieron, por Juan Hohmann, nacido en el Carmelo en 1882. Este compatriota, que estudió en la Escuela de Bellas Artes de Buenos Aires, tiene singularísimas aptitudes para interpretar, por medio de la línea y del color, el ajeno sentir. Es suave ó áspero, ligero ó profundo, medioeval ó muy de su siglo, según lo requieran el romance y la oda que deben sugerirle el dibujo simbólico ó el cuadro moderno. Es tan grande en ingenio como en cortesía, y tan grande en cortesía como en modestia, el corazón ardiente y uruguayo de Juan Hohmann.

III

Permitidme un paréntesis en este viaje por las tierras de la literatura. Será una pincelada rósea y azul en el jarrón orlado de dragones chinos. Dejad que os hable de un escritor, que es algo decadente y que empezó rimando. Lo que el orden pierda, el atractivo lo ganará. Los ojos descansan cambiando de horizonte. Lo mismo acontece con el espíritu. Hablemos, entonces, de José María de Souza Reilly.

José María de Souza Reilly nació en Paysandú y en 1879.

José María de Souza Reilly, siendo muy niño, vendió diarios.

José María de Souza Reilly estaba empleado, cuando empezó á escribir, en una de las compañías de seguros de Buenos Aires.

José María de Souza Reilly es un ejemplo maravilloso de lo que pueden la ayuda propia y la voluntad noble.

José María de Souza Reilly es un alma de poeta con ojos de lince.

José María de Souza Reilly es un alma de poeta con ojos de sabio.

José María de Souza Reilly tiene un estilo lleno de fluidez y de agilidad, policromático y multisonoro.

José María de Souza Reilly es simpatiquísimo.

José María de Souza Reilly sabe hacer llorar y sabe hacer reir.

José María de Souza Reilly es el más humano, el más erudito, el más elocuente y el más espiritual de los cronistas del Río de la Plata.

José María de Souza Reilly traduce el alma de los paisajes como Corot, y descompone el alma de las criaturas como Bourget.

José María de Souza Reilly reside en la Argentina.

José María de Souza Reilly anduvo por Siberia.

José María de Souza Reilly viajó por el Lacio y recorrió el cerebro colosal de Francia.

José María de Souza Reilly durante esta guerra, en que se azuzan todos los pueblos contra tres naciones, se metió en Alemania y llegó hasta Polonia.

José María de Souza Reilly es el autor de *Confesiones literarias*, *Cien hombres célebres* y *En el reino de las cosas*.

José María de Souza Reilly ha escrito *Hombres y Mujeres de Italia*.

José María de Souza Reilly buriló con su pluma *El alma de los perros*.

Souza Reilly ha dicho del propio Souza Reilly:

"Siendo niño, supe ser viejo. Trabajé... Todos los oficios fueron para mí sacerdocios... Á los veinte años escribía con muy honrosas faltas. Mis primeros

versos fueron escritos sobre un tirantillo de pino de tea. Medía 3 × 6.

"Al contacto de mi pobre trajecito deforme, los trabajos más viles tomaban el aspecto de regias dignidades.

" Mi biografía cabe en pocas palabras. He dado treinta pasos en la vida. Pero siempre fueron hacia adelante. Cuando retrocedo, hago como los toros: arremeto. "

Y agrega:

" He vivido de prisa. Cansado un poco de mí mismo y hastiado tal vez de los demás, me burlé á menudo de la gente que pasa. Pero nunca quise deshonrar las estrellas. Nunca las injurié. La fiebre de la civilización obligóme á correr tan velozmente que, en pocos años, he sufrido y gozado lo que otros han sufrido y gozado en medio siglo. Ese cansancio ha hecho de mis nervios un cordaje triste de violín enfermizo. Un cordaje sensible. Un cordaje que á veces llora de reir, y que otras veces ríe de llorar ". — Un cordaje, en fin, parecido á ciertos músicos instrumentos que hechizó Hoffman.

Gracias, hermano. Ya sé lo que tengo. Cansancio de la vida. Ansiedad de reposo. Tendencia á la sombra. Nostalgia de olvido. ¡Gracias, hermano!

Souza Reilly, cuando habla de autores, sigue el método de la crítica contemporánea. Conoce á Sainte-Beuve, á Taine y á Zola. Fisonomías, costumbres, bondades, asperezas, lacras, sitios y muebles, todo lo aprovecha para que el retrato resulte fidelísimo, para que el alma se trasluzca tal como es, para que nada de obscuro quede ni en el espíritu ni en la vida de los retratados. Y sí, dejando al hombre, os bosqueja la

aguda semblanza de un irracional ó el contorno característico de algún objeto, os sorprende con su infinita misericordia de comprensivo, porque les da á los seres, que gozan de la dicha de no ser hombres, y les da á las cosas, que presumimos de no ser sensibles, un alma alegre ó desencantada, que sabe de heroísmos y de amargores como nuestras pequeñísimas y deleznables almas. En la más efímera de sus crónicas, en la que delata que fué compuesta al correr de la pluma, en la que no se hizo con artísticas fiebres de duración, la lira de sus nervios puso algún acorde de humanidad profunda y comunicativa, porque, sarcástico ó filosófico, siempre hay un sentimiento de compasión pendiente de la pluma de Souza Reilly.

El alma de los perros es un libro áspero, cruel, inmoral, paradógico, lleno de melancólica poesía y mucho más duro que la madera americana de jachalí.

" Este libro debiera estar dedicado á los hombres. Pero no puedo. ¿Comprendéis? No puedo... Odio á la humanidad con el enorme, con el terrible, con el formidable, con el espantoso, con el dulce, con el melancólico desprecio que ella merece. ¿Por qué? No sé. Ni me importa. La odio porque sí. Única razón de sabios y de locos. Yo no he nacido para escribir libros que deleiten á las multitudes. Ni libros que hagan rebosar de alfalfa los pesebres. Ni libros que llenen de lágrimas los ojos y de risa las bocas."

No creáis en esa misantropía. Ese odio es amor. Ese aborrecimiento es misericordia. Lo desnudo, lo endeble, lo llagado, lo hambriento, lo perseguido arrancarán un grito de dolor á esa luminosa fraternidad que se calumnia y se desconoce. El perro Judas, aquel perro mugriento y sarnoso, aquel perro cuyos ladridos son cantos de esperanza, aquel perro que reune y

capitanea á todos los perros que han perdido la vista y padecen de sed, aquel perro en quien creen todos los perros miserables y vagabundos, aquel perro que hace soñar á todos los perros sin amo y sin casa en que se acerca la edad de las estrellas liberadoras, aquel perro á quien matan con la rama de un árbol y cuyo cadáver lo comen los perros que le seguían, aquel perro que odia á los dichosos porque ama á los que nunca supieron de dicha, protesta contra la hiel de que se cree lleno José María de Souza Reilly.

Y lo mismo acontece con el buey *Tigre*, tan viejo, tan cansado, tan bueno, tan cándido, tan mansísimo, que los perros se asustan de su dulzura y le muerden porque se parece á un niño con hambre. ¡Estaba tan flaco! ¡Miraba con tanta y tan honda fijeza á los pútridos charcos y al sol vespertino! ¡Se veía tan bien lo grande y angustioso de sus nostalgias, por un mundo mejor! ¡Cuando cae, junto á la vía férrea, con el alma rota, con los huesos partidos, con el cuerpo en trozos y se lo come la peonada, su carne es tan tierna que se deshace como un terrón de azúcar entre los dientes! Por eso os digo que el odio de Souza Reilly se llama bondad. ¡Oh santa compasión!

Eso es lo único que quería haceros notar. Lo potente, lo múltiple, lo comprensivo y lo muy apiadado del espíritu de este gran ingenioso. Su humanidad llega hasta hacer irradiar, como si fueran astros, las supurantes lacras. Esplenden, bajo su pluma, la embriaguez de Sor Claudia y el suicidio de Sardanápalo y la neurastenia de Sar Péladan. ¡Satanás, para Souza Reilly, tiene el alma que animó á Jesucristo!

Su estilo fácil, nervioso, pintoresco, animado, sensibilísimo, se impone y triunfa, — como la fuerza de su carácter se impuso á la miseria y triunfó de la

vida, — lo mismo cuando os habla de los párpados inquietos y febriles de Edmundo Rostand, que cuando os pinta la despopularidad sin precedentes de Jorge Ohnet; lo mismo cuando os habla del rostro afeitado y la voz de cristal de Adolfo Willete, que cuando os pinta la barba en punta y la cabeza blanca de Anatole France; lo mismo cuando os habla de las novelas que todos los años publica Luis Capuana, que cuando os pinta el temperamento pródigo en dulzuras de la Invernizio; lo mismo cuando os habla de la obra regional de Di Giacomo, que cuando os pinta el cómo pasó de la pobreza á la celebridad el ingenio escultórico de Monteverde; lo mismo, en fin y para no cansaros, cuando os habla de la vejez angélica y la angélica muerte de María Rosa, que cuando os pinta el prosaico velorio y el entierro prosaico de don Juan Pérez. En una palabra, dentro de la botánica de los estilos es miriacanto, sin que por eso deje en ocasiones de ser multifloro, el estilo cambiante como piedra preciosa de Souza Reilly.

Os lo confieso. Tengo predilección por el niño triste, por el niño solo, por el niño en luto que, á fuerza de querer y á fuerza de alas, se ha conquistado un nombre en el ingrato mundo de nuestras letras. Aquí, para imponerse y para perdurar, hay que tener una luz más radiante que los destellos de las lícnides. Me inspira respeto y me inspira cariño, mucho cariño y mucho respeto, esa claridad que empezó siendo sombra y siendo amargura. Sí, señores inútiles. Hay una enorme virilidad y una enorme virtud en los vibrantes nervios de mujer, en el agudo mirar policíaco y en el melancólico mohin despectivo de la excéptica musa de Souza Reilly.

El hombre se hizo para subir apiadado y medita-

bundo. No desmayemos. ¡Siempre más alto, José María!

Demos un salto. No me interesa el orden. Mi obra no es didáctica. Mi gusto es mi ley. Procedo á capricho. Procedo por recuerdos y asociaciones como Lamartine.

Evoco á Francisco Tomás Estruch.

Reside en España; pero es uruguayo. Me ha hablado con unción, mucho tiempo hace ya, de las cuchillas en donde crecen las ramas espinosas y los fragantes pétalos del aromo. Entiendo que su cuna fué la ciudad de Montevideo por el año de 1860.

Es dibujante eximio y excelente poeta. Basta decir, como dibujante, que tuvo á su cargo la cátedra de Estética en la Academia de Bellas Artes de Barcelona. Fué, como poeta, premiado en numerosos juegos florales. Escribe versos en castellano y en lemosín. Su lira ha recorrido todos los tonos. Peregrinó desde la oda hasta la pastoral. Sabe de lo sublime como el albatros, y sabe de lo rústico como la cigarra. Es romántico, muy romántico, como Espronceda y Hugo. ¡Cabalgó en el Pégaso, como Pelerofonte, para luchar valientemente con la Quimera!

En la oratoria, que cultivó de joven, gustábanle los párrafos extendidos y sonoros á lo Castelar. Era republicano como Condorcet y como Vergniaud.

Tus hijos son así. Lo digo con orgullo. Dejan, por donde pasan, un poco de tu azul, ¡oh bóveda en que brillan los astros del crucero, más puros y fulgentes que las turquesas de Khorasán!

Quiero contaros donde nos vimos, por vez primera, con Tomás Estruch.

Fué en el año de 1881. Era yo casi niño. Estaba ausente de mi país y estaba lejos de mi familia. Iba á

terminar el bachillerato. Ejercitábame en la oratoria, defendiendo la causa de la república, en los círculos proletarios de la noble ciudad de los Fivalleres. En aquellos círculos, cuya cálida atmósfera era atmósfera de revuelta y de tempestad, me ligué estrechamente con Fernando Tarrida, que hablaba á todas horas contradiciéndome de las virtudes del socialismo, y me ligué con Alfredo de Betancourt, que hablaba á todas horas entusiasmándome de la muy próxima libertad de Cuba.

En aquellos círculos se daban conferencias de historia, de derecho y de ciencias sociales. Tocóme disertar sobre Mirabeau y sobre Robespierre. Mixturé, sin arte, á Thiers y á Laurent. La audacia me salvó. Ignoro por qué causa y de qué manera hablé, en una de mis lecciones, de nuestro Artigas y nuestro Lavalleja. Un aplauso me interrumpió. Seguí. Escuché otro aplauso. Volví los ojos, y me hallé con los ojos de Tomás Estruch.

No nos conocíamos. Nos encontramos, deliberadamente, al fin de la velada. Paseamos juntos toda una noche. Toda una noche me habló de las cuchillas en que florece el trébol. ¡Toda una noche soñamos lacrimosos con los arbustos donde canta el zorzal!

Seguimos tratándonos con solicitud. Aquel jovencito, de maneras afables y de pupilas claras, sabía muchas cosas. Deleitaba escucharle por la variedad de su pensamiento y por la elegancia de su decir. Me leyó sus versos, premiados ya. Me enseñó los dibujos, con que comerciaba y en que ya era maestro reconocido. Le admiré y me quiso. Escuché de sus labios retóricos consejos, y aprendí de sus labios cosas científicas. Lo que más, sin embargo, me fascinó fué su patriotismo, su patriotismo luminoso y ardiente. ¡La tierra lejana,

la hundida en el fondo de las brumas del mar, la de los cardenales redobladores y la de los crepúsculos incendiados, era su obsesión, su jardín secreto, su torre de oro, su místico culto, su fuente sellada!

Como Calipso no logró que Ulises olvidase á Itaca, Europa no pudo impedir que Estruch siguiese pensando en el Uruguay. Y por eso, en este libro del Uruguay, debía escribirse amorosamente el nombre de Francisco Tomás Estruch.

Quise que este capítulo terminara con broche de oro, y reservé para su clausura la personalidad del doctor Carlos María Morales.

Este distinguidísimo compatriota, raro connubio de ciencia y corazón, honra al país en que labró su hogar.

Oriental hasta la médula de los huesos, nunca renunció al culto de su bandera, y partidario de los mejores, nunca renunció al culto de su divisa.

Acompañó siempre á los que luchaban, en las noches sin luna de nuestra historia, por conquistar la libertad política con el brazo ó el voto, prestándoles la ayuda de su peculio, del poderío de su influencia, de la sabiduría de sus consejos y de la rectitud de sus ideales.

Celoso del honor, su vivienda es un templo levantado á la diosa de la dignidad. Firme en sus amistades, no hay egoísmos ni emulaciones en la lúcida arcilla, polvo de ópalos, con que lo amasaron. Matemático, ingeniero de oficina y de carpa, parece un gentil hombre de los que justan en los poemas del duque de Rivas.

Hablemos de mi padre, de su enfermedad última, del sitio en que reposa.

La noche en que murió me sentí envejecer. Luchó sin triunfo junto á su lecho, tenaz y afectuosa, va-

liente y conmovida, la ciencia del doctor Juan Angel Golfarini.

Era preciso encontrar un sepulcro para aquellos despojos. El doctor Morales se acercó á mí, y los restos amados descansan en la bóveda donde descansan los restos del olímpico, del inmortal Olegario Andrade.

Permitidme una pausa. Proseguiré en seguida. La gratitud tiene el derecho de bendecir. Recordé dos nombres, y bendigo dos veces. Ya puedo continuar.

Carlos María Morales nació en Montevideo el 11 de Marzo de 1860.

Después de recibirse de agrimensor en su ciudad natal, ingresó en la Facultad de Ciencias Exactas de Buenos Aires, donde á fines de 1885 obtuvo el diploma de Ingeniero Civil. El de doctor en ciencias físico-matemáticas lo conquistó después, tres años más tarde. en 1888.

En la actividad fecunda é inteligente de su carrera, fué nombrado Director del Departamento de Obras Públicas de Buenos Aires, cargo que ha desempeñado por más de tres lustros, por más de quince años. Hoy es Consejero, Académico de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de la capital argentina.

Lleva publicada una larga serie de memorias y monografías sobre cuestiones de edilicia índole, y un tratado sobre la *Teoría de las Determinantes* en colaboración con el ingeniero Félix Amoretti.

Su estilo es correcto, veraz, sin muchas lentejuelas, con ornamentos de clasicidad iluminadora, comprobando elocuentemente que el estilo es el hombre, como dice Buffon.

Transcribo algunos párrafos de su estudio acerca de *La edificación en Buenos Aires.*

"La primitiva Buenos Aires, la que con el andar del

tiempo debía ser la primera ciudad de nuestra América, fué una ranchería rodeada por una pobre tapia de terrón.

" Las primeras casas construídas en 1580 eran como las de la primera fundación, de barro y paja. En algunas las paredes eran de barro y ramas. En las mejores se empleaba el adobe.

" Todas eran de un solo piso y de planta rectangular, — sin ventana alguna, ó á lo sumo, con una, tomando la luz de la puerta, — dice el jesuíta Cattáneo.

" A principios del siglo XVII se empezó á usar el ladrillo y la teja en Buenos Aires; pero cuando recibió impulso la fabricación del ladrillo fué á principios del siglo XVIII, pues habiendo construído un padre jesuíta un gran horno destinado á proveer los ladrillos para la edificación de la iglesia de San Ignacio, se propagó su uso, existiendo en 1730 unos sesenta hornos en funcionamiento. Por este tiempo también se empezó á emplear la cal en las construcciones.

" Con la introducción del ladrillo en las construcciones, se fueron levantando casas más sólidas y de mayores dimensiones; pero, casi sin excepción con techos de teja, representando con su arquitectura el tipo de las casas españolas, con sus grandes patios plantados de naranjos y plantas de flores, rodeados por una amplia galería cubierta, prolongación del techo de las habitaciones, y sostenidos por maderas verticales que hacían las veces de columnas.

" Después del techo de mojinete y teja, vino la azotea con tirantes de palmas traídas del Paraguay. Esta transformación recién comenzó á mediados del siglo XVIII.

" Se introdujo también el uso de las rejas voladas

detrás de las cuales había macetas con claveles, rosas y jazmines. Así este cambio en la arquitectura colonial, empezó á dar á Buenos Aires un aspecto de ciudad andaluza.

" Fué en los primeros años del siglo XVIII que se construyeron las principales iglesias, como Santo Domingo, San Ignacio, San Francisco, San Telmo, la Merced, la Recoleta, las Catalinas y San Juan. "

No negaréis que el marco es digno de encuadrar una escena de aquellos días de beatitud creyente, ambición escasa y probidad sincera.

El comercio, centralizado en Sevilla, prosperó muy poco, desenvolviéndose con rapidez suma, lo pastoril. El Plata dedicóse á la ganadería, que es aún su riqueza preponderante, en tanto navegaban hacia la península monopolizadora el café caraqueño y el aceite peruano. Mujeres bellísimas y siestas largas escondieron su hechizo y su languidez tras las rejas con rosas, viendo los patios pasar, junto á la cortina de sus jazmines, la sombra de la mulata de labios rojos, al mestizo con sangre de las razas muertas, y al español con todos sus orgullos de estirpe. Como muy bien nos dice el estudio edilicio de mi compatriota, la mayor parte de las iglesias de aquella edad tienen el sello que dió á su arquitectura la orden lozoyana, pues es bien sabido que los jesuítas, asustando á los reyes, se adueñaron de América. Iniciadores de la instrucción primaria, introdujeron nuevos cultivos, fundaron los primeros hospitales y escribieron la historia de la conquista, siendo lo teológico de su poder, permanente inquietud del poder civil y del poder monárquico, que miraban con ceño á los que tenían su feudo propio en el Paraguay. El rezo, la molicie, la jícara con bollos al despertar del dormir de la

noche y el dormir de la siesta, la serenata y la procesión, todo se armonizaba con el aspecto de la ciudad que nos describe maravillosamente el doctor Morales.

Y no sigo citando. ¿Para qué seguir? ¿Quién no conoce el extraordinario desenvolvimiento de la populosa capital argentina? ¿Quién ignora, en las dos ciudades platenses, que son una verdad el saber y la rectitud de nuestro compatriota? ¿Quién no escuchó su nombre, dicho con respeto, en las bocas de aquí y en los labios de allá? Maestro de varias generaciones, varias generaciones transmiten á sus hijos el amor á la ciencia y la sed de virtud que les infiltró en la cátedra y en el cargo público. Partícipe de todas las angustias de su patria y su credo, la lejanía no le apartó de su credo y su patria, dándose el caso generosísimo de que sus terquedades de oriental y nacionalista á ninguno molestan en Buenos Aires.

¿Cómo se explica que le aprecien más cuanto más unido le ven á su tierruca? Se explica sin trabajo. El doctor Morales, permaneciendo fiel á los deberes de lo nativo, ama sincera y profundamente á la república libre y hospitalaria que le formó, entusiasmándose con sus progresos y exaltando sus glorias. El hombre es digno de la ciudad donde clavó su tienda, y la ciudad es digna del hombre que reside bajo su hermoso cielo.

Parece cuáquero, siendo jovial y comunicativo. Parece catoniano, siendo indulgente y misericordioso. Es como esos árboles de corteza áspera, pero ricos en jugo refrescador bajo su corteza. Sus intransigencias, en lo que toca á la política del terruño, no son intransigencias de mala ley. Hay virtud en el ceño con que miramos á ciertos jacobinos, sepulcros blanqueados de la democracia, que alardean de demagogos,

pero que suben y se enriquecen crucificando, como los romanos crucificaban á los leones, la libertad propia y la libertad pública bajo el rebenque de cualquier émulo de Licurgo.

Quisiera hablaros del conferencista. Carezco de espacio. Os aseguro que instruye y deleita. Sólo os recordaré su *Historia de un adoquín*.

En resumen: es una rectitud y es una cultura, rectitud y cultura que perdurarán en la memoria de dos países, el doctor Carlos María Morales.

CAPÍTULO III

Emilio Frugoni y Armando Vasseur

SUMARIO:

I. — Datos. — Su iniciación. — El poeta amatorio. — *De lo más hondo.* — Un poema que es un cantar. — Su segundo libro.— Madrigales á los labios y á las pupilas. — El zorzal y la estrella. — Frugoni, en el segundo de sus avatares, es discípulo de Verhaeren. — *El mensaje de Mayo.* — *El rancho.* — Mi modo de sentir. — Criollo y aristócrata. — La raza y la humanidad. — La ley inviolable y universal.

II. — La técnica de Ghil. — El ritmo del verso y el ritmo de la idea. — Analizando algunos bordones. — La armonía del todo. Es la que indica el rumbo y el poder del vuelo. — Mi enemistad con los armónicos y los libreversistas. — Lo que dice Andrés Barré. — Sobre las reformas prosódica y sintáxica. — La reforma lexicográfica. — *La plebe gaucha.* — El socialismo. —Autoridad y libertad. — Lo que leo en Jaurés.

III. — Recordando á George. — El fantasma de la igualdad. — La igualdad es irrealizable. — Lo que se opone a ella. — La miseria y el crimen. — El arte y la sociedad futura. — El arte estatal y su esclavitud. — De las mentiras santificadas.

IV. — Leyendo a Leone. — El sindicalismo. — Intereses de clase. — Eliminación de lo intelectivo. — El criterio de la capacidad. — Eternidad de las cúspides. — Los imaginativos. — El progreso y la imaginación. — Mala manera de mejorar. — Los grupos gremiales. — No igualan ni libertan. — Socialismo del Estado. — Más citas de Leone. — Otro párrafo de George. — El problema de lo futuro debe resolverlo la educación. — Explayando esta idea. — Conclusión.

V. — Armando Vasseur. — Datos. — Características de su númen —Su sueño redentor. — *A la Atlántida.* — ¿Gana el romance intercalando más de un verso libre entre sus versos asonantados? — El por qué de mis dudas. — Oraciones amplificadoras ó circunstaciales. — Ejemplos. — Vasseur es un román-

tico. — La ironía sentimental. — La fórmula del arte por el arte. — Un párrafo de la Pardo Bazán. — Materialista como Lucrecio. — La Acracia. — Necesidad de leyes. — Las jerarquías. — Los Gracos. — Unas líneas de Maeterlick. — El socialismo y la influencia presidencial. — Salve a los poetas de la Esperanza.

I

Sigamos escribiendo para el olvido. Escribir es soñar. Entreguemos los capullos al agua, como dice la Ofelia de Shakespeare.

Emilio Frugoni. Montevideano. Nacido por los años de 1880. En plena edad viril. Orador, poeta y jurisconsulto. Fama en cuarto creciente. Muy merecida. Personalidad propia.

Inicióse, como escritor, en los periódicos universitarios *Los Debates* y *El Bombo*. Inicióse, como poeta, con el folleto *Bajo tu ventana*, publicando más tarde los libros titulados *De lo más hondo* y *El eterno cantar*.

Tuvo á su cargo, desempeñándola con ilustración, la crónica teatral de "El Día". Leed, pues lo merecen, los folletines en que estudió las obras de Florencio Sánchez.

Representó, durante la segunda presidencia del señor Batlle, al partido socialista en la Honorable Cámara de Diputados.

Viaja, en la actualidad, por Norte América.

La lira del amor resuena, entre sus manos, como un salterio pródigo en melodías arrobadoras. Es ardiente, melancólico, suplicante, siempre correcto, siempre castizo, tan feliz en la oda como en el madrigal. Su endecha es, atribulada ó esperanzadísima, como la endecha del jacapani en la noche de argento de los

espinos. Sus estrofas sangran como el llagado corazón de Manrique. Su laud se parece al trovero laud de Ausías March. Es, siendo un asiduo lector de Marquina, un poeta profundo y originalísimo nuestro Emilio Frugoni.

El amor que nos canta, á pesar de su excelsitud, es un amor humano que muere de congojas, que sabe de celos, que finge desvíos, que anhela la conquista de lo imposible, al que no satisface la irrealidad, que se turba y resbala hacia el pecado hermoso. ¡Cómo corta sus versos, cómo hace que tremulen, cómo los incendia, con qué arte los labra, cuán magníficamente concluye sus estrofas!

Es á su musa, y no á la desdeñosa beldad terrena que le hechizó, á la que dijo el alma de Frugoni:

"Vedla pasar! Es como un cisne blanco
que en cerúla extensión muestra sus galas,
y llueve el sol sobre su ebúrneo flanco
gotas de luz que ruedan por sus alas."

De lo más hondo, siendo un libro de juventud, es, por su técnica consumada, un libro de maestro. Hay, entre sus valiosas composiciones, una que me parece que vivirá mientras los astros atraigan á los astros, el pólen busque al pólen y el beso llame al beso, porque es sencilla, tierna, profunda, musical é inmensamente humana. Se parece al cantar que embravece á Aragón, que requiebra en Granada y que llora en Galicia.

"¡La luz de mi vida gloriosa se expande!
¡Yo quiero ser bueno,
Yo quiero ser fuerte,
Yo quiero ser grande!"

¡Dale lilia manibus plenis! ¡Deshojad capullos sobre el pedestal, que sustenta una diosa, donde están escritos esos versos de amor! Digamos como Esquilo: — ¡Para vos el sendero sin mancha de los pájaros! — Hace usted versos que palpitan como entrañas que un puñal desgarró, versos encantadores é inimitables, versos más puros que el mármol de Páros y más ardidos que los cantares de Salomón. ¡Es usted, siendo castizamente clásico, un poeta de índole popular y de todas las patrias, doctor Frugoni!

Su ingenio, en las estrofas *De lo más hondo,* se me figura el bridón encantado, el bridón que salvaba mares y montes, el bridón en que el príncipe Firuz conquistó á la heredera del rey de Bengala. No tenga usted miedo. No desespere usted. La princesita, subyugada por su canción, se adornará la frente con piedras de Golconda, envolverá su busto en riquísimas telas de Cachemira y se irá, con los brazos puestos sobre sus hombros y sentada en la grupa de su corcel, hacia los espléndidos jardines de Chivar, la pomposa y fantástica capital de Persia.

El eterno cantar, el segundo de los libros poéticos de Emilio Frugoni, es igualmente un libro de amor. Rítmico, novedoso, inspirado y madrigalesco, habla bien de la musa que le engendrara. Traduce penas, desilusiones, ensueños marchitos, ternuras que debieron recompensarse y que no se recompensaron. El libro es uno y múltiple: uno por el espíritu; múltiple por la forma. Es, por el espíritu, como un zorzal que, apasionado de la luz de una estrella, la va persiguiendo y la va cantando de rama en rama. Es, por la forma, como una lira de provenzal que pide en sus quintillas, en sus sonetos y en sus dodecasílabos la gloria de besar los labios de Laura.

¿La boca solo? No: la boca y las pupilas con un largo beso:

" ¡Tus ojos!... Yo no sé lo que me inspiran,
cuántas cosas de amor me hacen soñar!...
Son dos astros; dos astros que me miran
Desde el fondo del mar."

Emilio Frugoni, en el segundo y último de sus avatares, pensó con justicia que los ritmos nuevos requieren y reclaman nuevas ideas. Cambió de rumbo y se hizo simbolista, como Herrera, como Papini, como Vasseur.

Emilio Verhaeren, que pertenece al grupo de los armónicos, no ama la belleza por la belleza. La fuerza, la vida, nuestras ciudades de hierro y de carbón, la evolución social de las muchedumbres campesinas y urbanas, el hoy en cuyo seno late el porvenir, son los númenes inspiradores de este poeta cuya lira es un clarín revolucionario.

Frugoni es un discípulo de Verhaeren.

Enérgica, clara, de corte clásico, casi sin tropos, escrita en musicales endecasílabos, es la oda de carácter social *El mensaje de Mayo*.

Los proletarios, los trabajadores, los ennegrecidos por el taller, los ejércitos de la bandera de color de púrpura que proclama la fraternidad y la liberación de todos los humildes, se matan entre sí para el triunfo y la supervivencia de las coronas. El poeta se indigna. ¡Aquello es ilógico, aquello es caínico, aquello es la sangrienta bancarrota de su Ideal!

¡Es en contra de sus amigos, es en contra de los que conocen las angustias del hambre, es en contra de los que crecen en las viviendas que no salubrifica la luz

del sol, es en contra de los desposeídos de los derechos que nos confiere el acto de nacer, es en contra de los evangelistas que pagaron con el martirio la buena nueva de que llegaba el reino de la dicha integral, que rugen y se baten y se asesinan las explotadas muchedumbres de Europa!

¡Están ciegas! ¡No ven que afirman, con el absurdo de su coraje homérico, á las sociedades de régimen industrial, á las sociedades capitalistas, á las sociedades próximas á desaparecer! ¡Los parias modernos, la carne de máquina y de cañón, deben unirse contra sus amos, sólo contra sus amos, sin disolverse para ametrallarse en beneficio y gloria de sus señores!

Creo inútil decir que la prédica humanitaria cayó en el vacío. A favor de la guerra votó el Congreso de las Trade - Unions celebrado en Bristol durante 1915. Y lo mismo, exactamente lo mismo que los operarios ingleses pensaban los obreros de Lion, Hamburgo, Roma y Viena. Y lo mismo, absolutamente lo mismo que los operarios de esas naciones, pensaban los obreros de la antigua Moscovia. Y lo mismo que afirmaban los socialistas rusos en el manifiesto publicado en Octubre, sostuvo y predicó desde mucho antes el señor Dracoulis, fundador y pontífice del socialismo en Grecia. ¡El culto del coraje y el de la canción patria es todo lo que flota sobre el naufragio de la Internacional!

También el poeta canta con ritmos nuevos, con nuevas orquestaciones sinfónicas, con voces de órgano y de tribuna, lo que le inspira la visión de un rancho en la sién de una loma, como nido de viuda en un espinillo ó nido de churrinche en un pajonal. El nido de la loma, el del pajonal y el del espinillo son tres soledades y tres arisqueces. ¡Cuán distintas las tres! El nido del churrinche y el de la viuda hablan de

libertad. Las alas son el símbolo de la independencia. Los pájaros del monte se emborrachan de azul. El rancho de la loma, aunque de paja y barro lo mismo que un nido; el rancho de la loma, que el pampero sacude y en que duerme el espíritu de la raza que amasó con su sangre lo nacional; el rancho de la loma, en las quebradas pastoriles del latifundio, es una esclavitud.

El rancho es el instinto; el rancho es la ignorancia; el rancho es la divisa; el rancho es la pobreza; el rancho es el músculo sin voluntad propia; el rancho es lo barrido por el extranjero; el rancho es el chingolo exterminado por el gorrión; el rancho no es la égloga ni el idilio; el rancho es como el túmulo donde la muerte encerró las bravuras de la edad heroica que dibujó á lanzazos los lindes del terruño.

El poeta, como ya habréis notado, no desconoce que el gauchaje se batió estoicamente por la independencia y por la libertad sudamericanas. La décima, el caballo lírico inventado por Espinel, se rindió al empuje y á la gallardía de nuestros llaneros. La décima, de progenie española, siguió al gaucho en sus aventuras y en sus afanes, confundiendo su historia con la historia de bríos y de penurias de su jinete. Frugoni, en otra de sus trovadas, magnifica á la décima.

Pero aquello pasó. Otro es el evangelio de nuestros días. El escudo y el himno tuvieron su época. Los hombres son hermanos. Sobre todas las religiones prima, actualmente, la religión augusta de la Humanidad.

Confieso que no opino como el doctor Frugoni.

Yo soy como el tero y como el ombú. Con el pago me basta. Vivo para el país de las calandrias y de los trebolares. Mi horizonte concluye donde concluye la

sombra de mi bandera. Mi ternura no necesita expandirse, como se expande el fuego para terminar en humo y en cenizas. La raza y la humanidad ni me preocupan ni me interesan. Desdeño profundamente á la humanidad, y no creo en la estúpida ficción de la raza. Cuando alguno me habla de la humanidad, se me aparece el lúgubre invento de Guillotín, como cuando alguno me habla de la raza, evoco las regiones que conquistaron y los tálamos en que durmieron las prolíficas hordas de Alarico. La historia, en su crisol, ha mixturado todas las razas que alardean de puras, como la humanidad, la de las cordeleras y los sin camisa, tiene aún y tendrá eternamente por pontífice á Robespierre y por santo á Caserio.

Yo soy, por otra parte, un poco aristócrata. Me gustan la higiene, las manos con guantes, el botín de charol, los libros hermosos, la buena música, los manjares de precio. Aspiro á ser cúspide, y para que haya cúspides, es indispensable que existan llanuras. Mi egoísmo se opone á la igualdad de todos, que es antinatural y antiestimuladora. Las estrellas se distinguen por su magnitud, los diamantes por su fulgor, los pájaros por la variedad de sus cavatinas, las flores por su matiz ó por su perfume. Esta es la ley eterna, la ley terrible, la de los seres y de las cosas, la de los bosques y las sociedades, la del mar y la del espacio, la que rige en los cultos países de Europa y en las tribus salvajes de la Oceanía.

II

Frugoni, en *El rancho,* sigue la técnica predicada por Ghil. Si la idea es un movimiento de la emoción, el objeto del ritmo no puede ser otro que el de repro-

ducir ese movimiento. Si la idea se manifiesta por una serie de vibraciones, la reproducción de esta misma serie de vibraciones debe ser el único objeto del ritmo. Así, por una parte, cada idea requiere un ritmo especial; y así, por otra parte, la altura y la intensidad de los timbres vocales determinan el sitio apropiado y variable de las cesuras, que deben responder al surco ondulativo de las ideas. Los adeptos de la escuela armonista tratan, pues, de acordar las sonoridades de su vocabulario al grado de impresión ó emoción experimentadas por el espíritu del poeta. Los versos, en resumen, serán más cortos ó serán más largos, según la longitud de las ondas sonoras, correspondientes al ritmo de la idea. La utilidad de la rima es siempre accesoria. La rima es efectista y no substancial. Así pensaban Ghil y Venhaeren. Así, en su última metamorfosis, piensa Emilio Frugoni.

Es muy posible que la confusión de ritmos melódicos y armónicos, como la confusión de bordones breves y bordones largos, evoque la idea de un buque corsario cuyos despojos baten las olas del mar. Es muy posible, como es muy posible que esas confusiones hagan que resurjan en el espíritu las heroicidades y las desventuras de nuestra edad de hierro. Es muy posible; pero es indudable que el oído rechaza esas híbridas mezclas de ritmo y medida, á las que se oponen el hábito psicológico del oído y la científica música del idioma. No se connubian sin violencia, no pueden asociarse sin repugnancia, por el natural antagonismo de su contextura, los versos cuya sonoridad depende de lo exacto del ritmo y de la longitud de las células orgánicas del bordón, con los versos cuya sonoridad tiene por origen lo exacto del acento, sólo del acento y el número silábico.

"¡El bárco tumbádo! El viénto lo azóta;
el már lo amenáza; lo habíta el ilóta,
aquel que mañana
tendrá que dejárlo, partiéndo sin péna,
como deja la erránte caravana
el inseguro aduár sobre la arena..."

En los bordones primero, segundo y cuarto, el verso se descompone en dos inflexibles series silábicas. Sus acentos cargan sobre las sílabas dos y cinco de cada una de estas series silábicas, células, ó bordones simples, Estos versos de cesura imperiosa y de martilleo dodecasílabo, concluyen y terminan con dos versos de once sin martilleo, sin interrupción gramatical ni lógica, sin más acento que un solo acento preponderante. ¿Es cuerdo unir cadencias que no son de la misma especie? ¿No son excluyentes, dentro de la armonía total de la estrofa rimada ó párrafo poético, las cesuras y no cesuras, el acento exclusivo en sexta y los acentos tónicos en sílabas impares? Yo entiendo que sí. El arte de rimar, como todas las artes, tiene sus reglas, que no dependen ni pueden depender del capricho ó el gusto de cada artista, sino de la índole natural de cada estrofa y de cada bordón. ¿Requería la idea la variedad rítmica que el autor imprimió á los bordones que he señalado? No la requería. El mar, el viento, la arena y la caravana carecen de fijeza, son cosas movedizas y pueden expresarse con idéntico ritmo desde que reproducen una esencial y única forma de ideación. El gaucho, el ilota, el hombre de ayer, se alejará sin pena del barco tumbado que el mar amenaza y el viento azota, como la caravana abandona el aduar que levantó en la arena candente y movediza. Si la idea fundamental, la del buque náufrago, puede traducirse en

bordones compuestos, casi cantables, de melodía columpiadora, ¿por qué razón el simil, lo que no es esencia, lo que sólo aclara, lo más accesorio, ha de manifestarse con dos endecasílabos de un sólo acento firme y dominador? No es esa, á mi entender, la técnica que predicaba Renato Ghil.

Si los novísimos reconociesen que obedecen á simples predilecciones de gusto ó de oído cuando así versifican, mis reparos no tendrían la más pequeña razón de ser. Si insisto en ellos es porque se pretende imponernos esas novedades como lógicas y científicas, afirmándose con autoridad que el movimiento de las ideas exige y justifica la mixtura de ritmos heterogéneos. Yo me contento con preguntar si hay alguna idea, ó serie de ideas, que no pueda manifestarse con la música propia del octasílabo ó del endecasílabo, dada la variedad de pausas y de acentuaciones que admiten estos metros multisonoros. Entendí desde niño, y sigo entendiendo, que en toda composición poética hay un ritmo esencial, el ritmo correspondiente al ritmo de la idea matriz ó inspiradora, acordándose todos los ritmos accesorios, los ritmos de las ideas subordinadas ó accidentales, al ritmo director de la idea centro ó idea primitiva. Todo ritmo que contraríe al ritmo de esa idea es contraproducente, porque los ritmos secundarios son como satélites del ritmo foco y deben girar armonizando sus vibraciones con las vibraciones de la idea que les sirve de sol. Pueden muy bien mezclarse, en consonancia con la índole de su cadencia, los bordones melódicos y compuestos ó los bordones simples y de armonía, que nos ofertarán espontáneamente las curvas iniciales del vuelo magestuoso ó arrebatado de la idea nutriz. Variará el metro cuando la idea cambie de dirección ó modifique su fuerza as-

censional; pero estas variaciones no pueden ser tan bruscas y tan desordenadas como presumen los partidarios ó sacerdotes de la escuela novísima. Así los mismos cambios de rumbo ó energía del pensamiento pueden manifestarse, por lo común y sin mayor esfuerzo, distribuyendo con habilidad las pausas y las sílabas tónicas. Si las ideas no son sino el resultado de la fusión de las percepciones en un centro común; si las ideas se combinan en el cerebro, como se combinan los elementos químicos en el laboratorio; si esa combinación es originada por la propiedad que tienen las ideas de sugerirse las unas á las otras en el intelecto; si las leyes asociadoras de las ideas son la contigüidad, el contraste y la semejanza, como afirmó Bain y sostuvo Spencer, ¿podrá negarse que las ideas contenidas en una oda ó en un idilio son como términos lógicos y ordenados de una misma serie, términos regidos por una idea principalísima y cuya música dependerá de las vibraciones encadenadas de la serie entera? La armonía del todo es superior á la armonía de los fragmentos, porque la idea madre manda y no obedece á las accesorias, porque la idea madre es la que indica el rumbo y el poder del vuelo, porque la idea madre gobierna el fondo y gobierna la forma del himno y de la égloga. Así lo entendieron, y lo entendieron bien, Garcilaso y Herrera, Menéndez y Quintana, Rubí y Zorrilla, Hartzembusch y Querol.

¿Por qué soy enemigo de los libreversistas y de los armónicos, de los que siguen la técnica de Kahn y el método de Ghil? Porque la mayor parte de los que prestigian la novedad duermen en español y sueñan en francés, como diría Góngora. Nuestro idioma, el idioma que nativizan y que enriquecen nuestros modismos, es más dulce cuando requiebra y es más enérgico si

amenaza que la lira de Alfión, que aquella lira templada en los raudales de la luz de Apolo, que aquella lira á cuyos sonidos se amontonaron las piedras de un valle para formar los muros de Troya. Es que dí en entender que no son libertades, sino licencias, las que dicen que puede descoyuntarse el verso á placer y capricho del que lo construye, como Daciano hizo descoyuntar despóticamente los miembros de Cristeta. Es que creo que los armónicos aplican con abuso su teoría del ritmo de la idea, como el libreversismo aplica con abuso su teoría de las células orgánicas del bordón, sin que esos abusos hayan logrado disminuir la eficacia expresiva de los metros antiguos, que traducen la ternura conmovedora con tanta intensidad como el laúd de Tíbulo y que exteriorizan lo mordaz de la sátira con tantos vigores como el laúd helénico de Arquíloco. Es que paréceme que conservar entera la parla nativa y ajustarse á lo requerido por su estructura, es la confirmación de nuestra independencia del yugo europeo á pesar de lo hispánico de nuestro origen, porque con esa parla vivó el paisanaje á las tricolores en los días de triunfo, porque con esa parla hablaron de república nuestros tribunos al apagarse el sol de lo colonial y porque la parla sonorísima unióse de tal modo con nuestros modismos, bajo la sombra de nuestros ombúes y de nuestros sauces, que el modismo y la parla forman un nudo cuyos cabos se hicieron imposibles de ver, como aquel nudo enmarañadísimo que ataba la lanza del carro de Gordio.

Mis resistencias, justas ó injustas, no me impiden reconocer la finura madrigalesca, el dulzor elegíaco y el brío épico que admiro en el numen sobresaliente de Emilio Frugoni. En la hora actual de nuestro parnaso ninguno le supera ni en la ideación ni en el me-

trizar, lo que le asegura un puesto en la cúspide donde tejen coronas de laurel, para los ingenios, las hadas que presiden el Porvenir.

La pluma crítica de Andrés Barré, después de reconocer que los sacerdotes han ampliado la estética permitiendo que el arte subiese á la región de lo metafísico, nos dice en la página 392 de *Le symbolisme:*

"La reforma prosódica abunda en inconvenientes más que en ventajas. ¿El libre versismo entiende cambiar las leyes fundamentales de nuestra métrica? Ésta ya no será silábica, sino rítmica. Perfectamente; pero, ¿cómo distinguiremos el verso de la prosa cuando se imponga y extienda la novedad? La prosa, entonces, cesará de ser rítmica, para que su rival conserve el privilegio de la armonía ó música. Sea en buena hora; pero si la armonía del verso no debe diferenciarse de la armonía que tuvo la prosa, ¿para qué hablar de prosa y de verso? Es forzoso reconocer, si la distinción de géneros se mantiene, que el verso es el resultado de una costumbre lentamente formada por los siglos, que la métrica del número reposa sobre los principios rítmicos más fáciles de comprender por la multitud, y que querer cambiar lo ya consagrado sustituyéndolo por una música más sabia que popular, es quitarle al ingenio lo mejor de su fuerza universalizadora: la melodía que fija sin violencia las imágenes, los pensamientos y los sentires"

Y Barré agrega en la página 395 de su hermoso estudio:

"La reforma sintáxica tampoco tiene en cuenta la realidad histórica. Bajo pretexto de realidad sintética, se insurreciona directamente contra la ley de lo evolutivo, convirtiéndose en una reacción contra el progreso. Es verdad que la poesía y la música no estaban

separadas en sus orígenes; pero, como su unión perjudicaba al desenvolvimiento individualísimo de cada una de ellas, se vieron obligadas á respetar la ley de la división del trabajo, acantonándose respectivamente en su dominio propio. La música y la poesía no persiguen el mismo fin. La una exprime, de un modo sintético, las complejas sensaciones que de continuo nos turban el alma, en tanto que la otra tiene por objeto aclarar esas mismas tinieblas espirituales. Su antorcha es el análisis. En realidad, ¿qué son las palabras? Son la representación gráfica de una idea ó de un sentimiento. Esa representación es forzosamente convencional. No es dudoso que exista analogía entre el pensamiento y el son que lo traduce; pero raya en anticientífica presunción querer erigir ó cambiar en sistema un fenómeno accidental."

Y Andrés Barré concluye en la página 397:

"La reforma lexicográfica tampoco ha sido un triunfo para los simbolistas. Un idioma es un organismo que el tiempo puso á prueba. El uso ha salvado del océano verbal sólo las palabras que respondían á una necesidad inmediata del idioma. Las otras, por inútiles, fueron abandonadas. No han podido salvarse de la prueba del decir cotidiano y cayeron en el olvido. Puede acertarse turbando su sueño, si las nuevas costumbres del pueblo que las usó, necesitan del graficismo de esos fantasmas para exponer la nueva forma de sus ideas. El desenvolvimiento filosófico, científico y comercial de cada país basta generalmente para enriquecer su idioma. Es casi inútil, por lo común, la misión de los arqueólogos del lenguaje". — Eso explica, sin justificarla, la falta de popularidad de los ingenios como Herrera y Reissig.

Emilio Frugoni, cuyo numen reconozco y admiro,

puede gozar cazando novedades. Está en su derecho. Lo pernicioso es que los más mediocres se crispen de orgullo cuando usan y abusan de la novedad anarquizadora, novedad que evita, á la mayor parte de las nuevas musas, el penoso trabajo de aprender estética y ortométrica. El aprendizaje ya no es necesario, porque la crítica no repara en técnicas ni obedece á leyes, que hemos abolido por insustanciales y tiranizadoras. Nuestra crítica es la crítica impresionista de Teodoro Gautier. Con tal de que nos suene lo que escribimos, aunque lo que escribimos resulte cojitranco ó incomprensible, ya somos genios innovadores y modernistas á la manera de Mallarmé, de Ghil ó de Moréas. Es claro que no sabemos lo que pensaban, ni en lo métrico ni en lo calológico, ni Moréas, ni Ghil, ni Mallarmé; pero, conociendo y copiando su factura externa, ¿qué duda cabe de que somos discípulos y continuadores de Rimbaud, de Verlaine y de Samain?

Nada de lo que digo puede aplicarse á Emilio Frugoni. Éste ha estudiado copiosamente y sabe rimar como los más doctos. Éste ha leído bien á Gustavo Khan. Es un maestro. Yo encuentro magníficas sus *Prosas ásperas*. Leed la que el poeta denominó *A la plebe gaucha*.

El socialismo es una nueva forma de esclavitud. Si el amor á la raza y el amor del pago subsisten aún, matándose por la raza y el pago los hombres de Europa, la influencia de la acción de las reivindicaciones sobre las juventudes proletarias tan sólo ha servido para agrandar el absorbente imperio económico, educacional y político del Estado.

¿Qué importan el origen y el nombre del patrón? Uno ó múltiple, púrpura ó remiendos, el amo gobierna y el amo castiga. La soberanía, la intangible soberanía

de lo estadoal, es la muerte en prisiones de la soberanía del individuo. Cuando el concepto de la autoridad sube, enflaquece el concepto de la libertad. La persona social se agranda y se afirma á expensas y en detrimento de mi persona. El que dice grupo, gremio, partido, asociación ó secta dice servidumbre. El hombre nació libre y se halla entre cadenas en todas partes, — sostiene Rousseau en las líneas primeras del *Contrato Social*.

Sabemos, por Hobbes, que en un Estado sólo es posible una soberanía. Esta estatuye el deber ó la ley. Sabemos, por Compte, que mi único derecho se reduce á cumplir, aunque me contraríe, la ley ó el deber que me impone la soberanía que gobierna al Estado. Éste no tiene en cuenta mi soberanía sino para marcarle límites restrictivos. Sabemos, por Duguit, que el deber ó la ley, hasta en el sistema sindicalista, es una disciplina de hecho que la interpendencia social impone á los miembros del grupo. El grupo, que absorbe al individuo, sacrifica mi libertad á su autoridad. Así, desde que los sociólogos de la escuela de Lilienfeld nos afirmaron que todas las asociaciones humanas son organismos de células nerviosas, con un cerebro que decide é impone, y así, desde que los sociólogos á lo Littré nos sostuvieron que, para evitar la explotación del hombre por el hombre, las relaciones particulares debían ser regladas y regidas por el Estado, el Estado interviene para señalar límites á la libertad del trabajo, el comercio, las costumbres, el culto y la enseñanza. El Estado lo es todo, todo es para el Estado y por el Estado. El Estado, en fin, es la única afirmación categórica é innegable lo mismo para Asquith que para Bethman Hollweg.

Escuchad lo escrito por Juan Jaurés en la página

138 de sus muy aleccionadores *Estudios socialistas:* "En el estado presente de la humanidad, donde no hay más que organizaciones nacionales, la propiedad social tendrá la forma de una propiedad nacional". "Las diversas naciones en evolución hacia el socialismo arreglarán cada vez más sus relaciones recíprocas según la justicia y la paz. Pero es la nación quien durante mucho tiempo todavía suministrará el cuadro histórico del socialismo, el molde de unidad donde ha de formarse la justicia nueva."

"Y no hay que admirarse de que habiendo reivindicado al principio la libertad de la persona humana, hagamos intervenir ahora á la comunidad nacional. Sólo la nación puede libertar á todos los individuos. Sólo la nación puede suministrar á todos los medios de libre desenvolvimiento."

¡El principio de libertad de la persona humana!. ¿Sabéis lo que se entiende por libertar á todos los individuos? Obligatorio el descanso semanal, obligatoria la jornada de ocho horas, obligatoria la huelga que decretó la dirección del gremio, y monopolizadas todas las industrias más florecientes para aumentar el número de los que viven en servidumbre á expensas del Estado. Así el Estado, extendiendo su poder económico, extiende de igual modo su poder político, y así la teoría de la persona social, que encontraréis en Krause y en Wundt, sirve para alargar y fortalecer el tutelador dominio de unos pocos panegiristas de Marx ó de Liebknecht.

Siempre hay un amo fiero ó espantadizo, responsable ó hipócrita, imperioso ó astuto, que se ve ó que se oculta, Cromwell ó Robespierre. ¡Siempre hay un amo, siempre lo habrá, y sólo el que se aisla es dueño de sí mismo, doctor Frugoni!

III

Escuchad lo que dice Enrique George en la página 147 del tomo segundo de *Progreso y miseria:*

"La sociedad se aproximaría de este modo al ideal democrático de Jéfferson, á la tierra prometida de Herberto Spencer, á la abolición del gobierno. Pero del gobierno como poder directivo y represivo únicamente."

¿Una sociedad sin poderes que repriman á los que conculquen sus estatutos? Sería una sociedad indisciplinada. Sería una sociedad imposible en los hechos. No creo que soñaran sinceramente con la existencia de una sociedad de justos ó de querubines ni Moro, ni Campanella, ni Hall, ni Bacón, ni Harrington, ni ninguno de los antecesores históricos del socialismo desde Groot hasta Münzer y desde Münzer hasta Juan Béller.

Temo muchísimo que las ciudades de lo porvenir se parezcan á las ciudades de lo presente. No creo que el amor de la humanidad reemplace á los amores de patria y de familia. Tampoco creo que la opinión reinante deje de perseguir á las opiniones que la contrarien. Paréceme difícil que todos cosechen del mismo modo los frutos de la ciencia y de la virtud. Estoy convencido de que la rueda no se detendrá nunca, de que existirá siempre algún mar tenebroso inexplorado aún, de que la dicha última no será conquistada y de que nadie contestará satisfactoriamente al último por qué. El astrónomo, que descubre un astro, sabe que hay otras luces rutiladoras más allá de la estrella que descubrió. Lo mismo acontece en el universo, sin fondo y sin bordes, de nuestras verdades y de nuestras venturas. Toda hipótesis será derrotada por otra hipótesis,

como Lavoisier, estudiando el oxígeno, destruyó la hipótesis flogística de Stahl.

¿Todos iguales en la dicha y en el saber? Ni lo creemos ni lo deseamos. ¿Conocéis la doctrina de la unidad de la materia viva? Esta fué, en sus orígenes, una masa homogénea, que ha dado lugar á las multitudes animales y vegetales que diferenciamos, por sucesivas adaptaciones al medio ambiente y por los sucesivos perfeccionamientos que el influjo del medio dió á los individuos más adaptables. La materia que es infinita, sin principio y sin fin, como el espacio que la contiene, fué una en su origen y sigue siendo una, á pesar de lo múltiple de sus fenómenos ó apariencias, en el astro y en el bacterio, en la ola y la flor, en la serpiente y en el zorzal, en la avispa y el hombre, en los seres protozoarios lo mismo que en los seres multicelulares, como os dirán Huxley, Carpenter y Ameghino. Lo mismo que sucede en sus orígenes con lo que apellidamos materia viva, — con toda la materia universal, — sucede en sus orígenes con lo que apellidamos espíritu del hombre; pero así como la materia por adaptaciones y perfeccionamientos, es, siendo una, lobo ó calandria, así el espíritu, según sus aptitudes de adquisición y herencia, es, siendo uno, Calibán ó Ariel.

No pueden existir sociedades, comunas, tribus ó familias sin poderes y códices. El sistema más arbitrario y menos equitativo sería el sistema de la igualdad absoluta. Se oponen á la implantación de ese sistema absurdo las variedades de aptitudes nativas, las diferencias del órgano cerebral, las complicaciones á que dan lugar lo patológico y lo octogénico, hasta el funcionamiento regular del nucleo organizado, cuyos componentes, no desempeñando la misma función, se diferenciarán por el ejercicio preponderante de ciertos

sentidos y por la índole especialísima de cada hábito psicológico. Los dolores sociales son á modo de úlceras anarregnimas, son como llagas que á cada instante se reproducen por la ruptura de su cicatriz, siendo de lamentar que las metrópolis de lo futuro no puedan ser habitadas y removidas únicamente por Antígonas y Catones, por castas Penélopes y grandes Cincinatos.

No importa. La esperanza es un estímulo y es un consuelo. Bendigamos á los sembradores de la esperanza. Entre en los oídos de los sin ventura la auspiciosa promesa de la dicha integral. Crucen mares y llanos los augustos himnos de la profecía grata al corazón de los menesterosos, himnos más sagrados que los sagrados himnos que Olen compuso para la griega Delos, en aquellas edades en que Diana subía aún á las cumbres del Cintio y en que Apolo aún vagaba por los bordes de Jonia.

La única religión de lo venidero será la verdad. Ya he dicho que no importa. Confiemos, oh poetas, en que la verdad nos dejará el tesoro de la esperanza. Confiemos en que la esperanza será siempre infinita como el espacio, y en que será siempre fecundadora como el movimiento. Confiemos en que la esperanza, como la energía de la substancia palpable é indestructible que llena el cosmos, se transformará siempre en calor y en luz dentro del cosmos de nuestras almas. Confiemos en que mejorarán, bajo el acicate de la esperanza, la materia de nuestros sentidos y la materia de nuestro pensamiento, hasta vencer al monstruo de la muerte y al monstruo del dolor. Confiemos en que la esperanza conseguirá que todos los espíritus, ávidos de virtud y ávidos de hermosura, asciendan hasta confundirse é identificarse con el espíritu donde se mixturan y perfeccionan todos los mundos; con el espíritu

que es la forma de la ciencia y que es la forma del universo; con el espíritu ante el cual los seres más altos no son sino sombras; con el espíritu de la felicidad inmodificable que esplende y reside en la purísima excelsitud de Brahma.

Robespierre decía que era necesario, para bien de los hombres, inventar á Dios. Ceballos Dosamantes, en un libro que controvierte un libro de Zozaya, se goza en sostener que Dios no existe aún, pero que existirá cuando llegue á su fin lo progresivo de la evolución testimoniada con elocuencia por todo lo creado. Dios, para Stuart Mill, se parece á un principio que aún no puede sembrar el bien que desea, debiendo los hombres ayudarle en la obra de su total perfeccionamiento. Hacéis acto utilísimo sembrando la esperanza, poetas de la utopía de la igualdad, poetas que cantáis la muerte de la muerte, poetas que os afanáis en la perfección del principio supremo de Stuart Mill. Ese principio para vosotros, oh bardos del mañana, es el hombre, la especie, la humanidad, los llagados de ahora, los tristes de las tristezas de todas las centurias de lo pretérito, los que bendijeron en los estertores de la crucifixión Jesús y Espartaco.

Reconociendo lo noble de vuestra prédica, insisto en mis dudas. No lograréis divinizar lo humano. Las alas más angélicas se corromperían si las incrustáseis en el lodo terreno de nuestra forma. Lo eterno del progreso, la verdad de que el progreso no tiene fin, se funda en lo eterno de nuestra imperfección. El progreso, sin otro progreso en el horizonte, no sería progreso. Sería plenitud. Sería lo absoluto. Sería la negación de los avatares indefinidos á que están condenadas las energías del hombre y del cosmos. Cuando ya estemos cerca de la dicha integral, vendrá una ca-

tastrófica regresión, para que la esperanza nos empuje otra vez hacia la cumbre resplandeciente de la montaña. Las ondas del progreso parécense á las ondas de la atención. El progreso, á semejanza de la atención, es un fenómeno intermitente y rítmico. Es también rotativo, como las estaciones y las tempestades. Entre arenas quedaron sepultadas Ménfis y Babilonia. El ayer del Asia es el hoy de la Europa. ¿Dónde el progreso se detendrá cuando se desmorone el fúlgido mañana de América? Es difícil decirlo. ¡Vosotros lo sabréis, vosotros nada más, continentes en flor de lo Porvenir!

Enrique George parece entender que la miseria es la causa única del crimen y la inmoralidad. Esa opinión me parece un yerro. De igual manera que los delitos pasionales existen con el divorcio y sin el divorcio, los delitos pasionales existirán con la pobreza y sin la pobreza. Ni ahora ni nunca será posible, — mientras no suprimáis la soberbia y la envidia, el amor y el odio, — eliminar la administración de justicia en lo criminal, lo que sin duda nos libertaría de corchetes y carceleros, de alguaciles y calabozos, de defensores y de fiscales. No es á golpes de decreto que crearán una humanidad nueva, sin alifaces hereditarios ni impulsos instintivos, los sucesores de Baboeuf, Fourier, Owen y Carlos Marx.

La embriaguez, el juego, la lujuria y la violencia, todas las impulsaciones mórbidas ó anormales de la voluntad, no son el patrimonio de los desesperados, de los analfabetos, de los vencidos, de los sin fortuna. También en el grupo de los felices, de los vencedores, de los opulentos, de los que saben leer y escribir, se manifiestan frecuentemente la kreptomanía y el histerismo, lo dipsománico y lo neurasténico, la volición

vesánica y la abulia motriz. Ningún ismo del mundo suprimirá, mientras el mundo sea, la penitenciaría y el manicomio, aún cuando triunfen y nos gobiernen y se dilaten las aspiraciones de los discípulos de Blanc y de Proudhon, de Grave y de Malato.

George no nos dice, por sabido lo calla, lo que al arte le espera si el socialismo triunfa. El Estado, que recompensaría á los inventores, premiaría el esfuerzo de los prosistas y de los poetas. — ¡Qué hermoso porvenir! ¡El teatro oficial, la escultura oficial y la historia oficial! ¡Caliope con cadenas y Erato con grillos! ¡Moliére acariciado por Luis XIV! ¡Racine escribiendo sus tragedias á gusto de la Maintenón!—Muchísimas gracias. — Si el teatro y la universidad corren por cuenta pública, como el científico descubrimiento y la científica investigación, ¿á quiénes entregará las universidades, y los coliseos el que tutele ó el que encamine la cosa pública? Al que mejor entienda y mejor traduzca los sentires é ideas del medio reinante, pues no es de creer, por mucho que cambiemos, que los azules de lo mañana confíen el teatro y la universidad á los amarillos de lo porvenir. Desde que es académico, según doña Emilia Pardo Bazán, ha cambiado de rumbos Jacinto Benavente. Tornóse imperialista y supersticioso, á juzgar por los comentarios que la gallega ilustre consagra al discurso que dijo aquél en los juegos florales del Escorial. ¡No volverá á escribir *La noche del sábado,* ni volverá á escribir *La princesa Bebé,* ni volverá á escribir con numen sofocleo las punzantes escenas de *La malquerida!*

Yo no quiero que á nadie le corten las alas. La universidad, la conferencia, la historia y el teatro, todas las tribunas y todos los libros, deben ser libres, más libres que el aire que silba en nuestros llanos y en-

crespa nuestros ríos. La labor del cerebro es una pamperada. Me parece irrisoria la pretensión de encerrar al pampero entre los horizontes del sentir oficial. El pampero salubrica sin que lo embriden ó recompensen porque sopla arrastrando microbios y miasmas. Vuestra protección es el buitre de Júpiter. ¡Devoraría, más ó menos tarde, las fecundas entrañas de Prometeo!

¡El saber oficial! Muchísimas gracias. No ignoro lo que es eso. Lo aprendí de memoria hace ya varios lustros. Es Buchner desposeído de su cátedra de Tubinga. Es el decreto que cierra las clases de Guizot, de Michelet y de Castelar. Es Estrada abandonando la dirección del antiguo Colegio de San Carlos. Es Ramírez arrancándose de los hombros el rectorado de la Universidad de Montevideo.

No significa lo que antecede que yo rechace todo lo que afirman Jaurés y George. Pláceme el impuesto sobre la tierra, y hace ya muchos años que sostuve á mi modo la novedad. Defendí también, hace ya muchos años como defiendo ahora, la causa de los tristes, pidiendo que se ampliase la protección que presta la democracia á los sin fortuna. Lloré sobre el niño sin cobertor y la madre sin pan y el hombre sin trabajo; pero, como aborrezco todas las mentiras santificadas, combato hoy y combatiré siempre á los políticos que aseguren que la panacea de los males terrenos estriba en la igualdad que embruteció á Laconia.

IV

Aremos más hondo. El sindicalismo, la más concreta y la más eficiente de todas las afirmaciones socialistas, proclama como legítimo y justiciero el rencor

que sienten los proletarios hacia las otras clases de la sociedad.

Enrique Leone, — después de demostrar, en las páginas 83 y 84 de *El sindicalismo,* que los intereses de la clase media no son ni pueden ser los mismos intereses de los trabajadores manuales de la ciudad y el campo, — reconoce y demuestra, en las páginas 87 y 88 de su obra, que tampoco los intereses de los médicos, de los abogados y de los laboriosos del pensamiento, son y pueden ser los mismos intereses porque batalla con energía la clase obrera. Así " la supresión de la explotación obrera implica la eliminación de esas clases intelectuales. "

Todos los hombres, todos, — en el sindicalismo, — aplicarán sus actividades á los trabajos de índole económica. Los trabajos de la mente, los productos del pensamiento, las ciencias y las artes, no serán ya el monopolio glorificado de una clase especial. La verdad científica y el amor calológico serán actividades completamente libres en la sociedad nueva. Cesará toda distinción entre el trabajador manual y el intelectual, obligados á producir sus obras estéticas ó prácticas reconciliando el músculo con el cerebro. Así nos lo dice la página 89 del libro de Leone.

Leone se equivoca. El criterio de la capacidad pesará también sobre el sindicalismo. Alguna influencia se dejará sentir siempre que surja la precisión de contenerle ó de mejorarle. Clavé, obrero y músico, subyugó á los obreros con su música y con su poesía. En el taller de lo porvenir, como en los talleres del pasado y del hoy, se notarán las desigualdades equitativas y estimuladoras, esas desigualdades que no permiten que un mecánico habilidoso valga lo que valen Fulton ó Edison.

Es inútil gritar como grita Leone:

"El socialismo de los intelectuales es la inconsciente traición del socialismo obrero. A partir de este descubrimiento, la guerra queda declarada entre ambos. El socialismo obrero no tiene sino un medio para evitar el peligro que corre: atrincherarse en sus sociedades de oficio para combatir al capitalismo y á todas las clases que viven sobre el capitalismo. El socialismo no puede triunfar sino destruyendo la fuente económica de la explotación, y arrebatando toda clase de existencia, no solamente á los capitalistas, sino á todas las clases improductivas de intelectuales que los capitalistas tienen á sueldo."

Los únicos trabajos productivos, para el sindicalismo, son los trabajos de producción manual ó económica. Diríase que por el hecho de no considerarlos como productores, dejan de ser una excelsitud los filósofos como Kant y los poetas como Shelley. Diríase que los evangelistas del credo social ignoran la influencia ó la sugestión que ejercerán siempre sobre las multitudes los oradores como Lassalle y las iluminadas como Annie Besant. Diríase que los que escriben organizando la sociedad futura no saben el influjo ejercido á través de la historia por las minorías ó individualidades que no producen con arreglo á su idea de la producción, como si toda la cultura humana y como si toda la libertad humana no fuesen el producto de la improductiva labor de los contemplativos y de los soñadores á la manera de Jesús, de Beccaria y de Condorcet.

La naturaleza es una aristocracia, que la igualdad social no suprimirá nunca. Al día siguiente de nivelarlo todo, surgirá una cúspide. Esa cúspide, necesariamente, sombreará los llanos. A todo progreso

seguirá otro progreso, al que resistirá el rutinario espíritu de la mayoría. Una vez se debilite esa resistencia, ¿quién estudiará las ventajas y los inconvenientes de la reforma? ¿El grupo entero? Correríais el peligro de anarquizarle, empujando á los perdidosos no convencidos hacia la violencia, y correríais el peligro de que la reforma fuese infructífera, por lo desordenado del debate sin luces. ¿A una parte del grupo? Entonces, y sea cual fuere la forma de la elección que designe á los jueces, habréis creado una categoría, categoría de carácter intelectual que ya había surgido cuando reconocísteis la superioridad intelectual del reformador. ¿La reforma es útil? ¿La reforma es sabia? Pues el que la propuso estaba más alto que los que no la vieron. Jamás conseguiréis, por mucho que hagáis, que todas las imaginaciones activas ó creadoras sean iguales. Siempre y por siempre existirán planicies y cumbres. El miembro social de más importancia no será nunca el que mejor se adapte al concepto común de la producción. El miembro social de más importancia acabará por ser el más imaginativo, porque es la imaginación activa ó creadora la que sugiere é impone á las sociedades el invento industrial, la hipótesis científica y el tipo calológico. — Nada es pensado sin imágenes, — dice Aristóteles. — Escuchad todavía otra verdad amarga. El imaginativo, á que me refiero, muy poco valdrá en la ordinaria labor de vuestros talleres. Será, señores igualitarios, un distraído absorto, un obrero de índole improductiva, un sempiterno preocupado, un amante de las ideas que muy posiblemente desdeñará las victorias del músculo. ¡No encontraréis, por cierto, muchas espigas en el campo que labren los Ampères y los Newton de lo Porvenir!

No sois malos. Sois tontos. Queréis mejorar el or-

ganismo humano, y empezáis extrayéndole la sustancia gris. Queréis mejorar el organismo humano, y empezáis denigrando al cerebro para ensalzar al músculo, como si no supiéseis que más se baja en la serie de los vertebrados cuanto más se desarrollan y más actúan los centros reflejos del mesocéfalo. Queréis mejorar el organismo humano, y empezáis por negarle su altitud á la idea, como si no supiéseis la soberanía que les está asignada á los centros de asociación descubiertos por Flechsing en 1894. ¿Vuestro sindicalismo carecerá de cumbres? La sociedad futura, la sindicalizada, será una simple sociedad gremial. El gremio es una comunión de personas que están unidas por un mismo ejercicio, que están sujetas á una misma ordenanza y que están ligadas por un interés común, interés de carácter pecuniario y materialísimo. En esa sociedad tendrá que haber, forzosa y necesariamente, sindicaturas ó cargos de síndico. En esa sociedad existirán, forzosa y necesariamente, mandatarios que cuiden de los asuntos de cada gremio ó corporación. Esos mandatarios, señores míos, constituyen clases ó jerarrarquías, puesto que tienen atribuciones diferenciales. Esos mandatarios, señores míos, constituyen alturas, puesto que encarnan al conjunto asociado en el ejercicio de su tarea de ordenación y de vigilancia. Esos mandatarios, señores míos, serán un poder, pues es lógico que pensemos que los elegiréis teniendo en cuenta sus aptitudes, sus probidades, su foja de servicios, sus abnegaciones y sus iniciativas por el bien general. ¿Pensáis, por ventura, aplicar la pena del ostracismo á todos los Arístides de lo Porvenir?

Ni Marx ni Leone nos dicen la verdad cuando se refieren á las corporaciones sindicalistas ó grupos gremiales. Éstos, según su historia, jamás se funda-

ron sobre la igualdad, porque siempre fueron, según su historia, una escalera de jerarquías ó autoridades. Los gremios, cuyo origen se halla en los *collegia artificum vel opificum* de la antigua Roma, sobrevivieron al colosal derrumbe de la ciudad donde versificaron Horacio y Virgilio. Reencarnándose en las gildas germánicas bajo el dominio godo, merecieron ayuda y benevolencia del dominio árabe, llegando á constituirse en forma de gremios muy rigurosamente reglamentados durante la Edad Media. El principio de clase ó casta, á que obedecía lo medioeval, se extendió á los gremios, siendo muy notables las diferencias que separaban al maestro del oficial y del aprendiz. El maestro ganaba su título tras una larga práctica y un duro examen. Eran maestros los que formaban el tribunal examinador, y eran maestros los que dirimían las cuestiones del grupo. Existían severas ordenanzas sociales, en cuya virtud el aprendiz estaba sometido á la siempre interesadísima tutela del maestro, no pudiendo abandonarle sin justa causa ni cambiar de maestro á su libre albedrío. Los maestros podían pasarse ó venderse, porque los cambios eran transacciones de índole utilitaria, á sus aprendices; pero ningún maestro podía sustraer sus discípulos á otro maestro, ni un aprendiz podía, sin ser eliminado de la corporación, pedir más de tres veces, con sobra de causales, mudanzas de taller educacional. Gozaban, en cambio, de concesiones y de mercedes los hijos de maestro, porque aquel sistema, como el inicuo sistema de las castas, no desconoció los privilegios cristalizadores ó retardatarios de herencia y de cuna, tratando de mantener incólume el influjo de las familias más venturosas ó de más aptitud. Esto no nos lo dice, y hace mal en callarlo, Enrique Leone.

También las ordenanzas ó los estatutos corporativos señalan diferencias substancialísimas entre el maestro y el oficial. Es necesario, para que el oficial abandone al maestro sin que éste se oponga, que se lo avise con un mes de anticipación, lo que despunta y rompe el arma de la huelga. El oficial, tras dos años de práctica y en virtud del título que le dará el examen, llegará á maestro; pero no podrá vender ni fabricar sino en cierto radio de la calle en que vende y en que manipula el que le enseñó, lo que reduce la competencia. En el contrato, que es imperioso, se estipula el salario, que no puede sufrir aumento ni merma aunque cambien las condiciones buenas ó malas del medio industrial, lo que evita litigios y evita reclamos. El maestro saca semanalmente del salario del oficial la cuota con que éste contribuye al sostén de la corporación, que abarca á todos los que practican el mismo oficio ó arte. ¿Había autoridades? Siempre las hubo y siempre las habrá. El *prœfectum fabrum* en la antigua Roma. El síndico, mayoral ó clavario en la Edad Media. ¡Ya lo creo que las había! Las hubo, y de tal modo, que la libertad individual de los oficiales quedó estrangulada por los maestros en las primeras horas del siglo XIV. Esto no nos lo dicen, y hacen mal en callarlo, ni Enrique Leone ni Carlos Marx.

No es un misterio, para estos países, el sistema gremial. Lo encontraréis, produciendo conflictos en nuestras ciudades, cuando toca á su fin el siglo diez y ocho. Ricardo Levene, en un hermoso estudio que tengo á la vista, nos habla de las preocupaciones de casta y jerarquía que dividieron y anarquizaron á los gremios del Plata. La agrupación de los zapateros quiso oponer sus licúrgicas ordenanzas á las ordenanzas liberalísimas de Carlos IV. Tanto dieron que hablar aque-

llas rencillas perturbadoras de la quietud de la población, que fué necesario acudir al dictamen del procurador sindical del Cabildo. Cornelio Saavedra, que ejercía ese cargo, presentó un formidable alegato contra los gremios que, heridos ya por el principio de la libertad del trabajo, agonizaban desde 1799.

Sistema de castas y de esclavitud es el sistema gremial ó sindicalista. El artesano, en ese sistema, se debe por entero á su corporación, que le impone sus leyes y le transforma en útil de su interés. El orgullo individual, el que nace de la conciencia del valor propio y el que confía en la eficacia de la propia ayuda, deja su sitio al orgullo de clase, perdiéndose la noción de la personalidad y la virtud de la independencia. El hombre viril, el hombre libre, el hombre dichoso, es el que trabaja las horas que quiere, en lo que le seduce y por lo que estipula, con arreglo á la lógica ley de sus aptitudes y á la imperiosa ley de las circunstancias. A eso tenderá siempre, por más que decretemos, la inalienable soberanía de la verdadera persona humana. ¿Convoy de camellos? ¿Recua de mulas? No, os digo que no, por mucho que lo afirme el sindicalismo y por mucho que lo intente el Estado.

El socialismo estatal ó estadoal, escalera de que se sirven los grandes y los pequeños politicastros en las monarquías y en las repúblicas de lo presente, ¿acaso es más valioso que la doctrina preconizada por Enrique Leone? El socialismo que se contenta con utilizar las debilidades y las posiciones del capitalismo, para remover gradualmente y con lentitud las piedras angulares de lo contemporáneo, afirma y no destruye la división de clases, puesto que crea codicias que no siempre redundan á favor del proletariado é introducen en las filas del proletariado los elementos intelec-

tuales que rechaza con energía razonadora lo sindical. El socialismo de índole política, contradiciendo el augurio marxiano, ya no entiende que la manera única de obtener el triunfo de sus ideas consiste en la violenta supresión del orden social existente hasta ahora, sino que transige y pacta con ese orden buscando votos electorales en las clases opuestas al proletariado. Los acólitos del marxismo, pidiendo empleos y buscando bancas donde tendrán necesariamente que acomodarse á los usos y métodos de la burguesía hasta en sus modos de vivir y de perorar, plasman lo futuro en el molde rutinario de lo pretérito y no lo pretérito en el molde renovador de lo futuro. En vano Jaurés, para seducir á los pequeños propietarios rurales, les dice que el pequeño propietario rural tiene iguales intereses y aspiraciones que el obrero fabril. No los seducirá. ¿Por qué? Porque el pequeño propietario rural es trabajador y capitalista, obrero y patrón. Muchas falsas ideas, — como el olvido de que el pequeño propietario rural guarda para adquirir, se enorgullece de poseer el campo que cultiva y goza en la influencia que en los asuntos del municipio le da su predio, — podría citaros en los *Estudios Socialistas* de Juan Jaurés.

Leone nos dice perfectamente, en la página 123 de la obra citada, que una cosa es socialismo y otra estatización. No deseo insistir, aunque, para mí, la verdadera función de los poderes públicos no consiste en luchar por una absurda nivelación de clases, nivelación beneficiosa para el aumento de su influencia y que reduce el campo de la libertad. La verdadera función de los poderes públicos, si exceptuais lo que se refiere á la honradez ó pulcritud administrativa, está en el lógico mejoramiento de los sistemas educacionales, que, ilus-

trando á las masas, colocan á las masas en condiciones de luchar por la dicha. En las democracias, que tienen al sufragio por base y que tienen por metro á la justicia, los poderes públicos deben cuidar muy solícitamente de la instrucción de sus tutelados, á fin de asegurar la verdad del voto, dando la conciencia de su deber y de su derecho á los que forman el municipio y forman la nación. Si los cargos y cargas, si los emolumentos y las dignidades, deben distribuirse con arreglo á la ley de la idoneidad, todo lo que intentemos para sembrarla y enaltecerla permitirá á los hijos de los humildes hombrearse con los hijos de los poderosos. Así crearemos una lucha noble y estimuladora, una lucha viril y republicana, una lucha que beneficie al servicio y progreso de la cosa común, sin caer en el yerro de descabezar á las espigas que sobresalgan en el sembrado, como dicen que hizo uno de los primeros reyes de Roma.

Hagamos más. Independicemos á los ciudadanos de la absorción tiranizadora del poder público, desarrollando sus aptitudes más allá de la esfera limitadísima de lo oficial. No nos contentemos con esparcir el precario bien de la instrucción primaria, que para poco sirve cuando no nos conduce á la universidad en donde se adquieren ventajosos títulos, en espera y demanda de concesiones y vanidades dadas por los caprichos ó conveniencias del grupo que domina á la sociedad. Fundemos las escuelas vocacionales; las escuelas en que se aunan la escuela primaria y la profesional; las escuelas que convienen á la parte mayor de los hijos de la familia agricultora y la familia obrera; las escuelas que conducirán á los colegios técnicos de artes y oficios con arreglo á la aptitud de cada educando, á los recursos de cada hogar y á las características eco-

nómicas de cada comarca; las escuelas, en fin, que respondan al objeto y al tipo de la preconizada por Fernando Buisson.

El porvenir de los países americanos está en el desarrollo de sus industrias. Necesitan independizarse, económicamente, del yugo europeo. Más industriales y menos doctores, deben ser nuestro grito y nuestra ambición. La enseñanza de la niñez, que hoy se dirige hacia el empleo administrativo ó hacia las carreras de índole liberal, debe orientarse de manera más práctica, más útil, más proba y más en armonía con las necesidades sentidas actualmente por el país que fecunda la estrella de nuestros ríos. Todo lo que exacerbe la lucha de clases, como todo lo que estimule la empleomanía y la superabundancia de títulos universitarios, propicia la pobreza y retarda el progreso, que no será nunca el resultado deprimidor de una igualdad laconia, porque siempre será, como siempre ha sido, el lógico producto de lo diverso de las aptitudes y de lo diverso de las labores. Descubrir la aptitud educándola para la libertad y fortaleciéndola por el interés, es el más humano de todos los medios de mejorar las condiciones económicas y morales de hombre y del núcleo, siendo ese medio el único que impide que el individuo se pierda en el todo, que la persona de cada uno quede anulada y quede absorbida por la persona sin cuerpo del Estado.

¡Hacia lo porvenir; pero sin cadenas! ¡Hacia lo porvenir; pero sin leyes que igualen las alas en la fuerza del vuelo y el número de plumas! ¡Hacia lo porvenir; pero sin acostar á los espíritus superiores para desposeerlos de su excelsitud en otro bárbaro lecho de Procusto!

V

Armando Vasseur, ó si lo preferís Américo Llanos, nació en Montevideo cuando ya clareaba la penúltima de las décadas del siglo XIX.

Inicióse, como escritor, en la prensa de Buenos Aires.

Hízose conocer, como poeta psicológico y sentimental, con sus versos *A flor de alma* y con sus *Cantos del otro yo.*

Doctoróse, como poeta épico, con sus *Cantos augurales* y con sus *Cantos del Nuevo Mundo.*

Ha publicado, como cuentista y novelador, *El libro de las Horas* y *Nuestra Señora de la Tentación.*

Dió á luz, como sociólogo, un libro de doscientas cincuenta páginas que se titula *Origen y desarrollo de las instituciones occidentales.*

Acreditóse aún más como autor polígrafo, en la segunda de las acepciones de esta palabra, con sus conferencias sobre *El marxismo, La cuestión económica* y *El divorcio.*

Original, fecundo, de vasta ilustración y apasionado de lo novísimo, es un ingenio que se honra y que nos honra el luminoso ingenio de Armando Vasseur, que tiene á su cargo el consulado de mi país en la vizcaína ciudad de Bilbao.

De muy complicada psicología, de muy ardiente imaginación, de muy flexible numen, de muy característico modo de traducir sus pensares y sus sentires, de muy hondas audacias en sus asaltos para clavar su bandera de futurista sobre las torres de lo presente, es tan digna de estudio como de loa la múltiple é inquieta mentalidad de Américo Llanos.

Podréis poner en duda, no pocas veces, la verdad de su prédica. No dudaréis jamás, ni al rebatir su prédica, de la verdad de su talento privilegiado. Es un rebelde de prometeana estirpe, cuya lira se alza como un martillo sobre todas las piezas de la armadura del tiempo que fué. Sueña con una humanidad nueva, que pasará triunfante sobre nuestros códigos y nuestros amores, llevando enredadas madejas de sol en cada uno de los cinco dedos de sus manos hercúleas. Es un visionario, que presume ignorar que las novedades no son sino las cíclicas resurrecciones de las vetusteces; pero ese visionario es un maravilloso forjador de ritmos, en los que engarza magnífica y primorosamente los diamantes golcóndicos de su oriental fraseo. Éste es admirable en su poema *Atlántida*.

¿Ganó algo el épico romance de nuestro poeta interpolando más de un verso libre entre los versos asonantados ó de rima imperfecta? Poco feliz me parece la novedad. En primer lugar, contraría el hábito fisiológico y psicológico, en cuya virtud el oído y el gusto reconocen y aprecian la música del romance. En segundo lugar, al ponerse en pugna con la costumbre transformada en regla, el metro disipa y cansa nuestra atención, obligándola á preocuparse de lo irregular y mucho más débil de las asonancias, lo que la impide concentrar su interés y concentrar su fuerza en los pensamientos que traduce el canto. Y en tercer lugar notaréis sin esfuerzo, como prueba de lo que afirmo, que muchos de los versos intercalados por añadidura y contra la ley consuetudianaria, no son sino oraciones amplificadoras ó circunstanciales, que bien pudieron ser suprimidas ó eliminadas sin menoscabo alguno de la hermosura ó el vuelo de la idea. Oid y juzgad:

"Cofre de los tesores primordiales,
Joyero mineral del regio Orbe,
Vitrina subterránea,
Desbordante de piélagos preciosos
Que el tiempo inmemorial metalizara..."

Suprimid uno de los versos libres ó blancos con que se inicia la cláusula poética. ¿Qué habréis suprimido? Una simple metáfora, que poco influye en la claridad y el brío del pensamiento.

"Joyero mineral del regio Orbe,
Vitrina subterránea,
Desbordante de piélagos preciosos
Que el tiempo inmemorial metalizara...

Otro ejemplo:

"Visiones de la tierra prometida,
Miríficos oasis del desierto,
Los panoramas;
Valles elíseos, formidables ríos
De soñolientas ó nerviosas aguas;
Selvas pomposas, milenarias selvas
Que nunca hollaron temerarios pioners,
Ni oyeron nunca la canción del hacha..."

Suprimid los versos primero y penúltimo. La idea nada pierde y el romance gana, volviendo á ser romance regular, sin fatiga y sin desmedro de la atención que requiere la idea.

"Miríficos oasis del desierto,
Los panoramas;

Valles eliseos, formidables ríos
De soñolientas ó nerviosas aguas;
Selvas pomposas, milenarias selvas
Que nunca oyeron la canción del hacha..."

Véase, pues, cómo pudo el poeta, sin sacrificar nada de su pensamiento y en beneficio de su pensamiento, mantenerse leal á lo aconsejado por la costumbre y los preceptistas. Ni se dispersaría, distrayéndose, nuestra atención, ni tendría que esforzarse, oponiéndose al hábito, nuestro oído poético. Las novedades, que no son necesarias, no son estéticas. Así me lo enseñaron, y se lo agradezco, Cortejón y Revilla.

Este poeta, que presume de ácrata y futurista, pertenece á la retaguardia del demodado romanticismo. Es gallardo, enfermizo y declamatorio. Le aqueja àquella misma y dolorosa fiebre de renovación social y calológica de que padecían los númenes germánicos en el último tercio de la centuria décimaoctava. Busca, como aquellos sediciosos númenes, nuevos asuntos y nuevos ritmos. El romanticismo de este poeta, como el romanticismo de los poetas franceses que hicieron suya la protesta alemana contra el yugo clásico, no se satisface con ser un simple fenómeno estético y aspira á ser un fenómeno de índole social. Quiere concluir la revolución libertadora é igualitaria, que no supo ó no quiso concluir la romántica pléyade del año 30. Así como ésta prefirió á las divinidades jónicas y á los héroes romanos, en que placíase la neoclasicidad, las castellanas que pinta Walter Scott y los bandidos que pinta Schiller, el poeta nuestro, de sentimientos personalísimos y lecturas científicas, prefiere á las enclaustradas vírgenes medioevales, que seduce Don Juan, y al paladín de agudas espuelas de oro, que en-

loquece Angélica, las cosmópolis del tiempo que vendrá derribando los ídolos capitalistas, las futuras cosmópolis que serán más libres y serán más activas que todas las cosmópolis del continente que en el fondo del mar descubrió Platón.

Armando Vasseur, como los románticos que Goethe encarnó en su Werther, y Chateaubriand encarnó en su Renato, y Byron encarnó en su Manfredo y Musset encarnó en su Rolla, siente el hondo cansancio de que está enfermo el mundo en que vive y la intensa inquietud que perturba al espíritu de la edad presente; pero, como es artista y el arte es la vida por excelencia de la imaginación creadora ó combinadora, espolonea á su íntimo cansancio con el acicate del fuego de la esperanza, magnificando rítmica y generosamente la idea del progreso que bulle en el fondo de la ansiedad sin cura de su siglo. Siente tal vez, como sienten muchos, malogradas su juventud y su intelectualidad por lo áspero de la crisis que atraviesan los sistemas políticos y económicos que se anuncian ó que se ensayan aquí y fuera de aquí; pero, gracias á su imaginación que traspone los marcos de lo vulgar, busca un verbo que le serene y una hermosura que le cautive en las ficciones ó nubes iluminadas que flotan sobre el pórtico, obscuro todavía, del sacro amanecer de lo venidero. Su prosa de combate, cálida y valiente, delata su romanticismo de paladín, como delatan su melancólico romanticismo de sentimental, de sufridor de ensueños, de buzo de quimeras irrealizables, la emoción elegíaca con que llora ausencias ó la risa sin gozo con que se burla de sus amores.

Insisto. Me dolería desacertar. Por eso me empeño en probarme á mí mismo que no me engaño. ¡Es tan difícil escudriñar los obscuros rincones del alma ajena!

El Memorial, libro de prosas rítmicas, habla á mi inteligencia y á mi corazón. Leed el capítulo titulado *El juego de la palabra.*

En Armando Vasseur hallaréis, muchas veces, aquella ironía sentimental, aquel ingenio pródigo en travesura y delicadeza, de que hicieron ostentación Eduardo Wilde y Angel Floro Costa. Es que Armando Vasseur, como Eduardo Wilde, duda de que el alma siga vibrando si cesan los latidos de nuestro corazón, porque sabe que el alma de los humanos no es sino la energía de la materia de que se componen las formas terrenales. Humorista é irónico, menos irónico que humorista, no quiere ser el títere cuyo cordaje mueven los dedos arañadores del sentimiento, apelando á las sonrisas del excepticismo para ocultar las secretas ternuras que dan solidez á su pensamiento y brillo á su lenguaje. Se burla de la vida para defenderse contra la vida, que sabe mala para todo lo que es ingénitamente amante y bondadoso, lo que no le impide luchar hasta morir por lo que presume justicia y verdad, aunque esa justicia y esa verdad no le parezcan emanaciones del Deus Absconditus. El fenómeno es muy común en mi terruño brioso y quijotesco, explicando el fenómeno de que trato muchas de las anormalidades que encontraréis en los novelistas como Carlos Reyles, en los dramaturgos como Florencio Sánchez, en los estéticos como Samuel Blixen y en los políticos de la modalidad de Julio Herrera y Obes.

Es preciso, puesto que apenas somos un ruido sin eco que nace y pasa, hacernos fuertes contra el engaño y contra el dolor. Por eso utilizan, como un escudo, el arma de la ironía los hombres de este tiempo, los hombres de las horas de Armando Vasseur y de José María de Souza Reilly. Agradezcámosles que

hayan abandonado la fórmula egoísta del arte por el arte, aquella fórmula que le fué tan querida á Teófilo Gautier. Escuchad lo que nos dice sobre esa fórmula, al estudiar la literatura francesa de nuestra edad, el peregrino ingenio de la Pardo Bazán en la página 281 de *La transición*.

" No ha de olvidarse que al proscribir con severidad indignada la ostentación y profanación del sentimiento, al dejar fuera del arte todo fin útil y docente, los artistas puros, á la manera de Teófilo Gautier, seguramente se exponen á aislarse de la humanidad, que abandona á los iniciados en sus torres de marfil y en sus templos alabastrinos, porque la humanidad, al menos desde el advenimiento de Cristo, propende más al culto del Bien que al de la Hermosura, y se diría que la general tendencia ética tiene más prosélitos que nunca ahora, aunque se desvíe de los caminos cristianos para seguir los de las reivindicaciones colectivas ". — " Toda tentativa de restauración pagana es arrollada por la impetuosa corriente utilitaria y moral, y la idolatría de la forma queda circunscrita á una minoría desdeñosa y misántropa, que no se digna descender hasta las multitudes, incapaces de entender el arcano. "

Armando Vasseur, amante de la forma, tiende á las reivindicaciones colectivas, convencido de que la poesía es la precursora de los movimientos futuros de la humanidad, de aquellos movimientos irresistibles que deben conducirla á la realización de sus grandes destinos.—Materialista como Lucrecio, el discípulo de Epícuro; afirmando, como Lucrecio, que de la nada no sale cosa alguna ni cosa alguna puede terminar en la

nada; creyendo, como Lucrecio, que el alma, aunque sutil, es sólo material; persuadido, como Lucrecio, de que el alma y el cuerpo juntos se desarrollan y juntos envejecen; esperanzado, como Lucrecio, en que la muerte concluye con todas las angustias que nos aquejan, por no ser la muerte, la pálida muerte, sino el sueño más dulce y el sueño más tranquilo; considerando, como Lucrecio, fenómenos físicos desde la luz del sol hasta el acto de conocer, desde el perfume de los rosales hasta los devaneos de la fantasía alucinadora; deseoso, como Lucrecio, de connubiar en un abrazo sin fin la santidad sublime de la poesía y la augusta santidad de la ciencia, Armando Vasseur, romántico de los más románticos, cree en la Acracia como don Quijote creyó en Dulcinea.

La acracia, como sistema político, tiende á suprimir la forma gubernamental y las jerarquías sociales. ¿Es esto posible? Os afirmo que no. Toda asociación de hombres y de cosas necesita de leyes que la regulen. La ley es imperiosa y es imprescindible, como es imperiosa é imprescindible la interpendencia de los hombres en la sociedad y de los universos en el universo. Siempre habrá leyes físico-químicas en la naturaleza, como existirán siempre, en la sociedad, leyes de carácter económico y ético. Os será negada, sino admitís las leyes de que estoy hablando, la concepción objetiva ó sensible de la vida social. La sociedad no es, en verdad de verdades, sino un sistema solar ó planetario. La sociedad no es, en verdad de verdades, sino una combinación de cuerpos y de energías que, siendo variables, forman un todo y concurren á un fin. No hay sistema, ni puede haberlo, sin modos, pautas ó condiciones. La ley es, por lo tanto, imperiosa é imprescindible en toda organización física ó moral. Es un

sueño, únicamente un sueño, nada más que un sueño, la ilusión de la Acracia.

Lo mismo acontece con la locura contagiosa de la nivelación. Las cumbres y los llanos existirán siempre, como hay, en el sistema solar á que pertenecemos, planetas telescópicos y grandes planetas, planetas perceptibles á simple vista y planetas que no se ven sin el auxilio del aparato que la casualidad, hace cuatro centurias, descubrió en Magdeburgo. Nada conseguiríais de definitivo para la igualdad de todos los hombres aunque realizárais la igualdad económica de todos ellos, porque siempre subsistirá la aristocracia de las aptitudes ó vocaciones. Dice Ramiro de Maeztu: "Si se trata de hacer zapatos, el hombre que mejor sabe hacer zapatos es el aristócrata, porque es el mejor. Dada una cosa por hacer, los hombres se dividen en aristócratas y no aristócratas, según su competencia." Y Maeztu, que sabe lo que dice, nos cita en su apoyo esta frase de Emerson: "Cada hombre está enlazado por secreta afición con algún distrito de la Naturaleza, del que es agente é intérprete: Linneo, de las plantas; Huber, de las abejas; Frées, de los líquenes; Von Mons, de las fuerzas atómicas; Euclides, de las líneas; Newton, de las fluxiones". Así es en efecto. Hay aristocracias hasta en la misma genialidad. ¿Acaso son iguales, á pesar de su fama y de pertenecer al romanticismo, Weber y Chopin, Mendelssohn y Wagner? Todos los enfermos de enfermedad cardíaca mueren con la tortura de la disnea y el estertor, como murió Cervantes; pero no todos ellos, sino uno de ellos, escribió el *Don Quijote*. Muchos son los que se han ocupado de química vegetal; pero no todos ellos, estudiando la clorofila, han contribuído al conocimiento de los fenómenos fundamentales de la vida

orgánica con tanta fortuna y con tanta ciencia como Willstater, el afamadísimo profesor de la escuela politécnica de Zurich.

Encuentro loable que los espíritus superiores abriguen y siembren la esperanza estimuladora de algo mejor. Es loable que Tiberio Sempronio Graco condene y combata los latifundios, arrebatando con su elocuencia á las multitudes; pero es natural, desgraciadamente, que el cadáver de Tiberio Sempronio Graco, á quien apuñalean sus enemigos en los umbrales del Capitolio, caiga en las negras ondas del Tíber. Es loable que Cayo recoja con brío la herencia de Tiberio, predicando el reparto de las tierras públicas para aliviar la suerte de los pobres de Roma; pero es natural, desgraciadamente, que la muchedumbre abandone á Cayo por Livio Druso, venciendo los consulares á los demócratas y cayendo también el cadáver de Cayo en la orilla que empurpuró la sangre de Tiberio. ¡Los que empiezan vivando á Robespierre, concluyen pidiendo la cabeza de Robespierre!

Es justo que las aves saluden en sus cantos al día que se ciñe la rubia cabellera con rosas refrescadas por el rocío rutilador. Es hermoso y es noble que resuenen los credos de lo porvenir en las liras nostálgicas de bondad, para que no perdamos la sed y la esperanza de mejoramiento. Es grande y es augusto propender á que los espíritus fraternicen en la quimera luminosísima de la dicha integral, aunque se oponga á las realidades dulces y tiernas de esa comunión la dolorosa frase de Maeterlinck: "Los hombres, como las montañas, sólo se unen en su último declive; pero no en sus cimas, porque sus cimas se elevan solitarias hacia lo infinito". — Es ilusorio querer triscar las almas como se trisca el trigo, porque todos los monjes no nacen para usen-

cia ni son useñería todos los laicos. En el delirio nivelador observaréis no pocos adarmes de envidia. La única que puede aproximar las almas equitativa y razonablemente es la educación pública, la que descubre y desarrolla y guía las aptitudes, que por iguales que nos parezcan, nunca serán iguales en magnitud y en intensidad. Es la conciencia del propio mérito y del propio destino la que nos curará de la úlcera de la envidia, como hace salir las escorias interpuestas en el metal rojizo de la fragua el aparato de percusión de Schneider. A la medianía, que se figura convertirse en crestón cuando aplana una cumbre, le espera la suerte que le cupo á Encélado, cuyas soberbias castigó la ira jóbica hiriéndole en la frente con uno de sus rayos y sepultándole con desdén en las entrañas purificadoras del monte Etna. Pongamos nuestros odios, todos nuestros odios, á manera de adoratísimos ramilletes, en los altares de la equidad, que distribuye la recompensa con sujeción al mérito, como puso la virtud de lo antiguo, en los altares de oro y marfil de los dioses clásicos, para que fuera más pura y más querida, la larga y copiosa nube de los cabellos de Berenice. ¡Sólo así la justicia, que no es la igualdad descorazonada, nos dejará en la frente un beso de amor, cuando nos visite, para adormecernos por todos los siglos, la enlutada figura del ángel Yahié!

Paréceme que hay mucho de cortesanía en el afán de reivindicaciones que nos aqueja. Ninguno sospechaba, el declinar la evolución cuestista, que fuera tanto y que fuera tan hondo el socialismo oculto en las alforjas de nuestros honorables legisladores. ¿Débese su explosión á la influencia presidencial? Forzoso es creerlo, desde que el socialismo sólo aparece en la legislatura cuando aparece, como arma política, en los

pensares y en los sentires del primer mandatario. Es en el año de 1903, es cuando el partido de la llanura se aleja del partido de la montaña, es cuando el partido de la llanura pone de manifiesto lo grande de su número y de su calidad, que los poderes públicos recogen el lamento de los sin dicha y soplan sobre el fuego del rencor de clase. Es en el año de 1903, cuando se encona el pleito entre la autoridad y la libertad, entre el grupo que impone y el grupo que resiste, que la autoridad suma, la aplastadora, la presidencial, se viste con la clámide del sacerdocio de la doctrina de las reivindicaciones utilitarias, doctrina que reduce los privilegios de la libertad en beneficio del poder del Estado.

La legislatura, que gira en torno del sol de la presidencia, cambia de rumbos cuando ésta cambia, siendo socialistas bajo el señor Batlle los que nada sabían de socialismo bajo el señor Cuestas. El mal no reside ni puede residir en las leyes obreras, que nosotros también hemos propuesto y patrocinado, sino en las exageraciones de la reforma, que no entiende de éticas, que se utiliza con propósitos de dominación individualísima, y que convierte á nuestro país, cuyas industrias están en pañales y requieren estímulo, en el laboratorio donde se ensayan todas las píldoras del curanderismo comunista de Europa.

Ni Vasseur ni Frugoni entran en la colada del párrafo anterior. Los dos están apasionados sinceramente de la doctrina que promete á los hombres la igualdad en la ventura y en la perfección, aunque el sendero que nos conduce á la excelsitud del alma y de la carne no sea el mismo para Frugoni que para Vasseur. ¡Oh mis buenos poetas, soñad con el fantasma de la felicidad y haced que vuestro canto nos liberte un ins-

tante de nuestras dudas! ¡Es hermosa, hermosísima teóricamente, vuestra concepción de lo porvenir, con las praderas desbordando en verdura y con las almas deslumbrando en virtud!

¿Os acordáis del verso de Teófilo Gautier? Vosotros también, oh poetas, que sabéis de la oda y del madrigal, sois dueños de un jardín como el jardín con que soñó el apóstol del arte por el arte, como aquel jardín fresco y encantador cuyas rosas bastaban

A rendre riche en miel tout un peuple d'abeilles.

¡Salve á los poetas que no se aislan, á los que no se enclaustran en torres de marfil, á los que contribuyen á la ruda labor de forjar el progreso, á los que son humanos hasta cuando se pierden entre los torbellinos de claridades del sol del mañana! ¡Salve á los poetas que creen en la victoria última del hombre redimido, á los poetas de la esperanza deslumbradora, á los poetas como Frugoni y como Vasseur!

También han cultivado el verso Adela Castell, María Eugenia Vaz Ferreira y María Sabbiá y Oribe.

———

CAPITULO IV

El furgón de Althotas

SUMARIO:

I. — Angel Falco. — Hogar en que nace. — En la Academia Militar. — Ruiseñor y churrinche. — En la revolución de 1904. — El propagandista de la causa obrera. — Títulos de sus obras. — *Vida que canta.* — *Catulo.* — *La ilusión del ruiseñor.* — Reparo de técnica. — Agudos y graves. — *El paso de los Andes.* — Las razas muertas. — Un sembrador de patrias. — *Auroras atlánticas.* — América es el mundo de la libertad.— *El alma de la raza.* — Consideraciones. — Glosando el himno. — Exceso de numen. — Dos breves párrafos de Avellaneda. — Schariar y Scheznarda. — Sobre el vínculo del lenguaje. — Excelencias de la musa de Falco.

II. — *La leyenda del Patriarca.* — De las palabras sol, milagro y futuro. — El haschich del ensueño. — La musa de Falco es una musa épica. — Un párrafo de Revilla. — La imaginación es la característica del talento de Falco. — Su estilo poético es perifrástico. — El voto con que el poema finaliza. — Un error político. — El varón que vendrá. — *La tragedia de las alas.* — La exposición y el nudo del canto epopéico. — Los símbolos. — La montaña, el abismo y el cóndor. — El triunfo de la musa en lo Porvenir.

III. — Dardo E. Clare. — Sus dos libros de rimas. — Las leyendas de Kelju y de Kaipora. — Algunas transcripciones. — Seis versos de Voileau. — Natalio A. Vadell. — Causas del pesimismo de nuestros jóvenes. — Lo continental y lo del país.— El egoísmo patrio. — Las voces nativas. — Manuel Pérez y Curis. — Lo bello no deriva de la materia. — Está en la forma de las representaciones. Los poetas ducales. — *Crepúsculo.* — *Paréntesis á mi alma.* — El hastío y la misantropía. — Las torres sin ventana. — Los sentimientos estéticos y sociales. —

Sirvamos á la vida como Ariel á Próspero. — Julio Raúl Mendilaharzu. — Brevísima nota. — Viajes y libros. — Estética de Ruskin. — De la imaginación y de los sentimientos. — Formas imaginativas. — Tres clases de poetas. — El arte más alto. — Misión de las musas. — Cualidades poéticas de Mendilaharzu. — Observaciones — El himno de las arpas á la bandera del Uruguay.

IV. — Vaz Ferreira. — En la Cámara. — Manini Ríos. — Juan Andrés Ramírez. — Vicente Ponce de León. — El doctor Thévenin. — José Enrique Rodó. — La última novela de Eduardo Acevedo Díaz.

I

Ángel Falco nació en Montevideo.

Recordad la fecha: fué á fines de Septiembre de 1885.

Los padres del poeta son don Santiago Falco y doña Ángela Falco de Falco.

Don Vicente Falco, abuelo del poeta y del orador, armó su carpa de laborioso en las floridas márgenes del Uruguay, cuando aún relampagueaba en el horizonte la tempestad que nos condujo á la Independencia.

Don Vicente, tan virtuoso como tesonero, volvió á su dulce Italia más de una vez, naciendo allí, bajo el cielo de oro que adoró Virgilio, el padre de Ángel Falco.

También la madre de éste es oriunda de Italia, el país de Cornelia, la que educó á los Gracos.

Don Santiago Falco vínose á nuestro suelo, para radicarse definitivamente en la tierra charrúa, hacia el año de 1840, adquiriendo y habitando desde su llegada una quinta muy próxima á la ciudad de Montevideo.

Fecundo fué el hogar donde nació Ángel Falco, fe-

cundo en honradeces y fecundo en hijos, pues siete hermanos tiene nuestro poeta, siendo nuestro poeta el menor de todos. En aquel hogar, santificado por la labor paterna y el materno decoro, aprendió á ser viril y aprendió á ser útil el ardiente cantor de las glorias de Artigas.

Falco ingresó, hacia 1899, en la Academia Militar del Uruguay, singularizándose por sus aficiones á la filosofía y á la literatura; pero también singularizóse por su independencia, por su ningún apego á la disciplina, por sus enormes ansias de volar sin cordeles. El churrinche se asfixia en las pajareras. El ruiseñor no canta sino en el boscaje sin más rey que el sol. Churrinche y ruiseñor era nuestro amigo. Ruiseñor por la herencia; churrinche por la cuna. Así fué desterrado, por el feo delito de insubordinación, de las clases y listas de la Academia, cuando ya se hallaba muy próximo á obtener el grado de alférez, lo que no le ha impedido obtener el grado de general en el ejército del rubicundo Apolo.

Sus superiores le destinaron al batallón Florida, saliendo de allí, como teniente instructor de guardias nacionales, al estallar el movimiento cívico de 1904. Fiel á sus ideas, que no son las mías, se batió por su causa en aquellos encuentros á que yo asistí como espectador, por no ser de mi agrado las lides de Marte. Falco, al volver de la guerra y al arrancarse la túnica del cuartel, después de haber cumplido con lo que le imponían sus convicciones, se lanzó entusiasta en lo más airado de la lucha social, pugnando por el triunfo de la emancipación de los proletarios y por la victoria de las ideas más avanzadas. Dirigió periódicos agitadores, publicó panfletos ardorosísimos, fué perseguido y encarcelado más de una vez como tumultuoso,

manifestóse conferencista de vuelo alto y encantó con sus frases, que son ideas, á la multitud, que le amaba por enérgico y elocuente, por su desinterés y su sinceridad. Unió los versos á las arengas, los himnos órficos á las cláusulas sociológicas, esparciéndose por todos los órganos de la prensa argentina y montevideana, porque, resuelto á darse, no ochaveó ni un solo destello de los joyeles gnómicos de su espíritu. Fué la más predilecta de sus tribunas el *Diario del Plata*, cuando lo dirigía mi distinguido compatriota y amigo don Antonio Bachini.

Ya son un montón de libros en verso que ha dado á luz el numen de Falco. Su labor inédita suma treinta volúmenes, y va desde el drama hasta la novela. Escuchad el título de los publicados: *Ave, Francia*, — *Garibaldi*, — *Cantos rojos*, — *Vida que canta*, — *Breviario galante*, — *El Hombre quimera*, — *El Alma de la Raza*, — y *La Leyenda del Patriarca*.

Hablemos, para vuestro deleite y para mi júbilo, de algunos de ellos. Yo creo en Ángel Falco.

Vida que canta publicóse en 1908. El libro está formado por más de ciento sesenta sonetos, á los que siguen cuatro composiciones de poémica alcurnia. El soneto, la forma lírica que ofrece mayor número de dificultades al versificador, ha sido cultivado abundosamente por los ingenios peninsulares. El ilustre marqués de Santillana, á mediados de la centuria décimaquinta, utilizólo por vez primera bajo el cielo español, dándole carta de ciudadanía, en aquel parnaso sonorosísimo, Herrera y Argensola, Lope y Quevedo. Tuvo cultores, más ó menos felices, desde Góngora á Rueda, desde Cervantes á Manuel del Palacio.

El decadentismo varió su estructura, sin variar su esencia, sirviéndose del verso alejandrino más que

del de once sílabas, que es el metro imperioso de esta forma lírica en itálica técnica y en técnica española. Al ampliar sus bordones, por amor á lo galo, facilitó su uso, quitándole la aureola de austera clasicidad que le circundaba, siendo ya muchos los que escriben sonetos que no son sonetos ni por la medida de lo silábico ni por la gradación de lo ideológico. La idea, en el soneto, debe culminar en el verso de cierre, en la última línea, como notaréis con facilidad en el hermosísimo soneto de Manuel del Palacio, modelo de sonetos sentimentales, que se titula *Stella matutina*. Recordad, también, los sonetos magistralísimos de don Abelardo López de Ayala.

Ángel Falco sonetiza como maestro igual en el de once que en el alejandrino, aunque no sonetice con la misma altitud en todos los casos. El soneto le es útil, en *Galería regia*, para evocar las sombras de Homero y de Dante, de Bocaccio y de Heine, de Gœthe y de Lenau, de Martí y de Lelián, como le sirve, en *Las musas del tálamo*, para evocar las sombras de Friné y de Belkis, de Eunice y de Cleopatra, de la Tallien y Teresa de Jesús.

Vida que canta es el libro de un joven á quien tortura la tentación de codiciarlo y poseerlo todo: la gloria poética, el amor exaltante y el poder de regir los impulsos huracanados de la multitud. Él será la lira que no enmudece, el goce que no cansa, la deliberación purificadora. Orfeo le llamará su hermano, Safo su amante, y él hará que se cumplan las promesas que cantó á los humildes, en mitad del martirio y por las bocas de todos sus poros, la carne violada de la inmortal María Spirïdowna.

Los sonetos, que exteriorizan tan enorme ambición y tan enorme orgullo, no tardan mucho en exteriori-

zar el enorme desastre y el dolor enorme del alucinado. Está vencido, vencido por entero, el que resiste aún en los bordones de su *Carcaj de Fuego*.

Falco dedica una gran parte de sus sonetos á cantar el amor. Me parece maestro en lo que llamamos poesía erótica. No es tan delicado ni es tan gracioso como Anacreonte; pero es más lírico y es más ardiente que la misma Safo. Muchos de sus bordones los firmarían, con orgullosa delectación, la musa de Catulo y la musa de Ovidio. Tiene las elegancias, sin las sucias crudezas, del celebrado autor de los *Cármenes*, y las elegancias, pero más varoniles, del celebrado autor de *Los amores*.

¿Os acordáis de Ovidio?

Illa quidem nostro subjecit eburnea collo
Brachia, Sithonia candidiora nive,
Osculaque inseruit cupidœ luctantia linguœ,
Lascivum femure supposítque femur,
Et mihi blanditias dixit, dominunque vocavit,
Et quœ prœteria publica verba juvant.

¿Os acordáis del veronés Catulo? Su numen florece en la centuria séptima de la vida de Roma. Es del siglo de Cornelio Nepote, de Salustio, de Cicerón, de Lucrecio y de Julio César. Se somete al helénico influjo de Calimaco, y su Lesbia es Clodia, la hija del patricio Metelo Céler. No gusta de César y sigue á Pompeyo. Es más maligno y mucho más sensual que sus célticos sucesores en el arte de la lascivia, que los poetas eróticos cuyo vuelo presiden Jacobo Tahureau y Olivier de Magny, el amoroso de la belleza de Luisa Labé.

Catulo es elegante y grosero. ¿Os acordáis del carmen que lleva por título *Varrum scorto?* ¿Os acordáis

del carmen *Ad Ipsithillam?* Transcribo el último en lengua latina, porque no me atrevo, á pesar de mi audacia, á traducir al pie de la letra sus dos últimos versos.

Amabo, mea dulcis Ipsithilla,
Meœ deliciœ, mei lepores,
Juve ad te veniam meridiatum.
Quod si jusseris, illud adjuvato,
Ne quis liminis obseret tabellam,
Neu tibi lubeat foras abire,
Sed domi maneas, pares que nobis
Novem continuas fututiones.
Verum, si quid ages, statim jubeto,
Nam pransus jaceo, et satur supinus
Pertundo tunicamque, palliumque.

No sería posible, por excesos de castidad, destruir la cuantiosa labor que nos han legado los poetas eróticos, sin destruir, insultando á la diosa de la hermosura métrica, muchas de las páginas de más ingenio de Ovidio y de Catulo, así como las páginas más célebres de sus imitadores, de los que cantaron venusinamente en la edad de Parny y en el grupo de Saint-Lambert.

Falco, por lo atrevido, se parece á los pajes, y también á los monjes, de los cuentos droláticos de Balzac. Lamartine escribía, hablando de Musset: — " Bendita sea la juventud con tal que no dure toda la vida ". — ¿Qué importa que el poeta nos cuente los pecados de su mocedad, si nos los cuenta con la elegancia suma y con el arte bello que admiramos aún en los que tañían el arpa de oro del país de Virgilio y la tierra de Horacio? El poeta no insiste, afortunadamente, en sacudir la cuerda más incendiada de su rabel.

la cuerda á que se enroscan las sierpes coralinas de la lubricidad, la cuerda del amor que desgasta y pervierte el ingenio, no siendo las poesías de que me ocupo sino una prueba de lo poliforme y lo poliflexible del numen de Falco.

Es claro que esta clase de poesía sólo puede aceptarse como excepción, aún dentro de una obra tan vasta y tan proteica como la de Falco.

También tienen belleza por el simil poético en que se basan, — aún cuando no me guste el empedramiento de agudos dado á una forma grave, — los versos de silba *La ilusión del ruiseñor*. En ellos, sin duda, el artificio supera al sentimiento, cosa muy frecuente en nuestros poetas más levantados de la edad novísima, que no quieren creerme si les afirmo que la emoción sale beneficiada cuando corre vertiginosa por los rieles de las reglas didácticas que consagró el uso. La emoción, cuando la obligáis á luchar con la regla, que más que la cátedra retorizante dictó el instinto músico á los poetas que la impusieron, se turba ante lo ilógico de una rebeldía que no la satisface y que no la permite desenvolverse con espontaneidad. Obligada á un papel doble y contradictorio, á crear sentimientos y á destruir cánones, no se da por entero á crear ni se da por entero á destruir, resultando casi siempre empequeñecida en la más alta de sus funciones, en la egregia función de transparentarnos los impulsos anímicos. La obrera disminuye á la creadora, lo que se explica por el combate psicológico que sostiene, en las subterráneas obscuridades de nuestro yo, el poder del hábito con el poder de la novedad. A esa ley no se escapa ni el numen de Falco.

Andrés Barré, en las interesantes y enseñadoras páginas del libro consagrado á *Le Symbolisme*, reco-

noce, como yo reconozco, que hay más de una reforma digna de aplauso entre las reformas introducidas por los discípulos de Mallarmé y de Kahn. Esas reformas, aplicadas á nuestra lengua, han dado á la castellana versificación el libre movimiento de la cesura en todas las variedades del alejandrino, enriqueciendo nuestro tesoro métrico con flexibles y musicales arabescos estróficos. Esto es indiscutible; pero no es menos indiscutible que las características de cada idioma se imponen al verso de cada lengua, siendo un error gravísimo querer versificar en idiomas que tienen graves y esdrújulos en abundancia, como se versifica en los idiomas que tienen por ornato, por base, por norma orquestal, por razón de ser del combinado métrico, la superabundancia de sus agudos. Es justo y es glorioso pugnar por devolver la soltura de que carecen á los anquilosados versos castizos; pero no es justo ni puede ser glorioso reformar nuestra rima con combinaciones que no convienen á la índole prosódica y ortográfica del idioma nuestro. Lo agudo, entre nosotros, es la excepción, y como excepción debe ser reglado en las sonoridades de lo rimial nativo, como se emplea frecuentemente por necesidad, por ser lo común, lo que más abunda, en las sonoridades de lo rimial francés. La novedad, que rechace el idioma, prosperará siempre, si es que prospera, en menoscabo de la hermosura y de la armonía del idioma mismo. Por eso me duele que no se estudie, antes de aclimatarla, la novedad. Nosotros no podemos, aunque lo queramos, rimar como rimaban, en virtud del idioma de que se servían, Verlaine y Mallarmé. Esto es tan absurdo como es absurdo decretar que sean fiestas nacionales el 14 de Julio y el 20 de Septiembre. Nada diré del día consagrado á la Raza. ¿Qué festejamos el 12 de Oc-

tubre? ¿Las grandezas de España? ¿Las aberraciones de la Conquista? ¿El ambiente dinástico y monjil de lo Colonial? ¿Para qué rompimos, si festejamos eso, las ligaduras con que nos amarró la diestra de Castilla? El día de la Raza parece una protesta contra todos los gritos de libertad que estremecieron el continente, desde el histórico grito de Dolores hasta el histórico grito de Asencio, desde el grito de gloria de Maipú hasta el grito de gloria de Ayacucho. Ya llegará el día en que nuestro pueblo ordene y mande á sus poetas y á sus legisladores que no tengan ojos sino para sus triunfos y sus intereses. ¡Sólo ese día nacerá, verdaderamente libre de todo influjo é independizada de toda tutela, la joven República del Uruguay!

Mucho más poeta, aún cuando se sujete á las formas antiguas, paréceme Ángel Falco cuando nos canta *El paso de los Andes.*

El canto es digno de la grandeza que resucita, grandeza sin segundo en los anales épicos de la humanidad. Es indudable que debió ser como dice el poeta. La musa vió con exactitud el cuadro magnífico. Las cumbres, las llanuras, los ríos caudalosos, las pequeñas corrientes, fueron tambores tocando himnos de libertad y dianas de victoria. Es que los granaderos no estaban solos. Es que, circundando á los granaderos, se batían las sombras de los aztecas y de los mayas, las sombras de los chibchas y tahuantinsuyus, siendo posible que la herida causada por el fusil y el sable la hiciesen más profunda la pica y el dardo, la clava y la honda de los espectros enfurecidos, como es muy posible que los fantasmas vindicadores amparasen el corazón de los granaderos con sus cotas de pluma y escudos de bambú. El pasado se alzaba, saltando si-

glos, para clavar sus dientes en las arterias de la conquista, ansioso de concluir el edificio de la cultura de que dan prueba sus enormes ruinas esculturales y arquitectónicas. El adelanto de su cerámica, que rayó en asombroso; el mucho esmero de su cultivo, que transformó en jardines las cercanías de sus ciudades; el arte infinito con que labraron la dureza del pórfido y el verde brillador de las esmeraldas; lo insuperable de sus labores como orífices y plateros, labores finísimas que dieron al metal lo tenue y lo sutil de las alas de tul de las mariposas; su modo mágico de tejer y teñir el vellón del guanaco, la alpaca y la vicuña, poniendo á sus telas, regiamente labradas, arabescos de flores y orlas de plumas; su cosmogonía, su sacerdocio á cargo de la enseñanza, su comunismo benefactor, sus ferias semanales, sus graneros henchidos de productos múltiples, todo nos dice con elocuencia que aquellas razas no merecieron la suerte infelicísima que les cupo. ¿Cómo dudar, entonces, de que su espíritu se batió por la causa de la independencia, que era su desquite y que fué su calvario, desde Maipú á Ayacucho?

El poeta vió bien. El capitán superaba á Aníbal y á Napoleón. No trató de oprimir, sino de libertar, que á libertad tañeron todos los clarines de los patriotas en Chacabuco. La aurora, al besar las crines y el anca de su caballo, besaba con gozo las gotas de sangre que humedecían el pelo del corcel, porque vió en cada una de aquellas gotas el germen de una patria con gorro frigio, que sembrador de pueblos republicanos fué San Martín. ¿Que las tempestades le sirven de pregón y el rayo de antorcha, como dice la musa? La tempestad y el rayo silban y rugen, como en los Andes, en el Horeb y en el Sinaí. La tempestad y el rayo se necesitan para purificar el cielo de la Historia.

Parécenme igualmente dignos del estro magno de mi compatriota, muchos de los bordones de sus imaginativas *Auroras Atlánticas.*

"¡Oh mi tierra de sol! ¡Thulé del sueño!
Tú eres la arcadia de las maravillas,
El nuevo Edén sin dueño.
Por algo los antiguos novelares
De las gentes sencillas,
Presintiendo quizás tu augusto rango
Y tus destinos y tus genios lares,
Pusieron tras las nieblas de tus mares
La visión del Dorado y de Tupango."

La verba, el fuego, la fantasía, el alto esperar, el augurio devotamente convencidísimo de la certeza de lo que augura, todo acredita de poeta al poeta que adora en el inapagable sol de Atahualpa. Si en las montañas del mundo nuevo ríe la luz del oro, si ríe la luz de las panojas rubias en los valles embalsamados del mundo indio, y si ríe la luz del sedeño plumaje del picaflor en las marañas vírgenes del mundo de Caonabo y de Guacanagarí, es porque en este mundo tiene un templo inviolable la libertad, la diosa sin flaquezas, la amada y la amante del sol de Motezuma y de Anacaona, la amante y la amada del ardientísimo sol de Cipango. Ni Honduras se abre al brío de Cristóbal de Olid, ni la costa de Coro se deja admirar por Alonso de Ojeda, ni el Pacífico aquieta sus tempestades bajo la quilla de Núñez de Balboa, ni el valle de Mapocho se ofrece hospitalario á Pedro de Valdivia, ni el Río de la Plata refrena á sus pamperos para que no naufrague Juan Díaz de Solís, con el objeto de que se eternicen los conquistadores en el mundo encontrado por la fe de Colón. Es que la libertad, la de las

repúblicas, la de las democracias abiertas á los soplos sin fin del progreso, necesita un espacio distinto del espacio donde anidaban las baronías en sus castillos como el halcón en lo más róqueo é inaccesible de la montaña; espacio que le ofrecen las costas de los ríos que perfuman los capullos del camalote, y las praderas ilimitadas donde madura rápidamente la columpiante espiga del trigal; espacio rico en humus, opulento en aire, pródigo en sol, y que se hallará pronto para recibir á la diosa augusta, á la dea ateniense, después del sacrificio de Hidalgo y de Morelos, después que se cansen el brazo hercúleo de San Martín y la nerviosa diestra de Bolívar, después que floten las instrucciones del año XIII sobre los osarios de Catalán y de Tacuarembó; espacio donde el alma y la carne, los seres y las cosas se educan para el culto de la libertad desde 1783, primera tentativa de Miranda ante Wáshington, hasta 1825, en que la independencia continental es tolerada á regañadientes por Metternich; espacio, en fin, donde el tuco y la estrella, lo campero y lo prócer, al recordar lo mucho que nos costó ser libres, murmuran con coraje el heroico y sublime bordón de Derouléde:

¡Qué importe les morts; la liberté vit!

Existe, sin embargo, un vínculo que unirá eternamente, al decir del poeta, el suelo español con las repúblicas colombianas. Ese vínculo es el lenguaje, pequeña corriente de origen bético que se transforma en caudaloso mar cuando en ella desangran algunos brazos del río del latín, del río del godo y del río del árabe. Ese vínculo es el lenguaje, turdetano al nacer en su manantial; pero que se enriquece y trueca en tesoro de exquisita música cuando choca y se mezcla,

en beneficio de su abundancia y de su armonía, con el modo de hablar de las diversas gentes que concurren al triunfo de Escipión, de Alarico y de Ab - El - Aziz. Ese vínculo es el lenguaje con que parlaron virreyes, auditores, escribanos, tesoreros y ministriles en la época colonial, como ese vínculo es también el lenguaje de que se sirvieron todas las conjuras malamente intentadas contra la metrópoli, desde la conjura que Gonzalo Pizarro preside en el Perú hasta la conjura que en Méjico preside Leonardo de Guzmán. Ese vínculo es el lenguaje, que flota victorioso sobre el incendio cuyas primeras llamas empurpuró Morillo en Julio de 1809; aquel lenguaje con que estimulaban á sus llaneros Arismendi y Páez; aquel lenguaje con que enardecen á sus gauchos Guemes y Lavalleja; aquel lenguaje con que Belgrano consoló á los vencidos en Vilcapujio, que es el mismo lenguaje con que los triunfadores vivaban á Belgrano después de Tucumán y vivaban á Sucre después de Junín. Ese vínculo es el lenguaje, que en nada desmerece del idioma francés que á tantos enamora, pues el lenguaje nuestro, siendo más rico en tonalidades por la característica de sus voces de acentuación varia, ofrece tantos y tan nobles modelos de estilo y de métrica que confuso saldrá quien pese los quilates de las piedras preciosas con que le vistieron los dramaturgos como Calderón, los poetas como Rioja y los prosistas como Cervantes.

Es de una hermosura superior al elogio que puedo bordarle el poema que canta al idioma español la musa inspiradísima de Ángel Falco. Ese poema se denomina *El Alma de la Raza*.

¿Me diréis que el poema, publicado en 1910, tiene ampulosidades innecesarias é incorrecciones fáciles

de salvar? Bueno. Conformes. La crítica le reprocha á Píndaro lo mismo que vosotros le reprocháis á Falco. Eso no impide que sean poetas, muy poetas, admirables poetas, poetas de verdad, el uruguayo Falco y el griego Píndaro. Falco me cautiva por el desborde de su imaginación, por el soplo lírico que le arrebata vertiginosamente, por el lenguaje de que usa y abusa cuando improvisa, pues estoy seguro de que no me engaño si afirmo que improvisa siempre que escribe mi excelente amigo. Poco me costaría encontrar una cita censuradora que reforzase lo que sostiene el horaciano retoricismo sobre la corrección. La podadora es útil á los árboles y á las estrofas. Es conveniente enfrenar al numen, reprimiendo sus bríos, como se enfrena, para que no se cieguen, á los corceles de ojos de fuego y de sangre andaluza. Don Nicolás de Avellaneda dijo de los excesos de cierto cantor, que no era Ángel Falco: — "La imagen del poeta no se halla representada por la náyade de la fuente que deja escapar en ola continua toda el agua encerrada en sus cavidades. La poesía es concentración, es reflexión, es poder dado á la palabra por su sentido infinito. La imagen de la poesía es más bien aquella gota de ambrosía que la Psiquis divina guardaba en su seno, y que cayendo un día de sus labios entreabiertos, embriagó á los hombres y perfumó la tierra."

Bueno. Ya está la cita de que os hablé. ¿Qué ganamos con ella? Dejemos sus privilegios á la juventud. Ya la vida, la leona de la vida, se encargará de reducir el arco de las alas de mi compatriota. ¿No nos dijo también, en otro de sus discursos, el elocuentísimo Avellaneda? — "La juventud, en los pueblos del Plata, es como aquella flota de Atenas, que parte del puerto entre alegres canciones, orlada de flores para

ir á la conquista de regiones desconocidas; pero que, apenas avanzando plácida y risueña en su camino, fué de improviso sorprendida por la tempestad y dispersada por las olas ". — Ya pulirá más y volará menos, cuando la sorprendan los huracanes y la azoten las aguas, la musa queridísima de Ángel Falco.

A mí no me desplace el exceso de numen que disgusta á otros. Cuantos más plumones ostentan las rémiges, más le cuesta á la vida despoblar las alas. Así en el exceso no debe verse, como algunos afirman, un don fatídico, sino una promesa de que la vida no robará del todo su vigor al ingenio desencantado, tendiéndole miserable y sumiso á los pies de la burda realidad, como Hércules lloró, perdida su fuerza, á los pies de Onfalia. A mí se me antoja que el monstruo de la vida se parece á Schariar, aquel sultán de Persia casado con Scheznarda. El sultán, antes de unir su suerte á la de la ingeniosa que le domó, todas las noches se desposaba con una virgen destinada á morir cuando los gallos cantan el himno del sol y los buhos se esconden en las obscuridades de las taperas. Scheznarda, cuando la aurora se disponía á esparcir por los aires su ramo de lirios, le contaba al sultán sus cuentos sin fin, sus cuentos de visires y de mercaderes, y el sultán concluyó por apasionarse de la hermosura de la mujer y de la hermosura de sus novelas, apaciguándose su delirio de Minotauro. Si Scheznarda, la bella y la astuta, no hubiese tenido más de un cuento en su troje, ¿hubiera, decidme, aplacado á Schariar? Es seguro que no; pero como sabía y narraba perfectamente muchas historias, la del viejo y la cierva, la del envidioso y el envidiado, la del jorobadito y la del barbero, la de las tres manzanas y la del dormido que no dormía, la de la lámpara maravillosa y la no

menos maravillosa del raudal de oro, Scheznarda continuó reinando en el espíritu del sultán de Persia. ¡Felices los que pueden, todas las noches, apacentar al monstruo de la vida con alguna ilusión, con algún ensueño, con algún poema, con alguna salve de progenie órfica, salvándose de que la vida los deje muertos para la esperanza, del mismo modo que la hermosura del libro árabe se salvó, por sus cuentos encantadores y embriagadísimos, de la sed vengadora del burlado Schariar!

Falco, que goza del rarísimo don de hablar con las períes, tal vez abusa del rarísimo don que le concedieron; pero juro y perjuro que es perdonable ese abuso de la merced altísima que le otorgaron, cuando le dice amores al lenguaje que canta sobre las bocas con crujidos de seda y miel de claveles; al lenguaje que suena á besos en nuestra cuna, que suena á sollozos en nuestro dolor, y que sueña á codicias en nuestro querer; al lenguaje que enriquecieron, en sus travesías por las azules olas mediterráneas, el pentecotero cartaginés y el dracar de los árabes, la birreme romana y el dromo vandálico, la urca del mallorquín y la galera del catalán; al lenguaje que dió nombres á las formas y á los matices de lo que pintaron Cano y Ribera, Velázquez y Murillo, Zurbalán y Goya; al lenguaje de que se sirven las damas y galanes de Lope y de Moreto, de Tirso y de Alarcón; al lenguaje con que bravean, dando mandobles, Hernando del Pulgar y Gonzalo de Córdoba, Roger de Lauria y Alonso de Tarifa; al lenguaje cuyo tesoro acrecen en brillo y acrecen en música los vocablos que se ungen en el bautizo de la flora y la fauna de nuestra América.

Conste que yo respeto y admiro á España. Anduve, siendo niño, por carrascales aragoneses, y anduve,

siendo mozo, por las montañas de Cataluña. Mis padres fueron de la península, y aprendí de sus labios muchas escenas de los caballerescos dramas de Hartzembusch. Mi madre recitaba deliciosamente todos los versos de la mora vindicativa, y mi padre decíame con arte sumo todos los versos del desdichado amador de Teruel. No fío, empero, gran cosa en la verdad del vínculo sonoro, pareciéndome que el vínculo se quebró después de las Piedras, Chacabuco y Pichincha. Deléitame el lenguaje que nos legó España, deléitame muchísimo, porque fué el primero que vibró en mi boca, porque en él me enseñaron á amar y á aborrecer, porque con él traduzco mis esperanzas y mis recuerdos, porque es el que me sirve para decir amores á las estrellas y á las calandrias del Uruguay; pero Cervantes me agrada más por lo genial que por lo español, como Shakespeare me agrada más por lo genial que por lo británico y como Gœthe me agrada, cuando me agrada, más por lo genial que por lo teutónico. Que el vínculo, si es vínculo, permanezca, resplandeciendo en la parla que hablaron los reyes de León, y que hicieron más lúcida, en los recios reñires de la espada recta con el alfanje corvo, los califas de Córdoba. Que el vínculo, si es vínculo, permanezca y se perpetúe en el idioma rudo de los Ramiros, que endulzó lo pomposo de los Abderramanes; pero que el vínculo ni sueñe ni crea en la resurrección de lo colonial, que es á lo que caminan, dando serpeos, los hispano-americanistas de la índole de Labra. Que España aspire á tener senadores y consejeros que representen á los peninsulares de nuestra América, es trabajar para que el vínculo se materialice en forma de galeón que conduce á Sevilla el oro del Perú. Es trabajar también para que nos sentemos, como colonias más ó menos libres, como factorías de

régimen propio, en los escaños de las disueltas cortes de Cádiz. El lenguaje vincula sólo á lo encadenado por otras palpitaciones que el lenguaje permite transparentar, pues yo no siento, por más que me ausculto, ningún latido que me vincule á los de Caracas, aunque presuma que el español es el lenguaje de que se sirven, si no mienten las crónicas, los moradores de Venezuela.

¿Acaso se opone lo que antecede á que sea hermosísima la canción que Falco le cantó á España? Necio sería el que lo pensara, como necio sería el que lo dijera. Esa musa tiene lo creador, como esa lira tiene lo torrencial, pues no se satisface con engendrar mundos, sino que los abona con la irisadísima catarata de su léxico trópico. El estilo de ese poeta es una metáfora continuada, un encadenamiento vertiginoso de imágenes que brillan con luces de rubí, una lluvia de gritos del corazón sobre una planicie con verde alfombra de pensamientos nobles. Cuando la madurez ordene á los astros que saltan del órgano multisonorísimo, nos extrañaremos de la indiferencia con que hemos asistido á las primeras rondas de ese mar de soles, cuyo brillo embelesa y cuyo vuelo exalta. Cuando llegue á la plenitud de su esfuerzo genial, no será una montaña, sino una cordillera nuestro Ángel Falco.

Me dolería desacertar en mi vaticinio. ¡Qué no se apresure ni desaliente mi compañero! ¡Que pula sus alas, hundiéndolas en el fondo de lo más azul, como abre sus enormes alas el albatros, manteniéndose firme entre el mar infinito y la techumbre inmensa, entre la eternidad del himno de las olas y la inmortalidad del himno de los cielos! ¡Cincele su nombre con el buril de sus poesías, para clavar su nombre, como un planeta sin atardecer, sobre todas las lomas atreboladas de mi Uruguay!

II

Hablemos de la *Leyenda del Patriarca.*

El poema es bellísimo desde que se inicia; desde el primero de sus bordones; desde su invocación pidiendo á los niños, á los ancianos, á las mujeres y á la viril mozada que enciendan el hogar del nido que proteje la tricolor, para que escuchen religiosamente, con las manos unidas y á la luz de las llamas tuteladoras, el cantar de gesta con que adormece el águila á sus hijos sobre todas las cumbres alzadas, á manera de picas macedónicas y estratégicas torres, en torno de los trigos y de los tréboles del Uruguay.

Quiero haceros notar una característica del pindáricamente desordenado y del trópicamente maravilloso numen de mi amigo. En los cantos de éste siempre tropezaréis con las palabras sol, prodigio y futuro. ¿Á qué se debe el uso repetido, el empleo cariñoso y constante, de esos vocablos hechizadores? El indio americano y el indio védico, cuando la luz despunta sobre las copas de los bosques vírgenes y cuando el sol se acuesta bajo los lienzos de las espumas de los ríos continentales, cantan de hinojos, cantan piadosamente, cantan con reverencia el himno de Hawai.

En la parte central del mundo colombiano ya existe el jeroglífico de los cuatro soles mucho antes de que empiece la época colombiana. ¿Que el jeroglífico les sirve á los etnólogos para explicar la odisea de unos pescadores asiáticos, de origen mongólico ú origen nipón, arrastrados por las corrientes del Kuro Siva hasta las costas de nuestra América? Los etnólogos, como véis, robustecen mi aserto de que el sol fué la primera y la más augusta de las divinidades americanas, divinidad á la que no expulsaron ni redujeron los

exorcismos y las excomuniones del padre Valverde. Es el sol, el sol rubio, el sol de los churrinches y de las panojas, el que hace difícil á Benalcázar la conquista de Quito; el que enciende el volcán de las rebeliones del inca Manco; el que se encarna en el mito benéfico de Quetzalcohuatl; el que durante un siglo detiene y asombra, con la indomeñable fiereza arauca, á los cansados continuadores de Pedro de Valdivia. Por eso encontraréis el culto del sol irradiando en el fondo de todas las páginas que cincela la musa americanísima de nuestro Ángel Falco.

Si éste adora en el sol, que pinta las escamas de las serpientes y pinta los capullos de los ceibales, éste considera como algo extraterreno el terreno fenómeno de la inspiración, creyendo que las musas son magas y sibilas ante cuyo poder se derrumban los muros de todos los misterios, como se derrumbaron, al resonar las dianas de las trompas angélicas, los muros formidables de Jericó. Como no todos tienen la alta virtud de traducir con magnificencia la hermosura de lo que ven y la hermosura de lo que sienten, diríase que mi amigo presume que su musa es como aquel benéfico demonio ó monitor divino que poseía é iluminaba á Sócrates. Considerando el numen como lo entendían los discípulos del filósofo que labró las mieles de sus diálogos con el jugo de los rosales de la Academia, nuestro ardentísimo rimador vive en constante estado de ensueño y en continua espera alucinatoria, aguardando las voces que deben revelarle los enigmas del mundo de lo grandioso y los enigmas del mundo de lo liliputiense, cumpliéndose así y en todas sus partes lo que Mefistófeles le prometió á Fausto.

El prodigio, que enflorará bajo las igneas luces del sol incásico, pertenece á las horas de lo porvenir. Es

en el futuro que blanquearán, con aurorales irradiaciones, las almas terrenas. Es en el futuro que se amarán las almas con amor purísimo, sintiéndose iguales en la plenitud de la lucidez y en la plenitud de la felicidad. Es en el futuro que se harán certeza los prodigios profetizados por la musa de mi cantor, del cantor que se alza sobre su tiempo para asilarse en las justicias incorruptibles de lo que viene, como se refugió en las justicias sin mezquindades de lo porvenir el numen de Esquilo.

Mi poeta, que halla turbia la vida, se abandona al ensueño, estado en que el espíritu se deja columpiar por la corriente de las asociaciones sin gobernarlas. El ensueño es el haschich con que exalta su fantasía, llevándola hasta el pórtico de la alucinación, siendo tanta la fuerza de las imágenes que brillan y se mueven en el ensueño suyo, que el poeta necesita exteriorizarlas por la rima y el ritmo, que son á modo de guzla y de pincel entre las manos hábiles de la inspiración. Esas imágenes, de más intensidad que las sensaciones, le parecen prodigios que anuncian prodigios, nobles prodigios de bondad infinita é infinita hermosura que encarnarán en lo porvenir bajo los rayos fecundadores del sol de América.

El poema tiene cerca de tres mil versos encarcelados en ochenta páginas. Más de su mitad, cincuenta y cinco páginas que suman aproximadamente mil ochocientos bordones de silba, están destinados á perpetuar la épica lucha del artiguismo contra lo hispano. ¡El lazo campero se anudó á la garganta del león de Castilla! ¡Los tercios invencibles se vieron derrotados en las llanuras que resonaban, como un parche estruendoso batido por la muerte, bajo el rudo galope de la caballería salvaje de Otorgués!

En la primera parte del poema, como en todos los poemas del mismo autor, vuelven á aparecer incesantemente las palabras características del sol, milagro, augurio y porvenir. En la primera parte del canto hermosísimo, como en los cantos de más alcurnia del mismo autor, echaréis de ver las virtudes sobresalientes de su fogoso numen con la afluencia, el vértigo y la pomposidad. Su musa, al chapuzarse en las olas del río de la improvisación, recuérdame á aquellos que se lanzaban, llevando en la diestra una rama de laurel y al galope caliginoso de su cuadriga, en los juegos olímpicos de Grecia.

¿Es Falco un poeta de índole subjetiva? ¿Es mi amigo un poeta de linaje épico? A mí se me antoja que es lo segundo principalmente.

Cuando Revilla cerró los ojos para no reabrirlos, se coleccionaron sus últimas labores sobre estética y crítica literaria. Aquel volumen, denominado *Obras*, apareció en 1883. Leed lo que nos dice en su página 79:

" Es Zorrilla á la manera de aquellas arpas eolias que, sin que mano alguna las pulsase, vibraban por sí solas á impulsos de exteriores vibraciones á que ellas espontáneamente respondían. El organismo de Zorrilla vibra al unísono con todo aquello que le trasmite vibraciones, es eco de todos los ruidos que hasta él llegan, reflejo de todas las impresiones que recibe y que dócilmente devuelve aumentadas por nuevas perfecciones. — De ahí que Zorrilla no sea ni pueda ser poeta subjetivo. Su personalidad, con ser poderosa, está completamente fundida con la realidad exterior, y sus cánticos antes son acciones reflejas que actos espontáneos. Pero á manera que el prisma devuelve convertido en brillante espectro el rayo de blanca luz que recibió, y el cristalino lago convierte en suaví-

simo é ideal diseño las imágenes que en él pintan los objetos que le rodean, el alma de Zorrilla transfigura y sublima todo lo que recibe y lo devuelve al mundo exterior idealizado por los resplandores de la belleza y del genio."

Recordad los sonetos de *Vida que canta*. Mi ilustre amigo llora los egoísmos irreductibles que le rodean más que el naufragio de los sueños de oro de su juventud. ¿Qué son, en suma, esos mismos sueños idolatrados? Sueños reflejadores de una tendencia de carácter social, imágenes pintadas en los cristales del lago de su espíritu por lo psicológico del ambiente que le circunda y que le electriza. ¿Nos habla del amor que le incendia la sangre? Pues es la amada, más que el amado, el sujeto y el objeto de sus estrofas. Es ella, siempre ella, la que aparece en aquellos bordones suaves ó lúbricos, ella con sus ternuras y sus abandonos, ella con sus nostalgias y sus seriedades, ella con sus rizos y con sus labios, ella con su perfume y ella en su alcoba, ella con los muslos en desnudez y el sexo en delirio, ella sobre los tréboles y ella bajo la luz de los astros errantes por la noche sin fondo. ¿No tuve, pues, razón al transcribir los párrafos hermosos y sapientes de Revilla?

Éste dice también en la página 81 del mismo volumen:

"Pudiera definirse á Zorrilla, imitando una frase muy conocida, y diciendo que es una imaginación servida por órganos. En Zorrilla, en efecto, todo es imaginación. Hay en la humanidad organizaciones que todo lo convierten en pensamiento, otras que todo lo truecan en sentimiento, y otras que todo lo transforman en imagen. Hallar el elemento pictórico de todas las cosas y traducirlo en el lenguaje rítmico por ma-

ravillosa manera, es el talento característico de Zorrilla."

Este es, también, el talento característico de Ángel Falco. Por eso, diferenciándose notablemente en la orientación y la métrica y el fraseo, el poeta hispano y nuestro poeta rivalizan en espontaneidad y pompa y abundancia. Mi inspirado amigo jamás planea. Es como el artista que toma un cuartón de nogal ó de cedro, tallando y esculpiendo su modelo imaginativo á rápidos golpes, sin dibujar antes la figura soñada sobre la superficie de la madera que la contiene. Su estilo es como una alegoría que no concluye, como una metáfora continuada sin interrupción, como un gran encadenamiento de poéticas circunvoluciones. La imagen que le hostiga, la que le obsesiona, pasa brillando en una perífrasis, para reaparecer, á muy poco andar, brillando en otra perífrasis de más potente vuelo y de color más lúcido. Su orquestación se asemeja á un tropel, por el movimiento siempre confuso, ruidoso y acelerado de sus cláusulas ódicas, que son como montículos de rubíes y de diamantes á medio tallar. El lenguaje que habla su opulenta musa le aturde con el brío de su abundancia, encariñándole de tal modo con la pompa triunfante de su sonoridad que no entiende de reglas ni de medidas en la embriaguez del cascadeo jubilador de lo perifrástico. Y la forma, la ebriedad de la forma, le inspira á cada instante bellísimos tropos, figuras que se graban con rasgos de luz en las profundidades del corazón.

Es claro que Falco no es un imaginativo como Zorrilla. Zorrilla vive de lo que fué, y Falco mira hacia lo que viene. Zorrilla nos asombra con sus evocaciones, que son pinturas, mientras que Falco nos obliga á sentir y nos hace pensar. Para Zorrilla el mundo se

reduce á un órgano sonoro, cuyos ecos recoge y ordena en su lira, en tanto que Falco, muy de su tiempo, cree que el arte, por más que sea imaginativo, tiene una augusta misión social. La espada de Falco se templó estremeciéndose al chocar con la espada de Víctor Hugo.

No me extrañan, no pueden extrañarme, los ruidosos aplausos con que fué recibida *La leyenda del Patriarca,* cuando Falco leyó algunos de sus fragmentos en la tribuna del Ateneo del Uruguay. Tampoco me extrañan, pues yo los suscribiera con alegría, aquellos elogios justicierísimos que dedicó á Falco la primorosa pluma de Amadeo Almada en su libro pulquérrimo de *Vidas y obras.* El canto de mi amigo perdurará bajo su doble aspecto de labor poética y de labor patriótica por la robusta magnificencia de los bordones, siempre inspirados, y por lo augusto de los sentires, generosos siempre, con que tejió la pindárica salve que le reza á Artigas. Es grande, es verdaderamente grande nuestro poeta, á despecho de los inconvenientes de su mucha abundancia, cuando evoca el zarpazo de jaguar de los nuestros en Santa María y el desplome de águila de los nuestros en India Muerta! Es grande, es verdaderamente grande nuestro poeta, á despecho de los inconvenientes de la mucha ampulosidad de su lírico idioma, cuando nos habla de los seis lustros que pasó en tierra extraña el blandengue sublime, el montonero cuyo poncho flotó sobre nuestros llanos y nuestras costas como la más amada y como la más pura de las banderas! Es grande también, es verdaderamente grande nuestro poeta, á despecho de todo lo que digan los que carecen de la virtud ciclópea de crear boscajes de ritmos y figuras magestuosos y vírgenes como mundos en epiléctica formación, cuando

pide á la sombra del inmortal caudillo que lo blanco y lo rojo se besen con el beso purificante de la fraternidad, para que la patria, el terruño, el edén adorado, se transfigure, trueque y convierta, por el trabajo y el pensamiento, en la más jubilosa y en la más floreciente de las Atlántidas!

Todos los poetas de mi país han soñado con ese sueño ennoblecedor. ¡Las cuchillas sin cruces, las madres en gozo, los campos en idílica floración, las almas unidas en generosa fraternidad, las leyes amparando á todos los vencidos del derecho y de la existencia! ¡El ensueño no cuaja sino en las liras! ¡El himno de la paz tan sólo suena en los bordones alucinados! ¡La aurora está muy lejos, muy lejos todavía, siempre muy lejos de las costas amadas por el camalote y por el cardenal!

La muchedumbre es buena, la muchedumbre es santa. La muchedumbre no quiere odiar. Son los pastores de la muchedumbre, son los gobiernos engolillados, son nuestras dictaduras facciosas é insinceras, las que mantienen viva la llama del rencor. El que suba besando con lealtad los nacionales colores de su banda; el que no aspire á ser regidor de círculos, y sí padre de pueblos; el que les diga á los traficantes de lo rojo y lo azul: — yo no sé de barnices, — verá que no le miento cuando le afirmo que nuestras multitudes están cansadas de aborrecer. Yo he cruzado el país en horas de sufragio y en horas de sosiego; yo ausculté el corazón de las ciudades y de las llanuras, en jornadas de tumulto republicano y en jornadas de geórgico labrantío; yo me detuve para hablar con los jóvenes en la plaza pública y también me detuve para argüir con los viejos á la vera del rancho; yo sé más de las almas de mi pobre terruño, mucho más de sus

almas, que los que aspiran á que brille su nombre en un libro de texto mentiroso y venal. Si esas almas simulan odios que ya no sienten, si esas almas no se abren á la amistad reconciliadora, es porque esas almas conocen que los odios son gratos al poder que los utiliza, al poder que los premia, al poder que prefiere la mísera lisonja de un grupo de coasociados á los víctores entusiastas de la pública gratitud. Ya vendrá el varón fuerte, el varón austero, el varón capaz de alzarse hasta las cumbres iluminadas del patriotismo, el varón que sepa cumplir lo que jure cuando le unjan con una autoridad que no se creó para servir á los intereses de partido alguno, por hallarse más alta, mucho más alta, que todos los viriles partidos de mi tierra. ¡Ya vendrá el varón fuerte; el que medite sobre la patria; el que se goce curando úlceras; el que confiese con honradez que los gobiernos de banderola redujeron los marcos y los hogares de mi país; el que les diga á las muchedumbres que los derechos y los deberes presidenciales deben flotar sobre el río de odios cuyas olas agitan los falsos sacerdotes de Oribe y de Rivera!

La leyenda del patriarca se publicó por la casa editora de Bertani en el año de 1911. *El hombre quimera* ya había aparecido por los talleres del mismo editor muy pocos meses antes, lo que no es de extrañar si se tiene en cuenta la inagotable fecundidad de Falco. Era *El hombre quimera*, como *El canto á la raza* y como *La leyenda del patriarca*, una rapsodia homérica ú oda pindárica en la que se notaban los mismos defectos y las mismas virtudes de que ya os hablé. Falco glorificaba magnífica y tumultuosamente á los conquistadores de la nube azul, á los héroes del aire, á los que rivalizan con el águila soberana en lo osado

del vuelo y en el poder del brío, á los que ascienden para morir envueltos en un trozo de crespón estelar, á los que han heredado la ambición y el coraje del fabuloso Ícaro.

El tema le sedujo y retornó al tema en Diciembre de 1914. *La tragedia de las alas*, homenaje á Newbery, marca una ascensión en el modo de hacer de nuestro poeta. Éste ha conservado y robustecido sus cualidades épicas; pero desenvolviendo más ordenada y correctamente el asunto que sirve de acicate á su numen multisonoro. En este poema, más tal vez que en los precedentes, se nota la verdadera índole de la musa que habla con mi ilustre amigo, musa que se diría hecha para cantar las conquistas maravillosas, los hechos memorables, las sublimes acciones de los héroes del hoy, que superan en mucho á todos los dioses, gigantes y adalides de los poemas de Valmiki y Virgilio, de Ariosto y Ercilla. La majestad de lo prosopopeico, la tendencia á lo maravilloso, la entonación noble, la amplitud verbal, lo ordenado de la parte expositiva en lo histórico - narrativo y el interés con que nos esclavizan los incidentes en el nudo ó parte central de la obra, todo nos hace volver los ojos hacia los númenes de la epopeya en ese nuevo esfuerzo del laúd de Falco.

En este poema la abundancia no ha desaparecido. Permanece; pero permanece como virtud caracterizadora y no como defecto fundamental. El lenguaje es el lenguaje que ya conocíamos; pero hay en su pompa menos maraña, más rectitud en sus construcciones, un más sabio manejo en las curvas artísticas de su amplia orquestación.

El poeta nos dice que la montaña andina se sometió. Las cumbres, asombradas, no resistían ya. Esperaban

que se realizase el sueño del cóndor. El cóndor viejísimo, el cóndor que sabía de granaderos y de victorias, tuvo la anunciación de un nuevo prodigio. Escuchó una voz, á la luz de un relámpago, voz de profecía que ascendió gravemente por la nieve de blanca excelsitud hasta el cielo infinito. Era la voz de Andrade en su canto á la Atlántida.

—"El Grande vendrá", — dijo el épico enorme al futuro velado. El cóndor, hipnotizado por la voz aquella, se abismó en el sueño del augurio divino. ¿Para qué resistir? Lo mismo que los otros, los de la bandera de color de aurora, el hombre con alas pisaría la sien de la última cúspide, de la que está más cerca de los diamantes que adornan las sandalias de la noche septentrional. La voz augusta, la voz extraña, la voz de la lira de cuerdas de bronce con aureos arabescos, no podía mentir. Y el cóndor se durmió, para continuar el sueño milagroso, en el nido labrado sobre el peñón más blanco y erguido de los Andes.

Un día la montaña se estremeció. Sus moles contemplaron sin animosidad al héroe que venía resuelto á dominarlas. El cóndor, despertado por la emoción inmensa de las cumbres atónitas, abrió los ojos con ribetes de púrpura y miró hacia el espacio bruñido por el sol. Se perfilaba el vuelo decisivo; pero el abismo no se sometía. En sus profundidades se emboscaba la muerte. Esperaba un descuido del triunfador para desatar el zarpazo del viento. Y el gigante cayó, plegándose las alas de la Epopeya.

El simbolismo épico, que ya no acepta las apariciones á lo Adamastor y á Huaina Capac, acepta y aplaude los recursos de que se sirve mi compatriota en el nudo que surge lógicamente de la majestad de la exposición de *La tragedia de las alas.*

Falco tiene la pasión enaltecedora de lo sublime. La poesía no se ha hecho para embellecer artificiosamente lo burdo y lo ruín. La poesía es la enamorada de lo ciclópeo, que la permite bañarse en el raudal de la elocuencia trópica. La poesía tiene caudales las alas para rendir alturas y entrar en los soles. Así, fiel á su idea de lo calológico, mi compatriota va hacinando poemas de estirpe magna para hundirse, á despecho de todas las pequeñeces de mi crítica y la crítica ajena, jubiloso y triunfante en los mundos de sol de lo Porvenir. Él también sube á la áspera conquista de las cumbres más altas de la inmortalidad; pero abrigo la firme convicción, la convicción sincera, de que los vientos de la vida no le detendrán, como detuvieron los soplos del abismo, casi al fin de su empresa, á las ansias de espacio de Jorge Newbery. — A otro, con menos rémiges, le diría: — usted ya ha llegado. — A éste le digo: — siga usted ascendiendo, que allá, en lo más fúlgido de lo más azul, le esperan los brazos amorosísimos de su musa, de su gloria, de su excelso ideal, de su eterna Beatriz.

III

Dardo E. Clare. No tengo ni asomo de nota biográfica sobre este trovador. Lo único que sé es que se halla en el pórtico de la juventud, en los últimos límites de la adolescencia. Sólo le conozco al través de sus libros. Éstos son dos, y los dos de rimas. *Los corazones ardientes* se titula el uno. *Melodías africanas* es el nombre de otro. Ambos han sido publicados en Madrid. El primero en 1914. El segundo en 1915.

Clare, cuyos versos me dicen que es uruguayo, co-

noce el idioma, rima armoniosamente, acentúa con arte, sabe de estéticas variedades estróficas, camina con rumbo á lo modernista, dice cosas tiernas y cosas altas, ha viajado mucho y ama á su país.

Si la inspiración es aquel singular estímulo que nos hace producir espontáneamente, como si fuera lo que engendramos cosa hallada de pronto y sin esfuerzo, inspirada es la musa cancionera de Clare.

Paréceme que abusa de las sensualidades. Paréceme que goza en creerse y decirse adicto á lo satánico. Lo siento, si es así. Lo satánico se reduce á una tontería, que puede trocarse en planta rastrera, estrangulando al numen poquito á poco. Otro tanto sucede con lo lascivo. El placer amoroso no es el transporte pathmico. Las hetairas rara vez son sibilas. Un lecho no es un trípode. ¿Conoce usted, mi amigo, la mitológica leyenda de Kelju? Kelju es un espíritu que se aparece á los viajeros bajo la forma de un ardoroso caballo blanco. Con sus ojos de llamas los fascina y atrae. Corren tras él, ansiosos de capturarle; pero el caballo tiene lo veloz del ciervo, lo fléxil de la víbora, y arrastra al viajero, con la luz de sus ojos enceguecedores, hasta sepultarlo en las ondas azules de los ríos de Escocia.

La felicidad, que buscan los satánicos en el placer impuro, naufraga en el tedio ó en la demencia. Lentamente, pero segura de su victoria, nos aletarga, nos hipnotiza, nos roba las visiones con que podríamos zurcir el poema glorificador, y las oculta en calabozo tan impenetrable, tan escondido, que jamás volvemos á soñar con ellas. Es como aquel espíritu de los bosques americanos que ronda á las cunas, que espía á las madres, que rapta á los pequeños de deditos de rosa, y que los encarcela dentro de los huecos obscuros de

los troncos de los bosques vírgenes. ¡Que la vida no le hurte las quimeras santas que encuentro en sus libros, payador de mis pagos, como deja sin ángeles á las cunas indias el maléfico espíritu de Kaipora!

No presuma usted, porque sería erróneo, que me asquean los versos apasionados. Yo canté, como todos, la dulce canción. Yo he tenido, también, la edad de Romeo. Todavía idolatro, apasionadamente, en la patria y en el derecho y en el hogar, ídolos que aún ponen, entre mis manos, la lira de Musset. Lo que quiero decirle, ya que usted se despierta con ambición de gloria, es que dedique menos cantares al deleite pecaminoso, esperando al amor, al amor ledo ó lúgubre, que abrirá por entero el abanico de sus alas poéticas. Entre tanto, pues sabe usted hacerlo, luche usted por el triunfo de la verdad, rompa usted lanzas por la justicia, llore usted sobre los naufragios inmerecidos, fustigue á los cobardes que adulan al fuerte, y antícipenos una ráfaga del viento depurador de lo porvenir, para que, cuando nieve la claridad de plata de la luna sobre el florido jardín de Verona, Romeo pueda ofrendarle sus laureles de caballero, coronado en justas é ilustres hazañas, á la amante hermosura de su Julieta.

Ha venido usted á la vida con corazón. Otros sólo vienen con un músculo que les sirve para que la sangre se convierta de arterial en venosa dentro de su pecho. Gástele usted, á riesgo de aneurismas, diciendo audacias como la audacia de su *Cementerio tripolitano*.

Hace usted bien, muy bien, relatándonos lo que vieron sus ojos. Defienda usted á las patrias. No perdone usted á ningún vándalo de nuestra edad. Proteste usted por Trípoli invadida, por Bélgica invadida, por Servia invadida, por Grecia invadida. ¡Es egregio su

numen! ¡Está en la cuna y aplasta culebras! ¡Lo mismo que Hércules!

Hay gritos con su rumbo á lo porvenir: los que miden á todos con el mismo rasero. La invasión es infame hágala quien la haga, con brutalidad ó con hipocresía, en nombre del progreso ó en nombre del atraso. Yo pienso como usted. ¡Viole usted á la gloria sobre el tálamo augusto de la verdad, valientísimo Clare!

A su misma edad, en un país católico y monárquico, troné contra los reyes y los pontífices. Conozco á otros que adulan á los déspotas y hostigan á los frailes, en un país donde los frailes son inofensivos y los déspotas tienen un ejército numeroso. Usted es de mi raza. Usted no hará lo último. Usted será partidario de todas las libertades, desde la libertad de la no creencia hasta la libertad del rezo y la clausura. De todas, ¿no es cierto? Para premiarle por su hidalguía, voy á citar uno de sus poemas de asunto satánico, una de sus visitas á los jardines artificiales de Baudelaire, el poema que se titula *El recinto de los sueños*.

Mi vieja musa, que ya perdió la habitud de soñar, saluda con cariño á su lozana musa, presagiándole menos terrenas satisfacciones que estéticos triunfos, señor Dardo E. Clare. No importa. ¿Qué valdría la gloria sin el dolor con que la fecundamos? No le ha hablado aún de sus *Ritmos camperos*. Parécenme esbozos, motivos de tela, estudios utilizables en lo porvenir, más que cuadros dignos de los colores de su pincel. Es lástima. Ama usted, como yo, á su dulce país. Dedíquele lo mejor de su lira, como le consagra lo mejor de su espíritu. ¿Recuerda usted los bordones popularísimos de Violeau?

"La patrie est le toit, le foyer, le berceau,
Le clocher d'une église, un verger, un ruisseau,
Une fleur, un ramier qu'on écoute á l'aurore,
Mais, ne l'oublions pas, elle est bien plus encore:
Elle est le souvenir, le souvenir pieux
Qui transmet aux enfants la gloire des aïeux!"

¡Cante usted el pretérito y el futuro de la tierra adorada! ¡En sus valles y lomas palpita y relumbra la creación entera, oh compañero Clare!

Natalio A. Vadell, nació en el Carmelo, en el departamento de la Colonia, al empezar Diciembre de 1884.

Desde muy niño reside en Buenos Aires.

Hízose bachiller en el antiguo colegio de San Carlos, y obtuvo el título de escribano el 23 de Mayo de 1914.

Siendo estudiante publicó sus *Primeros cantos,* y publicó, al salir de las aulas, *El jardín de los encantos.*

Tiene en preparación un tercer libro, de versos también, que llevará por título *La eterna llama.*

No pudo tocarle mejor maestro, pues enseñóle literatura Enrique de Vedia, el autor justamente aplaudido de *Transfusión*, de *Alcalis* y de *Rosenía.*

Vadell llora dolores que aún no ha experimentado. Cada edad nos ofrece sus naturales frutos. El pesimismo no lo produce, afortunadamente, la cereceda de la juventud. No es entonces que la vida nos ata, para hacernos pagar nuestro afán de hermosura, al salvaje y brioso corcel de Mazzepa. ¿Sin premio? No. Todas las almas, que tortura la fiebre del ideal, conviértense en gloria, del mismo modo que se trocó en laurel, para huir de las ansias amantes de Apolo, la ninfa de Diana, la ruborosa Dáfne.

Ese presentimiento del mal del vivir, esa adivina-

ción de que vamos en marcha hacia el dolor obscuro, esa tristeza que es como la vanguardia del tedio incurable que sufren los mejores, se encuentra en los bajidos de todas las musas de la edad romántica, á la que pertenece, por las características de su sentimiento y de su metrizar, Natalio Vadell.

Predomina, en éste, la exageración que hallaréis en el concierto melodiosísimo de la escuela inmortal á que está afiliado, concierto cuya batuta muévese manejada por la nerviosa diestra de la fantasía, por los caprichos noctámbulos de la loca de Cerebrópolis. A los veinte años, las liras no cantan su propia canción, sino que repiten la canción cantada por el numen ajeno, la canción de Becquer, la canción de Musset, la canción de Espronceda. La personalidad, que sella con sello inconfundible los gritos que duran, viene más tarde, cuando se desenvuelve y cuando se afirma, saliendo de su infancia, el ser de nuestro yo, cuando nos reímos de lo augusto de nuestras lágrimas como Enrique Heine ó azulamos el lodo de nuestras realidades como Salvador Rueda.

Parece imposible que en este mundo de maravillas, en estas tierras americanas de sol y de república, el pesimismo rastree y suba por los tapiales del jardín de la mocedad. Parece imposible; pero el fenómeno tiene su explicación lógica en virtud de lo que heredamos, de lo que leemos y de lo prematuro de nuestras ambiciones de gloria ó de fortuna. Los muertos, los vencidos por el cansancio de las centurias que encorvan los hombros del mundo europeo, se asoman á los ojos de nuestra juventud, amustiando los fúlgidos cristales de su mirar. El libro facilita la labor de la herencia, porque el romance y la poesía con que se nutren habitualmente nuestros soldados de lo mañana, cantan

en su oídos la misma canción cantada por los labios de sus abuelos. El arribismo, la fiebre precocísima de goces ó de notoriedad, concluye la obra de la literatura y de la inmigración, justificando el fenómeno de que antes me lamenté. ¿Cómo impedir que el mal se propague y que el mal nos devore? Purificando nuestro ambiente educacional, nuestro ambiente político, y haciendo que se claven las fogosas pupilas de nuestra mozada en los irradiadores espacios de América. Palpitemos tan sólo con la palpitación de nuestras banderas; hagamos que cada uno de nuestros estandartes sea signo de paz y trabajo y virtud; prediquemos la religión sagrada del derecho y la sagrada religión del deber; esparzamos el culto de las nativas glorias y la fe en el destino resplandeciente de nuestro pabellón, para que se refleje nuestra esperanza y brille nuestro gozo en la labor poética de la juventud. Purifiquemos el ambiente terreno que la circunda, aventando las codicias malsanas de nuestro arribismo, y purifiquemos su ambiente espiritual, el de su inteligencia, el de su cerebro privilegiado, diciéndole que aquí, en nuestros montes y en nuestras llanadas, surge y se extiende el río de la verdadera y remozadora originalidad. ¡América para América! ¡El Uruguay para el Uruguay!

Hablemos de esta última distinción. Odio la hipocresía. No sé mentir ni quiero mentirme. Ofrece, sin duda, más escenario, mucho más escenario, á la acción y á la gloria de los geniales, el continente inmenso que el terruño chico. Los filibusteros de la nombradía, los lúcidos corsarios de la inmortalidad, — como los piratas sajones y holandeses del siglo diez y seis, — no se satisfacen con entrar á saco los vírgenes tesoros que brindan á su musa nuestros anales y nuestras costumbres. Anhelan, como Hankins, imponer su imperio

hasta en las costas del mar Caribe. Después regresarán, como Drake á Londres, riquísimos en fama, para partir de nuevo, ansiosos de acrecerla, con rumbo á Chile ó rumbo al Perú. Eso explica el ensueño continental con que se engañan y nos engañan algunos escritores de rémiges condóreas, dados á suponer que el escenario del genio de lo mañana será un sistema de países unidos en una irradiadora confederación que bajará desde el golfo de Méjico hasta el mar de Solís.

Yo no creo en fantasmas, por hermosos que sean y por mucho que arrullen. Lo continental es un accidente. Lo primordialísimo, para mí, está en el sublime, en el egoísta, en el inapagable amor de la patria. El pájaro y el hombre son del suelo en que nacen. En ningún aromo del terruño mío han cantado jamás ni el ruiseñor azteca ni el ruiseñor itálico sus trovas á la luna. El único lazo de solidaridad que existe entre las naciones continentales fórmanlo, á mi entender, la independencia y la democracia. No creo en los vínculos del idioma, que rompió el sable de los americanos en Ayacucho, ni creo en los vínculos del origen común, vínculos enterrados trágicamente en las salitreras codiciadísimas de Tarapacá. Desde que no existen un sólo interés y una sola cultura en las jóvenes patrias del mundo colombiano, lo que llamáis unión, será servidumbre para los pequeños en poder material ó en poder de ideas, disolviéndose necesariamente lo absurdo de la liga que predecís como se disolvió lo federativo de la Gran Colombia. ¿Os acordáis? ¿Lo habéis olvidado? ¿Nada aprendísteis en las páginas dolorosas de lo pretérito? En vano Bolívar se desespera viendo que se deshace el ramo de naciones que ató con su laurel, el laurel bendecido por la victoria en el lance de Boyocá y en la pampa de Carabobo. El

lloro del gigante resulta estéril, terriblemente estéril, porque surgen autónomas sobre su sepulcro, desentendiéndose del pacto casamentero que fundió sus destinos en Angostura, el Ecuador y Venezuela y Nueva Granada.

Es el culto divinísimo de la patria, más que el culto muy respetable de lo continental, lo que debe sembrarse en el corazón de las multitudes por nuestros prosadores y por nuestros poetas. No hagamos lo que hizo el can de la fábula, prefiriendo la sombra de la carne á la carne misma, convencidos de que ningún jazmín es tan blanco y fragante como el jazmín que embalsama y blanquea la luz de nuestro sol. El egoísmo patrio se me figura deber y virtud, digan lo que digan los universales que no ven en su tierra sino un rincón de mundo. Busquemos en la loma, con un ombú en la cúspide y gramilla en la falda, la inspiración y la inmortalidad, inspiración para que diga amores al churrinche que pasa como una luz con rémiges, y la inmortalidad para que no se pierda la memoria de la hermosura de nuestros trebolares. Las voces del pago, los modismos de aquí, los tembetaríes de la sierra agria, los horneros que construyen la choza suya sobre el rústico poste de ñandubay, el apero que chilla sobre los lomos del redomón, son algo más que términos del idioma que hablamos. Os juro que son, para el sentimiento, imágenes é ideas que, al asociarse, caracterizan un pedazo de suelo con glorias y costumbres que no os evocarán, por muy ansiosamente que las asociéis, las palabras chopo, ruiseñor, alamares y jaco. ¡La patria primero, la patria más tarde, la patria después, la patria á todas horas, la patria en la patria y la patria en la ausencia, dando más oro y dando más azul á los horizontes de la lejanía; pero la patria en constante

ascensión hacia la cultura, hacia la justicia, hacia todas las cúspides del bien hermoso, distinguiéndose en el grupo de los que suben por los acordes inconfundibles del himno que la mece y por las franjas inconfundibles de la bandera autónoma!

Vadell, el poeta que se alejó del pago siendo muy niño, no se olvidó del pago y le dedica al pago más de un arrullo en sus florilegios. En décimas nos dice que es oriental, en décimas en que habla de nuestros zorzales y de nuestros astros y de nuestros cerros. Sus estrofas conocen el encanto geórgico de nuestras llanuras, que bien pudieran representarse por un grupo de ninfas enguirlandadas de espigas y amapolas lo mismo que Clóe.

Vadell tenía diez y seis años cuando reunió en un libro sus primeros cantares. ¿Cómo extrañar que haya, en esos cantares, reminiscencias múltiples é incorrectos bordones? El niño era poeta, poeta de verdad, poeta hasta las cachas, como los cardenales son cardenales desde que abren el pico para ensayar preludios. El niño era poeta cuando lloraba sobre el sepulcro de la ancianita que le llevó en su seno, haciendo á la sombra de la inolvidable la confidencia de aquellas ansias, motivos de poema, que bullían ardientes en su corazón, como bullen las ansias, motivos de redoble, en la garganta del cardenal que aún no ostenta el penacho de color de fuego. El niño era poeta, y poeta premiado en público certamen, cuando cantaba en silba, con alientos de oda, á la España del Cid; á la España que cruza los abismos del mar guiada por el genio vidente de Colón; á la España que pinta princesas y enanos con el crudo pincel de Diego Velázquez; á la España con muros de madreselvas, donde el viento repite, cuando el sol se esconde, las rimas de Becquer; á la España

del caballero, sublime en su locura, que cabalgó en los lomos de Clavileño y creyó en los hechizos de Dulcinea; á la España en que el mármol, vencedor de la muerte, se anima á los conjuros del arte de Querol, y á la España que arroja, entre ruidos de crótalo, los dos colores de su bandera sobre el mantón con flecos en que se envuelve la musa gentilísima de Salvador Rueda. El niño era poeta cuando nos hablaba de la juventud, rosal del trópico que enrojece el astro del Derecho, y cuando le decía frases de amores á una mujer, bella como las diosas que custodiaban el Parthenón, utilizando para encomiar á la mujer y á la juventud, las resonancias de la sexta rima de Núñez de Arce. El niño era poeta en su *Canto á la Patria.*

Vadell publicó su segundo libro en 1914. Es más correcto é individual, sin serlo del todo, en esta reciente floración de su espíritu que en sus cantos primeros. Creo, sin embargo, que no es más poeta, y hasta estoy por decir que el poeta de antes sube muy despacito hacia las cimas de la montaña. Es que no han sacudido con violencia todos sus nervios algún gran ideal ó alguna gran pasión. Es que los dolores, que presentía, no han llegado á su puerta, esperando, sin duda, para presentarse, á que mi compatriota se sosiegue en el seno de la felicidad. El dolor llega siempre como los bandoleros, cuando no se le aguarda, cuando las dudas están dormidas, cuando el chajá de nuestros augurios no repite su alerta sobre las lomas y en los bañados del corazón. ¡Ya se abrirán del todo las alas del numen que cantó al espinillo y que cantó al jazmín! ¡Ya se abrirán, desgraciadamente, amigo Vadell!

Voy á darle un consejo á mi joven amigo. Ya sabe metrizar. Ya conoce las reglas. Húndase en la vida,

busque la inspiración dentro de su espíritu y poetice con pedazos de su alma propia. El mimetismo, virtud al empezar, esteriliza cuando se le prolonga más de lo conveniente. Olvídese de Guido, olvídese de Andrade, olvídese de Becquer y olvídese de Rueda. Su mejor maestro, el que le dirá el grito de Jesús á Lázaro, le juro que se llama Natalio Vadell.

Manuel Pérez y Curis. Montevideano. Nacido en 1884. Librero y publicista. Muy laborioso. Hijo de sus obras. Enclaustrado en su torre. Doliente de honda misantropía. Enfermo de incurable decadentismo. Ha fundado con su peculio, dirigiéndolas con rara asiduidad, las revistas *Apolo* y *El Sagitario.*

Pérez y Curis sería poeta si, para ser poeta, bastara con experimentar lo que llamamos sentimientos estéticos. Sabido es que éstos nacen de la actividad de nuestras psicológicas facultades, emancipadas de toda utilitaria preocupación y atentas al gozo contemplativo de la hermosura. No basta, sin embargo, sentir la divina pasión de lo hermoso para convertirse en triunfante soldado de la belleza, porque el valor de las formas y de los sones y de los matices será perpetuamente más fácil de sentir que de exteriorizar. Ese valor es un valor expresivo, por cuya causa lo bello no deriva de la materia. Lo bello, más que del ser y del atributo, deriva y se desprende de la forma que invisten las representaciones. Necesítase, para el cultivo de la poesía, la ingénita virtud de plasmar dicha forma con delicado brillo ó sublime esplendor. El privilegio númico, que acrecerán la técnica y la perseverancia, tiene por base principalísima el instrumento oral de que se sirven y en que se funden, para comunicarse y sobrevivir, nuestras más abultadas ó más sutiles emociones estéticas. Se equivoca de medio á

medio renunciando á los atributos glorificadores de la claridad y de la sencillez, cuando aristocratiza artificiosamente los modos de dicción de su musa plebeya, nuestro meritísimo compatriota Pérez y Curis.

Hablemos con cariñosa sinceridad. El numen de mi amigo es de origen modesto. Fáltale á su estilo, para el útil empleo de ciertas construcciones y de ciertas palabras, el sostén de una firme instrucción académica. Lo presuntuoso de su vocabulario reduce, más que agranda, la fuerza de su vuelo, porque suele robarles nitidez y frescura á sus bordones asonantados y á sus bordones libres. No siempre es meritorio el lírico desdén por lo que apellidamos vulgaridad, debiendo iniciarse todas las musas en el ejercicio disciplinario y educador de las reglas canónicas del verso castellano. No debe olvidarse, por la santa obsesión de la belleza, que nunca será hermoso lo que se opone á la sintáxica claridad, como nunca será hermoso lo que cultiva las abjetivaciones superfluas y afectadas. Los poetas, que presumen de nobiliarios en mi país, se caracterizan por sus rebeliones contra la serena ilación de los pensamientos y contra el engranaje secular de los ritmos. Esas musas ducales han descubierto que se aprende á servirse de la española versificación leyendo á Mallarmé y adorando en Banville.

Hablemos con cariñosa sinceridad. El soneto es y ha sido, contra todos los pareceres de las baronías afrancesadas, métrica forma más que género lírico, sin que me contradiga la graduación de lo ideológico que impera en sus bordones de progenie itálica. Lo ascensional de lo ideológico se observa igualmente en todas las estrofas de estructura fija, desde las décimas de Espinel hasta las octavas de Núñez de Arce. Es claro que esto poco me preocupa, como poco me pre-

ocupa el influjo absorbente de lo transpirinaico, y como poco me preocupa que nuestro meritísimo compatriota se imagine que sube á la clasicidad cuando hiere al idioma con lo confuso y con lo inarmónico de lo que llama *Mis sauces interiores*.

Quiero creer, aunque no es verdad, que cantaron como él Berceo y Santillana. ¿En qué época cantaron? Cuando el lenguaje se hallaba en mantillas; cuando el lenguaje carecía de los recursos de claridad y música que le dieron después los finos rimadores de la edad de oro y de la edad romántica; cuando el buril magnífico del lenguaje no se había aguzado desde Rioja á Espronceda y desde Calderón á López de Ayala. Tan infantil es esto como adorar el modo rimador de Francia, que sólo es nobiliario porque no es castizo y porque trasciende á los sucios harapos con que se cubría la ebriedad de Verlaine.

Hablemos con cariñosa sinceridad. El poeta de que me ocupo siente el amor, gusta de la quietud de la naturaleza y hasta goza en perderse por las asperidades de la filosofía. Le traiciona su orgullo, que tiene á mengua rimar utilizando las voces corrientes y los giros vulgares, los giros y las voces que utilizaron el decir oratorio de Castelar y la grandeza lírica de Monroy. Sufre del prejuicio que recortó las alas de los neoclásicos, de los que dividieron en jerarquías á las palabras, de los que se estrellaron contra el motín que tuvo por bandera á la púrpura del chaleco de Teófilo Gautier. El numen de mi amigo, que no pasó por universidades ni anduvo en academias, debió buscar la gloria por el sendero de la espontaneidad y de la sencillez más que por el sendero de las afectaciones y de los preciosismos de que adolecen las páginas más bellas de sus *Heliotropos* y de sus *Rimas sentimentales*.

Es claro que no siempre resulta inadecuada y resulta insincera la afectación. Depende de la índole del asunto y de la habilidad del versificador. No merece censuras, y merece plácemes, la *Balada de la tarde de oro* que hallaréis en *El gesto contemplativo.*

Agrádame no poco, á pesar de la escasa novedad del tema, la sencillez de la composición titulada *Crepúsculo.*

Es por la virtud de la claridad y por la magia de la emoción que viven los poetas. El estilo no alambicado en la ideación, cuando es sonoroso con sonoridad fácil, gorjea los himnos que los céfiros dicen en las cañas de azúcar de Mazanderán.

Lo sencillo es fecundo. Lo sencillo es eterno. Lo sencillo es sagrado. Ni lo extremadamente conceptuoso ni las afectaciones terminológicas le puedan dar al verso la belleza y el lustre de las plumas magníficas de los paradísidos. A veces una nota vale más que un poema, cuando la nota es clara como fuente que corre y el poema es confuso como selvático matorral. No faltan esas notas en los bordones de Pérez y Curis.

El hastío es la musa de sus *Paréntesis á mi alma.* No me sorprende. El hastío es la sombra de la misantropía. Los decadentistas de mayor fuste concluyen siempre en misántropos y tediosos. Aquel que se enladrilla en la torre del yo, por odio á lo vulgar, tiene forzosamente que dedicarse á la contemplación entristecedora de su propio yo. Los de la decadencia, por lo común, son muy subjetivos. Las torres de su yo carecen de ventanas. De ahí que los sentimientos individuales, mal dirigidos, hagan que el numen llegue á sentir el cansancio y la brusquedad que caracterizan á las hipertrofias del amor propio. Se aspiró á ser rey;

pero no hay rey sin súbditos y sin soldados. ¿Cómo ser rey alejándose del comercio de la multitud, aunque se tenga un espíritu mucho más justiciero é inteligente que el rey Odoacro?

¡Oh duques de las torres de marfil riquísimo, abrid vuestras ventanas de par en par! ¡Que entren en vuestra celda todos los ruidos que cruzan las plazas y cruzan las calles, contaminándoos y estremeciéndoos con sus amargores y con sus alegrías! ¡Esos gritos soeces, que no son tan soeces como creeis los encastillados, darán frescura primaveral á vuestro espíritu y á vuestro léxico, curando á vuestras almas del moho del tedio y alzando en vuestras almas un altar á la vida! ¡El culto de la vida, de la vida sana, de la vida al aire, de la vida real de la multitud, es más bello y más noble que el sabeísmo, que el culto del sol, que el culto de los magos pontificales de Asiria y de Persia!

Los sentimientos estéticos, en esta edad de lucha y de esperanza, deben fundirse con lo que llamamos sentimientos sociales. La patria, la familia, la amistad, el bien de los humildes y el destino humano son los asuntos propios de las musas contemporáneas, que serán más excelsas cuanto menos angostas resulten las ventanas sin celosías de sus palacios. ¿Conocéis otro modo más útil y más noble de manifestar nuestra voluntad santa de belleza infinita? ¡Sirvamos á la vida de lo colectivo, hasta que nos liberte la eternidad, con las lealtades y las mansedumbres que Ariel puso al servicio de su dueño Próspero!

Son las páginas en que calcó una parte del yo de los otros, más que las páginas en que calcó lo gris de su yo personal, las destinadas á prevalecer en la labor poética, variada y copiosa, de Pérez y Curis.

Julio Raúl Mendilaharzu nació en Montevideo. Fué en el mes de Diciembre de 1887.

Su padre, gentilísimo caballero, brilló en el periodismo y en la tribuna. Aún hallaréis sus huellas en nuestro foro, en nuestra diplomacia y en nuestra política. No tuvo bajas concupiscencias de cortesano, ni tuvo altanerías de mal nacido, siendo culto en sus modos y viril en sus hechos y firme en sus ideas y noble en sus palabras. Honróme su amistad, que pagué con la mía, á pesar de lo rojo de la banda suya y á pesar de lo blanco del airón que corona mi capacete. Más de una vez dialogamos de cosas arduas, en días no serenos; pero su partidismo y mi partidismo, sabiéndose puros, siempre encontraron modo de aproximarse hasta confundirse en los rayos del sol de la oriental bandera. Gózome recordando su abundoso saber, su elocuente verbo, su exquisito trato, su romancesca hombría y su tolerancia civilizadora, producto de su grande y sincera pasión por la libertad. Era un espíritu de los más excelsos el generoso espíritu del doctor Mendilaharzu.

Raúl, su hijo, pronto encontróse sin el mentor aquel; pero restóle la ternura infinita de su señora madre, dama de alto abolengo y hermosa inteligencia y corazón magnánimo. Un desinteresado culto á la belleza, á la belleza que es verdad y virtud, creció á la sombra de las alas tremantes de ese afecto purísimo. El hijo del tribuno se sintió poeta, multicorde cítara, así como se sienten cantora la calandria y luminoso el astro. Una noche, una noche de luna, se quedó dormido junto á su ventana y despertó tatuado sobre la frente por el beso inefable de la Inspiratriz. El alma de las flores, por la magia de un beso parecido á aquel beso, conversó con Selgas. La estrella del pastor, por la magia de un beso parecido á aquel beso, dialogó con Lemoyne.

Raúl Mendilaharzu hizo el primero de sus viajes á Europa en 1900, visitando la Exposición Universal de París y recorriendo distintas ciudades de Francia y de España. Detúvose en Italia y enfrentó con lo clásico bajo el sol de Roma. Volvió á su tierra, que es lo mejor del mundo y el pórtico del cielo; pero, no bien graduóse de bachiller, le atrajo nuevamente la fama de Europa. Se hospedó en Madrid y pernoctó en Niza. Inglaterra y Francia, Italia y Suiza fueron recorridas espaciosamente por el viajero sudamericano, cuya sed de horizontes se acrecentó bajo los tilos de la Germania, en las melancolías de los atardeceres de Dinamarca y admirando los fiords de la Noruega. La patria, sin embargo, flotaba cariñosa sobre cada visión de valle ó de mar, de bosque ó montaña, volviéndose los ojos del viajero siempre hacia sus llanuras y sus colinas, como siempre se tornaron enternecidos los ojos de Ulises hacia las costas y las cumbres de Itaca. Su primer libro, *Como las nubes,* apareció en Madrid en el año de 1909. En 1911 publicó en París su segundo libro, *Deshojando el silencio.* En 1913 tornó á Montevideo, donde ha dirigido la revista literaria *Tabaré* y donde ha dado á luz el volumen tercero de sus rimas *El alma de mis horas.* Esos tres florilegios acreditan de trovador, de artístico poeta, á Raúl Mendilaharzu.

Expuesto á vuela pluma lo que antecede, permítame el lector uno de mis paréntesis habituales. Yo no creo en mi crítica, si para ser crítico es forzoso tener mucha sabiduría, criterio firme, juicio sereno, talento de análisis y dicción correcta. Reconozco y confieso que me faltan todas las condiciones que á la crítica exige Palacio Valdés en la página 84 de sus no siempre justas *Semblanzas literarias.*

Mi crítica, más que crítica, es una historia del des-

envolvimiento literario de mi país desde los albores de su independencia hasta los albores del vigésimo siglo. No me creo infalible ni en lo que apunto ni en lo que explayo; pero puedo afirmar que apunto ó explayo sinceramente y sin malignidades. Creí ser útil á la tierra que amaba sobre todas las cosas, dándoles por entrañas á estos volúmenes el eco de las liras y de los pensares de mis antecesores en la dulce tarea de idolatrarla, convencido de que lo deficiente de mi labor no es bastante á empañar el lustre de las plumas y de las arpas de los que la vistieron con el traje de luz de la inteligencia. Debo, sin embargo, agregar que no llamo poetas á los que creo que lo son en justicia, basándome tan sólo en la impresión pasajera de una lectura, sino en virtud de normas que tengo en mucho y á las que subordino mis afecciones individuales. ¿Qué normas son esas? Podemos compendiarlas, aunque están esparcidas en muchos libros, estudiando á Ruskin.

Éste nos dice, al empezar la página 99 del tomo primero de sus muy celebradas *Obras escogidas,* que "la poesía está en aquello que nos sugiere, por intermedio de la imaginación, nobles motivos para emociones nobles". Estas emociones, combínense del modo que se combinen, constituyen lo que se llama sensación estética, no siendo la hermosura ni cosa dependiente de la utilidad como quería Reid, ni cosa dependiente de la impresión como quería Hume. Vinet está más cerca de las ruskinianas aseveraciones, cuando nos dice que la hermosura es una forma de la verdad, ya que los sentimientos altruistas y generosos también son realidades del espíritu humano. No basta, sin embargo, una sensación, por más luz que derrame, para que surja el numen en nuestro cerebro y para que la

lira nos obedezca sumisamente. — "Es necesario á la existencia de la poesía, que los motivos de las sensaciones ennoblecedoras sean suministrados por la imaginación. Sensación estética, ó si lo preferís sensación elevada, no es poesía. La facultad esencial del poeta es congregar, con la ayuda de la imaginación, las imágenes que han de excitar esas sensaciones". — La potestad imaginativa, el artífice trópico, es la única que reviste de cálida forma á la materia que espiritualizamos, como el ósculo de Romeo, templando el frío ambiente del panteón, despertó á la dormida palidez de Julieta.

Bagdad no es un misterio para los que leen. ¿Quién no ha recorrido, con sed de aventuras, sus calles estrechas? ¿Quién no conoce la poesía de la ciudad que fundó el valeroso Giafar Almanzor, que sollozó cautiva de Gengis Kan y que sitió dos veces, sin domeñarla, el ejército bárbaro de Nadir? Su nombre es, para muchos, copioso manantial de emoción calológica; pero para dar vida á los esclavos kurdos que la abrevan con odres de piel de cabra; para pintar primorosamente á los pequeños asnos que la transitan, conduciendo en sus lomos el cesto en que rebullen los peces del Tigris; para que nos relaten sus fabulosas vidas los mercaderes en terciopelo y seda, dátiles y alfombras, á quienes perfumaron y entretuvieron los limpiabarbas Beytoon y Seer; para que Bagdad sea la ciudad alumbrada por la lámpara de Aladino, es necesario que desgarre los velos de sus mágicas noches la oriental fantasía de Scheherezada.

La potestad imaginativa puede manifestarse bajo dos formas. Haciendo resaltar inconfundiblemente los atributos característicos de lo que la excita, ó complaciéndose en la huracanada enumeración de todos los

atributos de lo que la estimula. Ruskin prefiere la primera forma, que es el modo de Dante, á la forma segunda, que es el modo de Milton. Y Ruskin divide en tres categorías á los poetas. Los que nada sienten; pero ven con exactitud á la naturaleza. Recordad á Homero. Los que sienten mucho, imaginan poco y ven desfigurada á la naturaleza, que copia malamente el cristal con arrugas de sus sensaciones. Recordad á Keats. Los que sienten mucho, imaginan mucho y ven á la naturaleza con exactitud; pero pintándola como patética de por sí, como espiritual por su propia magnificencia, como un conjunto sereno ó triste de seres vivos. Recordad á Scott.

Ruskin completa sus opiniones sobre el artista diciéndonos, desde la página 120 hasta la página 163 del mismo tomo de la obra citada, que elegir el tema es elegir el estilo, pues la nobleza de éste nace de la nobleza de los intereses y de las pasiones que abarca el asunto. — El arte elevado consiste en buscar y en apetecer los asuntos amables y generosos. — El arte más alto, que es el más sincero, será el que reuna armónicamente la mayor dosis de belleza posible á la mayor dosis posible de verdad.—El artista más grande es el que prefiere la sencillez á la afectación, y el que mejor arregla sus materiales para que estimulen con eficacia la potentad imaginativa. — La función integral del artista es ver y sentir, ver claro y sentir hondo, porque el arte debe ser siempre un grito que despierte en las almas, que se desconocen, la aspiración platónica hacia la belleza de la bondad. — La humanidad es Lázaro, tendido en su sepulcro, y el numen es Jesús. Si la humanidad se parece al arpa cubierta de polvo y olvidada en un ángulo del salón obscuro, el arte debe ser la mano que arranque las

notas dormidas sobre sus cuerdas, la mano de nieve de que nos hablan las rimas de Becquer. Yo pienso, acerca de la misión de la poesía, lo mismo que pensaban Ruskin y Hugo.

Todos los que mi pluma, en estos volúmenes, denominó poetas, son imaginativos á lo dantesco ó á lo miltoniano, distinguiéndose unos por los vigores de su sentir y otros por el brillar de su fantasía. Si no todos responden á la condición última de la estética ruskiniana, que adora en lo puro y en lo verdadero, todos sin excepción se sirven del lenguaje á modo de pincel y vaso de cristal, reconociendo todos que la hermosura, más que en la materia, reside en la forma, reside en el verbo, reside en el centelleo y en la armonía con que nos enternecen ó nos exaltan las representaciones. Lo mismo observaréis, si eleváis los ojos, en las páginas musicales de los volúmenes ensoñados por Julio Raúl Mendilaharzu.

Observaréis más. Observaréis que su facultad imaginativa tiende al arte más alto, el arte más sincero, al arte que se afana por sugerir emociones estéticas. Y observaréis, por último, que su léxico es noble, que su técnica es sabia, que rima sin esfuerzo, que no huele á sudores su habitual corrección y que su fácil numen, desde que desplegó las alas de seda, sintióse aquejado por las melancolías que lloran en el alma de nuestra edad. Es muy difícil creer en la gloria, en la eterna ascensión del espíritu humano, cuando se sabe que todos los mundos, que todos los navíos del mar de la noche, que todas las lámparas de lo azul sin fin, concluirán por dormirse, transidas de frío, en la perpetua quietud de la muerte. Hacia la muerte van la flor que nos perfuma, el pájaro que alegra la soledad, el ombú á cuya sombra descansa la res, la torre de la iglesia

que nos bautizó, el labio en que bebemos ternuras sinceras, la boca que nos dice mentiras adoradas, las certidumbres porque luchamos valientemente y el libro que escribimos con delectación. Los que eso saben, de nostalgia sufren por más que se ilusionen cuando se abandonan al río del ensueño donde riela la claridad del astro de la hermosura, de aquella hermosura que Rafael halló en la carne palpitadora de Fornarina y que Alighieri halló en el fantasma excelso de Beatriz.

Marídanse, en el poeta de que voy tratando, lo subjetivo y lo épico, el órgano que siente y la visión heroica. Emociónase ó narra, según los casos, con más ó menos excelsitud; pero jamás afea sus sensaciones enterrándolas en el cebollar de la grosería, defecto imperdonable para la calotecnia de los ruskinianos. Es natural que, siendo lo ideológico y lo afectivo útiles necesarios á la imaginación para despertar los sentimientos puros y generosos de que ya os hablé, siempre lo épico se resuelva y acabe en lirismo, en propósito altruista, en emoción enaltecedora, en esplendente anhelo de dignidad. Y eso, que es lícito y que juzgo lógico, obsérvase también en las jóvenes rimas de Mendilaharzu.

Deshojando el silencio, — ciento setenta páginas en tercera edición, — se me antoja el diario de una impresionabilísima adolescencia. El viajero, en esas ciento setenta páginas, se parece á un órgano pulsado por un músico que improvisa un motivo para cada uno de los instantes de la solemnidad celebrada en la iglesia. La iglesia es el alma del viajero, el órgano es la lira que sostienen sus manos, y el músico es su ardiente sed de belleza, á la que va acoplada una también ardiente sed de verdad. El viajero es la imagen de un río, de

un río de mis montes, que retrata en sus ondas, sin dejar de correr, el oro de un trigal, la verdura de un sauce, las líneas de una breña, las formas de una garza, la claridad azul de lo amaneciente y la claridad gris del crepúsculo de la tarde. Aquello es fugitivo, pero armonioso. El espíritu del poeta dijérase rama flexible y florida, rama á propósito para columpiar un hechicero nido de mainumbíes, que se mueve vibrando con cadencia dulce á cada impulso de la boscana brisa primaveral. ¿No somos los humanos como ramajes del bosque del mundo? ¿No son los poetas ramas que vibran, como violines estremecidos, cuando los roza el viento de la emoción?

Mendilaharzu, que cree en la raza y adora en la raza, olvida que la raza desconoció á Céspedes y á Martí. No fué la raza, dando legítimas libertades, la que realizó el ensueño último de Bolívar. Don Quijote, esta vez, no estaba con los suyos, sino que estaba, jinete en su manchega cabalgadura, con la estrella sola que amortajó, envolviéndole en sus hebras de luz, al hercúleo Maceo. ¡La raza! ¡No fué la raza, desgraciadamente, la que escribió, en los anales de oro de la humanidad, nombres como los nombres de Jorge Wáshington y de Abraham Lincoln!

Unas veces dudando y otras creyendo en el triunfo del bien; unas veces diciéndonos su salve á una alegría que viste de manola, alegría de crótalos y panderetas, y otras veces diciéndonos su adoración por la soledad, jardín en que florecen las rosas del arte, la musa va subiendo hacia la cumbre de la montaña de su destino. ¿Es sol ó noche lo que reina en la cima? ¡Al llegar lo sabremos! ¡Subamos hasta la sombra ó hasta la luz! ¡Subamos, alma, por la pendiente de lo Porvenir!

Laten, en el fondo del corazón del joven trovero,

la esperanza del triunfo y el anhelo del bien. El alma quiere ser albura y azul, amar á lo grande y amar á lo humilde, ser bálsamo en la llaga y lima en la cadena. El alma quiere ser como pico de hierro y canto de bodas: pico de cumbre para la infamia y epitalamio célico para los amores de la hermosura con la verdad.

"Soy á la vez un ruiseñor y un cóndor."

Lo que más me place es que esta musa siente la pasión de mis pagos, la creadora y sublime pasión de lo nativo. Cantó al terruño ausente en Niza y en París. Sus ojos se volvieron hacia nuestras cuchillas bajo el sol de Inglaterra y bajo el sol de España.

El himno es uno. No hay más que un himno que suene bien. Es el himno que saben de memoria los ojos negros del trebolar, los claveles del aire de las ásperas sierras, el nocturno concierto de los chingolos, la guitarra que sacuden las manos temblorosas de la vidalita. Es el himno que detiene al caballo en mitad de la llana, hablándole de glorias del tiempo que fué, y es el himno que detiene á los teros, en mitad de los aires, haciéndoles que afilen el espolón y griten de bravura. Es el himno nuestro, el himno que cantaron las voces del futuro después de las Piedras, después de Ituzaingó, al entrar en Misiones y en torno de una tumba que destellaba como una joya en el Paraguay!

Mendilaharzu es un poeta de índole subjetiva. Tiene el instinto de lo armonioso, que le permite exteriorizar las emociones del corazón con el ritmo verbal que mejor se adapta al ritmo del sentir. Empéñese, pues, en la conquista de la claridad suma, que será eternamente la corrección suprema, seguro de que lo gra-

mático y lo ortométrico redoblan y no enarcan, las rémiges del numen. Recele de la vida; pero adore en lo augusto que la vida encierra, pensando que hay prejuicios como baños de sol para nuestras almas, prejuicios heroicos y enaltecedores que subsistirán siempre, prejuicios llamados familia y virtud y decoro y gloria. El culto de esos prejuicios resplandecientes ornará de laurel y ceñirá de roble los cabellos flotantes de su inspirada musa, de la musa que zurce sus salves de calandria en la selva fraganciosísima de su espíritu. Conserve entera, siempre honda, la fe de lo nativo, la pasión del pago, la santa idolatría de lo nacional, la que verdea las ramazones del ombú lomeño y azula los plumajes del tordo arisco y dora las espigas flexibles de la mies. Una el son melodioso del arpa suya al melodioso son de todas las arpas de los ingenios que consagraron su existencia al país, al país de los tréboles y de los cardenales, al país cuyas noches templan y alumbran los rayos diamantinos de la Cruz del Sur. Júntese al coro de los que vivirán mientras la patria sea, porque el único himno que cantarán más tarde los labios de la patria será el himno de gloria con que la arrullaron los trovadores que la quisieron con absorbente amor, con amor imperioso, con amor absoluto, con el amor de la vieja guitarra de nuestro Alejandro Magariños Cervantes y con el amor de la lira de bronce de nuestro Juan Zorrilla de San Martín.

Y hablemos, ya que es este mi último trazo sobre los ritmos, algunas palabras de calología y metrificación.

Hegel me apasiona. ¿Qué es lo que leo en el tomo primero de su *Poética?* Leo que el ideal es el fin del Arte.

El hombre, encarcelado entre los cortos límites de lo

finito que le circunda, vuelve los ojos entristecidos hacia una esfera de mayor nitidez y de mayor verdad, esfera en la que callan ó desaparecen las contradicciones y las rebeldías de lo infinito. En esa esfera, superior á la esfera donde se desarrolla la vida ordinaria, la libertad del yo se dirige sin límites ni obstáculos hacia su fin supremo, hacia las grandes luces del bien sin ocasos y lo hermoso sin manchas. El arte debe concebir y representar, bajo formas sensibles, el desenvolvimiento noble y autónomo de la vida de nuestro espíritu. La realidad del arte, la verdad calológica, consiste en la expresión perfecta de la idea que tortura al ingenio y el numen realiza. El arte reune y el arte separa todo lo externo, todo lo accidental, todo lo que se opone á la armonía que debe existir entre lo corpóreo de los objetos y la idea de los objetos, no siendo el ideal sino el producto ó el resultado de esta enaltecedora purificación. — Embellecedlo todo, prestándole á todo la belleza del alma, — nos dice Hegel.

La propiedad característica del ideal consiste en la virtud de armonizar lo externo de las cosas con lo íntimo de las cosas. Se idealizan el ser ó el objeto cuando se connubian estéticamente, con profundo amor, la forma y el espíritu del objeto ó del ser. Se idealizan un ser ó un objeto cuando se desposan, en el ara del arte y ante el sacerdocio de la inspiración, el barro y la esencia, lo perecedero y lo que no concluye. Esta sagrada espiritualización, esta espiritualización de lo material en lo ideológico, no llega nunca, ni bajo el mismo soplo del numen, hasta presentar la idea general bajo una forma abstracta. La purificación detiénese en un punto intermedio, punto en que la forma puramente sensible y el espíritu puro se reconocen, se

reconcilian y se hallan de acuerdo. El arte se encuentra colocado en el foco de ese punto intermedio, — punto en que la idea, no pudiendo desenvolverse y transparentarse bajo una forma abstracta y general, se desenvuelve y se manifiesta como una realidad individualizadora, — realidad que, á su vez, purificándose de toda alianza grosera ó impura, se funda y armoniza perfectamente con la idea ó el alma de la realidad. Lo artístico es lo espiritual bajo formas sensibles. — "El arte y la poesía crean, siempre que se dirigen á los sentidos y á la imaginación, un mundo de fantasmas, un mundo de sombras, un mundo de ficticias representaciones; pero el arte no admite estas apariencias de por sí y en sí mismas, sino por su virtud de satisfacer uno de los más nobles deseos del espíritu, desde que las apariencias de que tratamos hacen vibrar las cuerdas más sonantes y las cuerdas más íntimas del alma humana". — El ideal, preconizado por la hegeliana estética como fin de la poesía, late en las dudas y refulge en las esperanzas que engrisecen ó doran los bordones de Mendilaharzu. Éste se esfuerza por ensanchar los límites de lo finito, embelleciendo y eterilizando las sensaciones con que le turba la realidad, en busca de la armonía entre la forma sensible de las cosas y el espíritu de las cosas de que acabo de hablaros en nombre de Hegel.

Mendilaharzu, como ya os dije rápidamente, es un poeta lírico. El fondo de la creación lírica, según los cánones hegelianos, no puede ser, como nunca ha sido, el desenvolvimiento de una acción que refleja la múltiple variedad de las representaciones de todo un mundo. El fondo de la obra lírica es el alma de un hombre considerado como individuo y visto en sus aspectos individuales, en sus horas de gozo y de pesa-

dumbre, en lo más personal de su corazón y en lo más personal de su inteligencia. A causa, sin embargo, de ese mismo carácter individualizador y particular, — carácter que constituye la esencia y el atributo de la poesía lírica, — la poesía lírica nos ofrece una multiplicidad enorme, multiplicidad que le permite reproducir todos los aspectos de la vida nacional ó patriótica. La poesía lírica, — en el conjunto ó suma de los poemas particulares, — puede recorrer la totalidad de las ideas y de los intereses del país que la inspira, del pabellón en donde hace nido de amores apasionados, de la tierra que la embalsama con sus perfumes y que le da la música encantadora de su fraseo. El poeta lírico es el que convierte lo que le impresiona en imagen estética, caracterizándose ó imponiéndose por la mucha profundidad de sus sentimientos y por la levantada riqueza de sus tropos. Unas veces le dicta santas intimidades la sombra de Emak, el dios dulce y doméstico de la antigua Tartaria; otras veces su laúd parece fundido con el heroico hierro de la espada patriótica de Juan de Buel; otras veces requiebra, se angustia, filosofa y predice, siendo tan multiforme y tan policromo como Djami, el bardo favorito de los Abu - Said y de los Hussein Mirza. Así Erato dirige las alas del numen de los romances cómicos de Moratín, el de los versos anacreónticos de Alberto Lista, el de las caballerescas estancias de Arolas y el de los nobilísimos amores á la patria que sintió Aribau. Erato marca rumbos al amatorio numen de Flores y al numen de las odas enardecidas del chileno Irisarri, como también impulsa la eglógica garganta del boyero que inspira á Rafael Obligado y la garganta eglógica del zorzal que conversa con Elías Regules. Erato preside las bodas del arte con los ingenios decadentistas,

con los ingenios engalanados por el follaje amplísimo y por la exótica inflorescencia de los anturos, con los ingenios que alardean de sentir por lo indiano la sajona y firmísima enemistad que sintió por lo indiano Benjamín Church.

No vaya á creerse, porque no es verdad, que el modernismo renovó la estética. La estética es, como siempre ha sido, platónica y hegeliana. ¿Qué promulga y sostiene Manuel Signoret en su primera *Carta sobre la Poesía?* Signoret, en la epístola que dirigió al *Mercure de France*, nos dice que la voz ó término poesía traduce ó designa el estremecimiento propio á la creación. La poesía no es sino aquello con aptitudes para ser creado. Es poesía todo lo que puede revestir una forma que lo transforme ó trueque en realidad. La substancia universal se presta á ser objeto de creación; pero el movimiento que la mueve y anima comunica á todas sus modulaciones maneras de ser que la dividen en propia ó impropia para existir. La inteligencia humana discierne la índole de estas antagonistas modulaciones. Un estremecimiento del sér humano responde á esta posibilidad de vida de las cosas. Se produce en nosotros, ante las cosas aptas para vivir, una agitación de extraordinaria índole. Es que se rompe la estabilidad orgánica. Es que se rompe para siempre una vieja armonía á fin de que se forme una armonía nueva. Distinguimos con fuerza poco común, como resumen y nueva forma del universo, las cosas que nos han emocionado con intensidad suma. Su belleza se nos aparece como aislada, como imperial, como dominadora. Y sobre esta belleza se levanta el edificio de la calología de Signoret.

Analicemos rápidamente sus bases estéticas. Las maneras de ser de las modulaciones, que dividen á la

substancia en propia ó impropia para vivir, son los objetos que pueden idealizarse ó no idealizarse por el desposorio ó el antagonismo de su forma sensible y su espíritu puro. La estabilidad orgánica que se rompe, la vieja armonía que se destruye para dar lugar á una nueva armonía, no es sino la hegeliana purificación de que ya os hablé, no es sino aquella purificación que concluye con la aparente armonía de lo accidental, para hacer que surja la sublime armonía de lo corpóreo de los objetos con la idea ó el alma de los objetos. Y la emoción que experimentamos ante las cosas aptas para vivir no es sino la emoción que experimentamos ante la hermosura, emoción noble y educadora y desinteresada que nos describieron todas las calotecnias idealistas, desde la calotecnia del heleno Platón hasta la calotecnia del teutónico Hegel.

Signoret añade que los artistas, cuando son artistas, se amarran á la esencia de las cosas. La inteligencia humana, en el torbellino de lo poético, se mezcla á las cosas y gira con las cosas. La inteligencia y el universo, en el universo de la poesía, son consubstanciales. Se graban de este modo, en el alma del artista, — en el ritmo interior de su espíritu, — los vaivenes del mundo y la impulsión de los acontecimientos, porque nos envuelve y porque nos empuja el soplo mágico que hincha á las cosas y las penetra. Así el poema, repetición de las sonoridades de los seres y de las cosas, es el glorioso intérprete del universo. El arte consiste, principalmente, en encontrar las formas que convienen al sentimiento estético de las cosas nuevas, de las cosas que tienen ansia de vida y tienen aptitud para ser creadas. Y esto es lo más profundo que hallo en la estética de Signoret.

No es esto, sin embargo, una novedad. Los hege-

lianos, como ya sabemos, llaman poetas á los que convierten lo que les impresiona en imagen ó tropo. Los hegelianos exigen, á los poetas, el proteico don de la riqueza imaginativa ó de la polipersonalidad. Los hegelianos declaran que los poetas son como el eco de las ideas y de los intereses de su siglo y su patria, es decir, los intérpretes de las cosas nuevas que piden agregarse á la vida hervidora de la creación. Los hegelianos reclaman, á los poetas, originalidad en la ideación, que debe ser alta, y sostienen también que lo más importante de la poesía reside en la expresión ó elemento trópico. Los hegelianos afirman, por último, que será más poeta el que mejor traduzca mayor cantidad de instantes emotivos, convirtiendo en asuntos de inspiración todos los sentires y todos los pensares que crucen el fondo del cielo de sus almas. Y los hegelianos, para demostrar la verdad de su tesis, nos recuerdan lo múltiple, lo vasto, lo polipersonal de la labor de Gœthe.

El poeta lírico es, por lo tanto, como un espejo donde se refleja el mundo exterior á la luz rápida y á la luz hervidora de las emociones. Anotar la imagen del minuto fugaz, en que brilla la llama de la emoción, puede ser anotar una imagen destinada á vivir por tiempo luenguísimo, si la emoción experimentada cristaliza, en los ritmos que la traducen, una nueva verdad ó una belleza augusta. Ve y dí á los jóvenes, oh casta obra, que yo escribí sin colaboradores ni consejeros, que la perla de la hermosura no nace en el mar sin faunas y sin flores de lo artificioso, sino en el mar fecundo de las sinceridades del corazón. Ve y dí á los jóvenes, oh labor en que puse mi sangre más pura, que las pendientes que suben al ideal se llaman trabajo, decoro, desprendimiento, culto del deber, co-

dicia inestinguible de excelsitud, porque el lirismo de nuestras almas se vuelca y resplandece en el lirismo de nuestras obras. Ve y dí á los jóvenes, oh amable mensajero de un dulce pregón, que las alas del numen son la verdad sin sombra de grosería y el bien sin sombra de mezquindades, la verdad socrática y el bien platónico, porque en verdad y en bien se resolverán siempre, á través de las almas, todos los ritmos de la armonía del vuelo levantado hacia el ideal, como siempre se resolverán en sonido y luz, á través del espacio, todos los ritmos de la armonía de las mareas de los golfos del éter. Ve y dí á los jóvenes, oh hija querida de la soledad que tú dulcificaste y ennobleciste, que se arrodillen ante la belleza augusta, inmaculada, enorme, pensativa, resplandeciente y misericordiosa del Porvenir!

Erato, la musa de las emociones más delicadas y más violentas, el numen de los movimientos más tempestuosos y más apacibles del corazón; Erato, la amante y la amada del dios de la luz, la de la lira griega y la guitarra mora; Erato, subiendo por los mares de lo infinito, como la sirena azul de Samain.

Laisse traîner sa voix comme un grand filet d'or!

Julio Raúl Mendilaharzu, aunque á veces dormita como el gran heleno, sabe de métrica. Utiliza frecuentemente el pareado de música alejandrina, más libre en sus cesuras que el alejandrino martillador de la edad romántica. No olvida sin embargo, al quebrantar la rigidez del yugo, que el verso alejandrino, por la naturaleza de su eufonía, tiende á distribuirse en dos hemistiquios, que le proporcionan la tranquila grandeza y la dignidad grave con que se desenvuelve la

curva de su vuelo. No cultiva, en cambio, el endecasílabo de gaita gallega, el dactílico con que presumen sacar patente de originales algunos ingenios que no conocen la historia de los ritmos de que se sirven, porque no es novedad para las musas de origen godo el uso de un ritmo que manejaron conscientemente Moratín é Iriarte, ritmo que también deslizóse por incidencia en las viejas estrofas de Boscán y Berceo, de Santillana y de Garcilaso. — El verso de ese ritmo, caracterizado por el acento de su séptima sílaba, divide al bordón en cláusulas trisilábicas con acento en primera, siendo ese ritmo, marcado y perfecto, resurrección y no novedad en el tesoro literario de España. El endecasílabo regular, el de sáfica música, asfixió al dactílico por ser más flexible, más armonioso, de más libertades en su acentuación y más apropiado para exteriorizar los ritmos de la múltiple música del sentir, lo que hace que el dactílico se juzgue excluído de nuestra métrica por las autoridades esclarecidas de Eduardo Benot y de Leopoldo Alas. En cuanto á lo nuevo de que alardean los que le cultivan, se remonta á los siglos en que principió á saberse rimar burdamente en España, como lo han demostrado con ejemplos y citas Menéndez Pelayo y Eduardo de la Barra. Tengo ante mis ojos un estudio del último, desbordante en muy clásica erudición, estudio que se titula *El endecasílabo dactílico.* Este bordón no es condenable por su cadencia, rígida y monótona como la cadencia del alejandrino de los románticos, sino por el mal uso con que se le injerta entre otros bordones de diverso ritmo, como advertiréis en los finales de algunos sonetos de Herrera y Reissig. Esos atentados contra las leyes de la armonía han merecido la justa y breve crítica que podréis leer en la página 18 del estudio que mencioné de Eduardo de la Barra.

El señor Mendilaharzu parécenos sentir cierta predilección por la rima imperfecta ó asonantada, cuyo secreto consiste principalmente en la docta mixtura de verbos y nombres para broche ó corona de los versos asonantados; pero, por lo común, el romance se utiliza muy poco por nuestros poetas, que no han advertido la ductilidad, la gracia, la armonía, las perfecciones del romance octasílabo, recurso excepcional y maravilloso que bastaría para enorgullecer y caracterizar á nuestra incomparable y dulcísima parla. La narración ó crónica, ya del hecho remoto y legendario, ya del suceso reciente ó vulgar; lo narrativo, ya de nuestras ciudades cosmopolitas y recién formadas, ya de los verdes campos, que empapan nuestras flores con las aromas de su respiración; todo lo que remueve ya el sentir del poeta, ya el sentir nacional, encuentra en el romance modos de traducirse con elegancia suma, con fiel exactitud y española eufonía. El romance y la décima parecen hechos para asilo y columpio del alma popular, no habiendo idioma que ofrezca al espíritu de las multitudes mejores medios de transparentarse que los que le brindan principescamente el romance y la décima de nuestro idioma, del idioma que sabe á miel de lechiguana y á zumo de gramilla, del idioma que vuela con las graciosidades del colibrí y con la olímpica majestad de las águilas, del idioma magnífico en que cantaron sus himnos al sol de nuestras cuchillas el numen de Francisco Acuña de Figueroa y el numen de Alejandro Magariños Cervantes.

Insisto, finalmente, en la necesidad de que nuestros poetas contribuyan á la rápida formación del espíritu patrio, dedicando sus almas y sus cantares á lo nativo. No quiero decirles que se reduzcan á plasmar lo que fué, ni quiero condenarles á la visión perpetua de lo campero. Los llanos que cruzó el gallardísimo pan-

garé de Celiar y los montes que oyeron las súplicas del indio que idolatró en Blanca, no son ni pueden ser el exclusivo asunto de los bordones de nuestros poetas. Están sus propias ansias y están las ansias de nuestras ciudades, están sus pasiones y están las pasiones de nuestras ciudades, está lo presente y está lo futuro, están todos los temas no explotados aún; pero esos temas deben ser vistos en nuestro escenario, iluminarse con las fulgencias de nuestra luz, vestirse con las galas del decir nacional, ayudando sincera y magnánimemente á la dulce labor de nuestra unidad y á la noble labor de nuestra grandeza. El tema importa poco, si el tema es artístico; pero importa mucho que lo oxigene y lo haga perdurable aquel divino amor de lo nuestro que inflamó á las musas engendradoras de Tabaré y Celiar.

Vuelvo á repetir que se engañaría quien imaginase que le marco fronteras á la inmensidad de la inspiración. Lo que quiero deciros es que esa inmensidad, inmensidad de pensamientos y de emociones, la hallaréis en la patria, que le da algo suyo, algo característico, algo que nos enciende y azula el corazón. Es ese sello, que cada madre imprime á sus criaturas, lo que debe buscar el numen nativo, que no ha de encontrarlo sino en la violencia y en la magnitud de su idolatría por lo nacional. El que cante á los otros pierde su tiempo, porque siempre las madres preferirán el beso de sus hijos á la caricia de los extraños. Poetas de mi tierra, poned lo verde de sus llanuras en vuestra esperanza, poned lo rojo de sus ceibales en vuestras pasiones, poned lo azul de su cielo infinito en el fúlgido cielo de vuestro ideal, porque os afirmo y juro que vuestra gloria sólo perdurará si brilla como rayo del sol de su gloria, como flor de su altar, como

nota de su himno, como dos manos fuertemente asidas á dos barras de oro de la luz sin crepúsculos de su porvenir. ¡Hagamos que lloren sobre nuestro cadáver desde el tallo de hierba de nuestras cuchillas hasta el copo de espuma de nuestras costas, el corazón del caserío y el de la soledad, el espíritu y la naturaleza del país en que puso nuestra ternura todo lo bello, todo lo noble, todo lo idolatrable y apetecible, todo lo digno de ser salvado cuando la forma humana desaparezca del Universo!

IV

Prometí ocuparme de Carlos Vaz Ferreira. Pensaba hacerlo con amorosa solicitud. Renunció á mi propósito, al ir á realizarlo, por mi absoluta falta de espacio y de preparación para detenerme en la especialidad á que se consagra. Básteme decir que Carlos Vaz Ferreira es la encarnación de la sabiduría. Básteme decir que su sabiduría es un enorme manojo de nervios. No extrañéis si le ronda la neurastenia á este modesto y á este erudito, que es pedagogo de campanillas. Ha trabajado mucho cerebralmente. Se hiergue solo, mirando al cielo para escrutarle, como una hermosa cumbre intelectual. Su estilo me parece difuso y enmarañado. Sus lecciones, por la virtud de su notoria sabiduría, casi siempre concluyen con un signo angustioso de interrogación. — "Les étourdis ne doutent de rien", — decía Voltaire.

La duda es el cuervo que grazna en el espíritu de Vaz Ferreira, lo que no le impide indigestarse de ética é indigestarse de metafísica. Presumo que el insomnio le atenacea, que se pasa las noches sobre un por qué, que después del por qué combate fieramente con un

sin embargo, y que al llegar la aurora tiene una pesadilla de series de peros sin solución que le tranquilice.

Es montevideano. Nació en 1873. Doctoróse en leyes y ganó por concurso la cátedra de Filosofía. Forma parte del Consejo Universitario y de la Dirección de Instrucción Pública.

Es profesor ó maestro de conferencias, á pedido y por orden de la juventud, en la Universidad de Montevideo.

Sufre de la inquietud de lo calológico, porque también lo bello, la santa hermosura, las causas y los fines del arte inmortal, son motivo de estudio en este codicioso de iluminar sombras y descubrir misterios. Cuando no lo consigue se desespera y cuando lo consigue enturbia lo cierto, poniendo alguna nube en la luz que encontró, porque los filósofos si saben demasiado, concluyen por saber que no saben nada. Esa dolencia nos es desconocida, por bienandanza, á los enemigos encarnizados de la filosofía trascendental. Que la esfinge se guarde su último secreto. Su mutismo no impide que relumbre el sol, y se casen los tordos, y enfloren los naranjos, y corran las fuentes. ¡Su mutismo no impide que columpie las cunas, amorosamente, el hada infatigable de la Vida!

Los principales libros de Vaz Ferreira son, á mi pobre entender, *Notas y observaciones*, *Elementos de Psicología Experimental*, *El Pragmatismo*, la *Moral para intelectuales* y *Los problemas de la libertad*.

Los editores me tiran del vestido, diciéndome que estoy por colmar la medida. Suprimo, entonces, todo lo referente á la oratoria parlamentaria del ayer cercano y del hoy pasajero, aún cuando es de sentir, pues mucho de bueno pudiera señalar en los discursos de los señores Gabriel Terra, Julio María Sosa, Flo-

rencio Aragón y Etchart, Ambrosio L. Ramasso, Amadeo Almada y Juan E. Buero, que, según mis lecturas, es el más elocuente de los de su grupo en la Honorable Cámara de Representantes. Detenerme quisiera, por ser de justicia, en el doctor Pedro Manini y Ríos, periodista de nota y maestro en las lides parlamentarias, gustador de libros y carácter entero, piloto consumado en los arrecifes y en los bajíos del mar de la política. De origen humilde, nacido en un hogar con mayores virtudes que comodidades, este diarero y conferencista, este legislador y jurisconsulto, aprendió desde niño, tomándolo por guía acicateante de su conducta, el bordón de Regnard:

Il faut pour nos talents faire notre destin.

Cultura, carácter, doctrina, ingenio y ambición noble irradian, á pesar de su partidismo, en la elocuencia popular y legislativa del doctor Pedro Manini y Ríos.

Siempre he sostenido que el talento no es propiedad de ninguna enseña, como no lo son, afortunadamente, el honor y el desinterés, el patriotismo y la bizarría. Prueba lo que asevero Juan Andrés Ramírez, de muy levantada alcurnia platense, abogado de nota, periodista de vuelo, satírico á ratos, boca veraz, corazón viril, cerebro luminoso, sabio catador de doctrinas constitucionales en la Universidad de Montevideo y representante de muchas garras por el histórico departamento de Rivera.

Juan Andrés Ramírez nació el 16 de Agosto de 1875. Fueron sus padres el doctor Gonzalo Ramírez y la distinguida señora doña Irene Chain. Su abolengo es ilustre por las dos ramas, pues tiene por abuelos paternos á Juan Pedro Ramírez y Consuelo Alvarez

y Obes; y por maternos á Benito Chain y Narcisa Pacheco y Obes. — A los quince años pronunciaba su primer discurso desde los balcones de la Junta de Montevideo y á los veinte ingresaba en la redacción de *El Siglo*, que dirigía con cordura y sapiencia Eduardo Acevedo. Su paso por las aulas fué brillantísimo, otorgándole gratuitamente, en mérito á la conducta que observó en ellas, su título de abogado la Universidad. — Combatió á Borda y prestigió á Cuestas, sin dejar de esgrimir su pluma de probo contra los abusos de su presidencia dictatorial. — Dirigió después, simultáneamente, "El Siglo" y "La Razón", abandonando ambas direcciones, en virtud de lo infructuoso de sus esfuerzos á favor de la paz, al estallar la revolución de 1904. — Ha sido secretario de la Universidad y profesor de Derecho Constitucional, obteniendo, por concurso, la cátedra vacante á la muerte de Justino Jiménez de Aréchaga. — Volvió al periodismo en Febrero de 1908, apoyando al gobierno del doctor Williman y prestigiando el retorno á la presidencia del señor José Batlle y Ordóñez. Se engañó como muchos, no creyó que pudiéramos ser profetas los que veíamos un peligro en Batlle, y confesó su yerro valientemente al estallar la huelga de 1911 y al advertir lo que se buscaba con la reforma de la Constitución.

La juventud adora en este ciudadano sobresaliente. Aunque tiene la iluminada prudencia de Néstor, sabe decirle con gallardías la verdad á Cromwell. Dirigió, con aplauso, el Círculo de la Prensa.

Esta es la noble y respetada personalidad de Juan Andrés Ramírez, — que realza sus brillos de virtud cívica y de potencia intelectual con los discursos que ha pronunciado desde su banca de legislador. Dirige, actualmente, el *Diario del Plata*.

Dejadme remontar el curso del tiempo. Dejad que recuerde á un ex diputado con quien me ligan inolvidables vínculos de amistad probada. Saquémosle algún néctar á la flor de la vida. Dediquemos algunas breves palabras al doctor Vicente Ponce de León.

Debió nacer, no aseguro el dato, hacia 1861. Graduóse, al salir de la adolescencia, de doctor en derecho. Ejerció su carrera y estableció su hogar, modelo de virtudes, en la trabajadora ciudad de Fray Bentos. Vivió después, por corto período, en la hospitalaria capital argentina y radicóse definitivamente, hace ya muchos años, en nuestra idolatrada Montevideo. Escribió versos, que no eran malos y sonaban á oda, en los días ardientes de su juventud. Redactó diarios, como *La Patria,* y dirigió diarios, como *El País.*

Su apellido es de ilustre progenie española, esplendiendo su sangre frente á Granada, donde escuchó el reproche de Aixa á Boabdil, y esplendiendo su sangre sobre las olas, en tiempos de Ovando, hasta encontrar, venciendo á las brumas, los vírgenes follajes de la Florida y el virgen archipiélago de las Lucayas.

Ese apellido impone; pero mi compatriota lo lleva gallardamente, como el yelmo brillante, como el yelmo que se pule todos los días, sostiene el penacho de cimbradoras plumas sin mancha. En su blasón bandado, cada banda relumbra de lealtad, cada lista reluce con brillos de honor, igual que relumbraron en la vega de los zegríes y como relucieron en la conquista de Puerto Rico.

Cuestas nombróle, con buen acierto, entre los que formaban el Consejo de Estado, y designóle, con buen acierto, Jefe Político de San José.

Al sonar los clarines de las montoneras de 1903 y de 1904, recorrió cuchillas y asistió á combates no lejos

de Aparicio. Después que la muerte besó al caudillo de la buena memoria, San José tuvo por diputado al doctor Vicente Ponce de León.

Católico viril, defendió con firmeza su fe de católico, la fe que ilustró con sus sabias lecciones un bisabuelo suyo del siglo diez y siete, que enseñó teología con mucho aplauso en las vetustas universidades de Alcalá y Salamanca. Creyente sincero, se aferró á sus dogmas, sin retirar una sola palabra de lo afirmado por las convicciones de un mundo que agoniza. Se mantuvo de pie sobre los escombros de lo que se va, como una bandera que aún extiende su cruz sobre las ruinas de aquellas centurias que humilló la sandalia de los Gregorios y los Inocencios.

—Hay espíritus que desatan y otros que rompen, — dice un romance de Víctor Cherbuliez. Los Ponce de León, cuando se trata de su fe y su enseña, prefieren siempre romper á desatar, hirviéndoles la sangre, por su credo dogmático y su credo político, como por sus reyes ante las torres moriscas de Granada y como por su tierra en los ópimos cañaverales de las Antillas.

Así son los padres y así serán los hijos en esta familia, que lleva en sus venas los átomos mejores de los perfumes vitales de España.

Demos un salto. Me enamora la variedad. Me cautiva el desorden. Yo soy así.

Me encuentro, por la virtud de una asociación basada en el contraste, con el nombre de un prosista bajo mi pluma. ¿Conocéis los dos libros del doctor Thévenin? El doctor Thévenin, — *Monsieur Perrichon,* — era muy erudito y muy ingenioso. Cronista mordaz, apasionado de lo europeo, brillante y valiente en sus paradojas, todo lo nuestro le supo á hiel. Sólo se salvaron de su acerba crítica nuestras más remarcables

obras literarias. Las juzgó con acierto, con galanura, con sinceridad.

En su primera *Colección de artículos* se burló de nuestras costumbres, de nuestra cultura, de nuestro charruismo, de nuestras calles y de nuestras plazas. Se burló con gracia, con inteligencia, con asombrosa tenacidad, y con un estilo donde frecuentemente tropezaréis con muchas palabras de francesa progenie.

Aquel agresivo, pero ilustrado, profesor de mundana filosofía y de estética arquitectónica, pecaba de este modo contra el lenguaje, mereciendo por su mal gusto más de un palmetazo, lo que no me impide reconocer que sus artículos me divierten y me interesan.

Cayó en curiosas contradicciones. Se propuso asombrar, y lo consiguió. Después de habernos dicho, en la página 36, que nuestra capital, por la dulzura y el fulgor de su atmósfera, estaba destinada por la naturaleza á ser una ciudad de júbilo y recreo, de toros andaluces y jugadores cosmopolitas, trató de probarnos, en las páginas 167 y 168, que nuestro invierno es frío, nuestro verano tórrido y falsa la leyenda de la hermosura de nuestro clima.

Thévenin gusta de todos las mujeres que no son estatuas, de las francesas y las de su país; pero, como es natural y lógico, dado el destino que reservó la suerte á Montevideo, no quiere que las últimas se hastíen con el tedio que nos carcome á los orientales, con el tedio embrutecedor de que sufre su esposo y sufren sus hijos, con ese tedio que arruina á las playas donde no hay ruletas y donde no hay toriles, siendo tan necesario como saludable que todo el mundo, todo nuestro mundo de ciudad veraniega y mendigadora, se distraiga y se ilustre en una eterna noche de Niza y Monte - Carlo.

Muchas veces me han sostenido la vulgaridad de que hemos sido hechos para vivir explotando las lacras de los ajenos y nuestras propias lacras. Nuestros vecinos pueden enriquecerse y glorificarse por el trabajo mercantil ó industrial; pero nosotros, como somos pequeños y gozamos de playas muy pintorescas, debemos conquistar la fortuna y la nombradía como los tahures, como los holgazanes y las pecadoras, renunciando á la dicha y á la esperanza del esfuerzo probo. Los que así raciocinan, ofenden á la patria y á la verdad. ¿No es insensato que se compare nuestra capital con Ostende y con Mónaco? La capital de Mónaco tiene alrededor de tres mil habitantes. Ostende tendrá siete mil moradores. Bélgica ha suprimido el juego en Ostende, que hoy vive de sus playas menos que de sus ostras y de su bacalao. En Niza, se dice, también se juega; pero Niza no debe al juego su fortuna, porque Niza, á pesar de su atmósfera de invernáculo, trabaja y comercia con sus pesquerías de anchoas y atunes, como trabaja y como comercia en aceites, en perfumes y en frutas. Si las ciudades, dotadas por la suerte de un sol dorado y de un aire puro y de una playa hermosa, tuviesen por destino vivir de la holganza y vivir del juego, en el juego y la holganza hubiese naufragado la excelsitud de Grecia, que encontró en sus costas y encontró en su horizonte la inmortal arcilla de los espíritus de sus filósofos, de sus poetas, de sus oradores, de sus estatuarios, de sus navegantes, de sus mercaderes, de sus obreros, de los que legislaron como Solón y de los que batallaban como Temístocles.

El error es otro. El error consiste en la fiebre arribista que nos devora. Crezcamos lentamente; pero crezcamos sin artificios, sin insensatas emulaciones,

sin mentidas culturas, por la excelsa virtud de nuestros cerebros y de nuestros músculos. Un país no está solo en su capital, por muy hermosa y por muy ilustrada que su capital sea. Un país está en el metódico é incesante florecimiento de todos sus poblados y todas sus campiñas. Cuando se desenvuelve la capital, consumiendo la savia de todo el organismo en grandezas falaces ó indecorosas, la capital concluye por convertirse en madrastra, en tirano, en azote y en verdugo de la nación. La capital, en los países centralizados, debe ser el cerebro, nunca el estómago, de las democracias, porque no es corte, aunque el gobierno resida en ella, ni debe distinguirse por lo ostentoso de su ociosidad, por no ser la molicie y la ostentación títulos y virtudes en las repúblicas. Gastemos, en armonía con nuestros recursos, cuanto podamos; pero gastemos honestamente, sin envidias ni sueños de advenedizo, sin sembrar el ejemplo y el apetito del mal vivir. Gastemos, en armonía con nuestros recursos, rumbosamente; pero gastemos no en levantar casinos y palacios que desentonan con la modesta realidad de lo colectivo, sino en favorecer al comercio, á la industria, á lo que nos dará positiva riqueza y perdurable gloria. Fijemos los ojos no en los que juegan y sí en los que trabajan, llamando á nuestro suelo á los que trabajan y no á los que juegan, porque vale más un trabajador que cien jugadores en un país de territorio escaso, de población pequeña, de marítimas costas y de playas fluviales, que pide arados y usinas y buques, que se gloria de las hazañas rudas de su pretérito y que debe marchar con proba rectitud hacia lo futuro. Es una villanía decirles á los míos que imiten á Mónaco. ¡Decidles que imiten á Cataluña, la patria de mis padres, que entre dos pedruscos co-

loca una viña, que convierte en huerto hasta el lodazal purificado con su sudor, que no pensó en palacios hasta que tuvo miles de fábricas, que aprovecha sus costas para fortalecerse y no para enviciarse, que no adula á Madrid, y se ríe de Mónaco, y que engrandece á España.

No faltará quien jure, mientras me lee, que la moral privada no es de la misma índole que la moral pública. Ya me lo gritaron, sin hipocresías, algunos políticos muy habilidosos. No me convencieron, á pesar de que sé que el derecho regula la libertad externa y la moral regula la libertad íntima, por haberlo leído en un libro de Kant. Lo que no comprendo es que puedan decirme que son antagónicas la regulación de mi libertad y la regulación de la libertad de mi grupo humano. Lo que á mí me denigra como unidad aislada, ¿podrá ser virtud si lo adopta el compuesto de que formó parte? ¿No es con la suma de decoros privados que se constituye el austero decoro de lo colectivo?

Hallo, por otra parte, delictuoso y ridículo decirle á mi tierra, — que exporta por valor de veinticinco millones de francos y que produce aproximadamente cuatrocientas mil toneladas de trigo, — que su capital, el centro mercantil y portuario de la república, está condenada por la naturaleza á vivir como vive la capital de Mónaco.

Es indiscutible que el juego, no pudiendo abolirse, debe reglamentarse; pero no para esparcirlo y enaltecerlo, sino para que encuentre limitaciones en la ley despectiva y desaprobadora. Es en el trabajo, nunca en el juego, que han de basarse la riqueza y el lustre de los caseríos y de las campiñas, sin que justifiquen, á los que conculcan la ley moral, sus lamentaciones

sobre la corta extensión de las patrias y sobre lo duro de sus destinos. La alegría mala, la alegría de que no pueden participar las gentes honestas, no es la alegría que yo ambiciono para la ciudad en donde nací, ciudad que oxigenan y que robustecen los vientos del estuario, ciudad que tiene la obligación de ser la más libre y la más culta y la más laboriosa y la más honrada de todas las ciudades de nuestro suelo. Todos los escritores, agudos ó no, así deben decírselo, porque los escritores, que aspiran á perpetuarse con la juventud de que están dotadas las esencias de lo platónico, deben purificar las cosas y los seres infiltrándoles cariñosamente un rayo de la luz generadora de la Belleza, la Verdad y el Bien.

El ingenio fué concedido á los hombres para que enseñasen á decir al espíritu de su tiempo y de su país, como aún canta la musa no decadentista de la ciudad de Hugo y de Musset,

L'aile ouverte, attendant le souffle des tempêtes,
Je plonge et nage en plein azur.

Paso por alto las páginas que Thévenin dedica, en su segundo libro, á hacernos el elogio de París. Están primorosa y agudamente escritas; pero no me interesan ni me impresionan. En cambio os recomiendo casi todas sus crónicas sobre Guitry, Salvini, la Borelli, Capus, Bernstein, Bourget y Lavedán, como os recomiendo, del mismo modo y con más insistencia, lo que nos dijo sobre Cione y Rodó.

Esto me trae como por la mano á hablaros del autor de *El mirador de Próspero*.

José Enrique Rodó ya reside en las cumbres de la nombradía. Es hijo de la ciudad de Montevideo. Se

despertó á la dulce luz de mi patria, para orgullo de ésta, en 1872.

Ingenio tan eximio tuvo por cuna el respetable y cariñoso hogar, modelo de hogares, de un lemosín con una uruguaya. — Carece de títulos universitarios. Se doctoró á sí mismo, maestro de sí mismo, trocando su memoria en una enciclopedia. — Figuró en el cuerpo de redacción de *El Orden,* el *Diario del Plata* y *El Telégrafo Marítimo.* — Ha sido catedrático de literatura en 1898. Director interino de la Biblioteca Nacional en 1900. Diputado en 1902. Dejó de serlo, según mis notas, en la segunda de las presidencias del señor Batlle. Pero más que esto, mucho más que esto, ha sido y es consumado retórico y crítico sapiente. Repútole el primero de los prosadores de mi tierruca y uno de los más célebres prosistas de América.

Nadie discute su autoridad en los países donde se habla nuestro pomposo y varonil lenguaje, siendo tenido en singular aprecio bajo el sol de Castilla. Méjico reproduce sus obras, Chile las lee con solicitud, Buenos Aires le admira y la pluma de oro, con que escribe sus libros, es un regalo de Venezuela.

Estudia mucho, medita más y produce después esculturales páginas. Tengo, para mí, que toca y retoca lo que compone, hasta que lo presume acabado modelo de corrección. — Es alto, miope, cargado de espaldas, con desaliños en el vestir, de monjiles costumbres, tolerante en política y menos orgulloso de lo que tiene derecho á ser. — Inmortal en vida, desmiente á todas horas, con la solidez inconmovible de su justo renombre, el prosaico y conocido verso de Dufresny:

La favour populaire es un flux et reflux.

Inicióse en el libro con las sesenta páginas de su folleto *La vida nueva,* que vió la luz en 1897. — En

el introito de aquel opúsculo, bien celebrado, esculpió el programa de su labor futura. — "Temperamento de crítico es el que une al amor por una idea ó una forma de arte, nervio y carácter de sus juicios, la íntima serenidad que se levanta augusta y vencedora sobre los apasionamientos de ese amor, como se cierne sobre las tempestades de la tierra la paz de las alturas". — Página 9. — Díjonos, entonces, que estábamos cansados y sin alegría. — "En nuestro corazón y nuestro pensamiento hay muchas ansias á las que nadie ha dado forma, muchos estremecimientos cuya vibración no ha llegado aún á ningún labio, muchos dolores para los que el bálsamo es desconocido, muchas inquietudes para las que todavía no se ha inventado un nombre". — Página 23. — Era verdad, porque el romanticismo, el naturalismo y el excentricismo no lo han dicho todo. La verdad de entonces aún es verdadera. El crítico puede, auscultando el corazón dolorido y vacilante de nuestro tiempo, repetir todavía los hermosos bordones que lloró Delavigne:

"Il marche, marche encore, et toujours, et la sonde
Plonge et replonge en vain dans une mer sans fond."

Estamos en espera del revelador. Sabemos que vendrá, para llenar el vacío de nuestras almas con un grande amor y un entusiasmo grande; — "pero yo no tengo de tí sino una imagen vaga y misteriosa, como aquellas con que el alma empeñada en rasgar el velo estrellado del misterio puede representarse, en sus éxtasis, el esplendor de lo Divino". — Página 26. — Esto era delicioso, pero impreciso. Lo aclaró en el mismo y esplendente opúsculo, donde predicó así: — "El Arte grande, humano y eficaz en nosotros será

aquel que se cierna sobre esta inmensa agitación, sobre esta vorágine soberbia, para tender sobre ella la sombra de sus alas; el verbo poético, poderoso y fecundo, será aquel que no busque fuera del alma de su tiempo los impulsos creadores, sino que se reconozca hechura de su espíritu, y le manifieste todo él, desde sus grandes é impetuosos estremecimientos hasta sus vibraciones más sutiles y más vagas ". — Página 36. — Recordad lo que os dije, en el tomo cuarto, acerca del concepto que la poesía le mereció á Hugo, y recordad lo que os indiqué, en el tomo primero, acerca de los vínculos que enlazan al artífice con el ambiente, según las calológícas enseñanzas de Taine. Veréis, si recordáis, que Rodó piensa como Taine y Hugo. La escuela que amanece, la que azula los velos del horizonte con el delicadísimo pincel de la aurora, ¿nada heredó, entonces, de las artísticas modalidades que la precedieron y prepararon? Las que nacen fecundan, ensanchan y completan á las que mueren. — " Son presupuestos tramos de donde vè rítmicamente dilatarse el horizonte quien los sube ". — Página 42. — Ese simil es bello, por lo cual hago mías la idea y la imagen. Ese simil me sugiere otro simil. Voy á decíroslo. El arte evoluciona, como todas las maravillas de la creación. Lucrecio considera la vida humana como una antorcha que los hombres se trasmiten corriendo por el campo de las edades. Los modos estéticos se trasmiten, corriendo por la ruta sin fin de los siglos, la antorcha del arte, más refulgente que las antorchas de las clásicas fiestas Panatheneas. El crítico, cuando habla de las escuelas que han sido y que son, puede hacer suyo el verso de Lucrecio:

Et quasi cursores vitaï lampada tradunt.

El arte es vida, la vida de su tiempo, la vida engendrada por las entrañas de lo que fué y la que engendrará á las horas que van á seguirla. Recojamos en el arte propio y en el universal, para hacerlo nuestro, — " lo que exprese una realidad de nuestro mundo íntimo, de nuestro sufrimiento, de nuestra fe, de nuestro amor ". — Página 59. — Sí, recojámoslo, porque el amor es el único fin de la vida, porque la fe es el tallo que sostiene á la flor embalsamadora de la esperanza, y porque el sufrimiento es el más fecundo de todos los dones que puso en nuestra cuna la Naturaleza. — Gritemos al destino, cuando el destino nos entierre el puñal de alguna amargura en la carne del alma: — Haces bien: encúmbrame y purifícame. — Gritemos á las sombras amenazantes, de donde viene el río de las lágrimas, el verso de Musset:

" *Rien ne nous rend si grands qu'une grande douleur* ".

Hablemos de *Ariel*. — Novena edición y ciento veintiocho páginas. — 1911. — Su estilo es cincelada copa de cristal. Su río de ideas dilátase, con serenísima majestad, en ondas de perfección y de armonía. El águila de su verbo sube, trazando á modo de concéntricas series de curvas musicales, por el éter que dora el sol del pensamiento. Su léxico es cual lirio de azulada blancura, que mece la suavidad del zumbo de una avispa ática en cada uno de los seis pétalos de sus hermosas flores, en el fondo de cuyos cálices están escondidas las esencias incorruptibles de que hablan los diálogos divinos de Platón.

Ariel nos dice, apoyándose en una delicada y romancesca imagen de Guyau, que — " no bien la eficacia del ideal ha muerto, la humanidad viste otra vez sus galas nupciales para esperar la realidad del ideal

soñado con nueva fe, con tenaz y conmovedora locura". — Página 15. — Es cierto, muy cierto. La humanidad como la naturaleza, aborrece el vacío: la flor del árbol de su ideal sólo se marchita, cuando asoma el botón de la camelia blanca de un ideal nuevo. El pebetero, donde se queman los perfumes de la fe y la esperanza frente á los altares del ideal niño, es la Juventud. — "Jóvenes, sed conscientes de la fuerza bendita que lleváis dentro de vosotros mismos". — "Yo creo que América necesita grandemente de su juventud". — "Sea la juventud una realidad de la vida colectiva, como lo es de la vida individual". — Páginas de 19 á 26. — *Ariel* agrega, apoyándose en la simbólica hermosura de un primoroso cuento de Oriente: — Vuestro huerto interior cuidad con religiosa solicitud. "Abierto con una saludable liberalidad, como la casa del monarca confiado, á todas las corrientes del mundo, exista en él, al mismo tiempo, la celda escondida y misteriosa que desconozcan los huéspedes profanos y que á nadie más que á la razón serena pertenezca". — "Pensar, soñar, admirar: he ahí los nombres de los sutiles visitantes de mi celda". — "El principio fundamental de vuestro desenvolvimiento, vuestro lema en la vida, deben ser mantener la integridad de vuestra condición humana". — Páginas 38 y 39. — Es cierto, muy cierto. La belleza es el engarce de la esmeralda de la bondad. Pulid el oro puro y la piedra magnífica de la joya de vuestro corazón. Os digo que engarcéis, cambiando el ejemplo, el diamante de la hermosura en el oro de la virtud. Haced que se desposen, en vuestro espíritu, el fulgor de lo ético y la claridad de lo calológico. Una lámpara alumbra; pero dos lámparas de idéntico poder, alumbran mucho más. — *Ariel*, con el ritmo de

sus sílfidas alas, refuerza mi consejo: — "La perfección de la moralidad humana consiste en infiltrar el espíritu de la caridad en los moldes de la elegancia griega". — "La idea de un superior acuerdo entre el buen gusto y el sentido moral es exacta, lo mismo en el espíritu de los individuos que en el espíritu de las sociedades". — "Comprended, y haced que comprendan los que os escuchen, que la permanencia de los nidos de las golondrinas no es en manera alguna inconciliable con la seguridad de los tejados. No expulséis á las golondrinas de vuestra casa, siguiendo el consejo de Pitágoras". — Páginas 47, 51 y 54. — *Ariel* prosigue así su predicación: — "El espíritu de la democracia es, esencialmente, para nuestra civilización, un principio de vida contra el cual sería inútil rebelarse". — "La democracia y la ciencia son, en efecto, los dos insustituíbles soportes en que nuestra civilización descansa". — "El verdadero, el digno concepto de la igualdad, reposa sobre el pensamiento de que todos los seres racionales están dotados por naturaleza de facultades capaces de un desenvolvimiento noble". — "Racionalmente concebida, la democracia admite siempre un imprescindible elemento aristocrático, que consiste en establecer la superioridad de los mejores, asegurándola sobre el consentimiento libre de los asociados". — Páginas 69, 70, 71 y 73. — Exacta y pulquérrimamente dicho. Yo pensé siempre así, y me alejé por eso de la política. La democracia no puede ser la tiranía de los mediocres. La democracia no puede ser la nivelación en la vulgaridad. Escuchadme, burbujas de jabón: yo no me opongo á la igualdad de todos los hombres, siempre que lleguemos á esa conquista, que juzgo imposible, por la igualdad de todos los hombres en la excelsitud de

sus ideas, de sus sentimientos y de sus propósitos. — *Ariel* concluye así su enseñanza: — "No desmayéis en predicar el Evangelio de la delicadeza á los escitas, el Evangelio de la inteligencia á los beocios, el Evangelio del desinterés á los fenicios". — "Mi triunfo significa idealidad y orden en la vida, noble inspiración en el pensamiento, desinterés en la moral, buen gusto en el arte, heroísmo en la acción, delicadeza en las costumbres". — Páginas 116 y 124. — ¿Es esto todo lo que contiene el libro? No, no es esto todo. Recogí, en mi vaso, algunas de las gotas de la corriente clara y serena: no quise retratar, porque no podría, ni el oro que arrastra, ni el cielo que refleja, ni lo florido del verdor de sus márgenes, ni la música dulcísima que compone al fecundar los valles de almas con sus azules ondas. Yo no describo mundos, y hay un mundo en *Airel*.

Los Estados Unidos no placen á Rodó. Éste los admira; pero no los ama. Ve, en la gran república, la encarnación del verbo utilitario. Cree, en cambio, que existe un vínculo indisoluble entre los americanos latinos. Tenemos, dice, — "una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une á inmortales páginas de la historia, confiando á nuestros honor su continuación en lo futuro". — "El genio de la raza debe imponerse, fuerza directriz y plasmante, en la refundición de los elementos que constituirán al americano definitivo del futuro". — Página 83. — Para mí, á quien ninguno ha confiado cosa ninguna, nuestros patrios anales principian con el blandengue de la leyenda. El autor de *Ariel* tiende, en todas sus obras, á que se confundan y se unifiquen los rayos de los soles de las repúblicas sudamericanas. Diríase que sueña, cándidamente, lo

que soñó el imperialismo aventurero y romántico de Bolívar.

Mi diminuto espíritu, mi espíritu de chingolo del monte, se pierde en la amplitud del espíritu de Rodó. En primer lugar, no creo en la raza. La historia nos enseña que no hay razas puras. También enseñómelo, disecando á Europa, un libro de Renán. En segundo lugar, no siento en mí un adarme de americanismo. Soy cigarra charrúa, chingolo uruguayo, clavel de mis sierras. El deber de las patrias pequeñas, fruto de su instinto de conservación, es recogerse y reconcentrarse. El egoísmo del amor de sí, el sagrado egoísmo del himno y del escudo, sostiene y fortifica á las pequeñas nacionalidades. Algo como esto, ó parecido á esto, aprendí en Michelet. Acaso influye, en mis sentimientos, el que llevo en las venas unas gotitas de sangre polaca. Me resisto, siempre y en todos los casos, á que me conquisten. Me exaspera el temor de que me absorban. Acaso influye, en mis pareceres, el que mi padre fué muy regionalista, el más lemosín de los lemosines, el más almogávar de los almogávares. Lo cierto es que yo, " acatando el cosmopolitismo como imprescindible necesidad de nuestra formación", — necesidad que ya va pasando, — quiero que las razas, que nos traen las olas, engendren en mi pago una raza nueva, que no se precie de ser latina, ni de ser eslava, ni de ser sajona. Quiero que se precie con orgullo satánico, con orgullo ciego é inconvencible, de que sus virtudes se las debe á mi sol, de que sus virtudes se las debe á mi tierra, de que sus virtudes se las dió el pampero que cimbra mis árboles y encrespa mis ríos, para que ponga la ofrenda votiva de sus virtudes sólo y únicamente en los altares de mi Uruguay.

No ser luz reflejada, eso es lo que ansío para mi país. Ansío que seamos como las abejas. Ansío que suctemos indiferentemente en todos los cálices; pero para formar, con los néctares de todas las flores, lo inconfundible de nuestra propia miel. Eso es lo que quiero, eso es lo que proclamo, eso ha sido mi vida, y por eso mi espíritu de chingolo se pierde, sin abarcarla, en la inmensidad del espíritu de Rodó.

Claro está que Rodó no quiere robarnos parcela alguna de nuestra autonomía. Fuera pecaminoso que así pensara, y le juzgo incapaz de pecados tan feos. Lo que sí quiere es acercar y unir, por el espíritu de la raza que destella en lo espléndido del idioma común, á todos los países ibero-americanos, para que constituyan, con el correr del tiempo, algo á manera de confederación de justicia y de paz. El sueño es hermosísimo; pero téngolo por irrealizable y téngolo también por arriesgado, pues por sabido doy que hasta en los parientes, cuando se asocian y viajan juntos, siempre sobresale ó siempre domina el de más vigores y el de mayor riqueza, como doy por seguro que acontecería si todas las repúblicas sudamericanas se uniesen y asociasen para juntas viajar hacia los cielos luminosísimos del porvenir. Ríos brotados de la misma surgente, la surgente española, son los ríos del sur continental; pero, — distintos en sus caudales, distintos en su empuje, distintos en su hervor, distintos en los lechos que cavaron sus aguas, — si llegaran un día á juntar quiméricos, en un encaje único, las irisadas blondas de su vestido azul, los de más lento andar y menos hondura serían absorbidos y tiranizados por los que tienen correr vertiginoso y cauce profundísimo. Dígalo el labio veraz de la historia. Dígalo, prescindiendo de demostrativos hechos poste-

riores, el coloquio entre las perínclitas majestades de Bolívar y San Martín.

Citemos, ahora, *El mirador de Próspero*. — 570 páginas. — 1913. — El estilo es, siempre, asombro y regocijo de los lectores por su elegancia y por su armonía, que es la armonía que conviene á la prosa. Ello no impide que la riqueza del contenido iguale, y hasta supere en más de una ocasión, al vaso cinceladísimo que perfuma con su fragancia intelectual. Podría citaros páginas enteras que arrullan el oído en su ascendente desenvolvimiento, que dirige el buen gusto; pero podría citaros esas mismas páginas, aún las más retóricas, por la excelsitud del pensamiento ético ó calológico que las ilumina, como el cirio á los oros y encajes del altar. El autor cuida, no sé porque virtud á él solo concedida, de la flor y el fruto de los lozanos árboles de su huerta maravillosa, en la que todo es juvenil frescura, y tintes de esmeralda, y ritmo de fuente, y chispeos de sol. Encuentro admirable lo que nos dice sobre *Montalvo*. Desde la descripción física é histórica del medio conturbado hasta el estudio de aquel espíritu, que tenía "arroyos de leche y miel entre sus volcánicas asperezas", todo se me figura merecedor de loa, todo me llama y mueve á singular elogio. Otro tanto, en verdad, pudieran afirmaros las puntas de mi peñola si se detuviesen en las páginas magistrales del mismo libro sobre Bolívar, á quien designa y al que consagra — "como el insuperado Héroe Epónimo de nuestra América."

Su ingenio deslumbra y es portentoso. ¡Con qué arte resbala sobre el error de Juan Carlos Gómez! ¡Con qué nobleza nos apacigua; con qué altitud de sentimientos nos adormece; con qué cuidado pone, frente al platillo de la balanza que le es adverso, el platillo

que colman sus viriles virtudes; con qué unción se dirige á nuestra piedad, recordándonos las hieles de su exilio, de su largo abandono, y con qué maestría, con qué elocuencia, con qué olímpico gesto coloca la pluma romancesca de Gómez en cruz sobre la espada relampagueante de Sarandí!

Prescindo, sin embargo, de sus primores de mayor extensión ó mayor alcurnia, para parar mientes y detener embelesamientos sobre otros artículos de menos alteza ó de menos líneas, entre los cuales señalaré el escrito, en 1909, sobre *La enseñanza de la Literatura*. Razón tiene al decirnos que — "la epopeya es un género muerto", — porque lo repugnan, en su forma clásica, "las actuales condiciones de la sociedad". — Página 72. — Así también paréceme, y así también lo creyó Víctor Hugo. Éste afirmaba, en el célebre prefacio de su *Cronwell*, que — "*Homère, en effet, domine la société antique. Dans cette société tout es simple, tout es épique. La poésie es religion, la religion es loi*". — "*Une sorte de gravité solennelle s'est empreinte partout, dans les mœurs domestiques comme dans les mœurs publiques*". — "*L'expresión d'une pareille civilisation ne peut etre que l'epopée*". — Página 13. — A medida que se complican las sociedades, el instrumento de su canto cambia. A la epopeya sucederá el drama, cuando el reinado del hombre reemplace al reinado del héroe en pugna con los dioses. — "*L'epopée vit du grandiose; le drame du reel*". — "*L'epopée solennise l'histoire; le drame peint la vie*". — "*Le caractére de l'epopée es la simplicité; le caractére du drame, la verité*". — Página 28. — Víctor Hugo concluye sosteniendo gallardamente, que antes los hombres cantaban lo que hacían, en tanto que ahora traducen lo que piensan. —

Como la novela, " orbe maravilloso donde caben todo el infinito de la imaginación y todo el infinito de la realidad ", — como bien nos enseña el libro de Rodó, — traduce nuestros sentires y nuestros pensares, " la novela es la épica inexhausta y proteiforme de nuestro tiempo ", como nos afirma didascálicamente uno de los artículos de *El mirador de Próspero*.

Lo mismo acontece con la oratoria, pudo añadir. — Nuestro concepto de la tribuna de las arengas, del lenguaje del ágora, ¿es, acaso, el concepto que hallaréis en Timón? La elocuencia política de las horas que mueren, ¿es, por ventura, la elocuencia política en que se placieron Valdegamas ó Castelar? — Otro tanto sucede con la métrica. El endecasílabo dactílico, en lucha con el yámbico; las combinaciones estróficas de los libreversistas; la amplitud de la ley acentual y el desuso del código de las cesuras clásicas; el soneto galaico, que no es el petrarquino, ¿pueden, decidme, silenciarse y desconocerse como en los días de Cortejón, Campillo, Milá ó Coll y Vehí? — Rodó no se equivoca cuando asevera que es necesario reverdecer y modernizar *La enseñanza de la Literatura*.

Veo que estoy faltando á mi propósito. Me había prometido omitir comentarios. — ¿Por qué? — Porque Rodó no puede ser exprimido ni ampliado sino por Rodó. Concluyo, entonces; pero concluyo citando una salve que me parece rezo genial. La he leído á la pálida luz de las puestas, en mis horas de éxtasis, con honda admiración. Os la recomiendo, oh dolorosos apasionados de la hermosura. Es la titulada, castiza y santamente, *El Cristo á la jineta*. — Página 86.

" Hay libros de bien como hay hombres de bien ", — nos dice Rodó. Todos los libros de nuestro compatriota son libros de esperanza, de mejoramiento, de

ascensión espiritual. Reunen, como escribió su pluma al tratar de una obra de Carlos Arturo Torres, el sentimiento delicado del bien á la vivísima voluntad del bien, definiendo el bien con palabras pulquérrimas que alumbran el cerebro y que enardecen el corazón. El sentimiento, la voluntad y el rítmico lenguaje del bien, — como cisnes que vogan por un lago azul, — navegan por el mar sin brumas ni arrecifes de *El mirador de Próspero.* El verbo de Rodó, flotando sobre las almas, puede decirles jubilosamente:

Je suis onde et je cours; je suis seve et circule;
Le sillon que j'enivre, enfante avec ardeur.

El más importante y el más acabado de los libros de nuestro compatriota es el que se titula *Motivos de Proteo.*

Proteo es un símbolo mitológico. Proteo nació en las sacerdotales ceremonias de Menfis. Proteo es un nombre que hallaréis en la lira jónica de Homero y en la romana lira de Ovidio.

Proteo es el que escama las cotas de los fuertes caimanes del Nilo. Proteo es el guardián de los becerros marinos de Neptuno. Proteo es el que pule las caracolas que celebran las gracias divinas de Anfitrite.

Proteo posee la virtud milagrosa de la profecía. Proteo descorre los cortinajes de la cuna en que duerme lo porvenir. Proteo, cuando augura, no se engaña jamás; pero sabed que, sólo sorprendiéndolo y violentándole, el mágico os dirá lo que esconden las nubes del Tiempo.

Proteo, á cuyas plantas se agrupan las focas y danzan los tritones, es un brujo más brujo que la misma Medea. Así, para librarse de los importunos que le

piden oráculos, recurre á las metamorfosis más variadas, convirtiéndose ya en pantera ó en jabalí, ya en límpida fontana ó en follajosa encina. Es preciso amarrarle, cuando duerme en las grutas próximas al mar, amarrarle y vencerle como le rindió, gracias á los útiles consejos de Idothea, el arrojo espartano del rey Menelao.

Virgilio, hablando de las transformaciones innumerables del pastor de delfines, nos dice así, — versos 407 á 410, — en el libro cuarto de sus *Geórgicas:*

Fiet enim subito sus horridus, atraque tigris,
Squamosusque draco, et fulva cervice leœne;
Aut acrem flammœ sonitum dabit, atque ita vinctis
Eœcidet, aut in aquas tenues dilapsus abibit.

En las metamorfosis del pastor oceánico, en los disfraces del confesor del alma de la perla y del espíritu del coral, encontró el nombre y encontró el símbolo de su obra José Enrique Rodó.

Motivos de Proteo, — 462 páginas en la edición de 1909, — nos enseña que "reformarse es vivir". — "Cada uno de nosotros es sucesivamente, no *uno,* sino *muchos".*—Esa transformación debe verificarse "bajo la mirada vigilante de la inteligencia y con el concurso activo de la voluntad."

El libro es consolador y espiritualista. El libro cree en la eficacia del esfuerzo humano. El libro nos dice que las larvas pueden, por su propio impulso, trocarse en mariposas. El libro asegura que la corta existencia de lo personal tiene lo indefinido de las perspectivas que tiene la existencia sin fin de lo genérico. El libro es un vibrante toque de esperanza. Jesús se aproxima, milagroso y enternecido, al sepulcro de Lázaro.

Ascenderemos siempre que nos estimule "un an-

helo afanoso y desinteresado de verdad". — Ese anhelo es preciso que guíe y presida nuestras transformaciones espirituales. El que dice verdad dice bien y hermosura. Adquirir esas tres esencias platónicas, regocijo del alma, debe ser el objeto de nuestros avatares. Venzámonos, en nuestros instintos y en nuestras pasiones, para conquistarlas. Saltemos, en su busca, los fosos y los muros que nos opondrán nuestras debilidades y la malicia ajena. Que cada atardecer nos encuentre más próximos á la resplandeciente trinidad socrática. Que cada sol que asome nos halle más cercanos á la Venus Urania ó Apostrófica.

Sabed que un ángel, pasando por el fondo de todas las almas, salmodia con enérgica ternura: — ¡Resurrexit!

El autor magnífico, en torno de este dogma centenario y fundamental, teje un bordado maravilloso de ideas y figuras. Es portentosa su erudición y admirable su estilo. Los faroles chinescos de su fantasía reflejan mil colores sobre el árbol que los sostiene; pero los chispeos de sus matices se funden, sabia y melodiosamente, en una grande y serena blancura. El estudio de nuestras vocaciones, el estudio de nuestras aptitudes, el estudio de los viajes como incentivo de renovación y el estudio de los obstáculos con que tropezaremos al intentarla, están salpicados de oasis feracísimos y tan encantadores como *La respuesta* de *Leuconoe* ó como *La despedida de Gorgias*.

Creo, con el autor, que nuestras ideas nutrices ó motoras deben cruzar, enrojeciéndose y purificándose hasta en el último de sus átomos, por las cavidades de nuestro corazón y las circunvoluciones de nuestro cerebro. Hallo, empero, arriesgada la tesis de que, con el propósito de mejorarnos, podemos ser após-

tatas y traidores. Por algo la sociedad lapida á los perjuros y desdeña á los tránsfugas. La deserción, por mucho que perore para disculparse, ni nos tranquiliza ni nos enternece. El hombre, — lector mío, — que se equivoca dirigiendo á su alma por los celestes mares ó predicando la verdad á las multitudes, ¿de qué estará seguro y cuándo creerle? ¿Quién nos garante que, para completar su mejoramiento, no cambiará otra vez de iglesia ó de tribuna? Abanderado de excepticismos, más que de perfecciones, será lógicamente el que mucho mude. Pueden defeccionar los excepcionales, los fundadores de una religión nueva ó una nueva justicia; pero no los bípedos como tú, como yo, como la mayor parte de la especie humana. De cierto os digo que no son para todos la luz reveladora y la voz profética del camino con zarzas de Damasco.

Feliz aquel que muere creyendo y adorando lo que creía y lo que adoraba en su primera edad. ¿Qué culto ó qué opinión, si se practican con desinterés probo y dignidad recta, no nos conduce al mejoramiento? En la índole del amante, más que en la índole del objeto amado, hállase el manantial de las maravillas que el amor produce. Campuza mal oliente fué Dulcinea; pero la zafia moza, por los purísimos afanes que engendró, hizo que Rocinante sembrara de luceros esplendorosos los llanos y los bosques de la Mancha.

La lealtad, en los humildes como nosotros, es una nobleza. Contentaos, espíritus, con el honor de la lealtad. Reformémonos, sí; pero reformémonos sin apagar, sacrílegamente, los cirios de las aras de nuestros dioses lares. Aspiremos al bien, sin el cual todo es sombra; pero sin que se turbe, como espejo empañado, la serena quietud de la vida interior. Jesús es

adorable; pero Jesús ya discutía, cuando era niño, con los doctores de Jehová.

No sondaré en el mar del libro de que os hablo. Sus frases se distinguen por la transparencia. Tesoros de euritmía son sus períodos. Hay helénico numen en sus parábolas. Fatiga, en ocasiones, por lo indefectible de su pulimento. Os cansa, algunas veces, por lo irreprochable y por lo digerido de su factura. Fáltanle, en mi sentir, la nota de abandono y el aire de descuido que pide á los prosistas el preclaro Azorín. Ello no impide, pues es lustre y no mácula, que el libro sea el más precioso de los productos con que se honra nuestra literatura, la naciente literatura del Uruguay.

Rodó busca el sosiego y la soledad. Plácenle las doctrinas que despiertan las almas. Pide á las gentes que pongan los ojos en las verdades que están por venir. Es un himno al esfuerzo, es un llamado á la sinceridad, es una férvida salve á la esperanza. Es la enérgica afirmación de un temperamento artístico. Es la fuerza expresiva de un anhelo sin fin de hermosura y virtud en sus libres viajes hacia el ideal. Os seduce y domina con la profundidad de su sentir estético y con la perfección de su técnica literaria. Jamás es frívolo. Su verbo se resuelve en dilecta armonía de valores cromáticos y sinfónicos. Paréceme como una floración nueva del arte clásico. Es suave, exquisito, aristocrático, con misteriosos estremecimientos de muy recóndita vida sentimental, y es á manera de máquina fotográfica que fija pulcramente los impalpables lirios de la belleza más ideológica. No hay prosa, en el terruño de mis ombúes esmeraldados, que se iguale á la prosa del magistral José Enrique Rodó.

El buriladísimo estilo de Rodó, á quien llama el parnasiano de la prosa Eduardo Rodríguez Larreta, ha dado lugar á unos hermosísimos ditirambos del señor Amadeo Almada; y al estudio de las obras de Rodó ha dedicado Juan Antonio Zubillaga 220 páginas de las 315 de que se compone su libro *Crítica Literaria.*

La última de las novelas de Eduardo Acevedo Díaz se titula *Minés.* Tiene 287 páginas y apareció en 1915. No es un acierto. Pertenece al más demodado de los romanticismos. Ya os dije cómo se romanceaba en la feliz edad de Laurindo Lapuente.

El autor nunca ha sido muy ducho en diálogos. Todos sus coloquios, y en la novela abundan, carecen de donaire y naturalidad. Sus héroes están lejos de recordarnos el caracterizador modo de decir de los personajes de Alejandro Dumas ó de Walter Scott.

Tiene, en la última de sus obras, otro defecto grande. Vuelve á servirse del pedantismo que robaba interés á su obra primera. Nos transcribe opiniones de Tácito y Petrucelli de la Gatina. Su erudición, que huelga por anticuada, huelga también por inoportuna. No olvidéis que se trata de un simple romance y que muy poco influye en la fábula el seminarista Martín Gardello. El choque de creencias, que hallo en el libro, es un choque infantil y sin novedad, no obstante las citas que afean sus páginas. Releed, para recordar cómo el romanticismo utilizó calológicamente esa lucha de almas, *El niño de la bola* de Alarcón. No os hablaré, porque no pertenecen al modo romántico, de *Gloria* y *La familia de León Roch.*

Acevedo Díaz es de presumir que conoce bien, pero paréceme que aplica mal, lo dicho por Gœthe en el tomo segundo de *Wilhelm Meister:* — "La novela, como el drama, son espejos donde vemos reflejadas la

naturaleza y la acción humanas. En la novela deben estar representados los sentimientos y los hechos; en el drama, los caracteres y la acción. La novela debe seguir una marcha lenta y los sentimientos de su protagonista deben dilatar, apelando á recursos ingeniosos, la marcha del conjunto hacia el desenlace. El drama, por el contrario, debe correr, y el carácter del personaje principal tender hacia el desenlace, buscando y encontrando los obstáculos ". — Página 21. — Entonces la novela necesita *ingeniosos recursos;* pero necesita principalmente, si es un espejo donde se refleja el espíritu humano, que el autor, no siendo otra cosa que un comediante que representa diversos papeles mientras escribe, posea una gran dosis de aquel *verismo íntimo* que, en el citado tomo de *Wilhelm Meister,* exige á todos los comediantes el autor del *Fausto.* — Página 24. — El novelista debe olvidarse de su propia personalidad, desde que traduce, en una repentina y poliforme serie de avatares, los más variados tonos de sensación y las más diversas especies de idea. Su espíritu debe tener no uno, sino muchísimos órganos exteriorizadores, porque como leemos en el último de los tomos de *Wilhelm Meister,* " desde el momento que el hombre aspira á una actividad múltiple, debe ser capaz de desarrollar en sí mismo órganos múltiples, que sean, por decirlo así, independientes unos de otros ". — Página 305. — Ese verismo, esa proteica virtud del novelador, esa suma de libres y educadas actividades, no la posee, por excesos de unipersonalidad, el numen que ha trazado las romancescas páginas de *Minés.*

Acevedo Díaz, que sobresale en la pintura de lo primitivo de nuestra edad homérica, nunca entendió de filosóficos cavilares y de amorosas psicologías.

Su reino es lo abrupto en la naturaleza, lo simple en las almas, el gesto y la actitud, el campo en que se agitan los toscos instintos bajo la roja claridad del sol ó bajo la techumbre combada de la noche. La máter pánica, la magna máter, siempre fué material y corpórea para el romancero que sabe de lagartijas y colibríes. La nodriza cerea no es, para su numen, la espesura encantada del poema tássico, cuyos troncos sangraban cuando los hería la lanza de Tancredo.

Hay autores que ven, autores que sienten y autores, por fortuna, que sienten y ven. Nuestro autor no tiene muy afinada la endoestesia, siendo artificioso cuando traduce alguna vibración espiritual de la compleja cultura contemporánea. Siempre va en busca de sublimidades mal ideadas, que le impiden que dé con la sublimidad estética y bien sentida. Por eso gustó cuando reprodujo las pompas del pasado y las arrogancias de lo nativo. La novela, última degeneración de la epopeya, sigue siendo epopeya para nuestro artífice. El romance nunca será, bajo la presuntuosa madurez de su pluma, — " el análisis ético y psicológico, la interpretación firme y sagaz de los casos de la vida ", — como nos dice Menéndez Pelayo en el sapientísimo estudio que precede á los *Orígenes de la novela.*

Ricardo turba la tranquilidad monjil de Minés con profanas epístolas, menos ardientes que aquella con que don Juan turbó las claustrales quietudes de la de Ulloa. Sobreviene una revolución, cayendo herido en uno de sus lances el poco crédulo Valdemoros. En una estancia, que la guerra transforma en hospital de sangre, el herido convence á la novicia, dándole un beso, de que el amor es mucho más sabroso que el nochebueno, diestramente amasado con

almendras y piñones y miel. Ricardo muere en tanto batallan, junto al hospital, lo níveo y lo granático. Un proyectil tiende á la novicia, desgarrándole el cuello, muerta sobre el cadáver de Valdemoros. Este es el asunto, que no siempre inspiraron las patrias Piérides.

La novela figúraseme trasplante de emotiva fábula europea á mi rincón del mundo americano. Un detalle me basta para convenceros. Nunca vi á las novicias practicar de enfermeras, — á pesar de lo grande de mi traqueteo, — ni en 1886, ni en 1897, ni en 1904. Nuestras doncelleces, ni aún las doctoradas de santidad, jamás de los jamases corrieron aventuras por vendar las heridas que causó el proyectil ó dibujó el sable en los rudos torneos de la rosa purpúrea con la rosa blanca. Eso no es de los pagos donde el chingolo teje en los espinillos su nocturno á la luna. Eso es de los países donde el ruiseñor compone en las encinas su salve á las estrellas. Pero no he de seguir oficiando de dómine bilioso y desabrido. Ese papel me apena, hasta en los casos en que no simpatizo con la idiosincrasia, la conducta ó el arte de los autores. Lo que quiero manifestar, y no dije aún, es que en esta novela se halla condensado lo calológico y lo antiestético del modo de hacer de Acevedo Díaz.

El autor, hasta la página 207, no sabe ser natural é ingenuo. Su relato, en las que anteceden, carece de interés y abunda en presunción. Sus ojos no ven á la belleza con claridad, como los marinos, si colocáis en ciertas condiciones la atmósfera, creerán que es rojiza la lumbre blanca del sector de un faro. Vuelve á ser lo que fué, porque vuelve á lo épico, desde la página 235. Su numen nació para relatar hazañas de entrevero, cambujos que agonizan con el cráneo roto,

redomones que chocan al vadear una estrecha cañada. Ese romántico tiene la visión de lo corpóreo, de lo material, de lo que tocan los dedos de la carne; pero no la visión de lo suprasensible, de lo que es espíritu, de lo que esconden en el sagrado misterio de su esencia los seres y las cosas. — ¡He visto un alma! — dice Azorín. Las almas son á modo de niebla para Acevedo Díaz.

No importa. El clarín que dianea, los facones que sangran, el estertor de los volteados con el vientre abierto, los esmeraldíneos matices de las lomas que atraen á los caranchos después del guerrillar, son del terruño de los jaguares y los cimarrones. Quedarán como homéricas pinturas del ciclo de bronce de nuestra historia; pero no quedarán por la novela donde muere Ricardo, sino por la novela donde triunfa Ismael. En éste palpitaba el alma de la tierra de los zorzales, y el alma de mi tierra eterniza á los cuerpos que la contienen. ¡Que nunca se amortigüen las rojas claridades del sol del Uruguay!

CAPITULO V

La Tierra Charrúa

SUMARIO:

I. — *La Tierra Charrúa.* — Artigas y Lavalleja. — El propósito perseguido. — Lo que afirma Baldrich. — Lo que afirma Rodríguez. — Nuestros caudillos antes y después de la independencia. — Sus rivalidades. — Nuestra ineptitud para el gobierno propio. — Hechos de la historia sudamericana. — Hechos de nuestra historia. — Los partidos atávicos. — Una frase de Castelar. — Lo que se aprende en el libro del doctor Herrera. — El mal es hondo. — El mal viene de lejos. — El hábito de la libertad. — Los gérmenes de lo Porvenir.

II. — Don Juan José de Herrera — Se educa en París. — Su regreso á la patria. — El motín del 53. — Acercándose á Lópéz. — El Brasil. — Buenos Aires. — Lo que dice Alberdi. — 1863. — En nombre de las patrias. — Una respuesta de Caballero. — Los programas de Berro y de Pereira. — El gozo de la sinceridad. — Las presidencias encintilladas. — Don Lorenzo Batlle. — El año 70. — Batlle y la paz. — Pretensiones de la revolución. — El regateo. — Una carta de Lamas al doctor Tejedor. — Renuncia del ministro Miguel Herrera y Obes. — La actitud de los senadores. — La misión de Ramírez. — El tratado de 1872.

III. — La legislatura de 1873. — Debilidad de Ellauri. — Varela es Latorre. — La barca *Puig.* — El movimiento popular de la Tricolor. — El manifiesto revolucionario. — La actitud de Lamas. — Puntas de Guayabos. — Perseverano. — Fin del movimiento. — No es posible disculpar á Latorre. — Datos sobre éste. — Un *Ensayo de Historia Patria.* — Antagonismo entre Lamas y Latorre. — Una epístola de Mauá. — La crisis política y económica de 1875. — El puntapié histórico. — La moral en baja. — Las justicias sangrientas. — Beltrán. — Coronado. — La manifestación dictatorial de Julio. — Ibarra. —

Lo que dice el doctor Eduardo Acevedo. — La libertad y el orden. — La muerte de Soto. — El domador se asusta. — ¡Salve al Uruguay!

IV. — Santos. — Lo que enseñó Del Valle. — La piedad por los muertos. — El Quebracho. — La renuncia de diez legisladores. — Libertad de imprenta. — Lo que leo en Estrada. — Lo que leí en un libro de Castelar. — La cultura y la riqueza. — El progreso real. — Alemania. — Una cita de Max Nordau. — El manifiesto de los diputados. — Gregorio Ortiz. — Condenar el acto del agresor no es absolver á la tiranía. — Un dicho de Martí. — De un discurso de Salmerón. — El cambio político de Octubre. — Sus bases. — Amuedo y Clark. — El ministerio cae. — El progreso es hijo de la libertad. — La revolución y el asesinato político. — Por qué no me agradan nuestros libros de texto. — Fin de este parágrafo.

I

Continuemos la trama de mis volúmenes, que van hacia el olvido con pensativa y melancólica resignación.

La tierra charrúa, que consta de doscientas noventa y dos páginas, apareció en Diciembre de 1901.

El autor se queja, en el primero de los capítulos de su obra, de la agresiva é intolerante parcialidad con que juzgamos á nuestros mayores. Todo lo rojo, para los blancos, es muladar. Todo lo blanco, para los rojos, es podredumbre. Sonó el instante de que los sembradores del porvenir inicien el reinado de la verdad. La verdad, que es justicia, será concordia para los vivos y apoteosis para los muertos. No agigantemos las flaquezas de nuestros padres, como divulgó sacrílegamente las flaquezas del suyo el hijo de Noé.

La intención era honrada, benéfico el propósito y firme la pluma; pero la verdad austera mortificará siempre á las banderías. La verdad histórica, que

ofende á los blancos en sus pasiones, ofende á los rojos en su interés. El historiador, que aspire á ser sincero, tendrá por enemigos á todos los que explotan el rencor sectario. Lo productivo es endiosar á Oribe ó caer de rodillas ante Rivera.

No quiero detenerme en las páginas iniciales del segundo capítulo. La epopeya artiguista no se discute. Esa epopeya abrasa las manos del que pretende obscurecer su luz. Callaron las calumnias tradicionales y se desvanecieron las patrañas póstumas. El blandengue pasa, cabalgando por las cuchillas de nuestra tierra, como pasa el sol por nuestras planicies y nuestros ríos. Con su áspera vida le dice á su pueblo, como Walt Witman: — "Mi vocación es vocación de batalla. El canto de mi boca es himno de clarín. Engendro rebeliones activas. El que venga conmigo debe venir armado. El que venga conmigo tendrá frecuentemente por compañeros al hambre, á la pobreza, al abandono y á la enemistad". Con su justiciera glorificación le dice á su pueblo, parodiando al poeta de *Leaves of Glass:* — "Aspiro grandes bocanadas de espacio. El este y el oeste son míos. También son míos el norte y el sur. ¡Toda la tierra oriental es mía!"

Un sol y una balanza, sobre cañones y entre banderas, forman su escudo. La escuela y el arado, que ennoblecen al poncho, repiten el decálogo de su bíblica ley. Le amaron en vida y le adoran en muerte los picos serranos, los bosques espesos, las llanuras feraces, las aguas que corren con sacudimientos de tempestad. Es la república, el verbo del futuro, frente á Belgrano. Es nuestra autonomía alzándose, victoriosa y ensangrentada, sobre las bayonetas de Viamont. Su estatua ecuestre, hecha con las astillas del corazón broncino

de sus montoneros, galopa noche á noche por todos los ámbitos del país, deteniéndose en las Piedras, en Catalán, en Santa María, en Tacuarembó. Se hiergue con ansia sobre los estribos, al llegar á los marcos, para bendecir, á la luz melancólica de las estrellas, el perdido verdor de las Misiones. No hablemos de Artigas.

Lavalleja, por blanco, no merece respeto. Fué, á pesar suyo, que nos hicimos independientes. Es indudable que, sin su arrojo, Buenos Aires no hubiese declarado la guerra al Brasil. Suprimid la bravura de la Agraciada, y suprimís la gloria de Ituzaingó. Suprimid la bravura de la Agraciada, é Inglaterra, la mediadora, no podrá proponerle al gobierno argentino la creación de la soberanía del Uruguay. Sin la Agraciada, el Uruguay pertenece al Brasil. El Uruguay, por la proeza de la Agraciada y el golpe de los sables de Sarandí, es el palenque donde se baten las ambiciones de Buenos Aires y de Río Janeiro.

La propuesta británica, resistida por argentinos y brasileños antes de Ituzaingó, le arranca estas palabras al erudito autor de la modernísima *Historia de Alvear:* — "Esta nueva faz del negociado mantúvose en secreto, dada la posible trascendencia que podría tener en la política interna, haciendo á la vez renacer exigencias prematuras en la provincia uruguaya, cuyo espíritu de independencia, inculcado por el artiguismo, manteníase latente en las masas."

¿Participaba del espíritu de las masas el sableador hercúleo de Sarandí? ¿Confiaron en el anexionismo de Lavalleja los hombres dirigentes de Buenos Aires? El doctor Agüero, en una de sus epístolas, le dice á Alvear: — "Yo sé que á nadie es más perjudicial este acomodamiento que á la Banda Oriental, porque ella no está en disposición de organizarse por sí. Sin em-

bargo, no extrañe que la idea agrade á algunos hombres. Es, pues, importante que ellos se convenzan del desinterés que nos anima ". — " Con quien debe usted explicarse particularmente es con el general Lavalleja; esto contribuirá á inspirarle más confianza y desvanecer la idea vulgar de que se trata de dominarlos ". — No era, pues, mucha la fe que pusieron los argentinos en Lavalleja, teniente de Artigas, si hemos de juzgar á lo que nos dicen, en varias ocasiones, los dos tomos escritos y documentados por el historiador Gregorio F. Rodríguez.

Los orientales pensamos de otra manera. El teniente artiguista se batió por la causa de los ajenos y no por nuestra causa. No fué por nuestra causa que estuvo con Artigas contra Buenos Aires. No fué por nuestra causa que empujó á Buenos Aires contra el Brasil. No fué por nuestra causa que, rebasando las líneas de Alvear con la línea de sus jinetes en Ituzaingó, quiso que los gauchos de nuestros pagos fueran los que primero cargasen sobre el ejército de Barbacena. No fué tampoco por nuestra causa que se batieron bajo sus órdenes, en aquel lance, los carabineros que comandaba el empuje brioso de Medina y los rudos centauros que comandaba el empuje brioso de Laguna.

Lo curiosísimo es que nosotros calumniemos las intenciones del grupo sagrado, y que los argentinos las reconozcan con tenacidad. Amadeo Baldrich, en las seiscientas cuarenta páginas de su libro *Historia de la guerra del Brasil,* insiste sobre la certidumbre de aquellas intenciones, cuyo polo magnético es la independencia, á la que llegarán por la magia de los sucesos, que ponen al servicio de sus propósitos todas las gallardías y todos los recursos de Buenos Aires.

El señor Baldrich empieza por decirnos, página

18, que cuando Las Heras, en el año de 1814, nos declaró como incorporados á la comunidad argentina, el artiguismo, "que quería la independencia lisa y llana de su provincia", resistió tenazmente y se opuso colérico á la realización de la medida aquella. Nos dice también, en la página 20, que el caudillo fué, "excitando las pasiones patrióticas y localistas de las muchedumbres orientales", la encarnación y el paladín de la nacionalidad uruguaya. Nos agrega luego, en la misma página y en la siguiente, que eran ciegos ó miopes los que aún se debatían por desconocer ó negar las hondas raíces de la disgregación territorial y política de lo que fué organismo bajo los virreyes, y que nuestro pueblo, el pueblo de estos pagos, "agitado por los espasmos finales de su alumbramiento nacional, recorría la órbita de su propia gravitación autonómica é independiente". Añade sincero, en la página 96, que "la independencia política del terruño" era el íntimo sueño de Lavalleja y el sueño íntimo de Rivera. Y concluye manifestando, en la página 99, que si Lavalleja, "que era en realidad un hombre de bien, buscaba en esta guerra la independencia lisa y llana de su provincia, sin proclamarlo naturalmente", no es este motivo de vituperio ni puede ser causa de execración.

Baldrich se equivoca. Algunos orientales le execran indignados porque no dijo el propósito que abrigaba. Es verdad que no podía decirlo; pero debió decirlo aunque no pudiera. En vano Lavalleja aclara y resuelve todas las dudas manifestándole al general Rodríguez, en la conferencia que celebraron en Paysandú á raiz de la declaratoria del año 25, "lo embarazosa que hubiera sido su posición" si no se hubiese realizado aquella declaratoria, por falta de recursos

para sostenerse en nuestro país "sin comercio ni género alguno de industria productiva", ó para penetrar en el territorio del enemigo, encendiendo una guerra de difícil triunfo "no contando más que con el valor de sus soldados". En vano el deber del historiador, el deber que le obliga á inducir y deducir rastreando en los materiales de que dispone, nos impulsa á creer que aquellos heroísmos aprovechaban la oportunidad de una tentativa hacia la independencia, tentativa cuyo fracaso, no definitivo, les acercaba más al deseo artiguista de lo autonómico que al tutelaje monárquico del Brasil. La unidad argentina no estaba formada, subsistían el vínculo del origen y el del lenguaje, subsistía igualmente el vínculo histórico con algunas provincias que miraban adustas á lo central, y si todo esto pasó inadvertido, como acaso pasó, no pasó inadvertido, porque no pudo serlo, que en aquellos instantes lo que era necesario romper, con alguna esperanza de independencia, era el yugo imperial, el yugo existente, el yugo de los Juanes y de los Pedros.

Tiene razón, una razón que ningún sofisma puede destruir, cuando nos dice el doctor Herrera:

"En seguida de Ituzaingó Alvear y Lavalleja se indisponen y con ellos los jefes del ejército, alistados en bandos distintos, oriental, uno, argentino, otro. ¿Respondía á simples divergencias de campamento este cisma? De ningún modo; era el fermento no agotado de las viejas aspiraciones artiguistas, soberbias y autonómicas, el que trabajaba enconos bajo espumas y placideces de concordia."

Quiero hacer constar que la tesis pudo ser reforzada con innúmeros datos. ¿A qué se debe la actitud observada por el doctor García, cuando resiste á la

belicosa prédica de Dorrego? García no cree en la adhesión de los orientales, y desconfía de Lavalleja. ¿A qué se debe el celoso pedido de instrucciones que el general Rodríguez elevó á Balcarce? A que Rodríguez no cree en nuestra adhesión y desconfía de Lavalleja. ¿A qué se deben los choques que distancian á Lavalleja de Martín Rodríguez? A las mismas causas que distancian, más tarde, á Lavalleja de don Carlos María de Alvear. Es que por algo la bandera de Artigas, la de Latorre, la de Andresito, la de Otorgués, la que crujió sangrienta y desgarrada sobre los campos del Arapey y del Olimar, tiñó con sus matices á la bandera que acarician los vientos de la victoria sobre los campos de Rincón y de Sarandí. Así lo entienden, como nosotros, Baldrich y Gambón.

¿Que Lavalleja oculta sus propósitos íntimos? Insensato sería si no los ocultara. Es que recuerda lo sucedido en el choque de Artigas con Pueyrredón. Es que recuerda que Pueyrredón, para auxiliar á Artigas, exigió que el blandengue de ojos de águila nos declarase unidos á Buenos Aires. Acogida la oferta con evasivas por el blandengue, ¿qué conseguimos? Tener que aceptarla por lo desesperado de nuestra situación, perdiéndose las horas é iniciándose aquella homérica lucha en que el concolor de nuestras banderas se hace inmortal con los zarpazos de Carumbé, de India Muerta, de Guaviyú, de Tacuarembó. Lavalleja, vencido en Guaviyú, ¿cómo queréis que olvide lo que nos costaron las evasivas y las tardanzas del año 16? ¿Cómo queréis que olvide que el caudillo mesénico, el prócer de los próceres, el grande de los grandes, se ocultó entre relámpagos de color purpúreo, como un sol que se incendia, bajo las sombras y los mutismos de los frondajes vírgenes del Paraguay?

Como, en aquel entonces, no existen los partidos, ningún partido puede considerarse autor de nuestra independencia. No fueron las facciones, — las facciones nacidas el año 36, — las que nos dieron y aseguraron el magnífico bien de la soberanía. El jefe de la aventura maravillosa, el capitán de la cruzada homérica, el adalid de cabellos obscuros y de tupidas cejas y de pupilas mansas y de labios fuertes y de cuello toruno y de atléticos hombros y de corta estatura, no es de ningún partido al sablear á los imperiales, porque como oriental, y no como blanco, lancea á los paulistas en Ituzaingó. Rindamos culto, pues, al patriota que esculpió con su espada de general de nuestras milicias un himno y un escudo y una bandera para su pueblo, para el pueblo que debe legarles á los pósteros, pura y brillante como un altar, la estatua que custodian y que perfuman con sus zarceros todas las cúspides de las sierras de Minas.

Los que discuten el separatismo de Lavalleja, ¿ignoran que éste fué soldado de Artigas? Artigas busca el apoyo de Pueyrredón, como Lavalleja busca el de Rivadavia; pero, magüer lo prometido por el blandengue, el móvil de sus actos ya no se discute. Mitre, López y Ramos Mejía, que se apropia y transcribe las opiniones de los dos primeros en las últimas páginas de su labor *El Federalismo Argentino*, reconocen que el blandengue de la leyenda magna fué separatista, porque tuvo el propósito, mal encubierto, de desunir de la argentina comunidad á los territorios en que alzó su bandera. Federalistas eran, según esos autores, los que mandaban en Santa Fe y Córdoba y Entre Ríos; pero no el concolor que trazó á zarpazos las fronteras, hoy empequeñecidas, del siempre tormentoso país del Uruguay. Es inicuo imitar á

Juan Carlos Gómez, que recortó el laurel homérico de la patria, afirmando, frente al radiante sol de la Florida, que nuestra independencia fué una limosna que nos hizo el Brasil. ¡El título ya estaba sellado con un sello más que indeleble, con un sello de sangre generosísima, con un sello formado por la mixtura de los jugos vertidos en India Muerta y en Sarandí!

Ese sello dejó en el pergamino, en el testimonio de propiedad de nuestra inviolable soberanía, los tres colores que encontraréis en el pendón de Artigas y Lavalleja.

El libro del doctor Luis Alberto de Herrera es un libro que abarca toda la historia del Uruguay. Sería preciso escribir un volumen, más extenso que el suyo, para comentar detenidamente la filosofía que esparció en sus páginas. Ennoblece á éstas un soplo de pampero, un soplo oxigenado, un soplo de equidad que salubrifica las fogosas pasiones de nuestros padres. Nos dice sus méritos, sin ocultar sus faltas, revelándole al porvenir, con unción y sin odios, el por qué de esos méritos y el por qué de esas faltas. Siembra el patriotismo, siembra la concordia, siembra la cultura, siembra la verdad el doctor Herrera.

Distingue entre caudillos y pretorianos. Sostiene que la verdad del hoy no puede aplicarse sin restricciones á lo pretérito. Yo sostengo, también, que el estudio de lo pretérito requiere que dulcifiquemos nuestra verdad con una fuerte dosis de lo que llamaban *opinión piadosa* los antiguos cronistas peninsulares. Sostengo que el historiador de lo porvenir, con menos pasiones y más rectitudes que los abogados de las banderías cristalizadas, mirará á lo que ha sido con la indulgencia que nos enseñó la pluma elocuente y educadora del británico Macaulay. Sostengo, en fin,

que sólo fundiremos sólidamente la barra de oro de nuestra unidad cuando sean libertadores de su país, y no caudillos engolillados, los que juntos rezaban su credo de amor á los pies de la heroica bandera de Artigas.

Sostengo más, muchísimo más, puesto que me parece lógico y razonable dividir en dos épocas la historia del terruño. Las voluntades están polarizadas, en el ciclo primero, hacia la independencia, que es un instinto avasallador, convirtiéndose todas las ambiciones de nuestros cides en hechos memorables y virtudes patrióticas por la codicia augusta de lo autonómico. En el segundo ciclo, ya conseguida la independencia, el militar relieve choca contra la ley de lo democrático, aconteciendo aquí lo que acontece en Chile con las revoluciones del general Freire y del general Prieto. La anarquía de entonces no es uruguaya, sino continental, aconteciendo aquí lo que en el Perú, donde se suceden los movimientos encabezados por los generales Bermúdez, La Fuente, Torrico y Canseco.

En las ex colonias, mal preparadas para la independencia, los generales se alzan contra la dictadura de los generales, sacudiendo al país para imponer su dictadura personalísima. Si alguno gallardea de republicanismo, su republicanismo no impide la explosión de la tempestad, porque la masa ignora lo que son derechos y lo que son deberes. Un uniforme con entorchados es un poder, un poder que desquicia, lo mismo para los libres del Ecuador que para los libres del Uruguay. El estandarte de las revueltas, en el Ecuador, es el estandarte del general Urbina y el general Robles y el general Franco.

Los leguleyos imitan, cuando pueden, á los gene-

rales. Aquí, junto al Plata, un general fusila á Dorrego. Allá, en Costa Rica, Mora cae fusilado por el doctor José Montalegre.

No es un absurdo subdividir la historia de los hombres y de las patrias. La vida de los unos y de los otros, de éstas y de aquéllos, no es una línea recta. Oribe, como bien reconoce el autor de la obra de que voy tratando, es uno antes de su alianza con el célebre Rosas, y otro después que se deja enjaular por el tirano de Buenos Aires. Rivera no es el mismo cuando batalla con nobles ardimientos en Sarandí, y cuando se revuelve contra el poder legítimo del presidente Oribe.

El doctor Herrera cree que sería beneficioso, para la causa de la quietud, apartar las pupilas de lo pasado. El hoy, que los partidos tradicionales vinculan al ayer, carece aún de la serenidad que exige la historia. Los muertos viven en nuestro espíritu, contaminándonos con sus debilidades y sus pasiones. Disentiremos siempre, por muy grande que sea nuestra sed de justicia, cuando revolvamos el polvo de la tumba de nuestros próceres. Llevamos en la boca las hieles de un siglo de controversias por la verdad y de batallas por el poder. Nuestra pluma, empapada en las hieles que nos dió la herencia, no raciocina bien cuando raciocina sobre los motivos y los fenómenos del envenenamiento de nuestra sangre. En tanto duren las banderías amamantadas con la leche de leona de la tradición, lo blanco atenuará el crimen de Quinteros y pasará lo rojo sin inclinarse ante Paysandú. Es necesario que se sucedan varias generaciones libres del yugo de lo que fué, para que nadie excuse la inexcusable crueldad de Pereira, para que nadie niegue la numantina prez de Paysandú, para que el porvenir

reconozca lo probo y lo avanzado de los principios que ilustran el programa presidencial de Berro.

Si, todavía, Mesenia me enamora cuando resiste á Esparta, ¿cómo creer que los historiadores de lo futuro no simpatizarán con los ideales aproximados á sus ideales filosóficos ó políticos? La pasión siempre intervendrá en la historia, por imparcial y sabio que el historiador sea; pero el historiador de lo porvenir, sin la atávica úlcera que nos corroe, no será sospechado cuando predique la verdad que le inflame. El medio, sin enconos de origen vetusto, gozará en la verdad noblemente expresada, sin que los intereses de los partidos se opongan á que irradie el sol de la justicia sobre nuestro ayer. Entonces, sólo entonces, enguirnaldaremos, con hojas de laurel, la efigie de cada caudillo libertador, transformando en leyenda resplandeciente sus golpes de sable. Entonces, sólo entonces, podrán sondarse, sin esparcir su pus, las cancerosas llagas de lo que ha sido, las llagas que palpitan dolorosamente en todos los fragmentos de *La tierra charrúa*.

El libro es tan sincero que será repudiado por la divisa nuestra y el cintillo rojo, aunque el libro no oculta sus razonadas predilecciones. Su autor escribe analizando y seleccionando los sucesos más graves, los de mayor influjo, los que más exasperan á las banderías. El amor á la patria, el amor á sus glorias, el amor al derecho crucificado y á la honradez vencida, fluyen copiosamente de aquella síntesis que abarca medio siglo de desventuras. Por allí pasan Artigas y Rivera; por allí pasan el ejemplar desinterés de Suárez y la honesta figura de Giró; por allí pasan un delito, Quinteros, y un fulgor, Paysandú; por allí pasan el motín del año 53, y la invasión del año 65,

por allí pasan las nacionalidades estremecidas por los sacros dolores del Paraguay.

Ya dije que separa á los pretorianos de los caudillos. Escuchad á Alberdi. Leo en la página 199 de sus *Grandes y pequeños hombres del Plata:*

—" El caudillaje aparece en América con la democracia, se desenvuelve y marcha con ella. — Artigas, López, Güemes, Quiroga, Rozas, Peñaloza, como jefes, como cabezas y autoridades, son obras del pueblo, su personificación más espontánea y genuina. Sin más título que ese, sin finanzas, sin recursos, ellos han arrastrado ó guiado al pueblo con más poder que los gobiernos. Aparecen con la revolución americana: son sus primeros soldados.

" Con razón fueron los españoles y portugueses realistas, los que primero dieron el título de *caudillos* á Bolívar, á Artigas, á Güemes, á Alvarez, en la época en que esos patriotas sublevaban las poblaciones americanas contra la dominación de los reyes extranjeros. En esa época nació el caudillaje. Su origen y causa es la revolución democrática.

" Son los jefes elegidos por la voluntad del pueblo, sustituídos á los jefes elegidos por la voluntad de los reyes.

" Artigas, en 1811, sublevó la Banda Oriental contra los españoles. Güemes libertó á Salta de la dominación española. Quiroga fué soldado de San Martín. Ibarra, Bustos, López lo fueron de Belgrano. Los Carrera fueron los libertadores primeros de Chile."

Seduce ese concepto del caudillismo, aun cuando no me agrada la mixtura de nombres que le place á Alberdi. Ese concepto, que yo también sostuve, lo encontraréis en los capítulos iniciales de *La tierra charrúa*.

Artigas es el centro de un sistema astronómico. En torno suyo giran las luces planetarias de sus tenientes. Esos centauros perdurarán como caudillos libertadores. El tiempo, al pasar, acendra las glorias, como el sol, al morir, abrillanta la cúpula de los edificios. Lo augusto de los héroes quedará en la luz, en tanto que sus máculas se hundirán en la sombra. Sus actos posteriores, los que siguieron á la declaración de la independencia, no pueden influir en la opinión piadosa de la posteridad. Esto es lo que nos dice, en la primera parte del libro que estudio, la pluma del doctor Luis Alberto de Herrera.

No puedo detenerme. El cuadro es enorme. Me sería imposible bosquejar sus líneas con dos pinceladas. Terminaré diciendo que el libro concluye con un consejo y una esperanza. — ¡Olvidad! — nos dice. — ¡Educad! nos grita. — ¡Los principios llegan trayendo entre sus manos el bien de la concordia y el gozo de la paz! — Ese consejo y esa esperanza, saltando rencores, resonarán en los labios clementes del porvenir. El porvenir los recogerá con solicitud. Todo el que los repite, todo el que los escucha, todo el que está con ellos, siembra el futuro. Mi pluma los graba religiosamente sobre el papel, creyendo que concurre, cuando así lo hace, al dulcísimo triunfo de la Fraternidad.

¡Esparzamos siempre la luz de lo mañana, siempre y con gallardía, siempre y con honradez, siempre y con regocijo, doctor Herrera!

La tierra charrúa es un libro sincero, un libro sapiente, un libro que convida á la meditación.

Mi labor es sincrética más que analítica. Esforcemos la sincresis del libro estudiado.

Hemos aprendido, sobre sus páginas, que nuestras

multitudes, al emanciparse, no estaban prontas para el gobierno propio. También aprendimos que fué un error, en los preludios de la vida institucional, entregar el poder á los capitanes que encumbró la victoria. El yerro se explica cuando se advierte que las armas, y no las letras, mandaron é influyeron durante la aventura libertadora, monopolizando justicieramente la gratitud pública. Los capitanes, de corazón fogoso y de lectura escasa, ¿iban á convertirse, por la virtud de la presidencia, en varones sesudos y experimentados? No era dudoso que aquellos héroes, ennegrecidos por el humo de los fusiles y el sol de las lomas, gobernarían á la nación con las mismas artes con que gobernaron á sus ejércitos. La nube se agranda, transformándose en tempestad, si unís las envidias que engendra el poder á las ardientes rivalidades que engendró la gloria. Los caudillos se creen padres de sus soldados y los soldados luchan por sus caudillos, siendo despótica la ley que restringe la autoridad de los capitanes y abusiva la ley que se opone al imperio de la soldadesca. Lo riverista, obligado á ser probo, se alzará contra Oribe. Oribe, para mantener su capitanía, se asociará con Rosas. La Defensa, que no carece de dictadores y pretorianos, sacrificará trozos del verdor de la patria. Los caudillos después, para impedir que triunfen los principios civiles de Giró, los programas presidenciales de Pereira y de Berro, mantendrán la terrible tradición de los bandos, se llamarán motín y revolución, unirán sus banderas á las banderas de una monarquía conquistadora, y sembrarán la lumbre de la cultura permitiendo que se repartan los vencedores á los hijos de las mujeres del Paraguay.

El mal viene de lejos. El mal es muy hondo. El

mal se inicia con el brasileñismo del doctor Lucas Obes, contrario á la proeza de los Treinta y Tres. El triunfante en Rincón obedece á don Lucas. Don Lucas redacta la negativa imperial de Rivera. — El mal viene de lejos. El mal es muy hondo. El mal se encona, cuando estallan los celos de nuestros capitanes, en las horas difíciles del año 29, y la llaga supura, cuando nuestros caudillos descubren su ambición en las horas difíciles del año 30. — El mal viene de lejos. El mal es muy hondo. Rivera, ministro, achica á su rival. Lavalleja, ministro, ofende á su émulo. Lavalleja, gobernador, incomoda á Rivera. Rivera, presidente, crispa los nervios de Lavalleja. Oribe, en el poder, es una valla al poder del ilustre vencido en India Muerta. Rivera, en el poder, es una rebeldía y un retroceso para el culto soldado de Ituzaingó. — El mal es muy hondo. El mal viene de lejos. Encontraréis su germen en los antagonismos nacidos antes de que tengamos una bandera propia y un escudo nuestro y una canción patria, no siendo de extrañar el riego de púrpura que empapó todos los trebolares del verjel de Artigas. ¡Ninguna bandería está libre de mancha, porque todas imprimen, en el pecho sagrado de la madre inmortal, el sacrílego surco de la lanzada del ciego Longinos!

Nuestros caudillos son valientes y generosos; pero son tumultuarios y personales. Si en lugar de nacer en nuestro país, con árboles más cimbradores que el sagotal y arbustos más balsámicos que el crepidospermo, hubiesen nacido en las abras del Cáucaso, entre las eminencias del Zazbék y el Elbrúz, junto á la vía de Mozdók á Tiflis, hubieran alcanzado, por las altas codicias de su indómito brío, corona de sultanes y culto de profetas como Schamyl. Nacidos en un mundo republicano y en una tierra de democracia, turban el

orden con sus rencillas, emponzoñan el aire con sus enconos é impiden que fulgure la estrella azul de la libertad, lo que no me asombra ni me enardece cuando abro el libro de nuestra América, donde me encuentro con Santander resistiendo á Bolívar, con Páez sublevado contra el doctor Vargas, con el gobierno dictatorial de O'Higgins, y con Sucre ofendido por el motín cuartelero de Chuquisaca.

Ni nuestros capitanes tenían la habitud de la libertad, que es el sol del progreso; ni nuestras multitudes tenían la habitud de la libertad, que es el oxígeno de la atmósfera de las patrias; ni nuestros juristas comprendieron la celeste hermosura de la libertad, ese vocablo fascinador que viva á las naciones en las Termópilas y que viva á las razas con Espartaco, que degüella á los hombres cuando lo dice la epiléptica boca de Robespierre y redime á los hombres cuando lo dice la clementísima boca de Lincoln.

II

Luis Alberto de Herrera nació en Montevideo el 22 de Julio de 1873.

Esta vez sí que todas las hadas asistieron con júbilo al acto bautismal. Sus dones al infante fueron magníficos. Una otorgóle la belleza viril; otra, el coraje propio de nuestra estirpe; otra, el talento deslumbrador; otra, las seducciones de la elocuencia; otra, la lealtad de los caballeros del ciclo artúrico; y otra, la sed ardiente, la noble sed, la sed inapagable de la nombradía.

Su prosapia era ilustre. Tuvo por padres al hondo patriotismo de Juan José de Herrera y á la virtud

altísima de Manuela Quevedo. Don Juan José de Herrera, por su carácter firme, por su recto sentir, por la pureza de sus propósitos, por el desinterés de los muchos servicios que prestó á la república, fué un estadista sobresaliente y un varón consular.

Le hallaréis en las filas de la briosa guardia nacional que fué fusilada por el motín del 53. El motín trajo, como las tempestades á las centellas, la renuncia presidencial del honesto Giró, al que suceden los triunviros Rivera y Flores y Lavalleja, tras de los cuales principia el drama de enconos y codicias que concluye en Quinteros. César Díaz, instigador principalísimo del motín que ejecuta Palleja contra el gobierno de mansedumbres y de concordias del 53, halla la muerte en la hecatombe vituperable, en las tristes vindictas del célebre Paso. ¡Soñó con los orgullos de la presidencia para despertar en la igualadora barca de Carón!

Cuando don Andrés Lamas, bajo el gobierno de don Gabriel Antonio Pereira, negoció los tratados comerciales con el Brasil, don Juan José de Herrera fué secretario de don Andrés Lamas. Lamas habló con mucho elogio de su secretario, poniendo de relieve sus condiciones y sus servicios, lo que impulsó á Berro, — el tribuno de clarovidencias excepcionales, — á convertir al joven secretario de don Andrés en ministro de la república ante el mariscal López, de quien tantas memorias guarda el Paraguay y cuyo nombre murmuran todavía los vientos de Humaitá.

Proyectóse un tratado entre el mariscal López y el doctor Herrera. Proponíase éste estrechar nuestros vínculos con aquel país, dando más desarrollo á la navegación de nuestros productos por los ríos Paraná y Paraguay. Acaso ya soñaba con una alianza como la alianza con que soñó Artigas. Acaso ya previó que

era imprescindible, para nuestra quietud dentro de los propios marcos y nuestra influencia dentro de las cosas platenses, oponer un rival á los poderíos de Buenos Aires y del Brasil.

Del Brasil sobre todo. El Brasil se apropió parte de nuestra túnica por los tratados de 1851. El Brasil vigilaba nuestras fronteras, pronto siempre á mediar en nuestros litigios enflaquecedores. El Brasil, monárquico y hegemónico, unido al norte de nuestro suelo por su fecundo suelo riograndense, veíase obligado á mantenernos bajo su férula, para servirse de nuestras costas y de nuestras aguas y de nuestros recursos y de nuestro empuje, si llegaba la hora codiciadísima de afirmar su poder. En el Brasil pensaba, dialogando con López, el doctor Herrera.

Buenos Aires debió preocuparle menos. Frente á Buenos Aires, en caso de peligro, se alzaba el Brasil. Buenos Aires aun era resistido por las proviscias, siendo imposible resucitar á Rosas. El Brasil era una unidad formada, y una unidad latente, pero en formación, la de los estados siempre intranquilos de la Argentina. El doctor Herrera, cuando se acercó á López, pensaba en el peligro, seguro y cercano, de la omnipotencia, codiciosa y astuta, del imperial Brasil. Era, á sus ojos, servir á los intereses del patriotismo y á la fe de la democracia, intentar un acuerdo de patrias pequeñas, pero indomables, que contuviese á la corte de San Cristóbal, estableciendo con equidad el equilibrio de las naciones del sur de América.

El Paraguay nunca fué un riesgo para nosotros. Nos tranquilizaban, por aquella parte, su soledad y la lejanía. Eran afines, y no antagónicos, nuestro interés y sus intereses. No existen allí ultrajes que vengar, ni pleito fronterizo que resolver. Nuestro mejor cau-

dillo, el único caudillo que no lució golillas perturbadoras, reposaba en su suelo. El blandengue dormía bajo las estrellas del Paraguay. ¿Que fué inculto y tiránico el gobierno de López? Es muy posible; pero, ¿éramos, nosotros, los encargados de defender las libertades del Paraguay? López vive en su casa y en la de su pueblo. Si López es un déspota, como me afirmáis, á su pueblo le incumbe derrocar al déspota. Aquello fué, se dice, la paz de Varsovia. Perfectamente; pero los paraguayos, hasta el último instante, vivaron á López. López, al sucumbir circundado de muertos como Catilina, perece por la gloria y la independencia del Paraguay. Tiene la augusta majestad de las patrias, de todas las patrias que destrozó el cañón, el sangriento cadáver del mariscal López. Esto no se discute, como no se discute el denuedo espartano de los que obedecían á León de Palleja.

El doctor Herrera, cuando se acercó á López, volvía del Brasil. Doy por seguro que auscultó, en su viaje, el corazón del imperio de los Braganza. Aquellos latidos no podían satisfacerle, y volvió sus miradas al Paraguay. Es claro que, tampoco, pugnó por afianzar el dominio porteño, que nos emparedaba necesariamente entre lo centralista de Buenos Aires y lo hegemónico del Brasil. El Paraguay apeló á la clausura para impedir que lo conturbaran las intromisiones tuteladoras de Buenos Aires. Lo hallaréis afirmado en la citada labor de Alberdi. Nosotros no podíamos, como lo prueba el mapa, vivir en la ceñuda reclusión de López. El Río de la Plata desposa y no divide. El Uruguay acerca, como un puente florido de camalotes, sus dos orillas. Los timbahubáes de Artigas, los arroyos de las feraces pendientes de Rivera, los vacunos nacidos en los potreros de Cerro Largo, saben bien que

se hallan próximos al Brasil. Aquellos que hermosean el anexionismo que predicó Juan Carlos, nuestro Juan Carlos Gómez, no ignoran que es ridícula la versión de que éste soñó con la imposible capitalía de Montevideo. Se hubiera opuesto á ella, con razón y derecho, el histórico orgullo de Buenos Aires.

El doctor Herrera, á su regreso del Paraguay, fué canciller de Berro. El Brasil, con la injusticia de sus reclamaciones, puso al doctor Herrera frente á Saraiva. Resultaron inútiles los probos razonares del ministro de Berro. El arbitraje, que propusimos generosamente, fué rechazado con acritud. Y la tormenta estalla en 1863. Se insurrecciona Flores. El gobierno de Aguirre, que se levanta sobre el cono flamígero de un volcán, sucede al de Berro. Flores presenta las bases de paz de Puntas del Rosario. Los jefes del caudillo, apenas aceptadas, fabrican otras dos, inadmisibles para el decoro y la subsistencia de la legalidad. Viene, después, el drama de la Florida. Párraga es fusilado. Silva es fusilado. Bosch es fusilado. Sotelo es fusilado. Castillo es fusilado. Son fusilados Castro é Ibarra. Saraiva redobla, con plazo fijo, sus pretensiones irreductibles de satisfacción por agravios caducos y mentidas ofensas. El corcel extranjero imprime sus cascos sobre los trebolares que abonó el jugo rojo de la montonera que seguía á Andresillo y vivaba á Latorre. El cañón imperial derrumba los muros de Paysandú. La gloria, enternecida y entusiasmada, vuelve á erguir lo que derriba sin heroísmo Tamandaré. El heroísmo lo monopolizaron, en aquellas horas inolvidables, los que caían con Gómez y Píriz. Villalba, por último, firma la paz con el desorden y con la invasión, para que la invasión complique á la revuelta en el asesinato del Paraguay.

En nombre de las patrias, ¡honor á los vencidos! — En nombre de la augusta religión del escudo y de la bandera, ¡respeto y gloria para el puñado de concolores de Paysandú! En nombre del principio de las nacionalidades, principio sacrosanto é indestructible, ¡sembremos de laureles nuestras Termópilas!

Es ese principio, es el principio de las fronteras, es el augusto principio de las patrias, lo que defiendo, — pensando en la mía, — cuando vuelvo los ojos hacia Paysandú y hacia el Paraguay. El Paraguay, como Paysandú, ¿no son, ante la historia, ese principio despedazado? López, en la epopeya de aquellos días, encarna al Paraguay. Oid un episodio que escuché de los labios de uno de los hijos del general Vedia. En un banquete que se dió en la Asunción á don Julio de Vedia, banquete en el que habló con oratoria ciceroniana el señor Decoud, se sentaba el heroico general Caballero.

Estaban ya lejanas las horas de Yatay y de Boquerón.

Don Julio de Vedia, que se había batido como un león durante la campaña y que había mediado en la obra de la paz, bromeaba con los viejos capitanes de López.

—¡Qué bárbaros eran! ¿No quisieron, á sable, quitarme los cañones en Tuyutí? ¿Qué pensaban ustedes? Es natural: ¡los hice pedazos!

Caballero le respondió, como excusándose de la hazaña:

—¿Qué quiere, general? ¡Lo mandaba López!

Vedia, sonriendo, volvió á insistir:

—¿Y si López les hubiese mandado volar?

Caballero se recogió, contestando resueltamente, después de una pausa meditativa:

—¡Hubiéramos volado bajito; pero hubiéramos volado!

Es que López simbolizaba el honor y el derecho del Paraguay.

Por el honor y el derecho de todas las patrias, — cuando pienso en la mía, — ¡saludo á la bandera que recogió amorosa el último suspiro del mariscal López!

Prosigamos. ¡No logro libertarme del dulce despotismo de los paréntesis!

El doctor Herrera, cuando el partido blanco baja del poder envuelto en la lumbre de sus honradeces, se asila en Buenos Aires. No es una intransigencia. No es un regresivo. No es un colérico. No cree en la eficacia de los gobiernos de bandería. Su programa es el noble programa de Pereira. Su programa es el alto programa de Berro. — "La mitad de un pueblo, mande quien mande, no debe tener en eterna tutela á la otra mitad". — "Es necesario que no existan vencidos ni vencedores; que ningún partido se imagine con privilegios sobre su rival; que ninguno se apropie todas las glorias, dejando el deshonor como herencia del otro; que todos busquen la igualdad en la ley y la unión en el orden". — Leed lo que nos dice sobre estos postulados, en las páginas 154 y 188, el erudito autor de *La tierra charrúa.*

El doctor Herrera figura en el Consejo de la revolución del año 70. Don Abdón Arostegui ha escrito dos volúmenes historiando aquella revolución. Es una crónica detallada de los sucesos. Su estilo no es brillante. No es conceptuosa su filosofía. Refleja una faz del espíritu público; el sentir de la hueste revolucionaria; el por qué y el cómo relumbraron agudas, sobre las cuchillas, las lanzas que rodean al membrudo Aparicio.

Nuestra historia no es un cuadro de Rembrandt, como la historia de las repúblidas medioevales de Italia. Nuestra historia no es un cuadro de Rembrandt, con culebras silbantes y redomas alquímicas, con tapices de Oriente, con dagas de Toledo y cascos de Florencia. Nuestra historia no es un cuadro de Rembrandt, porque los güelfos y gibelinos, en los paisajes silenciosos y ardientes de mis llanuras, son las reencarnariones de las montoneras fanatizadas é indomeñables de la edad de Artigas. Nuestra historia no es un cuadro de Rembrandt, con turbantes fantásticos sobre las sienes de los caudillos y túnicas sedosas sobre los hombros de nuestros cides, porque los güelfos y gibelinos de mi tierruca, al trotar en las noches dulces y tibias de nuestro cielo, en las noches que dan una milagrosa fosforescencia á los fondos obscuros de los campos nativos, son las reencarnaciones de las montoneras, sin artes y sin leyes, que seguían y que vivaban al inculto Otorgués.

Amo el gozo viril de la sinceridad. Mi norte es lo justo. No hay virtud más hermosa que la justicia. Alumbra, calienta, reverdece y salubrifica lo mismo que el sol. Como no tengo agravios que vengar, no tengo rencores que satisfacer. Será inútil que se me arguya: — Eres un vencido. — El que sirve á su pueblo, sin torpes codicias, triunfa con el triunfo de su país. El que quiere á su patria con lealtad, sacrifica sus vanidades á tan hondo cariño. A gritos me lo dice mi corazón. Mi conciencia, regocijada, me lo dice á gritos. El mentiroso no puede ser justo. Mi musa es la verdad. La verdad flota sobre las confusiones, — *maris stella,* — para irradiar su luz en el Porvenir.

Después de la dictadura de don Venancio Flores, que no fué colérica, vino el gobierno constitucional de

don Lorenzo Batlle. Don Lorenzo Batlle subió manifestando que gobernaría exclusivamente *con su partido*. No creo que agregase, como algunos sostienen, que gobernaría *para su partido*. Ya sé que lo segundo es una consecuencia, lógica y necesaria, de lo primero. El que empieza mandando *con su partido*, concluye mandando *para su partido*, por el influjo del aislamiento, las artes de la intriga y la magia de la lisonja. Declararse, desde la cumbre, hombre de partido, es declararse procurador de una bandería. Los gobiernos de banderola no serán nunca, porque no pueden serlo, gobiernos nacionales. La parte está en el todo y no el todo en la parte, de lo que se deduce la verdad axiomática de que el partido está en la nación, pero la nación no está en el partido. Es indudable que basta la existencia de un partido homogéneo, coherente y orgánico, para que pueda existir un gobierno de su color y mandar un gobierno de su divisa; pero es indudable que ese partido, si contamina con sus pasiones á la presidencia, jamás existe y jamás actúa dentro de lo que los filósofos kantianos denominaban el reino de los fines, es decir, con el propósito firme y único de proteger el derecho común y el bienestar común, — propósito que es el decálogo excelso ó el categórico imperativo de las constituciones republicanas.

La presidencia es un órgano independiente y moderador, que utiliza las virtudes y las mentazas de todos los partidos para el reposo y para el progreso de la república. Un presidente, que se engolilla, se disminuye. Las presidencias, no engolilladas, mantienen sin desmedros su autoridad. Un presidente, que se engolilla, esparce el pus de los arribismos en las almas jóvenes. Las presidencias, no engolilladas, es-

parcen el respeto al honor y al saber. En el caso primero, — divisa en vez de banda, — la fuerza electoral de las mayorías, — que no son mayorías sino por los recursos que sacan del poder de la presidencia, — no es menos perniciosa que la fuerza armada de las dictaduras, porque las mayorías, — con la complicidad de la presidencia, — convierten al país en el patrimonio de sus afiliados. Es ridículo lamentarse de las insumisiones que se producen bajo las presidencias de trapo histórico. Es como si el viento se quejase del mar, porque el mar, que revuelven las ráfagas del viento, se alza encrespado y tempestuoso. Ese error, que emponzoña la sangre del país, como la nésica vestidura emponzoñaba la sangre de Hércules, fué el error doloroso de don Lorenzo Batlle.

Don Lorenzo Batlle no tuvo la culpa de aquel error. Aquel error era el resultado, el fatal resultado, de los sucesos que os bosquejé. Aquel error nacía, principalmente, de la soberbia de la victoria. ¿Cómo soñar con la quietud y con el olvido sobre tantos escombros y entre tantos rencores? Los unos sacudían, para justificarse, los purpúreos sudarios de Quinteros. Los otros evocaban, con emoción febril, las épicas bravuras de Paysandú. Aún dependíamos, en lo económico, de lo imperial, y aún palpitaba, como un derecho crucificado, la última tira del pendón de López. En nuestras cumbres, en nuestros valles, en nuestras costas y en nuestros espíritus, ¡silbaban las culebras de los cabellos de las Euménides!

Antes os dije que los gobiernos engolillados no pueden ser gobiernos de partido, sino se apoyan en un partido homogéneo, coherente y orgánico. Don Lorenzo Batlle no supo conseguir la homogeneidad, la coherencia y la organización de lo colorado, que tur-

ban y anarquizan las rivalidades de sus prohombres y lo contradictorio de los criterios sobre la Alianza. Don Lorenzo Batlle fué gobierno de grupo, de parte de parte, de fracción combatida por otra fracción del mismo matiz. Dirígele, sin tino, don José Cándido Bustamante. Inquiétanle las rebeldías amatreradas de Caraballo. Escriben, en su contra, dos de los Ramírez. Le aplica sinapismos Julio Herrera y Obes. Censúrale agriamente José Pedro Varela. Le araña, con su pluma, Isaac de Tezanos. Don Lorenzo Batlle, en dos ocasiones, aprisiona á unos y destierra á otros; pero le reprimen, lo que no es común, la Honorable Comisión Permanente y el Supremo Tribunal de Justicia. Leed, en los diarios de aquellas horas, los ruidosos sucesos de fines de 1869 y de principios de 1870.

Entonces intervienen los hombres de mi credo. Tal vez fuera mejor que se desgastaran, en la revuelta y en la anarquía, sus adversarios tradicionales. Tal vez fuera mejor permitir que mediten los buenos y los justos, arrepintiéndose y avergonzándose de lo menguado de la invasión y de lo inicuo de la conquista. Tal vez fuera mejor, apaciguando los corazones, entregar nuestra causa á la virtud del tiempo y á la virtud del libro. Tal vez fuera mejor, como yo presumo, que no resolvieran el litigio atávico, en medioeval palenque, las brutales lanzadas de Goyo y Timoteo.

Tal vez fuera mejor; pero no fué así. La filosofía no aparece en la historia, sino después del estallido de los sucesos. La historia la conducen los intereses, y las pasiones, y las circunstancias. La prensa en tumulto, lo ejecutivo en dudas, lo victorioso en crisis, lo pretérito reclamando satisfacción, discutida la gloria de los triunfadores y oportuno el instante para romper lanzas, ¿cómo esperar sin intervenir? Los crueles

combates, que principian en 1870, concluyen en 1872.

Don Lorenzo Batlle, desde fines de 1871, trabaja por la paz. El cansancio está en todos. A todos atribula la lúgubre tragedia. Los campos sin cultivo, que profana el degüello, tienen sed de quietud. La presidencia choca con las nerviosidades de lo purpúreo y con las ambiciones de la revolución. Se teme un motín. Lo rojo se resiste á que la paz se haga sin conservar entero su predominio, y lo blanco pretende que la paz se haga como si la paz fuera la sanción de su triunfo. Primero se exige un gobierno mixto, después insinúase el ministerio general y único de don Andrés Lamas. Rechazada la base, pídese que se elija nuevamente el Senado y que se prolongue la presidencia que finaliza en 1872. Es mucho demandar, cuando no se ha vencido, pudiendo obtenerse, sin más lanzadas, comicios liberales y cuatro jefaturas, amén de lo pactado sobre presillas y sobre fondos. Para probar, ahora, que también un fragmento de lo purpúreo rehusó la armonía, aconsejando el exterminio á chuza de la revolución, recordaremos la propaganda, enconadísima y sin estilo, de *Los Debates*. Así, de este modo, entre esperanzas y desesperanzas, llegó á su término la presidencia del señor Batlle.

Éste dijo al bajar: — "Subí á la presidencia de que hoy desciendo, cumpliendo el plazo que la ley me asigna, precedido de terribles y sangrientos acontecimientos, que me trazaron de un modo fatal el orden político que debía hacer prevalecer. Contraje el compromiso de gobernar exclusivamente con mi partido; pero con la firme resolución de ser justo y equitativo con todos, propósito que tengo la conciencia de haber cumplido". — Laméntase, en seguida, de todo y de todos: de la sordidez de los legisladores, de la debi-

lidad de los magistrados, de la acritud de los periodistas y del rigor de las circunstancias. No oculta que, sin la indisciplina reinante en lo purpúreo, — causa y efecto de los abusos en el escribir, — ni la revolución hubiera estallado ni la revolución se hubiese engrandecido. Concluye aquel documento público: "Hice el bien y estorbé el mal hasta donde me fué permitido; pero se malgastaron nuestros esfuerzos ante la oposición de todos los instantes y por todos los medios que se me hizo, viniendo en pos la guerra civil á colmar la medida de nuestras desgracias."

Don Lorenzo Batlle ignoraba dos cosas. Ignoraba que los partidos, — cuando gobiernan solos, — se desarticulan por los abusos de la dominación y por las envidias utilitarias de sus directores. La unidad quebrantada por el desengaño de los codiciosos de dignidades, es también quebrantada por el desengaño de los que creían en el advenimiento de todos los bienes bajo la luz de la estrella de su matiz. Reino mentido les resulta á muchos el reino de lo hegemónico, y las resistencias, que el adversario ya no levanta, las levanta el círculo que domina, porque sin contender no es posible existir y la gravitación, que conduce á los mundos suspensos en lo azul, es hija del choque de las fuerzas contrarias que los empujan y que los retienen. Esto no lo sabía don Lorenzo Batlle.

Don Lorenzo Batlle ignoraba, también, que el orden necesita de la libertad, porque la libertad, hasta en sus abusos, es el testimonio y es la consagración del orden democrático. No hizo bien, por mucho que se escudara con la sospecha de rebeldías ensangrentadoras, deteniendo á unos y desterrando á otros sin

formación de causa ni sentencia legal. A la prensa, que insulta, oponed noblemente la prensa que razona. Al pensamiento jamás se lo comprime, porque el pensamiento se parece al aire, porque el pensamiento se parece á la luz, y porque las leyes, contra la prensa, son como dagas que utilizará, para herir al poder en el corazón, la prensa engrandecida por aquellas leyes. El orden, mutilando á la libertad, — porque la libertad esgrime sin cordura las armas de la idea contra el poder del orden, — detiene al progreso, que necesita, para ascender por las inmensidades de sus series sin fin, de la libertad, — absoluta y sin vallas, — del pensamiento hablado y el pensamiento escrito. Esto no lo sabía don Lorenzo Batlle.

Y entiéndase que no hago distinciones. El sayo es para todos. La historia no puede, cuando es austera, tener dos balanzas y dos medidas. El que aprisiona y el que destierra, temeroso de que peligre la quietud pública, invade el fuero de la justicia y reduce el espacio de la libertad. Los dictadores que abortó el cuartel, bisuntos con la mugre de las puebladas; nuestros dictadores de rebenque y sable, los de más crímenes y más excesos, siempre se proclamaron como los custodios de la quietud pública. Yo me atemorizo cuando Cicerón, explicando el por qué viola las leyes, grita con elocuencia: — ¡Juro que he salvado á la patria!

Lo culto, aquí, tiende á lo autocrático, como lo inculto, aquí, tiende á lo demagógico. Ignoramos aún que el orden, sin el sostén de la libertad, conduce á la inercía, como la libertad, sin el sostén del orden, conduce á lo babélico. El connubio del orden con la libertad infanta el progreso, que es la creencia de los que viven en el estudio de la filosofía y en tratos

con la historia. Nos cuesta abrir los ojos al fulgor de esa armonía magnificente, por culpas heredadas de lo colonial, que no supo educarnos para las virtudes de la democracia. Es que tampoco sabe de gobierno propio, en aquellos entonces, la tierra gallardísima de Donoso Cortés y de Ríos Rosas.

Dice Alberdi, en la página 41 de la obra citada:

—" Fundar un gobierno republicano era arremeter con la obra de tres siglos. En Norte América estaba ya fundado cuando vino la independencia; por ello allí la independencia tuvo un origen interior, mientras que en Sud América venía de los acontecimientos de la Europa. En Norte América, la revolución sólo tenía por objeto la independencia, pues el gobierno libre ya existía desde siglos. "

El doctor Luis Alberto de Herrera piensa lo mismo en los viriles párrafos de *La tierra charrúa.*

Citemos, como una prueba de lo que afirma, los prolegómenos de la paz de 1872.

En los primeros días de Enero, llegó á Montevideo el general Gelly. Traía ya conclusas, para someterlas á los contendores, las bases de paz que se habían pactado en el domicilio del doctor Tejedor.

Como se hablase de seis jefaturas y otras concesiones extraordinarias, se alborotó el cotarro y empezó el regateo. Aquello era imposible, monstruoso, inaceptable.

La Tribuna se opuso á la paz. *Los Debates* hicieron lo mismo. *La Tribuna* pronto reaccionó. *Los Debates* nunca reaccionaron.

Reaparecieron, con los augurios de la concordia, ideas enterradas bajo los escombros de Paysandú. A una manifestación, que auspiciaba la paz, díjole el doctor Manuel Herrera y Obes: — " El pasado per-

tenece á la ancianidad; el presente y el porvenir á la juventud. Dejadnos á nosotros con él, y sigan los hombres jóvenes sin aceptar, de lo pasado, sino lo que éste tiene de glorioso y patriótico ".—Los deseosos de que siguiésemos asesinándonos como en Severino y en Manantiales, apellidaron pastelero y traidor, por estas palabras civilizadoras, al ministro Herrera. Así lo refiere, — sin aceptar los motes de la iracundia, — la *Revista Financiera* de Montevideo.

El gobierno argentino, como no ignoráis, había ofrecido espontáneamente su cooperación en bien del sosiego de la república. Aceptada aquélla, como una garantía que reforzaba las que nuestro gobierno estableció en sus bases, escribíale el doctor Lamas al doctor Tejedor el 26 de Noviembre de 1871: — " Estas garantías sustituyeron ventajosamente á las que la revolución buscaba en un gobierno mixto. El gobierno mixto era la lucha en el seno del gobierno mismo ". — " Me parece que la idea del gobierno mixto está muerta para los mismos que hoy la recuerdan, sin duda como expediente de negociación, para llegar á otra combinación de que usted ya debe haberse apercibido ". — " Conociendo las pruebas de confianza que recibo de la parte moderada del único partido á que he pertenecido cuando yo era hombre de partido, y confiando por su parte en mi imparcialidad y en mi buena fe, algunos hombres principales del partido blanco, cediendo del gobierno mixto buscan un término medio que consistiría en que yo sustituyera como Ministro único á los Ministros mismos ". — "En este punto mi resolución es inquebrantable; y por consecuencia, mi persona está excluída de la combinación á que me refiero y de cualquiera otra que se le parezca ". — " Los compromisos que tan explícita-

mente toma el señor Batlle y la garantía moral del Gobierno Argentino, sustituyen ventajosamente á las garantías que buscan en el personal del gobierno mixto."

Si eran difíciles de reprimir las resistencias de algunos colorados, también eran difíciles de satisfacer las aspiraciones de la revolución. Aquéllas estallaron, al ponerse las últimas de manifiesto, no bien se hicieron públicas las bases de paz, — que rubricaban Tejedor, Lamas, Juanicó, Camino y Vázquez Sagastume. — Recordaré las cláusulas más hondas del convenio: elecciones generales, libres y garantidas; invitación á los senadores, cuyo período no hubiese terminado aún, para que sometiesen los poderes suyos á la confirmación del voto popular; prórroga de la presidencia pacificadora hasta que se nombrase y constituyese la nueva Asamblea; — y, en acuerdo á parte, la concesión de cuatro jefaturas políticas al partido de Berro. — El 20 de Febrero, siendo ya público lo pactado, reunióse un grupo de militares y legisladores en la Jefatura de Montevideo. Se presionó al gobierno para que reemplazase á don Andrés Lamas por el doctor José Pedro Ramírez. Otra reunión de jefes militares realizóse, también el 20, para exigir, no sólo el desconocimiento de lo pactado por Andrés Lamas, sino la renuncia de Herrera y Obes. El día 21 renunció éste, por no querer firmar el documento que reemplazaba á Lamas por Ramírez. Herrera y Obes, al retirarse, publicó una carta acusando á Ramírez de haber sustraído, agitando los ánimos y entorpeciendo la negociación, los protocolos de la Jefatura, que extemporáneamente publicó "El Siglo". — Se afirmó entonces que, — como el señor Batlle resistíase á que saliese del ministerio don Manuel

Herrera, — éste le dijo: — En sus manos está: ¡Yo ó el Jefe Político! —

El señor Batlle declaró oficialmente, el 20 también, que le habían sorprendido con los artículos 9 y 10 del tratado. Es indudable que, si nos atenemos á sus instrucciones, no se ajustó á las mismas don Andrés Lamas. Diríase que nadie dió autoridad al negociador para convenir en la prórroga de la presidencia y en la cláusula referente al Senado. El señor Batlle creyó que las aspiraciones aparicistas no insistiesen en complicar el doloroso pleito, con nuevos pedidos, después de acordarles la concesión de cuatro jefaturas políticas. El principismo de la revolución debió satisfacerse con la promesa, garantizada por dos gobiernos, de que serían libres y regulares los comicios próximos. Nuestro país político es un país volcánico. Os aterra, cuando todo parece que se prepara al sueño reparador, una lluvia de fuego como la lluvia lávica de las erupciones de Cosigüina.

Si los unos pecaron por hacer del artículo senadorial una inflexible cláusula, ¿qué diré de los otros? ¿Cómo juzgar la actitud de ocho hombres que anteponían su investidura al bien del país? ¿Cómo creer en la legalidad del mandato suyo ante la antipatriótica resistencia que opusieron á la pedida revalidación? Debieron renunciar indefectiblemente, tirando sus cargas, para recogerlas con mayor brillo en la lid del voto, ennoblecidos por su desprendimiento en favor de la paz. Si podía aceptarse la mutilación de la autoridad de lo ejecutivo y hasta el relajamiento de la disciplina, — en homenaje á la causa de la concordia, — cediendo jefaturas y reincorporando á los jefes en somatén, ¿no se podía, con mayor fundamento y con lustre mayor, someter unos títulos, puestos en

duda, al fallo popular? No me place el pedido, que encuentro interesado y enconador; pero, ¿no hicieron mal los ocho senadores cuando no salvaron, con lo inflexible é indeclinable de su renuncia, la angustiosa inquietud del país entero? Si sus bancas venían de la opinión, la opinión les hubiera devuelto sus bancas, convirtiéndose en triunfo hasta su fracaso, que los enaltecía y los levantaba á los ojos de los que creen en las virtudes del patriotismo. Los aparicistas tampoco demostraron mayor sensatez, si es verdad que eran las jefaturas calladas en las bases y que la paz les daba, las jefaturas de los departamentos de Salto, Canelones, Maldonado y Tacuarembó. A ser así, como entonces se dijo, la revolución lograba más de lo que parece, porque podía unir á los departamentos ganados por las armas, — el de San José, de indubitable filiación blanca; el de Florida, por sus vinculaciones con Aparicio; y el departamento de Cerro Largo, rendido á la influencia de las bravuras del coronel Muniz. No fué el gobierno el que estorbó la paz; fueron las ambiciones, fueron los tirios y los troyanos, los que impidieron la realización de los propósitos de concordia de don Lorenzo Batlle.

Éste fué honesto; pero no fué dichoso. Su candidatura á la presidencia, que surgió á última hora, agrió á los partidarios de la candidatura de don José Cándido Bustamante, como agrió igualmente á los partidarios de la candidatura del general José Gregorio Suárez. Salvada esta sirte, azóranse y recelan los que crecieron con la dictadura del general Flores, manifestándose en rebeldía Máximo Pérez á fines de 1868, para volver á descolgar las armas en el año de 1869. La crisis política se acentúa, la miseria aparece con la económica, y surgen los briosos lanceros de Apa-

ricio. Se lucha en Severino; se dispersan, en Corralito, los audaces jinetes de Caraballo; quedan como mil cadáveres extendidos en los campos del Sauce, y sigue á ésta batalla, lúgubre y sangrienta, la lúgubre y sangrienta acción de Manantiales. Procúrase la paz, codicia y norte de los espíritus generosos; pero la anublan y la envenenan nuestros terribles bandos, interrumpiéndose las negociaciones al subir al poder don Tomás Gomensoro.

José Pedro Ramírez, el 4 de Marzo, dícele en una nota al ministro Velazco, que fué comisionado por el señor Batlle, " para gestionar el retiro de los artículos 9 y 10 del convenio, así como también la modificación del acuerdo reservado sobre Jefaturas Políticas ". — Dícele igualmente que, después de celebrar varias conferencias con los señores Vázquez Sagastume y Camino, asistiendo á una de aquellas entrevistas el doctor Tejedor, ha adquirido el convencimiento de la inutilidad de sus insistencias sobre dos de los tópicos en debate. El ministro Velazco, comunícale, entonces, la quiebra de la paz al doctor Tejedor; pero insiste, categóricamente, en ofrecer á los aparicistas, para que se sosieguen y se desarmen, — cuatro jefaturas, comicios libres y la reposición de los jefes de línea revolucionados. De no ser así, decíale en su nota del 5 de Marzo, " el poder de las armas resolverá la contienda ". — Aquello equivalía al fracaso moral de la revolución, y bien lo comprendieron, entre otros muchos, los doctores Palomeque y Lerena. Influyendo éstos sobre Aparicio, fatigado también de dimes y diretes, lograron que éste aceptara el tratado del 6 de Abril de 1872. Concedíase á la revolución, por aquel convenio, las jefaturas de Canelones, San José, Florida y Cerro Largo.

III

Don Juan José de Herrera ocupó un sitial en la legislatura de 1873. Algo dije de ella en el primer volumen de esta misma obra. Sabido es que allí, en el ardiente cónclave, las bocas fueron arcos y las palabras fueron saetas de oro. El país jamás congregó tantos esplendorosos haces en un solo foco. Jamás nuestra tribuna parlamentaria ha predicado ideales más puros y hecho fe de propósitos más austeros. La barra salió ebria de aquellas discusiones, porque en el espíritu de los congresales lucían y vibraban las lenguas de fuego del delirio de Pathmos. Don Juan José de Herrera, — que no creía que las palabras gobiernan al mundo, como dice Morley, — fué uno de los guías más eficaces y más influyentes en las comisiones de la asamblea de 1873.

Intrigóse mucho en los prolegómenos de la elección de Ellauri. Gomensoro, á pesar de lo breve de su gobierno, reprimió la ambición de los militares, sujetando los bríos del coronel Latorre. Ellauri, debilísimo, aguzó las zarpas del concolor de lo cuartelero, distinguiéndose tristemente su presidencia por una rebeldía de Máximo Pérez, por los comicios lúgubres en que perdió la vida Francisco Lavandeira, y por el motín incalificable del 15 de Enero de 1875.

No hablemos de Varela. Varela es Latorre. Descienden, con Varela, el crédito público y la virtud cívica. Se encumbran, con Varela, el chacó y el látigo. Con Varela se aletarga la industria, agoniza el comercio, sobreviene la bancarrota, lo injusto se ríe de la equidad y las bayonetas, ensoberbecidas, cosen los

pañales de la dictadura. Con Varela fué entregada á los vientos y entregada á las olas la barca "Puig".

En aquel buque, cuyo viaje peligrosísimo seguían los ojos, preñados de lágrimas, del pueblo oriental; en aquel buque, cuya silueta enlutaba los sueños de las familias de más renombre de nuestro país; en aquel buque, cuya cubierta barrían de continuo las salobres aguas y en cuyos palos colgaban los luceros estremecidos su luz más triste, iba también don Juan José de Herrera.

La nave deportadora y desvencijada no puede decirnos á donde va. Cada vez que la lumbre de los relámpagos incendia las cortinas del horizonte, las tablas de la nave crujen y piensan en el naufragio. Los augurios fatídicos anidan graznadores en el velamen, como el gayo silvestre, de cenicientas plumas, en la horquilla del roble. Las lluvias de los trópicos unas veces, y otras veces los rayos quemadores del sol, caen sobre las penurias y los hastíos del ataúd flotante. Cada pájaro, que cruza gozoso y libre la inmensidad con rumbo hacia la patria, es seguido por largo tiempo, por mucho tiempo, hasta que no se ve, y aun después de ocultarse tras los tumbos verdosos de las olas hinchadas, por las pupilas húmedas de los deportados, que ponen un tiernísimo beso de amor sobre las alas que van hacia las madres, hacia los hijos, hacia el hogar, hacia la tierra donde florecen el arazá y el ñangapiré. ¿Qué harán allí, que harán entre las cumbres que el patriotismo transformó tantas veces en turríferas fortalezas, los vándalos que siguen el maléfico culto de Zeomebúg?

Los deportados tiemblan por sus cariños y por su país. Poco les importaban lo frágil del buque, lo corsario de la tripulación, la pútrida sordidez de los

víveres, el inseguro arribo, los días sombreados por la inquietud, las noches enlutadas por el recuerdo, ya las calmas sin fin, ya el vendabal furioso, ya las olas revueltas y amenazantes. La patria tiene derecho á más. Tiene derecho á más la tierra adoradísima de los quebrachos y de las palmas. Tiene derecho á más la tierra cuyos montes son como un ñorbo de ramilletes de color azul. Tiene derecho á más, pero á mucho más, el suelo sembrado de salvia y de aguapé, el suelo tejido de cambará y de ruda, el suelo que parece como un jardín de suaves y odoríferas azucenas. Sufrir por la patria es honrarla y honrarse. Los que van en la barca lo saben bien. En las noches tranquilas,—cuando los delfines retozan á lo lejos sobre el mar convertido en encaje de plata por la luz de la luna, — los deportados hablan del terruño viril, afirmándose más en su ideal patriótico, en su fe democrática, en su austera ilusión de republicanos. De este modo dialogan, á la dulce fulgencia de las constelaciones, el pundonor severo de Octavio Ramírez, los atenienses estoicismos de Aureliano Rodríguez Larreta, las probas brusquedades de Eduardo Flores, la madurez temprana de Agustín de Vedia. Y aquel buque fantástico, — más fantástico que los buques de las novelas que escribió Cooper, — llega á la Habana, pero no es admitido por los de Cuba, y el buque sigue, — á merced de los vientos y de las olas, — con rumbo hacia la tierra de Jorge Wáshington.

¿Qué hace el terruño? ¿Perdió sus bríos? El terruño protesta con el sacudimiento de la Tricolor. Las virtudes se agrupan en torno de las listas del Arenal. Lo principista se une á lo principista y lo candombero á lo candombero, dejando que reposen en sus sepulcros Oribe y Rivera. La prensa anunciaba,

el 1.° de Marzo de 1875, que existía un comité revolucionario con sede en Buenos Aires. El 4 se habló mucho de unas montoneras aparecidas en la Colonia. El coronel Llanes, el día 12, se alzaba en Minas y en Maldonado. Dióse orden de prisión, también el 12, contra Eduardo Acevedo Díaz y Alberto Palomeque, que redactaban *La Revista Uruguaya*. El 24, cuando ya se creían disueltos los grupos del coronel Llanes, Muniz y sus lanceros aparecen en Cerro Largo. Mayo y Junio anuncian que se va organizando y robusteciendo el odio á Varela.

El 1.° de Julio sábese la llegada de la barca "Puig" al puerto de Charleston. Los deportados, por la diplomática intervención de los Estados Unidos y del Brasil, recobrarían la libertad, después de cuatro meses pasados en el fondo insalubre y obscuro de la bodega en que los encerró la maldad de Latorre. Latorre es el que manda. Varela no es sino el títere movido por Latorre. Don Agustín de Vedia, á mediados de Junio, le escribía á su esposa desde el puerto aquel: — "Al fin la barca desapareció de nuestra vista, como una visión fatídica que, en un despertar risueño se hundiera en la onda amarga; como una nube negra que se perdiera en el confín del horizonte. Ya no aspiraremos esa atmósfera envenenada; no escucharemos el ruido de sus cadenas y el indecente lenguaje de sus armadores; no tendremos que contar sus singladuras de cangrejo, ni qué preservarnos de sus cabos roídos, ni que temer á su desgancallado velamen y sus palos podridos, ni que sufrir las insolencias de sus sirvientes y las villanías de sus capitanes."

El día 27 de Julio, — en tanto el papel sufre un enorme desmérito con el curso forzoso y en tanto el agio engorda con la miseria pública, — aparece el

primer manifiesto revolucionario, uno de cuyos párrafos dice así:

"Triunfante el motín militar de Enero, su dominación ha sido una serie continua de ataques inauditos á las instituciones representativas, á todas las libertades, á la seguridad individual, á la fe pública, á la propiedad privada, á la paz y á las relaciones internacionales. — Ha gobernado seis meses, y ya nada queda en el país de lo que constituye un pueblo libre y una sociedad organizada."

Al pie del manifiesto, y entre otros muchos, se leían los nombres de José María Muñoz, Miguel Herrera y Obes, Juan Carlos Blanco, Carlos María Ramírez, Enrique Pereda, Santiago Botana, Eustaquio Tomé, Juan Angel Golfarini, Darío Brito del Pino y Jacobo Z. Berra.

Pampillón y Burgueño, el día 10 de Agosto, chocan en Chamiso, entrando Pampillón triunfante en San José, aunque Latorre dice que aquello fué "topada por cornada". — También en los primeros días de Agosto se sabe que Varela le ofreció á Lamas el ministerio que ha dimitido Isaac de Tezanos. Es antipático, en aquellos instantes, el proceder de Lamas. Tan antipático que justifica lo duro de la carta que le dirige don Alfredo de Herrera. Éste le acusa de haber abandonado, por un ministerio, la causa popular que predicó hasta entonces. Le transcribe, para que no quede lugar á dudas, algunos párrafos de las misivas que, prestigiando la revolución, dirigió á sus amigos don Andrés Lamas, á quien dieron, los diarios de Buenos Aires en el mes de Mayo, como presidente del Comité. Si don Andrés Lamas creyó que la paz era el mayor de los bienes para la república escarnecida, es inexplicable el entusiasmo que manifestó antes de la oferta

de los candomberos y no muy decorosa la metamorfosis exteriorizada á raiz de la oferta. No le sirven de excusa, ante el criterio probo de la posteridad, su alejamiento de los partidos tradicionales y las intenciones de que alardea, pero en las que no creen las lealtades acrisoladas por el desinterés. La revolución, en la que se mixturan rojos y blancos, no es una revuelta de bandería con el poder por norte. Es el grito indignado y el gesto heroico del terruño que se corrompe y que se empobrece bajo la fusta del motín triunfador. Así Tezanos puede decirle, en su carta abierta de mediados de Agosto, al director oficialista de *El Porvenir:* — "Para mí el señor Lamas no trae prestigio ni amor á la situación: no los trae porque no se ama súbitamente lo que antes se aborrecía". — Y Tezanos emponzoña su carta abierta con alusiones á la afligente situación económica de don Andrés Lamas. Don Alfredo de Herrera se indignó con motivo. La paz es muy hermosa, la paz es un tesoro, la paz es adorable, cuando no transfigura sofísticamente el hecho en derecho; cuando la paz no amustia el honor de las patrias, como el viento del mar á las hojas del árbol; cuando la paz no es el verdugo sacrílego de la libertad, que es la madre de la justicia y el sol de la conciencia, porque la paz de los despotismos paréceme á un buque cargado de opio para adormecer las viriles virtudes y las abnegaciones generosísimas de la Democracia.

La revolución, organizada muy lentamente, jamás contó con grandes elementos en hombres y en recursos. Sus soldados llegan á cinco mil, y no llegan á más, según las propias declaraciones del Comité. La dirección del movimiento armado tampoco se distingue por su unidad, actuando aisladamente Pampi-

llón en el centro, Saldaña en la costa y Muniz en el norte, siendo el grupo más grande y el más potente el que acaudilla Arrúe. Aparicio apostata y persigue á Muniz.

En Puntas de Guayabos, á principios de Octubre, Borges vence y degüella á Carlos Gurméndez. Desbandada la caballería de la revolución, los gubernistas cargan á lanza sobre sus infantes. Borges tuvo, en sus filas, un solo herido. ¿Qué mejor comentario? Escuchad lo que dice el parte de Borges:

—"Como yo no pude llegar á tiempo, pues apenas duró un cuarto de hora la pelea, acabaron con toda la infantería. — Ésta la mandaba el comandante Gurméndez, quien murió en el campo de batalla junto con los jefes, oficiales y tropa que lo acompañaban. — De la infantería, que eran cincuenta hombres aproximadamente, todos quedaron en el campo de batalla."

No hubo piedad. No se dió cuartel. Allí quedaron Gurméndez, Lazies, Graceras, Folle y Lagó. Allí quedaron Sandes, Piedracueva, Ponce, Alvarez y Aberastury. El comandante Jacinto Suárez fué el que primero lanceó en Guayabos. El comandante Suárez, poco después, fué sorprendido y fué victimado por el grupo de Oviedo.

En Perseverano se encuentran y luchan, el 1.º de Octubre, Arrúe y Gaudencio. El triunfo es de Arrúe, retirándose á pie y con setenta heridos las tropas de Gaudencio. Tres horas duró el fuego, quedando triunfadora la división de Arrúe. No quisiera engañar ni en los pormenores de lo que relato; pero me parece que con Arrúe estaban, en el lance aquel, la varonil cultura del doctor Aureliano Rodríguez Larreta y el tesonero empuje del señor Eduardo Acevedo Díaz, como me parece que la influencia de Antonio Villalba

y los entusiasmos enardecedores de José Pedro, — el mayor y el más ardoroso de los Ramírez, — se batían en el ejército de Saldaña.

El 13 de Octubre se realiza el encuentro de las Palomas. Simón Martínez se atribuye el triunfo. Saldaña afirma que el triunfo le pertenece. Encárgase, el 4 de Noviembre, de las operaciones de los ejércitos gubernistas al coronel Latorre. Aparicio, el 11, derrota á Pampillón en Carreta Quemada. Los sucesos se precipitan, á favor del poder, con el contraste revolucionario de Fraile Muerto. Se habían sometido, á mitad de Diciembre, Pampillón y Yarza. Saldaña disolvió sus fuerzas exagües y cruzó el Uruguay. Muniz, Arrúe y Llanes se internaron en el Brasil, publicando un manifiesto en el que decían que consideraban " un deber de patriotismo deponer las armas, para no contribuir al mayor aniquilamiento de la patria, dejando que la historia los juzgara y diera el fallo sobre el paso que acababan de dar ". — Latorre fué recibido en Montevideo como los cónsules triunfantes en Roma, terminando así el año borrascoso de 1875.

Don Andrés Lamas debió sentirse regocijado. Ya era un hecho la paz, que dejaba al país desnudo de esperanzas y de libertades. Podían surgir siniestramente las dictaduras, sin máscara ó con máscara, que iban á alzarse sobre los hombros de los zapadores del batallón de Santos. El criterio de la utilidad, que envilece á la inteligencia y al corazón, se preparaba para infiltrarse de un modo lento, pero seguro, en el espíritu de los que no sabían morir por el derecho, aceptando como pamperos purificantes las crueles justicias del coronel Latorre. ¡Tenía razón, puesto que los principios eran baleados impunemente por el motín brutal, la enervadora filosofía de don Andrés Lamas!

Oponed, como yo, el sarcasmo al sofisma. No impidáis que Aristófanes se burle de Gorgias. ¡Oh libertad, que retrocedes ante el puñal de Harmodio, con qué placer empuñas la mesénica espada de Aristodemo!

Don Juan José de Herrera, que prestigia y apoya el estallido popular de la Tricolor, dirige y redacta, bajo las imposturas que produce el 76, las resistencias viriles y ejemplares de *La Democracia*. Latorre quiso comprar su pluma con ofertas de puestos que rehusó altivo, aquel apasionado de la justicia y de la constitución, siendo sus repulsas origen de amenazas que le obligaron á salir de la tierra de sus amores y á establecerse en la ciudad hospitalaria de Buenos Aires. Varón antiguo, por lo probo y lo firme, no soñó en el destierro sino con la victoria de las instituciones, sabiendo que siempre el futuro colocará la virtud de Camilo sobre el poder de Sila. A los excépticos que le recordaban lo inútil de la sangre que se vertió en las lomas, respondíales con el célebre bordón de Lucano:

Victrix causa diis placuit; sed victa Catoni.

En vano se pretende disculpar al soldado que nos gobernó desde 1875 hasta 1880. No basta decirnos, enfáticamente, que le debemos el código rural, y que inició las leyes del registro civil, y que ayudó al fomento de la instrucción pública. No basta afirmarnos, enfáticamente, que nos salvó del caudillismo y del matreraje, justificando las violencias ensangrentadas del cuartelero inculto. Poned, en el otro platillo de la balanza, los cadáveres de la libertad de la prensa y del voto. Poned, en el otro platillo de la balanza, el motín militar que derribó á Ellauri, la barca " Puig " y

la Tricolor. Poned, en el otro platillo de la balanza á Varela y á Santos, que son el prólogo y el epílogo de su tiranía. Poned, en el otro platillo de la balanza, las lúgubres leyendas de Frenedoso, Vergara y Coronado. Poned, en el otro platillo de la balanza, todos los impudores de aquellas horas dignas de ser narradas por Tácito ó Suetonio.

Es montevideano. Nace en 1828. Su padre, cigarrero, le enseña su oficio. El trabajo le cansa. El cuartel le fascina. Lucha valientemente por el triunfo de Flores. Le hieren de un balazo en los esteros del Paraguay. Su batallón decide la batalla del Sauce. Es díscolo y soberbio con Gomensoro. Derriba á Ellauri. Impone á Varela. El país cae, desde que Varela sube al poder, bajo la dominación personal y despótica de Latorre.

Desaparece, durante este período, el crédito público. Desaparecen las garantías individuales. Desaparece la autoridad de los magistrados. Desaparece la independencia del voto popular. Desaparece la misma fe en el derecho, cuando desaparece el último estandarte revolucionario. ¿Qué queda? El orden posado, como un buho, sobre un montón de ruinas ensangrentadas. ¡Queda el tirano, el capataz receloso y compadre, el pacificador que ajusticia y proscribe como Tiberio!

Y es de sentir que algunos ilustrados ingenios, que cultivan la cátedra de la historia, no se ocupen, con menos tolerancias y más detalles, de ciertas épocas crudelísimas. ¿No es la verdad uno de los vértices del triángulo que complementan lo bueno y lo hermoso, si hemos de creer en lo que enseñaba el sucesor de Sócrates, el divino Platón? Castigo merecían, muy ejemplar castigo, los que ultimó el tirano; pero era la ley, que no cela ni odia, la que debió reprimir sus desmanes, aquella ley estaqueada y escarnecida por la ambición impura del coronel Latorre.

Ni éste ni aquéllos valen gran cosa. Fueron siempre una úlcera, de carácter maligno, los aviesos feudales de nuestras campiñas. También encuentro justo que se redujese á los audaces abigeadores que las esquilmaban. Unos y otros se resguardaron tras de los muros de nuestras pitas, que no florecen sino para amustiarse con rapidez, — como el cisne que canta para morir, según las leyendas que la musa antigua transmitió á los troveros del Santo Graal.

Castigo merecían, como antes dije, los barones con lanza de nuestras llanuras y el bandidaje torvo de nuestras sierras, por donde ascienden voltejeando los húmedos efluvios de los helechos del barrancal; pero el castigo debió aplicarlo la ley reglada, la ley tuteladora, y no la crueldad del dictador siniestro, del dictador que se goza en las burlas soeces de Falstaff, del dictador que ahuyentan los redobles fundidos en los parches del batallón de Santos.

Esta tendencia á empajar lo cierto, para que no moleste ó irrite, no es propia de los libros que se consagran á la juventud. ¿A qué atribuir sino es á la índole de nuestra enseñanza, siempre detenida por los poderes públicos en el sendero de la verdad, las faltas de vigor que hallaréis en los textos de nuestras escuelas? No se le dice al niño, insistentemente, que el derecho es augusto. No se le dice al niño, insistentemente, que la fuerza es una enorme esterilidad. Esparta, que confía en la fuerza, no tuvo filósofos, ni tuvo poetas, ni tuvo estatuarios que la inmortalizasen. Atenas, que creyó en el derecho, mojó sus pinceles en la caja de colores del sol; acordó sus liras escuchando el murmullo de los mares azules; y puso, en las obras de sus filósofos, una chispa de aquella inapagable llama que hurtó Prometeo.

Lo mismo nos dice el espíritu, siempre atormentado, de nuestra historia. El derecho perdura y la fuerza pasa. ¿Por qué no detenerse, para insistir, cuando así lo demuestran los anales nativos? Y no exceptúo de mi censura, ponderable y verídica, ni aun á las obras amenas, razonadas y sin ribetes de bandería — como el *Ensayo de Historia Patria* del erudito Hermano Damasceno.

Estudia éste, en un volumen de más de setecientas páginas, las gestas y dolores de mi país desde el año de 1516 hasta el año de 1911. Ameniza su obra con lecturas formadas por transcripciones de libros ajenos, amén de mapas y de grabados ilustrativos. El estilo es sobrio, como lo didáctico lo requiere, lo que no le impide ser agradable, castizo y no vulgar. Abunda en citas interesantes, que avivan nuestro gusto por lo que fué, y tiene algunos rasgos de independencia, rasgos que en estas horas desencantadas no son comunes. Su *Cronología,* libro de ciento setenta y seis páginas, es tan útil como su *Ensayo*, lo que explica los elogios que ha merecido del doctor Juan Zorrilla de San Martín.

Por eso es que sentimos que el autor no acentúe su vuelo hacia la luz, hacia el amor de la justicia imperecedera. Si la verdad objetiva es una de las grandes virtudes de la historia, ¿por qué no ha de serlo, del mismo modo, la emoción interna, la que educa á los niños y á los adolescentes en el sagrado culto del derecho? El derecho es la ley de las democracias y la fuerza de las repúblicas. Afirmadlo y repetidlo, incesantemente, los que enseñáis con la pluma pictórica de Michelet ó el verbo elocuentísimo de Valdegamas.

Principia, al principiar el año de 1876, el antago-

nismo entre don Andrés Lamas y el coronel Latorre. El primero cuenta, — para imponerse, — con Aparicio, Gaudencio, Casalla y Etcheverry. El segundo cuenta con la oficialidad y con los soldados de los diez batallones que guarnecen y oprimen á Montevideo. ¿Con quién está Varela? Ya veréis que Varela está con Latorre.

El Nacional publica, el 20 de Febrero, una carta del coronel contra Mauá y Lamas. Latorre sostiene, no sin razón, que era desastroso, para el país, el convenio firmado el 22 de Octubre de 1875. Mauá responde, con razón también, que los convenios ó se rescinden ó se respetan.

El vizconde de Mauá cometió el error, que no tiene disculpa, de querer convertir en pleito diplomático lo que era un pleito individualísimo; pero también Latorre cometió el error, en su lucha con Lamas, de olvidar que su firma se encontraba al pie del convenio de Octubre. Mauá, en virtud de aquel convenio desastroso, había adelantado sumas á los poderes que amenazaba la revolución, proponiendo en dos ó tres ocasiones la rescisión de lo estatuído con la rúbrica aprobadora del coronel Latorre. Si el convenio era malo, ¿por qué se aceptó? Latorre impuso la renuncia de Lamas. Varela nombró, para sucederle, á don Mateo Magariños Cervantes. Magariños Cervantes, el día 24, reconoció que no había poder, en el mecanismo institucional, "para sancionar el desconocimiento de las obligaciones contraídas por el Estado."

Continó la crisis, que se ahondó el 6 de Marzo con la renuncia de Magariños. En vano Gaudencio trató de que Varela desconfiase del coronel Latorre. Varela se apartó de Gaudencio, arrebatándole la jefatura de la capital. Varela destituyó á los jefes de

cuerpo Tezanos, Etcheverry, García y Casalla. Varela asombró con el manifiesto donde afirmaba, el 9 de Marzo, que ningún influjo reducía los límites de su autoridad, que inútilmente quisieron robustecer Lamas y Gaudencio. La historia no sabe cómo hablar de Varela. Al fin Latorre, cansado de aquel títere sin cabeza ni bríos, destituye á Varela el 10 de Marzo de 1876. Es la obra del motín pisoteada insolentemente por el motín. Es la fuerza derrumbando á la farsa de la legalidad, que levantó la fuerza desenfrenada. ¡Es el puntapie histórico de Latorre á Ellauri, de Santos á Latorre, de Tajes á Santos!

Y empieza á perderse la brújula moral. El doctor Vázquez convoca al comercio. Acuden el miedo y el interés. Es necesario, para el interés, que lo económico se regule. Es necesario, murmura el miedo, saciar al tigre. Y el doctor Querencio, en el cónclave de que hablo, dijo esta enormidad, que aplaudieron muchos: — " Puesto que Latorre dispone de la fuerza, Latorre es el que debe asumir el Poder Ejecutivo de la Nación ". — ¡Y fueron cinco mil los manifestantes que acompañaron al coronel Latorre, cuando Latorre entró dictatorialmente en nuestra impura Casa de Gobierno!

Las justicias empiezan á principios de Abril. Valentín Martínez, con un soldado del quinto de línea, hiere en la calle á Eduardo Beltrán. Dos balas en el rostro y una terrible herida en la espalda. Una de las balas llega al cerebro, y el feroz cuchillazo llega al pulmón. Beltrán es bravo. Beltrán es un peligro. Beltrán estorba. Beltrán fallece el 12 del mismo mes. ¿No es Beltrán el que quiso, con una mina que llegaba hasta el Fuerte, hacer volar al presidente Flores?

Las justicias siguen. A mediados de Junio es muerto

el coronel Hipólito Coronado. Éste es el autor ó el instigador del asesinato de Saraleguy; pero es, también, un caudillo de influjo en la región salteña. Comprendiendo que sus fechorías y que su influjo le condenaban, preparó á sus hombres para levantarse contra la dictadura, que se le adelantó haciéndole prender. Comunicada la noticia al gobierno, el gobierno responde que el detenido no debe llegar á Montevideo. Díjosele, entonces, á Coronado que podía fugarse aquella misma noche sin peligro alguno, y Coronado cayó en la trampa, quedando sin vida sobre los pastizales de Yucutujá.

Esa fué la versión que escuché de los labios de mi propio padre. Como mi padre no era dictatorial, es muy posible que ennegreciese los rasgos criminosos de la dictadura. Es muy posible; pero no lo creo. Me olvidé de advertiros que, por aquellos días, se rescindió el convenio de 1875. Mauá recibió las sumas prestadas y una equitativa compensación. Ya os dije que faltaba coraje moral. Los partidos se conmovieron y anarquizaron. Colorados hubo junto al dictador, como hubo colorados en contra suya. Hubo nacionalistas que alardearon de latorrismo, como también los hubo que se opusieron á tanta bajeza. Ya os dije que faltaba coraje moral, decoro ciudadano, sed de sacrificio, la abnegación que nace del culto del derecho. Es que los bienes creyéronse seguros y el orden garantido bajo la dictadura corruptora y cesárea, sin advertir que la libertad camina sobre la servidumbre como el apóstol de Galilea sobre las aguas del Tiberíades.

Así no es de extrañar la numerosa manifestación que, el 18 de Julio de 1876, se acercó á Latorre para pedirle "que continuase al frente de los destinos de

la República". Pidiéronle también, para justificar lo delictuoso del primer pedido, que convocase una convención nacional; pero pronto olvidóse la segunda solicitud, afirmándose omnipotente la tiranía. La historia está viciada por el error de Julio, ¡Julio tiene interés en atenuar las máculas de Latorre!

A principios de Agosto descubrióse un conato de sublevación en las tropas de línea que se encontraban en San José. Se fusiló á un sargento y á dos soldados. El comandante Ibarra, que se supuso complicado en el hecho, cayó en la inconcebible locura de resistir, ultimándole sin misericordia los dogos de Latorre. Leed el artículo que dedicó al suceso, — contrariando las órdenes impartidas por el doctor Herrera, — el redactor de *La Democracia*. Ese redactor, Eduardo Acevedo Díaz, tuvo que salir aquella misma noche con rumbo á Buenos Aires. Vivíamos en paz, en paz varsoviana. Para los humildes, la horca, la leva ó el cepo colombiano. Para los caudillos, la bala ó el puñal que castigan la fuga ó la resistencia. Códigos y jueces resultaban inútiles. ¡Julio tuvo razón pidiendo la prórroga de la dictadura del coronel Latorre!

Oid lo que nos dice Eduardo Acevedo, en la página 292 del tomo primero de sus *Notas y apuntes:* "No hubo revoluciones durante los cuatro años que duró la administración Latorre; pero la sangre corrió como si la paz hubiese estado permanentemente alterada, gracias al sistema de violencias implantado por la dictadura". — Dícenos también el doctor Acevedo que, si fueron de progreso rentístico los años de 1877 y de 1878, la situación de las finanzas se volvió apremiante en 1879. Los negocios estaban deprimidos y debilitada la riqueza rural, — siendo necesario rebajar los impuestos y decrecer los gastos, — disipándose

así el único prestigio de que alardeaban los que defendían al coronel Latorre.

Es que sólo la libertad engendra la dicha. Es que sólo la libertad engrandece á las patrias. Es que sólo la libertad conduce á los pueblos hasta los oasis de lo porvenir. Es que sólo perdura lo que edifica la libertad, cuya historia es la historia del progreso humano. ¡Oh libertad, que tu nombre vibre sobre mis labios y fulgure en mi pluma, hasta que mis labios envejecidos tiemblen al hablar y mi pluma cansada se resista á escribir!

La prensa pretoriana, al encontrarse sin contendores, extremó las lisonjas; pero aquellas lisonjas no engañan al futuro, por carecer de brillo y de valor como los collares de cayénicos panacocos. La prensa oficialista calmó nuestros escrúpulos endiosando á la paz que engendró el motín, como se usa la goma del jamacarú contra la fiebre de las tercianas. La prensa del tirano tuvo para el tirano elogios que no tuvo para los que cayeron, en las luchas ciclópeas de la independencia, con el estoicismo númida y abrasado de Tacfarinas. ¡Así la fuerza mandó al derecho, la esclava al amo, igual que en los festejos que Babilonia consagró al culto de la divina Anaítis!

¿Gustáis de lo macabro? Pues escuchad. Frenedoso desaparece. Se ultima á Mallada. Seis emponchados penetran una tarde, al sonar la oración, en la casa que habitan los padres de Soto. Se dirigen al escritorio del hijo ausente, violan sus cajones y se llevan sus cartas. Cuando el ruido de sus pisadas se pierde en el silencio de la calle obscura, la madre grita con desesperación: — Carlos ha muerto. ¡No le veremos más! —Y nunca más le vieron. Soto conspira contra Latorre. Con Soto conspiran, en apariencia, Santos y

Tajes. Éstos delatan la traición de Soto al coronel Latorre. Latorre duda. Soto es su amigo. Soto es leal. Latorre asiste, tras de un cortinado, á una comida que le dan á Soto en el cuartel de Tajes. Soto declara que encuentra justo matar al tirano. — ¿Y quién se atreverá? — le pregunta Tajes. — ¡Yo! — responde bravía la soberbia de Soto. Latorre aparece lívido de cólera, mudo de indignación. Santos ó Tajes, tal vez los dos, apuñalean mortalmente á Soto. ¡Así se vive, bajo Latorre, en Montevideo!

Latorre tuvo miedo. Las fieras asustaban al domador. El domador sueña, despavorido, que sus tigres le hunden las garras en los hombros, los dientes en el cuello. Renuncia y huye para morir, después de siete lustros de vida silenciosa, en la ciudad libre y hospitalaria de Buenos Aires. Entró en la eternidad el día 17 del mes de Enero del año 1916. ¿La muerte le escuda de las serenas justicias de la historia? Si lo creéis, suprimid á Tácito.

Latorre, al renunciar, nos hizo el honor de declararnos ingobernables. Se lo agradecemos. Ingobernables para el cuchillo, para el dogal, para la leva, para el cuartel, para la dictadura. ¡Salve al país de los jazmineros de flores diminutas, de matiz eucarístico y perfume balsámico! ¡Salve al país de las ceibas añosas, de capullos de púrpura, con cantos de calandrias y nidos de zorzales! ¡Salve al país que cansa á sus tiranos! ¡Salve á la tierra adorada y bendita del Uruguay!

IV

Varela es Latorre. Vidal es Santos. Santos resulta más sátrapa que Latorre. Latorre amedrenta y suplicia. Santos oprime, suplicia y dispone, como si fue-

ran propios, de los dineros públicos. Latorre no especula con el poder. Santos, en el poder, amasa una fortuna de millonario.

El doctor del Valle, desde la cátedra, les dijo á sus discípulos: — " No sólo debe permitirse á la imprenta censurar los actos de los funcionarios en el ejercicio de sus funciones, sí que también se debe permitir la mención elevada y tranquila de su carácter, cuando su carácter puede ocasionar positivos errores en el cargo que ocupan ". — Los que nos han mandado dictatorialmente lo han entendido de diverso modo, persiguiendo á la prensa con acritud, cuando la prensa les enrostraba sus iniquidades ó sus errores. La falsa piedad, la hipócrita piedad que todo lo perdona ante la fría rigidez de la muerte, no puede ser la piedad del historiador, porque entonces la historia sería una fábula despreciable, un tejido de embustes, un montón de injusticias. El historiador tiene los mismos derechos y los mismos deberes del periodista, porque el periodista y el historiador deben estar guiados por la estrella del bien, por el culto al derecho, por la diosa sin odios y sin blanduras de la verdad. No extrañéis, entonces, que os diga lo que pienso sobre el general Santos.

Yo no quiero mentirle á la juventud. Yo no quiero falsearle al porvenir. Yo no quiero castrar á mi conciencia. Yo pongo los cadáveres á los pies de la libertad, y no sobre la luz de la libertad. Yo soy la historia. ¡Yo soy el inflexible tribunal de Minos!

Don Juan José de Herrera siguió oficiando en la oposición. Le hallaréis dirigiendo el estallido popular del Quebracho. Aquel movimiento, aquel gran movimiento, fué vencido en tres días. Allí dieron su sangre, por el terruño, Teófilo Gil y Segundo Posada.

Allí, por el terruño, confunden sus divisas Enrique Castro y José Arredondo.

La conciencia pública se despertó. Hay derrotas triunfales. El santismo concluye. Ya le resisten los que nunca le resistieron ni le azoraron. Santos no quiere que se publique *La Libertad.* La minoría parlamentaria insiste. El general se irrita. Diez legisladores presentan su renuncia. Dice su manifiesto, que llama á somatén: — " Suprimida la libertad de la prensa, amenazados de asesinato á cuchillo y de dictadura por cuatro años, — lo que importa la supresión de todos los derechos individuales, — el deber de los colorados, como el de todos los ciudadanos, está trazado por el patriotismo ". — Los que renuncian huyen á Buenos Aires, y en el norte se ensayan los cívicos clarines del coronel Galeano.

La prensa ha sido siempre el escollo de los tiranos. Naufraga el que se opone al libre vuelo de las ideas. Es que los pueblos saben lo que significa la prensa amordazada. Estrada dice, en la página 243 del tomo primero de su *Curso de Derecho Constitucional:* — " La libertad de la prensa, único medio efectivo de que todos los hombres de fundamento concurran al movimiento general de la vida política, debe ser resguardada, en sociedades como la nuestra, no sólo por la ley, sino también por los sentimientos públicos; no sólo por la condescendencia de los gobernantes, sino por la tolerancia de los partidos ". — " Una sociedad republicana necesita la preocupación constante de la cosa pública: necesita vigilar hora por hora, instante por instante, la marcha de sus poderes, advertirles de su error, criticarlos, juzgarlos, rectificar su dirección y enderezar sus senderos ". — " Los gobiernos libres, por otra parte, no pueden existir sino á

condición de que la libertad de la prensa sea una institución de orden político". — Y Castelar nos dice, en la página 153 de su célebre *Fórmula del Progreso:* — "Los que han viciado la institución de la imprenta, no han comprendido que la imprenta debe ser libre como el pensamiento, que la imprenta debe ser antitética como la libertad. No han comprendido que las luchas en el terreno de las ideas matan las luchas en el terreno de los hechos. No han comprendido que quitar la libertad de la imprenta, es lo mismo que quitar su equilibrio á las aguas. No han comprendido que la imprenta sólo se combate con la imprenta misma, y que el gran castigo del escritor cuando falta á su deber, es el menosprecio en que cae y el remordimiento de su conciencia. No han comprendido que el pensamiento castigado lleva una aureola de martirio, que es una corona de gloria. No han comprendido que, cuando un escritor enseña una herida del poder en su frente, enseña en ella la debilidad del poder que le ha herido". — Eso, indudablemente, no lo supieron otros con más cultura que Latorre y Santos.

Es que muchos políticos, como la mayor parte de los historiadores de mi país, creen que adelantamos cuando un montón de casas se transforma en pueblo. La cultura crece cuando crece lo enorme de nuestras ovejas y de nuestros vacunos. Esos políticos y esos historiadores han olvidado que el progreso nace cuando el paria desaparece, porque el camino que recorre el progreso es el camino que le construye la mano varonil de la libertad. Aparisi y Quijarro, patriota y creyente, pensó como nosotros. Aparisi afirmó que vale más nacer en un pequeño rincón de Suiza que en una populosa ciudad de Rusia, porque el sol del derecho no es el sol de Rusia, en tanto que son libres

todos los hombres en los fértiles valles y en las heladas cumbres de Helvecia. Alemania aceptando las ideas hegemónicas y autocráticas de Bismark, retrocede en el terreno de la cultura cuando se magnifica después de 1870, olvidando que es ella la que abre las alas del cerebro humano con el principio del libre examen que promulga Lutero, con el principio de las nacionalidades que promulga Herder y con el principio del bien por fin que promulga Kant. Alemania, hegemónica y autocrática después del triunfo, no vale lo que vale la Alemania que, olorosa y encendida como un incensario, extiende los límites del derecho antes de Bismark, aceptando el espíritu de la Enciclopedia, reuniéndose en la revolucionaria liga de Francfort ó complicándose en las ansias de resurgimiento de Italia y de Hungría.

La prensa libre, la igualdad en la ley, la asociación sin trabas, el hogar inviolable, el jurado austerísimo, el sufragio sincero, el municipio autónomo, el poder sin golilla, el comercio sin trabas, el trabajo sin grillos, sí que son progresos. — ¡Eso es el porvenir!

Los tiranos impiden que se hagan prácticas las leyes escritas. Ved lo que ocurrió con *La Libertad*. Ésta debía tener por directores á José R. Mendoza, Antonio M. Rodríguez y Augusto V. Serralta. La cólera de Santos se desencadenó. Renunciaron, ante lo violento de sus amenazas, diez legisladores, diciéndole al país en un documento público:

" En la conferencia celebrada con el prosecretario de la presidencia, teniente coronel Juan Martínez, manifestó que venía á nombre del capitán general don Máximo Santos á expresarle al doctor Mendoza que no podía permitir en manera alguna que se produjeran escisiones en el partido colorado, como la que iba á

pronunciarse con la aparición de *La Libertad*". — Agregó el teniente coronel Martínez que á un diario de oposición colorada no se le permitiría "la libertad y aun la licencia" de que gozaban otros que no eran colorados, pues Santos estaba dispuesto, para impedirlo, "á emplear todos los medios, hasta el cuchillo si fuese necesario", y que "si lo habían soportado como presidente durante cuatro años, tendrían que soportarlo cuatro años más". — Bueno es decir que la libertad, y aún la licencia, concedida á los órganos independientes, la testimonian las mazorcadas del 20 de Mayo, las prisiones de Julio, las amenazas de Muelas á *El Día*, y el atentado del 15 de Octubre contra Emilio Lecot. Y eso que me limito á citar los hechos del año 1886. ¡Así fué aquella libertad de la prensa de que hablaba Santos!

El 10 de Agosto aparece el manifiesto sensacional de los diputados. El día 17 del mismo mes resuena el revólver de Gregorio Ortiz.

Fué en el vestíbulo de Cibils. Cantábase la *Gioconda*. Santos bajó de su carruaje. Le acompañaban dos de sus hijas: María y Teresa. Ortiz le esperaba. El estupor, que la agresión produjo en el general, hizo que se entreabriera la boca de éste. La bala, que según algunos era explosiva, cruzó los dos carrillos sin estallar por falta de resistencia. Santos fué conducido á su carruaje, dejando un pequeño charco de sangre sobre las losas. Ortiz huyó, confiando en la noche y á merced del tumulto; pero, perseguido y acorralado, se suicidó con el mismo revólver con que hirió al general. Un agujero en la sien y una contusión en la frente. Esto fué todo. Hubo pánico y detenciones. La herida de Santos era dolorosa; pero no de peligro. Sólo hubo dos muertos: la tiranía y el agresor.

Ortiz era joven, alto, delgado, de ojos negros y

grandes, de bigote y cabello ligeramente crespos. Le llamaron cobarde y pidió la baja, siendo teniente, por no querer acompañar á las tropas de línea que se batieron en Puntas de Soto. Soñó, desde entonces, con ultimar á Santos. Parece que Ortiz, á principios de Agosto, estuvo en Buenos Aires. Comunicó su provecto á Juan Mena. Éste, en dos ocasiones, trató de disualirle. Ortiz insistió. — "Yo le mataría con un puñal, si Santos no usara cota de malla: sé que no sale de casa sin ella, y temo errar un golpe en la garganta". — Mena le despidió con severidad. Ortiz vió, entonces, á los señores Palomeque, Visillac y Galeano. Como repugnó á todos su actitud vengativa, resolvió regresar, sin cómplices, ni ayudas, á Montevideo.

El derecho que nace de la moral, el único derecho que la moral admite y justifica, es el sacro derecho de la revolución. Es indudable que el despotismo aguza el arma que le hiere. Es indudable que rechazar el acto del agresor, no es absolver al déspota que lo provoca. Condenamos á Ortiz; pero, también, condenamos á Santos. — "¡Oh, no: la simpatía no puede estar con la boca del león", — dice con tanta elocuencia como justicia José Martí. No importa. El asesinato político es una torpeza. Los que la tiranía oprime y ultraja sólo pueden decir, colectivamente, lo que en las cámaras españolas dijo Salmerón: — "Yo no he negado el derecho que tienen los pueblos á reponer la legalidad, é insisto que no es lo mismo luchar por el poder que luchar por el derecho, máxime cuando se trata de las garantías supremas de la personalidad humana. Yo nunca he negado aquel principio sacrosanto que proclamó la revolución francesa: el derecho supremo á la insurrección". — Pidal le interrumpe para preguntarle: — ¿Y la paz? — Salmerón, con los ojos

puestos en el porvenir, responde majestuoso: — "¡Precisamente la paz está en eso!" — Respuesta profunda é irrefutable. Antes de que la paz se turbe en los hechos, se turbó en las ideas. Para que la paz vuelva á ser en los hechos y en las ideas, es necesario que vuelva á ser la legalidad, restableciéndose todas las garantías que la ley consagra. Eso es lo que contesta, magníficamente y en seis vocablos, Salmerón á Pidal.

El 29 de Octubre renuncian los ministros Herrera, Pérez, Forteza y Terra, por no querer suscribir el proyecto de promulgación de una ley de imprenta que Pérez califica de inconstitucional y á la que llama el ministro Herrera, "malhadado proyecto de cabezas volcanizadas por las pasiones". Santos aceptó las renuncias de sus ministros en cartas que son una característica de la época. Pintan al hombre y pintan á su tiempo; pero el general Santos está vencido. El 30 de Octubre, un día después, el coronel De León y Teófilo Díaz se presentan en el estudio del doctor José Pedro Ramírez. Santos desea reconciliarse con el país. Santos ofrece nombrar un ministerio de conciliación. Ramírez duda, é impone bases, y exige garantías. Sólo la noticia del ofrecimiento de las carteras á los ciudadanos opositores, hizo que la deuda consolidada subiese cuatro puntos. Fué inmenso el júbilo popular. Ramírez y Santos celebraron, en la mañana del 31, su primer entrevista. La abrogación de la ley de imprenta, el cambio de los jefes políticos, la amnistía plena, el plan de finanzas, la no reelección del general Santos, todas las condiciones del doctor Ramírez fueron aceptadas. El ministerio quedó constituído por el doctor Ramírez, una enorme influencia; por Juan Carlos Blanco, una oratoria maravillante, y por Aureliano Rodríguez Larreta, uno de nuestros más

agudos talentos y el más encantador de nuestros hidalgos.

Aquella mixtura no complació á todos. Era necesaria; pero no era ética. Era un sacrificio de eficacia dudosa, más que dudosa. Santos, tal vez, creyó en su propio arrepentimiento. Tajes, con su sonrisa de ídolo búdico, no creyó en nada. A mitad de Noviembre renunció Santos, que partió para Europa, asumiendo interinamente la presidencia el general Tajes. El 30 de Noviembre ya se hablaba de crisis ministerial. Íbanse á elegir algunos senadores. Amuedo preguntó al jefe político de la Colonia, el nombre del candidato que triunfaría allí. Clark, el jefe político, respondió que Briand. Los ministros sintieron que la tierra temblaba bajo sus pies. Lo antiguo volvía. Y renunciaron el 21 del mes de Diciembre. Tajes aceptó las renuncias en una nota, que concluye así: — "La causa originaria del mal se encuentra en la composición del ministerio que, compuesto con el propósito generoso de satisfacer exigencias y aspiraciones de los diversos partidos en que está dividido el país, carece, por necesidad, de propósitos, de ideas y de unidad de acción que son esenciales en el desempeño del Poder Ejecutivo". — Y Tajes encargó de formar gabinete á Julio Herrera y Obes.

No quiero continuar. El pasado me asusta. Me oprimen la garganta los intensos dolores que hemos sufrido. ¿Hasta cuando, oh patria? ¿Hasta cuándo, oh costosísima libertad? Hasta que los gobiernos no sean electores. Hasta que sean una costumbre la obligación del voto y el voto secreto. Hasta que el poder se desprenda de las golillas que le convierten en poder de partido. Hasta que los matices que nos separan, al ceñirse la banda presidencial, renuncien á oprimir y á prevalecer, de la misma manera que los lobos y

que los tigres cambiaban sus fierezas en mansedumbres para lamer la túnica sin pecados de Blas de Argeo. ¡Como esa túnica debe ser, para los que gobiernan á mi país, la bandera bendita del Uruguay!

Recapitulemos. El progreso es el hijo de la libertad. La libertad, á veces, se amasa con sangre. La libertad, en sus grandes batallas con la injusticia, acude á las ideas y acude á los hechos. Si puedo repeler la fuerza con la fuerza para salvar mi vida corpórea, ¿cómo sería ilícito que repeliese la fuerza con la fuerza para salvar mi vida superior? La fuerza es la última razón del hombre contra el crimen armado, como es la última razón de la sociedad contra las tiranías que custodia el sable. Entendedlo bien, porque bien lo digo: la razón última, la razón final, la razón que cierra la larga serie de las razones. La libertad es el oxígeno de los pueblos, y cuando la atmósfera de los pueblos se vuelve irrespirable, los pueblos deben defender el oxígeno de su atmósfera. Entonces sí; pero sólo entonces. La historia, que es historia, estudia primero el desarrollo de la libertad y después el desarrollo de la riqueza. Si la libertad siempre indica cultura, la riqueza no siempre es progreso moral. Los partidarios de Juárez Celman decían que jamás se construyeron tantos ferrocarriles como en aquellos días de desborde, lo que no obsta para que fuese justo y patriótico el estallido popular del Parque.

El asesinato político es otra cosa. El asesinato político es un error. El asesinato político es un crimen aislado. El asesinato político es infecundo. El asesinato político carece del control de lo colectivo. El asesinato político es el arma de Harmodio; pero es también el arma de Clement y de Booth. El asesinato político hiere, con felonía, á Alejandro en Rusia y á Jaurés en Francia. ¡La historia de las patrias la for-

jáis vosotros, mártires que morís por su honor, por su bien, por la ascensión del hombre á la luz del Derecho! ¡Sed bendecidos, por los que gimen entre cadenas, oh redentores como Espartaco! ¡Sed bendecidos, por la música de las alas de las ideas, todos los que morís sobre las llamas torturadoras, desde Juan Huss á Giordano Bruno! ¡Sed bendecidos, en nombre de la soberanía de los pueblos y en nombre de la libertad de los ciudadanos, todos los que por ellas os sacrificásteis como Kosciuszko y como Torrijos!

El noble sentimiento de la libertad, que no anida en los libros de nuestras escuelas, resplandece en los libros no destinados á la enseñanza. Es indudable que aun las pasiones de lo pretérito asoman en nosotros, por más que las contenga nuestra cultura y que las aminore nuestra justicia; pero entre la historia que silencia los crímenes y la historia indignada ante los delitos, la verdadera historia es la historia sin miedos y sin incensarios. ¿Oribe recoge lo que tiró? Pues Oribe hace mal. ¿Berro destierra arbitrariamente? Pues Berro hace mal. ¿Pereira no perdona? Pues Pereira hace mal. ¿Eso, por ventura, enaltece á los otros? Paysandú nos responde que no los enaltece. Lo mismo dicen los motines del 53 y del 75. La verdad es así. No sabe de colores ni de jerarquías. Cuando ella sobrenade, los odios pasarán. El error no es purpúreo ni blanco. El error es error, porque no es propiedad de partido alguno, y existe en todos nuestros partidos. Así lo cree y así lo dice, al relatar los primeros dolores del jardín charrúa, Luis Alberto de Herrera.

CAPÍTULO VI

Luis Alberto de Herrera

SUMARIO:

I. — *El Nacional.* — Herrera y Obes. — Los veintiún días. — Desfile de candidatos. — Ellauri. — Sacudimientos de la opinión. —Idiarte Borda.—La soberania nacional.—Dos errores constitucionales. — Validez de los poderes legislativos. — Elección presidencial. — Remedio á esos males. — Prédica ardiente. — Los relámpagos precursores de la tempestad. — Junto á Diego Lamas. — En la paz. — *Por la Patria.* — Notas de estilo. — Aparicio Saravia. — Cuestas. — *Labor diplomática.* — Trozos de ella. — El eterno deber. — Una ingratitud y una expiación. — La cultura universitaria. — Por el país y para el país.

II. — *Desde Wáshington.* — Ante el Niágara. — Más sobre ese libro. — La guerra civil de 1904. — La redacción de las Bases de Paz. — Funda *La Democracia.* — El socialismo. — El derecho reside en el hombre.—El Estado no es el derecho.— Los gobiernos panteistas, según Castelar. — El socialismo evolucionista de Bernstein. — Lo que responde el colectivismo de Vandervelde. — Lo que sostiene el sindicalista Enrique Leone.—¿Es sincero el socialismo de los que nos mandan?— Luis Alberto de Herrera y el socialismo. — Transcribiendo á Le Bon. — Castelar y los socialistas. — Terciando en el debate. — En la prensa diaria. — Defendiendo la libertad. — El partido en 1908. — En la paz del hogar. — Fin de este parágrafo.

III. — *La Diplomacia Oriental en el Paraguay.* — Objeto de una vida. — El padre y el hijo. — Bibliografía acerca del Paraguay. — Estilo y fondo del primer volumen. — Flores y Mitre. — Leyendo á Centurión. — Lo que dice Herrera. — Buenos Aires y el Paraguay. — Por qué fuimos hacia López. — Un párrafo de Sarmiento. — Actitud inexplicable de algunos uruguayos. — Lo que opino de Thompson. — El general Mitre y el historiador Sena Madureira. — Impresión producida por el tratado de la Triple Alianza. — Testimonio de Schneider.

—Mediación ofrecida por López y rechazada por el Brasil. — Lo que encontramos en Gregorio Benítes. — Citas de Nabuco. — La guerra del Paraguay fué guerra de conquista. — El tratado desconocido por Sarmiento y defendido por el general Mitre. — El derecho de intervención. — Lo que enseña la historia. — Espigando en los documentos. — Lo que propusimos al Paraguay. — Cartas reservadas de J. J. de Herrera. — Instrucciones al doctor Lapido.—Visiones de futuro. — El arbitraje y el equilibrio de los pueblos del Plata. — Lo que escribió Carlos Guido y Spano. — Hay que ser más orientales que partidarios. — El segundo volumen de la obra de Herrera. — Influencia de Europa sobre Solano López. — Europa desde 1804 hasta 1853. — El artículo XVI y el artículo XVII del Tratado. — Roma y Cartago. — El Paraguay y López. — Una opinión de Teodoro Fix. — La mentira durante la guerra y después de la guerra.—El profeta Le Long. — Transcribiendo á Cayo Miltos. — El Imperio y el Paraguay. — López y las soberanías nacionales. — Muerte de López. — La cultura que el Paraguay le debe á la Alianza. — Salve á las patrias del Universo.

I

Ya os dije que nació el 22 de Julio de 1873.

Es doctor en derecho.

El entusiasmo cívico, su amor al país y á la libertad, le hicieron periodista y le hicieron tribuno, iniciándole en la primera de estas labores hacia 1895.

Figuró en el grupo, juvenil y ardiente, de los que redactaban *El Nacional*.

Muy pronto distinguióse por su bravura, por su hidalguía, por su carácter alegre y sincero, en aquella campaña que dirigió con venturosa sinceridad el señor Eduardo Acevedo Díaz, que entonces era el numen y el apóstol de la juventud del partido de Berro.

Los hombres cambian. La vida es muy traidora.

Cada año que se va, se lleva una blancura. ¡Cada soplo de viento se lleva una nube!

En Diciembre de 1893 aun no se conocía el candidato que prestigiaba Julio Herrera y Obes.

El doctor Julio Herrera no ocultó que quería que su influencia dirigiese los actos electorales, y desplegó para conseguirlo cuantos recursos le daba el poder. Su influencia fué, indiscutiblemente, una coacción desenmascarada. Fabricó una ley de elecciones inadmisible, con registros viciados, y hasta varió las épocas constitucionales para el acto del voto, sin la precisa y previa autorización de la legislatura, en nueve secciones de la capital y en algunos departamentos. Su gobierno gastó, en cosas de comicio, seis veces más de lo presupuestado para ese fin. Aquel hombre de letras parecía ignorar que sin los derechos electorales no puede existir la libertad política. Le hubiera sido fácil aprenderlo en Bluntschli.

Se empeñó en designar á su sucesor.

Su primer candidato fué el doctor Ellauri. Así se dijo, á principios de Enero de 1894, en la reunión que celebraron sus familiares en el domicilio de Eugenio Garzón.

Frente á la candidatura del doctor Ellauri, se levantaban las candidaturas de Luis Eduardo Pérez y Máximo Tajes.

No todos aceptaron la imposición aquella, que contrariaba las ambiciones de algunos ases oficialistas; pero logróse al fin, tras muchos conciliábulos y razonamientos, que se comprometiesen á no comprometerse varios legisladores del herrerismo.

Se mostró la evidencia de la anarquía, reinante en la Asamblea, á mitad de Febrero. El candidato oficial, para presidir á los senadores, era Duncan Steward.

El doctor Blas Vidal era el candidato de la oposición. La elección resultó empatada tres veces, — en tres votaciones, — librándose á la suerte el fin del litigio. Triunfó el señor Steward.

Apareció en *El Siglo*, el día 19 del mes de Febrero, una carta firmada por los diputados Rodríguez, Munilla y Enciso.

Éstos decían que habiéndose apersonado al presidente Herrera, en nombre del grupo de los periztas, el presidente Herrera les declaró "que hubiera deseado que su sucesor fuese el doctor Ellauri; pero que este distinguido ciudadano se resistía de una manera irrevocable á aceptar la presidencia", por lo que, eliminada esa candidatura, "le parecía que sólo quedaban como posibles las de los señores Luis Eduardo Pérez, Alcides Montero y Juan Idiarte Borda".

Creyóse que con esto hallábanse los diputados oficialistas autorizados para agruparse en torno de Pérez, de Montero ó de Borda; pero no fué así, pues el doctor Herrera, el día 21, convocó á sus amigos para manifestarles que era preciso buscar un candidato nuevo, por no ser posible reunir los cuarenta y cinco votos necesarios para que triunfasen Borda, Montero ó Pérez.

Periztas y tajistas tampoco estaban seguros de su victoria. Entonces convinieron, con el beneplácito y bajo el influjo de los dos generales, unir sus esfuerzos en pro de la candidatura de Gomensoro. El oficialismo levantó, á su vez, la candidatura del señor Chucarro, de mucha edad, que ya había sufrido dos ataques de apoplegía, y falto de vigores para el buen desempeño de las funciones presidenciales. El que iba á gobernar, si triunfaba Chucarro, era Julio Herrera.

Llegóse así al 1.° de Marzo. Hacia las cuatro de la tarde se empezó á votar. Cuarenta votos obtuvo Go-

mensoro. Chucarro obtuvo cuarenta y dos. En la segunda votación, Chucarro siguió con cuarenta y dos votos, ascendiendo también á cuarenta y dos los de Gomensoro. En la tercera votación y en la votación cuarta Gomensoro llegó á cuarenta y tres, siguiendo con los mismos el señor Chucarro. Entonces declaróse, en virtud de que ninguno de los candidatos había obtenido la mayoría que exige y requiere la Constitución, que quedaba encargado interinamente de las funciones ejecutivas don Duncan Steward.

Ellauri, el día 2, anunció que aceptaría la presidencia si era elegido por un número respetable de legisladores. En la primera votación de aquel día, Ellauri tuvo cuarenta y un votos, manteniéndose en cuarenta y tres los de Gomensoro. Ellauri pidió la ayuda de sus amigos al general Tajes. Contestóle éste que "los votos estaban en la Asamblea". — Aquel mismo día organizóse una manifestación para pedir la renuncia de Ellauri. La escolta presidencial, que mandaba el coronel Lucas Rodríguez, parte de la casa del doctor Herrera,—frente á la cual hallábase en formación,—para disolver á los manifestantes. Hubo tiros y hubo sablazos. Por fin el 12, después de varias votaciones inútiles, es elegido el doctor Ellauri. Era tal el recelo que inspiraba su mucha debilidad y era tanta la persuación de que con Ellauri mandaría Herrera, que, — apenas se tuvo noticia de su victoria, — los valores bursátiles oscilaron, descendiendo la deuda consolidada. Bajó dos puntos en Montevideo y medio punto en Londres.

El día 13 renunció Ellauri. Su renuncia fué rechazada por cuarenta y un votos. Ellauri insistió. Votóse á Montero contra Gomensoro. Montero tuvo treinta y ocho votos. Su rival treinta y nueve. La oposición

cambió de candidato, inclinándose á Pérez. Se volvió á votar, sin resultado alguno, los días 15, 16 y 17. El 21, después de una batalla que dió cuarenta votos á Pérez y cuarenta á Montero, fué elegido presidente de la república don Juan Idiarte Borda.

Don Julio Herrera y Obes, empeñadísimo en designar á su sucesor, provocó aquel escándalo. Para impedir el triunfo de Gomensoro, que era un hombre de bien y que era querido, sembró la intriga, la inquietud y la confusión, sacrificando á Montero y á Ellauri y á Chucarro. Justo es decir que, como de costumbre, los legisladores nacionalistas se dividieron, yendo dos de sus votos, desde el principio, á aumentar el caudal de sus adversarios. En vano interpuso su autoridad don Agustín de Vedia, que ya había clavado su tienda en Buenos Aires. Los dos legisladores, que no votaban con su partido, le respondieron culta y afablemente; pero ratificándose en sus complicidades y vinculaciones con el grupo oficial. También hay joyas de similor, compuestos deleznables de cobre y zinc, en la ardiente llanura. También existen, en nuestro credo, los falsos apóstoles. Así es la política. No importa. Entonces, como ahora, el porvenir perteneció á la libertad, fuente de donde surgen, más ó menos tarde, los ríos de miel de la paz honrada. A la libertad no se la vence ni se la rinde, porque siempre la libertad, como dice la musa yámbica de Barbier,

C'est une forte femme aux puissantes mamelles.

Don Juan Idiarte Borda nació en 1846. Creció, sin cultura, en la modesta cancha de pelota que su señor padre poseía en Mercedes. Ascendió á edil y á legislador por sus complacencias para con Galarza, del que

fué escribiente, y por sus complacencias para con Latorre.

Don Juan Idiarte Borda era un honestísimo padre de familia. En vano buscarías torpezas en su hogar. Las hubo, en torno suyo, grandes y en abundancia; pero no en sus costumbres, que nunca dieron comida el escándalo. Débil y codicioso para los suyos, pensó en los suyos más que en el país. Un golpe de la rueda de la fortuna le llevó al poder, llegando á la montaña desnudo de prestigios y con pocas luces. Seríamos injustos si desconociésemos que no fué un tirano. Respetó la libertad de imprenta. Los partidos pudieron organizarse en clubs. El derecho á reunirse, para expresar temores y esperanzas, también fué respetado. El espíritu ciudadano se enardeció. Se pusieron de manifiesto, insistentemente y con cálida verba, la corrupción administrativa y el fraude electoral. Las imborrables máculas de aquel período son el manejo de la hacienda pública y el embuste del voto.

Aquel gobierno pareció comprender que los abusos de la palabra escrita, cuyo único correctivo está en las costumbres, son indefinibles, injuiciables, y rebeldes á la pena legal, como muy bien nos dice don Agustín de Vedia en la página 143 de su *Constitución Argentina*. El derecho de reunión, otra de las formas de la libertad de pensamiento, también fué consentido hasta la licencia; ¿pero de qué servían la prensa y la oratoria, con las urnas manchadas y el voto insincero? Es como si supiéramos que hay un tesoro oculto en el fondo del mar, un tesoro escondido en una caverna guardada por cien pulpos y cien tiburones.

Juan Jacobo Rousseau, al propagar el dogma de la soberanía de las naciones, vinculaba ese dogma con el sufragio. La soberanía nacional no existe cuando

no es la nación la que elige á los hombres que deben administrarla con rectitud y representarla con dignidad. La soberanía nacional no existe cuando los pueblos no pueden gobernarse á sí mismos, por congresos nacidos del voto público y cimentados en la pública confianza. La soberanía nacional no existe cuando el gobierno influye en las elecciones, cobijando el fraude, porque entonces no es la voluntad del pueblo, sino la del gobierno, la voluntad que surge de las urnas viciadas. Corromper el sufragio es como destruir el edificio de la legalidad, porque las mismas leyes sólo son nacionales, — verdaderas leyes, leyes legítimas, — cuando son el producto y el testimonio de la soberanía de la nación. Esto no lo supieron, ó lo olvidaron, Herrera y Borda.

Dos errores capitalísimos contiene nuestro código fundamental. El primero de esos errores consiste en convertir á la legislatura en colegio elector del primer magistrado, desnaturalizando la naturaleza de lo legislativo, cuyo fin debe ser el de dictar las leyes nacionales. No es posible que la presidencia se desvincule de los intereses que la eligieron, porque, al elegirla, esos intereses se inclinarán, necesariamente, al que mejor garanta su predominio. Un congreso elector, formado con el objeto único y particularísimo de elegir presidente, salvará ese yerro, evitando las conmociones de la elección directa, sin impedir que el verdadero elector sea la opinión pública, desde que los miembros del congreso elector son designados directamente por el voto del pueblo. Es claro que no tienen cabida, en ese congreso, ni los legisladores ni los empleados, como es claro también que debe ser rápida y transitoria la existencia de ese congreso singularísimo. Leed á Hamilton.

El segundo error es el de convertir á la legislatura en el juez exclusivo de las elecciones de sus propios miembros. ¿Cómo queréis que la legislatura, durante el proceso electoral de su integración, se sobreponga á los apetitos y á las pasiones de la mayoría? Esto no es lógico, porque no es humano. Esta disposición, copia de las disposiciones constitucionales norteamericanas, encontró resistencias en el sentido práctico del parlamento inglés, que somete la elección de sus propios miembros á la rectitud del poder judicial. Igual, en nuestros días, ocurre en España. ¿Por qué no hacemos nosotros lo mismo? La política es el escollo, el cáncer, la fatalidad de nuestras enconadas legislaturas. Leed lo aconsejado por Arosemena.

Estos remedios se completarían, á mi pobre entender, con la adopción del régimen parlamentario, que agranda la influencia legisladora y reduce la influencia presidencial; con el voto secreto, que escuda al elector en su libertad, y el voto obligatorio, que convierte el deber del sufragio en costumbre, y con la autonomía de los municipios, que es la forma más pura y más republicana del gobierno del pueblo. Leed á Laboulaye.

El gobierno del señor Borda, como la mayoría de nuestros gobiernos, fué un gobierno de grupo. Levantó resistencias en su propio partido. También hay probidades y hay altiveces en lo colorado. El poder es su lepra, como el poder sería la lepra de mi credo. Ningún partido se curará en tanto la política emponzoñe á los presidentes y á las legislaturas. La improbidad bordista desprestigió á su bando. El fraude hería, indiferentemente, á sus opositores rojos y albinos. La tenaz propaganda, la propaganda oral y periodística de los últimos, cayó en tierra fecunda. Formóse así,

sin que el gobierno se corrigiera ante los relámpagos precursores, la tempestad de 1897.

El señor Eduardo Acevedo Díaz fué, civilmente, el valeroso autor de aquella tormenta. Sus artículos eran puntas de fuego abrasando las carnes de la situación. Sus artículos eran como estocadas que herían en el pecho al poder elector, poniendo de relieve toda la podredumbre de Dinamarca. Aquel estilo, aquel retórico y musical y pomposo estilo, tuvo las acritudes y las sobriedades y las osadías del estilo de Tácito.

Tal vez forzó la nota. Puso, tal vez, más pasiones que ideas en su predicación. Hoy nos parece hueco. Es que así lo exigían las circunstancias. Es que todos, entonces, querían salir de la esfera de los pensares para entrar en la esfera de los haceres. Por eso el partido, todo el partido nacionalista, se agrupó en torno de las columnas de *El Nacional*.

Una parte, también, de lo colorado miró con simpatía aquella propaganda. Hay épocas así. Hay épocas que tienen hervidora la sangre. Hay épocas propicias á las expansiones de la libertad. El aire, en esas épocas, es aire puro á pesar del poder, que ha perdido el instinto de la conservación. Faltaba una mano que encendiese la pira y avivase la hoguera. Entonces aparece, sobre las lomas, Aparicio Saravia.

Luis Alberto de Herrera, que habló de civismos en las reuniones públicas de la Florida y de San José, se encontró en Tres Árboles, en Cerros Blancos, en el Hervidero y en Aceguá. Viósele á pocos pasos de Diego Lamas en Tarariras, en Nico Pérez, en el sitio de Minas, en Sepulturas y en todas las acciones de 1897.

El poder de la democracia radica en la fuerza de su pensamiento. Es el pensamiento lo que empuja y dirige sus actividades. Se engañan los que creen que

los hombres caminan automáticamente hacia la libertad. Obrar sin coacciones internas ó externas, no es obrar sin causa. La voluntad libre es una voluntad ordenada y consciente, como dice Wundt. No fué por un impulso irreflexivo que perdieron la vida Alberto Maldonado y Ramón Orique. No fué por un impulso irreflexivo, sino por un deber imperioso, que se encontraron junto á las brasas de ñandubay Luis Ponce de León y Luis Pastoriza. No fué por un impulso irreflexivo, sino por un acto de virtud patriótica, que el gauchaje coreó las dianas de los clarines de José González, Juan José Muñoz y Cicerón Marín.

¡Oh la sonrisa de niños grandes de los trabajadores de la libertad! ¡Oh su optimismo fuerte y consolador! ¡Oh las mañanas frías, y las siestas de fuego, y las tardes de lluvia! ¡Oh las memorias de la ciudad y la casa paterna en los largos coloquios del crepúsculo vespertino! ¡Oh las lentas jornadas, á la luz de la luna, por los campos inmensos! ¡Oh la inquietud que precede á los días en que el cañón retumba de nube en nube, de barranca en barranca y de oído en oído! ¡Oh el adiós á los muertos abandonados en algún declive, bajo los yuyos jugosos del país! ¡Oh los sacrificios hechos al futuro, como hostias levantadas sobre el altar de un dios desconocido! ¡Oh todo lo que huyó, para no volver, como huyó, para no volver, nuestra dulcísima juventud!

Asesinado villanamente Borda y firmada la paz del mes de Septiembre, el ejército revolucionario se disolvió en la Cruz, resonando en los aires el consejo que les daba Virgilio, con su lengua de miel, á los legionarios que volvían á Roma:

Pœserte ut, ante bones pueri; submittitte tauros.

Luis Alberto de Herrera, cuando la concordia aquietó los espíritus, fué consignatario de frutos del país, desempeñando luego un juzgado de paz. Dedicó sus ocios, sus fecundos ocios, á redactar los dos volúmenes de *Por la Patria*. Aquel libro sincero, sin rencores, sin fábulas, sin hipérboles, esperanzado y ordenadísimo, es la historia completa de la gran aventura que enrojeció la vieja sangre de Jara. Allí se siguen, día por día, todos los pasos de la revolución, asistiéndose á la épica hazaña de Alberto Suárez y á la heroica muerte de Nicolás Imas. Por allí pasan estandartes y ponchos, que tiemblan á los vientos de nuestras cumbres, desde Tres Árboles, en que triunfa Lamas, hasta Aceguá, donde resiste laconianamente Justino Muniz. Allí se estudian las causas, los preludios, el desarrollo y el fin del movimiento, presenciándose el choque de Arbolito, que fué muy rudo, y las conferencias pacificadoras, fuentes de alegría, que presidió Ramírez.

Por la Patria es un libro leal, un libro bueno, un libro de justicia, un libro educador. Ese libro nos dice que todos los partidos tienen opción á la libertad y opción al derecho. Ese libro nos dice que la paz, que no dignifica á los ciudadanos, no puede ser amada ni ser duradera. Ese libro nos dice que todos los hombres, en las repúblicas, tienen el deber de la práctica de la virtud, siendo ese deber más imperioso en los gobernantes que en los gobernados. Ese libro nos dice que si es un delito robar una joya, es también un delito el robo del sufragio y el del público haber. Ese libro nos dice que es hermoso morir por la soberanía de la nación, como murieron por esa soberanía, Francisco Lavandeira y Arturo Ramos Suárez.

Dígole á lo mañana, como el doctor Herrera, que

Aparicio Saravia fué bravo, probo, clemente y sincero. Júrole al porvenir que amasaron la arcilla de su envoltura con jugos de modestia y desinterés. Puedo asegurar á los que me leen que en su sepulcro se enterró un sueño hermoso, un sueño de justicia y de reparación. El sueño era imposible; pero el que lo abrigaba debió tenderse, para morir, con el semblante vuelto hacia la frontera. Lo que significaban, para sus soldados, las ondulantes plumas de Enrique el Bearnés, significaban, para su ejército, los pliegues flotadores del poncho de Aparicio. No siempre le llevaron á la victoria; pero siempre le señalaban el rumbo del honor, debiéndose agregar, sin miedo de mentir, que Aparicio Saravia no aplaudió nunca al asesino de Idiarte Borda. ¡Cara á cara, brazo á brazo, cuerpo á cuerpo, con hidalga nobleza, como los paladines de las edades de Roger de Flor y Gonzalo de Córdoba!

El capitán sin mancha prohibió el degüello, castigó el hurto y amparó al vencido. Ni en la paz ni en la guerra tiranizó. Le asqueaba el babeo, el inmundo babeo de los serviles. Vió en las conciencias una dignidad, y respetó la dignidad humana, pensando en la suya que resplandeció erguida bajo la bóveda de los cielos. Sobrio, jovial, paciente, arrojado, incansable y muy comprensivo, fué como nuestra raza, como nuestra campiña, como nuestra tierruca, en que el chingolo les dice á los astros sus dulces nocturnos y en que flotan los suaves perfumes del cedrón. ¡Caudillo sí, caudillo y montonero; pero aquel montonero y aquel caudillo idolatraron á la bandera blanca y celeste del Uruguay!

Ya han concluído Borda y Saravia. El poder y la gloria, que no siempre van juntos, finalizan así. Todo se reduce á un muerto que pasa junto á un estandarte,

á un fúnebre y sordo batir de tambores. Un canto de calandria, un gorjeo en la luz, eso es el volido fugaz y doloroso de nuestra ambición. ¡Comprendieron bien la miseria humana Francisco de Gandía y Carlos de Yuste!

Cuestas sucede á Borda. El pasado de ese hombre no se distingue por sus servicios á la libertad. Estuvo con lo impuro y subió con lo impuro. Parece, en los comienzos de su metamorfosis, carecer de rumbos. Duda, muy largamente, entre el bien y el error. Quiere la presidencia, ya se la dé la legislatura de lo viciado ó ya se la consiga el brío popular. Aquélla le resiste y éste le empuja, transformándose en dictador el 10 de Febrero de 1898.

Una revolución no logra conmoverle. Un motín no consigue desazonarle. Se ciñe la banda presidencial. Y empieza la subida. Va hacia la luz. Rompe los moldes del antiguo régimen. Mejora las costumbres del voto público. Acepta la política de coparticipación. Sabe reprimir á lo cuartelero. Respeta y organiza las arcas nacionales. Inaugura el puerto montevideano y adormece á la loba de las golillas. El país se siente resucitar con Cuestas.

Luis Alberto de Herrera pensó como el país. Quiso, como el país, que se consolidase la edad reparadora. Quiso, como el país, que se robusteciese el bien que nacía. Quiso, como el país, que no retoñasen la corrupción y la esclavitud con el triunfo inglorioso de Isasmendi y de Arribio.

Cuestas nombróle secretario de nuestra legación en Estados Unidos. — Allí, durante diez y ocho meses, fué el Encargado de Negocios de la República. — " Allí, me dice en una de sus cartas, viendo un país sinceramente libre y organizado, sentí que mis ideas

se modificaban, alejándome para siempre de las pedanterías universitarias. Fué allí que tuve la visión nítida del bien sin ruindades y del destino histórico de mi pueblo ". — Lo que allí soñó, con las miradas fijas en nuestro escudo, lo hallaréis consignado en el libro que se titula *Labor Diplomática.*

Dirígese al gobierno de que depende, en una nota confidencial de Diciembre de 1902, revelándole los propósitos imperialistas de Norte América. Colombia pide más de lo que le ofrece la república de Monroe para conferirle la soberanía de una faja de territorio que abrace toda la extensión del futuro canal de Panamá. El canal se hará con Colombia y sin Colombia, siendo un engaño la amenaza de construirle por la vía de Nicaragua y de Costa Rica. ¿Qué importan los derechos de Colombia?

Le inquietan los cambios y las ampliaciones que Roosevelt imprime á la vieja doctrina de Monroe. Leed lo que dice en su nota del 6 de Enero de 1903.

Allí sostiene, como de costumbre, que " el Uruguay nada pide ni nada necesita de sus vecinos ".

Comparto su opinión.

Buenos Aires es opulenta y libre. Buenos Aires es fuerte y hospitalaria. Buenos Aires, sin odios de partido y sin gobiernos engolillados, es la forma política más culta de América. Nosotros no tenemos la enorme dicha de que ella goza; nosotros despreciamos el noble bien de la fraternidad; nuestros gobiernos intranquilizan á todas las clases, para estrujarlas sin compasión en sus puños de hierro; y es melancólico, más melancólico que tarde de lluvia, el cielo en que amanece nuestro Porvenir. Por eso es un deber conservar entera la virtud que mantiene la unidad del país, la virtud que no pueden robarle sus verdugos,

la virtud que aminora sus grandes dolores, la virtud que es el óleo sustentador del fuego de la lámpara de su vida, la virtud del coraje y de la altivez, la virtud que aún repite gallardamente los himnos de Guayabos y de Sarandí.

El presidente Cuestas no siempre se amoldó á las leyes escritas. Encendió indignaciones de todo calibre. Los indignados eran ilógicos ó insinceros. Convertir una dictadura en presidencia constitucional, es querer una presidencia con arranques y mañas de dictadura. ¿No os lo advertimos, insistentemente, antes de la elección? El país fué ingrato con aquel hombre, que aplacó los enconos é impuso la honradez administrativa; pero más ingrato, mucho más ingrato con aquel hombre, fué mi partido. Aquel hombre le dió, — coronando la obra de sus heroísmos, — la paz, un ministerio, seis jefaturas y la representación de las minorías. Nosotros rechazamos al que prometía continuar su obra, inclinándonos á una candidatura que no logró reunir diez votos colorados y que nunca nos dijo categóricamente sus intenciones. Crudelísima ha sido la expiación. Juan Carlos Blanco, adormeciéndonos con esperanzas, se burló de nosotros. Con Batlle están los hijos de Juan Carlos Blanco. Mientras nosotros nos deteníamos ciegos y dando vueltas en torno de un nombre, que nada ofertó ni podía triunfar, José Romeu y sus compañeros negociaban la ayuda de sus votos con el señor Batlle. ¡Nosotros cavamos, con nuestra ingratitud y nuestra torpeza, el sepulcro en que duerme Aparicio Saravia!

Luis Alberto de Herrera, que se encontraba lejos de su país en aquellos días, está enamoradísimo de su tierruca. Cree, con brío, en las virtudes medicinales de la artemisa de nuestros montes; busca, con gozo,

la sombra de las ramas del ombú lomero; le enternece la salve de las calandrias que tejieron su nido entre las hojas del tamberay serrano; y el pitanga silvestre le aficionó á los frutos de sabor indígena, como el burucuyá, que es una oración de la tarde á los astros, le dijo que eran dulces los aromas nativos. Cuando, en el año de 1901, la universidad montevideana propuso, — con motivo de unos juegos florales que no se celebraron, — un tema sobre las ventajas é inconvenientes de la difusión de las profesiones liberales en nuestro país, resplandecía de patriotismo el trabajo que presentó Luis Alberto de Herrera.

Díjonos, entonces, que no existe ni exceso de abogados ni exceso de médicos, como no existe exceso, sino penuria, de agricultores y de industriales. Lo que existe es un falso concepto del medio, lo que existen son cursos de duración extrema, lo que existen son aulas que no forman hombres de temple viril, lo que existe es el vértigo sin honradeces de la política.

Díjonos también que el defraudado por su carrera, el que creyó que el título le bastaba para triunfar y nota con dolor que el título no es la palanca de Arquímides, — tiene ante sus ojos el campo sin cultivo y el comercio en pañales que también nos conducen á la conquista del fabuloso jardín de Hespérides.

Díjonos, por último, que todos pensamos, al salir de las aulas engañadoras, en llegar pronto y en llegar con ruido, sin que nos preocupen, por nuestra falta de carácter austero y de carácter práctico, lo efímero del triunfo y las necesidades del bien general.

Nuestras aulas no forman, depurándolo y fortaleciéndolo en el divino amor del país, el carácter de sus discípulos.

II

El doctor Herrera publicó, en 1904, su libro *Desde Wáshington*. Veinte correspondencias en quinientas páginas. El estilo de aquellas misivas aleccionadoras se distingue más por lo elocuente que por lo elegante. Así el encanto nace, más que de lo escogido y primoroso de su fraseo, de la vehemencia y la convicción que el viajero puso en sus macizas y jugosas cláusulas. La obra seduce porque revela una incansable laboriosidad, un patriotismo ardiente, un sentir generoso y un talento honrado, talento con una clarísima noción del deber y una clarísima visión del futuro. El autor, que no sabe de las contiendas literarias de las últimas horas, carece de todos los feminismos y ornamentaciones á que ha dado lugar el pseudo renacimiento de lo decadentista, pseudo renacimiento que se asemeja, por lo avasallador del influjo francés, á aquel pseudo renacimiento de la cultura itálica del siglo diez y ocho, cuando Genovesi se inspira en Descartes y cuando Bettinelli se inspira en Voltaire.

Como no hay elocuencia sin trazos de elegancia, son muchas las misivas merecedoras de recordación. El autor se convierte en estilista eximio cuando nos describe los fascinadores y policromos juegos de luz de las hervidoras catartas del Niágara. Os haré saber, — porque yo no puedo comentarlo todo, — que las aguas dudan, retroceden y se desesperan luchando con el vértigo que las enloquece, cuando van á caer en su sepulcro enorme. El derrumbe es sublime. El ruido del derrumbe es como un coro de apocalípticas clarinadas. Deshechas, angustiosas, vencidas por

lo irresistible de la atracción del abismo gigante, las aguas quieren volver atrás, las aguas gritan un grito de horror, como los caballeros del poema fantástico de ompilio Llona.

Son muchas las páginas que merecen citarse, como ya os dije, en el libro de que me ocupo. Leed la nota sobre el barrio chino, que intoxica el opio y amortaja el silencio, de la gran New-York; leed los párrafos que el autor dedica á la montaña fortificada donde se hierguen, como penacho bélico, los muros de Quebec; leed el himno que el autor consagra al progreso de lo industrial, porque no es otra cosa la maestría de la descripción de las fundiciones de acero de Pittsburg; y leed todo aquello que el autor nos dice sobre el culto severo de la libertad que arde en el espíritu del país de Monroe, culto que debe presentarse insistemente como un ejemplo de democracia á las repúblicas en que el sufragio, por sus falsedades y sus torpezas, nos hace pensar en aquel dios de la mitología egipcia que lleva el simbólico nombre de Eluro.

El doctor Herrera volvió á nuestras playas rico en ensueños conciliadores y generosos, ensueños que aventó la guerra civil de 1904. Contaba con prestigios y con influjos en el campo oficial; pero todo lo puso á los pies de la enseña, confundiendo su suerte con la azarosa suerte de su partido. Renunció á su cargo; dijo al poder que ya no estaba con el poder; le detuvieron; soltáronle después; pasó á la Argentina é invadió acompañando á Gregorio Lamas. Mucho rodó por cuchillas y valles, en que supo de fríos y de escaseces, hallándose en la batalla de Tupambaé y redactando la proclama dada al ejército, después de esa victoria, por orden de Aparicio. En Masoller, herido mortalmente el caudillo heroico, nubláronse los cielos de

la revolución, que encontróse sin guía y que cayó en desmayo, resultando estériles las bravuras de Illescas, de Mansevillagra, de Centurión, de Fray Marcos y del paso del Parque. Aunque casi siempre nos traicionó la pérfida fortuna, resistida con brío, quedaba por jugar el último dado, el golpe supremo, pudiendo asegurarse que íbamos á jugarlo con muchas ventajas, después de la victoria del 22 de Junio, sin la bala traidora que derribó á Aparicio. Luis Alberto de Herrera, bien apoyado por Julián Quintana, — del que ya hemos hablado, — provocó aquel consejo de jefes que nombró sustituto á Saravia. En Aceguá, más tarde, cúpole el honor de ser uno de los comisionados de la estipulación de las Bases de Paz. La redacción de éstas le pertenece. El espíritu que las anima es el claro reflejo de la luz del espíritu del doctor Herrera.

Luis Alberto de Herrera volvió á Montevideo, — donde nuevamente le detuvieron, á pesar de ser un hecho efectivo la paz de Septiembre, — para fundar y para dirigir el diario *La Democracia*.

Los poderes públicos, desde esa época, evolucionaron con rapidez hacia el socialismo.

El socialismo, como secta dogmática, me parece un error.

El socialismo de que se sirven políticamente nuestros gobiernos, gobiernos electores y de bandería, se me antoja un error elevado al cubo.

Yo ya sé que la palabra felicidad es más dulce para los que nunca la conocieron que las rimas cantantes de mi canario, bola de oro con ojitos negros. Yo ya sé que la han perseguido con voraces ansias todos los buscadores del bien humano, — sin conseguir que floreciese la felicidad, — desde las ascéticas comunidades que en la centuria décimacuarta dirige el mis-

ticismo de Gerar Groot, hasta las comunidades industrialísimas que en la centuria décimaséptima soñó el instinto práctico de Jhon Béller.

Desde el pechero, que con su lanza destrozó las rémiges del águila feudal, hasta el jacobino, que con su pica dejó sin ópalos á las coronas de los marquesados, la multitud va en pos de la idea de la igualdad y los humildes corren en pos de la dicha, sin advertir que el capacete férreo de los feudales y la chupa de seda de los marqueses nacían y crecían con la absorción de los derechos individuales por los poderes públicos. Tan autoritario como los castillos del siglo onceno, fué en sus amores á los sin ventura, entre las tempestades del siglo diez y ocho, Francisco Fourier.

El derecho reside en el hombre. El derecho no reside en la sociedad. Es en el fondo de la humana naturaleza donde la verdadera filosofía encontrará siempre el origen y el por qué del derecho. Así en el Estado no está el derecho, sino en el hombre pensador y libre, que sólo para que el Estado le garantice el ejercicio del derecho que emana de su propia naturaleza, funda el Estado. El Estado no puede impedir la diferencia de facultades que existe entre los hombres sino valiéndose de la enseñanza mejoradora, como no debe contrariar, de ninguna manera, el desenvolvimiento de las distintas facultades humanas. El Estado no puede convertir al topo en ardilla, como no debe imponer á la ardilla, amante de la luz, la existencia subterránea del topo. El Estado no puede ser la conciencia del hombre, ni absorber su albedrío, ni limitar su trabajo y su lucro, porque el progreso es hijo de la emulación y porque de la humana naturaleza, origen del derecho, nace la eterna desigualdad que hallaréis en el norte y el desarrollo de nuestras aptitudes.

La igualdad religiosa, la igualdad política y la igualdad civil, — que no contradicen las desigualdades que nacen con nosotros, — son formas del derecho fundamental del hombre; pero también son formas de ese derecho, — porque se fundan en las desigualdades de aptitud y energías que ya indiqué, — la libertad del comercio y la industria, la no absorción del comercio y la industria por el Estado.

Castelar nos enseña, en la página 202 de *La Fórmula del progreso,* que los gobiernos panteístas, los gobiernos que se substituyen al ciudadano y á la sociedad, dicen á sus pupilos: — "Yo pensaré por tí; pero dame dinero para mantener academias y sabios: yo te proporcionaré juegos, teatros y espectáculos; pero dame dinero para pagar á los artistas: yo seré comerciante; pero dame dinero para mis industrias: yo te daré el tabaco que fumas y la sal necesaria para tu sustento; pero dame dinero para proveer á estas necesidades: yo nombraré hasta los peones de los caminos, hasta los guardas rurales, hasta los serenos; pero dame dinero: yo seré hasta jugador, si preciso fuere; pero dame dinero para la lotería, y como necesito mucho dinero, te impondré contribución sobre todo, sobre el pedazo de pan que te llevas á la boca, sobre el aceite con que te alumbras, sobre el vino con que reparas tus fuerzas, sobre el agua que bebes, y si alguna vez me veo apurado, la impondré hasta sobre el aire que respiras."

Carlos Marx quería que los instrumentos de trabajo, la tierra y las fábricas y los ferrocarriles y las empresas que estrujan al pobre, se transformasen en bien del obrero; pero no dijo que se transformasen en bien del poder público, formado por burgueses con señorío, que aprovechan el voto de los humildes para

reinar sobre sus espaldas y escribir sus decretos desde una poltrona cuyos brazos rematan en broncinas cabezas de pujante león. El poder, que se apoya en la fuerza, se circunda de símbolos delatores: siempre hallaréis un águila en su leyenda y un felino en su escudo. No creo sorprenderos al afirmaros que el más adusto de los censores del socialismo gubernamental es el socialismo colectivista. Vandervelde corrige á Bernstein.

Bernstein nos dice, en la página 195 de su *Socialismo evolucionista,* que las muchedumbres, — sin desprenderse del derecho ilegislable de revolución, que es como el derecho ilegislable de respirar, — deben propender al triunfo de sus ideas por medio de reformas democráticas y económicas obtenidas por sus representantes en los parlamentos y en los municipios. Diríase que Bernstein piensa como Bismarck, — para el que sólo podía llegarse al poder apoyándose en el poder, — desde que es sabido que la mayoría gubernamental, aquí y en todas partes, jamás aceptará lo que no esté de acuerdo con los intereses del grupo que domina. El mismo Bernstein reconoce y confiesa, en la página 213 de la labor que extracto, que la obra de la legislación constitucional " es comúnmente un compromiso, una compra de derechos adquiridos ". — Hasta reconoce y confiesa, del mismo modo, que la victoria de los obreros sería un error en estos instantes, porque los humildes carecen aún de la organización económica y de la independencia mental necesarias para dirigir acertadamente el destino de las naciones. Así podéis leerlo en la página 216 del citado libro.

Para Bernstein todo depende de las complicidades del proletariado con la mayoría gubernamental. El

proletariado se hará burgués, y hasta oficialista, á cambio de leyes sobre seguros y horarios y sueldos. Esto explica y aclara el antagonismo que suele observarse entre la libertad política, entre los dogmas republicanos, y la interesada sumisión de las multitudes á los gobiernos tiranizadores. Esa es la causa, la causa evidente y poco dignificante, de que la clase obrera se transforme en útil para embravecer las pasiones de bando en nuestro país, porque esas pasiones emuseladas no le producirían lo que le producen sus complicidades con la dictadura del grupo dominador. La fuerza prima sobre el derecho, — aunque Bernstein lo oculte, — lo mismo en la democracia social de Bernstein que en el imperio dinástico de Bismarck.

Emilio Vandervelde combate estas ideas en la página 139 de *El Colectivismo.*

Vanderbelde dice, en la página 152 de la misma obra:

"La antítesis del Estado - gobierno y del Estado - administrador no es, en resumen, más que el reflejo de la oposición que existe entre la estructura militar y la estructura industrial de las sociedades". Así, en último análisis "la absorción de la propiedad capitalista por la propiedad colectiva debe tener como resultado la reducción progresiva de las instituciones gubernamentales fundadas sobre la violencia."

Ya dije lo que pensaba del sindicalismo al ocuparme de Enrique Leone. Lo único que quiero demostrar aquí es que Enrique Leone es mucho más severo que Emilio Vandervelde cuando estudia el socialismo evolucionista de Vollmar y Bernstein. Leone sostiene en la página 30 de su obra, que la democracia social, la defendida por los dos últimos — "es á modo de una cacofonía lógica por la mezquindad burguesa de su

espíritu y por la hibridez de los elementos sociales de su armagasa". — Dice más, puesto que nos dice que el socialismo no puede ser estatal ni debe transformarse en política asociación, "porque la constitución del socialismo en partido político ha sido la causa primordial de su degeneración en democracia y de la anulación de su espíritu combativo". (Página 61).

¿Qué nos afirma lo que antecede? Que "la estatización es el beneficio de un presupuesto". Nos afirma que no es por amor á las clases obreras, — sino para utilizarlas en beneficio de su poder y para impedir que se opongan á su poder, — que lo oficial se cubre y se acoraza con las pieles hirsutas del socialismo. De no ser así, ¿cómo se explicaría que ciertos legisladores, que nunca hasta hoy gallardearon de socialistas, se batan á la greña por preceptos contrarios á sus ideas y á su interés? No pongo en duda, como jamás las puse, la erudición copiosa y la costumbre de la elocuencia de los sustentadores del principio de autoridad. Siempre me cautivaron, aunque no siempre me convencieron, lo grave en lo didáctico de Manuel Otero, el ornato retórico de José Espalter y el énfasis, que aúna la cortesía á los conoceres, de mi amigo el doctor Gregorio G. Rodríguez. Llamé muchas veces la atención de los míos hacia las dotes intelectuales de la juventud del credo adversario; pero esto no obsta para que sostenga que es indudable la insinceridad y que es pernicioso el epicureismo que quitan lustre y merecimiento á la manera de perorar de Hortensio, cuando en la oratoria de Cicerón y en la lira de Horacio se acordaban las rémiges de los vientos del Tíber.

El socialismo, el verdadero socialismo, el socialismo de los ortodoxos de lo marxiano, aspira á la abolición

de las clases, á la abolición de la propiedad individual, á la abolición de la producción privada. Todos seríamos socialistas si el socialismo se redujera á mejorar las condiciones morales y económicas de los humildes; pero, si exceptuamos á los obreros y á los que especulan con los obreros, ¿qué hombre de clase puede aceptar, en toda su amplitud, el programa anterior? ¿Acaso ese programa conduce á la dicha de los sin ventura? ¿Hemos olvidado las infructuosas experiencias de Owen? ¿No vemos la confusión que reina entre los que se dicen discípulos de Marx y de Liebknecht? El socialismo, el verdadero socialismo, el socialismo que no es herético ni heterodoxo, es antiestatal, no tiene en mucho aprecio á lo universitario, y reduce su ética á su triunfo económico, lo que no me parece que pueda seducir á los doctores, á los oficialistas y á los que se envanecen de no ser masa en la legislatura del Uruguay. No se crea, no, la igualdad en el goce con decretos á lo Babœuf. Ninguno ignoramos que la dicha es hermosa, mucho más hermosa que las manzanas de oro, custodiadas por un dragón alado y voraz, que Euristea hizo arrebatar por Hércules; pero todos sabemos que en la igualdad de las condiciones, que desmienten y estorban las desigualdades incorregibles de la naturaleza, no está la dicha, como todos sabemos que para conquistarla sería preciso que nos protegiese una divinidad como aquella divinidad que cortó de un golpe las siete gargantas de la hidra de Lerna y limpió los pestíferos establos de Argias con las olas azules del Alfeo.

El socialismo del Estado, que será siempre la esclavitud con clases privilegiadas, no nos conduce ni puede conducirnos á la tierra intangible de la felicidad, como el socialismo sin el Estado, que sólo con-

duce á la nivelación de la esclavitud en interés del gremio, tampoco sería la felicidad con que soñamos todos. El socialismo del Estado no puede ser el último fin de la batalla que el obrero sostiene contra la burguesía, desde que las clases no desaparecen con el socialismo gubernamental, — como el socialismo sin el Estado, última cumbre del socialismo, no puede ser el fin de nuestros legisladores, porque el socialismo, — que no es estatal, — rechaza á los médicos, á los abogados, á todos los intelectuales, como claramente lo podéis leer en la página 87 del libro de Leone.

El Estado moderno, con sus poderes absorbedores, es de origen germánico. El Estado moderno es una imperiosa necesidad y un supremo bien. El Estado moderno es para sí mismo y es por sí mismo. El Estado moderno pospone la ética á la política. El Estado moderno puede ser socialista, siempre que él sea el único patrón y el único propietario y el único industrial. El Estado moderno, sin suprimir las clases, enciende y estimula las contiendas de clase. El Estado moderno, en mi pobre país, no aspira á terger de atávicos enconos á nuestros espíritus, sino que agrega á las perturbaciones ocasionadas por el rencor cinefacto y lúgubre de los partidos tradicionales, el rencor que originan la concurrencia entre el rico y el pobre ó la desconfianza entre el pobre y el rico. El Estado moderno, para los poderes de mi terruño, no ama lo pleróforo y sí lo rampante, no busca la paz y sí la disputa, agravando la hemitis que lo pretérito puso en nuestra sangre, con la hemitis de la desconfianza y de la concurrencia de que os hablé, en las que veía las dos primeras causas de todas las discordias que enlutan al mundo el célebre Hobbes.

Luis Alberto de Herrera intervino, como legisla-

dor y como periodista, en el choque de ideas que turbaron la quietud de la atmósfera del último sedecenio. No creyó nunca en la sinceridad del socialismo de la montaña, que es el arma política de que se sirve la ambición de un hombre; pero sí creyó que el partido á que pertenece, siguiendo las huellas del partido conservador inglés, podía y debía iniciar ó hacer suyas las reformas que suavizan el infortunio de las clases humildes. A ninguna de esas reformas le salió al encuentro para empequeñecerla ó dificultarla; pero jamás reconoció que la solución de la incógnita de la ventura se encontrara en el triunfo de ninguno de los programas que copian ó imitan al programa de Erfurt. Mantúvose, desdeñando la comedia de lo oficial, fiel al pensamiento de que las enormes desigualdades establecidas por la naturaleza harán siempre imposibles la igualdad en el producir y la igualdad en la repartición, digan lo que digan los ardientes discípulos de Bebel ó los sectarios discípulos de Leone.

Es tan enorme la perturbación que el pseudo socialismo gubernamental está introduciendo en las ideas y en las costumbres de mi país, que juzgo un crimen de lesa patria el desdén ó la indiferencia con que se asiste á las farsaicas fórmulas de progreso de los poderes públicos. Se confisca la libertad de las clases obreras arrojándoles el mendrugo de las ocho horas ó del salario mínimo: pero en doce años, en doce largos años de inquietud social y de inquietud política; en doce largos años de revolver sepulcros y apetitos, para enconar rencores de clase y facción; en doce largos años, que sólo serán el gobierno absoluto de un hombre absoluto para la historia de lo porvenir, — fuera de las piltrafas misericordiosas, que ya no regatean ni las monarquías á los deshere-

dados de la fortuna, — ¿se han suprimido las más injustas de las contribuciones, esas contribuciones indirectas que emponzoñan las fuentes del trabajo, esas contribuciones indirectas que abruman las espaldas de los humildes más que las espaldas de los poderosos? — No; no se han suprimido. — ¿Se han disminuído, prodigiosamente, las sumas del presupuesto de la guerra para fundar, con prodigiosa solicitud, escuelas de ampliación práctica y teórica, de los conocimientos industriales, mercantiles ó agrícolas? — No; no se han suprimido ni se suprimirán. — El municipio autónomo, el municipio libre, el municipio que nace del sufragio universal, el municipio que nombra con toda independencia sus empleados, el municipio que administra con toda independencia sus intereses, el municipio que rotula los campos incultos y abre caminos y se rige por sí y detiene al poder cuando el poder ultraja á la libertad, ¿le ha sido dado sinceramente al pueblo? No, no le ha sido dado. Los gobiernos electorales no aceptarán nunca sino su parodia. Cuando la muchedumbre quiera llegar á lo imposible de que va en pos, habrá sacrificado muchas dignidades caracterizadoras de la ciudadanía, para encontrarse con que la presidencia defiende su poder, los empleados públicos sus emolumentos, la policía su autoridad, los generales sus galones de oro, los diputados oficiales-cos sus rentas cortesanas y lo genial su indiscutible derecho á sobresalir. ¿Qué importa que nos mande un solo presidente ó que nos manden diez? El poder de diez concluye siempre por concentrarse en las manos de uno. La zorra ó el león dirigen el cónclave, que la astucia engaña ó el miedo domina. El carácter del único que en realidad las preside ó maneja, impone su sello á todas las ligas y á todas las juntas. Atenas

engaña, empobreciéndolos, á sus aliados; pero Atenas, la Atenas de Sófocles y de Fidias, se llama Pericles. ¿Qué son, en Roma, los decemviros? Nueve hombres obscuros, que obedecen á un gesto de Apio Claudio. ¿Qué es el Comité de Salvación pública? Un dictador terrible, el ensangrentadísimo Robespierre.

Le Bon, en su *Psicología del Socialismo,* — páginas 166 á 189, — llega á tres conclusiones fundamentales. — ¿Puede aplicárselas á mi país? — Probemos. Escuchad.—1.ª El socialismo del Estado, hasta el socialismo que gallardea de antiestatal, será burocrático, como lo es en el Uruguay y como lo es en Francia. — 2.ª El Estado, en Francia, se resiste á apoderarse de todos los elementos de la vida económica y política del país, á pesar de la presión unánime de todos los partidos; en tanto que el Estado, en el Uruguay, persigue á los partidos que se oponen á que se apodere de todos los múltiples elementos de la vida económica y política de la República. — 3.ª El estudio de los fenómenos que produce la constante y creciente absorción del individuo por el Estado, lo mismo en Francia que en el Uruguay, testimonia elocuentemente que es inmoral y caro y liberticida el socialismo que predicó Bernstein.

Como Heriberto Spencer piensa lo mismo que piensa Le Bon, no puede inspirarme mucha confianza lo que piensan Bebel y Leone. ¿Qué es lo que quieren los poderes públicos de mi país? Si los mediocres sustituirán á los más capaces, con la victoria del socialismo, y si el grado de civilización se mide por el grado de resistencia á las tentativas igualitarias, ¿quiénes son los más cultos y los más videntes en mi tierruca? ¿Los de la montaña ó los de la planicie? Ya nos han respondido Le Bon y Spencer.

Luis Alberto de Herrera, preocupándose de los problemas del trabajo y del pauperismo con la noble solicitud de Enrique Fawcett, no aceptó jamás las teorías que sobre el comunismo y la asociación sostuvo Lassalle. El Estado legisla no para destruir, sino para asegurar el derecho, siendo el derecho una adición formada por los sumandos que se denominan libertad de imprenta, libertad de comercio, libertad de voto, libertad de trabajo, libertad de ascender por las grandes virtudes de la ayuda propia, por aquellas virtudes de que nos hablan los libros de Smiles.

Leed lo que nos dice, en *El socialismo y los socialistas*, Emilio Castelar:

—" Siempre que el socialismo ha aparecido, ha aparecido con sus pretensiones seculares: con la pretensión, primero, de violar la libertad; segundo, de ser una fórmula superior á la democracia."

Castelar prueba, — páginas 9, 19, 45, 72 y 76, — que el socialismo corrompe á la democracia, que el socialismo mata á la libertad y que sólo es fecundo el trabajo libre.

No es, por lo tanto, en nombre de las clases favorecidas por la fortuna; ni tampoco es en nombre de un rencor instintivo y atávico, que no puede abrigar un corazón bien puesto; no es por ninguna de las causales que nos atribuyen los que nos calumnian, que nos oponemos á que el Estado todo lo reglamente y todo lo domine. Es por que la historia nos ha enseñado que el socialismo es un retroceso; que el socialismo es una esclavitud; que el socialismo mutila la libertad; que donde falta la libertad, la verdadera vida no existe; que donde falta la libertad, el trabajo es odioso; que donde falta la libertad, renacen los horrores de las castas antiguas. Es por eso; es por amor

á la libertad de los pobres y de los ricos; es por amor á la libertad de todas las clases; es por amor á esa libertad que permite el triunfo de los más aptos y los más persistentes; es por amor á esa libertad que repara las mayores injusticias sociales, sustituyendo al nulo y al perezoso por el capaz y el perseverante en el eterno torbellino de estas democracias igualadoras; es por amor á esa libertad que convierte en letrado al nieto del obrero y al nieto del letrado en labrador humilde, cuando el hijo del obrero se ilustra para el bien y el hijo del letrado se agota en la holganza. Es por eso, por eso tan sólo, que resistimos á la revolución que viene de arriba; revolución que engaña con sus brillos traidores; revolución que esparce la luz fosforescente que esparce el pez-linterna; revolución que ofusca á los que la siguen incautamente, como las manchas con destellos de tuco del pez suboceánico atraen á las víctimas de su voracidad; revolución que, como el pez fosfórico de las aguas profundas devora á sus presas, devora el decoro republicano de los que creen en las virtudes del socialismo que combatieron Mazzini y Quinet. Los oradores de esa revolución, — que por no ser afectos á la retórica, suelen mostrarse retoricados en el decir, — hablan de lo futuro con los humildes, cuya envidia exasperan, como si lo futuro pudiera ser un camino alfombrado de plumas acolchadas de canautli. No les predican, no, que la competencia de las aptitudes y de los esfuerzos es como la sangre nutrimental que mantiene á los núcleos organizados en democracia, siendo el dolor una imperiosa ley de esa lucha tonificante y dignificadora, porque ni la analgesia del espíritu ni la analgesia física les fueron otorgadas por los ceñudos dioses á los descendientes de Prometeo. Aun-

que esos insensatos agitadores cautiven á las masas como cautivan al viajero las notas del azteca moracaxao, el absurdo seguirá siendo absurdo, la utopía seguirá siendo utopía, y el sueño de la dicha en la esclavitud seguirá siendo un deleznable sueño, porque el hombre no goza si no derriba obstáculos, si no sube mecido por la música egregia de sus propias rémiges, y si no se imagina, cuando doma al destino, que salió de los muros de un huevo de oro, como el huevo de oro de que salieron las siete cabezas de Para - Brahma.

Luis Alberto de Herrera cree en la democracia; pero no cree en el socialismo. Ama á los pueblos libres, como aquellas aldeas que defienden las cumbres gloriosas de Suiza. Ama á los pueblos libres, como aquellas aldeas que educó la dulzura de Pestalozzi y ennoblece el heroísmo de Guillermo Tell. Ama á los pueblos libres, que siempre valdrán más y durarán más que los pueblos que adoran á un cónsul, á un tribuno, á un dictador, á un rey sin diadema y con pretorianos, aunque ese rey les reparta raciones de trigo y aunque ese rey les harte de dispendiosos juegos, como hizo Julio César con las debilitadas multitudes de Roma. Ama á los pueblos libres en sus maestros, en sus operarios, en sus industriales, en sus legisladores, en sus municipios cuidadosos del bien de la autonomía, porque aprendió en la historia que cuando mueren para la libertad, que las fecundaba como el sol á los campos, mueren para el progreso Pisa y Florencia. Ama á los pueblos libres como la república de Solón; como aquella república que se corona con los bélicos lauros de Salamina; como aquella república que cantaba los inmortales coros del inmortal Esquilo; como aquella república en que relucen las líneas de los mármoles

que buriló Praxíteles; como aquella república donde los retóricos esparcen los preceptos de la elocuencia, para que la elocuencia luche por la justicia en los plebiscitarios tumultos del Ágora. Ama á los pueblos libres como la república de Solón, como aquella república cuya democracia individualista siempre valdrá más que el comunismo estéril que fundó Licurgo, desterrando el comercio y el arte y las letras de su cuartel de ilotas y de soldados, cuya quietud perturban el águila y el zorro que salvaron la vida al mesenio Aristómenes.

No penséis, muchedumbres, en la ventura. La ventura no existe. Se entibiarán los soles antes de que lleguemos á la dicha integral. Es el trabajo lo que alegra la vida. Es la libertad lo que nos permite rendir al destino. Es la esperanza de la victoria lo que nos enciende y nos magnifica. La felicidad aseméjase al agua que huye del vaso que la contiene, como el agua escapábase, según Ovideo, de las cubas con grietas que no llenaron nunca las hijas de Danao. Vosotras mismas, oh multitudes, razonáis así. Vosotras dudáis siempre de las sinceridades de los pranarotes que os profetizan la dicha integral. Allí donde aparece la ley agraria, aparece la confusión y aparece el delito. Recorred la historia. Los Gracos quieren que se repartan entre los plebeyos las tierras usurpadas por los patricios; pero los plebeyos no saben apoyar con brío á sus tribunos, ni saben defenderles con bizarría, dejando que ultimen los senadores al varonil Tiberio y que Cayo se acabe en las sombras de un bosque consagrado á las Furias. Babœuf pretende que se repartan entre los humildes las propiedades que usurpó la nobleza; pero los humildes dudan de Babœuf, cuando los jacobinos decretan su muerte, y aunque se apu-

ñalea para huir del cadalso, cae sobre su garganta de agonizante la filosa segúr que inventó Guillemín.

El socialismo, sea estatal ó colectivista, destruye todas las conquistas humanas. Nada esperéis de la esclavitud. Esperadlo todo de la libertad. Hacia ella camina, á través de los siglos, la turba de los pueblos. Vuelven á abrir las purulentas úlceras de los tiempos antiguos, los que combaten la libre concurrencia en el mundo económico. Vuelven á abrir las purulentas úlceras de los tiempos antiguos, los que piden á un déspota la paz de las castas. El Estado, que suprime la propiedad y confisca la industria, fomenta la holganza y destruye el estímulo y encarece el pan y centuplica el número de los burócratas y, cuando ya no tiene nada más que absorber, arrebata los hijos al amor de las madres, para convertirles en útiles y en siervos y en tropas del Estado, como hacían las leyes de la brutal Esparta.

Luis Alberto de Herrera, para defender á la libertad, — que es como el tuétano de las repúblicas, — fundó *La Democracia*. Desde las columnas de aquel diario riñó batallas por el voto sincero, por la descentralización administrativa, por el gobierno municipal, porque se convirtiesen en nacionales el poder y el ejército, por el ansiado triunfo de todas las bases que redactó su pluma entre los picos agrestes de Aceguá. Dijo valientemente, y con insistencia, que la concordia será imposible mientras existan gobiernos de partido y elecciones falsas, porque las multitudes nacionalistas se mantendrán leales á la libertad como cuando flotaba sobre las lomas de nuestra tierra el poncho de Aparicio. La libertad fué el astro, la columna de fuego, el signo redentor que señaló á los suyos Luis Alberto de Herrera.

El presidente, un día, amordaza á la prensa. Fué desobedecido. Clausuróse la imprenta por su rebeldía; pero el diario, que era un baluarte de civismos probos, siguió apareciendo. Redoblóse, sin triunfos, la vigilancia, porque el diario salió á la calle como de costumbre. Luis Alberto de Herrera, en una hermosa mañana de sol, se ríe repartiendo personalmente á los vendedores del diario oficial, frente á las mismas puertas de *El Día,* las hojas aún húmedas de *La Democracia.*

Aquel episodio, dado el carácter de la presidencia, tomóse como un reto. El doctor Herrera formaba parte de la legislatura. Le sentaron allí los libérrimos votos de los nacionalistas de Montevideo. No le sirvieron sus inmunidades de diputado. Prendiéronle, sin ningún escrúpulo, al salir de la Cámara. El doctor Ramírez, senador por Flores, intervino y obtuvo la libertad del doctor Herrera.

Nuestro partido, hacia 1908, se dividió en fracciones. Un Congreso Elector, que quería curar los males de la patria con el rojo cauterio de la guerra civil, falseó su mandato y quebró los preceptos de la Carta Orgánica. El Directorio, nacido de esa ilegalidad, impuso á los candidatos á la legislatura que cediesen el tercio de sus dietas al exhausto tesoro nacionalista. El doctor Herrera, lo mismo que yo, se negó á suscribir el compromiso aquel. ¿En qué se basaba nuestra actitud? ¿Qué son las dietas? ¿Para qué las crearon los constituyentes? No las crearon para que los partidos las usufructuaran, sino que las crearon para garantir la dignidad y la independencia de los legisladores. Si éstos no necesitan, para conservar aquellas virtudes, las sumas que reciben, las dietas no son lo que deben ser con arreglo al espíritu de nuestro código

fundamental. — Se complica el problema cuando se le estudia en sus relaciones con los diputados departamentales, que abandonan allí sus medios de vida, para chocar con las exigencias y los compromisos de su difícil carga. — Aquella imposición, que aplaudieron muchos, desterraba de la legislatura á la idoneidad pobre, lo que no es democrático; y era, por otra parte, como ofrecer las bancas al mejor postor, lo que no era honesto. — La aptitud vale, en las discusiones, más que la fortuna. El voto del partido debe ser siempre desinteresado, para que el partido vote por la virtud y por el saber, que no son privilegios de la riqueza. Llegará un día, si avanza la tendencia antidemocrática, en que sólo los ricos sean elegibles y árbitros del impuesto. — La elección beneficia á los electores más que á los elegidos, cuando los ciudadanos eligen con cordura sapiente y patriótica, siendo los electores, y no los elegidos, los que riñen la ardiente batalla del sufragio. El candidato no debe mercar honores ni fueros, porque el honor y el fuero no son mercancías con que negocian los congresos electorales. Recordad cómo la libertad británica, el partido whing de 1830, eligió á Macaulay.

Yo, que nada pretendo y nada aceptaría, pienso en estos instantes como pensé entonces. Yo digo hoy, como entonces dije y siempre enseñaré, que es necesario que los hombres entren sin mercantiles tratos con la divisa blanca y el airón de púrpura, con todos los prestigios de la altivez y con todos los orgullos del mérito, allí donde sólo debiera lucharse pacíficamente por el Uruguay y para el Uruguay.

Luis Alberto de Herrera, fiel á su pensamiento, se asiló en el sagrado refugio de su hogar, — dándose á escribir libros que honran su nombre y que enaltecen

á su país, — para volver á las lides parlamentarias en la segunda de las presidencias del señor Batlle.

III

El doctor Herrera, durante su momentáneo alejamiento de la política, concibió y redactó sus obras mejores. Dejó de ser el tribuno entusiasta y el periodista enérgico que enardeció á los jóvenes de la ciudad y el campo, para convertirse en el historiador amante de las glorias y del futuro de su país, condiciones que le equiparan con aquel Fermín Caballero y Márquez, historiador y político y periodista que, con ardiente verba y altos propósitos, combatió á Toreno y aplaudió á Mendizábal.

A ese período, al fecundo período de alejamiento del que siempre ha seguido siendo un *jolly good boy*, pertenecen los dos volúmenes de *La diplomacia oriental en el Paraguay*.

Esos dos volúmenes no son otra cosa que el comentario, erudito y extenso, de la correspondencia oficial y privada del doctor don Juan José de Herrera, ministro de relaciones exteriores de los gobiernos de Berro y Aguirre. Luis Alberto de Herrera, aunque nunca nos dijo su íntimo pensamiento, no ha podido impedir que lo adivináramos sin dárselo á entender: toda su vida, su vida entera, la ha consagrado valientemente á la justísima rehabilitación de los grandes ensueños que aventó la borrasca de 1865. Muévele á ello la piedad filial, que es virtud y deber en las almas nobles, — y muévele á ello su patriotismo de antigua cepa, su patriotismo de hondas raíces y de bullente savia, que vive de la vida de nuestras dunas y de nuestros pantanos, que vive de la vida de nuestras verdes

abras y nuestras verdes lomas, que vive de la vida de nuestro sol como los borlones de los cardales que crecen en los campos del fortín de Artigas.

El padre nos habla elocuentemente por la boca del hijo. El hijo nos describe, con devoto fervor, la hermosura de las visiones que centellean en los ojos del padre. El hijo nos cuenta el por qué de los odios y de los amores del tiempo en que su padre, que ya sentía próximo el ruido de las alas de la invasión, quiso poner un freno á las codicias de los extraños en nombre del augusto principio de las patrias. El hijo nos descubre todo lo que calló, modesto ó desdeñoso, el prócer cuyo ideal de cívicas grandezas quedó sepultado bajo los mesénicos muros de Paysandú y bajo las laconias ruinas de Humaitá.

La obra del doctor Luis Alberto de Herrera tiene una importancia que difícilmente comprenderán los que no hayan leído todo, ó casi todo, lo que se ha escrito sobre la guerra del Paraguay. Esa obra completa y concluye la bibliografía que sobre esa república americana, — vista en el prólogo de la guerra y durante la guerra, — debemos á los geógrafos y á los historiadores como Demersay, Du Graty, Thompson, Poucel, Jourdan, Garmendia, Centurión, Nabuco y Scheiner. Esa bibliografía, pródiga también en folletos apasionados y en polémicas periodísticas, — folletos y polémicas casi tan útiles como los libros de mayor fama, — nos permite conocer el espíritu de las horas que antecedieron y presenciaron el choque hercúleo, ya por las protestas de Gómez y de Alberdi, ó ya por las pinturas de Hopkins y de Vicencio. Es indudable, é insensatez sería no reconocerlo con lealtad, que, en los principios de la tragedia, eran más los que opinaban como Le Long que los que pensaron

como Reclus. El doctor Herrera viene, con los documentos que le permiten reabrir el pleito é iluminarlo con claridades desconocidas, á demostrar que hicieron perfectamente la patria de Artigas y la patria de López acercándose y entendiéndose para resistir á las influencias que pretendían condenarlas á que ocupasen, en la constelación política de las repúblicas sudamericanas, el mismo lugar que ocupa la estrella Arided en la astronómica constelación del Cisne.

Tan levantados en sus sentires como autotélicos en sus conoceres fueron los hombres de 1863; pero no temáis que repita aquí lo que dignificándolos manifesté, pronto hará una década, en los debates legislativos y en las columnas de *La Democracia.* Mis ideas de entonces, — que he esparcido en el curso de estos volúmenes y que se encuentran ya en las últimas hojas de mi libro *El Uruguay en 1904,* — son como un ejército de soldados de plomo ante la magnitud y el brillo de las ideas, ejército de soldados de carne y hueso, con que riñe la batalla triunfal y definitiva el doctor Luis Alberto de Herrera. Lo único que yo pude aportar al debate fué el resultado de la lectura de un pequeño número de autores extranjeros, en tanto que mi amigo, mi ilustre amigo, aporta al debate la luz que destila la documentación, aclaradora y testimonial, de las razones y los incidentes que nos divorciaban del gobierno de Buenos Aires y del gobierno de San Cristóbal. La pasión del terruño, mi sola pasión, fué el mareógrafo de que me serví cuando estudiaba los movimientos del oleaje internacional de 1863 y de 1865; pero las corrientes tejidas por los afanes de la diplomacia de nuestros próceres, jamás pude verlas y registrarlas con la certidumbre y la exactitud con que las vieron y registraron el brillante ingenio, la ternura

filial y la sed de justicia del doctor Luis Alberto de Herrera.

El estilo de éste es, casi siempre, encumbrado y grave, sin los escrúpulos hablistas de Reinoso. Admíranse, en su obra, el método analítico, la acertada distribución de los materiales, el acopio de citas oportunas, la flexible elocuencia de los jugosos párrafos, y el celo con que trata de que sobrenade, sobre la multitud de los documentos y apreciaciones relacionadas con aquellas horas de malandanza, la verdad sin desdoros y sin afeites en que veía el alma de la historia Antonio de Solís.

No me es posible, entonces, elipsar en estas deleznables páginas, todo lo que contienen las cuatrocientos noventa y una del primer volumen de mi compatriota. Conténtese el lector con los comentarios que me sugieren sus valiosos capítulos, pues no es justo pedirme más que el esbozo de la materia que su ingenio agota y que pone en torturas á mi humilde ingenio. El que desee profundizar el patético asunto, la magna tragedia, lea los dos volúmenes de *La diplomacia oriental en el Paraguay*.

El doctor Herrera, en el primero de los volúmenes de su obra, se ocupa en historiarnos las diferencias del Uruguay con la Argentina, — las diferencias de la Argentina con el Paraguay, — y las diferencias del Paraguay y del Uruguay con el Brasil. Insiste en que "el origen verdadero de las tentativas diplomáticas iniciadas ante el gobierno de la Asunción por el gobierno uruguayo, arranca de la jornada revolucionaria del general don Venancio Flores". — Aquellas tentativas no hubieran tenido razón de ser sin el imperialismo del señor Elizalde, que amenazaba la quietud de América, y sin los vínculos del general Flores con

el general Mitre, que conmovieron y ensangrentaron al Uruguay. — El autor comprueba que estos vínculos existieron, recordando el fracaso de las misiones encomendadas á los doctores Lapido y Lamas. El autor comprueba que estos vínculos existieron, relatando el incidente enojosísimo á que dió lugar la detención de un paquete argentino, cargado de armas, incidente cuya solución propusimos fiar á las justicias del arbitraje, lo que rechazó, amenazándonos con la guerra, el señor Elizalde. — El autor comprueba que fué legítima y previsora nuestra alianza con Solano López, recordándonos finalmente que nuestra soberanía de ribereños, que nuestra comunidad de dominio en la desembocadura del Uruguay, fué puesta en duda y hasta negada por el señor Rufino de Elizalde.

El terrible conflicto de 1863 no es otra cosa que el resultado de la tendencia á la hegemonía manifestada siempre por Buenos Aires en sus relaciones con el Uruguay y con el Paraguay.

Una serie de agravios separaba á la patria de López y á la patria de Mitre. La primera quedó constituída á modo de república consular, en Octubre de 1813. Lo consular, un año después, trocóse en dictadura, convirtiéndose en dictadura perpetua y sin freno hacia el año de 1816, en que todo se rinde á los empujes y habilidades de don Gaspar Rodríguez de Francia. Buenos Aires trata de ahogar, en su cuna, aquella independencia con el ejército que confió á Belgrano; pero el Paraguay, al que no le complace vivir subordinada y con lazarillo, resiste y se impone á la sed hegemónica de Buenos Aires. Síguese un largo cambio de notas diplomáticas, que corea un nutrido cambio de agudas recriminaciones, hasta llegar al general Rosas. Éste, excitado sobremanera por el reconoci-

miento de la independencia del Paraguay, — que le es notificada por el Brasil en el mes de Septiembre de 1844, — dicta el decreto del 8 de Enero de 1845. La navegación fluvial, por aquel decreto, quédale prohibida á la bandera del Paraguay. Quédanle prohibidas el comercio argentino, del mismo modo y por aquel decreto, todas las transacciones con la provincia que resistió á Belgrano y que resiste á Rosas. Rosas se opone, por aquel decreto, á los principios que estableció, en un instante de liberalidad y á mediados de 1815, al célebre Congreso de Viena. Rosas afirma, ampliando aquel decreto en Marzo y en Agosto de 1845, que ninguna conciliación es hacedera con el Paraguay en tanto el Paraguay siga considerándose independiente de la Argentina. El Paraguay redobla su aislamiento, y llegan, recelándose las dos vecinas, al prólogo del drama que concluye cuando concluye trágicamente López.

Volvamos á nosotros. ¿A qué mentirnos y mentirle al futuro? Fuimos hacia López, bien hacia López, porque en seis lustros de vida autonómica nos pesó siempre sobre las espaldas la doble tutela de Buenos Aires y del Brasil. Fuimos hacia López, bien hacia López, para hacernos más fuertes en poder y en influjo, consolidando nuestra situación en la siempre inquietante política de enconos de los pueblos del Plata. Fuimos hacia López, bien hacia López, porque Solano López no era un peligro para el Uruguay, sino un aliado del Uruguay, por las profundas diferencias históricas que le apartaban del reino del Brasil y de la república de Buenos Aires. Fuimos hacia López, bien hacia López, por ser López el único que podía oponerse, por la ley del cañón, á las ansias hegemónicas del Imperio. Fuimos hacia López, bien

hacia López, porque Buenos Aires, aunque no hubiese simpatizado con la enseña purpúrea, carecía de medios para calmar los apetitos de la diadema de los Alcántaras.

El Paraguay se aisló por recelos á Buenos Aires. Buenos Aires siempre juzgó como un delito su independencia y Buenos Aires siempre discutió sus derechos á la navegación por las aguas del Paraná, sabiendo que esas aguas eran su puerta única sobre las olas del mar Atlántico. Leed el folleto que, sobre ese tópico, Bernardino Paez publicó en 1849. Leed también, si no os satisfaciera la exposición de Paez, lo que nos dijo la pluma de Sarmiento, un año después, en las páginas 65, 67, 71 y 77 de su *Argirópolis*.

No puedo explicarme que ningún uruguayo condene los sueños que abrigaron los próceres de 1863. ¿No era justo, no era legítimo, no era patriótico que nos precaviésemos contra los disturbios y los antagonismos que nos señalaba el luminoso saber de Sarmiento? O debíamos renunciar á la independencia, confederándonos con la Argentina, ó nos era forzoso buscar alianzas que nos robusteciesen, amurallando el poderío de Buenos Aires y del Brasil. Tampoco me explico, ante la dura realidad que no se ocultaba al autor de *Argirópolis,* que ningún uruguayo pueda sostener, si le enamora la independencia de su país, el turbio desposorio de Flores y el Imperio, que enflaquecía, robusteciendo el poder del Brasil, las esperanzas de poderío del Uruguay. Mucho vale, sin duda, la pasión de bando; pero es más imperiosa la pasión de la patria, siendo forzoso reconocer, ante aquellos sucesos y aquellas perspectivas, que si el amor de bando quiso que Flores se acercase al Brasil, el amor de la patria, que no está en pugna con el de la divisa, defiende la memoria de los que cayeron vencidos con López.

Podría hacer, en apoyo de lo que antecede, algunas citas de Thompson. Podría decir que Thompson afirma, en el tomo primero de su *Historia de la guerra del Paraguay,* que "el general Flores fué auxiliado por el departamento de la guerra de Buenos Aires, entonces en paz con Montevideo". — Página 22. — Podría agregar que Thompson califica de "horda de asesinos" á los sitiadores de Paysandú. — Página 33. — Podría añadiros que, según Thompson, "la toma de Paysandú es una página vergonzosa de la historia del Brasil". — Página 34. — Thompson, sin embargo, no me inspira ningún aprecio, porque le juzgo cobarde é ingrato. Para pensar así me baso en el prefacio de su célebre obra y en su actitud durante la epopeya. No interviene en la lucha por sed de justicia, sino porque los médicos le aconsejan cambiar de aire, y no sabe que López es peor que Tiberio hasta que la fortuna traiciona á López. Con razón le fustiga Sena Madureira en el prólogo de su libro *Guerra do Paraguay.* Oíd lo que escribe acerca de Thompson:

—"Esta maneira de apreciar os factos junto a ingenua declaração que apressourou-se em fazer o autor no introito de seu trabalho, de que sómente em fins de 1868 foi que reconheceu ser Lopez *un monstruo sin paralelo,* da una idéa muito triste ou de sua intelligencia ou de seu caracter; pois, a não ser de uma simplicidade invejabel e digna de melhor sorte, ou de uma versatilidade é ingratidão mesquinha para com o homem que, segundo elle proprio confessa, tanto o distinguiu e premiou emquanto o tive sob suas ordens, a quem apedreja na adversidade, depois de entregar sem combater a fortaleza que se havia confiado á sua honra militar, não tem explicação plausivel as palabras do ingenheiro britannico."

El autor brasileño cree muy poco, por otra parte,

en la gloria militar del general Mitre. Achácale las lentitudes de la campaña desde su iniciación á Curupaití, y dice á los panegiristas del general, comentando la derrota aliada del mes de Septiembre: — "Resignem-se os nossos alliados, e comnosco limiten-se á chorar, como Mario sobre as ruinas de Carthago. Em Curupaity sumiu-se a pericia tãa preconisada de vosso illustre e tão infeliz general, e com ella naufragou a alliança, que de entâo para cá não passou de uma pura ficção". — Página 54. — Agrega, al hablar del ningún influjo que el general Mitre ejerció sobre los actos posteriores del marqués de Caxias, respondiendo á lo aseverado por los comentaristas Estrada y Lewis: — "Quanto, pois, á influencia da intelligencia argentina nas nossas operações, fica provado que, como sempre, foi ella nulla. A experiencia de um passado bem recente era sufficiente para não serem aceitos pelo marquez os conselhos *prudentes e retardativos* do seu alliado, e podemos garantir que foi recebida com geral desagrado no exercito brasileiro a noticia da chegada do general em chefe, tão illustre quanto *caipóra,* (passm-nos o termino escolastico), em suas combinações". — Página 67. — Más tarde, al anunciar que el general Mitre se retiraba de los campos en luto del Paraguay, — volviendo á Buenos Aires en 1868, escribe el mismo autor: — "Não sabemos ao certo se o general Mitre se alegrou ou não com a sua partida do campo; é de suppôr, porém, que sim, pois, as poucas disposiçoes que tinha e a apathia em que vivia, *litterariamente,* em seu *chalet de Tuyu-cué,* onde entregava-se ás delicias que aos espiritos *meditadores* proporciona o jogo da xadrez, de que era muito apaxionado, em vez de tratar de operaçôes decisivas contra o inimigo, á essa crença

nos induz ". — Página 97. — Estas procacidades, estas groserías, estos insultos eran los restos que, á fines de 1870, quedaban del naufragio merecidísimo de la Triple Alianza. Sena Madureira, capitán del Estado Mayor del ejército del Brasil, nos prueba y patentiza, con su desingeniosa mordacidad, que no fué rico en frutos de bendición el desposorio del general Mitre con el imperio de los Alcántaras.

El general Mitre merecía, — hasta en sus errores, — mayor estima y mayor respeto.

Lo que es indudable, lo que no puede desconocerse, es la mala impresión que la conducta de los aliados produjo en el espíritu de las naciones de Europa y de América. Paranhos, en la segunda nota colocada al pie de la página 41 del tomo primero de la obra de Schneider, confiesa lo anormal de los procedimientos de que se servían y las resistencias con que tropezaban. — Oíd á Paranhos: — " El almirante Tamandaré, en vista de la resolución tomada por el gobierno imperial de ocupar Paysandú y el Salto, se dirigió confidencialmente, por circular del 11 de Octubre, al cuerpo diplomático en Montevideo, solicitando providencias para que los navíos mercantes extranjeros, en interés del comercio lícito, no se prestaran al transporte de tropa y municiones de guerra para esos dos puertos. Los agentes diplomáticos extranjeros rechazaron esa requisición alegando, y con motivo, que no existía declaración de guerra ni tampoco notificación de bloqueo. Nuestra posición, efectivamente, no dejaba de ser original. Según las declaraciones del gobierno imperial no estábamos en guerra con el gobierno de Montevideo ". — Schneider, ratificado por Thompson, habla todavía con más claridad. Schneider dice, en la página 42 del mismo volumen de *A guerra da Tri-*

ple Aliança: — "Lettsom, encargado de negocios de Inglaterra, recusó explícitamente á los navíos brasileños el derecho de visitar los navíos mercantes de Inglaterra, agregando que no existían beligerantes, por cuanto Flores era sólo un rebelde, y responsabilizó al gobierno brasileño de todos los perjuicios que los negociantes ingleses pudieran padecer por las operaciones proyectadas". — El Brasil, para Lettsom, no era sino el cómplice de las rebeldías del héroe de Coquimbo. — La opinión, al principio, se dividió, inclinándose hacia la Triple, por lo mucho que se escribía en contra de López; pero al conocerse el tratado secreto, que daba á la guerra caracteres de sañuda conquista, condensóse una nube de enconos sobre la Alianza. Leed en el segundo de los tomos de Schneider, — desde la página 139 á la 148, — la unánime protesta de las repúblicas sudamericanas, así como también los esfuerzos realizados, en pro de la paz, por los diplomáticos de Inglaterra y del país de Jay.

López, ¿fué, en realidad, el agresor ciego y apasionado que nos describen sus enemigos? Está en lo cierto, cuando no opina así, el doctor Luis Alberto de Herrera. López trató de intervenir, pacíficamente, en las querellas del Uruguay con el Imperio; pero el Brasil, rechazando su mediación, justificó la belicosa actitud de López. El Brasil, adueñándose por las armas de los poderes públicos de la tierra artiguista, dejaba aislado, completamente aislado, al Paraguay. Recordad que estaba en el tapete la cuestión de límites con el Brasil y con la Argentina. López tenía supremo interés, dadas las perspectivas de aquel momento histórico, en que se mantuviera en su integridad tranquilizadora el equilibrio del Río de la Plata.

Flores, cómplice y vaqueano del Brasil en su épica aventura contra el Paraguay, nos dice que hizo bien, defendiendo á los vencidos en Paysandú, el que cayó, envolviéndose en su bandera, junto á las aguas del Aquidabán. El señor Gregorio Benites apoya esta opinión en muchas de las páginas del tomo primero de sus *Anales diplomático y militar de la guerra del Paraguay:*

—" En vista de la grave situación creada á la República Oriental por las exigencias imperiosas del Brasil, y á solicitud de la legación oriental acreditada en la Asunción del Paraguay, consecuente en su política de paz y conciliación hacia los países vecinos, ofreció á los gobiernos del Brasil y de la República Oriental, sus buenos oficios á fin de allanar pacífica y equitativamente las diferencias rebatidas entre sus respectivas cancillerías ". — Página 91. — El Brasil rechazó, en su nota de Julio de 1864, el ofrecimiento conciliador de López. El Paraguay, entonces, declaró, hacia fines de Agosto, que consideraría cualquier ocupación del territorio oriental por fuerzas imperiales, como un atentado contra el equilibrio de las naciones del Río de la Plata. El Imperio desestimó esta declaración y prescindió de ella, apoderándose militarmente de la villa de Melo, capital del departamento de Cerro Largo. El Paraguay, que se sabía solo contra tres, invadió á Corrientes. Es que López ya no ignoraba lo convenido entre la corte de San Cristóbal y el gobierno de Buenos Aires. Leo en la página 214 del tomo primero de la obra de Benites: — " El gobierno argentino, presidido por el general don Bartolomé Mitre, ha pretendido que el Paraguay atacó á la República Argentina, sin motivos, en plena paz, cuando con toda seguridad descansaba en la fe de los

tratados, y cuando observaba escrupulosamente sus deberes de neutralidad; pero el gobernante argentino olvidaba, ó aparentaba olvidar, que aún antes que el Paraguay forzara su pasaje por Corrientes, que se le había negado, esta ciudad argentina estaba destinada á ser el depósito militar y la base de operaciones de las fuerzas brasileras contra el Paraguay; olvidaba también que había puesto á la escuadra imperial en posesión de sus aguas y de sus puertos; olvidaba, además, que abastecía á dicha escuadra de provisiones de todas clases para sus marinos, de carbón para sus máquinas y hasta de municiones para sus cañones, como lo han mantenido los senadores más honorables de la República Argentina, señores Mármol y Félix Frías, y como lo había afirmado también el mismo estadista brasilero, consejero Paranhos, en el Senado de Río Janeiro". — "El Paraguay no podía, pues, dudar que la tormenta provocada por el Imperio Sud-americano, de acuerdo con el general Mitre, en la embocadura del Río de la Plata, en 1864, no se desplomara sobre él, al sucumbir el Uruguay. Sabía, además, que, desde el principio del año 1864, el Brasil se había entendido con el general Mitre; que el señor Saraiva, ministro brasilero, nada hacía en Montevideo sin el acuerdo previo y sin el concurso del citado jefe argentino; que el dinero de Buenos Aires y las municiones de su parque alimentaban al general Flores; y que el gobierno oriental, atacado por tres aliados secretos, que más tarde debían firmar el tratado de 1.º de Mayo de 1865, era el gobierno más honrado que haya jamás conocido el Estado Oriental, según la exposición autorizada del ya citado senador argentino don Félix Frías."

El doctor Herrera no se equivoca cuando sostiene

que el general Mitre se inclinó hacia Flores y que miró con afables ojos la actitud del Brasil. La agresión imperial, lo injustificado de sus reclamaciones, lo doloso de sus ultrajes á la bandera de los Treinta y Tres, el galope cosaco de sus jinetes por las lomas de Artigas y el sacrificio de Paysandú, no entristecieron al general Mitre. Nabuco transcribe un párrafo de Saraiva, que dice así, en la nota de la página 38 de *La guerra del Paraguay:* — "Los partidos de las dos Repúblicas ofrecen afinidades que los aproximan y casi los unifican. La opinión que domina hoy en la provincia de Buenos Aires, y la República Argentina, ve en el triunfo del partido colorado en Montevideo una garantía, y tiene con éste una comunidad de ideas por la cual espera asegurar la estabilidad de su régimen en ambas márgenes del Plata". — Nabuco añade, por su propia cuenta, en la página 69 de la misma obra: — "Debe decirse, en honor de los estadistas argentinos, que los más de ellos no sintieron siquiera la tentación de sacar partido de las dificultades del Brasil. Contribuyó á esto, en un principio, la popularidad de que gozaba en Buenos Aires la causa mantenida en Montevideo por el Imperio. En la guerra del Uruguay, Flores era para el gobierno argentino el héroe, y el Brasil un protector desinteresado que hacía lo que Buenos Aires hubiera querido hacer". — Y Nabuco nos dice, en la página 21 de su libro: — "Sin la actitud de Mitre, las simpatías de todos los americanistas de toda la América del Sur, del Plata, de Chile, del Perú y de Colombia, todas contrarias al Imperio, no habrían quedado en manifestaciones platónicas, al acudir el Paraguay en socorro de Montevideo."

La guerra del Paraguay, ¿qué fué, en resumen, para

el general Mitre? El tratado nos dice que fué de conquista, y que fué de conquista nos dice la defensa que hizo del tratado el mismo general. Sarmiento, en 1869, hacíale decir por su canciller al señor Paranhos: — "La victoria no da derecho á las naciones aliadas para que declaren, ante sí, como límites suyos los que el tratado determina. Esos límites deben ser discutidos con el gobierno que exista en el Paraguay, y su fijación será hecha en los tratados que se celebren, después de exhibidos, por las partes contratantes los títulos en que cada uno apoya sus derechos". — Esta declaración justa y nobilísima de Sarmiento, que no agradó al Brasil, fué combatida y desaprobada públicamente por el general Mitre. No calumnia ni ofende Cecilio Baez, enemigo de López, cuando nos afirma, en la página 145 de su *Resumen de la Historia del Paraguay:* — "Tanto don Pedro II como el general Mitre se mostraron crueles con el Paraguay durante y después de la guerra". — Y Cecilio Baez, después de insistir sobre la falta de sensibilidad moral del general Mitre, condena las inexorables cláusulas del tratado, — "cuyo objetivo principal no era otra cosa que la desmembración del Paraguay."

El derecho de intervención y el de conquista no pueden ser aceptados ni defendidos por las patrias pequeñas. Las grandes, al sostenerlos, sancionan la injusticia, y las pequeñas, que los admiten, predican el suicidio. Las patrias pequeñas deben protestar cuando Alemania invade el suelo de Bélgica y cuando la república de Monroe interviene en la república sin dichas de Hidalgo.

El derecho de intervención, es un derecho de índole corsaria. Inglaterra, la Inglaterra de Clive y de Warren, — al mediar la centuria diez y ocho, — lo utiliza

para adueñarse de los principados más ricos de la India. El congreso de Verona, donde doctrinaron las dinásticas intransigencias de Metternich y los retóricos catolicismos de Chateaubriand, lo utiliza para combatir el régimen representativo, la libertad de la conciencia humana, la libertad de la palabra escrita, y el augusto principio de las nacionalidades. Ese derecho, después de Verona, coloca la suerte de las dos Sicilias en manos de Austria, y ese principio, después de Verona, guía á las tropas del duque de Angulema por los fértiles cármenes de España, para que custodien y para que mantengan la horca en que el borbónico absolutismo columpiará los cuerpos de Mariana Pineda y Rafael de Riego. Contra ese derecho, — dulce á los reaccionarios impenitentes de 1814, — hablan el exilio de Olózaga, la elocuencia de Girardin, Mazzini en los libertadores tumultos de Milán y Juárez en las trágicas horas de Querétaro. Contra las infamias de ese falso derecho protestará siempre la locura de una mujer, que tiende sus brazos estremecidos hacia un espectro, cuando la luna nieva su luz perlina sobre las torres del castillo de Miramar. Por eso entre Wattel, que admite ese derecho, y Rossi, que proclama el santo principio de la no intervención, estamos con Rossi. Por eso entre Bluntschli, que acepta ese derecho, y Vergé, que proclama el fecundo principio de la no intervención, estamos y estaremos con Vergé. El arbitraje, el arbitraje sincero y amplio, el arbitraje que equipara á los débiles con los poderosos, el arbitraje que no quiso aceptar el Brasil, es la fórmula única que deben engendrar y deben mantener, en los siglos que vienen, las patrias de mi América.

Eran los intereses nacionales, no los de bandería,

los defendidos en aquellas jornadas que precedieron á la guerra del Paraguay. No se iba buscando la consolidación de la dictadura de un partido histórico, que nunca fué tiránico, sino la justa consolidación de la soberanía del pueblo oriental. Lo que queríamos evitarnos era el dolor de doblar nuestra frente bajo las pretensiones arteras del Brasil, colocándonos en aptitudes de repeler, con las justicias de nuestra violencia, las injusticias de los cañonazos de Tamandaré. Luis Alberto de de Herrera no se equivoca cuando sostiene:—"Fué tan amplia, tan patriótica, tan nacional, la gestión extrema de nuestra cancillería, y eran tan sagrados los derechos nativos en riesgo, que no sería posible darle matiz de partido. Esa gestión pertenece á la república, y perdurará como un ejemplo de devoción al bien público y de energía sabia y previsora". — Página 305. — Eso es indiscutible. Eso es luz meridiana. ¡Dígalo América, toda la América, la América de Wáshington y la de Bolívar, rodeando con el fulgor de sus banderas republicanas al estandarte que lloró santamente sobre los muertos de Paysandú!

Nosotros no tratábamos de agredir. Tratábamos tan sólo de defendernos. Vimos, con una enorme clarovidencia, la verdad del futuro. El Brasil no creía que el Paraguay pudiera arrojarle su guantelete. El general Mitre, hasta el último instante, consideró aquella terrible aventura como un airoso paseo militar. Nosotros no. Nosotros comprendimos que el poder de López era un poder guerrero sin rival en el sur de nuestro continente, y también comprendimos que el Paraguay veía en nosotros como un baluarte opuesto á las ansias hegemónicas del Brasil. Es que el amor al suelo nos iluminaba. Es que sentíamos, sincera y encendida, la

pasión al terruño de los charrúas. Es que sabíamos que Mitre y Caxias, para medirse con el Paraguay, necesitaban que el gobierno del Paraguay tuviese un enemigo en el gobierno de Montevideo, lo que debía impelerles y conducirles, más ó menos tarde, á propiciar y favorecer la invasión de Flores. ¿Por qué no fuimos hacia el Brasil y hacia Buenos Aires? Porque eso era remachar nuestros grillos; romper, en contra nuestra, el equilibrio de las naciones del Río de la Plata; y entregar al desastre la única bandera que fraternizaba con la libre bandera de Artigas.

Que el equilibrio de lo platense era el propósito que nos guió, el único propósito, dícenlo claramente las instrucciones dadas á Octavio Lapido. Esas instrucciones del 3 de Marzo de 1863 se hallan al fin del segundo volumen de la obra de Herrera. Leed las páginas 381, 390, 424 y 433. — Es que veíamos proféticamente. Es que no nos cegaba la pasión del cintillo. Es que no se nos ocultaba que " las repúblicas del Uruguay y del Paraguay eran débiles para obrar aisladas y sin acuerdo contra la Argentina, cuando ésta completase su organización, y contra el Brasil, robustecido por una paz de que no gozó nunca el Río de la Plata ". — Página 389. — Vimos mejor que López, que se decidió tarde y que actuó tardío. Vimos mejor que Carlos y que Solano López, á quien ultraja sin misericordia Victorino de Barros en su libro guerrero *O Almirante Visconde de Inhuama.* — Es claro que debíamos prever las posibles desinteligencias entre los orientales y sus aliados, tratando de salvarlas con equidad y sabiduría, proponiendo, con este fin nobilísimo, " un artículo que estableciese el arbitraje con los buenos oficios de una nación amiga, á fin de procurarle á este principio, que aleja los

crueles males de la guerra, la adhesión de los pueblos del Río de la Plata". — Página 434. — El equilibrio y el arbitraje, la supresión de la violencia y de la injusticia, ¿no obtendrán la victoria en el porvenir? Pues de eso trataban, á eso se dirigían, por eso pugnaron y eso está en las entrañas de las instrucciones del 3 de Marzo de 1863.

Así el tratado debía basarse principalmente sobre "el compromiso recíproco de garantir la independencia de ambos países, sobre la neutralización de Martín García, y sobre la doctrina de la nacionalidad de hijos de extranjeros". — Uniformada ésta, abiertos los ríos á los pabellones de todas las patrias, asegurada la soberanía de todos los países platenses, y tranquilo el futuro por el arbitraje transformado en ley tuteladora de los humildes, la misión del obús había concluído y las madres podrían dormir en sosiego. El sueño era hermosísimo. Sarmiento, en su *Argirópolis*, tuvo la visión de los Estados Unidos del Plata y puso la capital de su inmensa república, núcleo de repúblicas, en Martín García. Nuestros hombres, sin arriar su bandera ni admitir grilletes, creaban, en la práctica del tratado, algo muy semejante á la nebulosa estelar de Sarmiento.

En Europa predominaba, en aquel entonces, el odioso principio de intervención. Nosotros quisimos impedir su triunfo en América. Nosotros propusimos que en el tratado se estableciese, como un ataque á la independencia de las dos repúblicas, la intromisión extraña que — "pretendiera mudar la forma de su gobierno ó trabar su ejercicio". — Página 431. — ¿Nos defendíamos contra Flores? Indudablemente; pero también defendíamos al Paraguay de que, á pretexto de libertarle, le empobrecieran y retacearan,

dejándole desangrado y agónico como Escipión á la patria de Aníbal. Sí, nos defendíamos contra Flores; pero también nos defendíamos de Mitre y del Brasil, que auxiliaron á Flores, haciendo nuestra la doctrina sagrada que Méjico firmó con la sangre imperial de Maximiliano.

Y fueron muchos los que pensaron como nosotros. Muchos los que afirmaban que no hubo lealtad por parte de Mitre y que no hubo nobleza por parte del Brasil. ¿Europeos? No, sino americanos y muy argentinos. Carlos Guido y Spano nos dice en el tomo primero de sus *Ráfagas:* — " A pesar de las reclamaciones, Flores, cuyo intento á nadie se ocultaba, pudo preparar su expedición, reuniendo y armando la gente colecticia que debía acompañarle, aquí, en Corrientes y en la frontera del Brasil. La autoridad nada vió, de nada se percibió. El comité, creado con el objeto de aconsejar y auxiliar la rebelión, funcionó sin obstáculo, levantando su bandera de enganche al lado de la bandera nacional. Una parte de la guarnición curca cedió á los aventureros asalariados, que se ponían al servicio de Flores, los fusiles que la patria les confiara para la defensa de sus instituciones. La conspiración tolerada, extendiendo su influencia y sintiéndose fuerte, arrojó el antifaz, presentándose en la plaza pública con la más grande impavidez. " — Página 367. — " En el proceder del gobierno argentino búscase, naturalmente, algo más que la expresión de los odios engendrados en el ardor de las luchas pasadas. No es fácil, sin embargo, discernir el interés primordial que le indujo á preferir á la observación de una conducta justa y honorable, la adhesión á criminales tentativas contra un país vecino, sin respeto al derecho de las naciones, sin consultar siquiera su dignidad y su de-

coro ". — Página 368. — " Acaso imaginó el general Mitre que era llegada la oportunidad de realizar el pensamiento de los Estados Unidos del Plata, iniciado por él hace años en la prensa? La hipótesis parecerá arriesgada; no obstante la idea ha existido y aún hoy mismo hay quien la revele sin embozo. Insistiendo en ella, el articulista de la *Tribuna* propone, no es broma, como la solución más razonable de las dificultades presentes y futuras de estos paises, incluso el Brasil, la conclusión de un tratado con este último, por el cual se nos adjudique la Banda Oriental y el Paraguay, reservándose sin duda para el momento de las negociaciones pedir que se le dé á Matto Grosso ó á Río Grande. No comentamos tan gigantescos proyectos. Los señalamos apenas á la consideración de los hombres de Estado, y de aquéllos que, perdidos en un mar de conjeturas no atinan á asignar un propósito, sino plausible al menos confesable, á la conducta del gobierno en la cuestión oriental ". — Página 369. — Leed igualmente desde la página 374 á la 401 del libro de Guido.

Hay que ser más orientales que partidarios, — porque el partido es lo transitorio y la patria es lo eterno, — como son orientales, sin perjuicio de lo purpúreo de su copete y de su floración, el cardenal que silba y el ceibo que perfuma. Hay que ser más orientales que partidarios, teniendo en cuenta que, cuando ya no existan los partidos homéricos, existirá la patria como existe hoy, con los rojos capullos de sus tembetaríes, donde reza sus himnos el serrano zorzal; con los azules ramos de sus buricuyaes, en que sestean las libadoras del camoatí; con la blancura de las corolas del guayacán, en que se mece el somifloro céfiro del atardecer; con el largo pendúnculo, las borlitas do-

radas y el agradable olor de la túnica estiva de nuestros aromos. La historia nos ha dicho de qué aljaba partían las enconosas flechas; sabemos, por la historia, quién aguzó los dientes de lo belicoso, irritando á las seis fauces devoradoras de Porewit; la historia nos enseña lo injusto y deprimente de las reclamaciones que formuló Saraiva; la historia nos descubre de dónde salieron los proyectiles utilizados por los navíos de Tamandaré, y no es posible ya que los orientales simpaticemos con la protervia de la intervención popularicida que ametralló á los nuestros en Paysandú y que sembró de escombros el Paraguay.

La intervención, que la mano severa de la historia despojó de atavíos hermoseadores, es ya como el rampojo de los racimos que perdieron el dulce rubí de sus uvas. ¿Qué sofisma resiste al estudio analítico del tratado, del odioso tratado, del tratado cruel que sirvió de cimiento á la Triple Alianza? Nosotros, en nombre del sublime principio de las patrias, estamos hoy y estaremos siempre con Leandro Gómez, como estamos hoy y estaremos siempre con la bandera que fué desgarrada en Lomas Valentinas.

El doctor Herrera consagra el segundo de sus volúmenes á estudiar el carácter y la magnitud del choque producido por las codicias y los agravios que analizó detenidamente en el tomo primero de su obra. Si este primer tomo me satisfizo y enamoró, porque era como un eco de mi propio sentir, parecióme también que palpitaba un eco de los latidos de mi corazón en el segundo de los volúmenes del erudito y elocuente trabajo del doctor Herrera.

Seamos sinceros, santamente sinceros. Nuestra diplomacia, en aquellas horas épicas y lúgubres. miró hacia el porvenir. Si tuvo cintillos, como algunos

afirman, esos cintillos se confundieron con la bandera, deshilachándose bajo las llamas de nuestro sol y entretejiéndose con el cendal que flameó en Paysandú. Nada me importa que me digáis que López fué un tirano, porque yo os respondo que, en la época citada, los tiranos abundan desde el Ural al Ebro.

Solano López, en las primeras horas de su juventud, viajó por Europa. ¿Fué, aquel viaje, favorable á López? Aumentó, sin duda, sus conocimientos; pero aumentó, también, sus ansias de ostentación y de poderío. Oíd lo que nos dice Carlos Questin, un escritor favorable á la causa de los aliados, en la página 54 de su folleto *A verdade sobre o Paraguay:*

—"Don Solano López partió del Paraguay como encargado extraordinario y ministro plenipotenciario de la república. Recibido con frialdad en las cortes de Europa, que no desconocían al Paraguay, el joven diplomático, oriundo de un país casi salvaje, quedó ofuscado por el lujo deslumbrante de que se rodeaban los monarcas de Europa. Vió uniformes brillantes, penachos, bailes, fiestas, castillos, y ejércitos innúmeros que obedecían, como si fuesen un solo hombre, á la voz de su jefe". — "Corría el año de 1853, época en la que fué muy violenta la reacción. López observó las precauciones que los soberanos tomaban contra los pueblos, con el propósito de consolidar sus dinastías, y presenció los rigores que se extremaban contra los partidos, viendo á la prensa muda y á la policía en actividad. López dedujo, de lo que observaba, que aquellas condiciones eran indispensables para la vida del poder público, comparando, en su juvenil imaginación, las modestas y silenciosas habitaciones de su país con aquellos palacios con adornos de oro y desbordes de luz. Solano López re-

gresó al Paraguay, soñando con los numerosos ejércitos que vió desfilar por el campo de Marte. Así distribuyó entre sus ayudantes los áureos uniformes que usaban los ayudantes del emperador de los franceses; lució sobre su pecho las condecoraciones que es de uso conceder á los ministros plenipotenciarios, y volvió al Paraguay devorado por la ambición y atreviéndose á todo para realizarla."

La pintura me place. Es convincente y aleccionadora. Napoleón, desde 1804 hasta 1812, hizo lo que le plugo con las patrias de Europa. Tres coaliciones arrolló la pujanza de sus granaderos, empezando su decadencia cuando las nieves rusas y el sol ibérico enarcaron las rémiges y abrasaron los ojos del águila imperial; del águila que entonó victoriosa los himnos de Austerlitz, arrebatando los obscuros canales de Venecia y las agrestes cumbres del Tirol al Austria; del águila que entonó victoriosa los himnos de Jena, arrebatando Varsovia y el Hanover á la doliente Prusia; del águila que entonó victoriosa los himnos de Wagram, llevándose en las garras, como un trofeo de vanidoso amor, la joven hermosura de María Luisa. Los que vencieron á Napoleón tampoco respetaron, en los congresos de 1815, el fecundo principio de las nacionalidades, el principio regulador que la Alemania de 1810, la Alemania de los historiadores como Herder y de los filósofos como Fichte, enseñó á las ansias de novedad de madama Stael. Así Inglaterra adueñóse de Malta en Europa, de Tabago en América y de Ceilán en Asia; así Prusia adueñóse de la tercera parte de la Sajonia, de Tréveris en Francia, de la Westfalia en una de las riberas del fabuloso Rhin; así el Austria adueñóse de toda la Dalmacia, de la antigua república de Venecia y de los territorios de

la Lombardía; y así Rusia, la Rusia de Alejandro, la Rusia indomeñable de Koutousof, la colérica Rusia de Beresina, se apropió la Filandia, que quitó á Suecia, la Besarabia, que quitó á Turquía, y el ambicionadísimo ducado de Varsovia, clavando sus banderas en los bordes del Vístula. Estos cambios, que beneciaban á las coronas y herían á los pueblos, mantuviéronse á fuerza de rigidez, de absolutismo martirizante, de reacción política y religiosa, para sofocar las revoluciones que perturbaron á Italia y á Alemania, siendo el origen y siendo el motivo de todas las guerras que, en la segunda de las mitades del siglo diez y nueve, conmovieron á Europa.

Solano López, nacido en 1827, llegó á París en 1853. El segundo imperio fué, en su alborada tempestuosa, liberticida y reaccionario. Le acusan de ese crimen la cárcel de Proudhon y el destierro de Thiers. Le acusan de ese crimen los muros que aprisionan á Cavaignac, á pesar de los lauros que su bizarría conquistó en el África. En el norte y en el sur de la Europa predominaba aún el espíritu dado por Matternich á los congresos de Carlsbad y Troppau. Solano López, que arribó á Europa en los años más duros de aquel terrible régimen, vió ejércitos en torno del orden dinástico, policías que ahogaban los dolientes clamores de la libertad y pueblos cuyos límites agrandó la conquista. Vió á una nación, aislada y enflaquecida por los recelos del cónclave de Viena, desenterrando la púrpura cesárea que se cubrió de gloria en Friedland. Era en la víspera de Crimea. Pelissier se aprestaba para imponerle á Rusia el dolor de Traktir. Así el viajero, ante un militarismo ansioso de boatos y goces y triunfos, debió pensar que la ley de la fuerza es la ley soberana, que no hay argumento

que resista á la lógica del cañón y que era necesario, para engrandecerle y engrandecerse, transformar en castillo invulnerable á su Paraguay. Europa no podía enseñarle á López que la libertad es el verbo del porvenir y que todas las patrias del porvenir palpitan en el seno de la libertad, como ya dijimos que palpitaban los tipos formales de todas las cosas en el vientre de oro del brahámico Swada.

El carácter de conquista y de exterminio, que se dió á la guerra, no se endulza ni se ennoblece por mucho que se hable de la tiranía del general López. Aquella tiranía, que no les importaba á los aliados, no ha de servirles de excusa ante el futuro, pues mal pueden argüir de misericordiosos de corazón y de amadores de la justicia los que convinieron en el artículo diez y seis, y en el artículo diez y siete, del monstruoso tratado de la Triple Alianza. ¡El vencedor fallando, en beneficio suyo, el pleito de límites! ¡El vencedor imponiendo, á golpes de sable, fronteras al vencido! ¡El vencedor declarando que la alianza subsistiría, con todos sus rigores, para que los convenios, que selle el cañón, no puedan ser ni protestados ni resistidos por el Paraguay!

La guerra, iluminada por esos artículos, no fué contra López. La guerra, iluminada por esos artículos, fué contra el Paraguay. Se iba contra López no porque López fuese tirano, y sí para imponer á la patria de López, sobre los escombros del poder de éste, la solución del litigio territorial con arreglo á los cálculos de la Triple Alianza. Así nos lo prueba, en la página 354 de su segundo tomo, Luis Alberto de Herrera.

¿Recordáis el odio de Roma contra Cartago? Roma pide á Cartago que le entregue al heroico é implacable

Aníbal. La Triple Alianza continuará la guerra hasta que concluya con el heroico é implacable López. Roma pide á Cartago que le entregue sus naves, dándolas al incendio. La Triple Alianza dejará sin defensa, arrasando sus fuertes, al Paraguay. Roma exterminará el poder de Cartago, paseándose con regocijo sobre sus ruinas los ojos de Escipión. La Triple Alianza repetirá colérica el grito de Catón, y dejará en escombros á un pueblo viril; á un pueblo que prefiere que sus hijos sucumban á que se arrastren á los pies del vencido; á un pueblo que muere sobre los cadáveres de sus hijos, como murió sobre los cadáveres de sus hijos y á las últimas luces del sol de Cartago, la denodadísima mujer de Asdrúbal.

Nada justificáis cuando me decís que López era abucastro, receloso y zahareño. ¿Vosotros, acaso, fuísteis de azúcar durante la guerra? Leo en la página 259 del primer tomo de la obra de Centurión: — "El general Mitre podrá decir cuanto quiera de López; pero los cargos que éste le ha formulado en su nota del 20 de Noviembre de 1865 desde Humaitá, no los ha levantado en su contestación, y á esta razón continúan en pie. Con esta razón no quiero decir que el mismo López, con posterioridad, no se haya hecho culpable igualmente de actos de inhumanidad, pero temo que la conducta de los aliados, al iniciarse la guerra, le hayan dado pie para ello en la mayor parte de los casos respecto á prisioneros". — De todos modos, ¿qué es lo que queda del odio al despotismo y de la sed de civilización, — móviles de la guerra, según los adversarios del Paraguay, — cuando se estudia el texto y el espíritu del tratado de la Triple Alianza? Los dos artículos, los artículos que cité, delatan que el móvil del terrible drama no fué la libertad del pue-

blo oprimido, sino el afán de reducir sus marcos para esparcir los marcos del vencedor. Esto demuestra, de irrefutable modo, que, durante la lucha, el despótico López encarnaba el derecho, la soberanía y los intereses del Paraguay. Eso demuestra, de irrefutable modo, que sucumbieron por el honor y el territorio del Paraguay los que cayeron denodadamente, besando la bandera del despótico López.

Teodoro Fix, conferencista y militar francés que no gusta de López, — puesto que sólo traduce y elipsa á Thompson y Schneider, — reconoce que, si bien la estrategia del mariscal vale muy poco en las primeras horas de la terrible lucha, esa misma estrategia rayó en lo admirable cuando se redujo á la defensa del patrio suelo, del suelo ofendido, del suelo que profanan los pies del invasor, agregando en la página 211 de su *Historia da guerra do Paraguay:*—"La fidelidad de los paraguayos para con su dictador era realmente maravillosa, no pudiendo creerse que ese sentimiento tuviese por origen el miedo al rigor. Hombres que sólo tenían un brazo, hombres que tenían sólo una pierna, viejos y niños,—niños de diez años,—todos los que aún podían mantenerse en pie, estaban en armas para defender el último abrigo de la defensa nacional. Es forzoso, entonces, deducir que los paraguayos se movían á impulsos del patriotismo, unificados por el afán de oponerse á los invasores de su nativo suelo, sin pararse á examinar las causas y el término de aquella lucha. Abrigaban también, exaltados hasta el último extremo por casi un lustro de combates sucesivos, la persuasión de que sólo existía un hombre capaz de medirse con los extraños hasta expulsarlos del suelo del país. Un hombre únicamente: Solano López."

Luis Alberto de Herrera piensa lo mismo que Teodoro Fix.

Mucho se ha mentido, durante la guerra y después de la guerra, sobre el Paraguay. A nosotros mismos nos cegó el engaño en las horas purísimas de la juventud. La lectura de Alberdi, realizada en 1890, abrió nuestros ojos á la verdad. Sosteníase que el Paraguay se había momificado desde Belgrano á Mitre, lo que no es cierto, porque si Francia, durante cinco lustros, condujo la máquina gubernamental sin más ayuda que la ayuda de su memoria, Juan Antonio López sustituye á la muerte por el destierro, transformándose lo arbitrario en orden económico. Solano López, que es militar, que cruzó los mares y que no desdeña la diplomacia, comprende que el espíritu de lo moderno, se sobrepondrá, más ó menos tarde, á la clausura obstinadísima de su pueblo, dedicándose solícitamente á preparar la obra de la expansión de su Paraguay. Acúsase de tirano á López, lo que no es mentira; pero agregándose, con insistencia, que á los tiranizados no les abruma el yugo, que hasta les place la servidumbre y que no apetecen salir de su soledad, porque no conciben y no desean más régimen político y económico que su propio régimen. Así nos lo aseguran, con terquedades aragonesas, los mismos que no quieren á Solano López, como podéis leerlo en la página 4 de la obra ya citada de Carlos Questin y en la página 11 del folleto de Juan Le Long, titulado *Le Paraguay*. Este último, dándose de profeta, nos dice con énfasis: — "Le Paraguay, delivré de Lopez, deviendra bientôt, pour l'Europe, un des marchés les plus importants de toute l'Amérique du Sud". — ¡No! Aquel pueblo valiente, aquel pueblo trágico, aquel pueblo cuyas auras murmuran un pean sofocleo, quedará en

escombros, sin sangre en las arterias, muerto para la vida internacional por lustros de lustros, cuando le libertéis de la esclavitud de que habla Le Long.

La Triple Alianza, que estuvo en constante comunicación con los pueblos de Europa, les dijo siempre lo que le convenía sobre los orígenes y sobre los sucesos de la guerra del Paraguay. El Paraguay, aislado y mal conocido, no puede defenderse, aún cuando no faltaron quienes lucharon por el prestigio de la verdad en Londres y en París. No hablemos de Alberdi ni hablemos de Reclus, que andan de mano en mano; pero sí recordemos, por la energía de su defensa, lo que Cayo Miltos escribió, en lo más rudo de la hecatombe, hacia la página 28 del folleto que se titula *Guerre du Paraguay*.

La república del Paraguay fué reconocida por el Brasil en Septiembre de 1844. Un año más tarde concertóse un tratado de comercio y de límites entre el gobierno del Paraguay y el diplomático Pimenta Bueno. Lo que éste hizo, en bien de la amistad y de la quietud de las dos naciones, no lo ratificó el gabinete de San Cristóbal. Los sucesores de Pimenta Bueno, más vanidosos ó menos hábiles, chocaron con lo adusto de Carlos Antonio López, que ya no creía en el desinterés manifestado por el Brasil. Aquellos choques se convirtieron en agria querella, cuando lo brasileño quedó á los cuidados de Pereira Leal. Rotas las relaciones entre los dos países hasta 1855, se firmaron en 1855, después de una exhibición de fuerzas navales que hizo el Brasil, dos convenciones de paz en la Asunción. El Imperio rechazó la que estatuía el plazo de un año para la conclusión del tratado de límites. En Abril de 1856 elevóse á seis años el plazo resistido, hasta que ambos gobiernos, en 1858,

reconocieron que el río Negro era la frontera de los dos Estados en la margen derecha del Paraguay.

¿A qué principio debía responder la demarcación? Al principio del *uti possidetis*. El Brasil aplicó ese principio demarcando las líneas divisorias á mucha distancia de lo poseído. El Paraguay replicó que las líneas debían trazarse con lealtad y con sujeción á lo que poseían los contendores, considerando injustas las líneas divisorias de la demarcación imperial, que, dando por poseído lo que no lo era, se apoderaban leoninamente de la margen derecha del río Apa.

Era, pues, el dominio de ese territorio, y no la libertad de los paraguayos, lo que pidió la boca de los cañones de Tamandaré. Recordad lo que os dije sobre el tratado de la Triple Alianza. Al invadir el suelo del Uruguay, al derribar los muros de Paysandú, al acrecer las partidas de Flores, el Brasil calculaba, con sus ávidos ojos, las leguas que podría arrancarle al vencido con arreglo á las leyes que escribió la punta de la espada de Breno. Con razón López se sintió agredido cuando el Brasil agredió al Uruguay, porque el Uruguay, en poder del Brasil, era la ruptura del equilibrio del Río de la Plata, desde que Buenos Aires, no sabiendo ni pudiendo oponerse á las codicias de lo imperial, seguiría los rumbos que le trazaran los apetitos de la corte de San Cristóbal. El augusto principio de las patrias, — pues no se resuelven los conflictos de límites á cañonazos ni la libertad brota á las luces de incendio de la invasión, — se encarnó en el tirano que flameaba la bandera inmortal de las soberanías crucificadas por el ruso en Polonia y el austriaco en Trieste. El tirano dejó de ser tirano, convirtiéndose en el alma indomable y en el símbolo augusto de su país, cuando la Asunción, que Juan de Ayolas funda y bendice en 1563, fué en-

tregada al saqueo por los vencedores. El tirano deja de ser tirano cuando Ayenar, el protector de los verdes yerbales en que ríe ó se queja la zampoña pánica, huye ante el refucilo de los obuses que empurpuran el cielo del Paraguay. ¡Venenosa y mortífera, como la picadura del elápido aspidolofo, resultóles la libertad á los que la victoria del extranjero emancipó de la tutela de Solano López!

El tirano aumenta en fulgor y estatura cuando cae y se hunde en las aguas fangosas del Aquidabán. Recordad lo inenarrable de su retirada con rumbo hacia el Norte. La guerra ha barrido familias, fortines, ciudades enteras, cubriéndose el país de huesos insepultos y tumbas profanadas; pero López resiste, escoltado por Díaz y por Caballero, riñendo batallas que son de leyenda bajo la pluma de Patricio Oleary. Su sombra queda grabada á lanzazos, á la lumbre rojiza de los fusiles, sobre las matas de los esteros y sobre los troncos de los bosques profundos, sobre las pendientes y sobre la meseta de Monte Corá. Una mujer le acompaña en su huída, una mujer que todo lo ha abandonado en un frenético impulso de amor, una mujer habituada á los usos y molicies de Europa, una mujer ardiente como aquella Paraguassú que renunció á la tierra y renunció á los dioses de los tupinambas para seguir á Diego Alvarez Correa. Así, con aquel amor y un puñado de espectros, de hombres más que sombríos y casi desnudos, se detiene en la llanura de Chirigüelo. Un día, sobre los picos de las altas hierbas en que asentó su último campamento, ondula lo verde de las banderolas de las lanzas triunfales de Correa da Camara. López cabalga en su caballo blanco, llegando hasta el río, en tanto los cadáveres de los postreros héroes se apiñan á su espalda, entreabiertas las bocas por un último grito.

por un grito inconcluso de despedida al estandarte que desgarró la fatalidad. López, que ya empezaba á atravesar el río, sintió la voz de un imperial que le intimaba la rendición, y volvió lentamente hacia la orilla, dominando los miedos de su cabalgadura, para decir con épica sencillez: — López no se rinde. — Correa da Camara dió la señal, gritando á los suyos: — ¡acaben con la fiera! — y la fiera rodó bajo golpes de sable y golpes de lanza, en el agua y el lodo del Aquidabán. ¿No oís? ¡Es un sollozo desesperado! ¿Quién llora en la llanura y junto á la orilla? ¡Lo que llora es el alma de las madres, de los esposos y de los hijos muertos épicamente por el honor y por el derecho del Paraguay! ¡Lo que llora es el fragmento último, la última tira, el último girón ensangrentado y descolorido de la bandera guaraní de López!

De este modo termina, en el año de 1870, la guerra declarada solemnemente en 1864. De este modo termina la serie homérica de batallas que perpetúan el nombre de Yatay, el de Estero Bellaco, el de Tuyutí y el de Boquerón. De este modo termina la resistencia que oponen, al valor de los aliados, los vencidos en el lance naval del Riachuelo, los que capitularon ante el poder del número en Uruguayana, los triunfadores en el volcán de Curupaití, los que cayeron bajo los humeantes escombros de Humaitá. ¿Es la paz lo que brota entre las ruinas donde se pasea la visión de López? No, no es la paz. Lo que brota, entre las ruinas, es el tumulto. Lo que se hiergue, sobre las ruinas, es la intervención. Rivarola es depuesto en 1871. Caballero se alza, poco después, contra los latrocinios de Jovellanos. El furor popular, en 1877, asesina á Gil. Godoy, en 1879, se insurrecciona contra Barreiro. El Brasil tutela, pero no tranquiliza, prote-

giendo los robos de Jovellanos y volviendo á ocupar la tierra paraguaya, entre dos políticos somatenes y entre coros de parches amenazadores, en 1876. ¡La despoblación, el hambre, la incultura, el desorden es lo que dejaron los victoriosos en el país que amustió con sus fuegos la codicia imperial, para que clavasen el signo de las revueltas y los odios civiles, sobre el pecho purpúreo de una mártir heroica, las ambiciones dictatoriales de los Ezcurras y de los Jaras!

Eso, sólo eso, sembró la Triple en el Paraguay. Es que la guerra no fué contra López. Es que la guerra, como nos asegura acertadamente el libro de Resquin, no tuvo más motivo justificado que la usurpación de los territorios que ambicionaban el Imperio y Mitre. Odiemos con bravura á las intervenciones, condenándolas y reprimiéndolas como Casanova. El corcel de Alarico nunca está en lo justo cuando interrumpe, con la escusa paupérrima de cazar tiranos, la paz de los países que cultivan sus heredades en el carro de oro de Triptolemo. El futuro ha de ser pródigo en bendiciones para el Paraguay. ¡Pueblo de mártires, con arbustos que cimbran flores más hermosas que los anillos primaverales de la rusquiana, y mainumbíes que tienen, en su plumaje, las luces de las gemas de los subterráneos que habitan los gnomos; pueblo de mártires, confía en las virtudes del trabajo y de la libertad que cincelarán tu transfiguración, más eterna y gloriosa que las cinceladas, bajo el cielo andaluz, por el arte místico de los Guillenes y los Heredias! ¡Salve á las patrias, á las patrias felices y en desventura, á todas las patrias del Universo!

CAPÍTULO ÚLTIMO

I. — *La Revolución Francesa y Sud-América.* — Tesis del libro. — En qué diferimos. — Citando opiniones. — Mignet. — Daudet. — Kropotkine. — Aulard. — Oncken. — Taine. — Sorel. — Caracteres comunes á los terremotos. — Fernando VII. — Lo que nos dicen Le Brun y Miraflores. — La monarquía en América. — Lo que leí en Estrada y Sarmiento. — Párrafos de Herrera. — Respuesta á unas preguntas. — España y Sud-América en 1810. — El cónclave de Cádiz y la Asamblea de Tucumán. — Un juicio de Salillas y otro de Saldías. — Ni coronas ni cetros. — Opinión de Barros Arana, Amunáteguy y Mitre. — Aplaudamos el triunfo de la multitud. — Norte-América también conquistó con sangre y dolores la libertad. — Hechos de su historia. — Una carta de Rawson. — Un libro de Jannet. — Lo que hallaréis en otro de Benjamín Harrison. — El fanatismo fernandista en España. — Transcribiendo á Cristóbal de Castro. — Similitudes espirituales entre lo nuestro y lo peninsular. — Influjo de lo norteamericano. — Un informe de Bland. — El informe confirma lo que sostengo. — El influjo francés. — Otra cita de Herrera. — Su exactitud en nuestra política. — Le Bon y Gautherot. — Dos epístolas que honran á nuestro amigo. — Fin de este parágrafo.

II. — *El Uruguay Internacional.* — Un trozo elocuente. — Observación digna de tenerse en cuenta. — Los ríos y el progreso. — Pruebas históricas. — Más retóricos trazos. — Mirando al país. — Los fronterizos. — El Brasil. — La Argentina. — Peligrosas penetraciones. — El éxodo sin pausa. — Los que lo motivan. — Nuestras verrugas y las ajenas. — Las nuestras son más crueles. — Las olas del Plata. — Su jurisdicción. — El parecer de Vedia. — Dictámenes aislados. — El riesgo de la guerra no puede existir. — El peligroso juguete de las armas. — Luchad con razones. — El ejemplo de Europa. — El servicio obligatorio. — La montonera. — Respondiendo á lo dicho por el doctor López. — La supuesta soberanía de Buenos Aires. — Seis considerandos que la contradicen. —

Respondiendo á lo dicho por el doctor Juan C. Carlomagno. — Un pleito perdido por su defensor. — Cita que prueba lo contrario de lo que se busca. — La conferencia del 26 de Agosto. — Lo replicado por el doctor Alberto Palomeque. — La opinión oficial argentina. — Desde Mitre á Roca. — Otras citas de Vedia. — El arbitraje. — Lo que Bonfils enseña sobre el arbitraje y la jurisdicción. — Un discurso de Emilio Mitre. —Ni alianzas ni ejércitos. — Lo que aprendí en Prida.—Los ríos son caminos que andan. — Soluciones para el problema. — La paz armada. — El espíritu luminoso de Herrera. — Lo que hallo en sus cartas. — Más sobre el tribuno. — Para mi tierruca. — Oración final.

I

Luis Alberto de Herrera, como ya os dije, es docto y elocuente. Ha leído mucho y con meditación. Usa de las citas con oportunidad y discernimiento. Complácese en ellas; pero no por insulsa pedantería, sino porque comprende que las citas comprueban la responsabilidad del escritor. Leí, no hace mucho, en un artículo de Ramón Pérez de Ayala: — " Al hombre de ciencia se le exige la responsabilidad intelectual, que no es solamente veracidad, sino veracidad demostrable. No basta que diga verdad; es menester que responda de que la dice. Por eso se le pide que, junto con la referencia del hecho ó la historia de la doctrina, precise las fuentes de que se ha servido ". — " Esto de multiplicar citas y notas con prolijidad de menudos detalles, cosa que comúnmente y á la ligera se califica de pedantería, no es en puridad sino sentido de la responsabilidad intelectual, y en el fondo laudable modestia, por cuanto el autor da á entender que poco ó nada se le ha ocurrido á él, antes bien lo ha ido tomando fielmente, verazmente, de los otros, y para que cualquiera lo pueda comprobar, no oculta los lugares de donde lo ha tomado. "

De la labor intelectual y política de nuestro amigo, de su fecunda y honrada labor, puede decirse lo que Amorín ha dicho de Giner. Su persona es tan importante, — ó más importante, — que sus ideas, porque es una bondad que nunca se cansa, una energía que nunca se dobla, una fe que no desfallece jamás, y porque es, sobre todo, un gesto, una sonrisa, un saludo, un modo de decir y hasta un modo de andar, que atraen y que subyugan las voluntades. Su figura viva, sus maneras simpáticas, su nerviosidad de continuo vigilante y despierta, todo lo infantil y todo lo ingenuo que ha conservado este hombre de libros y este hombre de lucha, explican sus victorias en las asambleas legislativas y populares. Sus discursos se cuentan por el número de sesiones á que ha asistido, y abarcan sus discursos todos los tópicos; pero, siempre que habla proponiendo un bien ó condenando el mal, predica la concordia, la muerte del rencor, la cultura política, el patriotismo excelso á las pasiones exacerbadas, como Atenodoro aconsejaba á Augusto que nunca obedeciese al monstruo de la cólera sin antes pronunciar las veinticuatro letras del silabario griego. Escribe virilmente, con rectitud de alma, sin apocamientos de corazón, sin melindrerías ni oblicuidades. Su espíritu, con la frase hablada ó con la frase escrita en que se transparenta, se vuelve hacia la luz como el pensel y los girasoles, no siendo un radicívoro de nuestras glorias, sino el jardinero que cuida y cultiva nuestros laureles. Para el pueblo que le conoce, para las multitudes de su partido, no hay personalidad más aclamada ni más querida que la viril y noble personalidad del doctor Luis Alberto de Herrera.

Hablemos ya, con muy rápido vuelo, de otro de sus libros.

La Revolución Francesa y Sud - América no es menos elocuente é interesante, siendo más retórico ó trabajado, que los dos volúmenes de *La Diplomacia Oriental en el Paraguay.*

El doctor Herrera sostiene, en los primeros capítulos de su obra, que los revolucionarios de los últimos días del siglo diez y ocho influyeron muy perniciosamente sobre los pensares y sentires de la emancipación sudamericana. — " Para contener el desorden popular que se bosquejaba, los organizadores de 1810 pensaron en el freno regulador de un poder fuerte y constitucional, siendo asunto secundario que ese poder llevara el nombre de monarquía; pero el calor de la revuelta y la ideología, ya en auge, inutilizaron esa fórmula de salvación común levantando, ante el alma ingenua de los pueblos, el fantasma del absolutismo de Fernando VII, cuando sólo se quería el ensayo de un sistema de moderación liberal. — Desautorizado por la calumnia este recurso prudente, preliminar de una república verdadera, quedó el campo para las irreflexiones líricas. Entonces, como lo hemos dicho, se quiso y se consumó el traslado íntegro, á nuestros territorios desolados, de los dogmas resplandecientes de la Revolución Francesa, olvidando que esas adaptaciones violentas nunca reemplazarán á las fuerzas fecundas de la naturaleza, sabia y coronada trabajadora dentro de cada clima moral. Ese fué el peor ejemplo que pudieron elegir las colonias españolas ". — Páginas 52 y 53.

El doctor Herrera, al estudiar el más grande de los sacudimientos históricos, paréceme monárquico y aristócrata. Yo nunca lo he sido, no lo soy actualmente, y jamás lo seré. Creo y confío en la virtud de la libertad, hasta cuando la libertad, en el desenfreno de

sus pasiones, se niega á sí mismo una y dos y tres veces como Pedro á Jesús. No me parece justo que se glorifique al trono y á la corte, que nada valían, arrojando la responsabilidad del drama esquiliano sobre los hombros de los soñadores como Condorcet ó de los juristas como Merlin de Douai.

Luis XVI era un hombre excelente, el mejor de los hombres. Su estoicismo raya en lo heroico; pero corre parejas con su debilidad. Dominado siempre, no queriendo ni logrando resistir al destino, es como el leño del apólogo de las ranas que pedían rey. Sabe cómo puede componerse un reloj, que marca mal las horas; pero no sabe reprimir y encauzar á las multitudes alborotadas. Ocupará, como mártir, un trono en el cielo; pero, como rey, no ocupará mucho sitio en la historia. Mignet, en su libro de *La Revolución Francesa,* nos dice con justicia: — " Al retiro de Necker siguió la muerte de Maurepas. La reina le reemplazó cerca de Luis XVI, heredando todo el influjo que aquel ejercía sobre el soberano. Este príncipe bueno, pero débil, tenía necesidad de ser dirigido. Su mujer joven, bella, activa, ambiciosa, tomó un imperio excesivo sobre su esposo ". — María Antonieta " mezcló la frivolidad á la dominación, y no dispuso del poder sino para confiarlo á los hombres que causaron la ruina estatal y la suya propia. Maurepas, que desconfiaba de los ministros cortesanos, había escogido siempre ministros populares, que no defendía, pero que si no realizaban el bien, no permitían que el mal aumentara. Los ministros cortesanos, después de su muerte, sucedieron á los populares, haciendo inevitable, con sus faltas, la crisis que los otros trataron de impedir con sus reformas ". — Página 15. — Las prodigalidades y el merecido destierro de Calonne, elevado por el favor

de María Antonieta, testimonian la verdad de lo que nos dice la pluma de Mignet.

Se dirá que Mignet es un autor antiguo. Escuchad lo que dice un autor más moderno, un autor no francés, un autor alemán. Sibel, en el tomo primero de su libro *L'Europe pendant la Revolution Française*, afirma textualmente: — "Luis XVI subió al trono con el corazón lleno del temor de Dios y del amor de la humanidad. Era severo, de costumbres puras, penetrado del sentimiento de su dignidad y de sus deberes, firme en la resolución de abandonar para siempre los culpables senderos ya recorridos por sus antecesores. Sus capacidades, desgraciadamente, no estaban á la altura de su buen querer. Sus juicios eran poco seguros, su instrucción muy mediocre y carecía, también, de espiritualidad y de encanto lo mismo en la expresión de sus pensamientos que en las exterioridades de su persona. Como no poseía un conocimiento muy profundo de los hombres y de las cosas de su reino, fué el acaso lo que determinó al principio de su reinado la elección de sus ministros: el rey cedió á la influencia de sus tías, de la reina y de los diferentes partidos en que la corte estaba dividida. Si se mostraba inquebrantable para todo lo que concernía á la salvaguardia de las costumbres, dudaba y carecía de opinión personal para todas las medidas prácticas, tomando consejos del primer venido, cuando la elección de un consejero le era más necesaria que á cualquier otro. Conservó siempre el grado de justicia y benignidad necesarias para dar valor á todos los esfuerzos que tendían á las reformas útiles; pero faltóle la firmeza que da un recto juicio y que á despecho de la oposición y de la resistencia, conduce á un resultado positivo. Sucedió lo que debía suceder. La anarquía

que reinó en los espíritus bajo Luis XV, se manifestó sin máscara en las acciones. Las masas empezaron á tener conciencia de los sufrimientos del pueblo, soportados hasta entonces con un descorazonamiento silencioso por los individuos ". — Página 35. — " En cuanto á María Antonieta no poseía nada de lo necesario para guiar á su esposo de una manera eficaz y estable. Aunque se hubiese mezclado á los negocios públicos durante muchos años, decidiendo la elección de más de un ministro y la caída de otros, sólo había sido guiada por sus simpatías ó antipatías personales; su conducta no fué jamás el resultado de una reflexión madura ó del estudio serio de las cuestiones que la ocupaban. Carecía de conocimientos y de perseverancia, porque no le inspiraban verdadero interés ni la política ni el Estado. La Revolución, sin duda la había herido en sus sentimientos más íntimos, y en tanto que el rey día á día se preguntaba si podía aceptar honorablemente, el papel de monarca constitucional, María Antonieta encontrábase muy resuelta á no aceptar esta humillación ". — Página 245.

Unid, á esta suicida debilidad del rey, la fuga y los errores de los príncipes. En una obra muy documentada de Ernesto Daudet, en el primer tomo de *La Historia de l'emigration pendant la Révolution Française,* hallo lo siguiente: — " Para colmo de infortunios entre el rey, que permanecía en París, y los príncipes emigrados, se habían levantado las nubes provocadas por las inquietudes que causaron, en las Tullerías, los planes ocultos del conde de Artois, su deseo inequívoco de tener una política propia, de actuar libremente sin preocuparse de lo que ocurría en Francia, la confianza puesta en el extravagante príncipe de Condé y el favor que testimoniaba á Ca-

lonne ". — Página 21. — " Entonces, como más tarde en Turín y en Coblenza, tanto en el destierro como en el trono, el conde de Artois continuó siendo el personaje presuntuoso y vano que había sido en la corte de María Antonieta, no creyendo sino en su propia sabiduría, ignorante de su tiempo y de las transformaciones de su país, fácilmente accesible á todas las ilusiones, desdeñoso de los consejos de los demás y convencido de que no cambiar nunca es el honor supremo ". — Página 26. — " Luis XVI y María Antonieta veían, mejor que él, el peligro creciente que les amenazaba. Presentían que pronto, estarían en riesgo su corona y su vida. Tenían, empero, la convicción de que, si su situación, ya muy comprometida, podía serlo más irreparablemente, esto se debería á la intervención de los emigrados, á quienes reprochaban de haber, con su fuga, disminuído el número de sus partidarios y defensores ". — Página 42. — " Así los infortunios de la familia real, lejos de cimentar la unión de sus miembros, no hacían sino acrecer y envenenar sus disensiones. Estas mismas tenían por resultado debilitarlos ante los reyes cuyos socorros solicitaban. Ellas permiten afirmar que el rey, hasta su muerte, no tuvo peores enemigos que los emigrados y que éstos fueron los principales autores de sus males ". — Página 54. — " Luis XVI y María Antonieta lleváronse á la tumba la certidumbre de que ellos expiaban las faltas de los emigrados ". — Página 175.

¿Qué pensaba el pueblo, el pueblo callado y trabajador? — El pueblo sufría las torturas del hambre, cargado de impuestos, en los campos incultos y en las villas airadas. Recorred los capítulos del tomo primero de la obra del Sybel. — " Miles de campensinos

no tenían más aberturas en su cabaña que la puerta ó que la ventana, una sola ventana, ni llevaban otro vestido que un sayo de lana groseramente tejida por sus manos. En la mayor parte de las provincias iban descalzos, y en otras con zuecos. Su alimentación consistía en sopa hecha de harina y grasa de puerco, un pedazo de pan al anochecer y un poco de manteca los días festivos. Pasaban meses enteros sin probar la carne, y en muchos lugares jamás bebían vino. El desenvolvimiento intelectual armonizaba con esta situación económica, siendo la escritura y el arte de leer tan desconocidos como los libros y los diarios en las aldeas". — Página 23. — "La administración de las ciudades se hallaba concentrada en las manos de algunas familias, en las que no era posible hallar otra cosa que la incuria y la sordidez características de esta época". — Página 27.

No nos sorprende, ni puede sorprendernos, que haya un caso de holgura entre los humildes y dos de compasión entre los poderosos; pero no constituyen regla las excepciones en que se apoyan Tocqueville y Taine. La regla la hallaréis en la tierra inculta, en el hambre del campesino, en las esperanzas de un cambio próximo, en el rencor á la aristocracia y al alto clero. En 1774, cuando murió Luis XV, ya los filósofos y los economistas señalaban vicios tan profundos en el gobierno, que era indudable é incontenible el cercano estallido de una revolución. María Antonieta, oponiéndose á la reunión de los estados generales, y Luis XVI, rehusando el apoyo del partido constitucional, contrariaron á la plebe y á la burguesía, que no gustaban del influjo del extranjero y que poco esperaban del antiguo régimen. La burguesía soñó con una constitución modelada sobre la constitución inglesa, y la plebe

soñó con el mejoramiento de sus condiciones. ¿Eran justas las ansias de reformar aquella organización política y económica? Sí que lo eran. Kropotkine está más cerca de la verdad que Taine, cuando nos dice, en las páginas iniciales de *La Grande Révolution,* que era mucho el derroche, como mucha la ausencia de interés y de pensamiento, en la aristocracia refinadísima del siglo diez y ocho. Su lujo desenfrenado y absurdo ensombrecía y amargaba á los campesinos sin porvenir, á quienes no trataron con mucho mimo ni el intendente ni el guardabosque de tradición feudal. —"Poblaciones enteras estaban reducidas á la mendicidad, y recorrían los caminos cinco, diez, veinte mil hombres, mujeres y niños, según las provincias. Todos los años, en las ciudades, aumentaba el número de los mendigos".—El movimiento no tuvo, al principio, ningún carácter igualitario. Kropotkine delata y confiesa que faltó nitidez en los propósitos populares de las primeras horas, siendo resistidas las leyes agrarias por los agricultores sin pan ni cobertor. Robespierre mismo no fué francamente republicano hasta 1792. Los republicanos de aquel entonces teníanle y esquibábanle por orleanistas. Quería, sí, llegar á la dictadura; pero con el apoyo y por intermedio de la realeza. Leo en las interesantes *Memorias* de Louvet: — "La sociedad de los cordeleros trabajaba por la caída de Luis XVI, para colocar á Felipe de Orleans en el trono de Francia. Marat era el jefe secreto de la conjura, cuyos jefes visibles eran Dantón y Robespierre". — Página 34. — Aulard, en la primera serie de sus *Études et leçons sur la Révolution Française,* acusa á Taine de no haber estudiado suficientemente los textos que utiliza, "por lo que incurre en la banalidad de creer que los jacobinos constituyeron una sociedad sin otro

objetivo que la igualdad, que la igualdad siempre, que la igualdad hasta por la guillotina. La tribuna del club jacobino, por lo contrario, fué utilizada por todas las opiniones y todos los partidos de la Revolución, siendo monarquista cuando fué monarquista el espíritu público, republicana cuando ese espíritu fué republicano, y robesperiana mientras duró la dictadura de Robespierre ". — Página 72. — Aulard dedica un largo capítulo, un capítulo entero, á probar lo que afirma. — El mismo Aulard nos dice en otro de sus libros, en su *Histoire politique de la Révolution Française:* — " En la víspera de la Revolución nadie soñaba con establecer la república en Francia. Esta forma gubernamental parecía imposible en un gran Estado, que se hallaba en camino de unificación. Queríase, sirviéndose del rey, establecer un gobierno de libertad. No se pretendió destruir la monarquía, sino organizarla ". — Página 28. — " Algunas semanas después de la Federación, París sabe que la Europa monárquica se ha coaligado contra nosotros. Luis XVI, á quien atormenta el remordimiento de haber sancionado la constitución civil del clero, se entiende con el extranjero en contra de Francia. Esto lo adivinan los hombres perspicaces, y como que no hay otro rey posible que Luis XVI, sueñan entonces, por la vez primera, con suprimir á la monarquía ". — Página 84. — Fué en el salón de madame Robert, fina é inteligente mujer de letras no muy querida por madame Roland, donde se formó el nudo del partido republicano, pues la humanista é historiadora madame Robert — " ya era patriota y patriota republicana en 1790, cuando muchos otros se contentaban con el régimen burgués establecido en 1789 y cuando madame Roland aún sostenía el régimen monárquico ". — Página 87. — " Este

partido republicano, en la primavera de 1791, todavía no consiguió obtener ni la adhesión definitiva de Marat ni la adhesión, en forma alguna, de Robespierre ". — Página 109. — " Es forzoso añadir que en el partido democrático, republicano ó no, ya se manifestaban diferentes tendencias que debían conducirle más ó menos tarde á una escisión. Robespierre era partidario de una política limitada, prudente y toda interior ". — Página 111. — " En tanto que Luis XVI pareció posible como jefe de la revolución, como guía de la nueva Francia, no hubo partido republicano; pero cuando sus crepúsculos religiosos, á propósito de la constitución civil del clero, le querellaron irremisiblemente con la nación, cuando se concertó con los reyes extranjeros contra su pueblo, hacia fines de 1790, se manifestó la idea de abolir la monarquía y se vió nacer al partido republicano. Este partido, sin crédito en las campiñas y sin el apoyo de los obreros de la capital, era un partido poco numeroso, que estaba formado por algunos selectos hombres de letras, por algunos gacetilleros y por algunos de los concurrentes al salón de madame Robert ". — Páginas 112 y 113. — Cuando la miseria atenaza á los pobres, cuando lo burgués ausculta lo porvenir, cuando los nobles huyen como cervatos y cuando intrigan los príncipes descomedidos, los envidiosos rencores de las igualdades desenfrenadas surgen con Marat. Los jacobinos, en la tercera y última de sus metamorfosis, asombran, cansan y asustan á la muerte. El Terror, la nivelación por la guillotina, sólo se impone cuando lo más ruín del pueblo francés perora en los clubs y cuando lo más puro del pueblo francés defiende las fronteras. El Terror no nace ni concluye con Robespierre. Robespierre lo usa y hasta lo reglamenta, lo

que no es muy seguro; pero no lo infanta ni lo monopoliza. El Terror no es el fruto de los sucesos del mes de Mayo de 1793, sino el fruto de las matanzas del mes de Septiembre de 1792. El verdadero padre del Terror es Marat. Marat pide y desea, ya en las horas de triunfo de Mirabeau, que se levanten ochocientos patíbulos en las Tullerías. Marat desea y pide, antes del poderío de Robespierre, el suplicio de doscientos millares y algunas centenas de sospechosos. Marat, asesinado, confía su obra á la Convención. La Convención misma lo reconoce así, cuando ya no la oprime ni la amenaza el imperio despótico de Robespierre. Oncken nos dice, en el undécimo de los tomos de su célebre *Historia Universal:* — "Háse querido atribuir la rebelión de la Convención contra su señor y dueño Robespierre, á aquel desesperado valor que el exceso de indignación moral puede despertar en el hombre más débil; pero el curso mismo de los sucesos nos demuestra cuán equivados están los que así opinan. La causa de la caída de Robespierre, el 9 thermidor, no fué una causa noble; no fué más que la alianza que en su común temor formaron la perversidad de los asesinos, á quienes ahogaba ya la sangre, y la astucia de los miedosos y aterrorizados. Desde entonces la Convención nada hizo que tuviera siquiera la apariencia de un renacimiento moral: así se demostró con espanto de todos los hombres honrados que en ello habían soñado, cuando la Convención, en 12 de Septiembre, es decir con plena libertad y sin presión alguna del exterior, tomó el acuerdo de preparar una apoteosis de Marat, el amigo del pueblo, el abominable predicador de asesinatos, y formó, el día 21 de Septiembre, con toda pompa, detrás del carro fúnebre que conducía al Pan-

teón los *preciosos* restos de aquel miserable". — Página 321. — "Marat era el ídolo del jacobinismo que seguía dominando: su busto adornaba la Convención y se veía en todos los teatros, cafés y locales de sección. La Convención había, con su apoteosis, decretado que en lo sucesivo el culto idólatra de Marat fuera la religión oficial de la República: con ello se lanzaba á todos los enemigos de una república de aquella especie una palabra que más tarde ó más temprano había de hacer nacer fuerzas inflamables, pues como los asesinatos en masa no respetaban clase, edad ni sexo, color ni partido, el grito de venganza contra los asesinos, de repulsión y horror contra sus fetiches y símbolos, no fué el grito de guerra de un sólo partido, sino el clamor natural de la conciencia nacional, que al fin despertaba de su letargo". — Página 322. — El terror, la igualdad por la guillotina, no nace ni muere con Robespierre.

Yo le entrego los victimarios, sin temor ni escrúpulo, á mi elocuente amigo; pero me pesa que recargue las tintas cuando censura á la revolución, y que las atenúe cuando se apiada de las monarquías. Éstas, también, mataron y corrompieron. Mataron por el hambre y corrompieron por la ignorancia. Taine nos enseña, en las páginas magistrales de *L'Ancien Régime*, que aún cuando la miseria algo se aminoró bajo el reinado de Luis XVI, "la miseria supera todavía á lo que pueden soportar las fuerzas humanas". — "Recorred las correspondencias administrativas de los últimos treinta años que preceden á la revolución: cien indicios os revelarán un sufrimiento excesivo, hasta cuando este sufrimiento excesivo no estalla en furor. Visiblemente para el hombre de pueblo, campesino, artesano ú obrero, para el que vive del tra-

bajo de sus brazos, la vida es precaria: tiene justo lo poco que necesita para no perecer de hambre, y éste poco le falta más de una vez ". — Página 437. — " En Turena, en Poitou, en Berry, existen soledades de treinta mil fanegas. En un solo cantón, cerca de Preuilly, los matorrales cubren cuarenta mil fanegas de tierra de labranza. La Sociedad de Agricultura de Rennes declara que las dos terceras partes de la Bretaña están sin cultivo ". — Página 443. — " Este estado de las comunicaciones y de la agricultura condena á un país á penurias periódicas, *et j'ose dire qu'a côté de la petite - vérole qui, sur huit morts, en cause une, on trouve alors une maladie endémique aussi régnante, aussi meurtriére, qui est le faim.*".—Página 444. — " En las comarcas más fértiles, como la de Limagne, las chozas y los rostros, todo anuncia la miseria y e sufrimiento. La mayor parte de los campesinos son débiles, extenuados, de pequeña estatura. Casi todos ellos cosechan, en su heredad, el trigo y el vino; pero se ven forzados á venderlos para pagar sus rentas y tributos; lo único que comen es un pan negro, elaborado con cebada y centeno, sin otra bebida que el agua que mezclan á los residuos ó á la hez de la uva estrujada ya ". — Página 447. — " Una palabra aun para el cuadro. La gente se refugia en las ciudades, porque, en verdad, las ciudades, comparadas con las campiñas, son un refugio. La miseria, sin embargo, sigue á los pobres, porque las ciudades, por una parte, están endeudadas y su pandilla administradora, por otra parte, *assevit l'impôt sur les indigents.* Oprimidas por el fisco, oprimen al pueblo, arrojando sobre éste la carga que les impone el rey ". — Página 482. — Es que Luis XVI carecía de condiciones para gobernar entre dificultades y en horas de revuelta. Alberto Sorel, á

quien cita frecuentemente mi ilustrado amigo, lo reconoce así en las páginas 209 y 210 del primer tomo de *L'Europe et la Révolution Française*. En cuanto á la nobleza dispendiosa y sensual, que prefiere el maestro de danza al maestro de esgrima, tampoco comprendió el espíritu y alcance de los sucesos. Oíd á Sorel: — "Los representantes de la nobleza fueron los más ardientes en combatir la monarquía constitucional: el sistema inglés no tuvo más violentos adversarios. *Ils ne voulaint point de chambre haute, parce qu'ils n'y pourraint pas tous trouver leur place et que, pour élever quelques nobles au - dessus des autres, on aneantirait, selon eux, le corps de la noblesse*". — Página 217.—La burguesía es más previsora y más inteligente. Sus miembros no se envidian ni se combaten. Sorel nos dice: — "Es enteramente democrático el fondo de las ideas entre los hombres del tercer estado. La libertad, como ellos la conciben, es antes que nada la libertad civil; la libertad política no es, á sus ojos, sino el medio y la garantía. La quieren menos por ella misma que por el objeto á que se dirige: la destrucción del régimen feudal y el establecimiento de la igualdad". — Página 218. — Si el pueblo aspira á suprimir sus hambres, lo burgués aspira á que se le entreguen los puestos del Estado. Ha leído á Rossseau y su tribuno es Sieyes, que llegará á ser conde bajo Napoleón. El doctor Herrera dice con justicia y con elegancia: — "Una Revolución francesa pacífica, como la soñara el pensamiento alto de Necker, el desdoble de los sucesos dentro de normas altruistas, como ocurrió en el primer capítulo, — colmado con gloria por los Estados generales y por sus derivaciones inmediatas, — esa sí hubiera sido la confirmación fecunda de la propaganda de los grandes filósofos fran-

ceses é ingleses. Entonces la carne hubiera respondido á las impulsiones esclarecidas del cerebro". — Página 106. — ¿Quién tuvo la culpa del fracaso del sueño del ginebrino Necker? Mi sapiente amigo no puede ignorarlo. Las reformas de Necker, las proyectadas en 1781, sublevaron á la nobleza, por lo que el ministro, despojándose de su carga, se retiró á Saint Quén. Vuelto á llamar en 1788, después del fracaso de Colonne y de Brienne, no pudo lograr que la nobleza deliberara unida á la llanura en los Estados de 1789. Necker, abandonando al rey y á la corte, se aisla en Basilea, y cuando le llaman por tercera vez, le llaman muy tarde y estérilmente, porque todos los títulos crepitan ya entre las llamas purificadoras de los zarzales del Sinaí.

Discúlpeme el lector si no insisto más en lo que antecede. No es mi propósito impugnar pareceres que en mucho estimo, y sí poner á cubierto de dudas mis convicciones. Yo he vivido creyendo y moriré creyendo en la revolución, cuya fe es todavía mi fe de demócrata, mi fe de liberal, sin que me desorienten, por mucho que me angustien, las veinte mil cabezas que cercenó el verdugo. Por el cadalso pasan María Antonieta y madame Amaranthe, augustas en la muerte, pálidas y más tristes que lirios enfermos; pero por el cadalso pasan también, purgando sus errores para que sus ideas lleguen purificadas á lo porvenir, las energías de hierro de Dantón, las rousseanianas declamaciones de Robespierre, la elocuencia magnífica de Vergniaud, la austera mocedad de Saint Just, y la ternura, la amorosa ternura, la dulce ternura, la trágica ternura de Camilo y Lucila.

Otro es mi propósito y voy á decirlo. Yo creo que se engañan los historiadores sobre el influjo que le

atribuyen al terremoto en los pensares y en los sentires de los patriotas de la emancipación sudamericana. Paréceme que olvidan, en el estudio de los efectos, que la similitud que en ellos encuentran procede de la igualdad de causas que los originaron. Lo nuestro hubiera sido, sin el terremoto, lo mismo que fué con la tempestad. Francia dió en la república porque el rey no sirvió de guía á su pueblo. Nosotros fuimos á la república porque no era lógico ni factible darnos un rey. Los mismos monárquicos lo reconocieron, satirizándose los unos á los otros. Bolívar se ríe del monarquismo de San Martín, y San Martín encuentra absurdo el de Bolívar. Hubiéramos hecho, con el monarca, lo que Méjico hizo con Itúrbide y con Maximiliano. El Brasil nada prueba. El Brasil descubierto, en mitad de la vida del siglo diez y seis, con sus grandes ríos y sus grandes bosques bajo los lampazazos del sol de los trópicos; el Brasil descubierto, en horas de Pinzón, en el fondo de iris de las brumas atlánticas por los navíos de Yañez y Cabral; el Brasil llegó sin trastornos ni crímenes á la independencia, en el año veintiuno del siglo diez y nueve, porque el Brasil halló un rey ya tallado, con corona en la frente y púrpura en los hombros, sin salir del linaje de los Braganzas. Su problema fué fácil. Espinoso el nuestro. Un rey de ultramar no lo hubiésemos aceptado, por falta de raíces en este hemisferio, ni los tronos de Europa lo hubieran admitido, por no desconocer los seculares y muy legítimos derechos de España. Un rey de estas tierras era insostenible, por mucho que se esfuerce la imaginación, porque á los monarcas los hacen la cuna, el pasado, las glorias de conquista, la sanción de los siglos, y porque hubiéramos tenido que crear aquí tantas realezas como naciones

engendró el movimiento del año 10. Fernando VII era el único rey posible en Sud - América, como no había en Francia más rey posible que Luis XVI; pero Fernando VII, que carece de alturas en el corazón, no quiso ser rey constitucional, sino rey absoluto, sofocando las liberales aspiraciones del año 20 con la mediación extranjera y liberticida del año 23.

Fernando VII se halla distante de la santidad, á la que se aproxima por sus virtudes de carácter íntimo Luis XVI; pero ni aquél ni éste tienen lo macilento de las figuras que pintó de rodillas el arte místico, el arte gótico, el arte románico, el arte que inicia Giovanni de Fiósele. El monarca francés y el rey español fueron devotos y rezadores; pero la fe del transpirinaico no era agresiva y castigadora como la fe del peninsular, nacido en una tierra que con mandobles astures y navarros transformó las mezquitas en catedrales maravillosas, en las que se consume, como incienso en su vaso, el corazón ardido de Santa Teresa y donde relumbran, sobre encajes blanquísimos y claveles rojos, las imágenes esculpidas por los discípulos del Montañés. La divinidad, para el criterio del monarca hispano, no es la que siembra de júbilos las cunas y lloros los sepulcros, la que entreabre la flor de la esperanza y la flor del recuerdo, sino la que destruye, con apocalípticas iracundias hasta á los párvulos de las infelices mujeres de Amalec. La divinidad, para aquel monarca ingrato é hipócrita, no era el amor hermoso que todo lo disculpa y á todos nos acorre, sino un rey implacable y un juez inflexible, cuyo aliento es el huracán, cuya voz es el trueno, cuya diestra es el rayo y cuyo triunfo cantan las angélicas trompas que derrumban los muros de Jericó.

Dice Carlos Le Brun, en su episódica *Vida de Fernando VII:* — "Todo el secreto del gobierno, consultando en esto el gusto de Fernando, era espiar y buscarle presas para las cárceles, presidios y cadalsos. Todos estos lugares estaban llenos de desgraciados. Los que todavía no sufrían estos destinos, estaban esperándolos por momentos. Para esto se establecieron juntas para las causas de estado, comisiones militares, despachándose comisionados para algunos puntos de las provincias; y para los que se pudieran escapar por su obscuridad de esta clase de juicios, se formaron tribunales de purificación, á donde tenían que venir á parar los más inocentes. Júzguese de la situación de la triste España por este sistema". — Página 46. — "Se dió Fernando tan buena maña, desde los primeros días de su gobierno, para recomendarse, que el partido liberal, que se quería exterminar, se aumentaba por los mismos medios con que se quería destruir, y llegó en poco tiempo á ser casi el partido de la nación. No era la fuerza de los principios la que lo generalizaba, sino los desórdenes del gobierno y la miseria pública, absolutamente desatendida por el Rey". — Página 71. — Si Le Brun pudiera, por antifernandino, ser sospechoso, no se halla en igual caso, por moderado y por aristócrata, el muy sesudo Marqués de Miraflores. Ved lo que éste asevera en su concisa *Historia de la Revolución de España:* — "Manejado el Estado, en esta época fatal, ya por Eguía, ya por Lozano Torres, ya en fin rodeado y circunscrito el Rey á oir el lenguaje de la ineptitud y de las pasiones, el Estado caminaba á un nuevo abismo en que debía sumergirse. El Ejército, contra sus esperanzas, vió con dolor premiar más la exageración de opiniones políticas que las heridas glo-

riosas recibidas en el campo del honor. La Marina, abandonada del todo, hacía ilusorio el intento dirigido á apaciguar las colonias disidentes ". — Página 23. — " El crédito se había aniquilado, ya profanando la fe de los contratos y la inviolabilidad de los fondos, ya no cumpliendo sagradas obligaciones, ya en fin destruyendo el establecimiento creado para sostenerle. Todo era destrucción: la industria nacional, aniquilada por los sacudimientos de una guerra desoladora, había desaparecido; en vez de protección se prodigaban las trabas y los obstáculos, por manera que los materiales de riqueza pública, ya escasos, llegaron á secarse enteramente".—Página 24.—"Las horrorosas injusticias y arbitrariedades de los funcionarios, y el escandaloso abuso del poder, ya vendiendo la justicia y los empleos al favor, al dinero y á otras pasiones vergonzosas, fatigaba y ofendía á la nación".—Página 27. — Este régimen era el único régimen posible en América, si América volvía á caer bajo el yugo de Fernando VII. Ese régimen, cuyos males se hubiesen agrandado con la distancia, era el régimen defendido por los reyes de Europa cuando intervinieron en la península hacia 1823. No era, pues, un fantasma, sino una indiscutible realidad, aquel negro fantasma del absolutismo de que se burla, ó parece burlarse, Luis Alberto de Herrera. Atestiguan lo cuerdo de nuestros temores veinte mil proscriptos, seis mil ajusticiados, más de setenta mil sospechosos, la horca de Porlier y el tormento de Yandiola, el purpúreo cadáver de Lucy y el cadalso del mísero Antonio Ripoll, — un maestro de escuela, lleno de dulzura y de caridad, á quien persiguen inquisitorialmente los defensores del altar y del trono bajo el sol de escarlata que calentó las cunas de Vives y Servet. Ante aquel monarca y

ante aquel sistema, únicos posibles para las colonias de abolengo español, yo no te concibo sino como república, en la que fraternizan los ciudadanos iguales ante el código y libres por la ley, ¡oh paraíso sobre el que lanzan su pasmosa fulguración de rubí y de topacio los más alegres y los más puros horizontes de América!

El doctor Luis Alberto de Herrera nos dice en su libro: — "Algunos patriotas eminentes propiciaron la conveniencia de una transición suave, utilizando el intermedio de una forma monárquica; pero estos sabios consejos se perdieron en el tumulto clamoroso". — Página 50. — Tenían que perderse. Fuimos á la república, porque la república fué la única salida que nos dejó el destino. Es absurdo pensar que nos conviniera permanecer atados al rey de los españoles, que era cobarde, déspota, receloso y cruel. Fuera de este monarca, la monarquía no se concibe en sus viejas colonias. Sarmiento ha dicho, con su elocuencia característica, — "que no existen instintos ni creencias monárquicas en nuestra sociedad, por cuanto no hay antecedentes históricos en que se funden ni hay intereses dinásticos que las apoyen". — Es muy difícil, por otra parte, concebir un reinado sin aristocracia. José Manuel Estrada nos demuestra categóricamente que la aristocracia jamás existió en las colonias de origen hispano, porque carecía de papel político que desempeñar y de condiciones económicas para florecer. Estrada agrega, en el tomo segundo de su *Derecho Constitucional:* — "Las clases dirigentes tuvieron la veleidad de proponer establecer una monarquía de artificio. Tres tentativas hicieron para fundar distintas dinastías. La de los Incas fué rechazada por repulsión de raza". "Se idearon, una con anterioridad

á la de los Incas, y otra con posterioridad á ella, otras dos dinastías. Estas eran europeas. Obraba contra ellas el sentimiento de la nacionalidad, como obraba contra la del Inca el sentimiento de la raza. Unas y otras eran creaciones de visionarios, sin ninguna realidad concreta, sin resistencia ni vitalidad, y desaparecieron como desaparecen todas las fantasías con las cuales se pretende dominar hechos trascendentales y pasiones fragorosas ". " Deduzco que el sistema republicano puro es la única forma de gobierno compatible con la constitución orgánica de esta sociedad y con los orígenes históricos de la nacionalidad argentina. Indagaciones más prolijas podrían hacer extensiva esta conclusión á todas las naciones del continente americano; pero están fuera de nuestro objeto ". — Páginas 26 y 27. — Sarmiento, el sembrador de escuelas de 1868, decía en 1841 lo que podéis leer en sus *Instituciones Sudamericanas:* — " Una gran revolución moral, intelectual y política se ha obrado en el mundo europeo de un siglo á esta parte; una no menos trascendental se efectuó en las colonias inglesas de Norte América, desligándose de la Inglaterra y erigiéndose en una nación independiente; y una tercera, derivada de aquellas dos, se obró no ha mucho en toda la inmensa extensión de la América antes española, la que, desde su emancipación, se dividió en otros tantos Estados como habían habido subdivisiones coloniales, ó como nuevas exigencias é intereses lo hicieron necesario. Por todas partes se adoptó el sistema de gobiernos representativos, como que ninguna otra forma se ofrecía que no pugnase con la condición social de los pueblos, con la marcha del siglo que lo ha proclamado como el único legítimo y posible, con las tendencias dominantes de Europa, con el feliz ejemplo

de Norte-América, y finalmente con las circunstancias y las ideas recibidas". — Página 10. — Este sistema representativo, ¿podíamos esperarlo de Fernando VII? — "Queremos transportarnos al año 10, que presenció los primeros ensayos de la revolución sudamericana. Vemos la mayor extensión de tierra que posee el mundo, sembrada de poblaciones españolas, diseminadas á largas distancias, gobernadas por una nación europea que ella misma no goza de una sola de las libertades que algunas otras naciones de Europa habían conquistado de mucho tiempo atrás. La libertad de pensar, la libertad de escribir, la libertad de deliberar sobre los negocios que conciernen á la comunidad, eran cosas que la España conocía sólo de oídas y de que sólo en los momentos de nuestra revolución empezaba á gustar, mientras Fernando VII estaba en el cautiverio á que la ambición de Napoleón le había conducido". — Página 16. — ¿Qué hace, no bien se asienta en el trono, Fernando VII? Anular todas y cada una de las pragmáticas de las Cortes de Cádiz. — "Al ver la serie de sucesos desgraciados, las tentativas malogradas y la falta de pericia de los pueblos americanos para organizarse de un modo permanente y estable, han creído muchos que la revolución se inició á deshora y cuando los pueblos no estaban preparados para la libertad, como si alguna vez el despotismo, y el despotismo colonial, y el despotismo español sobre todo, fuese parte á preparar otra cosa que retroceso y envilecimiento; ó como si nunca fuese demasiado temprano para que el esclavo sea libre si puede serlo, y se constituya hombre, y propenda por sí mismo y á su propio riesgo á prepararse los medios de llegar á conseguir la dignidad que el ser supremo ha estampado en su frente". —

Página 17. — Sarmiento no se engaña. Fuimos sensatos al tronzar el grillete. Aquel rey odiaba, como los buhos, la claridad. Prefirió las escuelas de tauromaquia á los museos, á los laboratorios, á las bibliotecas. Las ideas, cuanto más altas y cuanto más libres, más le ofendieron y mortificaron. Siempre se mostró suspicaz y duro. Díganlo el encierro de Argüelles, el exilio de Clemencín, la reclusión de Martínez de la Rosa y la muerte de Riego. Es indiscutible que sólo andando, y andando á tropezones, aprendimos á andar desgarbadamente. Mi amigo tiene razón sobrada cuando lo afirma así en la página 17 de su libro.

" En medio de las desorientaciones colectivas cayeron los ejemplos trasatlánticos como hechos de medida para resolver las dificultades inmensas del momento histórico. Se estaba en lucha con la monarquía y esos ejemplos enseñaban á condenar, como maldita, á esa forma de gobierno. Francia había declarado guerra á muerte á la realeza; pues la América del Sur debía alistarse en esa actitud rabiosa. ¿A qué fin? ¿Con qué resultado útil? En respuesta á qué exigencia pública? Estas interrogaciones estaban de sobra ". — Página 75. — Sí que lo estaban. Si se hubiesen hecho, se hubiera visto que los americanos de nuestra raza, los de raza española, tenían razón para guerrear con la monarquía que les cupo en suerte. El comercio, los libros, las mejoras, el libre examen, todo eso de que habla en uno de los párrafos anteriores el doctor Herrera, no podíamos esperarlo del rey de Madrid. No podíamos esperarlo de ningún rey borbónico, porque, en aquellas horas todos los de esa triste familia presumen que son reyes por derecho divino. Por desgracia, en la cuna del movimiento sudamericano, no se mecen los dogmas de la revolución de

1789. ¡Ojalá fuese cierta tanta hermosura! ¡Si no sabíamos á lo que aspirábamos! ¡Si fuimos, más que ciegos, á merced de la pamperada y en mitad de la noche! ¡Si no tuvimos otro deseo ni otra visión que la visión confusa y el deseo instintivo de la libertad! Sarmiento sostiene, y no se equivoca, que — "á diferencia de la revolución norteamericana, que se efectuó para conservar una libertad largo tiempo poseída, y de la francesa, realizada para poner en práctica las ideas, teorías y principios que la filosofía había difundido ya en todos los órdenes de la sociedad, la revolución de Sud - América se intentó para hacer nacer las ideas y la práctica de la libertad, de que sólo tenía la generalidad nociones muy vagas, limitadas y confusas". — Página 19. — ¿Cómo extrañar entonces que, al salir de una tutela que nos prohibió el uso de los libros y la esperanza de las innovaciones, ignorase la multitud que la democracia no es el despotismo absoluto de las masas, como bien nos enseña Echeverría, y que los doctos desconociesen que, como el mismo Echeverría nos enseña bien, la obra difícil de organizar un pueblo es irrealizable, si los gérmenes de la constitución no están diseminados en sus costumbres, en sus sentimientos, en sus memorias y en sus tradiciones? El único culpable de nuestros fracasos, si bien se mira, es el régimen colonial. ¿Qué constitución podía surgir de los recuerdos y de los hábitos que nos dejó aquel régimen? Túnica nésica pareció á todos, y rompimos la túnica con alegría, sin más propósito que el propósito nobilísimo de libertarnos. Y la mejor prueba de que el influjo galo no nos alucinó, es que fueron las muchedumbres las que nos arrojaron en el tembladeral de la democracia, que yo bendigo y en la que creo. Estrada nos enseña, en el

tomo primero de su *Historia de la República Argentina:* — "De los dos grandes objetos de la revolución, uno estaba en las ideas y otro en los hechos. La emancipación era el dogma de los apóstoles; la democracia era el hecho que el pueblo consumaba". "Instintos vindicativos lo traían al combate, y dueño del foro, imponía tumultuosamente su voluntad. Eso era todo, porque era soberanía y era revolución". — Página 338. — La soberanía quitada á un monarca, indigno de serlo, y la revolución para arrancar de cuajo lo colonial: ese fué el programa de los instintos, no el de los cerebros, siendo inútil decir que sobre los instintos americanos influyeron muy poco Robespierre y Vergniaud. ¿Influyeron, acaso, sobre los pensadores de las primeras horas? — Qué lo digan las dudas, tan elegíacamente manifestadas por el padre Rodríguez, que perturbaron y entristecieron al Congreso de Tucumán. No eran republicanos ni demagogos, y sí moderadísimos hasta la timidez, los hombres de las primeras y difíciles horas de la revolución sudamericana. Nuestros congresos, como el congreso de la península, tuvieron que luchar, sin poder desenvolver una acción fiscalizadora por falta de datos y falta de tiempo, con el desorden en lo económico y con el desorden en lo militar y con el desorden en lo burocrático. — Dícenos el libro de Rafael Salillas, dícenos su libro de reciente data y que se titula *En las Cortes de Cádiz:* — "Las Cortes generales y extraordinarias de 1810 á 1813 tuvieron conciencia cabal del medio en que vivían; tan cabal que supieron desde el primer instante que estaban bordeando dos abismos, y que á la menor vacilación la nacionalidad se despeñaría inevitablemente. No las amenazaba tan sólo el abismo de la pujante y al parecer invencible irrupción

napoleónica, sino otro más temible, el de la guerra civil". — Página 19. — Nuestros congresos, como aquel congreso, bordeaban dos abismos: el de la reacción hacia lo colonial, apoyada por las bayonetas de la metrópoli, y el de la anarquía, que era inevitable, como lo será siempre, en una sociedad nueva y tumultuosa. Como titubeó el cónclave gaditano, titubearon los cónclaves del mundo índico, empujando á aquél y empujando á éstos la videncia instintiva de las multitudes. Leo en Salillas: — "En las Cortes de Cádiz, como en todo, absolutamente en todo, palpitó lo único grande, lo único noble, lo único puro, que la nación tenía: el alma del pueblo. En España había un pueblo grande, colosal, el más grande de Europa, el más grande del mundo". — Página 20. — "Las Cortes de Cádiz no fueron otra cosa que la definitiva resultante de la obra gubernamental realizada por el pueblo en el total naufragio de las clases dominadoras, más que directoras". — Página 21. — El pueblo salvó también de total naufragio á las clases dominadoras sud-americanas. Éstas no fueron jacobinas, sino más bien monárquicas, distinguiéndose por los pánicos y las indecisiones de su prudencia. Recordad la conducta del congreso de Tucumán. Saldías, en su interesante libro *La Evolución Republicana*, exprésase así: — "De los documentos exhibidos en los capítulos anteriores resulta que la tendencia y los propósitos claros y definidos de los gobiernos que se habían sucedido hasta el año 16, y en cuya prosecución habían comprometido su nombre y su autoridad los principales hombres de la revolución, — excepción hecha del doctor Moreno, — eran los de establecer una monarquía en las Provincias del Río de la Plata. Los actos gubernativos que trascendieron al pueblo, y la abun-

dante correspondencia oficial secreta de que daremos cuenta en lo esencial, demuestran palpablemente que había consenso al respecto en todas las agrupaciones políticas afines del gobierno ó cercanas á él en Buenos Aires, en Cuyo y en el interior ". — Página 112. — Cuando el congreso empezó á discutir desmayadamente la forma de gobierno, ¿qué sucedió? Oigamos á Saldías: — " Los diputados Passo, por Buenos Aires, y Serrano, por Charcas, se pronunciaron por la monarquía constitucional; el diputado por la Rioja, doctor Castro Barros, en un discurso místico político, se pronunció por la monarquía del Inca, y el doctor Anchorena por el sistema republicano federal, siendo ésta y la del padre Oro, las dos únicas voces que se levantaron contra la monarquía ". — Página 121. — " Este negociado para establecer una monarquía en las Provincias Unidas, conducido de año á año á base de un secreto calculado y tenebroso, que acreditaba la conciencia que los poderes públicos tenían formada de que los pueblos tal sistema de gobierno rechazaban, y por consiguiente, la resolución de implantarlo por la fuerza de las potencias extranjeras que al monarca designasen, acabó por sublevar resistencias formidables en todo el país á fines de 1819 ". — Página 181. — Y si los patriotas ríoplatenses de mayores luces no fueron jacobinos, sino muy moderados, también de moderados, y no de jacobinos, puede tildarse á los patriotas de mayores luces del heroico país de Caupolicán. ¿Qué pasaba en Chile hacia 1810? ¿Qué pasaba en Chile, aún después de la instalación de la primera Junta Gubernativa? Diego Barros Arana lo refiere así en el octavo tomo de su *Historia General de Chile:* — " Los hombres que entonces se hallaban al frente de la revolución de Chile,

marchaban sin duda alguna á un rompimiento definitivo con la metrópoli; pero eran muy pocos los que podían darse cuenta de ello. Aún los que creían inevitable el sometimiento de la metrópoli por los franceses, pensaban que la América debía mantenerse unida para resistir á las acechanzas y agresiones del usurpador. Las aspiraciones de los patriotas eran la reforma de las leyes que embarazaban el desenvolvimiento industrial de estos países, y la creación de un régimen de garantías y de libertad para todos que hiciese de los americanos hombres libres é ilustrados, y no miserables colonos encorvados bajo un yugo de hierro. De ahí nacía el empeño manifestado en aquellos primeros días de mantener la unión de estas colonias, para que formasen todas ellas una especie de confederación cuyas secciones pudieran darse sus leyes propias, teniendo por soberano constitucional á Fernando VII y á sus sucesores". — Página 235. — No pretendíamos para nosotros, en verdad de verdades, sino lo que buscaban, para la península, las Cortes de Cádiz. Y ese estado de cosas duró mucho tiempo. ¿Qué ocurre en 1812, al instalarse el primer Congreso Nacional de Chile? El partido más avanzado, el que ya aspira á la independencia, se compone sólo de doce miembros. Dice Barros Arana: — "Mucho más poderoso por su número era el partido de los patriotas moderados, hombres en su mayor parte de sanos propósitos, prestigiosos algunos de ellos por su posición y su fortuna; pero de principios menos acentuados, y también mucho menos resueltos que los radicales. Para ellos, la revolución tendía á crear una situación política menos restrictiva y menos exclusivista que la del viejo régimen, y limitaban sus aspiraciones á tener un gobierno templado y benigno; pero no querían un

rompimiento con las tradiciones del pasado ni reformás estrepitosas que pudieran minar el orden en que descansaba la sociedad colonial". — Página 355. — Según nos enseña Barros Arana, en el tomo noveno de su obra, sólo en 1813 alcanzó su desenvolvimiento definitivo la idea de la completa emancipación, porque la guerra con los tercios peninsulares — "había venido á afirmar las convicciones, á aumentar el odio á la antigua metrópoli y á robustecer las ideas de independencia absoluta". — Página 227. — Así la monarquía no pudo ser ni en Chile, ni en el Río de la Plata, ni en el resto de América. Las multitudes la sofocaron, las multitudes la hicieron fracasar, siendo clarísimo que las multitudes, como lo reconoce el doctor Herrera, nada sabían de las ideas y de los hechos de la revolución de 1789. — ¿Se equivocaron las multitudes? Yo entiendo que no. — Hallo en el prólogo de una obra de Amunáteguy, — *La Dictadura de O'Higgins:* — "Durante aquella época memorable (1810), no faltan partidarios de esa forma de gobierno (la monarquía). Ese sistema cuenta con hombres de ciencia y con hombres de espada, con hombres que ponen á su servicio todo el prestigio del saber, todas las intrigas de la diplomacia, con hombres que poseen la fuerza y que mandan ejércitos. La mayoría de los criollos está educada para la tiranía, está habituada al servilismo. ¿Cómo es, entonces, que no triunfa ese sistema? La razón es muy sencilla. Eso depende de que, por más que los buscan, no encuentran en ninguna parte ni monarca que sentar sobre el trono, ni nobles que compongan su corte. Todos los americanos se consideran iguales entre sí, se consideran iguales á los europeos, iguales á todos los hombres. Nadie cree en las castas; nadie admite la predestinación de ciertas

familias y de ciertos individuos para el mando. Cuando en una sociedad hay tales convicciones, no puede colocarse á una sola persona bajo el solio; es preciso que todos los ciudadanos se coloquen á su sombra. El pueblo es el único soberano posible ". — Páginas 4 y 5. — " Ese monarca que, á despecho de las cosas se trataba de improvisar, ó era un Borbón, ó se escogía entre las demás familias reales del viejo mundo. En el primer caso, ¿cómo habían jamás los criollos de doblar la rodilla ante uno de los miembros de esa dinastía que detestaban, contra la cual habían combatido á costa de tantos sacrificios, que habían vencido en los campos de batalla? En el segundo caso, ¿cómo habían de obedecer á un príncipe extranjero, cuyo idioma no entenderían, que profesaría tal vez una religión distinta, que no tendría con ellos ninguna de las relaciones que ligan á los hombres? " — Página 7. — Y ¿Fernando VII? — Tampoco fué posible. Fernando VII asquea como cautivo y espanta como rey. — Es un criminal nato, como nos dice Rafael Salillas. Se goza en ser cruel. Sus verdugos se atreven con la primavera y con el invierno. Sobre el patíbulo, bajo sus venganzas, rueda la juventud de Beltrán de Lis. Sobre el patíbulo el coronel Vidal, otro ajusticiado que ya no era mozo y encontrábase enfermo, agonizaba cuando el verdugo le vistió la hopa. Fernando no debía reinar en América. Sigamos con las citas. El general Mitre, en el tomo segundo de la *Historia de Belgrano,* escribió en concordancia con nuestras ideas: — " Este estado de cosas no era absolutamente incompatible con el reconocimiento de la independencia de las colonias españolas, siempre que Fernando VII se prestara á constituir en ellas una ó más monarquías independientes, coronando á un prín-

cipe que contase con el beneplácito de las potencias aliadas". — Página 244. — "Aún cuando la monarquía constitucional contase con algunos prosélitos en el Río de la Plata, sólo las ideas democráticas eran verdaderamente populares, sólo la forma republicana era posible porque era la única orgánica. La igualdad de las clases era un hecho que se había producido espontáneamente, y todo sistema de gobierno que no se fundara en esta base, se pondría necesariamente en pugna con la sociedad en masa. La monarquía, fundándose sobre la desigualdad de las clases, en una sociedad donde esta injusticia tendría que producirse artificialmente, y por medios violentos opuestos á su índole, sería, ó un nuevo principio de división introducido en ella, ó un germen de disolución depositado en el seno del nuevo gobierno, ó una mascarada política. Por consecuencia, tal orden de cosas no podía plantearse sino por una especie de conquista del país, venciendo resistencias, creando un nuevo antagonismo, reaccionando contra los hechos conquistados y los principios reconocidos, y perpetuando el desorden que se pretendía evitar". — Páginas 244 y 245. — Aquella revolución, sin carácter definido, fué colectivamente emancipadora y colectivamente democrática. — "aún cuando las ideas de muchos de sus directores fueran monárquicas". — Página 246. — Es indudable, entonces, que el jacobinismo francés no influyó en el proceso revolucionario, desde que la multitud le desconocía y los hombres gubernativos no propiciaron la democracia. Avellaneda nos dice igualmente, en el tomo primero de sus *Escritos y Discursos:* — "El Congreso de Tucumán era monarquista, y con él lo eran los primeros hombres que con su inteligencia ó su espada marchaban al frente

de la Revolución, en aquel tiempo de anarquía, de derrotas y de desfallecimiento. El pueblo, sin embargo, no era monarquista por un instinto tan noble como poderoso. No lo era, por aquella fuerza innata de la libertad en sus desenvolvimientos, que una vez partida de su foco se dilata irresistible como la luz. No lo era, por el sentimiento de la igualdad profundamente arraigado en su corazón; y hoy, á Dios gracias, somos lo que el pueblo quería en 1816 y en todas las épocas de la Revolución". — Página 46. — Sí, afortunadamente, triunfó la multitud. ¿Qué importa que hayamos oscilado, y aún oscilemos, entre la demagogía anárquica y la dictadura militar? Los pobres, los obscuros, la carne de cañón de todas las horas, benditos sean y en quietud reposen á la luz de las patrias que emanciparon del yugo español y abrieron á los soplos fecundadores de la igualdad. No creo en los reyes, que si son demócratas son reyes de opereta, y si son absolutos van contra el porvenir; pero creo en los pueblos con fe firmísima, en los pueblos tenaces, en los pueblos viriles, en los pueblos que destruyen las castas, en los pueblos que se enternecen sobre todas las cunas, en los pueblos donde se renueva el espíritu humano por el vaivén estimulante y consolador de la democracia. Las patrias, como las mujeres, paren con dolor, y nueve siglos en la vida de un pueblo representan menos que nueve meses en la vida de una mujer, siendo naturalísimo que cueste más infantar un pueblo dichoso que un niño robusto. El doctor Luis Alberto de Herrera nos dice en su libro: — "Para curarse de las demagogías contagiadas y de las propias deficiencias cívicas, la América del Sur ha debido agregar, á la acción del tiempo y á las inmigraciones europeas, ese ejemplo venturoso que

le ofrece la América del Norte, donde sin sangre, sin arbitrariedades y sin suplicios, sin atacar á nadie en sus ideas, en sus bienes ni en su cuerpo, han constituído los hombres su hogar más perfecto". — Página 344. — Eso es un error. Sostengo y juro que eso es un error. Allí, también, se parió con dolor. También allí hubo suplicios, hubo arbitrariedades y hubo riegos de púrpura. Recordad el período que va desde 1857 hasta 1865. Recordad la guerra con los Mormones. Recordad la conspiración abolicionista de Brown. Recordad los disturbios luenguísimos del Kansas. Recordad, más tarde, el motín del 13 de Julio de 1862, en que fueron pasados á cuchillo los hombres esclavos é incendiadas las casas de Nueva York. Recordad el balazo que corona el drama y recordad, si tenéis memoria, la insurrección de los negros ya libres, con sus matanzas y sus lujurias, después que Lincoln perece á las manos del fanático Booth. No es esto todo. Sostengo y juro que no es esto todo. También allí hay enormes miserias políticas. Don Guillermo Rawson, ocupándose de la elección presidencial de Hayes, le escribía al general Mitre desde Norte América: — "El partido republicano ha usado tan mal ó ha abusado tanto de su poder en los últimos diez años que, para su vergüenza, hizo posible que el funesto partido de la esclavatura y de la rebelión tomara una posición ventajosísima, no por sus antecedentes seguramente, ni por la sanidad actual de sus doctrinas, ni por el mérito de sus hombres prominentes, sino por los errores, los abusos y los vicios de sus antagonistas". — "En estas condiciones y bajo estos auspicios, viene la elección presidencial. Los republicanos entraban en la lucha con su prestigio comprometido, con una administración inmoral y desmedida,

acusada de robos, de repugnante favoritismo, y de una política inconstitucional, condenada por la opinión independiente, en sus relaciones con algunos estados del sur. Los vicios electorales, que vienen acrecentándose desde tantos años, llegaban á su colmo en los últimos meses de la administración de Grant". — "Hace tiempo que se practica el hecho de que las personas colocadas en las más altas posiciones oficiales tomen parte activa en las elecciones y contribuyan con su voto, con su dinero, con su palabra y con toda su influencia al triunfo de su partido; y esa práctica, incompatible con los sanos principios del gobierno representativo, ni siquiera se ejercía en el silencio, sino que se le daba la mayor notoriedad para el escándalo". — "Todos los empleados federales, no sólo estaban obligados á votar por el candidato sostenido por la administración, so pena de destitución, sino que se les forzaba, bajo la misma pena, á contribuir á los gastos de la elección con una parte de su sueldo". — "Todo esto y mucho más era una violación audaz de los principios; pero tan pervertidas estaban generalmente las ideas políticas, que venían degradándose más y más desde medio siglo, que esas formas groseras del abuso eran toleradas con escasas protestas de los adversarios". — Esto, que es de 1877, prueba palmariamente que también existió un jacobinismo norteamericano; pero menos elevado y generoso en su filosofía que el jacobinismo del pueblo francés, y también prueba palmariamente que no han faltado suplicios y arbitrariedades y ríos de púrpura en el país de Wáshington y de Monroe. Es que todas las democracias tropiezan, en sus orígenes, con lo trágico y con lo irregular. Claudio Jannet, hablando del mismo período histórico, se expresa

así en el tomo primero de su obra *Les États Unis:* — "Los abolicionistas, al principio, fueron tan sólo filántropos excéntricos. Su propaganda mereció, únicamente, la indiferencia ó la desconfianza de los hombres de Estado". — Página 76. — "La bandera abolicionista fué enarbolada con habilidad suma por el partido radical; éste vió, en ella, un poderoso medio para levantar á las multitudes bien intencionadas, pero poco reflexivas, que se dejan cegar por las palabras de libertad y emancipación". — Página 77. — La lucha no fué sólo lucha de principios; fué, también, lucha de rivalidades políticas y económicas. Si en New-York reinan, durante ocho días, el asesinato y el incendio y el pillaje y las violencias contra los libertos, ¿cómo negar que las armas federales, las del ejército abolicionista, masacraron á los prisioneros y entregaron al fuego, sistemática y empeñosamente, todas las granjas y manufacturas que cultivaban y que tejían el algodón? — Una espantosa guerra de razas asoló, durante dos lustros, los Estados del Sur. Ésta no concluye cuando muere Lincoln. Ésta se prolonga aún después de caído *the honest old Abe.* — "Los negros, influenciados por los indignos ministros metodistas, se afiliaban en masa á las sociedades secretas más radicales. Enardecidos por las excitaciones de los nordistas, teniendo segura la impunidad por la composición de los jurados y de los tribunales, se entregan á toda clase de violencias contra las personas y las propiedades de los blancos". — Página 86. — Los atentados contra el pudor eran frecuentísimos. — En Lousiana, el cuadro se ennegrece más todavía. Lousiana es el paraíso de los negros. — "En 1868, todos los miembros del gobierno y de la legislatura reunidos no pagaban sino diez y siete dólares de im-

puestos; pero hicieron subir la deuda estatal de cuatro á veinticinco millones de dólares. Más de la tercera parte de los empleados gubernamentales, durante el ejercicio de su puesto ó cargo, fueron perseguidos por algún delito. Moses, el gobernador mismo, lo fué por robo". — Página 88. — Tampoco era loable, ni mucho menos, la política general. — El *New York Herald* decía del gobierno del general Grant, según la obra de Claudio Jannet: — "Casi todos los hombres eminentes ó en evidencia del partido republicano parecen mirar el triunfo de ese partido, menos bajo el punto de vista de la aplicación de ciertos principios á la vida política de la nación, que como un medio directo de llenar de dinero su propio bolsillo. Así, de este modo, toda la nación ha sido degradada en su vitalidad política. En las discusiones del Congreso, poco importan la justicia, los derechos, las libertades. Lo que debe hacerse, á derechas ó á zurdas, es lo que conviene al interés del partido". — Página 94. — Jannet agrega: — "El presidente y los guías del partido que, por su posición, dentro ó fuera de la legislatura, comparten con él la realidad del poder ejecutivo, ejercen una influencia á menudo preponderante, y siempre considerable, en la elección de su sucesor. Nada descuidan para llegar á una reelección, ó al nombramiento de un nuevo presidente, que les asegure la supervivencia de su dominio. Distribuyendo los puestos públicos y haciendo dictar á los legisladores medidas favorables á éste ó aquél interés local, dirigen las conveniencias de los partidos hacia el rumbo que les conviene. Cuando llega el momento de la elección, todos los funcionarios públicos, sobreexcitados por el deseo de conservar su puesto, se transforman en activos agentes electorales. En casi todos

los Estados, el Senado y la Cámara de Representantes estatuyen soberanamente sobre la validez de las elecciones de sus miembros. Este derecho es, con mucha frecuencia, ocasión de abusos en las legislaturas que dominan los radicales. Para asegurarse la mayoría, más de una vez han falseado los escrutinios, proclamando electo al candidato que sólo alcanzó la minoría de los sufragios ". — Página 117. — No quiero recordar, por ser muy sabido, lo que Oncken nos dice sobre la misma administración de Grant, ni quiero recordar, por ser de nuestros días, la escandalosa venta de votos de los congresales que eligieron presidente á Mackinley. Lo que sí me parece digno de transcribir es lo que leo en una obra de Benjamín Harrison. Éste relata, en su *Gobierno y administración de los Estados Unidos,* que, al discutirse la facultad del veto, el doctor Franklin declaró á los constituyentes, " que él tenía alguna experiencia de lo que era esta limitación del Ejecutivo sobre la Legislatura, con lo que había sucedido bajo el gobierno propietario de Pensilvania. La negativa del gobernador se empleaba constantemente para ejercer extorsiones de dinero. No era posible la sanción de ninguna ley saludable, si no se hacían antes arreglos privados con él. Un aumento en su sueldo ó alguna donación, era lo que siempre se estipulaba de antemano, hasta que por fin se hizo práctica regular presentarle órdenes á su favor, sobre la Tesorería, al mismo tiempo que los proyectos que debía firmar, de modo que pudiese recibir primero el dinero, antes de ponerle su firma á éstos ". — Página 159. — Peor, mucho peor que en estas repúblicas de origen latino. Peor, mucho peor que en el país de los jazmineros y de los alfalfares. — ¡Cómo se ríe, cuando le leo lo que antecede, mi tordo de Bolivia!

¡Cómo se ríen, con orgullosa satisfacción, mis cardenales del Uruguay! — Todos estos abusos, aquí y allá, son patrimonio de las agrupaciones que especulan con el poder, transformándolo en feudo de su divisa, sin que para explicar sus deshonestidades y sus iracundias sea preciso remontarse á los crímenes y á las máculas de la revolución de 1789.

Volvamos, ya y para concluir, á mis cominos de Sud - América.

Ya lo hemos dicho. No era posible que lo borbónico continuase dominando en América. ¿Cómo, decidme, el cautivo de Valencey se presenta en Madrid? Persiguiendo con saña á los mismos hombres que le habían conservado la corona y el cetro, el cetro y la corona que perdió con su cobardía. El decreto del 4 de Marzo de 1814, que mataba el régimen representativo, produjo aquel estado de cosas de que nos habla Cristóbal de Castro en su *Antología de las Cortes de Cádiz*. — " Desatados así el furor y el odio, fué entonces la venganza, la impunidad y la delación el pan nuestro de cada día. En alas del decreto arrasador voló desde Madrid, por España entera, una banda siniestra de rencores. La justicia perdió su majestad; la ley, su imperio; la familia, su paz, y el ciudadano, las garantías de su casa. Corrió por todo el cuerpo liberal el hondo escalofrío de lo trágico, y la tragedia, tras cambiar su noble coturno por las plebeyas botas policiacas, llamaba á media noche, de puerta en puerta, con su iracunda mano delatora ". — Página 37. — Que el cuadro es cierto, lo dicen y atestiguan muchas condenas, que son abusos y que son vindictas. ¿Os acordáis? Ocho años de presidio para Argüelles y ocho para José María Calatrava; seis años de clausura monjil para Antonio Larrazábal y seis

años de clausura conventual para Diego Muñoz Torrero; la pena de muerte para Flórez Estrada y la pena de muerte para Moscoso. ¿Qué hizo, entonces, Europa? Castro lo refiere en el mismo libro, en su libro de 1910. — "Francia é Inglaterra, tras haberse posesionado con sus tropas de las más principales plazas del país, tomándolo como campo de liza y campo de batalla, prosiguieron, tras retirarlas por el tratado de Valencey, luchando aquí, en España, cuando no con soldados y cañones, con plenipotenciarios y con notas. De aquí surgió la camarilla diplomática, en la que, de una parte, el nuncio apostólico Gravina, y de otra el embajador ruso Tattischef, intrigaban con los de Francia é Inglaterra, manteniendo en antesalas y sobre alfombras el mismo odio implacable que en los sitios y sobre el campo de batalla". — Página 55. — Se sospechó como jacobino, á todo lo adversario de lo absoluto. Así estimulados, no consentida más prensa que la dinástica, el furor impune de los realistas se desbordó. Como el ruso y como el inglés, como el apostólico y como el galo, tenían miedo á una reacción, — "que, como fiera en libertad, andaba, con horror de Europa, suelta y en furia por España". — Los peninsulares, como febrífugos, tiritaban en presencia del juez y del polizonte. — "La situación política y social de España es presentada, con unanimidad sombría, como la de un pueblo aterrorizado, por Miraflores, por Marliani, por Alcalá Galiano, por Rico Amat, por Jovellanos, por Toreno, por Cabarrús, por todos los historiadores de la época". — Página 56. — Y lo administrativo estaba corrupto, corrupto hasta en el tuétano. — "El cáncer que corroía el prestigio real, tan mal administrado por favoritos vengativos y por consejeros venales, fué sa-

liendo á la superficie en tales términos, que personas de alta posición y de condición moderada dejaron el partido real, yendo, los menos, á vivir la vida privada, y los más, á engrosar las filas de los que trabajaban por la constitución. Así, las logias, que hasta entonces nutríanse de la oficialidad militar y de las clases burócrata y artesana, fueron tomando lucimiento y brillo con la presencia de intelectuales y aristócratas, que prestándoles su saber y medios económicos, facilitaron y precipitaron la era de las conjuraciones". — Página 75. — Vaya el lector notando las similitudes espirituales entre lo nuestro y lo peninsular, similitudes que irán creciendo y agigantándose en lo sucesivo. Mi ilustre amigo, como muchos historiadores, versado más en las angustias de lo francés que en las zozobras de lo español, no paró mientes en que las ideas revolucionarias, y aún las demagógicas, las recibimos de la metrópoli, del mismo modo que ella las recibía de Londres y París. Observación es esta en la que me complazco, pues no la hallé en otros, y presumo que puede inspirar provechosas lecciones de cátedra. — "Los emigrados, cuyo número aumentaba conforme el gobierno avanzaba por los caminos del terror, asociaban sus medios y recursos á la obra de redención común. Así vino á las logias un aliento espiritual y aún económico que espoleó su acción, originando aquella metamorfosis de lo especulativo á lo práctico y del ritual con mandil á la conjura con espadas. Esta intervención de las logias de fuera en las del país y del espíritu de Europa en el de España, debióse á la romántica mediación de hombres políticos como Flórez Estrada y Mendizábal, de generales como Mina y como La Bisbal, de poetas como Quintana y Martínez de la Rosa, los cuales, en

su inagotable sed liberal, asociaban este fervor del siglo con la exaltada fe en la patria nueva". — Página 107. — Agreguemos, por último, que el triunfo de la revolución en la metrópoli va acompañado por los mismos excesos que va acompañado el triunfo de la revolución en las colonias. Castro, en su ya mencionada *Antología de las Cortes de Cádiz,* lo confirma y demuestra. Fernando, en el mes de Marzo de 1820, promete que jurará la constitución confeccionada en 1812. El pueblo, el que sufría y el que esperaba, desató sus instintos y desbordó en locuras. Se apedrearon casas y templos. Párrocos y ecónomos tuvieron que hacerse constitucionales. Quedó destituído de empleos y honras todo el que protestó contra el nuevo régimen. Los absolutistas y los no absolutistas se odiaban tanto ó más que los girondinos y los robesperianos. En la península imperó furibunda la intransigencia, como en lo francés, como en estas regiones, como en todas partes donde se desmorona lo secular. Una revolución, de carácter trascendental, engendra un clima psíquico, que produce los mismos árboles, con los mismos frutos, donde conmueve el suelo y la atmósfera de las almas. No se necesita, para que esto suceda, que intervengan en esto la clásica elocuencia de Vergniaud y los odiosos andrajos de Marat.—"Mario y Sila actuaban sucesivamente en la guerra implacable de los fanatismos. La camarilla, durante seis años, esgrimió todas las perfidias, hirió con todos los aceros, fué hipócrita, perversa y cruel; asentóse sobre las delaciones y las cárceles como un ídolo indio sobre sus holocaustos, y como aquel Moloch, en Cartago, nutría su deidad con las entrañas palpitantes de los sufetas, la camarilla devoró en silencio famas y vidas de personajes encumbrados. La logia, entroni-

zada ahora y soberbia, siguió á la camarilla por sus caminos de pasión. Y también fué cruel é hipócrita, y se nutrió á sí misma de vidas y honras de los suyos; y apenas en la altura, olvidando el dolor con que había subido, sintió el vértigo de las represalias. La Junta interina, su instrumento, vióse pronto empujada por el vendaval, y las sociedades patrióticas llevaron hasta los ministerios su epilepsia". — Página 143. — ¿No pasó aquí lo mismo? — Es que por algo América se nutrió con el néctar y con la hiel contenidos en los heroicos senos de España.

Creo que, aparte del légamo dejado en nuestra sangre por la muy turbulenta sangre peninsular y aparte del influjo de los sucesos de la metrópoli sobre los sucesos de sus colonias, las generadoras y directrices de nuestras ideas fueron las ideas federativas norteamericanas. Robespierre y Vergniaud no nos preocupaban. Puede afirmarse que apenas los conocíamos, porque el endiosamiento de la revolución se inicia con las páginas históricas de Thiers y crece con los épicos ditirambos de Lamartine. La obra de Thiers, que tuvo una enorme resonancia europea y fué la primera rehabilitación de los revolucionarios del 89, comenzó á escribirse hacia 1823 y terminóse sólo hacia 1827. Como la metrópoli no nos educó para el ejercicio del gobierno libre, nacimos á la vida de las democracias entre tempestades, siendo nuestros errores y vicisitudes, por lógica ley, los mismos errores y vicisitudes experimentadas, desde el motín de Marzo de 1808 hasta la revolución de Julio de 1854, por el partido liberal español. La raza es así, tan romancesca como levantisca, en el francés y en el antillano; pero la raza, en el continente festoneado por las espumas del mar Caribe, buscó el reposo y la libertad cortándose una tú-

nica sobre el molde de la túnica con que se vestían los Estados Unidos de Norte América. Asegúranlo así las luminosas instrucciones del año XIII, y así nos lo confirma el informe elevado por Teodorico Bland al gobierno de Wáshington. El señor Bland fué uno de los delegados que aquel gobierno envió á estos países en 1817, encontrándose publicado su informe en la obra artiguista del muy laborioso y muy erudito don Eduardo Acevedo. Ese informe dice, en uno de sus párrafos interesantísimos:—"El pueblo de esta parte de la América española tiene fijas sus miradas, desde el comienzo de sus luchas, en el ejemplo y en los preceptos de los Estados Unidos, en la orientación de su revolución y en la organización de sus instituciones políticas. Sin entrar, por regla general, en profundos argumentos ó serios estudios, para los cuales no están preparados por su educación y hábitos anteriores, aprecian su situación en block y se dan cuenta de que al removerse las instituciones coloniales han quedado sin ninguno de los resortes del gobierno civil. Contemplando la inmensa extensión de su país, lo han encontrado distribuído en provincias y jurisdicciones y en esa forma gobernado. Han dirigido entonces sus miradas á los Estados Unidos y han visto ó creído ver muchas analogías y una prosperidad que demostraba que todo lo que contemplaban podía ser imitado".

Bland, con lo que he transcrito, viene en apoyo de nuestra tesis acerca del influjo que ejerció la península sobre el movimiento emancipador sudamericano. Las ideas federalistas, en las regiones que fecundan las aguas de los ríos platenses, tuvieron por base la federación centralizada de las provincias en que los reyes organizaron su feudo colonial. La multitud alzóse contra el centralismo de esa federación; pero

conservando el sistema y el nudo de las provincias, nudo que se rompió por faltas ó crímenes del centralismo. Las provincias, hasta en el régimen colonial, fueron comuneras en lo político, comuneras también en lo económico, y se gobernaban por una constitución de carácter firme y preceptos escritos: la Real Ordenanza de Intendentes de 1782.

Fué más tarde, pues fué con el advenimiento y la difusión del romanticismo, que el influjo francés cundió entre nosotros, manifestándose menos en la política que en la literatura. Entonces, y muy especialmente en nuestra época, pueden aplicarse á la patria oriental estas palabras del doctor Luis Alberto de Herrera: — "La América del Sur vive, pues, con el oído atento á las inflexiones de la voz francesa que ha sustituído, en mucho, á la voz de la propia sangre. Así vemos que, á dos mil leguas de distancia, se vibra con las mismas pasiones de París, recogiendo idénticos sus dolores, sus indignaciones y sus estallidos neurasténicos". — Página 12.

Es una dolorosa verdad, verdad que se engrandece cuando se observa que nuestros modernos regeneradores han exagerado todos los defectos de los jacobinos de la Francia de 1893 y de la Francia de 1913. Tienen sus sectarismos y sus intransigencias. Sólo les falta la guillotina. Leo en un libro de Gustavo Le Bon, que se titula *La Revolución Francesa:* — "La naturaleza, los derechos del hombre, la libertad, la igualdad, el contrato social, el odio á los tiranos, la soberanía popular, forman los capítulos de un evangelio indiscutible para sus creyentes. Las verdades nuevas poseen apóstoles seguros de su poder, y, como los creyentes de todos los tiempos, intentaron imponerlas al mundo por la fuerza. De la opinión de los des-

creídos no tenían por qué hacer caso. Todos merecen ser exterminados. Habiendo sido siempre el odio á los heréticos, como hemos hecho notar á propósito de la Reforma, una característica irreductible de las grandes creencias, se puede explicar perfectamente la intolerancia de la religión jacobina. La misma historia de la Reforma nos ha probado que entre creencias afines la lucha es siempre muy enconada. Así no es de extrañar ver en la Convención á los jacobinos combatir con furor á otros republicanos, cuyas creencias apenas difieren de las suyas". — Página 187. — Lo mismo observaréis en nuestras asambleas legislativas, con el agravante de que, en todos los grupos, son muy contados los creyentes sinceros. Se odia, porque el que manda odia y premia el odio, siendo natural que el encono de la llanura siga y responda al encono de la montaña. También observaréis que los que más predican la adoración de la libertad y el odio á los tiranos, son los que más se doblan bajo el imperio del que gobierna y los que más combaten los ajenos cultos. Esa antimonia no es sorprendente, ni puede asombrarnos esa anomalía. Escuchad á Le Bon: — "Las teorías de los jacobinos se reducían prácticamente á una tiranía absoluta. Parecíales evidente que al Estado soberano debían obedecer, sin discusión, los ciudadanos, hechos iguales en condiciones y en fortuna. El poder de que ellos mismos se invistieron era bastante superior al de los monarcas que les habían precedido. Ellos tasaban el precio de las mercancías y se arrogaban el derecho de apropiarse de la vida y del derecho de los ciudadanos. Su confianza en la virtud regeneradora de la fe revolucionaria era tal, que después de haber declarado la guerra á los reyes, la declararon á los dioses". — Página 189. — Si descontáis lo que va de

cultura entre siglo y siglo, veréis que el hoy es una copia terrible del ayer. A ese culto sin dios y á esa tiranía de más de uno, pronto sustituyen la tiranía y la religión de un hombre endiosado. No he de deciros cómo se llama el déspota de aquí; pero puedo deciros que el déspota de allá se llamó Robespierre. Adviértase, por último, que la democracia socialista y militarizada de nuestro grupo gubernamental, ha sabido reunir armoniosamente todos los errores de la democracia de la multitud á todos los errores de la democracia de los hombres de letras. Leo en Le Bon: — "La democracia de los hombres de letras no tiene otro fin que el de crear una selección de donde se reclute exclusivamente la clase directora. Nada tendría que objetar si esta selección fuese real. Desgraciadamente la democracia de los intelectuales conduce simplemente á reemplazar el derecho divino de los reyes por el derecho divino de una pequeña oligarquía, á menudo demasiado tiránica y limitada. Mudando una tiranía no es como se crea una libertad. La democracia popular no tiene por fin de ningún modo, como la precedente, formar directores. Dominada por entero por el espíritu de igualdad y el deseo de mejorar la suerte de los trabajadores, rechaza la noción de fraternidad, y no manifiesta ninguna inquietud por la libertad". — Página 289. — La costumbre de ser regidas autocráticamente, por sus sindicatos en lo social y por sus comisiones en lo político, convierte á las multitudes de mi país en multitudes fáciles de explotar por los intelectuales gubernativos, que, fingiendo tener sus mismas ideas igualitarias, van lentamente sacrificando todas las libertades para afirmar su tiranía robesperiana. ¿Cómo nombra el gobierno á sus servidores en la administración y en la legisla-

tura? Del mismo modo que los jacobinos de la última época revolucionaria, á juzgar por el modo como prepararon su violento poder. Escuchad, para convenceros, lo que nos dice Gustavo Gauthorot en las páginas de *La Démocratie Révolutionnaire:* — "La sociedad de los jacobinos, según Dumouriez, extendiendo por todas partes sus numerosas ramificaciones, se sirve de los clubs de provincia para adueñarse del acto electoral. Todas las malas cabezas, todos los publicistas sediciosos, todos los agitadores fueron elegidos". — Página 44. — Aquí, el que manda, entrega los puestos departamentales al más obediente y al más adepto, para que salga triunfante de las urnas el más adepto y el más obediente. Aquí como allí, ahora como entonces, los diputados suelen ser jóvenes y no muy conocidos, abogados mediocres ó funcionarios públicos. — Páginas 41 y 42. — Es claro que, al permitirme estas comparaciones, mantengo mi opinión sobre el ideal revolucionario. Éste fué sincero, no siendo justo encarnarlo en la plebe, de blusa ó de toga, que lo deshonró. Aquel ideal flota sobre los espíritus, como el galileo sobre las aguas, porque aquel ideal de justicias y libertades es el que nos conduce á las tierras de luz de lo porvenir. Con ninguno que no lo contuviera, como el vaso al perfume y el cráneo al cerebro, podríais reemplazarlo. Sentidlo honradamente, practicadlo con probidad y el ideal bendito, el ideal augusto, el ideal que es república y democracia, fecundizará el alma de las sociedades como el sol fecunda la tierra de los campos. Es por el modo con que lo degradan y desfiguran sus falsos sacerdotes, sus infieles ministros, que exagera sus críticas contra el país en que germinó, también envilecido y desfigurado

por los que le explotaban, la varonil y generosa pluma del doctor Luis Alberto de Herrera.

Libro, como su libro, es labor de valía. Lo que no se discute, lo que sólo refleja la opinión vulgar, lo que no apasiona hasta convertir el comentario en tesis favorable ó contraria á la tesis que combate ó sostiene el autor, ni es digno de vivir la vida de la idea ni permite á la crítica rebasar sus bordes, como río agitado por los soplos del viento y la lluvia salubrificadora. No extraño, entonces, que se exaltaran los doctrinarismos de Max Nordau al tropezar con la aparente vuelta al pasado de nuestro Herrera, sin advertir que, la misma exageración de las opiniones de nuestro tribuno, era un himno amoroso á los ideales que mancilló, como gota de tinta sobre las alas de una blanca paloma, la estúpida maldad de los carniceros de 1793. El político movía la pluma del escritor, señalando el riesgo que amenazará siempre á estas democracias, donde imperan como duques feudales los advenedizos, menos amantes del ideal revolucionario que de la tiranía revolucionaria de Robespierre. Ved si el cuadro de entonces no es el cuadro que ofrece nuestro país en el primero de los semestres de 1916. Otros, no menos cultos, batieron palmas ante la obra audaz y erudita de un sudamericano, diciendo así el ilustradísimo Cardenal de Cabriéres sobre el libro del caballero andante del Uruguay: — " El señor de Herrera escribe, como pensador y filósofo cristiano, con una gran altura de miras. Presenta á nuestro querido país, al mismo tiempo que con alguna apreciación severa, con un conjunto de juicios muy simpático y que justifican, en parte, lo que él llama tan graciosamente la fascinación de la Francia. Son muchos los autores extranjeros que, exagerando nuestros defec-

tos, parecen triunfar con nuestras faltas. Se ve que el señor de Herrera nos ama y que desea, con ardentía, la completa resurrección de un pueblo que tiene una historia tan larga como bella ". — Más categórico, mucho más categórico en sus favorables apreciaciones, es el señor Gustavo Gautherot. Éste, en una carta dirigida á nuestro compatriota el 7 de Marzo de 1913, se congratula de coincidir en propósito y en criterio con nuestro amigo, juzgando que ya es hora de que " las razas latinas, cuyo genio es muy superior al genio nebuloso de las anglo - sajonas, vuelvan á enseñorearse del mundo del pensar. Ellas se orientarían en ese sentido, si se reuniesen, formando bloque, contra las ideas, en el fondo tan ridículas como mortales, de la revolución llamada francesa. "

Y hablemos ya, pues el espacio de que dispongo me dice á gritos que se concluye, de la segunda de las obras que nuestro amigo publicó en París.

II

El Uruguay Internacional es, por el estilo y por las ideas, la más interesante de las concepciones del doctor Luis Alberto de Herrera. No puedo examinarla con detenimiento, pues harto me detuve en lo que antecede; pero sí quiero llamar vuestra atención sobre las bellezas de forma y de propósito que la iluminan con luz zodiacal. El libro se abre con un canto al país, al dulce paraíso de nuestros amores, canto que se convierte en oda cuando trata del heroísmo rudo y la fuerza expansiva de la raza nuestra, del terruño nuestro, que le dió los azules brochazos de su atmósfera y de sus aguas al pincel generoso de Larravide,

como puso la música de sus bosques y de sus yuyales en los ritmos creados por el numen feérico de Dalmiro Costa.

Escuchad. Es de mucha hermosura lo que váis á oir. Es un arrullo para los sentimientos más levantados del corazón. — " Cuando se recorre con la vista el perfil atlántico, nuestro nido se destaca sobre el mapa como una atalaya. Dos tajos profundos hizo la naturaleza en esta costa del océano: el estrecho de Magallanes y el estuario del Plata. A la entrada de este último despliega sus contornos nuestro territorio. La voz secular proclama la excelencia de nuestros puertos y ensenadas, tantas veces hospitalarias para los marinos en desmayo. A menudo enardeció codicias el atractivo de ese litoral generoso. Así nacieron las ciudades, ribereñas hoy, fortalezas de antaño, brotadas en el desierto para despojar, ó para ser escudo contra sospechados amagos de despojo. Blasonada por esas disputas, que sólo por lo bueno se cruzan las espadas, surgió Montevideo, ubicada donde está, antes que por la previsión hispana, por la sagacidad del portugués. En la Colonia el reto se repite, en términos tan amplificados que el eco de esas querellas trascendió los mares. En Maldonado asientan, la piratería y el contrabando, la sede de sus audacias ". — Página 14. — " Todo lo imposibilita la lejanía del mar. Las ideas sufren retardo; la inmigración queda en la jornada, solicitada por perspectivas de apariencia más fácil; los estímulos externos que tanto ayudan en las incertidumbres de los primeros ensayos, pierden voz en el fondo de las soledades ". — Página 16. — " Sin riesgo cabe sostener que nuestra independencia hunde sus mejores raíces en las aguas platinas. Bajo diversos aspectos puede encararse este aserto

y siempre resultará robustecida su veracidad. Estudiándolo en su cariz menos iluminado por la fantasía, pero, con certeza, el más vigoroso, nos sale al encuentro la cuestión económica. En efecto, nuestro país, ¡fortuna grande!, no paga subordinación á las aduanas extranjeras. Nada estorba el itinerario de sus mercaderías. Así se explica, á pesar de los trastornos sufridos, el extraordinario desarrollo alcanzado por nuestra riqueza. Nuestros productos son de primer orden; pero valdrían menos sin la fácil salida al exterior. Libres están ellos de largas y costosas peregrinaciones. Sólo por horas debe medirse el espacio de tiempo que separa á las más distintas localidades de las aguas fronterizas. Igual ventaja favorece el impulso penetrante de las ideas fecundas y de los adelantos materiales. Observémoslo bien: por el gran río protector han entrado y siguen entrando todas las influencias redentoras". — Páginas 17 y 18. — La observación es digna de tenerse en cuenta. Es profunda y exacta. La cultura asiria nace en los bordes del Tigris y el Eufrates. La cultura egipcia la amamantan las grandes crecientes del Nilo. Recordad la historia del Mediterráneo. Es mar de transición entre Europa y África. Los fenicios lo exploran veinte centurias antes de nacer Jesús. Los fenicios son los maestros de Grecia. Grecia es el Tirreno. Se nutre con el yodo del Anfitrite. Le arrullan los tritones que saludaron, con el son de sus caracolas anacaradas, el nacer de Venus. A los soplos salobres de los tumbos que mueren en las playas de Jonia, Praxíteles pulirá sus estatuas, y Píndaro compondrá sus odas, y Platón soñará sus diálogos, y Demóstenes dirá sus discursos. Eratóstenes y Hecabeo, junto al mismo oleaje, encontrarán la geografía en plena edad pagana, como en el

siglo trece, junto al golfo de Nápoles, encontrará la brújula el físico saber de Flavio Gioja. Roma no es Roma hasta que sus bajeles anclan en el Pireo y llegan á España. El progreso nace á orillas de los ríos que no tienen fin ó de los mares que no tienen fondo. Catalanes y mallorquinos, durante la edad media, durante las centurias de los torneos y los autos de fe, mantienen en constante comunicación el alma occidental con el alma de Oriente. Venecia es república, Pisa es república y Génova es república, cuando con sus bajeles se adueñan del mar y descifran el canto de las sirenas. Venecia, entonces, venció á los turcos en Anatolia. Venecia, entonces, se cubrió de cúpulas bizantinas, que reposan en grandes columnatas de mármol y pórfido, como las columnatas y como las cúpulas de San Marcos. Génova, entonces, tuvo por tributarios á los reyes de Chipre, y levantó torres de señorío en los valles del Cáucaso. Pisa, también entonces, enalteció su origen pelásgico, hombreándose viril con la potestad de Venecia y Génova. El doctor Herrera tiene razón. Un río, como el nuestro, vale un tesoro. Sigamos transcribiendo: — "Recién asistimos al bocetamiento de lo que será la América del Sur: dentro de esa imperfección inicial, algo así como el asomar de una cúspide se acusa en nuestra latitud". — Página 26. — "Incurriríamos en omisión callando juicio sobre nuestro medio. El territorio oriental califica, en su desarrollo, una feliz conciliación de los elementos extremos. Ni chaturas de planicie, ni asperezas de montaña. Presenta, es cierto, rasgos de la una, sin llegar jamás á la monotonía pampeana, contradichos por características de la otra, que tampoco alcanzan á identificarla con el paisaje abrupto". — Página 27. — "El cuadro no evoca las torturas de la

estrechez. País insuperable por la ganadería, ningún cataclismo interrumpe el desenvolvimiento de sus riquezas. Tal vez en otros medios encuentre el hombre mayores exuberancias; pero no habrá rivalidad que aventaje al conjunto uruguayo. Clima dulce; suelo feraz; grandes energías creadoras. Por otra parte, las tareas campestres, viriles y pintorescas, son escuela de gallardía. Ajenos á las rudezas del trabajo minero, libres de las servidumbres que dejaron señal dura en la fisonomía de otras comunidades, nuestros paisanos, desde tiempo remoto, han vivido en el ejercicio constante del músculo, familiares con el peligro y con sus acres emociones. Nacido en territorio tan generoso, bien regado, lleno de sol, propicio á las contradanzas del guerrillero, con una posición estratégica en cada verija del terreno, nuestro criollo, su producto, debió ser recio de alma y de cuerpo, aventurero, varonil, voluntario de todas las justas intrépidas ". — Página 28. — " Perfil fino; curtida la tez, en campaña, por el sol tostador; pelo lacio; buena estatura; expresión todavía española en la mirada. En el fondo del temperamento mucha melancolía. Acentuado el ceño. Corta la frase. Preferido el hecho, aún acentuado, á la música de las frases. Acero en la convicción. Con brío y honor se la sirve, poniendo á su orden un romanticismo trágico. Quizás en ningún escenario del continente se ha derramado tanta sangre, y sangre tan buena, en homenaje á un ideal más ó menos incierto, pero honradísimo de democracia. Sólo los hogares uruguayos saben cuántas purezas sentimentales y cuántas abnegaciones sin nombre han devorado las contiendas dolorosas. ¡Ágiles para la acción y fuertes de espíritu!" — Página 29. — Primorosamente, muy primorosamente, sentido y expresado.

Acentuemos, en los detalles, á vuela pluma. Mirad el patrimonio que custodian las lanzas de que habla el himno patrio, el himno varonil, el himno inmortal. El cielo limpio y fúlgido, donde las nubecillas blancas y tenues, son á modo de velas que se vislumbran errantes sobre el mar; los ríos, saltadores y de corvo curso, en los que las espumas parecen como cuerpos flexibles y nacáreos de náyades antiguas; las costas, con el verde de plata de los sauces y con el áureo verde de los juncos jóvenes, en cuyos finos tallos, cinturas de ninfa, juegan y se columpian los silfos del pampero; las sierras, en cuyas cumbres deslíe el sol sus tintes de rosa en los crepúsculos del alba y de la tarde, en tanto que el cincel de nuestra artística naturaleza, el cincel de las aguas y de los vientos, dibuja en sus peñascos como heráldicos brutos de plutónico origen; los cerros rojos, aislados, erguidos, á cuyos pies se extienden los pastoriles campos que alfombra el macachí y pueblan los vacunos; las pendientes por donde suben las tardas carretas, cargadas de mies y que custodian perrazos negros, cantando al trepar, con el ferruginoso ritmo de sus ejes, las canciones de antaño; los médanos, el chilcal, el monte sombrío y el valle trebolado, en el que las ovejas, de ojos mansísimos y sedoso vellón, sueñan en no se qué país paradisíaco bajo la claridad de la luna llena y rojiza, como una inmensa flor en que lo amarillo se funde y se amalgama con uno de los tonos de lo purpúreo. Oasis, edén, maravilla, patria, ¡cómo describirte y cómo no adorarte! ¡Cuánta fecundidad, cuánta exuberancia, cuánta riqueza, cuánta ardentía en el producir, cuánta ternura en el seno pletórico de donde salen la panoja del maizal, la coraza de la mulita, los remos del venado, las plumas del churrinche, el dátil de la palma,

y el grito del chajá! Pero no os engañéis: en lo dulce, lo trágico; en lo gentil, lo férreo; en cada carmen, una epopeya; en cada mata, un sacrificio y una abnegación; en cada soplo que va del llano á la cima, el grito de combate de Zapicán, y en cada soplo que baja de la cima al llano, un cimbro de bandera que llora desastres como el desastre del Arapey ó que canta victorias, con timbales que suenan á galopes de potro, como aquella victoria de Sarandí. Tiene razón, tiene mucha razón, tiene razón sobrada el doctor Herrera. ¡Así es el Uruguay! ¡Así, como panoplia donde están en cruz el hierro del arado y el hierro de la espada, es la tierra de Artigas!

No quisiera extenderme, y olvido mi propósito. Siempre pequé por olvidadizo. Continuemos, sin comentar con amplitud. El autor señala los factores adversos á nuestra independencia. Repite, amplificándola, la misma tesis que ya sostuvo en otros de sus libros. — "Los grandes fronterizos nos aplastan". — Página 53. — "Para el Uruguay, el peligro brasileño ha desaparecido". — Página 101. — "La adquisición del territorio oriental ha sido ideal predilecto de ambos limítrofes. Las conveniencias de su política inclinan al Brasil, luego, á renunciarlo en forma definitiva". — Página 105. — "Es el Brasil una gran nación, también en plena pujanza. Durante largo tiempo fiebres endémicas alejaron de sus puertos á la inmigración; pero de época tan adversa sólo queda la mala memoria. Su progreso ya solicita la atención europea. Brotan las ciudades; victorioso el industrialismo; multiplícanse las líneas férreas y se consolida la estructura nacional. Pero, ¿apunta motivo de inquietud, para los orientales, ese desarrollo, también pasmoso?" — "No hay ola social capaz de romper la

barrera opuesta por el lenguaje. Jamás asistiremos en la paz, y menos en la guerra, al fusionamiento de dos razas bien caracterizadas y varoniles". — Página 141. — Obligado á expandirse, ¿hacia qué parte lo haría el Brasil? — Yo creo que lo haría, siempre que pudiera y á pesar del idioma, hacia el Uruguay. Nuestro territorio, que un día creyó suyo, es la continuación, por el clima y el corte, del territorio de Río Grande. Su suelo, en lo nórtico, va á lo venezolano y á fronteras guayánicas, que están muy lejos; pero, por el sur, parece que tuviera, por fin natural, las ondas del Plata. No creo en el peligro, en ningún peligro; pero, cuando doy en soñar con lo trágico, no me tranquiliza nuestra cordialidad, de fecha muy reciente, con el Brasil. El contrapeso lógico es la Argentina. Ésta, que tiene su pórtico de espumas en el estuario y que está umbilicada á la brasileño por el horizonte donde muere el antiguo sol imperial, siempre miraría con adustez todo intento de avance á que lo luso se aventurara por el sur y el oeste. El peligro naciente, el único peligro, ¿dónde buscarlo? El doctor Herrera nos dice que el peligro está en Buenos Aires. Está en la penetración pacífica y lenta, que es la más grave y la más positiva de las pentraciones. ¿Cómo se verifica está penetración? — "La actual prosperidad de la república muy poco debe al empuje argentino. Su impulso no ha cruzado el río. En nuestra evolución económica para nada cuenta ese factor. Ninguna empresa de fuste lo representa. No hay un riel, una institución bancaria, un gran intento renovador que traiga aquel origen. Natural que así ocurra tratándose de un país inmenso y en plena transformación, que necesita de todos sus recursos; pero también es natural que concretemos una evidencia muy importante,

á menudo descuidada por el criterio público. Idénticos comentarios son aplicables á la iniciativa brasileña, nula entre nosotros ". — Página 121. — Una de las formas de la penetración, la que se produce por la riqueza, queda descartada. ¿Del todo? No. — " La propiedad argentina, en la república, antes mínima, empieza á dilatarse; al revés de lo que ocurre con la propiedad brasileña, en pleno retroceso ". — Página 131. — Existe otra penetración, y esta sí es de temer, porque nos desangra. — " Un éxodo sin pausa, cuyo severo estudio desdeñan los gobiernos, más ocupados de arrancar al pueblo sus derechos que de robustecer el porvenir de la patria mediante una sabia política interna y externa. Cuanto más se medita sobre este ausentismo tenaz, aumenta la desazón de los buenos ciudadanos. El gran escenario inmediato nos arrebata masas enteras de nativos. Ante evidencia tan desoladora resulta pequeña la explicación ofrecida por el permanente malestar cívico en que vivimos. No; sin negar la colaboración de factor tan lamentable, debemos atribuir la causa máxima del fenómeno á la sugestión que brinda al esfuerzo privado la otra república, asociación humana en afiebrada actividad. He aquí un alarmante testimonio de fusión pacífica, desconocido, con tal intensidad, en los demás países sudamericanos ". — Página 145. — No son, sin embargo, muy alegres las horas lejos del país. No es, sin violencia, que se aclimatan los corazones de los emigrados. Algunos, como yo, no se ciudadanizan ni en la juventud, ni en la edad madura, ni en la vejez extrema, cuando ésta les sorprende en el extranjero. Son múltiples y profundas, las causas del fenómeno. ¿Para qué analizarlas? ¿Para qué disculparse? ¿Para qué decir que son muchos, muchísimos, los que se sienten,

aunque lo oculten, extraños y dolorosos en las dos riberas, hasta que el tiempo cicatriza la úlcera por la dulce virtud de la resignación? La sordidez del ambiente económico y el rencor político, que dificultan la conquista del pan y la conquista de la quietud, harán que el fenómeno lamentable se perpetúe, vinculándonos justicieramente á los argentinos. Es por eso que, si el peligro existe, el peligro siempre se resolverá sin que se empurpuren las ondas del Plata.

La culpa no es tan sólo de los que se alejan. La culpa, en parte, es del ambiente que los rechaza. El desplazamiento se produce por el contraste, económico ó ético, entre el medio nativo y los que se van para no volver. Vivir es la suprema ley biológica, y vivir con decoro es un altísimo precepto moral. En una de esas leyes, cuando no en ambas, encontraréis la clave de la novela de los que emigran. Hacen mal, sin duda; pero no quieren ser pordioseros sin dignidad ó mercenarios sin pundonor. Muchos se van, como el caudillo galo de noble memoria, en busca de un refugio donde morir libres, sin que el cierre de codos de los pequeños y la vesánica perversidad de los poderosos les regateen el aire y el sol. Otros se van, cual los aventureros de la epopeya de la conquista, tentados por el hada de la fortuna, prefiriendo lucir, en un medio desconocido y cosmopolita donde no tienen amistades ni amores, la risible virtud de sus zapatos rotos. El doctor Herrera dice perfectamente cuando nos dice: — "La sugestión regional de Buenos Aires no exige prueba. Todos los días ésta incorpora elementos disgregados de nuestro organismo, y si antes pudo atribuirse á causas transitorias de civismo tan deplorable fenómeno, al presente esa explicación no basta. El sentimiento nativo sufre desgaste en aquel

gran medio hospitalario donde, como ocurre con todos los huéspedes, permanecen ignorados para el forastero los defectos domésticos y adquieren realce injusto los del país de origen. Allí pronto mueren las nostalgias y se forman hogares que no necesitan, ni piden, la sombra de nuestra bandera". — Página 132.
— Es cierto. Es positivo. Hay verrugas, también, en el rostro de la Argentina; pero no son, afortunadamente para sus hijos, las verrugas que hallamos en el semblante de Montevideo. El poder, aquí, engrandece á los hombres. El poder los deprime, poniendo de relieve sus instintos más burdos, en el Uruguay. Sarmiento ocupaba, y era orgulloso, una elevadísima posición pública. Un autor cómico, amigo del escándalo y la ganancia, estrenó una revista caricaturándole con habilidad. Sarmiento lo supo, asistió al teatro, escuchó la obra, festejó sus gracias, aplaudió sus chistes y pidió que le presentasen al sainetero. Un hombre de leyes, que es literato é historiador, escribió una serie de artículos violentos contra la candidatura presidencial de Roque Saenz Peña. Cuando Roque Saenz Peña subió al poder, purificando la atmósfera electiva de esta democracia, alguien le dijo que el adversario de su candidatura se encontraba pobre y sin orientación. El doctor Saenz Peña, que respetaba, como buen caballero, las convicciones firmes y probas, — sorprendió al literato y al periodista nombrándole rector de uno de los colegios de Buenos Aires. El general Roca, que conquistó el desierto para la azada y el abecedario, designó al doctor Mariano Varela, que figuraba en el grupo de sus más empeñosos opositores, miembro de la Cámara de lo Civil. El general Roca, que recorría solo y á pie las calles más céntricas de la capital, designó al doctor Antonio Bermejo, revolucionario y

portaestandarte del partido mitrista, para presidente de la Corte Suprema de la Nación. — ¿Ocurre lo mismo en el Uruguay? — El odio nos gobierna y el rencor nos exila. — Aquéllos, á los cuales no amparó la bandera en el suelo nativo, la besarán con ansias del corazón en el extranjero; pero sabiendo bien que nada deben pedir á sus diplomáticos y á sus cónsules, aunque la lluvia arrecie, en esta tierra grande y hospitalaria. Los hogares, que aquí se forman, hacen cuanto es posible para no olvidar, lo que ya es un mérito, — y mérito no escaso, cuando nada ni nadie se esfuerza en mantener vivas sus afecciones por el patricio lar. Acaso ellos, fundiéndose y amalgamándose con los argentinos, contribuyen á que parezca criminal y sacrílego el pensamiento de que se empurpuren las olas del Plata.

América es el universo de las repúblicas. América será el universo de las justicias del arbitraje. Yo confío en América. Yo creo en la Argentina y en el Uruguay. Las tendencias imperialistas no turbarán las calmas del estuario, como, á pesar del griterío de las pamperadas, sigue distribuyendo equitativamente sus claridades la corona de estrellas de los azules cielos del Sur. Fundemos, para siempre, la diplomacia de la verdad, pensando que, al inclinarnos ante la excelsitud de los derechos de todas las banderas, se agigantan el himno y el escudo que conquistamos en honrosa lid, cuando Güemes se trenzaba con los hispanos sobre el verdor de Salta y cuando Andresito voceaba á los pórtugos sobre los pastizales de las Misiones. El Río de la Plata tiene dos dueños, cuya heredad divide la línea que separa las dos mitades del golfo de agua dulce que descubrió Solís. Yo comparto, por razones de lógica y sentimiento, el altísimo parecer de Agustín

de Vedia. Éste nos dijo, poco antes de morir, en su obra sobre *Martín García y la jurisdicción del Plata:* — " A medida que las leyes persistentes de la naturaleza han ido entorpeciendo los canales occidentales y llevando las aguas caudalosas del lado de la ribera oriental, á donde ha sido necesario trasladar la línea de la navegación, se ha ido complicando la política fluvial y dando nacimiento á nuevos problemas que es necesario resolver amigablemente, de todos modos, para bien de la humanidad y especialmente de los Estados del Plata y de sus afluentes. Felizmente, para llegar á ese resultado no es necesario inventar nada nuevo: basta seguir el criterio invariable con que, desde los tiempos más lejanos hasta nuestros días, han sido constantemente encaradas y allanadas todas las dificultades que se han ido suscitando en las relaciones de vecindad. Ese criterio uniforme suministra una pauta segura, sobre la cual podemos fundar el orden permanente de nuestras relaciones. Todo se liga en el mundo moral como en el mundo físico, y la política debe basarse también sobre la observación de la naturaleza. El sistema fluvial de esta región sudamericana invita á todos los Estados á quienes comprende, y muy particularmente á los ribereños del Plata, á una organización que puede inspirarse en el orden admirable de esos ríos que desempeñan su función propia, fecundizan el suelo que riegan, se confunden con otras corrientes poderosas, y van á llevar al océano, con sus aguas, los ricos y variados productos de todas las zonas, destinados á los grandes mercados del mundo, por los millares de buques que acuden á sus puertos, abiertos á todas las banderas ". — Páginas 292 y 293. — Dice el mismo autor, refiriéndose á la teoría del monopolio exclusivo del Plata:

— "Los que hoy quieren alterar la geografía política de esta región, han debido empezar por estudiarla, relacionándola con las fuentes históricas. Nada puede fundarse sobre sofismas y sutilezas. Y no es otra cosa lo que se intenta cuando se quiere establecer todo un sistema nuevo, y despojar á un Estado de sus derechos más sagrados, alterando las denominaciones históricas, desconociendo los más solemnes tratados internacionales, deduciendo limitaciones de fórmulas no comprendidas y mal aplicadas. El Río de la Plata perteneció exclusivamente á la corona de España, en tanto que ella pudo contener al menos las ambiciones del reino de Portugal que le disputaba la margen septentrional. Las Provincias Unidas sucedieron á España, formando parte integrante de esa República la Provincia Oriental, manzana de discordia entre los dos reinos y sus sucesores. España y las Provincias Unidas pudieron ejercer plena soberanía y jurisdicción sobre las dos márgenes. Pero el sistema del virreinato se desmembró. Varios Estados se separaron. Se dividió el dominio territorial é internacional, y con él la jurisdicción respectiva. El Río de la Plata dejó de pertenecer exclusivamente al mismo soberano, desde que los sucesores de España y Portugal renunciaron á todos sus derechos sobre la Provincia que llamaban unos Oriental, otros Cisplatina, á fin de que se constituyese en Estado soberano, obligándose además, de común acuerdo, á defender y garantir su independencia é integridad. Las Provincias Unidas, consideradas como unidad nacional, aunque ésta era sólo una aspiración, dejaron de ser dueñas exclusivas de las dos márgenes del Plata, y por lo tanto, de dominar la parte del río que venía á formar el límite natural, la frontera fluvial de la nueva república, entrando en ella como un acce-

sorio de la tierra firme. El río, conforme á los principios generales en que nos hemos detenido, era también, en cierta medida, una parte integrante del territorio emancipado, y para que otra cosa se entendiera, sería indispensable que una excepción expresa se hubiese consignado en los tratados; ó que pudiera invocarse algún título ó privilegio especial, en oposición á esa regla común. Eso es precisamente lo que enseñan todos los maestros del derecho". — Páginas 302 y 304. — "No hay título alguno especial que invocar para fundar una soberanía exclusiva é influyente, de la una á la otra margen. No hay actos de cesión, ni reconocimientos sometidos á condiciones ó restricciones. Nunca se ha puesto en duda la perfecta integridad del Estado. Sus aguas no han sido propiedad originaria de la Argentina. Los Estados independientes, que antes formaron parte del virreinato del Río de la Plata, no deben su territorio á desmembraciones ó cesiones de aquélla, para que puedan reconocerle el derecho de limitar su soberanía ó jurisdicción". — Página 306. — "La teoría del monopolio de las aguas pasará como una veleidad pueril y caprichosa; el buen sentido, las sanas y patrióticas inspiraciones de los verdaderos estadistas se sobrepondrán, tranquilizando los ánimos. La República Argentina, que con un espíritu superior de equidad y fraternidad, arregló todas sus cuestiones de límites, no es la que ha de crear conflictos imaginarios para disputar á la República del Uruguay, su aliada natural, derechos esenciales que á ningún gobierno se le ocurrió desconocerle en medio siglo de vida constitucional y en un siglo de vida independiente". — Página 313. — Así lo esperamos. Todo, aquí, nos lo dice. Dudarlo sería ofender sin razón al pueblo que nos hospeda. La democrática

cuna de Moreno y la libertadora patria de San Martín, aún contrariando sus propios intereses, permanecerá fiel al compromiso de honor que contrajo al firmar la paz del año 28, respetando la propiedad que justamente nos corresponde en las aguas del Plata y que jamás nos discutieron sus gobernantes en el largo período que va desde Mitre á Quintana.

Poco me importan dos ó tres dictámenes aislados. Los hombres políticos necesitan una escalera que facilite la ascensión de sus ambiciones. Esos dictámenes no prevalecerán. El río para todos, lo que es difícil, ó tres millas de agua para cada uno, ó repartir el río, desde la línea media, entre nosotros y nuestros linderos. Aún cuando estos derechos no se discuten oficialmente, por ser conocidos, el arbitraje los aclararía si se discutieran. El arbitraje será la ley suprema del porvenir. Lo que me preocupa, principalmente, es el pleito interior. Emancipemos por la cultura y por la concordia, en tanto crecen la idea de la paz y la sed de justicia en el universo. Mientras subsista el odio que nos divide, como el autor enseña, todo estará en pañales. Cuando el odio concluya, — cuando el hogar se aquiete, — los campos verdes, las vacadas sin número, las ruedas volteando con energía, y nuestros prodigiosos saltos de aguas convertidos en prodigiosa fuerza motriz, centuplicarán el vigor de los músculos nacionales, sin que el crecer de nuestros vecinos aminore ó se oponga á nuestro crecer. Europa no es América. Cuando América llegue, por la república y el silabario, á la edad de Europa, la paz de la justicia será en el mundo que descubrió Colón.

Sostengo que el peligro es una pesadilla macabra y transitoria. Sostengo que no hay duendes por el lado del río, y que no puede haberlos mientras sepamos ra-

zonar sin herir. Sostengo que, con afirmar caballerescamente nuestros derechos siempre reconocidos por los más luminosos, arribaremos al arbitraje con el beneplácito de la justiciera opinión argentina. Se deshonraría, el que lo rechazara, basado en su poder, *quia nominor leo*. La que lo aceptó magnánimemente en sus pleitos con Chile, llegará al arbitraje, que encumbra y no mancilla, en sus desavenencias con el Uruguay. Concibo la tesis de la nación armada, para que nuestro ejército deje de ser un ejército de partido; pero esa tesis, como medida de precaución, no satisface ni á mi sentir ni á mi razonar. Armarnos, ¿para qué? Si somos tan pequeños, como se afirma, armarnos y reñir sería conquistar la gloria sin venturas de Servia y Montenegro. Si no somos tan débiles como se supone, y nuestra historia dice que no lo somos, armarnos es tentarnos para alguna aventura que mirará con ceño la majestad del sol cuyos rayos calientan las olas del Plata.

No busquéis alianzas, ni penséis en soldados. Buscad razones, acercad los espíritus, predicad la justicia, sostened el derecho de todas las patrias á las corduras y á las clemencias del arbitraje. ¿Qué son, en el fondo, las alianzas? No son, en el fondo, sino facilidades para agredir. El pánico las crea; pero, á la larga, modifican su rumbo por el deseo de la avidez. Ninguna he conocido que en bien concluyera, pues todas, por razones más ó menos plausibles, de rojo se vistieron, y acabaron en trágicas. Bien está cada pueblo sólo bajo su luz, que madura la vid y sazona el trigal y verdea la grama y acaricia amorosa sus libertades. Los ejércitos cuestan, por otra parte, un sacrificio enorme. El poder militar está muy vinculado al poder económico. Necesitamos nuestro dinero para cosas más útiles que com-

prar bayonetas y adquirir mochilas. Escuelas, sí; cañones, ¿para qué? Los cañones, en las democracias civilizadoras de que formamos parte, son un delito. Ya sé que pocos nos imitarán en el continente. Los del sur se arman, por miedo al vecino, que se arma también, cuando podrían enriquecerse, — suprimiendo cargas abrumadoras para los sin fortuna, — dejando sus espadas de recelosos sobre el altar sin sacrificios del arbitraje. Los norteamericanos, envanecidos de su grandeza, sufren el vértigo de la expansión. Los norteamericanos, garra con guante de leguleyos, han sido y siguen siendo imperialistas. Los norteamericanos son un peligro, más que un escudo, para Centro América. Los norteamericanos, por el convenio Chamorro-Weitzel, acaban de comprarle á Nicaragua, sin ningún escrúpulo, costas y ríos que no pertenecen sólo á Nicaragua, por lo que protestan Colombia y Costa Rica y Salvador y Honduras. Los norteamericanos son un peligro, más que un escudo, para la patria donde se oyó el grito de Dolores y la canción de Puebla. Méjico ya tenía la guerra civil. Méjico tiene, ahora, la intervención armada y la lucha intestina. Compadeced á Méjico.

Europa nos deslumbra y nos extravía. Porque ella tiende al militarismo, consideramos el militarismo como ley venidera. Me asombra nuestro error. La inquietud del presente, esta innoble inquietud, nos garante las calmas fecundas del futuro. Las madres, enlutadas, se cansarán. El soldado, más cuerdo, preferirá la fábrica al cuartel. El maestro, más libre, enseñará á los niños que es mala gloria, aunque se la disculpe por los sofistas, la gloria de las armas. El pueblo se opondrá, se opondrá virilmente, cuando sus mandatarios, con diadema ó sin púrpura, le enseñen el ca-

mino que conduce al despojo y en donde se levanta la cruz en que agoniza el mártir del derecho. Creamos en las patrias, afirmemos que su vida es sagrada, sostengamos que durarán con su escudo y su idioma; pero, clavando las pupilas proféticas en el tiempo que viene, digamos que las patrias futuras serán fraternales, que ya el cañón no robará á los hombres el bien de la vista, que ya la metralla no turbará los sueños de las madres en lloro, que ya la ley marcial no hará que el campesino se aparte de los bueyes de ojazos dulces y que el obrero cambie la civilizadora labor del taller por la labor inicua de matar al obrero que viste el uniforme de otro país. Los políticos, que agitando el orgullo ó las ambiciones de sus connacionales, prediquen el degüello ó la usurpación, serán desalojados por los políticos, ansiosos de justicia y ansiosos de cultura, que prediquen la luz del evangelio del arbitraje, porque el derecho de los demás será reconocido y acariciado como derecho propio por todas las patrias en las horas sin sangre del tiempo futuro. La moral privada, la que prohibe el robo y el asesinato, será también la moral de los códigos y las empresas internacionales, transformándose en deseo y en realidad aquella nunca interrumpida ascensión del hombre hacia el progreso con que soñó el alma generosa de Condorcet.

¡Os afirmo que nadie conseguirá, para imponer lo injusto, que cambien de color las espumas del Plata!

El servicio obligatorio, la conscripción forzada, plasma á los ciudadanos para la servidumbre y modela á los pueblos para la dictadura. El inglés, tan práctico como celoso de su libertad, lo resistió hasta en medio del fragor del combate, porque conoce que su adopción conduce fatalmente al militarismo. Mirad el cuadro

que nos ofrece el magistral pincel de mi queridísimo compañero: — "Al ejército profesional, cristalizado en las exclusividades de su estatuto, lo reemplazaría dilatando su concepto, la soberanía en acción. Cerrar de una vez el escalafón y mientras todas las estirpes se confunden en los campos de maniobras, para aprender á servir á la patria, esmerarse en la formación de una oficialidad científica y pundonorosa; traer profesionales del extranjero; pedir alta enseñanza técnica á miembros del ejército prusiano ú otro; enviar á los hombres de espada que se distingan á perfeccionarse en Europa; construir polígonos de tiro; levantar el plano militar de la república; regir el ascenso por la competencia; crear la Escuela Superior de Guerra; fortificar la marina; imponer á sus dirigentes el estudio de nuestras costas y canales; exigirles práctica naval; en una palabra, preparar al pueblo todo para la defensa eficaz de su bandera". — Página 261. — El cuadro es hermoso; pero no me persuade ni me seduce. Confieso, francamente, que me desorienta y atemoriza. Como la guerra no es el estado natural de los hombres cultos, como la guerra no es un oficio que los mejore y los dignifique, no cabe en mi meollo la tesis de educar á las sociedades civilizadas para el incendio y el asesinato. Paréceme que nos hallaremos más intranquilos, y mucho más pobres, cuando tengamos: submarinos con tubos que vomiten torpedos, máquinas de volar con ametralladoras perfeccionadas, reclutas con saudades de trébol de cuchilla, retóricos tenientes con quepí á la francesa y metafísicos capitanes con casco á lo teutónico. Debo advertiros que, á pesar del imperialismo del estandarte de las estrellas, sus congresales acaban de rechazar las reformas que propone y propicia el ministro Baker. Los congresales de la gran

república creen y manifiestan que un ejército poderoso es un constante motivo de inquietud y un fardo abrumador en las horas de paz. ¿Se engañan? No. España, para obtener un ejército de quinientos mil hombres y un lugar honorable en la flota guerrera del mundo europeo, malgastará anualmente veinticinco millones de pesos oro. Calcúlese lo que podría hacerse, con esa suma, en beneficio del adelanto espiritual y moral de España. No ocultaré que no me asombraría que se modificaran las actitudes de los legisladores norteamericanos; pero si esto sucede, lo que lamentaré, esto sólo se deberá á lo prolongado de las desventuras que agobian á Méjico.

Yo soy un guerrillero. Creo y confío en las virtudes maravillosas de la montonera. La montonera fué nuestro orgullo, y es nuestra gloria, y será siempre nuestra salvación. Nuestras tropas de línea más avezadas, las más selectas, no son sino pichones de montoneros acuartelados.—¡Viva la libertad, el mejor de los bienes, hasta en el modo de defender el terruño bendito y la enseña adorada! — Establecido ya, categóricamente, que rechazamos el calor de las alianzas, porque no dan ni quitan derechos, y establecido así, categóricamente, que rechazamos de igual manera las actitudes intranquilizadoras, porque tampoco dan ni quitan derechos, réstanos sólo el camino sin púas de los razonares, el camino de luz que nos conducirá á la concordia y á la justicia. La razón no ofende, la razón no agravia, la razón no oprime, y es, pesando razones, que insistimos en que se engañan, con engaño sincero, los que se atribuyen la posesión entera de los tumbos del Plata.

Escuchemos, sin perjuicio de comentar.

El doctor José Francisco López, en su conferencia

sobre este asunto, llega á la conclusión, de que nosotros no podemos tener, como provincia emancipada por un favor, más porción de soberanía que la que el país de que dependimos, "nos hubiese acordado en su carta de emancipación política". — "En esa carta no le acordó al Uruguay, su soberano argentino, condominio alguno en el Río de la Plata". — Página 20. — El pleito, encarado de esta manera, lo perdería con costas y costos el doctor López.

Respondamos con brevedad á esta aseveración.

1.° La República Argentina, la verdadera República Argentina, no existía en 1810, ni existía aún en 1815, ni existía aún durante la empresa á que se arriesgaron los Treinta y Tres. Existía un babélico nucleo de provincias ó estados combatiendo entre sí, manteniéndose unidos por odio á lo español, confraternizando sólo exteriormente por sed de república, y en tozudo litigio con las usurpaciones centralizadoras de Buenos Aires. El que lo dude puede leer, para convencerse, las obras de Sarmiento, Alberdi, López, Estrada y Mitre.

2.° Montevideo nunca reconoció esa supuesta soberanía de Buenos Aires. El movimiento separatista, como muy bien nos dice el señor Hugo Barbagelata en la página 9 de *Artigas y la Revolución Americana*, comienza en 1807, debiendo buscarse la raíz del cisma en las protestas capitulares á que dió lugar la renuncia de Elío. Montevideo, con el territorio de que es puerta y cerebro, opuso á aquella soberanía constantemente su soberanía, bien acentuada en nuestras disensiones con Sarratea, llevándonos nuestro autonómico sentimiento hasta la victoria de Rivera en Guayabos. Esa victoria provocó la caída de Alvear y centuplicó la influencia de Artigas, permitiendo decir, al mismo

señor Hugo Barbagelata, esta frase incontrovertible á la luz de los hechos de que va seguido el triunfo de nuestras montoneras en Arerunguá: — "Allí, en fin, se perdió la última esperanza de llegar por medios pacíficos á la formación de una gran patria federativa". — Página 109. — La bandera de Artigas, la blanca y azul con una diagonal roja, flameó desde entonces en Montevideo.

3.° Guayabos rubrica, con lápiz de púrpura, nuestras aspiraciones de gobierno propio. ¿Qué dicen, además, las negociaciones de 1815? Los documentos dicen que propusimos una alianza á los estados ó provincias occidentales, bajo el imperio de una constitución, no dictada aún, que mantuviera y que respetara los derechos de todos. Se nos contrapropuso el ofrecimiento de nuestra independencia, es decir, el ofrecimiento de lo que ya teníamos en realidad, y no como merced, sino como el lógico resultado de los indomables bríos de Artigas.

4.° Todo ello está probado. Los documentos son labios verídicos que atestiguan. El gobierno de Montevideo, al iniciarse la invasión pórtuga, se dirigió en demanda de apoyo y de recursos al gobierno de Buenos Aires. Pueyrredón, entonces, le escribió á Barreiro: — "El ejército portugués invade el Estado Oriental por la razón de su independencia, separación voluntaria y reconocida de la masa general de las Provincias Unidas. Desaparezca, pues, esta especiosa razón. Póngase Montevideo en la unión con las demás provincias con un acto libre, y entonces pondremos á los portugueses en la necesidad de respetar la Plaza ó declararle también la guerra, rompiendo de una vez el velo en que viene ocultando sus pasos". — Reconocíase, categóricamente, nuestra separación y nuestra

independencia de Buenos Aires. Empezó, en seguida, una larga y estéril negociación, durante la cual los representantes del caudillo heroico admitieron propuestas retaceadoras de nuestro señorío; pero el blandengue de la leyenda, al saber la actitud de sus infieles comisionados, desaprobó lo hecho y dijo aquellas memorables palabras que resonarán siempre en la boca del tiempo: — "No cederé el rico patrimonio de los orientales al bajo precio de la necesidad."

4.º Así entramos en lucha con los invasores, conservando entera nuestra soberanía y sin reconocer la soberanía de Buenos Aires. Aún acorralados por los portugueses y los brasileños, esa soberanía subsistió en nosotros, porque los orientales, en el terruño y en el destierro, mantuvieron incólume la fe autonómica y democrática de la montonera vencida en Catalán. Lo atestiguan el choque de Rincón y el entrevero de Sarandí.

5.º Ya expuse, en otras páginas de este volumen y apoyándome en textos argentinos, el propósito acariciado secretamente por los que obedecían á Lavalleja. Nuestra independencia, aún prescindiendo de ese propósito, no fué el resultado de una generosa merced, sino el fruto de una insalvable dificultad y el fruto de una imposición de las circunstancias. Los vencedores fuimos nosotros, los vencidos fueron la ciudad unitaria y el imperio esclavista, sin que ninguno pudiera reservarse nada á pretexto de supuestas soberanías, pues el Brasil negaba la de Buenos Aires y Buenos Aires negaba la del Brasil. Si Buenos Aires hubiese tenido, — que no los tuvo, como ya probaré, — regateos de soberano, el Brasil le hubiera respondido que el Uruguay no era patrimonio ni feudo de Buenos Aires.

6.° Si la herencia de la propiedad de la metrópoli sobre los ríos, era una herencia absoluta é indivisible, ninguno podía reclamarla y ejercerla con mejores títulos que Montevideo. Fué uno de los más famosos apostaderos navales del reino, de allí salían las embarcaciones vigiladoras de su señorío en las aguas del sur y allí se mantuvo gallardamente su flota de guerra hasta 1814. El Brasil, en beneficio propio, hubiese defendido nuestro derecho, si Buenos Aires hubiese reclamado, — que no reclamó, como ya veréis, — la propiedad entera y exclusiva del Río de la Plata.

El pleito está perdido, irremisiblemente perdido con costas y costos, para los que argumentan como argumentaba el doctor José Francisco López.

Sin unidad, sin cuerpo orgánico en que radique y cuerpo orgánico que la ejerza, no hay soberanía. La unidad, la verdadera unidad argentina, no existía aún ni durante la guerra del Paraguay. Así se desprende del largo estudio que *La Nación* dedica, el 24 de Mayo de 1916, á la ruda batalla de Tuyutí. Así se deduce de las páginas 32 á 40, tomo V, del *Archivo del general Mitre.*

Se necesitaron Cepeda, Pavón, el triunfo de la política provincial de Sarmiento sobre la política unitaria de Mitre, el movimiento de 24 de Septiembre, la derrota de los Corrales y la federación de la capital donde se oyera el grito de Mayo, para que surgiese, en toda su plenitud, la unidad de la poderosa República Argentina.

Tampoco es muy feliz, en sus razonares, el doctor Juan C. Carlomagno.

Éste nos dice en *El derecho fluvial internacional:* — " Al Brasil le convenía, y era una política heredada de Portugal, hacer declarar la comunidad del Río de

la Plata; y si no insinuó siquiera, en las conferencias preliminares, un artículo que indicara los límites de un nuevo Estado, fué porque, seguramente, tuvo en cuenta los intereses argentinos, que tratarían de conservar los derechos adquiridos por las Provincias Unidas al emanciparse ". — Página 225. — No fué por eso. — Pedro S. Lamas, con cuyas opiniones no siempre armonizamos, estudia esta omisión, que es sólo aparente, con razones mucho más atendibles en *Nuestros derechos territoriales*. Esos límites estaban establecidos y eran los mismos límites, sobre el estuario, que tuvo nuestro suelo en la época de Artigas. Con esos límites, sobre el estuario, nos incorporamos al reino de Portugal. — " Las declaraciones de la Florida del año 25 no contradicen el hecho de las fronteras fijadas por la incorporación al reino de Portugal, pues con esas mismas fronteras se incorporó la provincia oriental, en 1825, á las Provincias Unidas del Río de la Plata. La nueva república nacía, con los mismos límites y derechos, fluviales y territoriales, que el Estado Cisplatino ". — Página 11. — Pero, si esto último pudiera ser motivo de debate, — según lo entendieran los de aquí y los de allá, — no puede serlo lo que consigna, — destruyendo su propia argumentación, como padre desnaturalizado y olvidadizo, — el mismo folleto del señor Carlomagno. Asombra que el autor de la tesis jurídica argumente apoyándose en las declaraciones y demandas hechas por los delegados de Buenos Aires en la conferencia preliminar del 26 de Agosto de 1828, al establecer y al reconocer la independencia del Uruguay. Los delegados dijeron lo siguiente: — " La creación de un Estado nuevo en la Banda Oriental, de una extensión litoral prolongada en el Río de la Plata y dueño de los mejores puertos,

exige de parte de los Ministros negociadores la adopción de medidas preventivas contra todos los obstáculos que en el transcurso del tiempo pudiese hacer nacer ese mismo Estado, ya por imposiciones ó restricciones que en uso de su derecho reconocido intentase aplicar, ya porque una influencia extraña pudiese apoderarse de los consejos de un Gobierno naciente para optar á privilegios en la navegación con perjuicio de los intereses comerciales de ambos Estados". — Combínose, entonces, que se conservaría libre para el uso de los súbditos de ambas naciones, durante quince años, la navegación del Río de la Plata y de sus afluentes. — Página 223.

Esto no puede ser más claro, ni más terminante, ni más categórico. Si el Río de la Plata no era en absoluto propiedad nuestra, ¿qué privilegios de navegación podíamos otorgar, á qué influencia extraña favorecer y qué derecho reconocido limitaba el tratado? Era por temor á nuestro señorío en puertos y aguas que se estatuía, por sólo tres lustros, la libre navegación de la parte que poseíamos en el golfo, mar ó río de Solís. Si éste hubiese sido propiedad única de Buenos Aires, Buenos Aires hubiera consignado que otorgaba la merced de navegar, por tres lustros y libremente, sobre el estuario, á la flota mercante y bélica del Brasil. Buenos Aires tenía interés en salvar su derecho, si creía en éste, y no tenía interés ninguno en reconocer á los orientales la facultad de restringir, al terminar el plazo de tres lustros, la libre navegación de las aguas del Plata. ¿Cómo no vió el autor de la tesis que eso es lo que declaran, confiesan y estatuyen las conferencias preliminares del mes de Agosto? El pleito está perdido, perdido también con costas y costos, para el señor Juan C. Carlomagno.

Refiriéndose á lo transcripto por el ilustrado autor de la tesis, dice el señor Agustín de Vedia: — "Esa manifestación fija, hoy mismo, de un modo claro y luminoso, el derecho de los Estados, en cuanto se relaciona con el río que se extiende á sus márgenes. La autoridad de los plenipotenciarios argentinos; la ocasión solemnísima en que hacen esa declaración; los puntos que ella abarca; todo concurre á demostrar la franqueza y sinceridad con que abordaban aquella cuestión, sin sospechar siquiera que pudiese surgir un día la idea de retacear la nueva soberanía á cuya creación concurrían, y á poner en duda su incuestionable jurisdicción sobre las aguas del Plata". — Página 51. — En el mismo sentido se manifiesta el doctor Alberto Palomeque, en su interesante y erudito estudio *La jurisdicción del Plata*. Es que no ofrece lugar á dudas la transcripción hecha por el señor Juan C. Carlomagno. Nacíamos á la vida de las repúblicas libres y soberanas con los límites establecidos y consagrados por la naturaleza y por la historia. Según los términos expresos y categóricos de la documentación de 1828, éramos para el Brasil, que así nos denominaba, el Estado Cisplatino, y éramos para Buenos Aires, que nos denominaba de otra manera, la Provincia Oriental. Nos desvinculábamos del Brasil, para entrar en la independencia, con los límites que teníamos en calidad de Estado, y nos desvinculábamos de Buenos Aires, para entrar en la independencia, con los límites que tuvimos en nuestra turbulenta actuación de Provincia. El Uruguay se hallaba en 1825, respecto á Buenos Aires, como se hallaba en 1811 y en 1817. — Escuchemos al doctor Palomeque: — "El Uruguay gozaba de su autonomía, de su autonomía real y era dueño de sus ríos limítrofes sobre los cuales ejercía plena jurisdic-

ción, con prescindencia de Buenos Aires, tan separada entonces de las demás provincias como lo estuviera de Montevideo, manteniendo guerras con ellas á semejanza de los pueblos helénicos, como lo decía Sarmiento ". — Página 99. — " Las Provincias son las únicas dueñas de las costas de los ríos que atraviesan por su territorio. Y esa jurisdicción se ha ejercido desde antes de 1830 sin reato alguno, porque, como decía don Bernardo de Irigoyen, no se concibe que el dueño de las costas no tenga aguas donde afirmar su acción de dominio ". — Página 23. — Nada significan, como argumentación, los términos de Banda Oriental y Banda Occidental. — Con esas expresiones " se designaba, desde aquellos tiempos, á ambos territorios. No fueron una novedad del año 28 ni tienen el alcance de especificar lo que se pretende, salvo que se quiera hacer extender esa original argumentación á la costa occidental, resultando entonces que los dos ribereños no serían dueños sino de costas sin agua ". — Página 116. — " Un siglo ha transcurrido, desde 1809, sin que á ningún gobernante argentino se le haya pasado por la mente, no ya desconocer el hecho, pero ni siquiera plantear la cuestión. Se habrán discutido otros puntos concretos, pero siempre, eso sí, reconociéndose lo fundamental: la comunidad de las aguas y el derecho de jurisdicción de cada ribereño sobre las aguas próximas á las costas ". — Página 26. — La posesión continuada, inequívoca, sin disputa oficial, robustece el derecho del poseedor por la no controvertida serie de actos de dominio sobre las aguas que reflejan el borde gris ó verde de su territorio. El derecho internacional establece el alcance de ese dominio, pues ninguno ignora, como podréis ver en todos los diccionarios enciclopédicos, que cada ribereño es señor de

sus aguas hasta la línea media del río. El tratado de Berlín, en el último tercio del siglo diez y nueve, sancionó una costumbre ya establecida á comienzos de la centuria, fijando el límite de la jurisdicción con arreglo al thalweg ó parte más profunda del lecho fluvial. El primero de esos principios dominó en el seno de la asamblea encargada de reformar la constitución provincial bonaerense de 1854. Según nos dice el señor Agustín de Vedia, por el proyecto reformador, la soberanía territorial de la Provincia extendíase y alcanzaba, en la ribera occidental del Río de la Plata y en las costas del Atlántico, "hasta la distancia de la mitad de la corriente en el río y de tres millas en el mar". — Página 316. — En cuanto á que los ríos son del dominio comunal de los ribereños, de todos los ribereños y no de uno solo, — salvo convenciones ó tratados en contra, — estatúyenlo claramente Grocio, Vattel, Wheton y Puffendorf.

Escribo estas líneas en el mes de Mayo. Corre, como corren las aguas de un arroyo, el año 1916. El cielo es azul y el sol es de oro. En todas mis jaulas hay un himno de amor. Mi canario gorjea, mis cardenales silban y mi tordo se esponja lanzando jubiloso su grito familiar. Los seres y las cosas nos hablan de ternura y de fraternidad. Yo también las siento. Yo no soy ni político ni diplomático. Yo soy, sencillamente, un hombre de bien y de corazón. En mis manos no prosperaría ningún interés injusto, ningún deseo torpe; pero fulguraría, como una patena, la dignidad humana. Si agrupo pareceres, y los razono con detenimiento, hágolo sólo para fundar soluciones altas, razonables, legítimas y conciliadoras. Es preciso, ante todo, salvar un derecho que algunos pretenden desconocer. Algunos, muy pocos, porque el pueblo argentino, que li-

bertó pueblos, no es un usurpador. Impedid que le engañen, tratad de persuadirle sin ofenderle, y el pleito, que no es pleito, terminará como sus grandes hombres, los que le enaltecieron y organizaron, querían que acabara. Recordadle que ni Mitre, ni Sarmiento, ni Avellaneda, ni Roca, ni Pellegrini, nos negaron ó discutieron el señorío que ejercitamos legítimamente sobre las aguas del mar de Solís. Recordadle que, como dijo don Agustín de Vedia, — "todos los antecedentes, tratados, protocolos y declaraciones oficiales y diplomáticas, abonan el reconocimiento explícito y categórico de nuestra soberanía" en las revueltas olas del Plata. — Página 444. — Recordadle que el ingeniero don Emilio Mitre, en una hermosa oración legislativa que forma parte del volumen de sus *Escritos y Discursos,* afirmó lo siguiente: — La jurisdicción uruguaya "la reconocen Tejedor, ministro de Sarmiento, Pellegrini, Quirno Costa, ministro de Uriburu, Alcorta, ministro del general Roca; la consignan documentos de la cancillería argentina, y no documentos reservados, sino notas pasadas á la misma cancillería uruguaya, como la nota de Alcorta á Pérez Gomar, que tiene toda la fuerza de un compromiso, porque reconoce la jurisdicción común como condición para obtener la aquiescencia de aquel gobierno á la colocación de las boyas luminosas; la enuncian, como cosa sabida, los diputados de esta Cámara que toman parte en el debate sobre la canalización de los pasos de Martín García. ¿Cómo se podría borrar todo esto, y salir diciendo que lo que reconocíamos antes no lo reconocemos ahora, porque no lo consignan los tratados entre España y Portugal, ni lo estipuló la convención preliminar de paz del año 28? Esto no es admisible, señor presidente. Si fuéramos á un arbi-

traje con estos antecedentes, saldríamos lucidos! Nos veríamos derrotados hasta con nuestras propias memorias oficiales". — Página 340. — El señor Mitre pudo agregar que la misma convención del año 28, como ya demostré al ocuparme de lo transcripto por el doctor Juan C. Carlomagno, testimonia y confirma que Buenos Aires no tuvo entonces, como no tiene hoy, regateos de soberano reconocido ni pretensiones exclusivas de propiedad sobre las olas del Río de la Plata.

Un derecho crucificado es como un cadáver que impregna de miasmas la atmósfera más pura. El pueblo argentino, como el oriental, quieren entrar vigorosos y alegres en lo porvenir. El pueblo argentino no puede negar que existe una jurisdicción común, porque esa jurisdicción, como afirmaba el señor ingeniero Mitre, la han reconocido espontáneamente todos sus órganos oficiales, desde la Presidencia de la República hasta las Cámaras del Congreso. — Página 376. — Lo que hay es que esa jurisdicción no ha sido nunca determinada, pudiendo y debiendo determinarse para eliminar todo inequívoco y malquerencia entre las dos naciones que se reparten el señorío del turbio caudal, siendo preferible que las dos lo hagan de común acuerdo, y en breve plazo, á que las dos prolonguen las inquietudes á que da lugar la falta de fijeza de los marcos líquidos que separan, pero no divorcian, á la patria de Artigas y al país de Moreno. Yo entiendo que esa determinación no es tan difícil como algunos sospechan, si se procede con equidad y con hidalguía, estudiando los accidentes del curso del río, que acaso aclaren y faciliten la solución del problema jurisdiccional. En último caso, si no fuera posible ponerse de acuerdo, quedaría el recurso del arbitraje, que á

ninguno ofende y á todos iguala, porque toda cuestión referente á límites, que no pueda arreglarse por la diplomacia, lo humano y lo noble es que se resuelva por el arbitraje. Dice el señor Agustín de Vedia: — "Las naciones han estado generalmente de acuerdo en someter al fallo de árbitros las cuestiones relativas á las fronteras y delimitaciones de territorios, y ellas figuran en primer término en la enumeración que hacen los autores de las materias que generalmente requieren la intervención de los compromisos arbitrales. Ejemplos notables ofrece el mundo de naciones que, separadas por una línea terrestre, marítima ó fluvial, y en disidencia respecto de la extensión de sus dominios, se han sometido sin reserva alguna al fallo de una tercera potencia. Tal lo hicieron Inglaterra y Estados Unidos para trazar la línea divisoria por el río Santa Cruz ó interpretar el tratado de 1783, que puso término á la lucha de la independencia americana. Tal lo hicieron posteriormente las mismas naciones para demarcar la línea fronteriza por el canal que separa el continente de la isla de Vancouver hacia el sur y del estrecho de Fuca hasta el océano Pacífico. Inglaterra y Portugal, Francia y Holanda, sometieron á arbitraje las cuestiones respectivas, sobre la bahía de Delagoa, y la Guayana francesa. ¿A qué continuar, si los ejemplos más edificantes están en el Río de la Plata? La República Argentina no entendía ciertamente que estaba afectada su soberanía cuando sometió á arbitraje sus cuestiones de límites con el Paraguay, con el Brasil, con Chile; ni esas naciones entendieron tampoco entregar al fallo de un tercero sus derechos más fundamentales, su dignidad ó su honor, sus sentimientos íntimos y personales". — Página 446. — Me parece insólito sostener que una cuestión de límites, un palmo

de tierra ó un hilo de agua sean iguales á la dignidad y al honor de un pueblo, cuando el palmo ó el hilo no nos los arrebata la violencia, sino la justicia, al comprobar y reconocer la falta de razón con que los poseíamos y los utilizábamos. Paréceme, antes bien, que la dignidad y el honor de un pueblo se aumentan y acrisolan, cuando ese pueblo somete sus cuestiones de límites á un árbitro imparcial. Resistir al derecho, porque el derecho puede sernos contrario, no lo exige el honor ni lo aconseja la dignidad, porque la ley del fuerte, *quia nominor leo,* no ha sido nunca ni será jamás la ley de la dignidad y la ley del honor. Si aceptamos, con Geffcken, que el arbitraje es útil para resolver todas las pretensiones contradictorias que pueden ser formuladas jurídicamente, no puede dudarse ni desconocerse que los litigios sobre fronteras deben ser uno de los objetos del arbitraje. Enrique Bonfils nos dice lo siguiente en su *Droit International Public:* — "Los casos de arbitraje, citados por nosotros, salvo el del Alabama, no se refieren sino á los intereses puramente materiales y no tienen una primordial importancia: delimitación de fronteras, posesión de territorios, derecho de navegación ó pesca". — Página 483. — "Mencionaremos, todavía, como posibles objetos de arbitraje, las controversias relativas á los privilegios diplomáticos ó consulares, á las fronteras, á las indemnizaciones, á los derechos de navegación, á la interpretación y á la violación de los tratados, cuestiones todas que se presentan bajo una forma jurídica y permiten una discusión igualmente jurídica." — Página 484. — Las cuestiones de límites no son, por lo que vemos, cuestiones de dignidad y honor, sino que son pretensiones contradictorias de carácter material y jurídico. Es lógico que, todos los

aquejados de tendencias imperialistas ó hegemónicas, miren con repugnancia el recurso pacífico del arbitraje para los casos de jurisdicción terrestre ó fluvial. Saben que, "cuando un río atraviesa sucesivamente varios territorios, ese río está sometido evidentemente á los derechos de propiedad, de soberanía, de jurisdicción de los Estados por que atraviesa". — Bonfils añade que, — "para algunos autores, el río sería común, indiviso entre los dos Estados. Otros tratadistas reconocen á cada Estado la propiedad respectiva y exclusiva de las aguas hasta la línea media del río. Esta opinión, que es la más antigua, es la opinión admitida por Glotius, Wattel, Martens, Klüber, Heffter y Bluntschli. Algunos autores fijan el límite de la propiedad respectiva de los Estados ribereños en el thalweg, en el punto medio de la corriente, en el canal seguido por los barcos que descienden el río". — Páginas 265 y 266. — Dedúcese, pues, que, según la opinión más antigua, nuestro señorío divide en dos mitades la extensión del estuario, como la úvula divide en dos mitades, á modo de arcos, el borde libre del velo palatino. ¿El método no agrada ó resulta injusto? Pues puede recurrirse al método del thalweg, á menos que se llegue, de común acuerdo, á aceptar la primera de las opiniones que cita Bonfils. De todos modos, — "en cuanto á la utilidad del curso de agua como camino navegable, una especie de comunidad de hecho se establece entre los Estados" — dueños del río. Es bien sabido que — "la tendencia general de la doctrina moderna es favorable á la libertad de la navegación, subordinada á las medidas de precaución y de salvaguardia para la seguridad de los Estados ribereños, así como también á sus derechos de jurisdicción, de policía y de reglamentación aduanera". —

Página 266. — Digamos que el honor de haber proclamado el principio de la libertad de los ríos, en 1792 y en 1798, corresponde á la Revolución Francesa. ,Desconocer un derecho, ya consagrado, es crear una perturbación jurídica, lo mismo en las cuestiones de índole privada que en las cuestiones de índole internacional. También existen deberes internacionales, porque hay una ética para las naciones como hay una ética para los individuos. Esa ética va creciendo en poder y aumentando en influjo; pero esa ética no la impondrán las escuadras y los ejércitos, como parece creerlo y afirmarlo mi ilustre amigo, porque las armas lo único que hacen es aumentar la perturbación jurídica que creó el desconocimiento de un derecho legítimo. Nuestro país, lanzándose en la senda de los armamentos que caracterizan al período histórico de la paz armada, llegaría, más tarde ó más temprano, á la dictadura y á la bancarrota. Joaquín Fernández Prida, catedrático de la Universidad de Madrid, nos enseña en sus doctos *Estudios de Derecho Internacional:* — "Mientras el pauperismo mina interiormente nuestras sociedades, y las clases desheredadas, no sujetas por ningún género de sentimiento religioso, acarician la idea de conquistar á sangre y fuego un puesto preeminente en el que llaman banquete de la vida, los gobiernos, con la vista fija en las fronteras, emplean la cuarta parte de sus rentas en fortificaciones, flotas y soldados, cuando esos recursos inmensos, aplicados á las necesidades interiores de la nación, podrían facilitar la solución de los problemas que agitan á la sociedad contemporánea, y disipar las nubes que la mirada menos perspicaz descubre hoy en todos los puntos del horizonte". — Página 101. — "No quiero hablar de otros efectos de la paz armada: del

desaliento que infunde, de los pretextos que ofrece á los partidos revolucionarios, de la negación que lleva á la libertad de las profesiones, de la servidumbre que crea, y de las ambiciones que suscita. Con lo dicho basta, y ojalá que fuera tan fácil como señalar el mal, precisar su origen y reconocer el remedio ". — Página 103. — Las alianzas y los ejércitos, aquí y allí, resultarán siempre perjudiciales. Los pueblos, como los hombres, no deben olvidar la frase de Gladstone: — " La mejor política es la honradez ". — Armarse significa admitir que la violencia tiene razón, y las naciones débiles, aún cuando yo presumo que no lo es la mía, deben cooperar á las más altas conquistas del derecho, condenando los brutales recursos y los brutales despojos de la fuerza. Sostengamos tozudamente que hay que concluir el pleito del estuario, sirviéndonos de alguno de los sistemas de que nos habló Enrique Bonfils. No somos nosotros, afortunadamente, los encargados de resolver problema tan grave, aún cuando confesemos que aceptaríamos y propiciaríamos, en último caso, la solución de la propiedad común ó indivisa, en la firme creencia de que no han de surgir, por siglos de siglos, torvas enemistades entre la Argentina y el Uruguay. Establecido así, — pública, formal y categóricamente, — nuestra parte de imperio sobre el estuario, ¿á qué quedaría reducido el fantasma? Escuchemos aún al señor Agustín de Vedia: — " La naturaleza ha marchado tan aprisa en los últimos años, en su obra de modificar y cambiar los canales de la navegación en el Río de la Plata, que todo lo que se ha escrito, hasta una época reciente, de la que apenas nos separan diez años, resulta deficiente ó inaplicable ". — " La determinación precisa de una línea divisoria, sea la línea media del río, sea el *thalweg*, pro-

mueve dificultades que nos hemos limitado á apuntar ligeramente, deseosos de no suscitar inconvenientes en el camino de las soluciones posibles ". — " La comunidad de las aguas ha sido el sistema convencional y práctico de las dos naciones, desde que se constituyeron independientemente ". — " Ese es todavía en la actualidad el problema. Se trata de someter á una fórmula convencional, y de constituir en regla permanente é invariable, un principio que tiene sus raíces en la historia, una tradición que puede considerarse secular, el criterio práctico con que han sido resueltas todas las dificultades, el *modus vivendi* que ha regido hasta aquí las relaciones de los dos países ". — " El Río de la Plata ha venido á ser, de esa manera, de hecho y de derecho, la vía obligada de todas las banderas del mundo que se dirigen á los numerosos puertos habilitados en nuestro vasto sistema fluvial. Todo ese movimiento pasa á favor de aquella gran conquista de la civilización y del derecho, de que los pueblos del Plata se enorgullecen con justo motivo ". — " Debemos preguntarnos á qué quedan reducidos entonces los derechos de jurisdicción. Sin duda á medidas de precaución y salvaguardia, de policía y reglamentación aduanera. Ahora bien: los más autorizados publicistas en la materia están de acuerdo en que los Estados ribereños deben reglar en común la policía de los ríos y de la navegación fluvial, como tiene el derecho y la obligación de determinar conjuntamente el límite que los separa y les es común ". — " Las potencias europeas han tenido cuidado de arreglar convencionalmente los derechos é inmunidades respectivos en todo lo que se refiere á la jurisdicción marítima, y es por esa razón que cada vez son más raros los conflictos ó dificultades entre ellas. Algo semejante deben hacer los

Estados sudamericanos y especialmente los Estados del Plata y demás ribereños de los ríos superiores, conforme á la sabia y previsora indicación de Sarmiento ". — Páginas 415, 423, 424, 426, 427, 433, 434 y 436.

El Río de la Plata es un estuario enorme, que se forma por el connubio ó enroscamiento de las serpientes del Uruguay y del Paraná. — El estuario lleva las aguas de una cuenca, que tiene cuatro millones de kilómetros cuadrados de superficie, á morir en los tumbos verdosos del Atlántico. — " Grande como el mar ", le llamaron los guaraníes en su gráfico idioma, y el nombre de " mar dulce " le dió Solís, no hallando otra manera de que advirtiésemos lo intenso de su anchura y lo majestuoso de su caudal. — Elevado, con barrancas á pique y médanos de arena, en su parte nórtica, es bajo y es bancoso y es casi uniforme en su costa del sur, coloreando las olas, setenta y cinco millas aproximadamente, al salir de sus límites de agua dulce. — Divídese en dos zonas por la naturaleza de su mismo fondo, por el dibujo de sus orillas y por el régimen regular de sus aguas: una zona exterior, que comprende los cabos de Santa María y de San Antonio hasta Montevideo y hasta Punta Piedras. Esa zona tiene dos canales profundos, bien separados por los bancos de Rouen, el Inglés y el Arquímedes. — Hállase, luego, la zona interior con el banco de Ortiz, línea divisoria de otros dos canales, el del sur con cinco brazas de profundidad y no tan hondo el canal del norte. — Esta zona comprende el nacimiento del delta del Plata y también la isla de Martín García. — La isla, á su vez, separa dos cuencas. En una están los conocidos canales de las Palmas y de Playa Honda: está, en la segunda, el canal de Martín García, más

utilizable, por ser más profundo, para el ejercicio de la navegación. — El banco Inglés, que ocupa un gran espacio en la parte media del pórtico ó entrada del río platense, es un serio peligro para los buques en los días de niebla, como son peligrosos para los buques, en la zona interior del estuario inmenso, el banco Chico y el banco de Ortiz. — Debido á la amplitud de las mareas, que casi nunca es grande y que es casi uniforme, tienen escasa velocidad las corrientes platinas, que sólo alcanzan á tirar dos millas en su canal de mayor trascendencia, estando las mareas influenciadas por las ondas meteorológicas debidas á la fuerza y dirección del viento. Si las mareas son de amplitud pequeña, son notables en cambio, por sus fenómenos de refracción, el río como mar y muy especialmente los ríos que le rinden tributo de espumas. Ya conocéis las características de la costa del norte del estuario: lo peñascoso y alto del cabo Castillo, la forma cónica del Polonio, los arrecifes de las islas de Torres, la mancha roja de la punta Rubia, la restinga de piedra de Santa María, las dos islas de la Paloma, el techo rojizo de la casa blanca sobre las áridas escabrosidades de la isla de Lobos; los picachos del cerro de los Difuntos y el molde de campana de Pan de Azúcar, campana que callóse y se petrificó cuando el pampero dejó de ahuecar los ponchos de las épicas multitudes de Artigas. Y no seguiré con lo descriptivo, por parecerme que ha de bastaros lo que al comienzo dije, muy rápidamente, para comprender que el litigio fluvial nace de la índole de la naturaleza de la zona interior del Río de la Plata.

Salvemos, en lo posible y de común acuerdo, esa dificultad.

Insisto y concluyo. Ni ejércitos intranquilizadores, ni democracias intrigadoras. Afirmemos nuestro do-

minio de ribereños sobre el estuario, que nadie nos niega y del que nadie duda, con las armas invencibles y perdurables de la razón, reglamentando ese dominio en fraternales y científicas convenciones con la civilizada y ejemplarizadora República Argentina. La paz es el progreso, la paz es la riqueza, y la paz es la gloria, la mejor de las glorias, para las dos nacientes y nobilísimas naciones del Plata. ¡Que la paz se asile bajo el sol de América!

Los ríos son caminos que andan. Esos caminos están sujetos, más que los otros, á modificaciones de precisión difícil. El lecho del río, entre los bajos fondos del Ortiz y la costa de la tierra uruguaya, está formado, en la actualidad, por una meseta, cuyo centro forma una especie de banco. Dos canales existen, rodeando á éste: uno, el más importante, sobre nuestra costa, y otro, menos profundo, entre ella y el Ortiz. ¿Sucederá lo mismo perpetuamente? Las aguas lo saben. Lo saben los vientos. Las aguas, los vientos, las arenas, el fango, son tornadizos y caprichosos como amor de mujer. Califican los geógrafos, y ojalá acierten, de absurdos mis temores, diciendo que, si el estuario no es eterno é inmutable, — por sus aspiraciones á tierra firme, — lo son sus canales, que correrán, mañana, transformados en ríos de altas orillas. ¡Como si no adorara la naturaleza, lo mismo que el hombre, lo sorprendente y lo inverosímil! ¡Como si no existiesen, por excepción, la ley del milagro y el afán de lo anómalo en la naturaleza! Las dificultades de la platense delimitación, ya señaladas en el libro del señor Vedia, también lo están en el libro del señor Mitre. Éste nos dice que no es posible en todos los casos admitir el thalweg, como no es posible, en todos los casos, aceptar el recurso de la línea media; pero sostenía, sin oponerse al salvador procedimiento del

arbitraje, — que no le enamoraba para nuestro litigio, — que era fácil y justo — "llegar á establecer fórmulas de solución en la cuestión jurisdiccional, basándose en los hechos existentes, sin alterar ninguna de las condiciones naturales del estuario, y haciendo desaparecer toda causa de desavenencia y de conflicto entre estos dos países". — Página 353. — Yo pienso de igual modo. Yo pienso, también, que existen límites jurisdiccionales, ya señalados por los cauces profundos y los grandes bajíos del estuario enorme, que marcan y acentúan equitativamente las dos soberanías. Creo, asimismo, que es necesario liquidar el pleito, aún cuando se liquide declarando indivisas y comunes las aguas, sin ocultar que me complacería sobre manera, la solución que nos entregara un feudo exclusivo, una propiedad absoluta y constante, un patrimonio á que nos dan derecho la ley de la naturaleza y la ley de la historia. ¡Que cada patria siga, sola con sus banderas y agrandando su esfuerzo, un camino de luz hacia el Porvenir!

¡La ascensión, os lo juro, será muy fácil para el Uruguay!

El autor del libro de que me ocupo y el autor de las páginas que estoy escribiendo, persiguen cálida y firmemente el mismo ideal: la ventura y la gloria de su país. Difieren, esta vez, en las modalidades de realizarlo, lo que no es desdoro, pues ello testimonia la sinceridad y la independencia de sus convicciones. Faltaría á la primera de estas virtudes, si no os recomendara el capítulo que dedica mi compatriota á las pequeñas nacionalidades. Es hermoso y profético. Leed lo que nos dice sobre Bulgaria. — Páginas 294 á 308. — Yo, sin embargo, siempre seré enemigo de la paz armada, por entender que el derecho es más respetable, mucho más augusto, mucho más derecho,

cuando confía en la fuerza de su razón que cuando confía en la fuerza de sus cañones. El que se arma se inclina fácilmente á la iniquidad. Dígalo Bulgaria supliciando á Servia. Si le dáis al antílope, lo que lamentaré, garras de fiera, colmillos de jaguar, pronto el antílope ensayará sus garras y sus colmillos en el cordero de blanco vellón. Nosotros, los que pensamos en el futuro, tenemos una misión difícil: predicar la guerra á la guerra, convencer á los poderosos de que armarse es un crimen, impedir que los débiles se extenúen en preparar soldados y artillar navíos. La tierra hoy, parece un jardín zoológico: cada país es á modo de jaula, con rejas de hierro, donde ruge un león de elásticos músculos ó sacude sus rémiges un águila imperial. Ninguno toque las rejas fronterizas, porque si las abrís, si las levantáis, los tigres saltarán sobre los leopardos y el cóndor dejará sin ojos á las onzas. Eso es inicuo y desalentador. Eso no debe ser. Todos los dioses, desde el brahmánico al evangélico, nos sentenciaron á la última pena, poniéndole límites al inenarrable júbilo de existir. Educad á la providencia. Tirad las armas. Abrid los puños y tended las manos. Oponed á la infame religión de la muerte, la religión sublime de la justicia y la fraternidad. El mundo es enorme. Sobran los ríos inexplorados y las tierras vírgenes. Decretad la vida. ¡Sed más grandes que Dios!

Lo curioso es que este elocuentísimo predicador de armamentos precaucionales, es un gran pacifista y un gran afectivo. Hay muy pocos espíritus tan iluminados por la policroma claridad del iris, como este espíritu de levita y augur de lo devenir. En una de sus cartas, en la que me escribió á fines de Noviembre de 1915, se encuentra este párrafo comunicativo: — "A propósito de *El Uruguay Internacional*, te diré

que yo en él no agravio á la Argentina. Ni una sola palabra de ofensa tengo para ella. Sólo digo que nuestro país es pequeño, demasiado grandes sus vecinos, grave el problema de las aguas y, por ende, que debemos ir preparando los azares del futuro ". — La advertencia era inútil, pues lector asiduo de lo que produce su brillante ingenio, mis lecturas se habían anticipado á la carta amistosa, que corrobora el concepto que me forjé, durante mis lecturas, sobre los sentires y los propósitos del volumen que estudio con delectación. Defender lo propio, adorar en lo propio, fundir en lo propio el jugo del cerebro y la luz del alma, no es un ultraje para el valor extraño, ni es un desmedro para la grandeza de los demás. Me parece pueril toda insistencia sobre la cultura y la lealtad de lo que escribe mi compañero. Hay críticas que más que críticas son necedades, como productos de la malevolencia ó de la ignorancia. Dejemos el barro, para que no nos manche, inmóvil en lo pútrido del lodazal. Lo mismo diré, porque el mismo mohín despectivo merece, de la acusación de que mi estimadísimo compañero es un partidario á la moda antigua, dirigido por odios hacia el que manda é injusto con los timbres del airón de púrpura. Este es el cuchillo con que los sectarios quieren cortar las alas de las indignaciones que creían su ambición y su intransigencia. En otra de sus cartas, en la de Diciembre de 1915, decíame el tribuno viril y caballero: — " Deseo que el concepto patriótico de nuestra acción cívica, tan superior á las iracundias de los partidos, jamás se pierda, porque nosotros, ni en la prensa, ni en la lucha armada, procedimos bajo impulsos de odio. Tú bien lo sabes ". — ¡ No he de saberlo! ¡ Lo sé de memoria! ¡ Si el tribuno y yo expusimos la carne, sin hacer uso de nuestras armas, unidos y alegres bajo el sol de las lomas ves-

tidas de trébol! El odio, ¿para qué? No nos cabía en el corazón, que llenaban y rellenaban, desde el fondo á los bordes, el cariño al país y la sed de concordia y el culto á la justicia y el sentimiento de la libertad. Si éstos son odios, ¡éstos sí que los ha sentido profundamente el doctor Herrera!

Luis Alberto de Herrera no vive en la ciudad, sino en una quinta próxima á ésta. Plácenle el sol, el horizonte libre, los árboles frondosos, las corrientes de agua, las flores nativas como el jazmín, los pájaros nativos desde el tero al chimango, los navíos celestes que pasan rutilantes por el mar de tinieblas de la noche infinita. De vigorosa constitución, de buena estatura, muy obscuro el cabello, la frente ancha, renegridos los ojos, la nariz aguileña, educado el bigote, la boca expresiva, el mentón con natural tendencia á la redondez, con ciertos desgarbos en el andar, pulcro en el vestir, celoso de su honor y sin melindres en el fraseo, la vida le sonríe amorosamente, y él amorosamente, muy amorosamente, se entrega á la vida. Cuando concibe un libro, lo prepara bien, leyendo y anotando con solicitud lo que le interesa y puede serle útil, pues no confía, como yo y otros, en la tarea estéril y agotadora y burda de la improvisación. Metódico en sus obras, es irregular y es infatigable en lo legislativo. Inicia sus discursos titubeando, como temeroso, como mosca caída en ciudad de arañas; pero pronto se hiergue y pronto utiliza, para agredir ó desorientar, el chiste, la reticencia, el desdén, la amenaza, el recuerdo histórico, el hecho diplomático, lo que halló en sus volúmenes, lo que vió en sus viajes, lo que narra la prensa y lo que le transmiten sus electores. Es el orador de las tribunas opositoras, de la barra en fuego, y tercia en todas las discusiones, y delata los vicios con firmeza, y fiscaliza los yerros sin

desmayo, é imprime á los debates el interés candente, el interés práctico y despótico de la actualidad. Replica implacable al que le interrumpe é interrumpe implacable al que perora, sentándose en el grupo de los moderados, de los no jacobinos, de los conservadores ó semiconservadores, más por afinidades de índole social que por afinidades de índole interna. Es respetado y estimadísimo, pues hasta sus adversarios le reconocen la virtud de adorar con delirio á su patria, que es su musa exclusiva, como el sentimiento vivo y entero de su país natal, la comprensión de las personas y de los lugares de su querida provincia de Hesse, constituyen el alma y el motivo de todos los lienzos de Carlos Bautzer. Nuestro país es el alma y el motivo de todos los discursos y todos los volúmenes del doctor Herrera, como el alma y el motivo de todos los lienzos de Jorge Possenbeck residen y están en la comprensión de las personas y de los lugares de su querida tierra de Holanda. Es que mi patria es digna de ser amada, pero muy amada, por su clima apacible, por sus arroyos de azules ondas, por sus noches vestidas con el tul luminoso de las estrellas meridionales. Es que en mi tierra, donde el ombú no ha muerto, madura el fruto del ubajae, zapa sus cuevas el aperiá, y dicen los chingolos, á la melancólica claridad del véspero, su canto duícísimo. Mi tierra es lo mejor del mundo y el pórtico del cielo. ¡Salve al Uruguay!

Voy á concluir. Mi obra está terminada. Cinco años me costó. Fué un lustro de deleite maravilloso. Subí á las cumbres y crucé los valles, buscando en las alturas y en las praderas una franja de luz para el pensamiento y una franja de luz para el corazón. Creo haber demostrado que el amoroso estudio de los autores que aquí nacieron, nos vinculará siempre con

fortísimos lazos al nativo lar, desposando en un ósculo á nuestros espíritus con la hermosura de su naturaleza y el fulgor de su historia. Raza y nación no se conciben sin literatura que las consagre, como no se conciben el molle y el guayabo sin un zorzal. El bosque no existe hasta que una canción se columpia en sus árboles. Lo mismo son las patrias. Una patria nueva es una nueva ramificación del alma universal, que necesita de un nuevo lenguaje para transparentar sus orientaciones individualísimas. Cada modismo es una cosa virgen y un nuevo estado, una característica del pueblo que surge en el haz de los pueblos, el fruto y la flor de la rama naciente y trepadora. Creo que, á la distancia, tomé parte en la obra de plasmar un pueblo con caracteres propios y ambición de grandeza. Pagado estoy si lo conseguí, y al terruño enlazo la labor mía. Afirmo y confirmo que, — poniendo á sus plantas estrofas que le arrullen, cuadros que le retraten é ideas que le guíen, — surgirá de los fondos aurorales del hoy como el sol de los pálidos fondos del alba. Por el país lo hice, y al país le entrego lo que me inspiró. — ¿Qué espero? Nada. Dice el general Paz: — "Los servicios á la patria están suficientemente pagados con el honor de haberla servido". — Esto me basta. ¡Salve, salve otra vez, — salve hasta que la lengua se pegue al paladar, — al ombú con zumbidos de camoatí, al ceibo con florones siempre incendiados, y quede en estas páginas, que el país nutrió, sellada para siempre mi fe en sus destinos!

Dios te guarde, tierruca donde nací, reina de mi albedrío, señora de mi amor, nodriza de mi numen y placer de mis ojos. Llena eres de gracia en tu cielo azul, en tu sol de púrpura, en tus cuchillas con contornos de seno rebosante de miel, en tus montes pre-

ñados de eglógicas endechas y vírgenes perfumes, en tus aguas que corren bajo cortinas de sauces verdiargénteos, en tus praderas con tapices de yuyos vigorizadores, y hasta en lo obscuro de tus entrañas donde se crían el carbón junto al ópalo y el oro junto al mármol. Bendita eres entre todas las naciones americanas, las de gorro frigio, las de evangelio republicano, por tu indómita bravura en la guerra, por tu incansable trabajo en la paz, y también son benditos los frutos de tu seno, hidalguía en el hombre, pudor en la mujer, música en la calandria, cinamono en el árbol, pureza en la fuente, panoja en el maizal, espiga en la era, racimo en la vid, carne con gusto á trébol en la res vacuna y sedosos vellones, como lampos de nieve, en los ovinos de manso mirar, ¡Dios, que es contigo, coloque en tus hombros alas para subir á encender la luz del astro de tus banderas en la luz sin eclipses del sol de futuro, tierra de promisión, jardín del milagro, edén sobre el que caen los balcones del cielo, órgano místico donde Latorre lloró las clarinadas enronquecidas de Catalán y místico altar donde Lavalleja rezó las salves libertadoras de Sarandí!

¡Haz que en tí creamos y en tí adoremos ahora y en la hora de nuestra muerte! ¡Haz que en tí confíen y en tí idolatren, como nosotros, los nietos de los nietos de tus hijos de hoy! ¡Haz que así sea por siglos de siglos, eternamente, hasta el fin de los mundos, oh patria en cuyas cumbres los pamperos redoblan el nombre de Artigas!

FIN

ÍNDICE

ÍNDICE

CAPÍTULO PRIMERO

Julio Herrera y Reissig

Pág.

CAPÍTULO II

En el reino de la prosa

CAPÍTULO III

Emilio Frugoni y Armando Vasseur

CAPÍTULO IV

El furgón de Althotas

CAPÍTULO V

La Tierra Charrúa

CAPÍTULO VI

Luis Alberto de Herrera

CAPÍUTLO ÚLTIMO